3 1761 08097526 1

K
412

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Mesonero Romanos, 34, Madrid.

MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

OBRAS PUBLICADAS

I—II. MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Bolívar y la emancipación de Sur-América.

Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas en 4.° Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno. Esta obra es el libro clásico de la revolución de Hispano-América. Es de un interés increíble. Las intimidades de la época y sus hombres se consignan allí: por allí pasan pueblos, ejércitos, personajes, instituciones, ideas; todo el movimiento de una revolución social y política.

III. MEMORIAS DE O'CONNOR

sobre la

Independencia Americana.

O'Connor, como O'Leary, perteneció á la Legión británica de Bolívar. Su obra es la recopilación de recuerdos de un soldado inteligente que unió su nombre á los más grandes acontecimientos de la época. Esos *Recuerdos* son páginas inéditas, puede decirse, de la historia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile. El autor fué Jefe de Estado Mayor en Ayacucho. La obra en 4.°, en papel pluma. Precio: 5 pesetas.

IV. MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

Las Memorias ó autobiografía (como él la llamó) de Páez es quizás el libro más novelesco, en su veracidad, de cuantos libros de Memorias se escribieron. ¿Por qué? Porque Páez fué el héroe americano más fabuloso de cuantos surgieron en la guerra de Independencia. Fabuloso por sus proezas, por sus ardides, por el imperio que ejercía sobre los llaneros, por las empresas guerreras que acometió con sus caballerías del Apure contra las caballerías y los infantes de España. El, con ciento cincuenta hombres desafía un ejército de cerca de ocho mil; el general enemigo destaca mil jinetes para que castiguen la insolencia, y Páez lancea y destruye aquellos mil jinetes, en las Queseras del Medio; él toma las cañoneras enemigas á lanza; él asalta la fortaleza de Puerto Cabello, en medio del mar, con infantes que echa á nadar en la obscuridad de la noche.

Se ha dicho, con razón, que si no se conservaran tantos documentos de americanos, españoles é ingleses, todos contestes, las proezas de Páez andando el tiempo, parecerían leyendas mitológicas. General de Venezuela, de Colombia, de la Argentina, de los Estados Unidos, Páez es un héroe esencialmente americano.

Esta obra es el relato de las hazañas cumplidas por el general Páez en una guerra de catorce años.

Un volumen muy bien impreso, en 4.° Precio: 7,50 pesetas.

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

ANDRÉS GARCÍA CAMBA

MEMORIAS
DEL GENERAL GARCÍA CAMBA

PARA LA HISTORIA

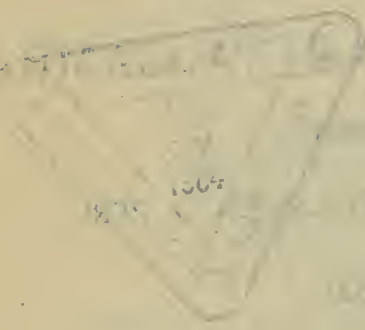
DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS EN EL PERÚ

1809-1821

[illegible]

EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25



F
3446
G
1916
Z.1

PRÓLOGO

Las *Memorias* del general García Camba, para contribuir á la historia de las armas españolas en el Perú, no es obra que se escribiese, exclusivamente, por desinterés ó por espíritu de justicia ó por sentimiento patriótico; aunque el sentimiento patriótico, la justicia y el desinterés hayan contribuído en parte á la realización de la obra.

Se escribieron estas *Memorias*, principalmente, con un fin de política inmediata.

El lector de nuestros días no debe olvidarlo, sino recordar más bien aquellas circunstancias que presidieron á la formación de la obra.

Vencedores de los patriotas americanos hasta 1823 los generales españoles en el Perú, ó vencidos por ellos, mantuvieron, sin embargo, la supremacía en todo el Alto-Perú y en todo el Bajo-Perú, con excepción de Lima y otras ciudades de la costa, al norte y sur del Callao.

Aquello, en verdad, era admirable, dadas las circunstancias, en medio de toda la América en armas; y para cumplirlo, realizaron los generales españoles del Perú prodigios de audacia, de inteligencia, de actividad y de patriotismo.

El general D. José de San Martín, jefe de los revolucionarios de Lima y la costa del Pacífico peruano, no creyéndose con elementos suficientes para contener y dominar á los españoles, se embarcó para Guayaquil, á

solicitar los auxilios de Bolívar, que, triunfador en Boyacá, Carabobo y Bomboná, había expulsado á los españoles de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y constituído con estos tres países, la poderosa República de Colombia.

Llegó Bolívar en persona al Perú en 1823. Merced á las batallas de Junín y Ayacucho, la ocupación del Alto-Perú, con la destrucción y muerte de su dominador el general peninsular Pedro Antonio de Olañeta, y la dominación del Pacífico del Sur, con la toma del Callao y el extrañamiento de la bandera española de aquellos mares, quedó completa la obra de la revolución y libre la América.

Pero toda esa obra emancipadora costó inmenso cúmulo de esfuerzos, porque los españoles se defendieron como leones, con una energía y una inteligencia insospechables. Insospechables, sobre todo, para los politicastros de Madrid, cuya vanidad estúpida, distanciada de las realidades sociales, y cuya ignorancia de las cosas de América, á pesar de estarlas dirigiendo, creían que era imposible que los americanos destruyesen á los españoles. ¿No consideraban á los mismos San Martín y Sucre, al mismo Libertador Bolívar como á viles insurgentes, sin capacidad y sin mérito positivo?

Por eso fueron tales politicastros de Madrid tan injustos con los héroes españoles vencidos en Ayacucho. Por eso los apodaron, despectivamente, los *ayacuchos*.

Esta obra es, en cierto modo, la defensa de los *ayacuchos* contra los serviles ó *persas*, escrita por uno de aquéllos.

Por lo demás, los personajes españoles que figuran en estas *Memorias* fueron, ya de vuelta en España, los más connotados personajes de la política y de la guerra: Canterac, gobernador militar de Madrid; Rodil, presidente del Consejo de ministros; Maroto, trastornador de España; Espartero, regente del Reino. El propio García Camba fué capitán general de Filipinas.

No puede exigirse á estas *Memorias* la exactitud que á una historia. Son la obra de un adversario de los americanos, y se escribieron en defensa de un partido.

Con todo, son interesantísimas y deben ser consultadas por las nuevas generaciones de historiadores, como lo fueron por los historiadores del siglo XIX.

Por eso se incluyen en la *Biblioteca Ayacucho*. Y como elementos de juicio para la historia se irán recogiendo, asimismo, en esta *Biblioteca Ayacucho*, obras que publicaron contra la revolución y sus prohombres, ya escritores españoles, ya extranjeros, ya de la propia América, cuando esas obras merezcan, por algún respecto, conservarse.

R. Blanco-Fombona.

Madrid, 1916.

INTRODUCCIÓN

Cuando á principios del presente siglo la confiada nación española se vió inesperadamente atacada por las numerosas y aguerridas legiones del Emperador Napoleón, después de apoderado con astucia de la persona de Fernando VII, del resto de la real familia y de varias de nuestras plazas, no faltaron españoles que estimasen temeraria, sino inútil la resistencia: mas como no siempre se ofenden impunemente los sentimientos de un pueblo noble, lanzó Madrid el terrible grito de *á las armas*, el para siempre memorable 2 de Mayo de 1808, y la España se alzó como por ensalmo contra el abominable yugo que un extranjero orgulloso pretendía imponerla. Para poder hacer frente á los incalculables sacrificios que exigía una empresa tan gigantesca como la de repeler esa injusta agresión y vengar el ultraje hecho á la dignidad nacional y á la persona de su joven y entonces idolatrado monarca, natural era que los españoles peninsulares contasen con la pacífica sumisión de sus provincias trasatlánticas y con el afecto cordial de sus propios hijos.

Instalado en la Península un Poder central que, supliendo la orfandad que ocasionaba la detención del rey en Francia, dirigiera convenientemente la nave del Estado en tan deshecha borrasca, se apresuró á hacer declaraciones favorables á los súbditos de Ultramar y nombró emi-

sarios patricios para que fuesen á comunicar á esas lejanas provincias el arriesgado, pero glorioso empeño de la metrópoli, previniendo al propio tiempo á todas sus autoridades que procurasen estrechar más y más los lazos de la sangre, de la lengua y de la religión que unían á los españoles de Ambos Mundos, para que auxiliasen los del nuevo á sus hermanos peninsulares con cuanto su patriotismo y espíritu monárquico les sugirieran, atendido el conflicto en que se veían. Pero, si en consecuencia fueron remitidos á España cuantiosos recursos pecuniarios en un principio, la ambiciosa inquietud de algunos, ansiosos de medrar á costa de la felicidad de sus compatriotas, no tardó mucho en agitar el innoble proyecto de sustraer aquellos dominios de la dependencia de la metrópoli, cuando precisamente ésta tenía mayor necesidad de su importante auxilio.

Acerca de una coincidencia tan notable, dice el ilustrado conde de Toreno: "¿Escogieron los americanos para ello la ocasión más digna y honrosa? Á medir las naciones por la escala de los tiernos y nobles sentimientos de los individuos, abiertamente diríamos que no, habiendo abandonado á la metrópoli en su mayor aflicción cuando aquélla decretara igualdad de derechos y cuando se preparaba á realizar en sus Cortes el cumplimiento de las anteriores promesas. Los Estados Unidos se separaron de Inglaterra en sazón en que ésta descubría su frente serena y poderosa, y después que reiteradas veces les había su metrópoli negado peticiones moderadas en un principio. Por el contrario, los americanos españoles cortaban el lazo de unión abatida la Península, reconocidas ya aquellas provincias como parte integrante de la Monarquía y convidados sus habitantes á enviar diputados á las Cortes. No: entre individuos graduaríase tal proceder de ingrato y aun villano.

Las naciones, desgraciadamente, suelen tener otra pauta, y los americanos quizá pensaron lograr entonces con más certidumbre lo que á su entender fuera dudoso y

aventurado, libre la Península y repuesto en el solio el cautivo Fernando" (1).

Los promovedores de la insurrección de América se apoyaron desde luego en la apasionada censura de los émulos de España sobre su administración en Ultramar y con ellos volvieron á sacar á cuento los excesos cometidos en su adquisición "grandes, reprensibles—reconoce Toreno—, pero excesos que casi siempre acompañan á las conquistas, y que no sobrepujaron á los que hemos visto consumarse en nuestros días por los soldados de naciones que se precian de muy cultas." Siendo un hecho acreditado por la legislación misma de Indias que la España procuró organizar sus establecimientos ultramarinos, colmándolos de beneficios y de privilegios, bien podía y debía esperar de sus hijos en el Nuevo Mundo otro género de correspondencia, de la que halló en extremo necesitada; porque, ¿quién ignora que esas vastas regiones la debían su religión, su lengua, su civilización, su cultura, las famosas ciudades y villas que pueblan esos países y los establecimientos de todas clases que para su utilidad y su mayor esplendor erigieron en ello los españoles? Á la España y al gobierno de sus reyes debió la América, que dependía de su autoridad, leyes admirables, escuelas de primeras letras en grande abundancia, universidades, colegios, hospitales, casas de beneficencia, cátedras de Física, de Química y de Minería, la vacuna, etcétera, y todo atestigua al mundo—como dice Mr. Lafond—que no pretendía ni quería la metrópoli que la ignorancia se perpetuase en sus posesiones de Ultramar.

El mismo Mr. Lafond, nada escaso por cierto en referir los ponderados agravios alegados por los sostenedores de la insurrección de América en justificación de su proceder, confiesa también que mientras las demás naciones europeas abandonaban á sí propias sus nacientes colonias al otro lado de los mares, la España cuidaba solícita-

(1) *Historia del levantamiento y guerra de España.*

mente de las suyas, estableciendo en ellas, desde luego, un sistema regular para su mejor gobierno. "Los colonos españoles—añade—no conocían los impuestos ó eran al menos insignificantes los que pagaban: estaban exentos del servicio obligatorio, del Ejército y de la Marina, y durante siglos nada turbó la profunda paz en que vivían» (1).

Los españoles nacidos en América fueron siempre tratados por el gobierno metropolitano con la mayor liberalidad, mandándose por ley expresa preferir á los hijos de los descubridores, de los conquistadores y de los pobladores; y así es que optaban y optan á todos los empleos, honores, condecoraciones, títulos y dignidades de la Monarquía, la grandeza de España inclusive. Los españoles americanos fueron consiguientemente en Ultramar virreyes, generales en jefe y de división, jefes y subalternos en todos los cuerpos militares de mar y tierra, gobernadores presidentes de Audiencia, gobernadores intendentes, subdelegados, subinspectores generales, segundos cabos, superintendentes de Hacienda y de las casas de Moneda, arzobispos, obispos, regentes, oidores, prelados de los órdenes religiosos, contadores mayores, oficiales reales y asesores, además de ocupar la mayor parte de las dignidades, canonjías y raciones de las catedrales y casi la totalidad de los empleos subalternos en todas las carreras, la cura de almas inclusive; ellos fueron y son en la Península secretarios del Despacho, ministros de los Consejos y Tribunales supremos, generales en jefe y de división, capitanes generales de provincia, obispos, intendentes, asistentes de Sevilla, oidores, jefes y subalternos en todos los ramos, diputados á Cortes, senadores, en fin. Sin embargo, los promovedores y sostenedores de la insurrección de América pretextaron viva queja de verse desatendidos en la provisión de los cargos públicos, y llevaron á tan alto punto las diatribas contra su propia ascendencia

(1) *Voyages autor du Monde.*

que hasta en 1818 obligaron á decir al viajero norteamericano Mr. Brackenridge: «Al oir sus apóstrofes contra la opresión de trescientos años, cualquiera creerá que la sangre española no circula por sus venas, y que son la misma clase de gente que Cortés y Pizarro subyugaron á la corona de Castilla.» Pero es igualmente de notar que cuando convenía á esos mismos hombres el ensalzamiento de su alcurnia apelaban sin reparo y con orgullo á su origen castellano.

Tampoco dejaban de vociferar la abundancia de plata y oro extraídos de la América por los españoles, pero sin cuidar de hacer igual repetida mención de los muchos artículos de que ese país carecía antes de su descubrimiento y que forman hoy gran parte de su riqueza y de su regalo. Además de su religión, su idioma, su industria, sus conocimientos y su población, llevaron los españoles á América caballos, bueyes, camellos, burros, cabras, ovejas de Castilla, puercos, perros castizos, gatos caseros, conejos, gallinas, palomas, trigo, cebada, la vid, el olivo, higos, granadas, cidras, naranjas, limas dulces y agrias, manzanas, peros, membrillos, duraznos, melocotones, albérchigos, albaricoques, ciruelas, melones, pepinos, calabazas, guindas, cerezas, almendros, la caña de azúcar, lechugas, escarolas, rábanos, coles, nabos, ajos, cebollas, berenjenas, espinacas, acelgas, yerbabuena, culantro, perejil, cardos, espárragos, viznagas, garbanzos, habas, lentejas, anís, mostaza, oruga, alcarabea, ajonjolí, arroz, alhucema, cominos, orégano, ajenjos, avenate, adormideras, trébol, manzanilla, rosas, clavelinas, jazmines, azucenas, mozqueta, lino, alfalfa, etc., cosas todas útiles para la vida, y algunas de casi incalculable valor en el día (1).

Comoquiera, cuando la metrópoli se hallaba más empeñada en una lucha terrible, tan desigual como justa por su parte, Buenos Aires, Quito, Caracas, Santa Fe, Méjico, Chile y más tarde el Perú, lanzaron sucesivamente el gri-

(1) Garcilaso, *Historia general del Perú.*

to de rebelión é independencia de España, aunque disfrazado al principio con la artificiosa apariencia de pretender conservar al rey Fernando el pleno dominio de aquellos reinos, logrando por este ardid alucinar á los incautos pueblos que habían de contribuir con sus fortunas y con la sangre de sus propios hijos al sostenimiento de unos planes, cuyo verdadero objeto no alcanzaban á penetrar. A los promovedores de tamaño proyecto les interesaba mucho que la insurrección estallara en todas las provincias á la vez, y á este fin dirigieron sus primeros pasos, como claramente demostraban las cartas de Buenos Aires interceptadas en la ciudad de la Paz á principios de 1809.

Para llevar á cabo tan funesta maquinación necesitaban los instigadores y consiguieron ganar la fuerza armada existente, reducida en número y á la verdad algo descuidada por punto general así en su instrucción como en su disciplina, con cuya cooperación les fué fácil deponer á las autoridades constituídas. Una vez dado este gran paso, era consiguiente proceder á la elección de nuevos gobernantes, y el sostenimiento de un nuevo orden de cosas debía de excitar el fanatismo político y ofrecer á los novadores un ancho campo de persecución. Así fué como esos trastornadores se apoderaron de cuantiosas riquezas, privaron de la vida á varios españoles, expatriaron á otros muchos, llenaron de amargura y desolación á sus inocentes familias y de horror, de luto y de sangre aquel pacífico suelo, del cual, es triste decirlo, parece haber huído el sosiego y la tranquilidad.

Habiendo residido algunos años en el reino del Perú, y habiéndonos cabido en suerte ser testigos y aun partícipes de muchos sucesos de los ocurridos en la lucha que los españoles se vieron obligados á sostener allí por el espacio de diez y seis años, nos proponemos presentar con la mayor exactitud algunos de sus pormenores para que puedan servir de datos seguros para la historia de nuestras armas, y conducir al propio tiempo al conocimiento de las causas que prepararon el resultado de Ayacucho.

Para cumplir mejor nuestra tarea hemos procurado consultar varias publicaciones y manuscritos, señaladamente el *Diario* del ingeniero D. Francisco Javier de Mendizábal, el del E. M. del general La Serna en la campaña de 1817 sobre los campos de Jujuy y Salta; la impugnación razonada del manifiesto del virrey D. Joaquín de la Pezuela sobre su cesación en el mando del Perú; la representación documentada del virrey D. José de la Serna á S. M. acerca de la inobediencia del general Olañeta, su fecha en el Cuzco á 15 de Julio de 1824; la exposición también documentada del mariscal de campo D. Jerónimo Valdés al rey, sobre la separación del mando del virrey Pezuela, la insubordinación de Olañeta y las principales operaciones militares hasta la jornada de Ayacucho, su fecha en Vitoria á 12 de Julio de 1827, la extensa relación del gobierno del acreditado virrey D. José Fernando Abascal, marqués de la Concordia; las *Memorias* del general Miller; la relación histórica de veinte años de residencia en la América del Sur por el ciudadano inglés Mr. W. B. Stevenson; la historia de la revolución Hispano-Americana por D. Mariano Torrente, escrita y publicada bajo los auspicios del gobierno de Fernando VII; los viajes alrededor del mundo, del capitán Mr. Lafond; los partes oficiales de los generales españoles; algunos de los independientes; el manifiesto del marqués de Torretagle, sobre su administración como presidente de la república peruana, y nuestras propias anotaciones. La representación del virrey La Serna y el manifiesto de Torretagle se acompañan íntegros por su importancia. Y como sin verdad la Historia toma otro nombre, en apoyo de la exactitud que hemos prometido insertaremos oportunamente algunos documentos y citas que, nos parece, merecen esta colocación, sin embargo de poner otros igualmente interesantes por apéndice.

También debemos confesar con lisura que la lamentablemente célebre circunstancia de haber visto, después de diez y nueve años, servir el nombre *ayacucho* de especioso

pretexto á las pasiones políticas para concitar los ánimos á un alzamiento que la Historia ha de calificar, no es la que menos ha influído á decirnos por la continuación de un trabajo casi abandonado. Así, pues, nuestra satisfacción será completa si logramos contribuir á la rectificación de los juicios de buena fe erróneos, á poner un conveniente correctivo á los apasionados, y á que todos los españoles, en fin, puedan juzgar con mayor copia de datos de los servicios y merecimientos de los leales defensores de los derechos de España en el Perú, aunque acabaron por ser vencidos en Ayacucho.

La idea de pretender que el nombre de esta batalla, desgraciada para las armas españolas, pase al catálogo de los nombres de proscripción es en extremo singular y acaso sin ejemplo fuera de España. Como quiera en Ayacucho perdieron los vencedores por su propia confesión sobre 1.000 hombres entre muertos y heridos, y además es de notar que cuando se libró el 9 de Diciembre de 1824, hacía precisamente dos años que sólo el Perú y la provincia de Chiloé eran los únicos restos del dominio español en América, donde la lealtad más acrisolada, abandonada á sus propios y exclusivos recursos no vendía, como en un arrebato de pasión se permitió decir cierto general el 1843, sino que resistía la ominosa rebelión de Olañeta y hacía frente á la revolución armada y triunfante de todos los Estados de la América Meridional, incluso Colombia. Una reseña cronológica y fidedigna, aunque sensible, de las pérdidas que contaba entonces la España en el Nuevo Mundo bastará para comprobar nuestro aserto.

Sublevóse Buenos Aires en 1810 y se perdió la mayor parte de este virreinato; rindióse la plaza de Montevideo en 1814, después de un prolongado sitio; perdióse el reino de Chile en Chacabuco en 1817; confirmóse su pérdida en el Maipu en 1818, y se siguió á esta desgracia la de la fragata de guerra *Reina María Isabel en el puerto de Talcahuano con la mayor parte de la expedición peninsular* que convoyaba; perdióse en 1820 el bergantín de

guerra *Potrillo* y la plaza de Valdivia; desembarcó San Martín en Pisco con las tropas de su mando; sacó lord Cochrane, al servicio de Chile, la fragata de guerra española la *Esmeralda* de debajo de las baterías y castillos del Callao; pasóse al enemigo el batallón de Numancia, armado y municionado; se sublevaron y proclamaron la independencia la plaza, astilleros y provincias de Guayaquil y de Trujillo con sus respectivas guarniciones; perdióse el vasto y rico reino de Méjico en 1821, reconociendo D. Juan O-Donojú en Córdoba, apenas desembarcado como jefe superior, la independencia proclamada por el coronel Iturbide en Iguala; perdióse en el mismo año, y casi simultáneamente, la batalla de Carabobo, donde sucumbieron los restos del valiente ejército del general don Pablo Morillo, quedando por consecuencia afirmada la independencia de Costa Firme; perdióse en 1822 el reino de Quito en Pichincha; cedió la fidelísima provincia de Pasto al poder creciente de Bolívar; y, lo que parecerá más asombroso todavía, las fragatas *Prueba y Venganza* y la corbeta *Alejandro*, que formaban la única escuadra española en el mar Pacífico al mando del capitán de navío don José Villegas, fueron entregadas á los independientes por medio de un tratado celebrado en Guayaquil por sus propios jefes.

Medítese, pues, con detenimiento la natural influencia que ese catálogo de reveses había de ejercer en la suerte de la guerra que se sostenía en el Perú, donde siempre carecieron los realistas de fuerzas navales superiores, reclamadas por todos los jefes encargados del mando y aun ofrecidas por el gobierno de S. M., y tómese muy en cuenta que mientras el ejército español-peruano *apenas contaba en Diciembre de 1824 mil quinientos europeos sobre las armas* en toda la extensión de aquel virreinato, el ejército británico, que guarnecía los establecimientos del Norte de América, se componía de 50.000 hombres auxiliados de una marina poderosa y bien mandada. Reflexiónese, en fin, que el ejército real peruano sostuvo una lucha obs-

tinada desde 1809 hasta Enero de 1826 en que capituló la plaza fuerte del Callao, mientras al año siguiente de haber declarado los norte-americanos su independencia, es decir, en 1775, sitió Washington á Boston y la tomó de los ingleses, obligó poco después el general Gates á rendirse sin combatir á 10.000 de estos soldados, y por último, forzado el ilustre general inglés Cornwallis á capitular en York-Town con todas sus tropas, la independencia de los Estados Unidos quedó definitivamente reconocida en 1783. No se crea que los españoles en el Perú fueron más valientes que los ingleses en el Norte de América, sino que contaron *con infinitamente mayores simpatías en el país*, lo que sin duda alguna prueba en favor de su calumniada administración. Como quiera no sabemos que la mala suerte de los vencidos haya llegado á ser entre sus mismos compatriotas el objeto de ningún mote. Este triste ejemplo parece estaba reservado para señalar en España la época del mayor desapoderamiento de las pasiones políticas.

Sirve no obstante de grandísimo consuelo y es en extremo satisfactorio reconocer que los militares españoles europeos y algunos fieles americanos, á quienes abandonó la fortuna en Ayacucho, lejos de aceptar los partidos ventajosos que los independientes propusieron á unos, después de capitulados, y los agentes del gobierno imperial del Brasil insinuaron á otros á su paso por Río Janeiro, se apresuraron todos á regresar á la Península y otros puntos del dominio de España, satisfechos de su conducta, dispuestos á responder de ella cada uno en su caso, y prontos á prestar nuevos servicios si eran necesarios, como vino á suceder más antes de lo que tal vez se creía. Consiguientemente esos militares á la muerte del rey Fernando fueron del número de los defensores de los derechos de su augusta hija, y aceptaron las instituciones nacionales defendiéndolas y sosteniendo al combatido trono, unos al precio de su vida y otros á costa y riesgo de su propia sangre; y si hubo alguna excepción fué para concurrir al

fin al memorable abrazo de Vergara. Nosotros apelaríamos con confianza, si necesario fuese, al testimonio de cuantos valientes tomaron parte en esa sangrienta lucha y les conjuraríamos á que dijeran el comportamiento que hubiesen observado en sus compañeros de armas generalmente designados por el apelativo *ayacuchos;* pero este período de su vida pública no pertenece al presente asunto.

Finalmente, para que se pueda formar una idea de las marchas y contramarchas que ha sido forzoso ejecutar en la vasta extensión del territorio del alto y bajo Perú, nos ha parecido conducente insertar á continuación los principales itinerarios de las vías de comunicación. Sólo el virreinato del Perú, llamado también de Lima, que ha sostenido por largo tiempo todo el peso de la guerra, se extendía antes de que ésta estallara desde los 32′ de latitud Norte hasta los 25° 10′ de latitud Sur, y desde los 63° 56′ hasta los 70° 18′ de longitud occidental del meridiano de Cádiz, es decir, sobre 514 leguas de Norte á Sur y sobre 126 de Este á Oeste en la parte más ancha, teniendo por límites al Norte la provincia de Guayaquil, al Sur el famoso desierto de Atacames, al Este la cordillera oriental de los Andes y al Oeste el mar Pacífico.

Itinerario de Lima á Buenos Aires.

A Lurín	6
Chilca	7
Asia	8
Hualcará	8
Lunahuaná	7
Llangas	6
Viñac	7
Turpo	8
Cotay	6
Huancavelica	10
Paucará	10
Parcos	4
Marcas	6
Huanta	6
Huamanga	6
Cangallo	6
Ibias	8
Uripa	10
A Andahuailas	10
Pincos	6
Cochacajas	6
Abancay	6
Curahuasi	6
Lima-Tambo	4
Zurite	6
Cuzco	7
Oropesa	4
Urcos	4
Quiquijana	4
Checacuya	6
Cacha	5
Sicuani	3
Aguacaliente	6
Santa Rosa	8
Ayaviri	7
Pucará	6
Nicasio	6
Juliaca	6
Paucarcolla	7

A *Puno* 3
Chucuito 4
Acora 3
Yiabe 5
Juli 5
Pomata 4
Cepita 7
Huaqui 7
Tiahuanaco 4
La Laja 7
La Paz 6
La Ventilla 4
Calamarca 6
Ayoayo 5
Sicasica 8
Panduro 8
Caracollo 5
Cruro 8
Venta de Enmedio .. 10
Condorapacheta 4 1/2
Las Peñas 4 1/2
Ancacato 4
Vilcapuguio 5
Lagunillas 8
La Leña 6
Llocalla 6
Potosí 10
Chaquilla 6
Caisa 6
Sarapalca 6
Quirve 6
Escara 6
Santiago de Cotagaita 4
La Ramada 8
Mochará 6
Suipacha 8
Mojo 8
Quiaca 8
Cangrejos 9
Colorados 6
La Cueva 6
Humahuaca 8
Huacalera 6
Hornillos 6
Volcan 9
Jujuy 8
Rio-Blanco 7 1/2
Caldera 5 1/2
Salta 6
Covos 9
Cienega 7
San Antonio 8
Rodeo del Tala 8
Concha 8
Rosario 3

A Arenal 6
Pozo del Pescado ... 8
Aldurralde 7
La Tapia 8
Tucumán 7
Talacocha 8
Palmas 6
Vinará 6
Río-Primero 5
Mirandas 1
Capilla de Giménez . 5
Santiago del Estero . 9
Monogasta 2
Silipica 4
Simbolar 7
Ayuncha 4
Remano 30
Portezuelo 8
Pozo del Tigre 6
Chañar 3
Durazno 5
San Pedro 4
Corral de Barrancas. 4
San Antonio 5
Totoral 5
Sinsacate 6
Noria 5
Córdova 7
Punta del Monte 4 1/2
Río-Segundo 4 1/2
Impira 5
Cañada del Gobernador 6
Río-Pugio 6
Esquina de la Herradura 6
Esquina de Medrano 4
Fraile-Muerto 6
Zanjón 4
La Barranca 4
Esquina de Lovatón. 7
Cabeza del Tigre ... 5
Esquina de la Guardia 7
Areco 4
Desmochados 4
Cañada de la Candelaria 6
Manantiales 4
Arroyo de Pavón ... 10
Arroyo de Enmedio. 5
Arroyo de Ramallo .. 5
Pontezuelas 6
Arrecife 4
Chacras de Ayala .. 10
Areco 4

A Cañada de la Cruz..	6
Luján.....	8
Cañada de Morón...	7
Buenos Aires.....	6
	953

Itinerario de Lima á Tarapacá por Arequipa.

A Lurín.....	6
Chilca.....	7
Asia.....	8
Cañete.....	8
Chincha.....	10
Ica.....	16
Palpa..	20
Nasca.....	10
Acarí.....	24
Chala.....	16
Atico..... ...	24
Ocoña.....	24
Camaná.....	12
Siguas.....	16
Arequipa.....	20
Tambo.....	24
Morro.....	10
Puquina.....	14
Moquehua.....	2
Sitana.....	12
Sama.....	9
Tacna.....	9
Arica.....	12
Chaca.....	10
Camarones.....	9
Chesa.....	7
Tana.....	7
Aroma.....	14
Tarapacá.....	6
	366

Itinerario de Tarapacá á Potosí.

A Chusmiza.....	10
Huanca.....	8
Sitani.....	8
Harangas.....	8
Zavaya..... ...	6
Chipata.....	6
Urinoca..	12
Ullagas.....	10
Coroma.....	9
Calientes.....	8
Llapa.....	8
A Tollocsi.....	9
Potosí.....	8
	110

Itinerario de Arica á Oruro.

A Tacna.....	12
Paquia.....	7
Palca.....	6
Tocora.....	8
Colpa.....	8
Selpulturas blancas....	8
Cajas.....	7
Torapacá..... ..	7
Curahuara..... ...	6
Tambillo.....	6
Mulatos.....	8
La Barca.....	9
Oruro..... .	10
	102

Itinerario de Oruro á Chuquisaca.

A Sorasora.....	5
Huancani.....	5
Agua-Caliente.....	6
Calacala.....	6
Morachaca.....	7
Maccha.....	9
Ocarí.....	7
Yurubamba.....	10
Chuquisaca.....	9
	64

Itinerario de Oruro á Mizque.

A Culcobamba.....	7
Challa..	7
Tapacarí.....	5
Sip sipe.....	8
Cochabamba.....	5
Pampa-Redonda.....	15
Curiauri.....	8
Mizque.....	7
	62

Itinerario de Oruro á Carangas.

A Challacoyo.....	5

A Toledo	5
Corque	8
Huanchacaya	14
Carangas	13
	45

Itinerario de Cochabamba á Santa Cruz.

A Pocona	20
Totora	5
Chalhuani	14
Chilon	7
Pulquina	6
San Pedrillo	5
Mataral	4
Máirana	7
Samapaita	7
Cuevas	6
Porongo	21
Santa Cruz	3
	105

Itinerario de Potosí á Chuquisaca.

A Tambo Bartolo	8
Tambo-Nuevo	8
Chuquisaca	9
	25

Distancia de Potosí.

A Talavera de Puna	12
Atacames	90
Lipes	130

Distancia de Santa Cruz.

A S. Javier de Chiquitos	60
Loreto, en Mojos	110

Itinerario de Tarma á Huancavelica.

A Jauja	10
Concepción	6
Huancayo	3
Huayucachi	3
Acos	6
A Huando	8
Huancavelica	5
	41

Itinerario de Tarma á Huarás.

A Reyes	8
Carhuamayo	5
Pasco	5
Llanahuanca	8
Baños	12
Huanuco-Viejo	5
Huallanca	5
Carhuascocha	6
San Marcos	5
Huari	5
Santa Catalina	10
Huarás	16
	90

Itinerario de Lima á Ica por Yauyos y Castroirreina.

A Lurín	6
Chilca	7
Coaillo	9
Omas	9
Tauripampa	8
Allanca	7
Capillucas	9
Catahuasi	10
Viñac	14
Chupamarca	12
Pauranga	16
Huacahuaca	10
Huaitara	10
Tambillo	10
Ica	14
	151

Itinerario de Lima á Huancavelica por Jauja.

A Sisicaya	12
Chorrillo	8
Huarochirí	8
Pariacaca	8
Julca	8
Jauja	9
Concepción	6
Huancayo	3

A Huayucachi	3
Acos	6
Huando	8
Huancavelica	5
	84

Itinerario de Lima á Huanuco.

A Chaclacayo	6
Santa Ana	3
Surco	6
San Juan	2
San Mateo	4
Yauli	9
La Oroya	5
Tarma	6
Reyes	8
Carhuamayo	5
Pasco	5
Huariaca	8
Rondez	5
Ambo	5
Huánuco	5
	82

Itinerario de Lima á Guayaquil.

A Chancay	12
Huaura	12
Barranca	8
Huarmey	20
Casma	16
Nepeña	9
Santa	8
Viriú	16
Moche	10
Trujillo	2
Santiago de Cao	5
Faijan	5
San Pedro	10
Pueblo-Nuevo	5
Moaya	6
Chiclayo	8
Lambayeque	2
Morrope	4
Sechura despoblado	36
Piura	10
Ancotape	14
Pariña	10
Mancora	15
Tumbez	24
Salto	4
Guayaquil, por el río	25
	296

Distancia de Piura.

A Paita	14

Itinerario de Puira á Jaén.

A Urbaneja	8
Uicus	8
Ala	10
Vigote	6
Sabse	12
Huancabamba	6
Tabaconas	8
Charaja	8
Botijas	8
Pucará	6
Perico	4
Jaén	8
	92

Itinerario de la Barranca á Huarás.

A Pativilca	2
Huaricanga	5
Chaucayan	10
Marca	4
Rehuay	7
Huarás	4
	32

Itinerario de Trujillo á Chachapoyas.

A Chicama	8
Ascope	4
Cascas	12
Contumarca	6
Magdalena	10
Cajamarca	5
Polloc	4
Celendin	8
Las Balsas	6
Carrizal	3
Tambo-Viejo	4
Llulli	5
Lesnicbamba	4
Puente de Sto. Tomás	6
Suta	3
Magdalena	4
Levanto	3
Chachapoyas	3
	98

Itinerario de Trujillo á Parcoy.

A Otuzco	14
Huamachuco	18
Chusgón	4
Río Marañón	14
Parcoy	8
	58

Itinerario de Chachapoyas á Lamas.

A Jauli	8
La Ventilla	4
Bagazán	6
Almirante	5
Pucartambo	6
Visitador	6
Uquihua	7
Moyobamba	7
Jera	4
Culcarrumi	4
La Calavera	6
Buenavista	4
Potrero	6
Tabalosos	6
Pueblo del Río	3
Lamas	7
	89

Itinerario del Cuzco á Arequipa.

A Paruru	8
Araipalpa	3
Chirihuay	3
Accha	3
Macpi	6
Tinco	5
Vetille	6
Cailloma	24
Sani	8
Chibay	8
Estancia de Togra	6
Lanahuá	6
Arequipa	12
	98

Itinerario de Arequipa á Puno.

A Apo	10
Pati	12
Vergara	9
Santa Lucía	7
Vilque	8
Puno	7
	53

Algunas comunicaciones trasversales.

De Ayaviri á la Ventilla	3
A Pucará	3
Choconchaca	6
Lampa	3
	15
De Ayaviri á Charaqui	6
A Asángaro	4
	10
De Ayaviri á Antavilque	3
A Asillo	4
Quinsacalco	5
Potoni	7
Al Crucero, en Carabaya	3
	22
De la Paz á Pucarani	9
A Huarina	7
Achacache	4
Ilabaya	7
Zorata, en Larecaja	2
	29
De la Paz á Viacha	6
A Caquiaviri	14
	20

Nota. Todas las capitales de provincia van subrayadas.

Los españoles escriben Guaquil, Guaqui y Guuitará, etc., con *G*, debiendo de ser con *h*, según el abecedario índico, que, como dice el Inca Garcilaso, no tuvo la letra *G*.

CAPÍTULO PRIMERO

Extensión del dominio de España en América.—Invasión y reconquista de Buenos Aires en 1806.—Pérdida de Montevideo en 1807.—Deposición del virrey marqués de Sobremonte.—Enumeración de los reinos y provincias españolas en el Nuevo Mundo.—Méjico.—Deposición del virrey Iturrigaray.—Guarnición de Lima.—Su fundación y estado.—Tropas en general.—Invasión de la Península.—Su influencia en América.—Insurrección de Chuquisaca.—Deposición del gobernador presidente.—Nombra el virrey Cisneros al general Nieto.—Insurrección de la Paz.—El virrey del Perú forma un ejército.—Goyeneche.—Ramírez.—Triunfo de Chacaltaya.—Recuperación de la Paz.—Sus consecuencias.—Nieto en Chuquisaca.—Pacificación del Perú.—Quito.

1809

Cuando, el 2 de Mayo de 1808, el heroico pueblo de Madrid señaló con su propia sangre la honrosa senda que con tesón y constancia supieron seguir los demás de la Península, las posesiones españolas de América se extendían desde la parte más austral de Chiloé hasta la más septentrional de las Californias, y contaban 79° 31′ de Sur á Norte, es decir, cerca de 2.000 leguas; y aunque esa vasta extensión de territorio se hallaba poblada de naciones y castas diferentes, era toda gobernada por una misma legislación, admirablemente adecuada al estado de sus naturales, bajo cuyo régimen vivieron, por más de tres siglos, en envidiable tranquilidad y prosperando, sin que fueran necesarios para su conservación grandes y

costosos aparatos marciales. La adhesión de los habitantes de la América á su metrópoli, se estimaba entonces general y se creía fundadamente sincera, pues apenas habían transcurrido dos años desde que los moradores de Buenos Aires la habían confirmado con valor y sellado con su propia sangre.

El hecho fué que los ingleses dirigieron una expedición contra Buenos Aires, desembarcaron sin dificultad, obtuvieron repetidas ventajas sobre nuestras armas, que mandaba el virrey marqués de Sobremonte, entraron en la capital y sitiaron á Montevideo en 1806. Apesadumbrado, sin duda, por las desgracias experimentadas, el virrey tomó la resolución de sustituir en la Real Audiencia el mando que ejercía, perdida la capital y con los enemigos al frente. De aquí provino el que el valiente y entonces popular brigadier don Santiago Liniers se encargase del mando de las armas, y bajo su acertada dirección, los fieles y bravos habitantes de Buenos Aires obligaron á capitular á los ingleses, y reconquistaron la capital el 23 de Agosto del mismo año, de 1806. Ufanos con la victoria, y so pretexto de asegurar sus consecuencias, provocaron al día siguiente un cabildo abierto sin conocimiento previo del Gobierno, pero cuyo verdadero objeto era la destitución del virrey, acto que los buenos oficios de la Audiencia y del reverendo Obispo consiguieron paralizar, aunque el pensamiento cundía por todas las clases con aplauso, porque el crédito de Sobremonte había menguado tanto como había crecido con el triunfo la reputación de Liniers.

Así las cosas, súpose en Buenos Aires, á mediados de Febrero de 1807, que la plaza de Montevideo había caído en la madrugada del 3 del propio mes en poder de los ingleses, y causó tal agitación en el pueblo, que recorría las calles pidiendo á voces la destitución del marqués de Sobremonte y la reconquista de Montevideo. El virrey, obligado por las exigencias del pueblo armado, consintió en que el 17 de Febrero se reuniese una Junta general, y

en ella se acordó su destitución, y que el ejercicio de las altas facultades de la primera autoridad se dividiese entre la Audiencia y el jefe militar Liniers; todo interinamente, y mientras S. M., á quien se daría cuenta, se dignaba resolver como estimase mejor. La persona del marqués, quedó asegurada en la Recoleta.

De aquí nacieron graves cuestiones, y aun compromisos en cierto modo, para el celoso virrey del Perú, quien llegó á tomar sobre sí, primero la determinación de trasladarse á Buenos Aires, que la Audiencia de Lima, consultada, desaprobó, y luego el nombramiento de su antecesor, el marqués de Avilés, para el Gobierno de aquel virreinato, disposición que tampoco mereció el asentimiento de todas las autoridades de Buenos Aires. Entretanto, se recibió muy oportunamente la Real orden de 23 de Octubre de 1806, declaratoria del orden y sucesión del mando en los gobiernos y presidencias de Ultramar; y en su consecuencia, se encargó de aquel virreinato el afortunado Liniers, cuya circunstancia comunicó la Audiencia de Buenos Aires al virrey del Perú, con lo cual cesaron las diferencias pendientes (1).

En la grande extensión de territorio que la España poseía en América, se comprendían el archipiélago de Chiloé; el reino de Chile, inclusa la plaza, puerto y provincia de Valdivia; el virreinato de Buenos Aires, incluso el Paraguay; el virreinato de Lima ó sea reino del Perú, inclusa la provincia y astillero de Guayaquil; el reino de Quito, el virreinato de Santa Fe ó Nueva Granada, inclusas la Capitanía general de Caracas y la presidencia de Panamá; el vastísimo reino de Méjico, con las Californias y la Capitanía general de Guatemala, además de varias islas importantes en ambos hemisferios. Entre esas dilatadas y ricas posesiones—dice bien M. Lafond—, ocupaba el reino de Méjico la primacía, tanto por la naturaleza de las producciones de su suelo, como por su situación geográfica.

(1) Relación del Gobierno del marqués de la Concordia.

Con puertos en el Atlántico y en el Pacífico, interpuesto entre la Europa y el Asia, debía Méjico merecer la preferencia de los españoles, porque además de tener estos derechos, á contar con la fidelidad de sus predilectos habitantes, podían también prometerse atender mejor á su conservación por su mayor proximidad á la Península (1).

Así era de esperar que sucediese, si la unidad de acción en el mando de esas lejanas provincias no se hubiera visiblemente resentido de la extinción del ministerio universal de Indias, llevada definitivamente á cabo en 1790. Siguiéronse después en Méjico las administraciones de los virreyes Branciforte é Iturrigaray, amargamente censuradas, sin que el Gobierno supremo mandase inquirir convenientemente el fundamento de la censura, para acreditar, como importaba, su justificación; y ésta fué, en nuestro sentir, una de las causas que contribuyeron á engrosar el número de los descontentos, enajenando muchas voluntades favorables antes á la metrópoli. Desatendidas las quejas que se producían en Méjico contra el Gobierno, hasta las sentidas y enérgicas que elevó al trono la dirección de minas de Guanajuato, el virrey Iturrigaray, con razón ó sin ella, carecía del crédito que el mando necesitaba para la época crítica que estaba evocada. Falto de apoyo, pues, así entre los europeos como entre los criollos, fué depuesto en la noche del 15 de Septiembre de 1808, y puesto en prisión por acuerdo de una junta, clandestinamente reunida al efecto, compuesta de la Audiencia, del Arzobispo, de todos los principales jefes y autoridades y de varios vecinos notables.

Sin embargo, de esos ejemplos, siempre sensibles, los dominios españoles de América se mantenían pacíficos y obedientes. Las tropas que formaban sus respectivas guarniciones residían, por lo regular, en las capitales, y bien fuese efecto de la paz en que habían estado, bien exceso de confianza y aun tal vez influencia del clima, lo cierto es que su instrucción no era esmerada, ni rígida su disci-

(1) Voyages autour du monde.

plina; pero en cambio, abundaban sus individuos en sumisión y lealtad. Lima, capital del Perú español, llamada también ciudad de los Reyes, en memoria de haberla fundado Francisco Pizarro el 6 de Enero de 1534, contaba para su servicio y demás atenciones del reino, con el regimiento Real de Lima, un batallón titulado del Número, otro de Pardos, otro de Morenos, 300 artilleros, el regimiento de Dragones de Lima, una compañía de caballería de la guardia del virrey, otra de Alabarderos, que cubría el servicio interior de palacio, y un apostadero de marina en el Callao, pero sin escuadra.

Desde la fundación de Lima, fué esta capital un objeto de predilección para los españoles y para sus reyes, que la trataron del mismo modo que á las ciudades más favorecidas de España. Había en ella una Audiencia pretorial, creada en 1543; la Universidad de San Marcos, con los mismos privilegios y exenciones que la de Salamanca, fundada en 1551; un tribunal de Inquisición, erigido en 1571, cuya jurisdicción se extendía al territorio de Chile y Chiloé, y al de los virreinatos de Buenos Aires y del Perú y parte del de Santa Fe; muchos conventos de frailes y monjas, tan grandes y poblados algunos, que el de la Concepción encerraba, en 1700, sobre 1.041 mujeres, aunque en 1790 ya no contenía más que 26; varios hospitales y bien atendidos; un seminario consiliar; tres colegios: Santo Toribio, San Carlos y San Fernando, éste de medicina y cirugía, fundado por el virrey Abascal, con el fin de que esas facultades dejasen de ser exclusivamente ejercidas por la gente de color; una Junta Superior de Real Hacienda; un Tribunal mayor de cuentas; otro del Consulado; una Casa de Moneda, que acuñó desde 1801 á 1805, en plata y oro, 21.215.314 pesos, y desde 1809 á 1813, 21.146.410 $^{1}/_{2}$ pesos, es decir, 168.903 $^{1}/_{2}$ pesos menos que en el quinquenio anterior; una fundición de artillería; una fábrica de excelente pólvora; un jardín botánico; un proto-medicato y un magnífico panteón (1).

(1) Relación del Gobierno del marqués de la Concordia.

Pero volviendo al punto principal, las guarniciones ó presidios de las demás posesiones españolas de América se componían, por regla general, de la misma clase de gente que la del Perú, é igualmente reducidas en número; mas también se hallaban creados cuerpos de milicias disciplinadas y urbanas de infantería y caballería, que nada casi costaban al erario, mientras no se les llamaba á las armas, lo que sólo se verificaba en determinados casos. Y aunque en todos esos cuerpos, tanto veteranos como de milicias, servían algunos jefes y oficiales europeos, la mayor parte de estas plazas estaban cubiertas por criollos, por lo común contentos hasta entonces con la dependencia de España, y fieles y leales á la metrópoli.

Sin embargo, es preciso reconocer que las doctrinas políticas, hasta las exageradas, á que dieron ocasión el pronto resultado de la insurrección de los Estados Unidos en el Norte de América, y la posterior y acalorada revolución francesa, habían cundido bastante en las posesiones españolas del Nuevo Mundo é inflamado con facilidad las ardientes cabezas de algunos de sus moradores, cuando la alteración del despacho de los negocios, erróneamente distribuídos entre todos los ministerios, disminuía visiblemente la importante unidad de acción en el mando y facilitaba más el acceso á todo género de chismes y de intrigas y de parcialidades, así para la provisión de los detinos en Ultramar, como contra las autoridades de esas mismas provincias, cualquiera que pudiera ser su mérito.

Tal era el estado de la América Española cuando se recibieron en ella los alarmantes pormenores del heroico alzamiento de la metrópoli contra las huestes de su ciego aliado el Emperador de los franceses; y si al principio un noble entusiasmo ocupó los ánimos de aquellos habitantes en favor de la causa de sus hermanos peninsulares, muy poco después se empezaron á descubrir los espíritus inquietos por síntomas inequívocos de una fermentación peligrosa con la más funesta tendencia.

Así las cosas, la ciudad de Chuquisaca (1) en la parte austral de la América, fué la primera que alzó el pendón de la insurrección, promoviendo sus partidarios un tumulto popular contra la autoridad superior constituída, que terminó por un acuerdo de la real Audiencia, celebrado el 25 de Mayo, resolviendo la destitución del gobernador presidente el teniente general D. Ramón García Pizarro, á quien, desconceptuado al intento en el público, acusaron los facciosos ante el tribunal de la Audiencia de complicidad en las maquinaciones que atribuían al Gobierno superior de Buenos Aires sobre entregar aquel país á la corte de Portugal, y sobre esta acusación ó denuncia recayó la providencia de la Audiencia, escandalosa y sin ejemplar, hasta que la deposición del virrey Sobremonte en Buenos Aires dió la norma para cometer igual exceso en la ciudad de la Plata.

Para esto—dice el virrey del Perú—precedieron cabildos extraordinarios, acuerdos clandestinos y pesquisas secretas, no sólo contra la conducta del virrey Liniers, del presidente Pizarro, del arzobispo D. Benito María Moxó y comisionado de la junta de Sevilla el brigadier D. José Manuel de Goyeneche, acerca de la inteligencia que secretamente mantenían con el Gabinete del Brasil, sino que mezclando también á estas calumnias la de hallarse el gobernador empleado en la formación de sumarias contra vecinos principales, su destierro y proscripción para malquistarlo con el pueblo, y disponer con tal maligno influjo los ánimos á que cooperasen en el crimen de sedición que se proyectaba. Preparados de este modo y dispuestos á dar el golpe decisivo al presidente Pizarro en la noche del expresado 25 de Mayo, se antepuso este jefe á la ejecución, mandando arrestar las personas de algunos ministros de la Audiencia y miembros del Ayuntamiento, que se habían señalado más descaradamente en tan reprobados manejos; pero noticiosos los interesados

(1) Se denomina también de la Plata y de Charca.

de esta providencia, la eludieron fugándose ú ocultándose, de suerte que sólo uno de los últimos pudo ser habido. Mas preparado el pueblo al tumulto, corrió en tropel al palacio arzobispal, y de aquí al de la presidencia, en solicitud de la libertad de los presos, que suponían, interponiendo la dignidad del prelado, y obtenida la del detenido, clamaban aún por la de los demás y particularmente por la del fiscal, buscándolo con ansia, ya en el cuartel de la guarnición, ya en casas particulares y ya en la misma presidencia, donde por último se promovió la maligna especie de haber sido muerto por el fuego de la guardia cuando hizo á los amotinados algunos disparos.

En esta situación, aunque el anciano general Pizarro aseguró bajo de juramento no tener preso á dicho fiscal, ni noticia alguna de su paradero, ofreciendo responder de la seguridad de su persona, se le contestó por la plebe con el mayor descomedimiento y notables insultos, pasando á pedir que se les entregase la persona del presidente como traidor, ó al menos se le quitasen las armas, cuya proposición, admitida por el Acuerdo, que se había juntado en la casa del regente, se le intimó sin demora. Al principio resistió obedecer el general Pizarro, tanto por la ninguna autoridad de que procedía, como por no dejar al pueblo expuesto á su ruina en medio de la convulsión en que se hallaba; pero cedió al fin á las persuasiones y ruegos de los que le acompañaban, conviniendo en la entrega de la artillería, que tenía dentro de su casa, para calmar el bullicio como se le pretextaba. Conociendo los instigadores que para completar su designio necesitaban la prisión del jefe superior, redoblaron sus instancias al efecto, y la obtuvieron de la Audiencia con la misma injustificable facilidad con que habían logrado la entrega de las armas.

Hasta por tercera vez se resistió el general Pizarro á hacer la dimisión del mando que le exigían las providencias del Acuerdo; mas viéndose solo, desamparado ya de los pocos que hasta entonces le habían hecho compañía,

y bajo la salvaguardia que el propio Acuerdo prometía de asegurarse la quietud pública y la vida del mismo presidente, visiblemente expuesta, no pudo impedir por más tiempo la usurpación que la Audiencia hizo del Gobierno abrogándose sus facultades. El 26 de Mayo fué consiguientemente despedida la tropa que guarnecía á Chuquisaca, haciendo pasar las armas de sus manos á las de la plebe, y al día siguiente 27, condujeron al presidente como reo de Estado á la estrechez de una prisión, y se dió principio á un sumario contra el anciano y atropellado jefe; siendo muy de notar que se consumaban tamaños excesos entre aclamaciones del pueblo á favor del Señor Don Fernando VII, cuya soberanía se minaba, escudándose maliciosamente los fautores de tales escándalos en sospechas inventadas contra el representante del monarca en Charcas y contra los jefes y prelados más autorizados del reino.

Las medidas adoptadas por el presidente Pizarro para ahogar en su cuna tan funesta conjuración, hubieran probablemente producido su efecto si hubieran sido practicadas con oportunidad y secreto; pues la prisión de los principales culpables no pudo realizarse por haberse intentado demasiado tarde, y los auxilios pedidos al gobernador intendente de Potosí no pudieron llegar á la Plata hasta dos días después de consumada la deposición y prisión del presidente, no obstante la diligencia con que don Francisco de Paula Sanz marchó en su socorro. Este jefe recibió orden de la Audiencia, encargada ya del Gobierno, para hacer retroceder la tropa que conducia, y la cumplimentó persuadido de las sanas intenciones que aún suponía en unos ministros del Rey, obligados por tantos títulos á mantener el orden y conservar ilesos los intereses españoles; pero estimó conveniente entrar él en Chuquisaca para acordar con dichos ministros los medios más adecuados de conciliar la tranquilidad del país con el sostenimiento de las autoridades legítimas, y habiendo convenido en comunicarse mutuamente cuanto pareciera

conducente al logro de tan importante objeto, regresó Sanz á Potosí lleno de satisfacción por este acuerdo (1).

Sobre la insurrección de Chuquisaca, tan lamentable por todas sus circunstancias, dice Torrente: "Los oidores, que debieran haber sido el baluarte principal de la obediencia á la autoridad del Rey, y que no podían ignorar las fatales consecuencias que había de producir la relajación del freno de las leyes y el movimiento de la fuerza popular, parece que fueron los primeros que se pronunciaron por la subversión. Reunidos en una casa particular, al tiempo que la furiosa plebe introducía el desorden y la anarquía amenazando la vida del general Pizarro, tomaron el partido de estrechar á aquel benemérito jefe á su renuncia y á la entrega de las armas y artillería; uno de ellos pasó á apoderarse de esta última, otro á situarla en la plaza violentando el almacén de la pólvora, y otro á intimar de un modo airado á dicho presidente la abdicación de su autoridad. Se dió soltura á los presos, y lejos de contener á la desenfrenada multitud en la carrera de sus excesos, se la dió rienda suelta y una ilimitada libertad. Apoyados los facciosos esencialmente en la Audiencia, como la única áncora de su esperanza contra los esfuerzos de Pizarro, atacaron violentamente su palacio, se apoderaron de su persona, lo encerraron en una prisión y le forzaron á abdicar el mando.

„El gobernador intendente de Potosí, D. Francisco de Paula Sanz, no se atrevió á dar un paso para sofocar la insurrección de Charcas, temiendo sin duda salir desairado en su empresa contra un pueblo tan decidido y resuelto, que se preparaba á oponer á las bien concertadas maniobras de una tropa bizarra y perfectamente disciplinada, una resistencia furiosa y todos los recursos de un despechado compromiso.

Mientras que dicha ciudad de Charcas estaba ardiendo en el más vivo fuego revolucionario, aparentaba la Real

(1) Relación del Gobierno del Marqués de la Concordia.

Audiencia una engañosa calma, y trataba de convencer de la cesación de los desórdenes al virrey de Buenos Aires, á fin de paralizar con estos falsos informes todo esfuerzo que pudiera hacerse para tomar la debida satisfacción de aquellas tropelías.

Los motivos alegados de su alzamiento eran muy parecidos á los de los otros países que se fueron revolucionando sucesivamente. Aparente fidelidad á Fernando VII, decisión por conservarle aquellos dominios para cuando saliese de su cautiverio, fingidas sospechas de que las autoridades legítimas trataban de proclamar la soberanía de la casa de Braganza, formación de Juntas independientes para preservarse de unos males inventados por una falsa aprensión y sostenidos por la intriga; he aquí los medios de que se valieron los conspiradores en todo el virreinato de Buenos Aires y del Perú para llevar adelante sus planes de infidencia" (1).

La noticia de lo ocurrido en Chuquisaca el 25 de Mayo llegó con bastante inexactitud á la Colonia del Sacramento, donde se hallaba el nuevo virrey, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, quien en la inteligencia de haber hecho dimisión el presidente Pizarro, contestó inmediatamente autorizando á aquella Audiencia para continuar ejerciendo el mando, y previno al intendente de Potosí que reuniera una fuerza competente para acudir con ella á mantener el orden público y la autoridad real en dondequiera que padeciesen alteración; pero obedeciendo las órdenes de la Audiencia de Charcas en tanto no fuesen contrarias á las de aquel superior Gobierno. Como no obstante el primer acuerdo entre el intendente de Potosí y la referida Audiencia continuó ésta levantando tropas y acopiando municiones, las prevenciones del virrey Cisneros vinieron á ser causa de serias recriminaciones, pasando el Tribunal á acusar como traidor al gobernador intendente de Potosí, como cómplice de las supuestas maquinaciones de en-

(1) *Historia de la Revolución Hispano-Americana.*

tregar el país á la Corte del Brasil, porque en obedecimiento de los mandatos de Cisneros hacía frente á los desmanes y usurpaciones de la Audiencia. Al mismo tiempo los insurrectos de Chuquisaca emplearon la mayor diligencia en hacer circular papeles subversivos y en despachar emisarios activos que promoviesen la insurrección en otros puntos, logrando pronto, por desgracia, que sus depravados intentos hallaran eco en la turbulenta Paz.

Los genios díscolos y dispuestos á conspirar que abrigaba esta ciudad, capital de la rica provincia de su nombre, excitados por el ejemplo que había dado y estaba dando Chuquisaca, se apoderaron con facilidad de la corta fuerza armada que la guarnecía, y se alzaron también revolucionariamente en la noche del 16 de Julio. La plebe desenfrenada de esta capital, compuesta en gran parte de indios viciosos, perdido el respeto á la autoridad superior que ejercía accidentalmente el anciano asesor, se arrojó al saqueo de las casas más visibles, principalmente de los españoles europeos, y tras de los robos cometió asesinatos y cuantos crímenes son consiguientes en semejantes desórdenes. Las tinieblas de la noche acrecían la confusión y el espanto en medio de los lamentos de las familias de las víctimas y de la aterrante grita de la gente amotinada, cuando el reverendo Obispo, movido de un celo verdaderamente apostólico, se lanzó entre la muchedumbre enfurecida, con el piadoso fin de lograr poner coto á tan horroroso estruendo; pero no alcanzó su laudable esfuerzo más que el amargo desengaño de ver insultada su persona, acabando por arrestarle en su palacio en compañía del asesor gobernador, intendente interino, donde ambos, custodiados, permanecieron hasta el día siguiente, que el prelado fué confinado á una hacienda, distante de la ciudad 12 leguas. Allí permanecía el venerable Obispo, cuando los indios de Irupana, partido de Yungas, que siempre se señalaron por su fidelidad al Rey, compadecidos de la inmerecida situación de su prelado diocesano, se apoderaron de la tropa que lo escoltaba, lo saca-

ron de su confinamiento y lo condujeron á su pueblo con el mayor respeto y toda la comodidad que les fué posible proporcionar.

Atropelladas y depuestas las autoridades legítimas de la Paz, acusadas también por los insurrectos de pretender someter el país al dominio de Portugal, invocando éstos el nombre de Fernando VII, pasaron á formar una Junta de gobierno y procuraron componerla de los americanos más marcados por su espíritu de independencia y de algunos europeos, que generalmente aceptaron, ya por temor á los riesgos á que se hallaban expuestos, ya tal vez esperanzados de poder influir en la disminución de los males que no les era dado evitar del todo. Esta junta instalada tomó el título de *Tuitiva*. A los detestables crímenes cometidos en el alzamiento de la Paz contribuyeron eficazmente los muchos advenedizos que residían á la sazón en la ciudad, especialmente de los naturales de la finítima provincia de Cochabamba, quienes dieron después la vuelta á sus domicilios bien cargados de botín.

En 26 de Julio, el gobernador intendente de Puno, directamente y por conducto del presidente interino, regente de la Audiencia del Cuzco, dió parte al virrey del Perú, D. José Fernando Abascal, después marqués de la Concordia, del terrible tumulto en que la Paz se encontraba, y pedía con instancias providencias para remediar tamaño escándalo, no menos que para asegurar la defensa de la inmediata provincia que le estaba encomendada. En efecto, la ciudad de la Paz se halla situada cerca de la orilla izquierda del río que sirve de desagüe á la laguna de Titicaca ó de Chucuito, denominado por lo mismo río del Desaguadero, que era la línea divisoria entre los virreinatos de Buenos Aires y del Perú; y en tal virtud este virrey, justamente receloso de que el incendio revolucionario, que ardía tan inmediato, prendiera en el limítrofe territorio de su Gobierno, adoptó las más eficaces medidas, no sólo para impedirlo, sino para ahogar en su cuna la rebelión de la Paz.

Hallábase á la sazón en marcha á encargarse interinamente del Gobierno y presidencia del Cuzco el brigadier D. José Manuel de Goyeneche, recientemente vuelto al país, con el carácter de comisionado de la Junta de Sevilla (hoy teniente general, conde de Guaqui y senador del reino), y el virrey Abascal, mandando partir para la frontera de Puno al coronel D. Juan Ramírez y Orozco, gobernador de Huarochiri, nombrado jefe de la tropa que allí prevenía se reuniese sin demora; le preceptuaba presentarse al nuevo presidente del Cuzco y que combinasen ambos el plan de operaciones más seguro para impedir que el desorden que afligía á Chuquisaca y á la Paz se comunicara al Perú, y aun para tranquilizar aquellas provincias: mandó remitir á Puno armamento, municiones, dinero, pertrechos de guerra y una compañía del regimiento veterano Real de Lima; ordenó que de las milicias de las provincias de Arequipa, del Cuzco y de Puno se formase inmediatamente un Cuerpo de ejército en las cercanías del Desaguadero, y confió su organización y mandó al coronel D. Juan Ramírez, mientras el virrey de Buenos Aires y el gobernador de Potosí, encargado por aquél ya de la quietud del país, arbitraban medios de restablecerla en las provincias donde se había alterado.

Al comunicar el celoso virrey Abascal al nuevo presidente del Cuzco, Goyeneche, todas las disposiciones relativas al importante objeto que se proponía, le autorizaba para que, en caso de estimarlo conveniente, tomase desde luego el mando en jefe de las tropas mandadas reunir, y marchase con ellas á pacificar las provincias de la Paz y de Chuquisaca, obrando siempre con la precaución, tino y prudencia que lo crítico de las circunstancias exigía; y en este supuesto Ramírez había de quedar de su segundo, que fué lo que puntualmente vino á suceder. Aceptado el mando de las tropas por el brigadier Goyeneche, desplegó éste la más recomendable actividad en el cumplimiento de las órdenes é instrucciones del acertado virrey

Abascal, y desde luego dispuso con suma oportunidad qne el coronel D. Fermín Piérola se adelantase con cien hombres y dos piezas de artillería de á lomo á apoderarse del puente del Desaguadero. Cuando Piérola llegó á este punto ya le halló ocupado por los insurrectos de la Paz; pero inexpertos y sin práctica militar, fácilmente logró aquel jefe desalojarlos y apoderarse del puente, que supo conservar como se le había encomendado. No tardó el comandante en jefe en trasladarse también á las cercanías del Desaguadero, y allí acudieron los contingentes de milicianos que habían de formar el ejército de operaciones, en cuyas prontas remesas se distinguieron á porfía la buena voluntad de los pueblos peruanos y la celosa actividad de los gobernadores y demás jefes en las respectivas provincias.

Establecido en Zepita el cuartel general, dió Goyeneche á sus tropas la organización que su calidad y la premura del tiempo le permitían, y conforme con las instrucciones del virrey hizo proposiciones pacíficas á los alzados de la Paz, sin provecho alguno por la altanería de los más comprometidos, empeñados siempre en sostener que el alboroto del 16 de Julio era el resultado de la fidelidad, del celo y del honor de aquella población, movida por la desconfianza que le inspiraba la secreta inteligencia que se suponía advertida entre la corte del Janeiro y los jefes superiores del virreinato de Buenos Aires. Tal era el sentido en que el mismo Ayuntamiento de la Paz había escrito al marqués de la Concordia, asegurando además tener á la vista irrefragables justificaciones de la reunión de tropas portuguesas en los límites de Matogroso y otros puntos de la frontera de Mojos; de la existencia del infante D. Antonio en clase de incógnito en la capital de Buenos Aires; de la detención de la fragata de guerra española la *Prueba;* de los insultos hechos á la persona de D. Pascual Ruiz Huidobro, y de la repetición de expresos desde el Brasil á la capital del virreinato. Un tejido de suposiciones tan falsas y calumniosas descubría

á toda luz el interés que lo había formado (1). Era, pues, en extremo urgente decidirse á poner coto á la rebelión de la Paz, y así lo pedían también muchos de sus honrados habitantes. Resolvióse Goyeneche á levantar su campo y tomar la ofensiva: cruzó el Desaguadero el 13 de Octubre, y alcanzó los altos de la Paz, donde los principales jefes facciosos Indaburu, Castro é Iriarte, confiados en la superioridad numérica de sus hordas, se propusieron hacer frente á Goyeneche, tomando posición en Chacaltaya. Á la imponente aproximación de las tropas reales, Indaburu abandonó su puesto y se retiró á la Paz, en cuya plaza mayor fué seguida y tumultuosamente asesinado por los suyos, con terror y asombro del vecindario pacífico. Su compañero Castro esperó el ataque de las tropas leales, y aguantó con bastante rostro las primeras descargas; sin embargo, la turba que capitaneaba no pudo resistir por largo tiempo la buena dirección y el empuje creciente de las armas españolas, y cayendo muerto el mismo Castro, pusiéronse luego en desordenada fuga los enemigos, tomando la dirección de los escabrosos valles de los Yungas y dejando en el campo algunos cadáveres, heridos y prisioneros, parte de sus fusiles y toda la artillería y municiones; sin pérdida, se puede decir, por nuestra parte.

Terminado pronto y felizmente este primer suceso, Goyeneche dejó 300 hombres en Chacaltaya al mando del coronel Piérola, y se dirigió con el resto á la ciudad de la Paz; dividió su gente en dos columnas, y con las precauciones correspondientes se encaminó á la ciudad por las opuestas entradas de Lima y de Potosí, que tienen más de media legua de bajada bastante pendiente, y ocupó sin nuevo obstáculo la mencionada población, desde la cual dió cuenta al virrey con fecha 26 de Octubre. Goyeneche había entrado en la Paz dos días antes entre las aclamaciones y las lágrimas de gratitud que derrama-

(1) Relación del Gobierno del marqués de la Concordia.

ban los que habían sido el blanco de los malos tratamientos de los revolucionarios en los tres meses de su ominosa dominación, y se dedicó con esmero á poner orden en todos los ramos del gobierno. "Es preciso confesar—dice el virrey—que la dedicación del comandante general desde el momento de su entrada en la Paz, se antepuso en muchas ocasiones á mis órdenes: así, antes de que pudiese instruirse de mis prevenciones relativas al restablecimiento del orden público, estaban ya ejecutadas con el mejor acierto. Dividió la ciudad en cuarteles, nombrando jueces de policía, á quienes señaló las instrucciones á que debían quedar sujetos, y á beneficio de esta providencia y de las penas que impuso á los contraventores de sus edictos se recogieron muchos efectos del saqueo; se desenterraron intereses de la real hacienda, y el armamento que tenían oculto dentro y fuera de la ciudad, la cual se fué repoblando de los vecinos honrados que habían emigrado de ella, y lo más esencial de todo, el restablecimiento perfecto de la sumisión y respeto á los magistrados» (1).

Entretanto, el cabecilla Iriarte, los dos hermanos Lanza y el presbítero Medina, cura interino de Sicasica, con los dispersos que les habían seguido á los valles de Yungas, se esforzaban por insurreccionar sus habitantes. Impuesto Goyeneche de sus proyectos, así como de los enormes excesos que cometían en los fieles yungueses que se resistían á secundar sus planes, destacó en su persecución una columna de 400 á 500 hombres con dos piezas de montaña al mando de su primo el coronel D. Domingo Tristán. Llegó esta columna á Machamargue é Irupana, donde fué recibida con el mayor contento, y por aprovechar algún descuido que pudieran cometer los realistas distraídos con los mismos regocijos, los insurgentes los atacaron de improviso con bastante empeño; pero resistidos con valentía, fueron al fin derrotados con considera-

(1) Relación del Gobierno del marqués de la Concordia.

ble pérdida entre muertos, heridos y prisioneros, contándose en este número uno de los hermanos Lanza y el presbítero Medina.

Con este nuevo y feliz suceso se aseguró la tranquilidad de los valles de Yungas, donde á mayor abundamiento se estableció un destacamento de guarnición. Tristán con el resto de su columna regresó conduciendo los prisioneros á la Paz sin haber experimentado desgracias que merezcan especial mención, no obstante la naturaleza del terreno muy quebrado y montuoso, y la abundancia de las lluvias estacionales, que lo hacían más intransitable y menos sano. Es sensible advertir, que veremos en breve al D. Domingo Tristán, vencedor de Irupana, abandonar las banderas y causa de España por pasarse á las enemigas, ejemplo sobradamente repetido por desgracia en la guerra de la revolución de América.

El presidente de la junta *Tuitiva* de la Paz y corifeo principal de la insurrección, llamado Pedro Morillo, aunque hombre de muy humilde esfera, pasaba por travieso y muy entendido en el manejo de papeles, cualidades que le facilitaron una decidida influencia. Sin embargo, ya había llegado á perder casi la confianza de los mismos que lo habían ensalzado, como sucede con frecuencia en los movimientos populares; y por lo tanto, á la aproximación de las tropas del Rey se retiró con su familia á las montañas más ásperas y fragosas de los yungas. Perseguido en ellas de orden de Goyeneche por un capitán activo con algunos soldados disfrazados, fué al fin capturado y conducido preso á la Paz, en cuya ciudad, juzgado y condenado con otros ocho cabecillas, inclusos Lanza y Medina, sufrió como ellos la pena de horca, menos el último, en quien se suspendió la ejecución por respeto á su carácter sacerdotal. Medina fué remitido luego preso á Lima, y andando el tiempo consiguió fugarse de la reclusión en que se le tenía, y se trasladó á Chile.

Entretanto, llegó á Tupiza el mariscal de campo don Vicente Nieto, con muy poca tropa, nombrado por el

virrey de Buenos Aires para suceder al general Pizarro en el Gobierno y presidencia de la Audiencia de Charcas, y aunque había adelantado una sentida proclama en recomendación del orden y de la sumisa obediencia á la autoridad legítima, los directores de la revolución se resistieron á darla publicidad, "pretextando—como dice Torrente—dificultades para recibirle sin que precediese una cordial transacción, que dejase cubiertos bajo un velo impenetrable sus primeros desaciertos; aterrados con el éxito desastroso de los revolucionarios de la Paz se apresuraron á poner en libertad al general Pizarro, y á nombrar una diputación que presentase su rendido homenaje al nuevo jefe. Verificó éste su entrada en la Plata el 24 de Diciembre, y dando principio á sus indagaciones contra los perturbadores del orden se hicieron varias prisiones, fueron confinados á diferentes puntos los ministros de la Audiencia, á excepción del conde de San Javier y del oidor Monte-Blanco, y remitidos á Lima el asesor Romano y el comandante Arenales con algunos otros individuos.»

Con las medidas adoptadas por el presidente Nieto, con el castigo impuesto en la Paz á algunos de los principales fautores y jefes de la revolución, además de destinar á los presidios de Filipinas, de Bocachicha en Cartagena y al Morro de la Habana á más de 30 revoltosos, y con encomendar el gobierno de la mencionada provincia de la Paz al coronel D. Juan Ramírez, segundo de Goyeneche, se tuvo por asegurada la tranquilidad del Alto-Perú; y permitido parecía creer que el orden restablecido y la fidelidad al rey solemnemente prometida de nuevo fuesen de larga duración. En este concepto, el comandante en jefe Goyeneche, de acuerdo con las instrucciones del virrey de Lima, empezó á preparar el regreso de las tropas peruanas á su territorio y lo completó en el primer tercio del siguiente año, como en su lugar se dirá.

QUITO

La capital de este reino, que se jactaba de ser la cuna de una nobleza distinguida y de entendimientos muy claros, había también desde antiguo dado repetidas muestras de su ligereza y su propensión á las revueltas. Varias fueron, principalmente desde 1773, las revoluciones que se proyectaron y que se contuvieron sólo con el amago de las armas y el celo de las autoridades, aunque sin lograr extinguir tan perniciosa tendencia, como se comprobó en la tramada en 1790 contra la existencia del Gobierno, la cual, si bien se previno poniendo en prisión á los autores, fué sin resultado de escarmiento, por la impunidad de que vinieron éstos á gozar. Las mismas ideas volvieron á manifestarse con mayor calor así que se supo en Quito el compromiso en que se hallaba la metrópoli, después del rompimiento con Napoleón. El conde Ruiz de Castilla, gobernador presidente del reino, logró tener conocimiento del plan de conspiración que se urdía y lo paralizó también mandando prender y encausar á los conspiradores, que fué preciso dejar impunes ó por falta de pruebas del delito, como dice el marqués de la Concordia, ó por demasiada indulgencia de los magistrados, ó por otras causas que no ha sido posible investigar, sirviendo sólo el aparato de esas causas y de esas prisiones para hacer más cautos á los revolucionarios conocidos y que dirigieran con más tino sus reprobados manejos en lo sucesivo.

Con efecto, los mismos hombres, y señaladamente el marqués de Selva-Alegre, D. Juan de Dios Morales, ex secretario de gobierno, y el licenciado D. Manuel Quiroga, aparentando defender los derechos del rey Fernando, se dedicaron á promover la desconfianza en los ánimos, y sirviendo mucho á su intento la ancianidad del conde Ruiz de Castilla, gobernador presidente, pudieron con

facilidad hacer estallar un tumulto sedicioso en la noche del 9 de Agosto del corriente año, que vino casi á coincidir con los alzamientos de Chuquisaca y de la Paz en el alto Perú. Asegurados los conspiradores de la fuerza armada, por medio del soborno y del engaño, llevaron á ejecución su proyecto sin el menor embarazo; formaron una junta soberana bajo la presidencia de Selva-Alegre, y como era natural, eligió éste para secretarios del despacho á los citados Morales y Quiroga. Para sorprender á los incautos y fascinar á los quiteños leales, la junta declaró que su objeto y su voluntad se concretaban únicamente á conservar aquel reino á su legítimo rey el señor don Fernando VII, acusando con diabólico artificio á las autoridades constituídas de pretender reconocer por soberano al Emperador de los franceses á consecuencia de haber renunciado en él los reyes de España sus derechos. Viendo la junta el feliz éxito de este maquiavélico ardid, dispuso que la tropa de la guarnición prestase nuevo juramento solemne de defender y conservar el reino á su legítimo monarca, entonces cautivo en Francia, y de obedecer á la misma junta constituída en su nombre, de mantener la pureza de la religión católica, apostólica omana y respetar á los jefes y autoridades que ella nombrase. Terminada esta ceremonia, como se apetecía, hizo la junta las prevenciones que estimó oportunas á los comandantes de las guardias del palacio del Gobierno, de los cuarteles y de las cárceles; mandó colocar otras en las casas de los sujetos más sospechosos al nuevo orden de cosas; comisionó á los señores Ante y Aguirre para poner en manos del conde Ruiz de Castilla la comunicación acordada; dirigió circulares y órdenes á todos los gobiernos circunvecinos, y satisfechos de su obra los autores de tamaño escándalo se retiraron á sus habitaciones.

La comunicación al representante legítimo de S. M. en el reino estaba concebida en estos términos: "La junta soberana al conde Ruiz, ex presidente de Quito. — El estado actual de incertidumbre en que la España se halla

sumergida, el anonadamiento total de las autoridades legalmente constituídas y los peligros á que se ven expuestas la persona y las posesiones de nuestro muy caro Fernando VII de ser presa del tirano de la Europa, han determinado á nuestros hermanos transatlánticos á recurrir al arbitrio de crear gobiernos provinciales, que provean á su seguridad personal, atendiendo á garantirlos contra las maquinaciones de algunos de sus compatriotas, indignos del nombre español, y á defenderlos al mismo tiempo contra el enemigo común. Los leales quiteños, resueltos á conservar á su legítimo rey y señor natural esta parte de sus dominios, han establecido una junta soberana en esta ciudad de San Francisco de Quito; en nombre de la cual y de orden de su excelentísimo señor presidente tengo la honra de participar á V. E. que las funciones de las autoridades del antiguo Gobierno han cesado. Dios guarde á V. E. muchos años. Sala de la Junta en Quito á 10 de Agosto de 1809. — *Manuel Morales*, secretario del Interior" (1). Absorto el conde Ruiz de Castilla con el contexto del papel que acababa de leer, la primera noticia que tenía del extraordinario cambio que se había realizado, salió de su gabinete á encontrarse con los referidos portadores, y al pretender exigirles explicaciones, asegurados éstos de que el pliego que se les había encargado se hallaba en poder del conde, le hicieron una reverencia y se retiraron sin responderle. Irritado el anciano presidente de un porte tan extraño, intentó seguirlos; pero le detuvo la centinela colocada al lado exterior de la puerta del salón; hizo llamar al comandante de su guardia, quien se excusó políticamente, y entonces vino á conocer su verdadera y triste situación. Este antiguo y honrado servidor del Estado contaba ochenta y cuatro años de edad y más de cuarenta de buenos servicios en América. Mr. Stevenson, que lo trató personalmente y de quien tomamos estos pormenores,

(1) Mr. Stevenson, su relación histórica.

añade: "Como particular, el conde Ruiz era bueno, afable y muy caritativo. Como hombre público, se dejaba fácilmente guiar, en especial por las personas que servían á sus órdenes, cuando creía que sus pareceres estaban dirigidos por la justicia, y les oponía la más completa resistencia desde el momento en que adquiría algún dato para dudar de su rectitud." La misma corte de Madrid se hallaba tan convencida de la conducta ajustada de este jefe, que al expirar el término de su primer gobierno del Cuzco en 1795, le dispensó de la residencia á que le sujetaban las leyes, ejemplar acaso no visto hasta entonces, si bien repetido en nuestros días con menos previsión y conveniencia.

Depuesto del mando el conde Ruiz de Castilla, trasladó su residencia á una hacienda, distante dos leguas de la ciudad de Quito, y la junta soberana se entregó con mayor libertad á la ejecución de sus vastos planes. Abrió — dice el marqués de la Concordia — las arcas de la tesorería á gastos exorbitantes; creó empleos con grandes dotaciones, aumentó la fuerza armada y empleó, en fin, todas las artes é intrigas propias para atraer á su partido á aquéllos que, dominados de la ambición ó de la codicia, están dispuestos siempre á satisfacer estas pasiones sin reparar en los medios que conduzcan al intento. Mas las providencias trastornadoras de la junta de Quito, lejos de hallar personas aptas para encargarse de la empresa de conmover á los pueblos, encontraron una noble resistencia en los gobernadores y en los Ayuntamientos de Punamá, de Pasto, de Barbacoas, de Popayán, de Cuenca, de Guayaquil y de Loja, cuyos jefes y corporaciones acudieron al virrey del Perú en demanda de prontos y eficaces auxilios para contener y sofocar la revolución.

El celoso y entendido marqués de la Concordia, que tenía puesta justamente su atención en la pacificación de las provincias limítrofes con su virreinato por el lado del Sur, no prestó menos diligencia en acudir al conflicto que amenazaba por el Norte; dispuso con admirable prontitud

que se enviasen armas y municiones á Cuenca y á Guayaquil; que se levantasen allí nuevas tropas y se pusiese á sueldo una compañía de artilleros milicianos; aseguró el presidio de Loreto en Mainas y encargó la vigilancia de las comunicaciones por los ríos Murañón, Napo, Curabay y Putumayo; ordenó el bloqueo de algunos puertos de Quito; y, finalmente, embarcó en el Callao y remitió al río de Guayaquil 400 veteranos provistos de artillería, municiones y dinero, al mando del teniente coronel don Manuel Arredondo. El virrey de Santa Fe, por su parte también, se apresuró á despachar contra Quito una pequeña columna, así que tuvo noticia de los lamentables sucesos de esta capital; por manera que las amenazas continuas de Pasto, Guayaquil y Cuenca, los multiplicados desmanes de los nuevos gobernantes, los esfuerzos de la lealtad misma así que se recobró de la primera sorpresa y reconoció el engaño y el aterrante anuncio de las expediciones armadas, procedentes de Lima y de Santa Fe, produjeron el más saludable cambio en la opinión general, y las cosas públicas volvieron al ser y estado que tenían antes de la insurrección, encargándose de nuevo del mando el depuesto presidente á invitación de la misma junta soberana, aunque bajo notables condiciones contenidas en una capitulación, que le obligaron á firmar según aseguró después. "En ella — dice el virrey del Perú — se obligaba á mantener en los propios destinos á los más principales autores de la conspiración, separando los ministros y empleados legítimos que designa; conservar una fuerza armada que podía llamarse de insurgentes, por ser la misma que en aquella triste crisis había cooperado al trastorno de los fundamentos del Gobierno legítimo, y comprometer su palabra de honor para no proceder contra alguno en causa de la revolución, todo conforme á las instrucciones que dijo haber recibido del virrey de aquel reino" (1).

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

Duran eran las condiciones que el anciano conde Ruiz de Castilla había suscrito, y lo que era todavía peor, ninguna confianza inspiraban á los leales de que por semejantes medios se pudiese conservar la tranquilidad pública en el país; sin embargo, el noble conde estaba resuelto á cumplirlas como convenientes, á su parecer, en las circunstancias actuales. Nos hallamos privados de poder juzgar del resultado del pensamiento del conde, porque al fin los consejos del fiscal de la Audiencia Arechaga y las reiteradas instancias del comandante de las tropas de Lima, Arredondo, influyendo en el ánimo del octogenario presidente, le movieron á alterar su sistema primitivo y á faltar abiertamente á lo convenido. Procedióse al desarme de la tropa que se había ofrecido conservar; abrióse una causa de conspiración estéril en sus resultados, aunque se hicieron en su virtud varias prisiones, conducta que sólo vino á servir para volver á agitar los ánimos y á inflamar las pasiones mal aplacadas.

En tan desfavorable situación llegaron al nuevo reino de Granada los comisionados regios, y entre ellos el señalado para Quito, hijo del marqués de Selva-Alegre, presidente que había sido de la junta revolucionaria, precedidos todos de papeles subversivos y de proclamas incendiarias, que surtieron el efecto de acabar de menoscabar el crédito de las autoridades legítimas y de decidir á muchos hombres, todavía pacíficos, á tomar parte activa en la conmoción general, que terminó por destruir el poder español en aquellas provincias. El comisionado regio de Quito, ostentando las más amplias facultades del Gobierno Supremo, que nunca exhibió, se hizo del partido popular, obtuvo que las tropas auxiliares saliesen de Quito, levantó otras de las que se nombró comandante, puso al presidente, conde Ruiz, en la más vergonzosa dependencia é hizo comparecer á su fugitivo padre para que se encargara otra vez del mando de la provincia. Así, pues, no sólo había estallado de nuevo y con mayor furia otra revolución al año de haber sucedido la primera, sino

que los motines y los asesinatos en Quito continuaron unos después de otros, de los cuales fué víctima el mismo conde Ruiz de Castilla; la tranquilidad y la seguridad desaparecieron por algún tiempo del suelo quiteño, y al fin este hermoso país vino á perderse del todo para la España en Mayo de 1822, á consecuencia de la victoria ganada en Pichincha por el general colombiano Sucre sabre las tropas que mandaba el general presidente del reino D. Melchor Aimerich.

Antes de volver á tratar de la guerra del Perú, que es el principal objeto de estas *Memorias*, no parecerá inoportuno dar aquí una idea de la importancia y esplendor de la ciudad de Quito, siguiendo la descripción hecha por el ciudadano inglés Mr. Stevenson, que la habitó algún tiempo, y quien, tanto por extranjero como por haber abrazado la causa de la independencia no será tachado de parcial en favor de las obras de los españoles.

El reino de *Quito* había sido conquistado por los Incas del Perú, y formaba parte de su vasto imperio antes de 1528, en cuyo año los españoles descubrieron por primera vez estas regiones. Sebastián Benalcázar, como le dice el presbítero López de Gomara, ó Belalcázar, como le llama el inca Garcilaso de la Vega, con 200 peones y 80 caballos, adquirió, de orden de D. Francisco Pizarro, este reino para la España, y en 1534, bajo la advocación de San Francisco, fundó la población de Quito, á la cual en 1541 concedió título de ciudad el emperador y rey Carlos I. Hállase situada esta población debajo de la misma línea equinoccial, de tal manera que sus habitantes viven en ambos hemisferios y pueden pasearse alternativamente en uno ó en otro, y la rodean, por el Norte, la llanura de *Anaguitu*, comúnmente conocida por Egido; por el Sur, el llano de Turupampa, en el que se levanta el cerro llamado el Panecillo; por el Este, las alturas de Chimbacalle, y por el Oeste, la famosa montaña de Pichincha. La ciudad de Quito fué erigida en silla episcopal en 1545, y era la residencia de un gobernador presidente, del tribu

nal de la Audiencia, del de cruzada, del de bienes de difuntos y del de temporalidades, así como de las demás oficinas superiores del reino; tenía seis iglesias parroquiales, cuatro plazas, nueve conventos de frailes, cinco de monjas, el colegio de los ex jesuítas, un beaterio, un hospital fiado al cuidado de los religiosos betlhemitas, y contaba sobre 70.000 almas entre blancos, mestizos é indios, con muy pocos originarios de África, porque los indígenas cubrían el servicio doméstico.

Entre sus edificios, el más digno de atención por la belleza de su arquitectura era el colegio de los ex jesuítas, obra ejecutada por los indios bajo la dirección del padre Sánchez, de la compañía, natural de la misma región de Quito. «El interior de la iglesia—dice Mr. Stevenson—estaba construído por el modelo de la de Jesús, de Roma. Antes de la expulsión de esta compañía, el templo se hallaba ricamente adornado; pero fué después despojado de sus más estimables preciosidades. Contábase entre éstas una custodia, que se encuentra ahora en la capilla real de El Escorial; uno de sus lados estaba cubierto de diamantes engastados en plata, primorosamente bruñida, y el otro de esmeraldas montadas en oro, y aunque no pasaba de dos pies y ocho pulgadas de alto, estaba evaluada en 870C pesos fuertes». Como quiera que haya sido, se nos ha asegurado que esta preciosa alhaja no existía en El Escorial en 1840.

La ciudad de Quito ha sido siempre célebre por el crecido número de jóvenes que acudían á ella á estudiar; tuvo dos Universidades, la de San Gregorio Magno, que dirigían los jesuítas, y la de Santo Tomás de Aquino, que regentaban los dominicos; á la primera, fundada por Felipe II en 1586, se la concedieron en 1621 iguales privilegios á los que gozaba la de Salamanca. El Sr. D. Carlos III incorporó esta Universidad á la de Santo Tomás. El colegio de San Buenaventura, de los franciscanos, y el de San Fulgencio, de los agustinos, disfrutaron también en lo antiguo del privilegio de conceder el grado de doc-

tor, de cuya facultad se les privó más tarde. La Universidad contaba una cátedra de artes, dos de teología, dos de cánones, dos de jurisprudencia y una de medicina. Había además dos colegios, el de San Luis, declarado *mayor* por Felipe V, y el de San Fernando, que se denominaba *Real*. El primero ha dado muchos distinguidos literatos, y Megía, diputado en las Cortes de Cádiz, había sido del número de sus colegiales.

El gobernador presidente de la Audiencia de Quito se hallaba investido de iguales facultades que los virreyes, menos en el ramo militar, que dependía del virrey de Nueva Granada; era vicepatrono real, y la Audiencia se componía de un regente, cuatro oidores y un fiscal. Este tribunal fué creado en 1563, abolido en 1718 y vuelto á establecer en 1739. Deben de ser dignas de atención las causales de tamañas vicisitudes, de las cuales hubo más de un ejemplar en las posesiones españolas ultramarinas. El cabildo, ó sea Ayuntamiento, constaba de dos alcaldes ordinarios, ocho regidores y otros empleados; los indios que residían en la ciudad de Quito estaban sujetos á un alcalde, elegido de su misma casta por el Ayuntamiento, y tenían además un abogado, pagado por el rey, que llevaba el título de *protector de indios*. El cabildo eclesiástico lo formaban un deán, un arcediano, un chantre, un tesorero, un doctoral, un penitenciario, un magistral, tres canónigos, cuatro racioneros y dos medio racioneros. Contábanse igualmente en Quito varios títulos de Castilla y otras muchas familias de nobleza distinguida originarias de España; el actual conde de Puñoenrostro, grande de España de primera clase, es natural de la referida ciudad, y en ella vivían, según se creía, los descendientes directos de San Francisco de Borja, duque de Gandía. De esta población salieron un arzobispo, ocho obispos y muchos literatos célebres, entre ellos D. Pedro Maldonado Sotomayor, matemático profundo, que vino á enseñar ciencias en París y fué miembro de la sociedad de Londres, donde murió. En Quito, en fin, nació Atahuallpa, último em-

perador inca del Perú, cuyo trono manchó con la sangre de sus parientes de la línea primogénita y legítima, quien á su vez fué sensible y erróneamente mandado ejecutar por el adelantado D. Francisco Pizarro.

Por la reseña que acabamos de extractar, podrán juzgar los hombres imparciales de todos los países si merecen con justicia los españoles ser acusados de tiranos en la administración de sus dominios ultramarinos ni de haber jamás pretendido mantener á aquellos súbditos ni en la barbarie ni en la ignorancia. La América española marchaba enteramente al compás de las vicisitudes de la metrópoli, y si hubo algunos excesos individuales, algún abuso de autoridad que lamentar en tan larga dominación, ¿habría razón ni justicia en acusar por ello en masa á toda la nación española? ¿Qué dirían los ingleses si pretendiéramos inculparlos en masa por los excesos de su gobernador, Hasting, en el Indostán, que tan altamente denunciaron en la cámara los famosos Fox, Burke y Sheridan? ¿Qué dirían los franceses si les acusáramos á todos por la bárbara inhumanidad cometida más recientemente con los árabes de Dahara? El tiempo, calmando las pasiones, debe ir haciendo que la razón y la justicia recobren el ejercicio de su imperio en el punto en cuestión, y entretanto, no cesaremos de hacer votos porque la América que perteneció á la España disfrute, cuando menos, de tanta paz, tanta abundancia y tanta verdadera libertad como gozaba antes de la revolución que produjo su independencia.

CAPITULO II

El ejército de Goyeneche regresa al Perú.—Su licenciamiento.—Insurrección de Buenos Aires.—Liniers.—Elío.—Cisneros.—Abascal.—Expedición de Ocampo.—Casteli.—Muerte de Liniers y otros.—Formación de un nuevo ejército peruano.—Goyeneche.—Insurrección de Cochabamba y Oruro.—Desgracia de Aroma.—Córdova en Cotagaita.—Su derrota en Suipacha.—Consecuencias.—Casteli en Potosí.—Muerte de Nieto, Córdova y Sanz.—Noticias biográficas de Casteli.—Chile.

1810

Sofocados los tumultos de los ciudades de Chuquisaca y de la Paz, y asegurado el orden público al Sur del Desaguadero, como queda referido, el ejército real expedicionario del virreinato de Lima regresó á su territorio y fué seguidamente licenciado, volviendo sus individuos al seno de sus familias contentos y con gloria. El mismo comandante en jefe Goyeneche, después de instalar en el gobierno de la Paz al coronel don Juan Ramírez y de dejar á sus inmediatas órdenes 500 hombres de tropas peruanas, retornó en Abril á la capital del Cuzco para continuar en el desempeño de su honroso cargo de gobernador de esta vasta provincia y presidente de su Audiencia. Tan afirmada se creía la futura tranquilidad del Alto-Perú; pero tristes sucesos vinieron á probar bien pronto que el licenciamiento de ese ejército no había sido suficientemente calculado.

Mientras, pues, las extensas y ricas provincias de la Paz, de Cochabamba, de Potosí y de Charcas parecían haber vuelto á su sosiego normal, la tempestad más furiosa se preparaba en el seno de la ilustrada Buenos Aires, donde tan breve tiempo había transcurrido desde que sus propios moradores habían heroicamente sostenido los derechos metropolitanos contra una agresión extraña, obligando á capitular á los ingleses invasores y obteniendo por tan laudable conducta la más preclara y bien merecida fama. Esta misma capital que tan justos títulos había adquirido sobre la gratitud nacional, fué también la que olvidando esos gloriosos antecedentes, prevaliéndose de la ocasión que le ofrecía el desigual empeño en que se hallaba comprometida la Península, contando con los resentimientos que el recién apagado incendio de Chuquisaca, de la Paz y aun de Quito habría dejado en unos y con las simpatías de otros, fascinados ya con las promesas de que abundan alarmantes y seductores escritos, levantó de nuevo el ominoso estandarte de la rebelión contra la dependencia de España, precisamente á tiempo que ésta necesitaba más del auxilio de todos sus hijos.

Hallábase por esta época establecida ya en Río Janeiro la familia real de Portugal, acontecimiento que, aunque debido á las circunstancias en que se hallaba la Europa avasallada por Napoleón, era muy de recelar viniese á ser de notable trascendencia para la América. Así fué que á los pocos meses de residir en el Janeiro la corte de Portugal, como dice el ilustre marqués de la Concordia, el ministro de Relaciones Exteriores don Rodrigo de Sousa Coutiño, hizo proposiciones al virrey de Buenos Aires para que, por una convención tácita ó expresa, facilitase continuar y extender el recíproco comercio entre sus gobernados y los vasallos portugueses en la forma practicada hasta entonces con bandera simulada y bajo el título de especulación. En la precisa negativa del virrey, por carecer absolutamente de facultades para la adopción de medida de tanta importancia, parecía buscarse un mo-

tivo aparente de rompimiento, puesto que al propio tiempo el mismo ministro dirigió al Ayuntamiento de Buenos Aires otra comunicación singularísima de descrédito de nuestra organización política; ponderaba el abandono que el gobierno español había hecho de aquellos establecimientos; la decadencia de la monarquía española por su ciega adhesión á los intereses de la Francia; y concluía invitando á los buenos-aireños á que se sometiesen á la protección de su príncipe regente, bajo la promesa de conservarles sus privilegios, no establecer nuevos impuestos, asegurarles un comercio libre de toda traba y poner aquel territorio á cubierto de los efectos de la venganza de sus aliados los ingleses; mas que en el caso de que fuesen desatendidas tan amigables proposiciones, Su Alteza Real se vería obligado á obrar de concierto con su poderosa aliada la Inglaterra, usando de los fuertes medios que la Providencia había puesto en sus manos.

La meditada contestación que, de acuerdo con el virrey, dió el Ayuntamiento de Buenos Aires al ministro portugués, y los estudiados arbitrios del mismo virrey para detener en Montevideo al brigadier Conrado, entorpecieron el progreso de una negociación que parecía indicada ó para causar inmensos perjuicios al comercio español ó para acelerar un abierto rompimiento. En este estado llegaron á América las primeras noticias de la agresión de las tropas francesas en España, las cuales de aliadas se habían cambiado inauditamente en enemigas, y las de la noble resolución de españoles y portugueses, de resistir y defenderse á todo trance. De este modo, viniendo á ser unos los intereses de ambas naciones, fué preciso también variar el plan de los proyectos combinados en el gabinete del Brasil con inteligencia muy probable de los agentes ingleses; y contribuyó al fin de suspender las intrigas por entonces el armisticio negociado por la junta de Sevilla con el gobierno británico.

No por esto desistió el almirante sir Sidney Smith del empeño de introducir en Buenos Aires el comercio inglés,

sirviéndose al efecto con habilidad, así de su inteligencia política como de la escuadra que mandaba; pero mientras conservó el mando del virreinato el noble don Santiago Liniers, fueron inútiles todos sus esfuerzos. Relevado éste poco después por el general de la Armada don Baltasar Hidalgo de Cisneros, remitido allí de la Península, sujeto de recomendables prendas, aunque carecía de práctica en aquella clase de gobiernos, llegóse á conseguir el anhelado intento haciendo creer al nuevo virrey que se disponía en Bayona de Francia una fuerte expedición contra la América del Sur. Para hacer frente á esta supuesta amenaza, y observar al propio tiempo los movimientos de una división portuguesa, que se había acercado á río Grande, careciéndose de numerario en Buenos Aires para levantar tropas y disponer los demás aprestos necesarios, fué fácil persuadir al virrey que no le quedaba más seguro arbitrio que el de conceder comercio libre á los ingleses, como sucedió. Logrado este resultado, consiguieron los interesados un fondeadero para sus buques en las inmediaciones de la ciudad, compraron casas, construyeron almacenes y obtuvieron otras ventajas harto nocivas al comercio nacional.

No fué tan afortunado el referido almirante, aunque auxiliado del gabinete portugués, en los medios que empleó para conseguir el mismo fin en el virreinato del Perú, donde gobernaba el experimentado marqués de la Concordia; siendo muy de notar que, al mes de proclamado solemnemente en Lima Fernando VII, aparecieron en esta capital y en otras ciudades del reino varias cartas escritas á nombre de la infanta doña Carlota Joaquina, hermana del rey Fernando y esposa del príncipe regente de Portugal, animando al virrey, al arzobispo, á los obispos, á las Audiencias y á otras personas particulares á mantener la obediencia á su padre Carlos IV, desentendiéndose de la abdicación que había hecho en su primogénito. Un mes después de esta ocurrencia llegó al puerto del Callao una fragata inglesa con un rico cargamento, cuyo sobre-cargo

iba provisto del título de correo de gabinete de S. A. R. y de una carta muy expresiva de recomendación para el virrey á fin de que le permitiese expender cuanto traía, dándole á entender en ella que se presentaría en breve en el Perú el infante don Pedro Carlos de Borbón y Braganza á mandar el país en nombre de Carlos IV durante su ausencia y la de los demás miembros de la familia real, prisioneros de Napoleón.

Ni lo elevado de la persona que escribía, ni el estilo imperativo de que usaba la infanta, bastaron para mover al respetable virrey del Perú á que consintiera en el desembarco de los efectos extranjeros que se pedía con instancia. Escudado en las leyes, negó el permiso que se le reclamaba, y apoyado en ellas contestó con respeto y energía á la señora infanta, haciéndole presente que las obligaciones de un súbdito celoso y fiel para con su monarca ausente y cautivo le imponían severamente el deber de no reconocer otra autoridad que la suya ó la que emanase de su legítima representación. Sin embargo, el sobre-cargo citado insistió con terquedad en su demanda acompañándola de ofrecimientos que fueron despreciados: recurrió entonces á la altanería y á las amenazas que el virrey repelió como debía, y le mandó conducir á bordo de su buque de grado ó por fuerza, cuya providencia burló de pronto ocultándose en la misma capital. Desde el lugar en que se ocultaba apeló el sobre-cargo á la Audiencia, y este tribunal no sólo admitió el recurso, sino que pidió los autos hasta por tercera vez; pero el virrey los negó siempre, fundándose en ser el asunto privativo de sus facultades como juez de extranjeros, y aquél se retiró al fin á su buque y fué obligado á zarpar del Callao.

Este fué el término de las pretensiones entabladas para abrir el comercio del Perú á los ingleses en aquella época, explicadas por el gabinete del Brasil y favorecidas por la princesa Carlota en perjuicio de su casa y real familia, cuyos derechos é intereses pretendía conservar y defen-

der según su manifiesto y el de don Pedro Carlos de Borbón, su primo, también infante de España. Estos documentos ordenados y publicados en el Janeiro, estaban dispuestos como para inspirar temor y desconfianza de que aquellos dominios pasasen al poder de nuevos soberanos, por verse la España sin gobierno y próxima igualmente á pasar á extraña dominación. Al mismo tiempo eran excitados los habitantes de Buenos Aires á la sedición por el ministro Coutinho con promesas lisonjeras y con amenazas terribles, sin que las reclamaciones del virrey al gabinete portugués obtuviesen jamás una respuesta directa; por el contrario, se permitía la residencia en el Brasil á hombres conocidamente inquietos y atizadores del desasosiego que se percibía claramente en Buenos Aires.

Mas antes de tratar del alzamiento definitivo de esta capital contra la España, causa de la desastrosa guerra que después fué preciso sostener en Chile y en el Alto y Bajo Perú, haremos algunas indicaciones que parecen oportunas, sirviéndonos siempre de guía los determinados datos que ofrece la extensa relación del Gobierno del mencionado é integérrimo marqués de la Concordia. Queda ya, pues, referido cómo á consecuencia de la invasión de los ingleses en 1806, fué depuesto el marqués de Sobremonte, virrey de Buenos Aires, y cómo le sucedieron en el mando político la Audiencia, y en el militar el brigadier don Santiago Liniers, que tanta gloria había sabido adquirir dirigiendo los esfuerzos de los defensores de los derechos españoles contra las tropas británicas. Un Gobierno asi fraccionado y con un enemigo formidable todavía al frente no podía ser tan vigoroso y fuerte como convenía, y necesitando además de grandes esfuerzos voluntarios del país para acabar de triunfar, tenía que degenerar en condescendiente tal vez con exceso; y de aquí provino el que Liniers accediese á la creación de cuerpos de milicias en Buenos Aires con condiciones acaso inadmisibles en menos complicadas circunstancias. "Pero por defectuosos

que hayan sido los fundamentos de esta nueva tropa, ella produjo los mejores efectos—dice el marqués de la Concordia—, pues rechazados y batidos completamente los invasores, fué fruto de su gloriosa resistencia la recupera ción de la importante plaza de Montevideo." Este feliz acontecimiento y la reunión del mando superior en don Santiago Liniers conforme á lo dispuesto en Real orden de 23 de Octubre de 1806 sobre la sucesión de mandos en Ultramar, ponían á este jefe en estado de dedicarse con mayor esmero al gobierno interior, cuando la imprevista traslación de la corte portuguesa á sus Estados del Brasil vino á absorber de nuevo su atención, y el jefe superior interino del virreinato no pudo prestar la que merecía la viva agitación, la casi insubordinación que se notaba en todas las clases.

En situación tan desventajosa recibióse en Buenos Aires la noticia del rompimiento de la guerra entre la España y las legiones francesas, antes aliadas y amigas, que su hábil caudillo tenía bien previsto. Para asegurarse, como pensaba, de toda la monarquía española, el emperador Napoleón había despachado emisarios de su confianza á las provincias ultramarinas con órdenes é instrucciones al efecto. El conde Sassenag fué el destinado á Buenos Aires en la confianza de que, siendo francés Liniers, sería favorecida y auxiliada por él su misión; pero este jefe leal y cauto no sólo burló admirablemente las esperanzas del enviado de Napoleón, sino que dió la más irrefragable prueba de su amor y lealtad á la España que lo había prohijado y elevado, si bien por su mérito, á uno de los más altos y distinguidos empleos de la monarquía.

"Abiertos los pliegos á presencia de una junta (convocada expresamente por el virrey interino)—añade el marqués de la Concordia—y oído el discurso que traía el conde preparado al intento de su misión, se le hizo regresar inmediatamente á Montevideo con la debida seguridad y sin comunicación alguna; siendo aún más prodigioso que cuando se ignoraba en él todo el modo de pensar de los

españoles, este jefe, que sólo lo era por adopción, hubiese despreciado las enunciativas que contenían las órdenes de nuestros ministros acerca del avenimiento de la nación á reconocer el intruso Gobierno, y que coincidiendo sin la menor discrepancia con los verdaderos sentimientos de los fieles vasallos del señor D. Fernando VII hubiese mandado acelerar el acto de su proclamación en aquella capital.

„Entonces mismo, hombres infatuados de su mérito, y de quienes importa al Gobierno desconfiar como de sus mayores enemigos, fueron los primeros que por particulares resentimientos intentaron repetir con el señor Liniers la misma escandalosa trágica escena que con el marqués de Sobremonte; y hallando la enemistad obstáculos á su empresa en la inclinación y amor de las tropas, que aquel jefe había sabido granjearse con las brillantes acciones á que las había conducido, no menos que por su innegable dulzura, sagacidad y buen trato, formó una liga con la emulación y atrincherándose en Montevideo se dispararon desde este lugar los primeros tiros contra la fidelidad del virrey interino, acusándolo ante el Acuerdo para su deposición (1). El fuego de las disensiones domésticas cundía en Buenos Aires y su llama abrasadora resplandecía en Montevideo. No hubo diligencia que no se practicase en beneficio de la Paz, ni persuasión que no se emplease para calmar el ardor de unos escándalos que pronosticaban la ruina del continente; pero todo fué en vano haciéndose dudosas las promesas del virrey, inútiles las propuestas para un acomodamiento ventajoso al Estado y á los dos partidos, porque necesitando el de Montevideo aprovecharse de la demora, esperaba alcanzar la victoria con una declaración del Gobierno supremo, á donde había dirigido iguales acusaciones que á la Audiencia contra el virrey, sin descuidar por esto de ganar en

(1) El brigadier don Francisco Javier Elío era el jefe de esta funesta oposición.

Buenos Aires el partido del cabildo (Ayuntamiento) y algunos cuerpos de tropa á su devoción.

„El virrey contaba tener á la suya la mayor parte de éstas, que componían los patricios, y para asegurar el acierto en la próxima elección de oficios concejiles para el año de 1809, puso éstas sobre las armas excluyendo los cuerpos europeos, los cuales, se decía, habían de ser seguidamente desarmados; y he aquí lo que, según las más imparciales relaciones, ocasionó la sedición del 1.° del año, cuyas resultas quedaron precavidas por las anticipadas disposiciones del jefe y totalmente desconcertadas las ideas de la formación de una junta gubernativa de aquel reino á que conspiraba el partido contrario al virrey. Las providencias enérgicas que éste empleó en aquel instante aterraron desde luego á sus enemigos en Buenos Aires; pero Montevideo se conservó siempre en el mismo estado de insubordinación á la capital y á su jefe. Desármanse los cuerpos de europeos, y este desaire por una parte, y por otra el abuso que ordinariamente se hace de los triunfos, exasperaron los ánimos y despertaron la casi extinguida emulación entre europeos y patricios, que sujetos entretanto por la política del virrey hasta ciertos límites, no les quedaba otra esperanza que la de que el Gobierno supremo, á quien habían dirigido mutuamente sus respectivas quejas, pusiese un venturoso término á sus diferencias y á las calamidades que por una necesaria consecuencia debían nacer del estado violento en que se hallaban.

„Informado el Gobierno, que residía entonces en la junta central, de estas disensiones, creyó que el único remedio que en ellas cabía era la separación del señor Liniers, nombrando para su relevo al Excmo. Sr. D. Baltasar Hidalgo de Cisneros; y cuando éste pudo ser suficiente, proveyó también la subinspección general de las tropas del virreinato en el Sr. D. Javier Elío, jefe del partido contrario al virrey, elogiando y premiando la conducta de Montevideo, y olvidando el mérito de los que

habían sostenido la autoridad y representación del Gobierno superior del reino el día 1.º del año; lo cual, unido á los propios motivos, que poco ha quedan indicados, es regular hubiese avivado el celo de los patricios en quienes estaba depositada y constituída por su mayor número la principal parte de la fuerza. Así terminaron estas diferencias con desventaja de las prerrogativas del empleo del virrey" (1).

En tal estado, no posesionado aún del mando el nuevo virrey Cisneros, ocuparon de improviso su atención los alborotos de Chuquisaca y de la Paz en los confines septentrionales de su virreinato, y sus primeras providencias sobre estos lamentables sucesos hubieron, naturalmente, de adolecer de la falta de conocimientos locales y aun del de las personas á quienes tenía necesidad de oir para instruirse, interesadas y resentidas algunas con su antecesor. Era ésta la ocasión más favorable que la suerte podía ofrecer á los que ya tenían por blanco de sus miras la independencia, contando con aprovechar el momento que un revés de fortuna hiciese padecer los ejércitos de la Península. Agitados así los ánimos movedizos, llenos de ilusiones los espíritus turbulentos y acordes los instigadores de la capital de Buenos Aires dieron principio á la triste obra de la revolución, promoviendo el descontento general, inspirando desconfianza de las autoridades legítimas y atrayendo la fuerza armada á tomar parte en sus planes transtornadores, astutamente disfrazados con el doloso pretexto de conservar al rey aquellos dominios, en cuya sagaz red cayó en cierto modo el mismo virrey Cisneros. Componíase á la sazón la guarnición de Buenos Aires, de los cuerpos de patricios, que habían sostenido á Liniers y que podían suponerse ofendidos de las declaraciones del Gobierno supremo en favor de la oposición de Montevideo, porque el virrey Cisneros no se había resuelto á seguir los consejos de algunos acerca de llamar

(1) Relación del Gobierno del marqués de la Concordia.

á las armas á los cuerpos de europeos que su antecesor había licenciado, bien cediendo en parte á consideraciones económicas, bien porque no conociera á fondo el germen disolvente que con asombrosa rapidez se iba propagando, ó bien, en fin, lo que algunos han estimado de mucha influencia, por el temor de que dichos cuerpos llegasen á servir de instrumento para su destitución del mando, proyecto que se atribuía á muchos europeos por la circunstancia de ser francés Liniers, la cual venía á ser por sí sola, desgraciadamente en aquella época, un título de proscripción á los ojos del patriotismo exaltado. La cuestión era gravísima para acertar á resolverla bien: la prevención entre europeos y criollos había subido de punto con la rivalidad de Elío, y el gobierno supremo, creyendo acertar, vino á exasperarla con sus determinaciones.

Seguros los agitadores de los progresos de su trama y de la cooperación de la fuerza armada existente, se esparció por Buenos Aires, muy oportunamente para sus meditados planes, la noticia de la ocupación de Sevilla por las tropas francesas y la disolución de la junta central. De nada sirvió el que al propio tiempo se supiese la instalación de un consejo de regencia, en quien legítimamente había recaído el gobierno de la nación; movido tumultuariamente el pueblo, se promovió la formación de una junta suprema de gobierno, y se instaló el 22 de Mayo del presente año de 1810, entrando en ella los individuos del Ayuntamiento, la cual, al declarar que reunía las atribuciones del virrey, nombró á éste su presidente y manifestó que su objeto era librar al pueblo de los desórdenes de la anarquía y conservar y defender los derechos de S. M. el Sr. D. Fernando VII y los de sus legítimos sucesores á aquellos dominios. Así se burlaba la perfidia de la lealtad. Los sucesos tomaban un vuelo extraordinario y se sucedían unos á otros con rapidez increíble; tres días después, es decir, el 25 del propio Mayo, esta primera junta, cuya presidencia se había con-

ferido al virrey Cisneros, fué repentinamente alterada en casi todos sus vocales y erigida otra provincial hasta la congregación de la general, que habían de componer los representantes de todas las provincias del Río de la Plata.

La nueva junta, compuesta en su mayor parte de hombres de fe dudosa ó conocidamente desafectos á la España, no sólo separó al virrey de la presidencia y de todo cargo público, sino que destituyó á los ministros de la Audiencia y á todas las autoridades legítimas, y no tardó en hacer salir del país á la mayor parte de los empleados depuestos, causándoles vejámenes y malos tratamientos; no se ocupó ya de la convocatoria del 27 de Mayo, pero se dedicó á desacreditar al consejo de regencia, atribuyéndole, entre otros defectos, el de haber sido erigido en medio del tumulto y de las convulsiones de la Península; y entonces, con menos disimulo, se encaminó con más libertad y mayor decisión hacia los verdaderos fines de su institución, empezando por obligar á las provincias á que reconocieran sin condiciones su suprema autoridad. Ciertamente, era natural que aspirase al completo dominio del territorio del virreinato, y aun á llevar su sistema político á los finítimos reinos del Perú y de Chile, cuando el punto de mira de sus hombres más influyentes era visiblemente la independencia. La plaza de Montevideo, en esta ocasión, anduvo mucho más acertada que anteriormente: se resistió á reconocer la junta tumultuaria de Buenos Aires y prestó la debida obediencia á la regencia de España. La junta, empeñada ya en poner por obra todo su pensamiento, se apresuró á levantar tropas para hacer decididamente la guerra á Montevideo y para destacar un cuerpo de 1.000 hombres á las provincias del Norte con el destino de perturbar en ellas el orden, que las autoridanes españolas mantenían pacíficamente.

Recibida en la ciudad de Córdoba la noticia de lo que pasaba en Buenos Aires, su gobernador, por conducto del de Potosí, dió parte de todo al virrey del Perú, ma-

nifestando ambos la opinión de resistir aquellas innovaciones, y aun el último anunciaba el pensamiento, como preciso, de poner aquellas provincias bajo la protección y dirección de dicho virrey, concluyendo con pedir urgentemente el auxilio de algunas armas. El celoso marqués de la Concordia, dando á la noticia la importancia que merecía y prescindiendo de la falta de comprobantes con que se le impartía, mandó que se remitieran del Cuzco á Potosí 300 fusiles con sus fornituras y 100C cartuchos; proclamó á los pueblos del Perú de la manera que estimó más conveniente, instruyéndoles con habilidad de lo que pasaba; hizo disponer cuatro cañones volantes y que se dirigieran también á Potosí escoltados por una compañía de infantería, 20 caballos y otros tantos artilleros, y advirtió á los gobernadores de la carrera de Buenos Aires, y aun al mismo virrey, su firme resolución de coadyuvar con cuanto dependiera de su autoridad á sofocar los desórdenes de aquella capital.

Pocos días después el general Nieto, presidente de Charcas, comunicó también documentalmente al virrey de Lima los trastornos de Buenos Aires y las providencias que había librado para mantener en paz las provincias de su mando, las cuales, con voto de aquel acuerdo, había resuelto se pusiesen bajo su protección. Igual demanda dirigieron varios jefes de las provincias del Alto Perú, sus cabildos y el arzobispo de Charcas, con muchas personas particulares y distinguidas. El delicado virrey, deseoso por un lado de acertar con el mejor medio de servir los intereses españoles, y por otro de alejar todo motivo de censura sobre la rectitud de sus intenciones, sometió esas demandas á la deliberación de una junta extraordinaria, la cual únicamente opinó por la agregación de dichas provincias á condición de interina y en tanto que no se lograba el restablecimiento de la autoridad real en Buenos Aires, y porque, desde luego, se prestasen al efecto todos los auxilios de que fuera posible disponer. Consiguientemente fueron muchas y plausi-

bles las prevenciones que dictó el activo marqués de la Concordia, así para el levantamiento de tropas en diversos puntos, como para proveerlas de armas y de municiones, contando para el plan que insinuaba al presidente de Charcas con la eficaz cooperación y diligencia de este general. Entre esas disposiciones se hallaba comprendida la reunión de 500 hombres en el Desaguadero, bajo las inmediatas órdenes del acreditado coronel D. Juan Ramírez, oficial que merecía la mayor confianza. Dirigióse, en fin, el virrey á todos los gobernadores, prelados y Ayuntamientos del Alto Perú, exhortándolos á que continuasen en el sostenimiento de los buenos principios que habían manifestado hasta entonces, y por este medio, como él mismo reconoce, *alcanzó la grata complacencia de ver las enérgicas y valientes repulsas* que por toda contestación daban á las primeras insinuaciones de la junta de Buenos Aires (1).

Sin embargo, bien pronto los temores, las incertidumbres y los recelos vinieron á cambiar el favorable aspecto de tantas esperanzas, y un suceso desagradable ocurrido en Chuquisaca fué el primer indicativo de otros mayores. La tropa que de Buenos Aires había traído el general Nieto se mantenía en muy mal estado de disciplina y subordinación, y como los jefes de los cuerpos á que pertenecía habían abrazado la causa de la revolución en aquella capital, manifestaba sin rebozo su adhesión, llegando á brindar públicamente por la junta dentro y fuera de los cuarteles, y á resistir el cumplimiento de algunas órdenes superiores. Reclamaba tamaño exceso el más severo y ejemplar castigo; pero el general Nieto, por respeto sin duda á lo crítico de las circunstancias, se contentó con desarmar la tropa y hacerla diezmar, mandando pasar á los trabajos de las minas del Potosí á aquéllos á quienes había tocado el número fatal, con lo que creyó remediadas las consecuencias del mal ejemplo.

---

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

Comunicados al general Nieto, presidente de Charcas, los planes y las providencias en que el virrey del Perú fundaba las esperanzas de salvar las provincias del Alto Perú y aun las de Salta y Córdoba, á propuesta de la junta de guerra reunida en Lima, le autorizó también para obrar por sí según las circunstancias y para pedir al Cuzco los demás socorros de que pudiera necesitar, providencia perfectamente entendida en atención sólo á la grande distancia que separaba á ambos jefes. Parecía, pues, que no restaba más que obrar para conseguir los más felices resultados; "pero los escrúpulos de Nieto — dice el marqués de la Concordia — y su natural irresolución le indujeron á representarme la imposibilidad de llevar adelante mi primer plan, fundado en debilísimas razones, y que, á la verdad, hacen poco honor á la memoria de un jefe que por otro lado supo sostener con decoro hasta arrostrar la muerte, y sellar con ella sus honrosos sentimientos. La falta de gente en el Paraguay, a de armas en Córdoba y la desconfianza de sus provinianos, he aquí sus obstáculos; y 500 hombres en cada laza, 2.000 en Jujuy, con más un 1.000 á sus órdenes para ocurrir adonde pudiera llamar su atención la expedición de 1.200 hombres escasos que habían salido de Buenos Aires, era el plan defensivo que había alcanzado por fruto de sus continuas meditaciones en este punto, pues para obrar ofensivamente, lo menos que consideraba precisos eran 8.000. En suma, dificultades insuperables, pedidos extraordinarios y las más instables inconsecuencias formaban el dilatado papel, que concluyó con la noticia de una expedición compuesta de sólo 700 hombres, que había mandado poner en la raya de su presidencia, á las órdenes del capitán de fragata D. José de Córdova (1)."

Perdido en infructuosas objeciones el tiempo que debía emplearse en útiles aprestos para guerrear y aun para

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

auxiliar á la ciudad y provincia de Córdoba, como el virrey Abascal había indicado, la expedición armada de Buenos Aires se acercó á aquella ciudad, fuerte de suyo por la fuerza que contaba y animada, además, por las promesas de cooperación que le habían ofrecido muchos de sus vecinos, á quienes se atribuyó haber trastornado por medios innobles el buen sentido de la guarnición. Hallábase á la sazón en Córdoba el general Liniers, y tanto él como el digno gobernador Concha, apercibidos del engaño y de la deslealtad que los rodeaba, acordaron retirarse al interior con 400 hombres, que creían de mayor confianza, y con la artillería y municiones que tenían; pero al llegar á Chañar les abandonó vilmente la tropa seducida, permaneciendo fieles á su lado un reducidísimo número y la oficialidad conque habían salido de Córdoba. Este triste desamparo obligó á dichos jefes á inutilizar los pertrechos, que ya no les era posible conducir, y aun en esta operación, probablemente ejecutada con premura, tuvieron la desgracia de que se incendiasen algunas municiones y mixtos, causando la pérdida de algunos individuos de su escolta. "Una reunión de accidentes, tan graves como infelices, no les dejaba otro camino que el de la fuga precipitada, que emprendieron desde luego por diversas rutas extraviadas en conformidad de una junta celebrada al intento" (1).

Al mismo tiempo entraban en Córdoba las descubiertas de la expedición de Buenos Aires, que comandaba el coronel Ocampo, y advertido de cuanto pasaba el enemigo, como favorecido de la opinión de la mayoría del país, destacó partidas en posta en persecución de los prófugos, los cuales, mal servidos y destituídos de medios, cayeron todos en poder de sus contrarios. Instruída la junta de Buenos Aires de este primer suceso, y siguiendo los sanguinarios consejos del doctor Moreno, uno de los más famosos revolucionarios, mandó pasar por las armas

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

á los beneméritos general Liniers, al obispo Orellana, al gobernador intendente Concha, al asesor de Gobierno Rodríguez, al coronel Allende y al oficial real Moreno. Más humano Ocampo que sus nuevos soberanos, representó á la junta los inconvenientes que en su concepto ofrecía la ejecución de Liniers y sus ilustres compañeros: pero incurrió en el alto desagrado de sus nuevos señores y fué separado del mando de la expedición, el cual se confirió al coronel Balacarce, en cuanto á la tropa. Mas para librarse la junta de la molestia que le causaban los sentimientos de humanidad, nombró su representante al doctor Casteli, concediéndole las más amplias facultades, así para los trastornos á que era encaminada la expresada expedición, como para el asesinato de los mencionados prisioneros, el cual inmediatamente dispuso y verificó en el punto llamado Cabeza del Tigre, con tanta sorpresa y espanto del mismo país conmovido, que pronto se observó en él la notable circunstancia de que con las iniciales de los apellidos de las referidas víctimas se componía la palabra *clamor*. Hijos del sacrificado Concha son don Manuel, don José y don Juan, que han venido á prestar sus servicios á la patria de su digno padre: los dos primeros en el Ejército, y el último en el Cuerpo Diplomático.

Á consecuencia de los lamentables sucesos de Chañar y de la Cabeza del Tigre, la provincia de Salta se declaró abiertamente por el partido de la revolución, cuya mala noticia, comunicada por el gobernador intendente de Potosí al presidente del Cuzco Goyeneche, llegó á Lima, con la posible celeridad. Notorio era el peligro que amenazaba de más cerca la quietud de las vastas provincias de todo el Perú, y este experimentado virrey no podía desconocer que era llegado el tiempo de desplegar sin demora todos los medios de resistencia de que fuese capaz el virreinato de su mando. En tal virtud convocó el marqués de la Concordia una junta de guerra en Lima, y con su acuerdo dictó las órdenes más conducentes á que por segunda vez se reuniera y organizara sobre el Des-

aguadero un ejército capaz de hacer rostro á la conflagración que avanzaba, y para que le sirviera de conveniente base destinó á él un batallón del regimiento Real de Lima y algunas compañías de Pardos y Morenos, además de proveerlo de armamento, municiones, tiendas de campaña y otros artículos necesarios. Este virrey, no sólo se proponía conservar íntegro y pacífico el virreinato que gobernaba, sino que aspiraba á libertar las provincias del Alto Perú, correspondientes al de Buenos Aires, y mantenerlas sumisas á la España. Nombró de nuevo para el mando en jefe de este ejército al presidente interino del Cuzco, el ya citado brigadier Goyeneche, y por su segundo también al coronel don Juan Ramírez y Orozco, á quien había relevado al efecto del gobierno de la Paz con el coronel de Milicias don Domingo Tristán, primo de Goyeneche, que tanta ocasión dió después á que se dudase de su lealtad.

Por su parte el activo comandante en jefe nada perdonó para dar el más exacto cumplimiento á las órdenes del jefe superior del Perú; reunió en Zepita las milicias del Cuzco, de Arequipa y de Puno, que habían de formar el ejército de su mando, y encargó estrechamente al coronel don Fermín Piérola con 300 hombres y dos piezas de campaña la segura conservación del importante puente del Desaguadero. En Zepita y sus inmediaciones pasó Goyeneche siete meses dedicado asiduamente á la instrucción, organización y disciplina de sus tropas, acertada diligencia que vió gloriosamente recompensada en los memorables días de Huaqui y de Sipesipe.

La primera comisión cometida al coronel Ramírez, y participada al presidente de Charcas, fué que con la tropa que pudiese sacar de la Paz, de Oruro y de Potosí, marchase á reforzar la división de don José de Córdova en Tupiza, debiendo tomar entonces el mando en jefe; providencia que hubiera probablemente ofrecido ventajosos resultados, si los alborotos de Cochabamba no hubiesen venido á interrumpir la ejecución de una medida de tanto

interés. Esta movediza provincia, en la que habían hecho grande efecto los papeles incendiarios de Buenos Aires y los progresos de sus armas, se insurreccionó toda acaudillada por don Francisco Ribero. Atropelladas sin dificultad las autoridades legítimas, procedieron los alzados á la prisión de las personas más afectas á la metrópoli, logrando salvarse de su saña por la fuga el gobernador intendente Prada y su padre político el coronel Lombera, quien se incorporó al ejército de Goyeneche, y en él continuó sirviendo con honra hasta su fallecimiento. El alzamiento de la inmediata provincia de Cochabamba conmovió la plebe de la villa de Oruro, como era de temer, y más excitada por los partidarios y agentes ocultos de la revolución, entre quienes figuraron algunos miembros del cabildo, ó sea Ayuntamiento. El subdelegado de rentas, D. Tomás Barrón, aceptó sin resistencia el partido de los insurrectos.

Al percibir la agitación del pueblo el ministro contador de las cajas de Oruro, D. José María Sánchez Chaves, que acababa de llegar de España con este destino, se encerró en el edificio que contenía dichas cajas con 15 soldados veteranos y dos piezas de artillería, única tropa existente, resuelto á defender de un arrebato los caudales que allí había. Esta determinación inesperada y las contestaciones que la siguieron entre el contador Chaves y el Ayuntamiento, decidieron á éste á pedir auxilio á Cochabamba, el cual remitió luego Ribero al mando de su teniente Arce. Con la noticia de la aproximación de este refuerzo perdió el contador la esperanza de poder prolongar su resistencia, y adoptó el aventurado medio de salvarse por la fuga, burlando la vigilancia de los pelotones de indios encargados de circuir el edificio de las cajas reales. Sánchez Chaves consiguió salir de Oruro con fortuna; pero como el mal ejemplo cundía asombrosamente y los pueblos se iban levantando unos tras otros, tuvo la desgracia de ser alcanzado y detenido cerca de la barca de Toledo en el río del Desaguadero; fué en segui-

da conducido preso á Oruro, y de aquí á Cochabamba, donde habría sido víctima de la ferocidad de Casteli á no haber tenido la suerte de fugarse de la prisión favorecido por algunas buenas almas. El faccioso Arce se apoderó de las existencias de las cajas de Oruro y nombró en remplazo de Chaves al oficial mayor D. Manuel Contreras, iniciado en los secretos trastornadores.

Tan pronto como D. Juan Ramírez, todavía detenido en la Paz, primero por falta de transportes y luego por la insurrección de Cochabamba, supo lo que pasaba en Oruro, previno al coronel Piérola que con la fuerza de su mando saliese del Desaguadero y tomase la vuelta de aquella villa, creído sin duda de poder imponer con tan cortos medios á la naciente insurrección. En cumplimiento de este mandato, Piérola dejó el Desaguadero y siguió el camino real de Oruro, tal vez con más confianza de la que el caso requería; y así fué que apenas había alcanzado la posta de Aroma cuando se vió repentinamente envuelto y arrollado por más de 2.000 facciosos, sobre la tercera parte á caballo, armados algunos de fusil, otros de lanza y chuzo y los más de *macana* y honda, con artillería de bronce y estaño. Piérola, con pocos de los suyos, perdida la mayor parte de las armas y todas la municiones, se retiró precipitada y desordenadamente á Viacha á tiempo que entraba en este pueblo el coronel Ramírez con la gente de guerra que había podido sacar de la Paz. En vista del desastre de Piérola, de la poca fuerza con que contaba Ramírez y con el rumor que corría de que los enemigos habían avanzado á Calamarca, tomó dicho jefe la prudente determinación de replegarse al Desaguadero, donde ayudó eficazmente á Goyeneche en el arreglo del ejército, del que era segundo jefe.

Entretanto el doctor Casteli, después de la ejecución de general Liniers y de sus cinco compañeros de infortunio, atravesó como en triunfo los términos de Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy; dió nueva forma á la administración de los pueblos; aumentó considerablemente sus fuer-

zas con reclutas y gente voluntaria, que producía el fervor del primer entusiasmo, é investido del carácter de representante de la junta de Buenos Aires y de gobernador de las provincias situadas al Sur del Desaguadero, se lanzó con osadía hacia el pacífico Perú. Sabedor el general Nieto del proyecto y movimientos del enemigo sacó la tropa que pudo de Chuquisaca y de Potosí, al mando estos respectivos trozos del conde de Casa-Real de Moneda y del teniente coronel D. Narciso Basagoitia, y se encaminó con ella á Santiago de Cotaguita, punto al que ya se había replegado el mayor general D. José de Córdova y el coronel de milicias D. Indalecio González de Socasa, decidido aquél á esperar á los insurgentes á favor de las buenas posiciones que el terreno le ofrecía. Ufanos los enemigos con la superioridad de su número y las demás ventajas que contaban, avanzaron presuntuosamente á Cotagaita adelantando su caballería, y el 27 de Octubre se trabó con ella un combate en el que triunfaron los realistas, obligando á los contrarios á retirarse al Sur del río de Suipacha con alguna pérdida y bastante inesperado desorden. Mas los vencedores, ciertamente esforzados en el combate, no acertaron á sacar de su primer feliz encuentro el partido que tal vez debieran, persiguiendo con igual brío al batido y al parecer desalentado enemigo. Así dieron lugar á que recibiera éste tranquilamente en Suipacha el resto de la gente, que tenía en marcha, y á que bien pronto tomara sobre los realistas una funestísima revancha.

Deslumbrado el valiente Córdova con la ventaja que había obtenido sobre los enemigos, apenas entró en Cotagaita el presidente Nieto con la tropa que le acompañaba, se empeñó en la ofensiva, contra el parecer del general, sin tomar debidamente en cuenta el tiempo que les había dado para repararse; pero si incumbencia era del jefe superior velar por el honor de las armas que capitaneaba y por la conservación de las vidas de sus leales subordinados, faltábale la energía de carácter necesaria para

hacerse respetar como primera autoridad militar. Obstinado Córdova en llevar á cabo su pensamiento, sin que Nieto tuviese resolución bastante para detenerlo, pasó á ponerlo por obra, eligiendo al intento la tropa que mejor le pareció; mas cuando el 7 de Noviembre daba vista este jefe á Suipacha, ya halló á los enemigos no sólo prevenidos, sino preparados á salirle al encuentro. Poco tiempo tardó Córdova en comprender toda la gravedad del compromiso en que lo colocaba su temerario arrojo; intentó en vano remediar en parte el error cometido, procurando replegarse en el mejor orden posible, y al efecto, adelantó en su sostenimiento algunas guerrillas, porque arrolladas éstas y alebronados sus soldados, toda la columna se entregó á la más decidida fuga, sin que sus repetidos y arriesgadísimos esfuerzos alcanzaran nada en reparo de tamaño desorden. Este terrible desastre comprueba las ominosas consecuencias que suele producir la confianza sin prudencia, más de una vez de funestos resultados para las armas españolas en esta larga lucha. Una de las exposiciones de un ejército, suele consistir en que sus jefes midan el valor, el sufrimiento, la constancia y el interés de sus subordinados por el suyo propio, porque entonces se repiten las temeridades y pueden llegar á ser de inmensa transcendencia, como en el caso presente.

El anciano general Nieto, que había permanecido en Santiago de Cotagaita, se vió confundido de repente, porque casi supo á un mismo tiempo la completa derrota de la flor de sus tropas en las cercanías de Suipacha, y la marcha de una gruesa columna de facciosos de Cochabamba contra la capital de Chuquisaca. Considerándolo todo perdido abandonó el campo y tomó la dirección de la costa, acompañado de su capellán; pero detenido por los indios de Lipez, fué conducido á Potosí, donde con Córdova y Sanz había de servir pronto de cruelísimo espectáculo. Sobre los tristes resultados del desastre de Suipacha, dice el marqués de la Concordia: "Noticioso y asombrado el señor Nieto de la derrota de don José de

Córdova, dió orden en el campamento en que se hallaba para que procurasen sus individuos salvarse en el modo posible, lo que se ejecutó en la mayor confusión y desorden, abandonando el armamento entero de aquella desgraciada expedición. Semejante improvisa providencia, pudo ser flaqueza de un espíritu debilitado con la edad; pero también pudo ser efecto de la precipitación é inexperiencia de Córdova, funesto manantial de los males sucesivos. Las ciudades de la Paz y de Chuquisaca, como también la villa de Potosí, adictas, por amor ó por temor á los intereses de la Junta revolucionaria, se declararon inmediatamente por ella, desarmando las cortas guarniciones con que Nieto las había dejado, y se apoderaron del numerario existente en sus tesorerías. En suma: todo eran pérdidas, dislocación y desorden en aquel infeliz territorio, dueños del cual los furibundos insurgentes, no hubo género de depredaciones y de atentados que no cometiesen en los bienes y personas de los fieles vasallos del rey. El anciano Nieto y su mayor general Córdova, errantes por los despoblados, fueron sorprendidos y llevados con escolta á las cárceles públicas de Potosí, donde sufrieron el último suplicio en unión del intendente don Francisco de Paula Sanz» (1).

En efecto, ensoberbecido Casteli con el triunfo que le acababan de proporcionar el inconsiderado arrojo de Córdova y el sobrecogimiento de Nieto, ardiendo en sed de sangre y ansioso de alcanzar las víctimas que se proponía, se adelantó á grandes jornadas hacia la villa de Potosí. Una diputación del Ayuntamiento salió á recibirle y á felicitarle á nombre de la corporación. Casteli exigió del Ayuntamiento el inmediato arresto de la persona del gobernador intendente de la provincia, quien en su largo mando había sido más bien un tierno padre que el jefe de sus gobernados. Para dar cumplimiento al mandato de Casteli, el Ayuntamiento nombró de entre sus individuos

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

á aquéllos que más señalado aprecio y mayores distinciones personales habían recibido del gobernador, imaginando todavía algunos algún noble pensamiento oculto en esta determinación; mas los cabildantes elegidos desempeñaron puntualmente su odiosa comisión. El gobernador Sanz, cuya conducta pública había sido pura y ajustada, se entregó sin residencia; ni preso quiso aceptar la fuga que le proponían y facilitaban algunos de sus pocos leales amigos. De este modo, errando Sanz tal vez su cálculo, marchó pasivamente á su fin.

Reunidos en las prisiones de Potosí el general Nieto, su mayor general Córdova, y el gobernador intendente Sanz, les hizo Casteli saber, que sobre las banderas revolucionarias habían de jurar reconocimiento y obediencia á la Junta de Buenos Aires. La fidelidad de esos españoles, rechazó con noble indignación semejante propuesta, que no era más que el pretexto ostensible que buscaba el feroz Casteli para inmolarlos, como sucedió haciéndolos pasar por las armas en la Plaza Mayor de Potosí el 15 de Diciembre. Tal ha sido el triste fin de estos tres distinguidos servidores, víctimas ilustres de su acendrada lealtad al rey y á la España; si bien es fuerza reconocer que, desacertados á su vez y cada uno por su estilo, contribuyeron todos á su lamentable trágico término. Hijos de ese desgraciado Córdova tenemos entendido que son los generales don Luis, ya difunto, y don Fernando.

Finalmente, para dar más exacta idea del carácter especial de Casteli, conviene saber que, cuando don Francisco de Paula Sanz pasó por Buenos Aires para ir á servir el gobierno intendencia de Potosí, conoció en aquella capital en la mayor humildad, en suma indigencia y en total desamparado, al expresado Casteli todavía muy joven: agradóle su disposición, lo recogió compadecido, llevólo en su compañía á Potosí, cuidó de que recibiera una educación esmerada, lo sostuvo con decencia en la Universidad de Chuquisaca y en ella le costeó sus grados literarios hasta el de doctor en leyes; cuyos beneficios

todos recompensó ese monstruo mandando dar la muerte á su bienhechor, sin otro delito que el de ser Sanz español honrado y leal.

Un extranjero, de los que con mayor empeño sirvieron la causa de la independencia de Buenos Aires, de Chile y del Perú, dice también respecto del mismo corifeo: "Casteli, abogado de gran talento, era capaz, activo y decidido, pero versátil y feroz. Poseía cumplidamente aquella elocuencia que cautiva y arrastra á la multitud, aunque la rigidez de su carácter le hacía enemigo de todo término medio. En todas partes proclamó la libertad y odió al despotismo, condenando al mismo tiempo á cuanto halló que se opusiera al nuevo orden de cosas. Don Francisco de Paula Sanz, gobernador de Potosí, que se había hecho digno del respeto y consideración general durante su larga residencia en América, junto con el general Nieto, presidente de Charcas, antiguo militar que se había hallado en la batalla de Ríoseco contra el ejército francés en 1808 y un oficial de marina, Córdova, fueron fusilados en la plaza del Potosí, actos que parecen de una crueldad indisculpable. Casteli alegó en su descargo que era necesario comprometer á los patriotas y hacer cesar aquella clase de neutralidad, que hasta entonces se había observado en la masa del pueblo, que no había comprendido bien la naturaleza de la lucha, ó el objeto que la promovía; y que la sentencia de hombres de alto rango difunde el terror en todos los demás. Los que ocupaban destinos creyeron ver en Casteli un segundo Robespierre, próximo á inmolar de ellos cuantos creyera convenientes al triunfo de la libertad. Casteli de hecho fué un terrorista muy imbuído en las máximas de la revolución francesa y estaba muy al corriente de todos sus pormenores" (1).

(1) *Memorias del general Miller.*

CHILE

Antes de continuar en la relación de las operaciones del representante de la junta revolucionaria de Buenos Aires, Casteli, parece oportuno indicar, aunque brevemente, cómo tuvo principio la revolución de este feraz y rico reino.

Está Chile separado del territorio del Perú por la frígida y escabrosa cordillera de los Andes, que corre de Sur á Norte, y por un desierto de Arena de cerca de 80 leguas, sin agua potable, el cual se extiende entre la cordillera y el mar desde el pueblo de Atacames, último del Perú, hasta el primero de Chile que los indios llamaban antiguamente *Copayapu*, y se conoce ahora por Copiapó. Los Incas del Perú, habían conquistado y sujetado á su dominación todo el país chileno que media entre Copiapó y el río Maule, cerca de 300 leguas de longitud tomada de Norte á Sur. Posesionado don Francisco Pizarro del reino del Perú, despachó desde el Cuzco una expedición contra Chile al mando de su compañero don Diego de Almagro y auxiliada de crecido número de indígenas de guerra de los recién sometidos, á cuyo frente iban también el príncipe Paulln, hermano de Manco Inca, y el sumo sacerdote Villac-Umo, ó Villa-Oma. Según el dictamen de los caudillos indios tomó Almagro la vuelta de la tierra ó provincia de los Charcas para buscar por allí la cordillera, cruzarla de Este á Oeste y descender á Chile salvando el temible desierto de Atacames; expedición de las más atrevidas y trabajosas de que se pueda hacer memoria, y en cuya travesía perecieron no sólo muchos indios de los auxiliares, sino algunos españoles y caballos entonces de inestimable precio. Almagro tuvo la fortuna de ser bien recibido en Chile por los tenientes de los Incas; pero la conquista total de este hermoso reino la completó pocos años después el célebre y esforzado don

Pedro Valdivia, desde cuya época se contó entre las posesiones españolas del Nuevo Mundo (1).

Todo el territorio chileno quedó desde entonces incorporado al virreinato del Perú, de donde se le suministraba un subsidio para el sostenimiento de las cargas del Gobierno; pero por Real orden de 15 de Marzo de 1797 se le separó y constituyó en Capitanía general independiente con la presidencia de la Audiencia de Santiago, y desde esta determinación fueron menos conocidas sus necesidades en el Perú, porque el país fué progresando en bienestar visiblemente. Pero este pacífico suelo se resintió, como era de temer, de las circunstancias en que la ambición de Napoleón puso á la metrópoli y del pernicioso influjo de la insurrección de Buenos Aires. Á favor de tamaños sucesos los ánimos díscolos y ambiciosos supieron sacar partido de la debilidad é inexperiencia del brigadier don Juan Carrasco que gobernaba interinamente á Chile por muerte del presidente propietario el general Muñoz.

Como á mediados de este año de 1810, el Ayuntamiento de la capital de Santiago tomó astuta y artificiosamente la iniciativa para pedir bajo suposiciones gratuitas la cesación en el mando del jefe superior interino, á quien la Audiencia no creyó poder sostener como era de su obligación, y en tal virtud abdicó Carrasco el Gobierno, del cual se encargó con las formalidades de estilo, también interinamente, el anciano conde de la Conquista, todo bajo la apariencia del mejor servicio del rey y de la España. Formóse seguidamente una junta que se tituló suprema conservadora de los derechos de Fernando VII durante su actual cautiverio en Francia, y fué nombrado presidente de ella el mismo conde de la Conquista. Esta junta, una vez constituída, se hizo reconocer y jurar obediencia de todo el reino; convocó un congreso general; levantó tropas; ordenó la instrucción de los cuerpos de milicias; puso el país en buen estado de defensa, y puede

(1) Garcilaso, *Historia general del Perú.*

afirmarse que echó los primeros cimientos de la revolución y de la independencia, cuya obra coronaron después los sangrientos desastres que experimentaron las armas españolas en los años de 1817 y 1818. En su lugar daremos alguna idea de estas desgracias por la grande influencia que ejercieron en la suerte del Perú. Mayores pormenores sobre toda la revolución de Chile se hallarán en la relación del gobierno del ilustre marqués de la Concordia, en la Historia de la revolución Hispano-Americana, por don Mariano Torrente, y en la relación histórica de Mr. Stevenson y aun también en las *Memorias* del general Miller.

GAPÍTULO III

Insurrección de Chuquisaca. — Fundación de esta ciudad y origen de sus tres nombres.—D. Domingo Tristán en la Paz.—Fundación de esta ciudad.—Un acuerdo.—Entrada de Casteli en la Paz.—Dimisiones no aceptadas acertadamente.—Mala fe de los disidentes.—Noble conducta de Goyeneche. — Puente del Desaguadero. — Resuélvese Goyeneche á tomar la ofensiva.—Gloriosa batalla de Guaqui.—Su importancia.—Díaz Vélez en Potosí y Cochabamba.—Fundación de esta capital.—Goyeneche en la Paz y Oruro.—Batalla de Sipesipe. — Insurrección de Pacages, Larecaja y Omosuyos.—Cercan los insurrectos á la Paz y cortan la comunicación con el ejército.—Disposiciones del virrey Abascal.—Pumacahua y Chuquihuanca.—Desgracia en Tiquina. — Avanzan Pumacahua y Benavente al Sur del Desaguadero.—Sus buenos servicios.—Lombera entra en la Paz.—Entra Goyeneche en Cochabamba.—Pasa á Potosí, haciendo ocupar al mismo tiempo á la Plata. — Reclutamiento en Chichas.—Sumisión de Tarija.—Barreda.—Picoaga.—Díaz Vélez.—Ramírez en Huata.—Prepárase un nuevo choque en Suipacha.

1811

La sublevación de la provincia de Cochabamba y del Gobierno de Oruro, la lamentable derrota de Córdova en Suipacha, que abrió á Casteli el camino de Potosí, más por efecto de los erroros de nuestros jefes que por habilidad del enemigo y el carácter movedizo de aquellos naturales, insurreccionaron de nuevo la ciudad de Chuquisaca y toda la vasta provincia de Charcas, de la que era capital. Dicho queda ya cómo esta ciudad es conocida indistintamente por tres nombres, á saber: Chuquisaca,

Charcas y la Plata, cuya triple nomenclatura reconoce el siguien origen.

Mucho antes de que los españoles descubriesen el Perú, los monarcas Incas habían conquistado todo el territorio denominado de los *charcas*, y le conservaron este nombre como al pueblo que le servía de cabecera el de *Chuquisaca* que tenía. En 1538, el adelantado D. Francisco Pizarro, honrado ya por Carlos I con la merced y título de marqués de los Atavillos, encomendó á su hermano Gonzalo la conquista de los *charcas*, que fué reñidísima; y este esforzado caudillo fundó y pobló una ciudad en Chuquisaca, manteniéndola el nombre del antiguo pueblo que le servía de basa. Descubierto el famoso mineral de *Potochi* (Potosí), que dista de Chuquisaca poco más de 18 leguas, se dió también á esta ciudad el tercer nombre de la *Plata* (1).

Dueño el afortunado Casteli de Potosí, disculpablemente engreído con la buena voluntad que los pueblos se apresuraban á manifestarle, auxiliado de un fuerte golpe de gente de la provincia de Cochabamba al mando de Ribero, y, lo que pareció entonces muy extraño, favorecido de los buenos oficios del intendente de la Paz, D. Domingo Tristán, emprendió como un procónsul su marcha en demanda del extremo Norte del virreinato de Buenos Aires, no sólo contando con el pleno dominio de las provincias situadas al Sur del Desaguadero, y que forman lo que se llama el Alto Perú, sino esperanzado de invadir y trastornar con igual facilidad el territorio del virreinato de Lima, que pacífico y sumiso, obedecía á las autoridades reales.

Don Domingo Tristán, que más adelante logró sincerarse de su incomprensible conducta, á punto de continuársele en el mando, como oportunamente se dirá, apadrinó visiblemente por entonces el pronunciamiento de su provincia en favor de la Junta de Buenos Aires; reunió

(1) Garcilaso, *Historia general del Perú.*

alguna gente armada que, aunque reducida en número, informe en su organización y falta de instrucción, la hizo adelantar al pueblo de Achacache en observación del territorio fiel. Allí se ocupaba esta gente desordenada en detener y pillar á los leales habitantes del país conmovido, que abandonaban sus establecimientos y hogares por buscar un asilo en la limítrofe provincia de Puno. Fueron de este número el teniete coronel D. Juan Francisco Ribero, gobernador subdelegado del partido de Larecaja (1), y su hijo político D. Andrés Coll, quienes, si bien se habían puesto en salvo escapando de Sorata á la aproximación de aquella horda, cuando quisieron llevar á su lado á sus familias, tuvieron que comprar de Tristán los pasaportes á fuerza de oro, según entonces se dijo; y aun con ese seguro, al atravesar los equipajes por Achacache, con dirección á Huancané, fueron detenidos y despojados de los objetos de mayor interés.

Así facilitaba el gobernador Tristán el tránsito de los enemigos de Potosí á la Paz, en cuya capital hizo Casteli su entrada pública y solemne el miércoles santo de este año en medio de las mayores aclamaciones, seguidas de fiestas, regocijos, bailes y borracheras á que en verdad no estaban acostumbrados los habitantes en días de semana santa. En la misma noche del día de la entrada de Casteli en la Paz, como en las que transcurrieron hasta su salida, fué la ciudad teatro de diferentes escenas, que causaban en los buenos profundo dolor. Recibido el enemigo con todo género de diversiones, impropias y ajenas de la santidad de aquellos días, fué á apearse en el palacio episcopal que le estaba preparado, y en sus salones se reunieron por las noches la mayor parte de las señoras de la población con sus padres, esposos, hermanos, parientes y amigos para procurar en espléndidos saraos esparcimiento al nuevo jefe, totalmente desvanecido con el

(1) Padre del teniente general y senador del reino D. Felipe Ribero.

humo de tanta lisonja. Pero lo que formaba el mayor escándalo á los ojos de la lealtad era ver que uno de los más fervorosos y diligentes en promover y fomentar las diversiones á Casteli y sus satélites fuese el mismo don Domingo Tristán, puesto allí de jefe superior en representación de la autoridad real. Una conducta tan censurable y reprensible, aunque se procuró justificar después, con la circunstancia de ser Tristán primo del comandante en jefe del inmediato ejército español, vino á llamar mucho la atención de los hombres leales y á ponderarles tal vez los peligros á que se consideraban expuestos, avivando una disculpable desconfianza que, creciendo con el tiempo y los acontecimientos, contribuyó poderosamente á la ruina de opulentas familias é influyó mucho en la pérdida total del dominio español en aquellos hermosos países.

La ciudad de la Paz, capital de la rica provincia del mismo nombre en el país llamado primitivamente *Chuquiabo*, está situada á 22 leguas al Sur del río del Desaguadero y casi á igual distancia del Cuzco, de Arequipa y de Chuquisaca. Mandóla fundar el presbítero y licenciado Pedro de la Gasca, del consejo supremo de la Inquisición, cuarto gobernador y capitán general del Perú, después que consiguió acabar con la facción de Gonzalo Pizarro, á quien hizo ejecutar con otros muchos de sus bravísimos capitanes y soldados, célebres descubridores y conquistadores, condenando á otros á galeras, y aun á algunos á ser públicamente azotados, con grave perjuicio y sensible mengua del favorable prestigio de que gozaban los españoles, y cuyos castigos causaron asombroso é inexplicable escándalo entre los indios. En 1548 nombró la Gasca á Alonso de Mendoza corregidor del territorio de *Chuquiabo*, y le ordenó fundar una ciudad con el título y advocación de Nuestra Señora de la Paz, en memoria de la que acababa de restablecer en el reino á costa de tanta y tan distinguida sangre española. Este fué el origen de la ciudad de la Paz, que dió nom-

bre á toda la provincia, erigida más adelante en silla episcopal y poblada en su mayor parte de indios ásperos y turbulentos (1).

Antes de que Casteli saliera de Potosí para la Paz, en vista de las desgracias ocurridas en el distrito del virreinato de Buenos Aires y con presencia de los oficios del Ayuntamiento de Charcas proponiendo suspensión completa de hostilidades y que por una y otra parte se respetase la línea divisoria de ambos mandos, proposiciones á que accedió provisionalmente Goyeneche, el virrey de Lima convocó un acuerdo, y con su uniforme dictamen resolvió la concentración de todas nuestras fuerzas á la derecha del Desaguadero, aumentando éstas *hasta donde se considerasen suficientes para poner á cubierto el territorio de su mando de cualquiera invasión ó tentativa que pudiera alterar su admirable tranquilidad y el buen orden que en él se conservaba.* Igualmente, reunió el virrey en Lima una junta de guerra, la que, instruída del estado del Alto Perú, estimó juiciosa la conducta de Goyeneche, pues que en su contestación provisional al Ayuntamiento de la Plata había abrazado con habilidad los dos resortes que era preciso poner en juego para salvar el país, la política y la fuerza. Permitióse la continuación del tráfico entre ambos virreinatos, pero se mandó precaver la introducción de personas sospechosas y la de papeles subversivos, más fácil, sin duda, de disponer que de realizar, y se fijaron por límites no sólo el Desaguadero, sino la línea que se extiende al Este por el estrecho de Tiquina y los pasos de Larecaja y Omasuyos en el partido Huancané, provincia de Puno, y al Oeste, por Arica ó Moquechua, provincia de Arequipa. Autorizóse al comandante en jefe para que mandase levantar fortificaciones donde le parecieran útiles, se le auxilió al efecto con oficiales de ingenieros y se le concedieron de nuevo amplias facultades para obrar según las circunstancias, como era justo. Dictó

(1) Garcilaso, *Historia general del Perú.*

simultáneamente el mismo virrey varias órdenes de suma utilidad á los jefes de las provincias, y como no podía ocultarse á su penetración la poca seguridad que ofrecía el nombre de Casteli para la duración de lo pactado, no se descuidó en enviar al ejército de Goyeneche nuevas armas, municiones, pertrechos, dinero, tropa y oficiales de todos los institutos del ejército.

Adoptadas las referidas disposiciones y satisfecho el celoso virrey de la sumisa obediencia con que los pueblos de su mando ejecutaban cuanto se exigía de ellos, un incidente singular vino á perturbar en cierto modo las lisonjeras esperanzas que con algún fundamento tenía derecho á concebir. El caso fué, pues, que el comandante general, dice, "y presidente interino de la Real Audiencia del Cuzco repitió por segunda vez la súplica para que le fuese admitida la dimisión de ambos cargos, fundándose en la propensión que habían descubierto los soldados de su ejército y muchos de los oficiales subalternos al crimen de la deserción: en los rápidos progresos que hacía en los ánimos la seducción y engaño de los traidores y otras graves causas para cuyo remedio en vano había agotado los recursos de la severidad, los sacrificios del caudal de la tesorería, las promesas y otros arbitrios de consumada sagacidad y prudencia. La entidad de los puntos contenidos en la representación me obligó á tratarla en junta político-militar, que convoqué al efecto como indicaba desearlo el mismo Goyeneche; y considerados todos como las resultas que podría acarrear cualquiera alteración de mando en el estado de aquel ejército, de unánime sentir se decretó no ser admisible por entonces la dimisión que de él hacía el señor Goyeneche, á lo menos hasta recibir su contestación á lo que de oficio y confidencialmente debería yo exponerle sobre el particular; y que para atender á los demás puntos de la propia representación, se aumentase, como estaba mandado, el ejército, aunque fuese con tropas de esta capital, valiéndose para tan urgente necesidad de todos los medios concilia-

bles para la más pronta verificación de lo dispuesto. Así se verificó desde luego dirigiendo por la vía de Arica el refuerzo de esta guarnición; mas conociendo yo que entre los motivos legítimamente alegados, ninguno podría ser de mayor peso, ó acaso el único, según el delicado pundonor del general, que el reciente nombramiento que acababa de hacer el supremo Gobierno en el brigadier don Bartolomé Cucalon para la presidencia, cuya interinidad en Goyeneche, determiné continuarle en ella suspendiendo el cumplimiento de los reales despachos por la muy obvia y prudente consideración de que limitado el general á sólo el mando del ejército en aquellas críticas circunstancias, la deserción se aumentaría á lo infinito viéndolo desnudo de autoridad y facultades para poder perseguir á los desertores hasta sus propios hogares, ó hacerlo dependiente de los magistrados y jueces territoriales para éste y los demás artículos propios y de necesidad para la subsistencia de las tropas" (1).

Muy embarazosa seguramente se iba haciendo la situación del virrey por la naturaleza de incidentes imprevistos; pero acertado siempre, y por fortuna noblemente aconsejado, obró como era de esperar de su consumada experiencia en el mando, y bien secundado finalmente por Goyeneche y los demás cabos del ejército, tuvo la gloria de ver pronto coronadas sus vigilias con el cambio más feliz del horizomte político. Hubo, es verdad, nueva renuncia del comandante en jefe por nuevo motivo de delicadeza, la hubo también del mayor general el coronel don Pío Tristán, primo de Goyeneche y hermano de don domingo, gobernador de la Paz; pero el ilustrado virrey las resistió todas, porque de todos necesitaba y muy particularmente de sujetos como Goyeneche y Tristán que reunían á lo nobles, leales y entendidos la circunstancia de ser patricios para hacer ver á los malévolos la justicia con que se atendía el mérito, en ocasión precisamente en

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

que los revolucionarios se esforzaban por acriminar la parcialidad de la metrópoli.

Entretanto arregló Casteli á su modo la administración de la provincia de la Paz, y continuando en su gobierno al mencionado don Domingo Tristán, salió al fin con el grueso de sus fuerzas muy aumentadas á situarse en el pueblo de la Laja, camino del Desaguadero, seis leguas al Norte de la Paz y 16 del ejército real. Á favor del armisticio acordado por cuarenta días, que había de servir de preliminar al arreglo amigable y definitivo ya anunciado para evitar la efusión de sangre entre hermanos, según decía el enemigo, el verdadero objeto del falaz Casteli se dirigía á adormecer en la confianza al general español para atacarlo de improviso y con ventaja, y al efecto extendió parte de su fuerza á Tiahuanaco, San Andrés y Jesús de Machaca, tal vez en la simple persuasión de que su activo adversario no vigilaría sus pasos; pero atento Goyeneche á los grandes intereses que le estaban confiados y noticioso de aquel movimiento, hizo en su línea las prevenciones convenientes y estableció además en Puisacoma un destacamento en observación de los caminos que conducen á la costa. Por desgracia nuestras milicias no tenían todavía la práctica de la guerra, y por esta razón les fué fácil á las hordas de cochabambinos, que cubrían la izquierda contraria, caer de repente y en considerable número sobre el pueblo de Puisacoma causando estragos á los vecinos y arrollando los 25 hombres que únicamente había podido oponerles nuestro comandante, por tener una partida situada en Huaculiani y otra escoltando los caballos en el pasto; y así fué que, aunque este oficial hizo alguna resistencia, tuvo que ceder al número, perdiendo cuatro hombres muertos, 41 prisioneros y la mayor parte de las armas, caballos y monturas. "En vano reclamó el comandante general su restitución; la falta de subordinación y la indisciplina de las tumultuarias tropas ni atendía á las reclamaciones, ni obedecía las órdenes del que las mandaba y dirigía. No obstante insultos tan graves,

reagravados con la infracción de las más recientes estipulaciones, el general, usando siempre de moderación y de prudencia, reencargó sólo la mayor vigilancia en los puestos, poniendo en Consejo de guerra al oficial que mandaba el de Puisacoma para castigarle según la culpa que contra él resultase" (1).

La conducta noble y equitativa de Goyeneche alentó la insolencia de los facciosos, á punto de acercarse á dos leguas del campo español, y atacando á nuestras descubiertas de Caballería fueron inevitables las consiguientes escaramuzas. Rotas las hostilidades así por el hecho que se acaba de referir, como por las alarmas falsas que las partidas revolucionarias venían á causar á los puntos avanzados de los realistas, el comandante en jefe dispuso que 400 infantes y 50 caballos, á las órdenes del coronel Ramírez, extendieran un reconocimiento hasta Machaca, donde se trabó un choque algo más serio, por la diferencia de fuerzas contrarias; pero el campo quedó por nuestras armas, causando al enemigo la pérdida de un capitán y 12 hombres de tropa muertos, y Ramírez regresó al campamento de donde había salido, como se le previno.

El digno representante de la Junta de Buenos Aires, Casteli, insistiendo siempre en la idea de emplear todo género de simulaciones para dar un golpe á Goyeneche, adelantó sigilosamente sus huestes á los pueblos de Huaqui, ó Guaqui, como más generalmente escribimos los españoles, y á Jesús de Machaca, y envió un fuerte trozo de Caballería por su izquierda sobre un vado del Desaguadero y una columna de infantería por la derecha al estrecho de Tiquina, con el designio de embestir por tres puntos á la vez la línea de los realistas, y como su gente era mucha en número, creía seguro su triunfo, como pomposamente anunció en una proclama que publicó entonces ofreciendo á los peruanos hacer ondear su victorioso pabellón en las deliciosas riberas del Rimac y sobre los mis-

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

mos muros de la pacífica y opulenta Lima. La fortuna había exaltado de tal modo el orgullo y presunción de Casteli que menospreciando con necedad las cualidades distinguidas del general que tenía al frente, y sin tomar en cuenta para nada los esfuerzos de la lealtad, ni el espíritu de las ofendidas tropas reales, en un momento de arrebato se permitió temerariamente decir que, *aunque Dios no quisiera, había de vencer á Goyeneche.* Mas no quedó mucho tiempo impune el maldiciente Casteli, pues derrotado luego en Guaqui por Goyeneche y retirado á Buenos Aires sin crédito ni estimación, vino á fallecer no mucho después de un cáncer que le devoró la lengua.

Ufano el enemigo y lleno de esperanzas, continuaba sin cesar sus preparativos para el ataque decisivo que proyectaba, divididas sus tropas en tres divisiones, que ocupaban los puntos de Guaqui, Casa y Jesús de Machaca; pero separaba á los contendientes el río del Desaguadero, cuyo paso más pronto y fácil era el que ofrecía el puente llamado del Inca, del que se hallaban posesionadas las armas españolas; y antes de entrar en los pormenores de las operaciones que se siguieron, no parecerá inoportuno dar aquí una idea del origen y forma de ese puente.

Capac Yupanqui, quinto Inca del Perú, con el designio de extender las conquistas comenzadas al Mediodía de su Imperio, mandó construir un puente sobre el río que forma el desagüe de la gran laguna de *Titicaca,* que los españoles nombraron Desaguadero, el cual puente está formado de balsas de juncia y otros materiales y colocado sobre el agua como el de barcas de Sevilla. En el Perú se cría una paja larga, suave y correosa, que los indios llaman *ichu,* con que cubren aun la mayor parte de sus casas, y además crece en las riberas de la mencionada laguna, grandísima cantidad de juncia y de espadaña que denominan *totora* y tiene alguna semejanza con la enea. Los indios de los pueblos pensionados con la obligación de mantener este puente cortan á su tiempo cantidad de

totora y juncia, para que estén secas cuando hayan de emplearlas. De la referida paja hacen cuatro maromas gruesas como la pierna y echan dos sobre el agua de un lado al otro del río que lleva grandísima corriente; sobre las maromas ponen haces de juncia y totora del grueso de un buey, fuertemente atados unos con otros y con las maromas, y luego echan sobre los haces las otras dos maromas, las aseguran con ellos. Para que éstas no se rompan tan pronto con el pisar de las bestias, ponen otra cantidad de totora encima en haces delgados, los cuales cosen unos con otros y con las maromas, y forman lo que los españoles llaman la calzada del puente. Tenía éste de 13 á 14 pies de ancho, una vara de alto y sobre 150 pasos de largo, por lo que puede imaginarse la cantidad de material que entra en el sostenimiento de tan grande obra, y es de advertir que la renuevan con muchísima frecuencia para evitar las consecuencias de la podredumbre en materiales de tan flaca consistencia. En tiempo de los Incas el sostenimiento de este puente estaba repartido por provincias y, como cada una sabía la parte de material con que tenía que acudir y la apercibían de un año para otro, lo habilitaban con suma prontitud. Los indios no ataban ni afianzaban en estribos de tierra los cabos de las maromas gruesas, sino que las enterraban profundamente, sistema que tenían por muy útil acaso también porque formaban el puente variando á veces de sitio, aunque en poco espacio (1).

El ya indicado villano modo de proceder de Casteli y de sus hordas indignó, como era de esperar, al comandante en jefe Goyeneche y á sus tropas, y en consecuencia adoptó una resolución cumplidamente firme. En la noche del 19 de Junio, el sagaz caudillo español reunió en junta de guerra á los jefes de su ejército á fin de obligar más por este medio su decidida buena voluntad, y con su acuerdo quedó definitivamente determinado prevenir

(1) Garcilaso. *Historia general del Perú.*

sin demora el peligro, buscando al enemigo al siguiente día 20. Á la señal de un cañonazo disparado en el campo de Zepita á las doce de la noche del mismo día 19, Goyeneche movió su ejército hacia el puente del Desaguadero que cruzó sin dificultad ni riesgo, incuria grande del enemigo, dejando para custodia del puente y guarda de la derecha del río la división del coronel Lombera. Á la izquierda del Desaguadero formó el comandante en jefe el resto de sus tropas en dos divisiones, más respetables por su calidad que por su número, la primera, ó sea de la derecha, al mando de Ramírez y la otra á sus inmediatas órdenes. El ejército real contaba como 6.500 hombres de todas armas, bien instruídos y disciplinados; los enemigos eran muy superiores en número y sobre todo en caballería, además de tenerla mejor montada que la nuestra.

Ambas columnas marcharon paralelamente á buscar al enemigo, la del comandante en jefe siguiendo el camino real que conduce á Guaqui, y la de Ramírez un poco más á la derecha tomó la ruta de Jesús de Machaca. Como á las doce del día 20 de Junio dió Goyeneche vista al enemigo, que ocupaba con gran número de gente y 15 piezas de artillería, á las inmediaciones del pueblo de Guaqui, una posición muy fuerte, que favorecía un morro ó cerro flanqueado por la laguna y defendida por montes de considerable elevación, pero de no tan difícil acceso por la izquierda, que los disidentes descuidaron ó no comprendieron su importancia. Goyeneche continuó dirigiendo sus tropas hasta ponerse al alcance del cañón enemigo, que empezó sobre ellos un vivo fuego, el cual ni fué contestado ni detuvo la marcha de los realistas; entonces los disidentes hicieron cargar su caballería, que fué valientemente resistida y rechazada. Cuando nuestro general logró situarse en paraje conveniente, dió orden al mayor general D. Pío Tristán para que con la fuerza que le señaló se apoderase de la parte descuidada de la posición de Casteli, corriéndose luego por ella hasta ata-

car decididamente el flanco izquierdo de los facciosos; y á fin de divertirlos durante esta operación, el mismo Goyeneche, con la tropa que tenía inmediata, á cuya cabeza se hallaba el primer regimiento del Cuzco, que mandaba el bravo y fidelísimo Picoaga, maniobró por bastante tiempo con suma habilidad amagando continuamente por el frente. D. Pío Tristán acreditó en la dirección del importante ataque que se le confiaba tanta inteligencia como espíritu y decisión. Visto por Goyeneche el efecto que producía el movimiento rápido y bien ejecutado de Tristán por las alturas de la derecha, dispersó tres compañías en guerrillas sobre el frente y mandó acometer al resto de la columna por la izquierda según permitía la lengua de tierra que formaba la citada laguna, lo que á su ejemplo ejecutó el coronel Picoaga con tal firmeza que los enemigos, incapaces de resistir esta acertada y simultánea arremetida, perdieron su formación y se entregaron á la más desordenada fuga, dejando en el campo de batalla toda su artillería, 280 cajones de municiones y seis botiquines. Goyeneche persiguió al enemigo y ocupó seguidamente el pueblo de Guaqui, apoderándose no sólo de los hospitales, municiones y víveres almacenados que contenía, sino de los acopiados con mucho afán en Tiahuanaco.

El coronel Ramírez por su parte no fué menos feliz en el ataque que se le había confiado del lado de Jesús de Machaca, aunque topó por allí mayor resistencia. Las dos guerrillas que cubrían la columna de Ramírez rompieron el fuego sobre algunos caballos enemigos avanzados y los obligaron á replegarse aceleradamente hacia el grueso de su fuerza, que descubrieron los realistas en orden de batalla apoyada la derecha á los montes y cubierta la izquierda por un gran golpe de caballería. Ramírez desplegó su columna, menos un batallón que dejó en reserva, y marchó denodadamente al enemigo, á pesar de los daños que su tropa experimentó desde que se puso á tiro; así fué que el fuego de dos obuses que los disidentes

habían colocado en el centro de la batalla, el de sus baterías y la lluvia de granadas de mano que arrojaron sobre los realistas, los pusieron casi en desorden que, á continuar, habría venido á ser de terribles consecuencias. Mas cuando el valiente Ramírez se esforzaba por reanimar á su dudosa y maltratada gente, fué muy felizmente auxiliado por las guerrillas de la columna del comandante en jefe, que asomaron en aquel crítico momento por las alturas de la izquierda, amenazando el flanco derecho de los contrarios, circunstancia que ayudó con eficacia á decidir la acción en favor de las armas españolas, después de seis horas de combate. Los enemigos huyeron á su vez, dejando en poder de Ramírez un obús, una culebrina y cuatro cañones con muchas tiendas y municiones de toda especie. Dueño este jefe del campo, y cuando pensaba dar un descanso á su fatigada tropa, dice el marqués de la Concordia, refiriéndose á los partes oficiales: "La caballería cochabambina, en número de 2.500 hombres, repasó el río del Desaguadero, é intentó asaltar nuestro campo, delante del cual se presentó haciendo fuego con dos cañones; pero desengañada de que su socorro era fuera de tiempo, y sus tentativas inútiles por la vigilancia de Ramírez y la bizarría de sus tropas en contestar sin detención á sus fuegos, tuvo que retirarse avergonzada de la empresa» (1).

Del modo, pues, referido, obtuvieron las armas españolas en Guaqui y Jesús de Machaca un triunfo tan decisivo y completo, que daba ocasión á decir que se habían ganado dos importantísimas y gloriosas batallas á la vez; mas como el comandante en jefe dirigió personalmente el ataque de las alturas de Guaqui, por donde principió tan señalada victoria, éste es el nombre que ha conservado la batalla. La conducta de nuestros jefes, oficiales y soldados en ambos puntos fué en extremo distinguida, y su bravura y la buena dirección del ataque descorazonó

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

tanto á los contrarios que arrojaban las armas para huir con menos embarazo, dejándolas en poder de los vencedores. Alebronado Casteli, no paró hasta Buenos Aires, y sólo Díaz Vélez, uno de sus tenientes y hombre de arrojo, pudo retirarse con 800 hombres, reunidos camino de Potosí, de cuya villa extrajo sobre 800.000 pesos, tomándolos principalmente de la casa de Moneda y del Banco de rescate de San Carlos, y no sin bastante dificultad, porque noticiosos los vecinos de la victoria de Guaqui, y temerosos de verse saqueados por una tropa desesperada por la desgracia, opusieron fuerte resistencia á su entrada, que al fin consiguió Díaz Vélez á costa de alguna pérdida. Proponíase este caudillo continuar su repliegue sobre la frontera de las provincias llamadas de *abajo*, cuando recibió con sorpresa la noticia de que el victorioso ejército del rey, lejos de avanzar con rapidez al Sur, como era de temer, había vuelto á pasar al Norte del Desaguadero; y sabedor también de que otros revolucionarios reunían muchos dispersos en los términos de Cochabamba, se dirigió á esta capital con la tropa que le acompañaba.

La provincia de Cochabamba, una de las más pobladas y bulliciosas de las del Alto Perú, fué sometida por los Emperadores Incas á su dominación antes de que los españoles conocieran el país, y entonces se denominaba *Cochapampa;* goza de un temple suave y templado en sus valles y quebradas, y es admirable la fertilidad de su terreno. Por estas consideraciones el capitán don Luis Osorio fundó allí un pueblo en 1575, y por ser natural de Burgos, le dió por patrón á San Pedro de Cardeña (1). Este fué el origen de la famosa capital de Cochabamba, residencia de un gobernador intendente y de otros empleados superiores. Los españoles la perdieron definitivamente en 1825, es decir, doscientos cincuenta años después de su fundación.

Todos los hombres conocedores de la revolución de

(1) Garcilaso, *Historia general del Perú.*

América y del estado de este vastísimo país no podrán menos de convenir en que la pérdida de una batalla por las armas de España envolvía necesariamente por punto general la de una provincia ó de un reino; mas si en la época á que nos referimos el general Goyeneche hubiera sido desgraciado en Guaqui, la suerte de toda la América Austral hubiese quedado allí irrevocablemente decidida, porque triunfantes los insurrectos se habrían extendido y derramado como un torrente por todo el país, y favorecidos del prestigio de la victoria y de la novedad, como auxiliados por los partidarios que ya contaban en las principales poblaciones, hubieran llevado sus banderas hasta el Ecuador y planteado sin resistencia su sistema sofocando los sentimientos de lealtad con el desenfreno de las masas ignorantes y compuestas de distintas castas.

Semejante conjetura, así como la importancia de la victoria de Guaqui, se comprueba concluyentemente por la simple indicación de los chispazos revolucionarios que estallaron en Arequipa y en Tacna, casi al propio tiempo en que, dando entera fe á las promesas de Casteli, le suponían vencedor de Goyeneche. En la ciudad de Arequipa, capital de la provincia y obispado del mismo nombre, varios jóvenes, muchos de ellos letrados, inflamados con los pomposos anuncios de Casteli, se reunieron en juntas clandestinas y acordaron agitar la plebe para pedir en tumulto un *cabildo abierto*, ó sea una sesión pública del Ayuntamiento, á fin de utilizar esta coyuntura en favor de las miras de los disidentes, trastornando la forma de Gobierno que existía; pero los vecinos honrados, sensatos y leales, que eran los más, desbarataron tan funesto proyecto auxiliando con laudable celo las providencias de la autoridad para el mantenimiento del orden público.

Por el mismo tiempo uno de los oficiales reales de la villa de Tacna, llamado Zalainera, logró seducir un corto número de milicianos que componían la guarnición y con su ayuda destituyó á los alcaldes ordinarios y nombró otros que le parecieron de mayor confianza para su per-

verso designio; mas uno de ellos, rondando aquella misma noche, bajo el pretexto de asegurar la empresa comenzada, convocó con sagacidad á los vecinos honrados, y con su auxilio se apoderó del cuartel y de las armas que en él había, puso en prisión á Zalainera y restableció el sosiego de la villa, que muy pronto pusieron á cubierto de nuevas alteraciones 200 hombres de la guarnición de Arica, remitidos á Tacna por el subdelegado en virtud del oportuno aviso que le había impartido el cura Benavente, hermano de uno de los jefes de las tropas del rey. En tal estado se recibió en ambas poblaciones la noticia oficial de la gloriosa batalla de Guaqui, que vino á servir del más provechoso bálsamo para curar la inquietud de algunos ánimos y restablecer en ellas la calma, la concordia y la confianza. ¡Júzguese ahora prudentemente de cuán diverso modo habrían pasado las cosas si nuestras armas hubiesen sido vencidas entonces!

Recogidos los despojos del campo de batalla tan feliz, entre los cuales se contaba un crecido número de prisioneros á costa de una pérdida poco considerable por nuestra parte, Goyeneche repasó el Desaguadero y se volvió con su ejército vencedor al campamento de Zepita, del cual había partido, como se ha dicho, atribuyéndose este retroceso á la conveniencia de prepararse con mayor comodidad para la pronta invasión y pacificación de las provincias del Alto Perú. La circunstancia más culminante que caracterizaba aquella clase de guerra en América y las grandes distancias que era preciso franquear, asegurando al propio tiempo las comunicaciones con el virreinato de Lima, base de las operaciones, pueden haber ofrecido al caudillo español inconvenientes respetables para no continuar de pronto avanzando desde el campo del triunfo, y esta consideración nos impide de llevar más adelante nuestras reflexiones sobre el aparente error de no haber perseguido sin descanso al destrozado y confundido enemigo, viniendo á darle lugar con el respiro de algunos días á que volviera en sí de su sorpresa,

promoviera nuevas reuniones y tumultos y probara de nuevo fortuna en los campos de Sipesipe, como luego veremos.

La noticia de la interesante victoria de Guaqui llegó también á Lima con la posible brevedad, y el digno virrey la celebró como tan fausto suceso merecía; mandó que á nombre del rey, de la representación nacional, ya reunida en Cortes, y en el suyo propio, se diesen las gracias á los vencedores y se manifestase su agradecimiento al frente de los batallones de tan recomendable ejército, mientras que, instruído del mérito particular de los individuos que más se hubiesen distinguido, les distribuía las recompensas á que se hubiesen hecho acreedores. "Pero no pude diferir hasta entonces—dice el mismo virrey—una prueba de mi gratitud á los principales jefes, confiriéndoles el ascenso interino á sus inmediatos grados respectivos, obsequiándoles las correspondientes divisas y al primero el sable de mi uso. De todo informé, como era debido, al Soberano, recomendando á los beneméritos de una campaña tan gloriosa y tan interesante por las felices y útiles consecuencias que de ella debían derivarse á su servicio, bien y felicidad común, para que recayese la aprobación de todas, así como yo la había prestado provisional á cuantas expidió el general sobre el campo de batalla" (1).

La generosidad con que el jefe superior del Perú, á nombre del Gobierno metropolitano, del cual dependía, premió á los vencedores de Guaqui y de Jesús de Machaca, era una prueba más de su justa admiración y de su vasta capacidad. Las consecuencias del triunfo de Guaqui debían de ser la pacificación, al menos del Alto Perú, si el descanso de Zepita no se prolongaba; los leales peruanos habían vencido á los enemigos de su rey y de la España, y eran, por lo tanto, muy acreedores á todo género de recompensas.

---

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

El general Goyeneche, bien porque á beneficio de su actividad hubiese acelerado los aprestos que se propusiera y de que habría necesidad para continuar con éxito la campaña, bien porque le sirviese de punzante aguijón el malogro del tiempo que se perdía, el resultado fué que á fines del mencionado Junio volvió á levantar su campo y marchó con su engreído ejército al Sur del Desaguadero. El hábil general Goyeneche se hizo preceder en su movimiento de manifiestos y proclamas dictados por la prudencia y la moderación y llenos de sentimientos generosos y filantrópicos, que, juntos con la noticia de la humanidad con que había tratado á los prisioneros, causaron un efecto mágico en los pueblos, restableciendo la esperanza de gracia en unos y alentando la buena fe y la lealtad de cuantos deseaban tuición y clemencia, por manera que algunos de los mismos pueblos alzados acabaron por aclamar la causa española y por pedir la reposición de las autoridades á su antiguo orden y respeto. La turbulenta ciudad de La Paz, como más próxima al poder de los vencedores de Guaqui, fué la primera que dió ese ejemplo, pidiendo con instancia al general en jefe, por medio del mismo gobernador, D. Domingo Tristán, y de su Ayuntamiento, que á su paso para Oruro, adonde parecía dirigirse, dispensase á La Paz la honra de entrar en ella *á enjugar las lágrimas que el despotismo de los insurgentes había hecho derramar á sus fieles vecinos, oprimidos por el rigor y por la fuerza.* Goyeneche accedió, como debía, á la petición, y entró en la ciudad con 1.500 granaderos, donde, en los pocos días que se detuvo, arregló los ramos de la administración pública con inteligencia.

«Á todo contribuyó—dice el virrey del Perú—el intendente Tristán con entusiasmo, añadiendo otros servicios de la mayor importancia, que, en concepto del general, no hacían dudosa la conducta fiel de aquel magistrado, y aunque ni éstas ni otras pruebas dadas posteriormente han sido capaces de disipar las sospechas á que dió ocasión

con su manejo, ellas quedarán siempre envueltas en el claro y obscuro con que se diseñan las acciones de los hombres. Sea, pues, cual haya sido su conducta, el comandante general le continuó en el mando de la provincia y yo aprobé, como correspondía, su disposición, igualmente que sus operaciones militares, y el prudente, político y compasivo sistema que había adoptado en todas las demás clases, como que en este punto han coincidido siempre mis intenciones con las suyas.

»Al de La Paz siguió el destrozado Ayuntamiento de Oruro, con más eficaces instancias, si puede ser, para que, acelerando el general la marcha de sus tropas, pusiese aquella huérfana villa y provincia á cubierto de los riesgos y peligros de que estaba amenazada por algunas partidas errantes de cochabambinos que habían servido de auxiliares al criminal ejército de Buenos Aires, y reliquias de éste. En menos tiempo ejecutó lo mismo que en La Paz, y dejando en esta de Oruro y su provincia restablecida la tranquilidad, volvió hacia Cochabamba su atención y sus armas» (1).

En efecto, después de agotados por el general en jefe todos los recursos de su persuasiva política para obtener el restablecimiento del orden en Cochabamba, medios á que correspondía el Ayuntamiento de aquella capital y su intruso gobierno con arrogancias é insultos, fué ya inevitable apelar al uso de la fuerza para obtener su pacificación. Confiaban los insurrectos en la numerosa gente que habían logrado reunir y en la particular escabrosidad del terreno. Sin embargo, Goyeneche marchó á buscarlos, saliendo de Oruro el 4 de Agosto; dirigió sus tropas, cuya división de vanguardia mandaba el brigadier Ramírez, por el pueblo de Paria y los escarpados altos de Tapacari; descendió luego por la cuesta de las Tres Cruces, y á las tres de la tarde del día 13 del mismo Agosto llegó enfrente de los contrarios, ventajosamente

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

situados en la prolongación de la altura que domina la parte llana del pueblo de Sipesipe. Como la provincia de Cochabamba cría muchos caballos, y como toda ella se hallaba voluntariamente insurreccionada, contaban los enemigos un gran número de hombres montados, y de aquí provenía probablemente la altiva arrogancia con que esperaban al ejército real. Sin embargo, no prestando el general Goyeneche tanta atención al número de sus adversarios cuanta confianza depositaba en la calidad de la tropa que mandaba, y aunque el largo desfiladero de la cuesta de las Tres Cruces no había permitido la completa reunión de la división de retaguardia; pareciéndole sin duda peligroso dar ocasión de aliento á los insurrectos con la espera mal entendida, determinó seguidamente el ataque. Al efecto, algunos de nuestros batallones recibieron orden de flanquear con decisión la posición enemiga, al propio tiempo que con el resto de las tropas disponibles la amagaba Goyeneche por el frente, y esta sola maniobra desconcertó en tales términos á los poco expertos alzados, que, temerosos de verse cortados, y acaso recordando muchos de ellos la reciente catástrofe de Guaqui, abandonaron con corta resistencia las ventajas que antes reconocían en el terreno y se trasladaron á otra altura al lado opuesto del río Amarillo, donde pretendieron ostentar la resolución de hacerse firmes. Mas reconociendo Goyeneche que la noche se acercaba, y justamente confiado en el aliento y bizarría de sus animosos subordinados, mandó continuar allí el ataque en la forma comenzada. Los enemigos hicieron entonces un esfuerzo más considerable, pero combatido con valeroso ímpetu, confundido y desalentado al fin se entregó luego á la más desordenada fuga, dejando en poder de los vencedores muchas armas y otros efectos, todo su tren de artillería, consistente en ocho cañones de bronce de diferentes calibres, considerable cantidad de municiones y no menos considerable número de muertos, heridos y prisioneros, no obstante de que las sombras de la noche favorecieron

la dispersión y la huída de los vencidos. Esta segunda batalla, gloriosa también para las armas españolas, tomó el nombre de Sipesipe por haber sido librada en las cercanías de este pueblo.

Antes de proseguir en la relación de las operaciones del ejército vencedor, daremos una breve idea de las alarmas que se experimentaron á su retaguardia. Á proporción que el general Goyeneche se alejaba del punto de su partida, algunos facciosos de Cochabamba y de la Paz, fomentaron la insurrección de los indios del partido de Pacages, que lograron extender con suma rapidez á los de Larecaja y Omosuyos, y reuniendo una numerosa indiada cayeron con ella sobre la ciudad de la Paz y demas pueblos inmediatos, cortando por consiguiente toda comunicación con el ejército, sobre cuya suerte empezaron á esparcir las más tristes noticias. Tamaña novedad, de suyo grave, corrió aumentándose por las provincias fieles y llegó á Lima con prontitud, pero muy ponderada. El infatigable virrey Abascal acudió con sus providencias á asegurar el parque del Desaguadero y á reforzar su guarnición para que pudiese maniobrar contra la turba opresora de la ciudad de la Paz y limpiar los caminos. Al efecto dispuso que los indios que se alistaban en la provincia del Cuzco marchasen con la tropa que se remitía de auxilio al Desaguadero al mando del hasta entonces fiel cacique de Chincheros don Mateo Pumacahua, donde el comandante del punto, don Pedro Benavente, les facilitaría los datos é instrucciones necesarios para obrar con mejor acierto. La mayor angustia del virrey la causaba la notoria falta de armas cuando los jefes de todas las provincias las demandaban con inconsiderado clamor, apoyándose en los temores que les inspiraba una insurrección general de los indios. El virrey procuró atenuar estos peligrosos recelos con prudentes reflexiones sobre la confianza que merecía el ejército que mandaba el entendido general Goyeneche y las esperanzas que ponía en la expedición de Pumacahua contra una muchedumbre de

indios sin armas y sin disciplina; mas en todo evento les autorizaba también á recoger las armas de fuego del vecindario siempre que se emplease este arbitrio con cautela y sagacidad para no hacer odiosa la diligencia.

El fuego de la rebelión cundió en tanto hasta los pueblos inmediatos á la orilla izquierda del Desaguadero y sus vertientes hacia la costa, por manera que estuvo en riesgo de caer en manos de los alzados uno de los mayores auxilios en numerario y efectos que se remitían al ejército por aquella parte. Era grande, pues, la agitación de los ánimos en las provincias limítrofes á la insurrección, cuando por fortuna empezaron á correr los rumores de la entrada del ejército victorioso en Cochamba y aun de haber sido destinado el coronel Lombera con su división contra el alzamiento de los indios que asediaban la ciudad de la Paz, cuyas favorables noticias no tardaron en confirmarse por avisos directos del mismo general Goyeneche. Sin embargo, el virrey aceleró la expedición de Pumacahua, quien salió del Cuzco con 3.500 hombres, aumentados oportunamente con la gente del cacique de Azángaro don Manuel Chuquihuanca, de acreditada fidelidad ambos desde la célebre insurrección de 1780, porque habiéndose acercado al pueblo de Triquina un número crecido de insurrectos, el arrojado comandante de este punto cometió la temeridad de atravesar la laguna de Titicaca y atacarlos con 40 hombres y un cañón que quedaron en poder de los contrarios, habiendo sido muertos 34, incluso el comandante, de cuyas resultas tomaron los alzados á Tiquina y una pieza más de artillería.

El prudente y previsor virrey, que conocía bien el mal efecto de aquellos descalabros y más en las actuales circunstancias, no pudo menos de expedir las órdenes más severas á fin de prevenir la repetición de semejantes y siempre lamentables temeridades, y con todo acaeció pronto un nuevo compromiso del cual se salió con mejor fortuna. Fué el caso que mientras la expedición de Pumacahua, reforzada con los auxiliares de Arequipa y de

Puno, pacificaba los pueblos confinantes al Desaguadero y ponía expedito el tránsito hacia Potosí, el teniente coronel Benavente avanzaba sobre la Paz llevando por delante á los amotinados sin que osasen empeñar una acción; pero á favor de las alturas del cerro de Lloco los insurrectos se propusieron defender el paso estrecho y difícil que los realistas tenían precisión de vencer; comenzaron los enemigos á hacer uso de los dos cañones de que se habían apoderado en Tiquina, continuaron un fuego de fusil bastante vivo, y por último apelaron á arrojar gran cantidad de piedras, á que llaman *galgas*, en el uso de cuya arma espantosa son en extremo diestros aquellos indígenas, quienes habiéndose corrido por las alturas, también hacia nuestra retaguardia, iba tomando el lance el carácter de un compromiso de gravedad. Benavente entonces dividió su fuerza en dos trozos y emprendió á un tiempo y con resolución el ataque de las dos principales eminencias; y fué tal el terror que su arrojo impuso á los enemigos, que éstos desampararon sus formidables posiciones, en las que se situó Benavente con las cargas que conducía, inclusas algunas de numerario, que se proponía hacer pasar al ejército de Goyeneche, y pernoctó en la posición.

Más confiado Benavente con el resultado de este esfuerzo, continuó al día siguiente la marcha hacia la Paz, arrollando á todos los grupos que se le presentaban. En los altos de la ciudad tuvo que sostener un ataque más fuerte y obstinado; pero también su feliz éxito fué la primera consoladora esperanza que recibieron los asediados de la Paz, porque empezaron á ser auxiliados por los pueblos, que se rendían implorando el perdón de sus extravíos. En los días que permaneció Benavente en dichos altos, todavía tuvo que sostener algunos combates contra los expresados sitiadores, hasta que apareciendo la división Lombera, destacada del ejército de Goyeneche, las operaciones de ambos jefes libertaron completamente la ciudad. En ella quedó Lombera de guarnición y Benaven-

te pasó á ocupar los pueblos desde la Laja al Desaguadero, para asegurar su sosiego, como el general en jefe disponía. Por este tiempo guarnecía Pumacahua á Sicasica, habiendo contribuído eficazmente á la sofocación de esta insurrección y á dejar expeditas las comunicaciones hasta Oruro, lo que ponía á Goyeneche en situación de proseguir desembarazadamente su primitivo plan; he aquí cuáles fueron sus operaciones.

Como el triunfo de Sipesipe dejaba franco el paso á la capital de Cochabamba, á ella se dirigió el general en jefe con su victorioso ejército, rodeado del más favorable prestigio, y sólo fué interrumpida su marcha por las diputaciones de las corporaciones que salieron á su encuentro pidiéndole clemencia y paz, en cambio de la sumisión y reconocimiento que ofrecían, y que el general aceptó con muestras claras de sincera benevolencia. El 21 de Agosto entró el ejército del rey en la mencionada capital entre aplausos y aclamaciones, producto más bien del temor que de verdadero arrepentimiento, como comprobó, no mucho después, un nuevo alzamiento de la inconstante Cochabamba, no obstante de haber sido admitido en el ejército real un cuerpo de caballería de la propia provincia, con sus jefes y oficiales. Pocos días necesitó el general Goyeneche para dictar las medidas conducentes al arreglo de la administración en dicha provincia, las cuales merecieron la superior aprobación.

"También aprobé—añade el virrey—las propuestas para ascensos en el ejército, y tanto de estos interinos nombramientos como de las disposiciones anteriores, informé á S. M., como repetidamente lo he practicado, para su más perfecta inteligencia en estas materias y para obtener la confirmación correspondiente" (1).

Las repetidas glorias de las armas españolas y la clemente conducta del vencedor, no sólo destruyeron por entonces las esperanzas que los revolucionarios fundaban

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

en las fuerzas de la movediza provincia de Cochabamba, sino que alentaron á los leales de las de Potosí y de Charcas y movieron á sus cabildos (Ayuntamientos) á implorar la humanidad del general en jefe en favor de sus respectivos vecindarios. Insistiendo nuestro caudillo en la prosecución de su sistema pacificador y aprovechándose de la ocasión que le ofrecían las súplicas de los referidos Ayuntamientos, puso en movimiento su ejército el 3 de Septiembre, enviando á Chuquisaca al teniente coronel don Mariano Campero con la competente guarnición, y dirigiéndose personalmente con el resto de sus fuerzas por el partido de Chayanta á Potosí, en cuyas poblaciones entraron las armas españolas el 20 del mismo mes, después de diez y siete días de marcha por penosísimos caminos. Al propio tiempo recibió orden el coronel Lombera para maniobrar con 1.500 hombres contra los indios alzados de los pueblos de la Paz y de Oruro, y el coronel Astete, gobernador de esta villa, la de auxiliar eficazmente ese movimiento; pues como se ha dicho ya, aquellos turbulentos indios interceptaban las comunicaciones y obstruían los caminos con el virreinato de Lima con robos y muertes de los infelices transeuntes.

Estas multiplicadas atenciones distraían considerable fuerza del ejército y aumentaban en proporción sus bajas: para repararlas, como convenía, dispuso el general en jefe que se adelantasen al partido de Chichas algunos oficiales para reclutar 400 hombres y ocuparse en Tupiza de su instrucción y disciplina, medida que pronto vino á favorecer la resolución del Ayuntamiento de la villa de Tarija, remitiendo al cuartel general de Potosí su sumisión y reconocimiento al congreso nacional; acompañaba también algunos impresos, de los que resultaban los apuros en que se suponía á Buenos Aires, tanto por la proximidad de una división portuguesa como por el refuerzo de 2.000 hombres peninsulares que se decía habían arribado á Montevideo, y la coyuntura no podía ciertamente ser más feliz. Con este motivo adelantó el general á Tu-

piza una columna al mando del teniente coronel Barreda para que, uniendo los 300 hombres que allí había en instrucción, molestase al enemigo, que aún conservaba como 500 en la posta de Cangrejos, según las circunstancias y sus conocimientos le permitieran, pero evitando cuidadosamente todo compromiso desventajoso.

Como era natural que los enemigos procurasen impedir la instrucción de los reclutas reunidos en Tupiza, destacaron al efecto algunas partidas, que obligaron á los instructores á replegarse á Santiago de Cotagaita, en donde los alcanzó la columna de Barrera, quien bien pronto ahuyentó aquéllas hasta Mojos; mas habiendo avanzado en su apoyo el intrépido Díaz Vélez desde Cangrejos, tuvo Barreda á su vez que regresar á Tupiza. En sostenimiento de este jefe destacó Goyeneche al brigadier Picoaga con la mitad de su división, y entonces fueron alejados de nuevo los contrarios, estableciéndose Picoaga en Yavi con 1.000 hombres. Díaz Vélez reunió activamente todas las fuerzas que pudo y atacó el 29 de Diciembre á los realistas, obligando á Picoaga á retirarse sobre Tupiza, lo que verificó con admirable serenidad y orden; pero habiéndose incorporado á Picoaga sobre la marcha el resto de su división, que afortunadamente había recibido orden al efecto, hizo alto del lado septentrional del río de Suipacha.

Entretanto, los facciosos, prófugos de La Paz y de Cochabamba, fomentaban un nuevo alzamiento en los valles de Chia y Tarata, que se iba extendiendo rápidamente por un lado hasta Sicasica y por otro al partido de Misque. Los caudillos de estos indios, con el mayor atrevimiento, se establecieron en Huata, adelantando partidas hasta las cercanías de la Plata para interrumpir el comercio y la introducción de víveres en la ciudad. Era grave el daño que causaban, y para atajarlo salió el brigadier D. Juan Ramírez, presidente interino de Charcas; alcanzó á los insurrectos en su campo y los derrotó, poniéndolos en completa dispersión. La rapidez de la marcha de nues-

tra tropa no permitió por mucho tiempo la persecución de los fugitivos; dió Ramírez, pues, descanso á su fatigada gente en Huampaya; de aquí se dirigió á Mojotoro por caminos quebradísimos, y en seguida á Yamparaes, porque recelaba de la tranquilidad de este partido, cuya conservación era muy importante. Pronto se verá el cuerpo que tomó esa nueva insurrección en la voluble é incorregible Cochabamba.

Engreído Díaz Vélez con haber desalojado y puesto en retirada al Bravo Picoaga, no tardó en presentarse en la orilla Sur del río de Suipacha; montó su artillería, que hizo algunos disparos sobre el campamento español, adelantó algunas guerrillas á tirotearse con las nuestras y ordenó, en fin, que parte de su caballería vadease el río por la izquierda de la posición de Picoaga. Tal era la actitud hoslil de las fuerzas beligerantes en el Alto-Perú al expirar el presente año.

CAPÍTULO IV

Picoaga rechaza en Suipacha á Díaz Vélez.—Toma la ofensiva.—Arribo de Tristán al campo realista.—Retirada del enemigo.—Tratado de Elío con Buenos Aires.—Deserción en el ejército real.—Nueva conmoción de Cochabamba y otros pueblos.—Acción de Huari.—Expedición de Goyeneche contra Cochabamba.—El general Vigodet reemplaza á Elío.—Acción de Pocona.—Acción de San Sebastián.—Ocupación de Cochabamba.—Regreso del cuartel general á Potosí.—Movimiento de la vanguardia.—Acción desgraciada del Tucumán.—Retirada á Salta.—El enemigo toma la ofensiva.

1812.

Situadas las fuerzas que mandaban el brigadier Picoaga y el caudillo Díaz Vélez con el río de Suipacha en medio, según se ha dicho en el capítulo anterior, como que el enemigo estimaba de su parte la ventaja, continuó sus preparativos y se determinó al fin por atacar al jefe español el día 12 de Enero de este año. El éxito de tan calculada resolución, con todo, no correspondió á las lisonjeras esperanzas del disidente, porque habiendo crecido repentinamente el río á causa de las lluvias en las montañas, novedad harto frecuente en aquellos países, fueron arrebatados por la violencia de la corriente los primeros jinetes que probaron vadearlo, y aterrados los demás por tan imponente espectáculo, no menos que por el vivo fuego que nuestra infantería y artillería sostenían desde la orilla opuesta, desistió Díaz Vélez de la empresa y se replegó

con pérdida. Decidióse entonces el intrépido Picoaga por la ofensiva, y el 18 del mismo Enero se apoderó de las alturas del Sur del río de Suipacha y se preparaba á embestir con empeño á los contrarios, cuando en aquel momento llegó al campo el brigadier don Pío Tristán, mayor general del ejército, y mandó suspender el ataque para el día siguiente, porque reunido el batallón de Abancay, que se hallaba en marcha, el resultado con este refuerzo vendría á ser más seguro y decisivo; pero previsor el enemigo, se aprovechó de la noche para emprender su retirada por el camino de Jujuy y no hizo alto hasta Humahuaca, burlando por este medio el propósito de Tristán.

Este ejemplo es un comprobante más de lo perjudicial que suele ser en la guerra el desperdiciar las ocasiones conocidamente favorables. Si los enemigos hubiesen sido atacados como Picoaga se proponía, no sólo era probable obtener sobre ellos un nuevo triunfo por la timidez que descubría su advertida disposición á ceder, sino que fué voz común entonces que la tropa de Díaz Vélez se hallaba muy disgustada de la aspereza del trato de su jefe y especialmente irritada por las ejecuciones que había dispuesto el día anterior. Si en este estado sufría Díaz Vélez mayor revés, era muy posible que hubiese sido muerto ó entregado por sus propios soldados, librándose en ambos casos las armas de España de un activo y tenaz adversario, y el mismo Tristán de un competidor que tan crueles y funestas lecciones contribuyó á darle no mucho después. Por desgracia, se percibía ya entre los dos valientes peruanos, Tristán y Picoaga, la más sensible rivalidad.

Con la precipitada retirada de Díaz Vélez quedaron las tropas reales sin atención de importancia por su frente y pudo el general en jefe destinar diferentes destacamentos á la pacificación de los partidos de la Laguna, Porco y Cinti, cuyo objeto se logró con escarmiento de algunos cabecillas principales movedores de los indios. Las co-

lumnas de Lombera y de Astete sostuvieron con igual éxito varios choques con los indios alzados que, en crecidos grupos, todavía interrumpían la libre comunicación de Potosí con la Paz y con el virreinato de Lima, y el coronel don Indalecio González de Socasa rechazó con bizarría en Oruro el violento ataque que dieron á esta villa cerca de 3.000 cochabambinos nuevamente insurreccionados y capitaneados por Arce, causándole considerable pérdida.

La facilidad con que la rebelión retoñaba y crecía en varios puntos de las provincias del Alto Perú reclamaba una atención especialísima y un remedio radical que fué preciso aplazar por causa de otra atención gravísima; pues cuando podía estimarse segura la frontera de la provincia de Salta por la retirada de Díaz Vélez, la debilidad y la indisciplina de sus fuerzas, entonces se recibieron en Lima extrajudicialmente las capitulaciones que el general Elío había celebrado con Buenos Aires sin contar para nada ni con el virrey del reino ni con el general en jefe de su ejército de operaciones, que ocupaba una gran parte del territorio del mando del mismo Elío. "Tratado fué éste—dice el virrey—que por su inoportunidad y falta de aquellos requisitos, me obligó á considerarlo apócrifo y como uno de los muchos artificios de que siempre se valen los jefes de una insurrección ó para hacerse lugar á reponer sus necesidades, ó para alucinar con fantásticas ideas de superioridad á la multitud siempre ignorante, y para hacer decidir á su partido á los más cautos. En este concepto las fuerzas del Sr. Coyeneche se mantuvieron ocupando los mismos puntos con el cuidado que se dejaba concebir, pues siendo cierto, como lo fué, el ajuste con el Sr. Elío, era muy probable agolpasen (los disidentes) por esta parte un ejército, cuya superioridad arrollase el del Sr. Goyeneche, y cuando no malograse las bien meditadas esperanzas de reducirlos á los estrechos límites de sus *pampas*. Algunas reflexiones podrían hacerse sobre aquella capitulación; pero ni son propias de este lu-

gar, ni me juzgo con toda la instrucción que conviene para juzgar de asunto de tanta gravedad, y autorizado por el jefe que mandaba las tropas aliadas de Portugal en la banda oriental del Río de la Plata. Lo que sí no puede omitirse de ninguna manera es la cruel situación á que quedaron expuestas las provincias y las armas que á costa de tantos riesgos y fatigas, de tantas erogaciones y cuidados las habían restablecido al orden y obediencia al soberano" (1).

Sin embargo de la negociación concluída entre el virrey Elío y la Junta de Buenos Aires, traslucíase de unas gacetas de esta capital, que se recibieron en el cuartel general de Potosí, y Goyeneche remitió al virrey de Lima, que no faltaban dificultades al cumplimiento del referido tratado, no siendo en verdad de las menores la oposición del general portugués D. Diego de Sousa á que sus tropas evacuasen el país antes de haberlo ejecutado las de Buenos Aires, de cuyas resultas se hacían aprestos hostiles por ambas partes. "Muy satisfactorio—dice el virrey de Lima—hubiera sido este incidente si no le hubiesen acompañado los aciagos partes de las sorpsesas que habían padecido algunas partidas del ejército real y de la deserción continua, y muy considerable, que se iba experimentando en el ejército" (2).

Por mucho que se pondere la propensión de aquellos naturales á la deserción del servicio militar, todavía distará de la realidad; es una inclinación irresistible, asombrosa, inexplicable, sin que se haya jamás acertado con un medio eficaz para corregirla, porque ni bastan la indulgencia y la persuasión, ni los estímulos de honor y gloria, ni los castigos más severos; en los indios era frecuente desertarse sin pensar que cometían un crimen y volverse á presentar con la tranquilidad de la inocencia. Esta funesta propensión en los referidos naturales jamás se ha

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.
(2) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

podido extinguir durante la guerra de la revolución, y continuará aún del mismo modo, porque no consistía á lo que creemos, en la causa que se defendía, pues en las tropas enemigas se experimentaba igual fatalidad; ella obligó á adoptar en el ejército real medidas de precaución y de vigilancia muy exquisitas, que se han meditado poco y que se han apreciado menos.

Como la incesante agitación de varios pueblos de las provincias del Perú facilitase visiblemente la deserción, impidiendo que los desertores pudieran ser perseguidos como convenía, entendió el virrey que era preciso no perdonar medio para sofocar el espíritu de rebelión, y al efecto comunicó al general en jefe el plan de operaciones que tenía por más útil, ya que las escaseces del erario no le permitían acceder al aumento de las fuerzas del ejército como su general reclamaba. En conformidad de éste destacó dos columnas contra los facciosos: una, al mando de D. José Mariano Peralta, y la otra, al del conde de Casa Real de Moneda, las cuales sostuvieron dos reñidas acciones en las cercanías del pueblo de Huari, derrotando completamente á los insurrectos, de cuyas resultas quedaron más aseguradas las comunicaciones con el Norte, mientras se disponía el golpe que necesitaba la insurrección de Cochabamba para poder pensar más desembarazadamente en la ocupación de Jujuy y Salta.

Por este tiempo llegó al cuartel general de Potosí un comerciante remitido desde Montevideo por el general D. Gaspar Vigodet, nombrado virrey de Buenos Aires en reemplazo del general Elío, de quien se ha hecho mención. El digno Vigodet no aprobaba lo estipulado con los disidentes por su antecesor; manifestaba sus deseos de hostilizar á la Junta de Buenos Aires; indicaba la conveniencia de que el ejército real del Perú coadyuvase por su frente al mismo fin, y manifestaba contar por su parte con 2.000 hombres escogidos en la banda oriental, 8.000 portugueses en la costa de Maldonado y Pando, en las riberas del Urzehuay cerca del arroyo de la China 1.000

españoles, y con el auxilio de una respetable Marina, además de los socorros que aún podía recibir de la Península y de Portugal. La ocasión parecía indudablemente favorable para un movimiento sobre Salta; pero no era prudente desentenderse del estado de agitación en que se hallaba la provincia de Cochabamba ni dar lugar á que los facciosos se repusieran de las pérdidas que les habían causado en Huari el conde de Casa Real de Moneda y Peralta en Irupana Armentia, y en Condorchinoca los coroneles Lombera y Socasa. En este concepto el virrey de Lima remitió al ejército municiones y dinero; indicó al general en jefe cuanto le parecía conducente al logro de su meditado plan, dejándole, como debido, los pormenores de la ejecución, pero negándole la facultad de *conceder capitulación ni admitir proposiciones de las insurrectos que no contuviesen la expresa condición de someterse absolutamente á las cortes generales y extraordinarias de la nación* (1). Todas estas precauciones exigía la ligereza con que los pueblos se sublevaban ó prestaban aparente sumisión, según se creían libres ó superiores á las armas españolas ó éstas les amenazaban de cerca.

Los apuros de Buenos Aires no disminuían, y las tropas que mantenía la junta hacia el Norte sentían grandes necesidades, cuando el brigadier D. Pío Tristán, mayor general y jefe de la división de vanguardia, cumpliendo con las instrucciones del general en jefe, les intimó la evacuación de Jujuy y Salta, que seguidamente verificaron, trasladándose al pueblo de Yatasto, 50 leguas más á retaguardia. Entonces fué cuando el entendido Goyeneche resolvió salir de Potosí para dirigirse pronta y personalmente á la necesaria pacificación de la provincia de Cochabamba; remitió á Tupiza al batallón de Paria, en cuyo punto dejó á Tristán con 2.000 hombres; mandó á Picoaga que con su división pasase inmediatamente á Chuquisaca, adonde se trasladó también el general en jefe. Acordada

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

una combinación terrible contra Cochabamba, que componían una columna remitida contra el partido de Chayanta para maniobrar con la de Revuelta, procedente de La Paz; la del coronel Lambera, que seguía la ruta de Tapacari; la del coronel Huici, que avanzaba de la Laguna por Valle Grande, y la del coronel Alvarez de Sotomayor, por Santa Cruz de la Sierra; el general Goyeneche salió de Chuquisaca el 13 de Mayo con 2.500 hombres de infantería y caballería y ocho piezas de montaña, dirigiéndose al mismo punto por los valles de Mizque y Clisa.

El general en jefe todavía anticipó amonestaciones verdaderamente paternales y dirigidas á una sincera reconciliación que evitase los estragos de la guerra; pero los facciosos cochambabinos, sin prestar atención, ni á las fuerzas que los amenazaban, ni á las disposiciones pacíficas del caudillo español, le contestaron con insolencia y se aprestaron con mayor ceguedad á la resistencia. Un grueso trozo de insurrectos ocupó el alto de Pocona, situado entre los valles de Clisa y Mizque, para disputar la marcha del general en jefe; pero atacados allí por el coronel Imaz, fueron luego desalojados y puestos en total dispersión, con pérdida de algunos muertos y heridos, varias armas y 18 piezas de artillería de bronce y estaño. Inmediatamente después de este feliz encuentro, el general Goyeneche empezó á recibir enviados de las corporaciones de Cochabamba, rogándole entrase de paz en esta capital, pues que sus habitantes anhelaban ponerse bajo la protección de las armas españolas, empleando al efecto medios apenas creíbles, y que refiere el virrey de Lima en estos términos:

«Los cochabambinos tuvieron el arrojo de adelantar al general una diputación al pueblo de Pocona á concertar condiciones que por irritantes y escandalosas fué preciso desechar, mandando á consecuencia acelerar las marchas de la combinada expedición. Á vista del peligro, restauraron nuevas y más moderadas solicitudes en otra segun-

da diputación, cuyos artículos, examinados por los ministros de la Audiencia de la Plata, que seguían al ejército, conde de Vallehermoso y D. Pedro Vicente Cañete, se hallaron dignos de ser atendidos por la piedad del general, á nombre del cual se contestaron quedar admitidas sus proposiciones, y la ciudad y provincia de Cochabamba bajo la protección del rey. En esta inteligencia marchó el general y sus tropas á ocuparla, cuando inesperadamente el estrépito del cañón y de la fusilería, que ocupaba la entrada por el monte de San Sebastián, dió á conocer á Goyeneche la falsedad de sus promesas y la desesperación con que se disponían á la más temeraria de las defensas» (1).

En efecto, los enemigos, fiados en la gran superioridad de su número, se prepararon á resistir, tomando posición en el cerro de San Sebastián, inmediato á la ciudad, protegidos de muchas piezas de artillería de estaño. El general en jefe llegó al pie de dicho cerro el 27 de Mayo, hizo rápidamente un reconocimiento, y como le importaba no desperdiciar los momentos y aprovechar la buena voluntad de sus soldados, dispuso seguidamente el ataque, sostenido por ocho piezas de artillería, el cual se ejecutó con valor y en el mejor orden, por manera que á las dos horas los enemigos, habiendo perdido su formación, se entregaron á la más desordenada fuga, arrojando muchas armas y abandonando su artillería y la capital, que sufrió mucho del saqueo con que fué castigada su repetida infidelidad, y del incendio que casualmente se prendió en uno de sus principales cuarteles.

»Restablecido el orden, el general en jefe se dedicó á reponer las autoridades legítimas y á dictar las demás providencias que estimó conducentes á la buena administración y á asegurar la tranquilidad y la obediencia de la provincia, siendo de ellas la de haber mandado recoger las armas y los caballos útiles de la misma, para cuya

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

guarnición destinó la división Lombera. Así terminó esta nueva rebelión de Cochabamba, que tantas desgracias atrajo sobre sus obstinados insurrectos. Después de lamentar su necesidad el virrey del Perú, cuando el general en jefe dedicó sus cuidados á repararlas, dice en abono de la noble conducta de nuestro caudillo: "Reunió en sus casas y restituyó al cuidado de sus familias los muchos dispersos y fugitivos que las habían abandonado; repobló los desiertos campos, restableció las manufacturas y obligó con su persuasión á los artesanos y traficantes á dar nueva vida á las artes y al comercio, paralizado en siete meses de anarquía (1).

Arreglados los negocios públicos de la provincia de Cochachamba, el general en jefe se puso en marcha para Chuquisaca con el fin de reparar los desmanes que cometían los alzados del valle de Clisa. En este rápido y bien dirigido movimiento dió Goyeneche nuevas pruebas de su pericia militar, de su política, de su justicia y de su clemencia, como reconoce el mencionado virrey, y la misma acertada conducta observó en las medidas que tuvo que dictar en la Plata de paso para Potosí, adonde se trasladó el cuartel general. Poco después de su llegada á esta villa salieron para Suipacha los batallones Real, de Lima y Cotabambas, con el determinado objeto de reforzar la vanguardia que mandaba el brigadier D. Pío Tristán.

Establecido de nuevo el general en jefe en Potosí, situada una respetable división en Suipacha y cubiertas muy regularmente las guarniciones de Chuquisaca, Cochabamba, Oruro y la Paz, fueron volviendo los pueblos á su antiguo régimen, y la tranquilidad y el orden público se vió reinar en casi todo el Alto Perú. Respetadas las autoridades legítimas, el comercio volvió á ocuparse de su giro y especulaciones regulares, y los caminos se transitaban sin los peligros de la revolución, porque los indios, escarmentados muy á costa suya, dejaban la vagancia y las

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

armas por restituirse á sus trabajos ordinarios. Este aspecto presentaba el país, cuando acaso la misma confianza en la duración del sosiego de los pueblos despertó de nuevo la idea de emprender un movimiento sobre las provincias de abajo, que se dejó progresivamente adelantar hasta la ciudad de San Miguel del Tucumán, 238 leguas de Potosí, residencia del cuartel general. Este movimiento tenía por plausible objeto pacificar aquella extensión de territorio conmovido, distraer poderosamente á la Junta de Buenos Aires y privar á los enemigos de los cuantiosos recursos que sacaban de las remesas de mulas al Perú, utilizándolos en provecho del ejército real; pero es preciso anticipar que esta expedición, más atrevida que bien calculada, tuvo un desenlace de funestas y muy transcendentales consecuencias.

Antes de entrar en sus pormenores se nos dispensará recordar aquí que el territorio del Tucumán, á que los indígenas llamaban *Tucma*, dependía de los emperadores del Perú desde mucho antes que los españoles descubrieran este país. Los caciques, *curacas*, que lo gobernaban, como sus señores naturales, movidos de la fama de aquellos príncipes enviaron sus embajadores al VIII Inca Ripac, conocido también por *Viracocha*, que se hallaba á la sazón visitando sus Estados de los Charcas, y le ofrecieron espontáneamente su sumisión y reconocimiento, pidiéndole al mismo tiempo jefes ó magistrados que los dirigieran y enseñaran. El Inca aceptó la oferta con satisfacción y benevolencia; dispuso que algunos de sus parientes fuesen al reino de Tucma á enseñar á sus habitantes la civilización y la idolatría que ellos profesaban; y nombró ministros que fuesen á entender en abrir acequias y cultivar la tierra para acrecentar la hacienda del sol y la del rey (1).

El comandante general de nuestra vanguardia, como íbamos diciendo, para realizar el pensamiento de proveer

(1) Garcilaso, *Historia general del Perú.*

el ejército de mulas, caballos y ganado vacuno, tomó la resolución de adelantar al coronel Huici con un fuerte destacamento, quien sin mucha dificultad penetró en Jujuy y Salta y aun avanzó hacia el río del Pasage, porque, sobre haber entonces poca gente de armas por esta parte, los hombres que se presentaban á hostilizar huían á la aproximación de nuestros soldados, circunstancia que deslumbró al jefe expedicionario á punto de escribir á Tristán asegurándole que con sola su columna esperaba apoderarse del Tucumán. Las fáciles correrías de Huici, sin que apenas encontrase enemigos que le disputaran el paso en muchas leguas de extensión, enardecieron la acreditada bizarría del comandante de la división de vanguardia, quien resolvió moverse con todas sus fuerzas sin contar con la aprobación previa del general en jefe, como entonces se dijo, añadiéndose también que su opinión era contraria. Á ser así tocaba é importaba mucho á la bien adquirida reputación del general, reprimir la fogosa arbitrariedad de su primo el brigadier Tristán, para evitar de este modo la justa censura que en otro caso merecería de la imparcial historia. Como quiera, si Goyeneche entonces toma la resolución de mover todas las tropas disponibles hasta llevar su cuartel general al río del Pasage como pensaba antes de la expedición de Cochabamba, previo el asentimiento del virrey de quien dependía, es probable que dirigidas de cerca por él las operaciones hubiese alcanzado muy distintos resultados.

En lo mejor de su edad D. Pío Tristán, justamente engreído con el mando de una división hasta entonces vencedora y lleno de las lisonjeras esperanzas que habían de inspirarle su conocido valor y su confianza, salió de Suipacha el 1.° de Agosto con cuatro batallones, sobre 1.200 caballos y diez piezas de artillería. Cruzó con rapidez y sin oposición los términos de Jujuy y Salta, poblaciones que los insurrectos abandonaron después de haberlas maltratado mucho y hasta incendiado sus archivos públicos, y continuó internándose hacia el Tucumán con

total desprecio del enemigo, que consideraba muy inferior. Así fué fácil que un destacamento de 500 hombres, avanzando hasta el río de las Piedras cayera en una celada que le armaron los contrarios, el cual, aunque se desembarazó con brío, tuvo que retroceder primero al río Blanco y luego al del Pasage, volviéndose los enemigos también al Tucumán. En nada menguó este contratiempo el animoso ardor del brigadier Tristán, quien prosiguió osadamente su marcha campando el 23 de Septiembre en Tapia. Al día siguiente 24, marchaba la división en columna, seguían los equipajes, la artillería y el parque, y cubrían la retaguardia á alguna distancia ocho compañías de preferencia con la mayor y mejor parte de la caballería.

El plan de batalla de Tristán, que dice el virrey del Perú no se le comunicó hasta mucho después de pérdida la acción, estaba reducido á llamar la atención del enemigo desde el Ojo del Agua por el camino real de los Nogales, acercarse á la ciudad para descubrir sus intenciones, hacerle caer en el error de que aquel era el punto elegido para el combate, dirigir oportunamente el grueso de las tropas á Tafi, que está más á la derecha, ocupar el camino que sale del Tucumán para Santiago del Estero, y atacándole por retaguardia cortarle su retirada natural, tomándole entre dos fuegos con la tropa que al efecto iba más á retaguardia. Este pensamiento, que desde luego indica la más excesiva confianza, fué transtornado por los enemigos que tenían otro muy distinto. Con aquel intento, pues, dejó Tristán el campamento de Tapia; y mediado el precitado día 24 de Septiembre desembocó por los manantiales en el llano en que está situada la ciudad de San Miguel del Tucumán, rodeada de arboledas y con espesos bosques muy inmediatos, y entonces los equipajes, la artillería y el parque ocuparon el flanco derecho de la columna, en cuyo orden se continuó avanzando tan confiadamente, que se censuró no haber mandado siquiera cargar las armas á los batallones, descuido ape-

nas creíble y que á ser cierto sería imperdonable en semejantes circunstancias.

Al acercarse nuestras tropas á la ciudad reconocieron una línea de infantería formada en batalla sobre un suave repecho y con una corta reserva más á retaguardia; pero sin descubrirse la caballería, porque se mantenía oculta en la arboleda vecina. En un país tan abundante en caballos, y donde todos los habitantes son eximios jinetes, no era de presumir que los enemigos careciesen de esta importante arma. Los caballos y el ganado vacuno, que los españoles importaron en América, se aumentaron allí tan pronto y de tal modo, que su multiplicación se tendría por fabulosa si no fuera tan generalmente reconocida. En comprobación dice el padre Acosta que la flota del año de 1587 trajo de Santo Domingo 35.444 cueros vacunos, y de la Nueva España 64.350, que suman 92.794 (1).

El brigadier Tristán dejó continuar la marcha de su tropa hasta ponerla á tiro de cañón del enemigo, que, *como dice el virrey del Perú, aun con presencia de los partes oficiales,* rompió entonces el fuego con una pieza de á seis y dos de á cuatro, matando por la buena dirección de los primeros tiros algunos hombres de los que formaban la línea en los batallones de Cotabambas y Abancay, cuando nuesta artillería se hallaba aún desmontada. El coronel Barrera, jefe de este último cuerpo, irritado por el daño recibido, y sin consultar más que su impaciente arrojo, mandó cargar á su batallón á la bayoneta, pero en dispersión como habían acostumbrado en las refriegas anteriores contra los indios del Alto Perú, todo sin orden del comandante general, que en aquel momento se hallaba haciendo montar y armar su artillería. A imitación de Barrera, los demás jefes del cuerpo hicieron otro tanto con tal decisión, que tomaron al enemigo sus tres cañones é impusieron tanto á su infantería, que parte de ella indica-

(1) *Historia general de las Indias.*

ba rendir las armas y parte daba muestras de emprender la fuga y guarecerse de la ciudad. En este instante, verdaderamente crítico, la caballería facciosa salió de su emboscada, hizo huir parte de la nuestra y se presentó por retaguardia de los dos batallones de Abancay y Cotabambas, los cuales, sorprendidos y aterrados á la vista de un espectáculo tan imponente como nuevo para ellos, no supieron tomar otro partido que el peligroso de acabar de desordenarse y acogerse al inmediato bosque. Este funesto ejemplo, que fué desgraciadamente seguido por los demás batallones, dió ocasión á que los intimidados y confusos infantes disidentes los persiguieran con audacia hiriendo y matando sin piedad á los que pudieron alcanzar de los realistas. Por fortuna la indisciplinada caballería enemiga en vez de perseguir también á los dispersos cayó sobre los equipajes; se ocupó en saquearlos y en conducir á la ciudad los ocho cañones y el parque, que aún estaban sobre las mulas, y seguidamente muchos jinetes se retiraron á poner en salvo el botín que habían hecho.

Con la inesperada conducta de la caballería vencedora, la infantería enemiga se retiró igualmente á la ciudad, y aquel campo, que acababa de ser de horror y de muerte, quedó repentinamente en el más profundo silencio. Á favor de esta sorprendente calma, prueba manifiesta del estado en que se hallaban los vencedores, se fué disipando el terror de los vencidos y fueron poco á poco saliendo de la espesura. Mandó Tristán entonces tocar llamada, y antes de que anocheciera, ya había logrado volver á formar sus batallones, aunque diezmados, quedando en su poder el cañón de á seis de los contrarios, que no pudieron retirar, por habérsele roto el eje de la cureña, y los dos de los suyos, que había llegado á montar. Todavía esperanzado, marchó Tristán de nuevo contra la ciudad, penetró en las primeras calles, que halló atrincheradas, y la intimó la rendición, que los enemigos contestaron con arrogancia, advirtiéndole que carecía de municiones para su intento, y así era el caso, pues no sólo habíamos

perdido los equipajes, el parque y ocho cañones, de los diez que llevaba la vanguardia, sino las municiones y demás pertrechos que iban á retaguardia, porque engañados los conductores con la noticia de que las tropas reales ocupaban la ciudad, se dirigieron á ella sin precaución y cayeron en poder del enemigo.

El 25 de Septiembre permanecieron nuestras tropas en los arrabales del Tucumán, que habían ocupado la tarde anterior "sin otra incomodidad—dice el virrey—que la muy pequeña que les ocasionaban algunas partidas, cuyas salidas fueron también escarmentadas. En el descanso que ofrecía la inacción del enemigo se curaron los heridos, se recogió parte del armamento y se destruyó la fábrica de fusiles establecida en esta ciudad, aprovechándose de los tornos y herramientas que se encontraron en ella, único fruto, y muy caro, que proporcionó la campaña. Las pérdidas experimentadas en esta acción son consiguientes á la desigualdad con que fué dada ó sostenida. Ella ocasionó una considerable disminución de las fuerzas de este destacamento, principalmente entre oficiales de graduación, cuya falta era irreponible en el ejército. La de los enemigos debió ser igual ó mayor, puesto que habiendo emprendido Tristán replegarse al importante punto de Cobos, sin caballos, sin mulas de transporte y sin víveres, no vió una vez al enemigo hasta la posta de Aldurralde, 16 leguas distante del lugar en que se dió la acción, ni en las 93 que median hasta el mismo Salta, pues no merece que se haga mención ni que se atenten por tales los autores de las ridículas é impertinentes intimaciones que hicieron al comandante las partidas destinadas á su persecución" (1).

Este fué el primer resultado de la poco meditada expedición al Tucumán, en cuya desgraciada acción perdieron los realistas sobre 1.000 hombres, cuando dirigida con tino y mayor prudencia, era probable haber obtenido un

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

triunfo que casi anonadara la revolución, visto el estado en que ésta se hallaba entonces. Todos los pormenores de la presente campaña, si abonan el valor personal de don Pío Tristán, rebajan mucho el crédito de que gozaba como experto militar. Desde luego parece injustificable el que el general en jefe, y contra el dictamen del virrey, hubiese consentido en que la división de vanguardia se alejase á 229 leguas del cuartel general, internándose en un país llano y todo conmovido con sólo 1.200 hombres de caballería, defectuosamente armada y sin la conveniente instrucción, al paso que los insurrectos podían presentar tanta gente montada cuanto fuese el número de los habitantes disponibles, y de los mejores jinetes del mundo. Para el objeto de proveer al ejército de mulas, caballos y ganado vacuno, habría bastado recorrer rápidamente los provistos campos de Jujuy y Salta, desde la desembocadura de la quebrada de Humahuaca, mantener las comunicaciones con el Alto Perú para ir remitiendo sin demora los acopios que se hicieran y conservar la fuerza muy alerta y en conveniente disposición, á fin de evitar todo compromiso desventajoso.

Si el intrépido Tristán, una vez resuelto á avanzar tan desacordadamente, hubiese conducido su fuerza dispuesta, según las circunstancias locales demandaban, montada y pronta á servir también su artillería; si hubiese hecho reconocer con oportunidad el bosque inmediato, en el que se ocultaba la caballería que vino á causar su ruina, hubiera podido combinar mejor su ataque, y es probable, repetimos, que hubiese triunfado de un enemigo que le era muy inferior en la calidad de la infantería y aun en la artillería, teniendo además de su parte el favorable prestigio de los triunfos anteriores. Con una victoria á la sazón en el Tucumán, la revolución hubiera recibido un golpe tal vez irreparable, y por lo tanto, de inmensas consecuencias; pero el revés que experimentaron las armas españolas produjo muy distintos resultados.

Entre éstos puede contarse la correspondencia singular

que se entabló entre el general en jefe y el virrey del Perú. No descuidaba éste las necesidades del ejército, y si antes de que se empeñara la acción desgraciada del Tucumán había remitido de Lima 160.000 pesos en numerario, para que, unidos á los productos de las tesorerías del Alto Perú, sirviesen á su sostenimiento, además de mandar pagar en la tesorería de la capital las libranzas que se giraban contra ella; 1.002 quintales de azogue; 500 espadas de caballería; 10 quintales de cuerda mecha; 1.200 lanzafuegos, y 12.000 estopines, sobre haber prevenido que de las provincias del Cuzco y Puno se le auxiliara con nuevos reclutas. Con todo, el general en jefe hacía pedidos tan cuantiosos, que, á decir del virrey, le era imposible satisfacer; ponderaba la tenaz resistencia de los revolucionarios y la obstinación de las provincias en favor del sistema de la independencia, cuando el virrey insistía en que no se avanzase un paso del río Pasage, que se restableciese el fuerte de Cobos y se fortificara á Jujuy; de la debilidad y mal estado del enemigo, que acababa de vencer en el Tucumán, deducía la mayor necesidad de los auxilios que reclamaba, concluyendo con proponer una transacción con el enemigo, porque habiéndose pasado á él algunos individuos, temía que tan funesto ejemplo se extendiese á mayor escala y ocasionase la disolución del ejército que mandaba.

El virrey procuró por cuantos medios estaban á su alcance satisfacer las comunicaciones del general en jefe, tranquilizar su agitado espíritu y calmar el exceso de su delicadeza en punto á responsabilidad, previniéndole terminantemente no abandonar el terreno adquirido sin defenderle palmo á palmo; que se fortificase á Jujuy y Salta y se reparase el fuerte de Cobos, como ya había indicado; que se evitase con escrupulosa vigilancia toda comunicación con los enemigos, y que se mantuviese sobre el río del Pasage un destacamento de 400 á 500 hombres de infantería y caballería, con un jefe de experiencia y acreditados conocimientos, para que observase

al enemigo y procurase imponer al paisanaje, con otras varias prevenciones generales y particulares.

Sin embargo, después de la desgraciada acción del Tucumán, parecía lo más propio y militar que la vanguardia se replegase á Jujuy ú otro punto más seguro en la quebrada de Humahuaca; pero otras fueron las disposiciones, y el brigadier Tristán se estableció gustoso en Salta, porque no abandonaba la idea de subyugar el Tucumán. El general en jefe tomó entonces la resolución de reforzar la vanguardia, remitiendo á Salta el batallón de Paucartambo con provisión de artillería y municiones, y á Jujuy, como en reserva, el batallón de Azángaro, que mandaba D. José Antonio Estévez, y alguna caballería. Con este auxilio, dividida la atención de los enemigos por el estado hostil de Montevideo y la aproximación de tropas portuguesas á esta plaza, y contando por parte de Tristán con el detenimiento y la circunspección que enseña la experiencia, podía creerse con bastante seguridad la división de vanguardia en Salta, y aun esperar con alguna confianza á que, pasada la estación de las lluvias, emprendiese el ejército un movimiento general con el fin de distraer más poderosamente al enemigo y auxiliar de este modo la defensa de Montevideo y las operaciones de las tropas procedentes del Brasil, que ostentaban favorecer la causa de España.

La poca reserva con que se trataban nuestros planes de operaciones y los diligentes oficios de los adictos ocultos con que contaban los enemigos proporcionaron á la junta de Buenos Aires ocasión de recelar con oportunidad de tan amenazante y temible proyecto. En consecuencia, puso en juego todos los resortes imaginables para obtener que los portugueses, en quienes comenzaba á notarse cierta lentitud é indiferencia, retirasen sus tropas, pactando al efecto con la corte del Brasil un armisticio, tanto más sorprendente é inesperado, cuanto menos utilidad parecía ofrecer á sus propios intereses.

Libres los disidentes de Buenos Aires del cuidado que

justamente les daba aquella reunión de fuerzas, pudieron pensar con serenidad en los medios de tomar la ofensiva contra Tristán antes de que, ó fuera considerablemente reforzado, ó se moviera el mismo general en jefe, y con suma actividad adoptaron á este intento cuantas medidas estimaron conducentes. Con reclutas del Tucumán aumentaron la fuerza de sus mejores cuerpos; formaron así un ejército, cuyo mando encomendaron al general Belgrano, y bien pronto, y provistos de todo lo necesario, pudieron abrir la campaña, dirigiendo su movimiento al río Pasage, que estimaban algunos por una barrera insuperable en la estación de las aguas, y acaso por esta misma razón no competentemente observado. A pesar del agua que en efecto llevaba el río á la sazón, luego que Belgrano llegó á él, como nadie le disputase su paso, se aprovechó de la ventaja que le ofrecían las enormes carretas que se usan en aquel país, y de las que llevaba abundancia para el servicio de sus tropas, formó con ellas un puente y cruzó por este medio el río, empleando, sin embargo, cerca de ocho días en la operación, después de la cual continuó su marcha sobre Salta. Díjose y aun se comunicó al virrey que la primera división enemiga, que se había presentado en el Pasage, había sido batida y perseguida por un destacamento de 300 hombres de nuestras tropas; pero no se acierta á combinar esta noticia con el estado en que se mantenía la vanguardia en Salta, ni con el nuevo revés que experimentaron aquí las armas españolas á principios del siguiente año.

CAPÍTULO V

Batalla desgraciada de Salta.—Capitulación.—Jacon.—Mendizábal, Estévez.—Retirada de Jujuy.—Comunicaciones de Tristán á Coyeneche.—Abandono de Potosí.—Retirada á Oruro.—Sus consecuencias.—Renuncia Goyeneche el mando.—Disgusto de las tropas.—Nombramiento de Hinestrosa, sín efecto.—El brigadier de artillería D. Joaquín de la Pezuela, reemplaza á Goyeneche en el mando.—Nueva insurrección de Cochabamba.—Gloriosa batalla de Vilcapugio.—Victoria de Ayohuma.—Sus consecuencias.

1813

En tanto que el enemigo se acercaba esperanzado á Salta, reinaba en esta ciudad un descuido injustificable, sucediéndose unas á otras las diversiones; y aunque empezaron á tomar cuerpo los rumores de que los disidentes se aproximaban, no fueron convenientemente atendidos en la persuasión de que no pasarían de algunas partidas de caballería campestre, ó como dicen en el país, de *gauchos*. De este equivocado concepto provino el que apareciese mayor la sorpresa y el aturdimiento que causó la noticia positiva, recibida en Salta el 15 de Febrero, de que un cuerpo de tropas regulares se hallaba ya cerca de la población; y aunque en su virtud dispuso Tristán algunos reconocimientos, no se sacó de ellos otro partido que la confirmación de la expresada nueva. El general enemigo Belgrano continuó impávido su movimiento, y el 17 del mismo Febrero campó á la vista de los realistas en los

cercos y potreros de la hacienda del Castañar, tres cuartos de legua distante de la ciudad de Salta. Los siguientes días 18 y 19 hizo Belgrano reconocimientos con todas sus fuerzas como en ademán de empeñar un combate, que el brigadier Tristán, ya en posición fuera de la ciudad, estaba resuelto á aceptar, y en ambos dió la vuelta á su campamento conseguido el objeto de mantener en alarma á nuestra gente, la cual, desprovista de tiendas de campaña, sufría bastante de los aguaceros.

El 20 de Febrero, cerca de medio día, se movió el enemigo sobre nuestra vanguardia en tres columnas paralelas, que desplegó luego en batalla, cubriendo las alas con la caballería y dejando más á retaguardia una proporcionada reserva. El brigadier Tristán tomó también la formación de batalla en dos líneas, colocó tres batallones en la primera, apoyando uno de sus flancos al cerro de San Bernardo y cubriendo el otro con sus 500 caballos en la débil formación de ala, y al frente de esta línea estableció la artitlería; los otros dos batallones formaban la segunda línea, y una corta reserva más á retaguardia, se hallaba al mismo tiempo encargada de la custodia del parque. Poco tardaron los contendientes en venir á las manos, rompiendo el ataque nuestra caballería, la cual cargó con tal decisión ála enemiga que cubría su izquierda, que la obligó á volver caras; mas detenido el ímpetu de nuestros jinetes por los certeros fuegos del cuerpo de negros del Río de la Plara, se recobró pronto aquélla, cargó á su vez con valentía y fué tan completamente arrollada la realista, que se puso en plena fuga para la ciudad, dejando descubierto el flanco que ocupaba. Entonces Tristán previno que los dos batallones de su segunda línea ocupasen en la primera el vacío que acababa de causar la huída de la caballería, y ejecutada esta orden con prontitud, rompióse seguidamente el fuego, que muy luego se hizo general. No fué con todo de larga duración la firmeza de estos batallones, porque observando que los enemigos continuaban avanzando por el frente y, lo que sin duda influyó más,

temerosos que su caballería victoriosa, después de haber ahuyentado la nuestra, cargara por retaguardia como amenazaba ya, se desordenaron y pusieron también en fuga para la ciudad. Todavía se sostuvieron los otros tres batallones auxiliados del vivo fuego de nuestra artillería; pero el mal ejemplo de los primeros y el recelo de verse envueltos y cortados los decidieron al fin á seguir precipitadamente la misma dirección que los anteriores, dejando el campo en poder del enemigo con la mayor parte de la artillería. Mientras este desastroso desenlace se completaba, las guerrillas avanzadas por nuestra izquierda hacían brillantes esfuerzos de valor y progresaban visiblemente; rechazaron un trozo de caballería que se les presentó y otro de infantería que se adelantaba á sostenerla, é igual resultado alcanzaron sobre la parte de caballería que formaba la reserva, á cuya cabeza fué herido el tantas veces citado Díaz Vélez, y llegaba ya este puñado de valientes cerca de las Carreteras cuando echaron de ver la lamentable rota de su división, suceso que les obligó á replegarse á la ciudad.

En ella todo era desorden, confusión é indisciplina, á tal punto que Tristán apenas era obedecido y pudo con dificultad reunir alguna tropa para defender las débiles trincheras que, con trancas y maderos, había logrado levantar en las boca-calles de la plaza mayor, porque su gente, aterrada y parte probablemente seducida, se encerraba en la iglesia principal y en las casas de la ciudad. De esta manera vino á ser inútil el valor personal del jefe español, quien se vió en la triste necesidad de capitular con las condiciones que quiso imponerle el vencedor, tan exorbitantes y duras que merecieron la desaprobación del dignísimo virrey del Perú. Muy general fné la creencia de que había habido seducción en Salta, particularmente respecto de algún jefe y de varios oficiales, cuya posibilidad debía haber previsto Tristán para procurar disminuir la perniciosa influencia de una población abundante en mujeres de conocido mérito y en extremo insi-

nuantes que, aunque muchas de ellas eran partidarias de la causa española, había también decididas por el nuevo sistema, cuyos medios era prudencia temer. Agregábase á esto la naturaleza de aquella guerra y la calidad de los recursos conque se sostenía, los cuales no podían ó no debían dejar de entrar por mucho en los cálculos de cualquiera jefe, circunstancias que ni entonces ni después se meditaron ni reflexionaron convenientemente, y menos en Europa, donde, juzgando generalmente por los resultados, se ha aplaudido ó censurado con menos detenido examen del que fuera de desear. Sin embargo, la pérdida de la batalla de Salta, funestísima como ha sido, no podía producir por sí sola, en aquella época, la disolución del Perú.

Por lo expuesto se ve claramente el triste fruto que se sacó de la irreflexiva expedición al Tucumán, y no puede dejarse de sentir la indisculpable condescendencia de los jefes superiores que no desplegaron, contra la temeridad de Tristán, la firmeza necesaria para hacerse obedecer y que sus órdenes fueran puntualmente ejecutadas. Resulta también que, aunque Tristán descuidó los rumores esparcidos sobre la aproximación del enemigo, ni mantuvo debidamente observado el paso del río Pasage; todavía, después de reconocido el ejército de Belgrano, pudo reunirse rápidamente al batallón de Azángaro y á la caballería que, á las órdenes de Estévez, componían la guarnición de Jujuy, distante 18 leguas; y replegado nuestro jefe sobre este punto, cuyo terreno es más quebrado, podía también sacar mayor partido de su infantería, en la que era superior á los contrarios. Si, situado Tristán en la quebrada de Jujuy, estimaba inoportuno empeñar una batalla, podia anticipar un aviso al brigadier Picoaga, que se hallaba en Suipacha, para que lo reforzara y continuar retirándose á favor de las buenas posiciones que el país presenta, hasta coincidir en un punto, donde, reuniendo más de 4.500 infantes, ó Belgrano no se hubiera atrevido á buscarlos, ó, con toda probabilidad, le habrían hecho

pagar muy caro su arrojo. Pero ya se ha indicado que no existía la conveniente armonía entre Tristán y Picoaga, y la rivalidad suele ser un terrible obstáculo hasta para las combinaciones militares más sencillas. Ambos jefes eran peruanos, ambos nobles y valientes, y si Tristán pasaba por más entendido, Picoaga llevaba su lealtad al rey y á la España hasta el entusiasmo. ¡Qué lástima que no se hubiese podido sacar mejor partido de tan recomendables prendas!

De conformidad con las prevenciones del virrey, y deseoso, por su parte, el general en jefe de auxiliar la permanencia de Tristán en Salta, había hecho partir para la vanguardia al coronel D. Miguel Tacón y al ingeniero D. Francisco Javier de Mendizábal, y ambos juntos llegaron á Jujuy el 19 de Febrero, víspera de la derrota de Salta. El 21 se recibió en Jujuy la noticia de esta desgracia por tres soldados, fugados después de perdida la acción, y, en su vista, el coronel Tacón tomó sobre sí la responsabilidad de mandar que la guarnición emprendiera sin demora la retirada hacia Tupiza, y así se verificó, poniéndose en marcha á las nueve de la noche del mismo día, porque era fundado temer que no tardase aquella tropa en ser atacada y destruída. Con esta acertada medida dió Tacón una prueba de su buen juicio, pues entonces ignoraba la capitulación celebrada en Salta, y, por consiguiente, que por una de sus condiciones se autorizaba á la guarnición de Jujuy para retirarse libremente, sin hostilizar los pueblos del tránsito. El brigadier Tristán comunicó luego al comandante Estévez la capitulación aceptada, por la que las tropas del rey debían evacuar el territorio del Gobierno de Salta y no volver á tomar las armas contra el de Buenos Aires; pero se padeció el notable olvido de no expresar, en esa comunicación, la cláusula acordada respecto á la manera de hacer su retirada la guarnición de Jujuy.

Á los dos días de haber abandonado esta ciudad Tacón, Estévez y Mendizábal, les alcanzó un oficial de los capi-

tulados de Salta que conducía pliegos de Tristán para el general en jefe, que se hallaba en Potosí, y este oficial les refirió los pormenores de la malhadada batalla de Salta y los artículos de la capitulación convenida, y enterados nuestros jefes de que la guarnición de Jujuy no debía de ser perseguida ni molestada, continuaron la retirada con menos zozobra y mayor comodidad. ¡Tanta era todavía la buena fe con que se entendían los tratados! Entretanto llegaron á manos del general en jefe los mencionados pliegos de Tristán, y con ellos un billete, escrito en francés, en el que aconsejaba á su primo pusiese á salvo su persona retirándose lo menos á Oruro. Instruído Goyeneche del desastre de la vanguardia de su ejército, dió muestras claras de una verdadera sorpresa: convocó seguidamente una Junta de guerra y resolvió abandonar á Potosí, mereciendo por ello la censura de precipitado, porque, no obstante de hallarse 150 leguas al Norte de Salta y con la división de Picoaga avanzada, puso por obra este pensamiento á las cuarenta y ocho horas de haber recibido las comunicaciones de Tristán, habiéndose visto en la dolorosa precisión de mandar inutilizar, por falta de acémilas, cantidad considerable de municiones, 300 tiendas de campaña y algunos efectos de vestuario (1).

Es ciertamente incomprensible cómo el brigadier Tristán aseguraba en sus partes oficiales sobre la rota de Salta que los enemigos quedaban destruídos por la mucha pérdida que habían sufrido y que nada podrían emprender, por lo tanto, en mucho tiempo, cuando en el indicado billete confidencial daba claramente á entender todo lo contrario. Como quiera tocaba al general en jefe reflexionar que reunida la tropa que mandaba Estévez con la que tenía el bravo Picoaga en Santiago de Cotagaita había medios suficientes para esperar la reunión del batallón que se hallaba en Oruro y la de la división Lombera que guarnecía á Cochabamba, pudiendo de este modo concentrar

(1) Diario del ingeniero D. Francisco Javier de Mendizábal.

el general sobre 4.000 hombres de buenas tropas, mejor provistas y más descansadas de las que habían de presentar los enemigos, y convenientemente situadas al Sur de Potosí, probable es que los disidentes no se atrevieran á buscarlas. Así habrían resultado cubiertas las vastas y ricas provincias del Alto Perú, mientras el ejército recibía nuevos refuerzos que reparasen sus descalabros, y poco fruto vendrían á recoger los enemigos de los triunfos que les habían proporcionado nuestros errores, pues los grandes recursos de dinero y de gente de guerra que luego consiguieron los sacaron de Potosí y de las demás provincias que invadieron sin oposición.

Como comprobante respetable de los anteriores asertos, dice el virrey del Perú al tratar de la batalla de Salta: "La confusión del parte indicaba los defectos y el desorden que había reinado en aquella desgraciada acción, y por sus resultas en el convenio ajustado entre los comandantes; pero en medio de esta sorpresa se aumentaba cada vez más mi asombro al leer el oficio del general, que sobrecogido y lleno de temores me anunciaba quedar enteramente ocupado en ponerse en salvo con las divisiones del ejército, situadas en diferentes puntos en el de Oruro." Al recibirse en Lima tan triste nueva, *sin las formalidades y detalles convenientes*, hallábase el virrey ocupado en la elección de diputados á Cortes, y estimó político reservar tamaña desgracia hasta terminar esta operación; pero contestó sin demora y por el mismo extraordinario desaprobando la capitulación de Tristán con los insurgentes, "con todo lo demás—añade el virrey—, que me pareció preciso advertirle, y que acaso podría tener lugar de observarse con relación á marchas, resguardo y protección de caudales del rey y de particulares, como sobre la elección del paraje más cómodo y defensable, otro tanto abrazaba mi contestación, por el extraordinario en que se la comunicaba, á fin de que llegase á sus manos antes de la salida de la villa de Potosí, cuyo punto interesante convenía mantener ocupado; librando en aquella misma oportu-

nidad las órdenes más estrechas para que los intendentes del Cuzco, Puno y Huamanga reforzasen el ejército con la tropa, armas y municiones con que cada uno se hallaba en aquellas circunstancias" (1).

Después de los sanos consejos é insinuaciones del ilustre jefe superior del reino y de sus acertadas terminantes órdenes para que el ejército fuese reforzado, como pasaron diez días sin que recibiese más que partes melancólicos y desagradables, convocó el 1.° de Abril una Junta y dió cuenta en ella de las desgracias sufridas, de los peligros que amenazaban la quietud pública, de las disposiciones preventivas que había expedido desde antes de la mal meditada acción del Tucumán y de toda la correspondencia del general en jefe en aquella época con las minutas de sus respectivas contestaciones y las de otras órdenes libradas al propio tiempo. En vista de todo, la Junta opinó unánimemente porque se condescendiese con las reiteradas instancias de Goyeneche para dejar el mando del ejército; desaprobó la capitulación de Tristán en Salta en cuanto excedía sus facultades, pues en calidad de jefe de la vanguardia no debió tratar de la retirada del ejército de las provincias de Potosí, Charcas, Cochabamba y la Paz: declaró que ni el mismo general en jefe se hallaba autorizado para concluir tratado alguno con el enemigo sin la anuencia precisa del gobierno superior del país: y se acordaron otros puntos relativos al auxilio del ejército y á la seguridad del territorio, dejando á la acreditada inteligencia del virrey el modo de ejecutar estas medidas.

La de mayor consideración era sin duda la de acceder á las repetidas solicitudes de Goyeneche de dejar el mando en jefe por las mismas razones de conveniencia y de política en que se había fundado su permanencia en él. Por lo tanto, el virrey despachó nueva instrucción con la fecha de 5 de Abril autorizando al general en jefe para

(1) Relación del Gobierno del marqués de la Concordia.

que previniese á Picoaga que procurara sostenerse en Humahuaca ó Huacalera, si avanzaba por el camino de Jujuy para proteger el repliegue de la guarnición de esta villa y los dispersos de Salta, que naturalmente, buscarían su abrigo, y si no en Suipacha, Santiago de Cotagaita ú otro punto ventajoso de los muchos que ofrece la naturaleza de aquel terreno hasta recibir los refuerzos de Potosí, con los cuales, á sentir del virrey, debían frustrarse los proyectos de invasión del enemigo, si en efecto no había atacado Belgrano á Tristán más que con 3.800 hombres de todas armas y si en la acción de Salta había perdido aquél 1.200 como se decía. Para ese cálculo había examinado también el virrey los últimos estados del ejército real, de los cuales resultaba contar 3.000 infantes disponibles, 1.000 caballos y sobre 300 artilleros; á los que podían agregarse 500 hombres más por otros tantos fusiles que había remitido con posterioridad. Finalmente, el virrey facultaba al general en jefe para alterar y variar sus disposiciones según conviniese á la mayor seguridad del país, una vez reconocida esta conveniencia en consejo de guerra de los jefes del ejército, determinación indudablemente preventiva de la decisión que dicho general manifestaba en sus oficios por replegarse á Oruro, como al fin llevó á cabo antes de poder recibir estas importantes comunicaciones.

La sorprendente noticia de la evacuación de Potosí la supo el coronel Tacón con la guarnición de Jujuy en Santiago de Cotagaita por el brigadier Picoaga, quien se hallaba además advertido de que era Oruro el punto señalado para la reunión del ejército. Consiguientemente ambos jefes reunidos siguieron por el camino real hasta la posta de Quirve, en donde, á fin de evitar la entrada en Potosí, variaron un poco la dirección á la izquierda y pasando por Tolapampa, la frígida cordillera del Fraile y los pueblos de indios de Opoco, Condocondo, Huamani y Poopo, llegaron á Oruro el 21 de Marzo, en cuya villa se hallaba ya el cuartel general y reunida también

la división de Lombera, procedente de Cochabamba.

Verificada la asamblea de las tropas en Oruro en número de más de 4.000 hombres, el general en jefe convocó una junta de guerra para deliberar sobre si convendría ó no volver á ocupar á Potosí, proposición á la verdad que da lugar á temer que se obraba sin un plan fijo de operaciones. Aunque algunos jefes de los reunidos votaron por la afirmativa, la pluralidad opinó porque era necesario aumentar antes el ejército hasta el número de 6.000 hombres, fundándose en que no sería inferior la fuerza del enemigo después del armamento que había tomado en Salta. Conforme el general en jefe con este dictamen se ocupó de su realización haciendo que las tropas en tanto se ejercitasen en las evoluciones militares que ejecutaban con destreza; pero bien fuese causa de la inacción, bien cansancio de los continuos ejercicios doctrinales, bien, en fin, efecto de las desgracias experimentadas ó de pérfidas seducciones, las tropas empezaron á entregarse á la más escandalosa deserción. Por este tiempo llegaron también á Oruro los oficiales capitulados y juramentados en Salta, muchos de ellos imbuídos de nuevas ideas, y fué voz pública que empezaron á promover conferencias y juntas clandestinas, de cuyas resultas se divulgaron especies subversivas que no dejarían de influir en la sensible deserción que menguaba las filas del ejército.

Apesadumbrado el general Goyeneche por la derrota de Salta y sus incalculables consecuencias, y justamente afligido por la reciente pérdida de su buen padre, sufría notable alteración en su espíritu y en su salud, resultando de todo dirigir al virrey en 23 de Marzo una extensa comunicación comprensiva de varios gravísimos extremos, contándose de este número la proposición de negociar con el enemigo la cesación de las hostilidades, ó la determinación de su relevo admitiéndole la renuncia del mando del ejército tantas veces repetida. Con este apremiante motivo y con otros importantes datos reunió el virrey la junta ya mencionada el 8 de Abril, la cual, con

presencia de todo, declaró precipitada la evacuación de Potosí y desechó la propuesta sobre armisticio con el enemigo, opinando por el contrario que, resultando disminuída su fuerza según los últimos partes de Goyeneche, debía de volver sobre Potosí, como ya le había indicado el virrey, estimulando al efecto el conocido honor, actividad y energía que había desplegado en otras circunstancias.

Nada fué bastante para distraer á Goyeneche del intento de retirarse del ejército, insistió de nuevo en su demanda con alguna vehemencia, defendiendo sus determinaciones y manifestándose contrario á la ocupación de Potosí, acordada por la junta de guerra que componían en Lima todos los jefes superiores. El virrey se manifestaba por su parte ofendido del estilo que empleaba el general en jefe en sus oficios, con particularidad desde que los redactaba el doctor Cañete, y concluyó por acceder á la reclamación de Goyeneche, admitiéndole la renuncia del mando en jefe del ejército. "Son recomendables y dignas de atención—dice el virrey—las órdenes en que se le comunicaba esta ocurrencia; pues nunca perdí de vista la que se debía al carácter de su empleo y á los servicios que tenía hechos en favor de la justa causa" (1). Recibidas estas órdenes en el cuartel general, se tuvo por cierto que todavía el virrey dejaba el arbitrio de Goyeneche el continuar en el mando; pero con la condición de separar de su lado al brigadier Tristán y más principalmente al doctor don Pedro Vicente de Cañete, fiscal de la Audiencia de Charcas, que hacía de su secretario. Esta condición debió de parecer tan insoportable al general en jefe que se quejó de ella con amargura, y seguidamente, y á pesar de las representaciones de los jefes del ejército para que continuara en el mando, se decidió por entregarlo á su segundo, el brigadier don Juan Ramírez, mientras llegaba su sucesor.

---

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

Las súplicas de los principales jefes del ejército para que Goyeneche no dejara el mando, se fundaba en los temores que les inspiraba su separación en aquellas circunstancias por el partido que habían de sacar de ella los sediciosos. En efecto; pronto se notó el disgusto que causaba el relevo del general, así entre los oficiales como entre los soldados, dejándose percibir por primera vez la tristemente transcendental idea de que pues los iba á mandar un jefe europeo, se retirarían todos á sus casas. El descontento y la agitación cundieron á punto que, divulgada la especie de que el general se había marchado, el primer regimiento de Cuzco dejó el ejercicio y se dirigió en desorden á la casa de Goyeneche, donde atropellando la guardia, recorrió las habitaciones, exclamando que su general se había marchado y los había dejado. El brigadier Picoaga, coronel de este regimiento, logró contener el desmán de sus soldados, asegurándoles que el general había salido á pasear á caballo, y volvería pronto, como sucedió. Cuando éste regresó á su alojamiento y se enteró del exceso ocurrido, manifestó el disgusto que le ocasionaba, condenándolo con su reprobación en una proclama que dirigió con este motivo á las tropas. Apaciguados así los ánimos, no por esto desmayaron en sus temibles manejos los enemigos ocultos de la causa española; la deserción continuó, y á fines de Mayo pasaban de 1.000 las bajas que contaban los cuerpos por esta odiosa causa.

Trazando el virrey del Perú el triste cuadro que ofrecía el ejército real en Oruro por esta época, menguadas sus filas por la deserción, y sensiblemente alterado su buen espíritu y su disciplina, añade: "Pero lo más temible en aquella expuesta coyuntura era la manifiesta adhesión de muchos oficiales á la persona del general Goyeneche, que aparentando disgusto y sentimiento por su separación lo infundían al soldado, propagándose de unos en otros hasta cometer uno de los batallones el atentado de dirigirse con armas á la casa del general, publicando que si éste se iba todos le habían de seguir. El pundonor de

Goyeneche detuvo prontamente el progreso de los males que esta falta de subordinación escandalosa podía haber ocasionado, disolviendo totalmente el ejército, y su proclama surtió buenos efectos en los ánimos de la tropa, mas no en el de muchos oficiales, que presentándose con la más dañada intención en solicitud de sus licencias, les fueron concedidas para desterrar el pernicioso ejemplo de indiferencia, falta de constancia y de honor de aquellos individuos" (1). Como el mencionado regimiento dió después las más relevantes pruebas de su decidida lealtad, mandando en jefe el general Pezuela, puede con seguridad atribuirse á pérfidas sugestiones el escándalo que acababa de dar extraviado. Sin embargo, son los referidos precedentes de la mayor importancia para poder apreciar debidamente la naturaleza especial de aquella guerra y los eminentes servicios que prestaron á la España todos los que de cualquiera manera llegaron á tomar parte en ella en los más de diez y seis años de su duración.

Admitida la dimisión de Goyeneche, el virrey, á propuesta de la junta de guerra, nombró para sucederle en tan interesante cargo al teniente general don Juan Henestrosa, segundo cabo y subinspector de las tropas del virreinato, y anticipó por extraordinario esta noticia escribiendo de oficio y confidencialmente á Goyeneche, á fin de sacar el más provechoso partido de sus conocimientos y relaciones con los oficiales más influyentes del ejército, para que interpuesta su respetable autoridad, no fuera tan fácil á los maquinadores y descontentos inducir á la tropa á que se demandara con el pretexto de la ausencia de su antiguo jefe; "á menos que—concluía el virrey—libre éste del peso y de la laboriosidad y cuidados del mando, le permitiese el estado de su salud permanecer empleado, como se lo encargaba, en algún destino del mismo ejército" (2).

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

(2) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

El general Henestrosa, para marchar á su nuevo destino, pidió dinero, grandes refuerzos precisamente de la tropa que guarnecía á Lima, y no era posible disminuir al punto que indicaba, y la retención de la subinspección general de las tropas, incompatible por sus funciones con el alto puesto de general en jefe; mas no pudiendo acceder el virrey á todas sus demandas, sobre que mediaron acaloradas contestaciones, renunció Henestrosa el cargo y fué elegido en su lugar el brigadier subinspector de artillería del departamento de Lima, D. Joaquín de la Pezuela, también propuesto por la expresada junta, quien en cinco días se aprestó á salir para su destino, embarcándose en el Callao el 27 de Abril con algún socorro en metálico y 300 hombres del Real de Lima. El general Goyeneche permanecía aún en Oruro, preparando su viaje para Arequipa, pueblo de su naturaleza, para donde emprendió la marcha el 22 de Mayo, habiendo antes dado una proclama al ejército, así para despedirse de sus compañeros de armas como para hacerles conocer las recomendables prendas del brigadier Pezuela, nombrado para sucederle en el mando, y á quien, advertía, debían prestar todos la misma sumisa obediencia con que habían distinguido la autoridad que dejaba.

Encargado interinamente del mando del ejército el brigadier D. Juan Ramírez, pensó desde luego en la recuperación de la villa de Potosí, que deseaba, y no le parecía muy difícil, y al efecto reunió en junta á los jefes para someter el pensamiento á su examen. Sabíase que la vanguardia de Belgrano, al mando de Díaz Vélez, ocupaba á Potosí, componiéndose su fuerza de 2.300 hombres con ocho piezas de artillería, y que extendía sus avanzadas hasta Ancacato, y para observar, como convenía, el camino llamado del despoblado y recorrer los pueblos de indios de Poopó, Huancani y Condocondo, había sido destinado en consecuencia el teniente coronel de milicias D. Pedro Antonio Olañeta, con algunas compañías de cazadores y un destacamento de caballería. De los jefes

convocados á junta para tratar del indicado movimiento sobre Potosí opinaron unos porque era necesario aguardar al comandante en jefe, Pezuela, con los refuerzos que traía, antes de pensar en buscar al enemigo, pues disminuído el ejército por la deserción, estimaban aventurado un movimiento ofensivo, acaso contra fuerzas superiores, que podían tomar, además, posiciones casi inexpugnables en las cercanías de dicha villa; otros, por el contrario, sostuvieron la conveniencia de buscar al enemigo antes de qne, dándole tiempo, aumentara sus fuerzas con el alistamiento mismo, que ya se decía estaba haciendo. Este parecer, á pesar de las 62 leguas que separan á Oruro de Potosí, de lo escabroso del terreno en las inmediaciones de esta villa y de la escasez de forrajes y pastos en algunas jornadas, no tenía mayor inconveniente que el de ignorarse la fuerza disponible del enemigo.

En vista de estos diversos dictámenes, el brigadier Ramírez determinó poner en movimiento el ejército por pequeñas divisiones con el fin bien entendido de probar el espíritu de las tropas, con particularidad del primer regimiento del Cuzco, que tanto importaba conocer, en cuya virtud marchó este cuerpo el 5 de Junio á Sorasora, con su jefe el brigadier Picoaga á la cabeza; el 9 salió el comandante Estévez con el batallón del Centro y la caballería de Tinta, para Ventaimedia; el 12 se reunió en Sorasora el coronel Marrón de Lombera, con el segundo regimiento y la caballería de Chumbivilcas; el 14 se trasladó al mismo punto el cuartel general, y el 15 la caballería de Chumbivilcas pasó á situarse en Poopó. Por este tiempo se presentaron cerca de Huancani como 50 dragones enemigos, que se retiraron tan luego como avistaron á nuestra caballería.

Por efecto de las contingencias á que están sujetas las navegaciones, el brigadier Pezuela había gastado cuarenta días en trasladarse desde el Callao á la caleta de Quilca. En este tiempo, y en virtud de la variedad de las noticias que adquiría el teniente coronel Olañeta con re-

ferencia á los indios, el virrey había prevenido á Ramírez que las examinara con el mayor detenimiento y obrara con la más prudente circunspección, á fin de evitar todo compromiso desventajoso. Súpose el 18 de Junio por algunas confidencias y por dos ó tres prisioneros de Salta que, incorporados á las filas enemigas, acababan de abandonar una de sus avanzadas, que los disidentes tenían en Potosí como 1.200 hombres de tropa reglada y sobre 2.800 de colecticias y reclutas, y que el general Belgrano, con el cuerpo núm. 1, que contaría 600 plazas, permanecía aún en Jujuy, enfermo de calenturas intermitentes. Entonces el brigadier Ramírez convocó á nueva junta los jefes que se hallaban en el cuartel general, á su secretario, al auditor de guerra y al ingeniero voluntario Alvarez, para volver á conferenciar sobre la conveniencia de continuar ó no el movimiento hacia Potosí.

El bravo Picoaga fué el primero que se manifestó decidido por buscar al enemigo antes de darle más tiempo para que se reforzara, y antes también de que la funesta deserción, que no cesaba, acabase de debilitar nuestras filas. El coronel Lombera expuso que su tropa le inspiraba poca confianza, por la deserción á que inmotivadamente se entregaba, y que, en su concepto, convenía esperar al menos el correo de Cochabamba, para asegurarse del estado de esta bulliciosa provincia, donde se sabía había penetrado el revolucionario Arce con el intento de sublevarla de nuevo, diversión temible para el ejército en el caso de avanzar hacia Potosí. El coronel Tacón, que desempeñaba el cargo de mayor general; el comandante de artillería, Valdés, y el de ingenieros, Mendizábal, opinaron unánimemente por la conservación del ejército, única esperanza del Perú, hasta dar lugar á que se incorporasen los refuerzos que conducía el nuevo comandante en jefe, parecer á toda luz prudente. El secretario, el auditor de guerra y el ingeniero voluntario Alvarez, estimando en poco la calidad de las fuerzas enemigas, apoyaron la idea de Picoaga de tomar, desde lue-

go, la ofensiva; y éste fué el sentir que abrazó el brigadier Ramírez, confiado en un feliz éxito, porque era el que más se adaptaba á su conocida bizarría. En consecuencia, se dictaron las disposiciones conducentes á la marcha gradual de las tropas, empezando el primer regimiento por trasladarse, el 20 de Junio, á Poopó, no obstante de que, por extraordinario, recibido en la madrugada de este día, prevenía el virrey á Ramírez que se limitara á mantener al ejército y dedicara sus conatos á perfeccionar su instrucción y disciplina, mientras llegaba el nuevo jefe superior, Pezuela, con los auxilios que le acompañaban y con las instrucciones relativas al plan de operaciones acordado, además de habérsele concedido, como era justo, todas las amplias facultades de que había estado revestido su antecesor.

El mismo 20 de Junio se supo en el cuartel general de Sorasora que no se había recibido en Oruro el correo de Cochabamba, á causa de la nueva insurrección de esta provincia, promovida por el faccioso Arce, quien había logrado apoderarse de las personas del gobernador intendente y del arzobispo de Charcas, que se hallaba en aquella capital; mas, fugados éstos de su prisión, tuvieron la fortuna de entrar en Oruro al día siguiente, 21. Este propio día marchó para Poopó el segundo regimiento, y se dió orden al batallón del Centro y á la caballería de Tinta de que siguiesen igual dirección desde Ventaimedia, donde se hallaban. Túvose también noticia de que, en Pequereque, había habido el día anterior un encuentro entre nuestros cazadores y 400 dragones enemigos, que fueron rechazados y perseguidos hasta cerca de Ancacato, con la pérdida de algunos hombres, entre muertos y heridos.

El 25, todo el ejército real se reunió en Challapata, con cuyo motivo se retiraron de Ancacato los disidentes que lo ocupaban, y el 30 se situó nuestro ejército en Condocondo. El 1.° de Julio volvió Ramírez á tratar en Junta de jefes, y con mayor copia de datos, si convendría conti-

nuar el movimiento comenzado ó esperar el arribo del comandante en jefe y de los refuerzos que traía; y, de conformidad con el parecer de la mayoría, adoptó Ramírez el último partido, sin disputa el más prudente. Pero el resultado inmediato fué que, consumidos con poca economía los forrajes y pastos, empezaron á perecer, desfallecidos, muchos caballos y mulas del servicio del ejército. El día 3 de Julio, el batallón del Centro, con algunas compañías de caballería, ocupó la posta de Vilcapugio. El 4 se tuvo noticia, en Condocondo, de que el brigadier Pezuela debía de llegar el día 1.° de este mes al Desaguadero. El 5 se supo, por uno de nuestros prisioneros de Salta, fugado del enemigo, que Díaz-Vélez se hallaba en la Leña, con 1.000 hombres; y el 9, toda nuestra caballería se trasladó á Challapata, por falta de forrajes.

El 20 de Julio avisó el comandante militar de Oruró que persona de carácter, procedente de Cochabamba, aseguraba se disponían allí tropas contra dicha villa, noticia que movió á Ramírez á replegarse á Challapata, pasando de Vilcapugio á Ancacato el batallón del Centro con las compañías de caballería que lo acompañaban. Por el correo del 23 se supo en el cuartel general que el brigadier Pezuela salía de la Paz el 18 y podría entrar en Oruro el 27, por lo que permaneció el ejército en sus cantones hasta el 31 del mismo Julio, que, en virtud de orden del nuevo comandante en jefe, despachada sobre la marcha, pasó á situarse en Ancacato, estableciendo el batallón del Centro en Challapata, con el fin de observar el camino del despoblado.

Situado el ejército real como se acaba de referir, llegó el 7 de Agosto á Ancacato su nuevo comandante en jefe, el brigadier de artillería D. Joaquín de la Pezuela, con 300 hombres del regimiento veterano Real de Lima y diez cañones de á cuatro. Su primera diligencia fué reconocer personalmente el terreno hasta las inmediaciones de Lagunillas, adonde se extendían las avanzadas del enemigo, para escoger una posición ventajosa que favoreciese

la poca fuerza del ejército, reducida entonces á 2.700 infantes, 850 caballos y 18 piezas de artillería disponibles, sin comprender las guarniciones del Desaguadero y de Oruro. La primera se componía de 500 infantes, 100 caballos y 12 cañones, á las órdenes del coronel Goiburu, que debía mantener destacados 275 hombres en la Paz y 75 en Chulumani, y la segunda de 200 hombres de infantería, 100 de caballería y ocho piezas, al mando del gobernador Revuelta, debiendo igualmente cubrir con un proporcionado destacamento los pueblos de Calamarca y Caracollo.

El nuevo general en jefe procedió á verificar las reformas que creyó convenientes en la organización de las tropas, las cuales merecieron la aprobación del virrey, siendo de este número el reunir en un solo regimiento la caballería de milicias de Tinta y de Chumbivilcas, crear un escuadrón de dragones, que denominó Partidarios, y dividir la artillería en cuatro brigadas, tres de á cuatro piezas cada una y la otra destinada á la reserva de seis. En seguida trasladó el ejército á los campos de Vilcapugio, donde quedó acantonado el 6 de Septiembre y permaneció hasta el 13 del propio mes, que pasó á Condocondo, punto estimado preferible respecto á las noticias que corrían de que los enemigos avanzaban por el camino de Potosí y el de Chayanta, al mismo tiempo que los facciosos de Cochabamba amenazaban á Oruro. Los soldados se prestaron con buena voluntad á conducir en hombros algunas tiendas de campaña y parte de las municiones por la notable escasez y flaqueza de las caballerías, empleando las más útiles en transportar la artillería y algunos efectos de tesorería, provisión y hospital, de mayor volumen y peso. La perspectiva del ejército era, á la verdad, poco satisfactoria, y así lo decía el general al virrey en sus cartas; pero dedicando, al propio tiempo, todo su celo á contener la deserción y á hacer reclutas y recibiendo oportunamente los refuerzos de las provincias de retaguardia, en breve llegó á ver reunidos sobre 4.600 hombres, á tiempo

que, según todas las noticias, el ejército contrario contaba con 5.500 ó 6.000 hombres, de ellos 2.500 disciplinados, y los restantes, reclutas.

Todos los antecedentes bien examinados conducían á creer próxima la necesidad de dar ó recibir una batalla, cuya idea confirmaron más de 2.400 facciosos que al mando del indio Cárdenas se adelantaron por estos días hasta Ancacato. Por fortuna, hallábase todavía en Terepeque el escuadrón de Partidarios, y su valiente comandante D. Saturnino Castro cayó de improviso sobre aquella desordenada muchedumbre, la cargó y dispersó, haciendo en sus individuos horrible estrago. Tanto por algunos heridos como por los papeles tomados en los campos de Ancacato, se obtuvieron comprobantes del pensamiento de Belgrano de atacar á Pezuela en Condocondo, pues se hallaban convocados los indios de los pueblos en el mayor número posible para concurrir á dicho objeto simultáneamente con las tropas disidentes.

El 27 de Septiembre á las ocho de la noche, se presentó en Condocondo el maestro de postas de Vilcapugio, Mamani, indio muy acreditado por su fidelidad, y aseguró al comandante en jefe que aquella misma tarde había campado en dicho punto el ejército enemigo. En vista de este aviso recibió orden el comandante de ingenieros Mendizábal para practicar un reconocimiento en la madrugada del día siguiente, y así lo verificó, regresando al mediodía, formulando un plan de sorpresa y ataque para el amanecer del día inmediato, que pareció estimar el comandante en jefe, aunque nada resolvió de pronto. La situación del ejército real era verdaderamente crítica, porque rodeado de provincias contrarias y muy movedizas, con un enemigo fuerte y orgulloso á cinco leguas y con escasos recursos para asegurar la retirada, parecía de todo punto indispensable correr los riesgos de dar ó recibir una batalla. Es verdad que el celo y la diligencia del comandante en jefe habían conseguido mejorar mucho la moral del soldado; pero si aventuraba una acción y la per-

día, la suerte de todo el Perú quedaba irrevocablemente decidida á favor del enemigo; si emprendía retirarse á la línea del Desaguadero, que distaba aún 80 leguas, no podía dejar de contar con no perder, cuando menos, la artillería, las municiones y los equipajes, por las mulas que se habían muerto y el mal estado de las que se conservaban; era preciso atravesar por pueblos de indios inseguros, que retirarían los recursos de subsistencia y los ofrecerían al enemigo; y de este modo venía á ser muy posible que el ejército se disolviera sin batirse, y el resultado igual al de una batalla perdida, por lo tocante á la suerte futura del reino; esperar en Condocondo á que los contrarios atacaran, para aprovechar la ventaja de poder elegir posición, tenía también el inconveniente de dar lugar á que se les incorporaran 1.200 hombres que, se decía, venían de Cochabamba, y aun á que concurriera la indiada convocada, muy temible en caso de desgracia; y pesadas todas estas consideraciones, la resolución de buscar sin demora al enemigo podía estimarse la más propia de las circunstancias.

El brigadier Pezuela, pues, determinó levantar su campo y caer sobre el enemigo al amanecer del 1.º de Octubre, y al efecto puso el ejército en marcha á las doce del día anterior, desfilando los cuerpos á su vista con consoladora alegría y repetidos vivas al rey, que alimentaron en todos la esperanza del triunfo. El general se adelantó para reconocer personalmente á los enemigos, que á la sazón se ocupaban en evoluciones militares, y cómo á las oraciones camparon nuestras tropas sin ser apercibidas en la altura inmediata al campo de Vilcapugio. Á las doce de la noche de este día todavía nuestra artillería no había podido subir á la cumbre por la flaqueza y debilidad de las mulas del parque, y aún fué preciso echar mano de las de propiedad particular para reunir con mayor prontitud algunos cañones y municiones. Aún empleado este arbitrio, sólo 12 piezas llegaron á reunirse en el alto de aquella gran cuesta, escasamente municionadas y tan tarde,

que era muy de temer faltase el tiempo para acercarse á los disidentes antes de amanecer, como estaba proyectado; mas como ya no era prudente diferir el movimiento comenzado, se continuó la marcha en la firme resolución de atacar á cualquiera hora. Eran las dos y media de la mañana del 1.° de Octubre cuando el ejército real principió á descender la larga y molesta pendiente que guiaba al llano de Vilcapugio, adonde no pudieron alcanzar nuestras tropas antes del día, cuya circunstancia proporcionó al enemigo descubrirlas á tiempo para prepararse á recibirlas.

Al teniente coronel D. Saturnino Castro, que se hallaba en Ancacato con su escuadrón y dos compañías de infantería, le había advertido el general en jefe el movimiento que emprendía, y prevenido que acudiese á Vilcapugio antes de amanecer el 1.° de Octubre para poder entrar oportunamente en acción. Castro cumplió puntualísimamente por su parte, reconoció de muy cerca el campo contrario sin ser sentido, y no percibiendo señal alguna indicativa de la proximidad de las tropas leales temió que se hubiese suspendido el movimiento y se retiró antes de venir el día. Esta determinación bien entendida influyó luego poderosamente en el feliz éxito de la batalla de Vilcapugio.

Así que los enemigos descubrieron el ejército real incendiaron los ranchos ó pequeñas casas de la posta, y á favor del humo se corrieron hacia su izquierda para apoyar las alas de su línea en los cerros y pantanos inmediatos. Al descender al mencionado llano de Vilcapugio, el comandante en jefe español formó en batalla á la vista de sus contrarios, colocando los cuerpos de derecha á izquierda en este orden: el batallón de cazadores que mandaba el teniente coronel D. Pedro Antonio Olañeta; un escuadrón de caballería; el primer regimiento del Cuzco, de dos batallones, del que era coronel Picoaga; los dos batallones del segundo regimiento á las órdenes de Lombera; el batallón del Centro (antes de Azángaro), del que

era jefe el teniente coronel Estévez, y cerraba la izquierda el batallón de Partidarios al mando del valiente coronel D. Felipe La Hera, hermano mayor del hoy teniente general D. José Santos, y más á retaguardia un batallón provisional, todo de reclutas con poca instrucción, la artillería y el resto de la caballería. Reconocida la nueva posición de los disidentes, formó Pezuela sus tropas en diferentes columnas paralelas y marchó en este orden, ganando terreno por la derecha, hasta colocarse al frente de los enemigos, donde volvió á tomar el orden de batalla, colocando la artillería en los intervalos de cuerpo á cuerpo y dejando en reserva el batallón provisional con alguna caballería.

El llano de Vilcapugio tiene sobre una legua de largo, á contar desde el pie de la montaña, por donde descendió el ejército real hasta el de las alturas donde se halla el manantial de agua que da nombre al sitio y en donde había formado Belgrano en columnas paralelas con una proporcionada reserva, y sobre los flancos, aunque un poco más á retaguardia, tenía distribuída su caballería. Esta formación era sin duda alguna superior á la que había tomado Pezuela, si el jefe enemigo hubiese sabido utilizarla para sacar de ella el partido que con probabilidad ofrecía.

Desplegado en batalla el ejército español, su caudillo le mandó marchar de frente por un terreno llano, exponiéndolo á un terrible repelón de caballería, á tiempo que, con las naturales ondulaciones consiguientes á un orden de marcha de suyo difícil, había de sentirse fatigado y falto de la unión y libertad que debían constituir su fuerza. De este modo, poco recomendable, hizo el ejército real cerca de media legua hasta entrar en el radio del alcance de la artillería contraria, que por su mayor calibre empezó á ofender sin ser ofendida. Pezuela, aunque algo más lentamente, continuó su marcha al frente, mientras Belgrano desplegó también en batalla, y cuando unos y otros rompieron el fuego, la línea española se presenta-

ba así: el batallón del Centro el más avanzado, un poco más atras de su altura el de Partidarios, después el segundo regimiento, y así sucesivamente de izquierda á derecha. Después que ambos ejércitos rompieron el fuego de fusil, continuaron marchando el uno contra el otro sin cesar de hacer fuego; el mayor choque del enemigo le recibieron el Centro y Partidarios, sufriendo éste principalmente y con sensible prontitud la pérdida de su bravo coronel La Hera, tres capitanes, 33 soldados muertos y otros muchos heridos, cuyas desgracias en medio de un fuego horrible le obligaron á ceder el campo, descubriendo en el hecho el flanco izquierdo de la línea, al cual no había llegado la brigada de artillería destinada, porque sus sirvientes atemorizados habían huído con los caballos de tiro desde el principio de la acción. Al avanzar el enemigo á favor de la ventaja que había obtenido sobre el cuerpo de Partidarios, fué herido el coronel Lombera y el segundo regimiento que mandaba flaqueó y abandonó su puesto en dispersión, siguiéndole inmediatamente el batallón del Centro que tan bien se había sostenido hasta entonces.

Por fortuna Picoaga con el primer regimiento y Olañeta con el segundo batallón de cazadores chocaron tan bravamente y habían sido auxiliados con tal oportunidad por un escuadrón y la escolta del comandante en jefe, que arrollaron la izquierda contraria y la perseguían de de cerca, cuando el resto de nuestra línea parecía totalmente batida. El brigadier Pezuela y su segundo, Ramírez, acudieron velozmente á contener la dispersión y reparar tamaño desorden; pero como la reserva había huído también sin disparar un tiro, todos sus nobles esfuerzos habrían venido á ser estériles si la Divina Providencia no protege á las armas de España guiando á Castro al combate en tan crítico momento. Este jefe de un valor acreditado y de una resolución admirable, atraído por el fuego que había oído, volvió de nuevo sobre Vilcapugio, apareció con su escuadrón por retaguardia del flanco derecho

de Belgrano, cargó resueltamente y acuchillaba al enemigo en medio de su triunfo de tal modo, que introdujo en sus filas la mayor confusión y le obligó á un precipitado retroceso. Este dichoso incidente y las ventajas que continuaba reportando nuestra derecha aceleraron la reunión de los dispersos y cambiaron completamente la escena, convirtiendo á su vez en vencedores á los mismos vencidos, los cuales, animados por los referidos jefes superiores, volvieron tan resueltamente sobre los disidentes, que ocuparon su campo y se apoderaron de su artillería, lanzándolos á los cerros inmediatos. Posesionado Belgrano de uno de éstos pretendió allí resistir á las tropas reales, ya engreídas, y aunque todavía logró rechazarlas hasta el pie de la montaña, supieron servirse tan á tiempo de la artillería apresada, y Picoaga y Olañeta llegaron con sus cuerpos vencedores con tal oportunidad, que el enemigo á las tres de la tarde abandonó la posición "con la artillería—dice el virrey—, municiones, porción de fusiles, todo su campamento, víveres y cuanto pudo escapar de la diligencia que hacían por conservarlo" (1).

Los independientes perdieron más de 600 hombres muertos, sobre 1.000 heridos y bastantes prisioneros con 33 jefes y oficiales: la artillería apresada se componía de cuatro cañones de á seis, ocho de á cuatro y dos obuses de á siete pulgadas. La pérdida de los españoles fué de 153 hombres muertos, 257 heridos y 61 dispersos. Así terminó la memorable batalla de Vilcapugio tan gloriosa para las armas españolas, siendo de notar que comenzó la acción sin que ninguno de los combatientes desplegara una sola guerrilla.

El victorioso general Pezuela pasó la noche del 1.° de Octubre sobre el campo de batalla, donde se recogieron también más de 400 tiendas de campaña, y al día siguiente regresó á Condocondo, destacando las tropas ligeras por el camino de Potosí en seguimiento de Díaz Vélez y

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

dejando en Vilcapugio el batallón del centro para que acabara de reunir los despojos del enemigo. Olañeta, que mandaba nuestros perseguidores, después de algunas correrías en las que se proveyó su gente de víveres y cabalgaduras, retrocedió igualmente para incorporarse al resto del ejército que se preparaba á buscar de nuevo á Belgrano en el partido de Chayanta, donde, con pasmosa celeridad, había reunido como 4.400 hombres de sus derrotadas tropas. Esta pronta reunión hace honor al enemigo: la mayor parte de los soldados de Belgrano, rotos y dispersados en Vilcapugio, se dirigían á sus hogares cuando el activo caudillo, valiéndose de buenos comisionados, de los subdelegados de los partidos y de las cortas guarniciones con que había cubierto los pueblos del camino de las provincias de abajo, logró detener los fugitivos y reunir aquella fuerza en el punto de Macha del partido de Chayanta.

El general Pezuela, después del triunfo de Vilcapugio, permaneció un mes en Condocondo, tiempo que supo aprovechar Belgrano en prepararse á probar nueva fortuna. Nuestro comandante en jefe, ya que ó no estimó prudente ó no pudo continuar desde Vilcapugio la persecución del batido enemigo, supo utilizar aquel descanso haciendo reducir el tamaño de los cajones de municiones para poderlos trasportar en burros, en *llamas* (carneros de la tierra) y en hombros de los indios, únicos medios de conducción de que le era dado disponer, si había de buscar al enemigo resuelto ya á esperarle.

De inmensas consecuencias era sin duda alguna la victoria de Vilcapugio y grandes los merecimientos de los leales que á ella concurrieron. Para perpetuar su memoria fueron promovidos á mariscales de campo los brigadieres Pezuela y Ramírez y premiadas las demás clases como correspondía á la importancia de tan señalado triunfo, sobre lo cual dice el mismo virrey: "Bien considerado todo no parecerán excesivas las gracias y los premios que se concedieron y á que se hicieron acreedores los héroes

de Vilcapugio excendiéndose y emulándose los unos á los otros en todas las clases y destinos del ejército en el cumplimiento de sus respectivos cargos, y aun más allá de lo que por ellos eran obligados. Así, aunque las cortes nombradas extraordinarias me habían privado del único arbitrio capaz de fomentar el entusiasmo prohibiendo la facultad de conceder grados, yo no pude excusarme de darlos liberalmente, pero sin prodigalidad, en aquella crítica y aventurada ocasión en que tan bien los habían merecido como lo califica la aprobación de todos, en vista de los partes circunstanciados que dirigí sin pérdida de tiempo al Gobierno" (1).

Hechos los aprestos que el general en jefe creyó más urgentes, el 29 de Octubre dejó el ejército á Condocondo y acampó el 4 de Noviembre en Ancacato. En las cercanías de este pueblo se recogieron sobre 600 burros y llamas de carga que sirvieron de mucho auxilio. De Ancacato, y tomando por Ancocruz y los altos de Libichuco, fué el general á pernoctar el 8 en el llano de la posta de Callampallani, donde descansó tres días para dar lugar á que el parque se incorporara, pues ni siquiera había podido seguir las cortas jornadas que hacía el ejército. El 12 campó éste en los altos de Taquiri, después de haber sufrido un horroroso temporal de nieve, granizo y lluvia que embarazaba más su movimiento, y desde ellos descubrió á los enemigos situados en los altozanos de Ayohuma á dos leguas de distancia; el 13 reconoció el general en jefe su posición, y dictó en seguida las providencias competentes para atacarla al otro día. En esta esperanza había sufrido el ejército real desde Vilcapugio toda clase de penalidades; además del agua, de la nieve y del frío, mucha escasez de combustible y aun algunos días de alimento, siendo uno de ellos, y de los más penosos, la víspera de la jornada de Ayohuma.

Á las seis de la mañana del 14 de Noviembre el ejér-

(1) Rélación del gobierno del marqués de la Concordia.

cito español se puso en movimiento desfilando por delante de su caudillo, quien exhortaba al paso á cada cuerpo que se comportara con firmeza y honor en el combate, y tuvo la satisfacción de verse contestado por todos con entusiasmados vivas al rey, manifestando en sus semblantes, así los oficiales como la tropa, aquella animosa alegría que suele ser precursora de la victoria. El general Pezuela bajó con sus tropas á la desfilada la cuesta Blanca, y formó en columnas á su pie para prevenir cualquiera repentina zalagarda de la numerosa caballería disidente, cuyas huestes se hallaban inmediatas, formadas en línea, apoyando la izquierda en una altura y extendiéndose luego por un llano, defendido el frente por obstáculos artificiales practicados en el terreno. Nuestras columnas atravesaron el río que tenían delante por los dos brazos en que por allí corre dividido, y el general las dirigió á una pequeña loma en la que se apoyaba el flanco derecho de los disidentes. Este movimiento estaba perfectamente entendido, pues no sólo obligó á Belgrano á cambiar de frente y variar de plan, sino que libraba á las tropas del rey de las defensas levantadas por el enemigo en el terreno, y les proporcionaba otro más ventajoso para pelear.

Posesionado Pezuela de la mencionada loma, como se propuso, formó en el llano inmediato en batalla por el mismo orden que en Vilcapugio; á la derecha el batallón de cazadores y á la izquierda de éste, en la prolongación de la línea, los dos del primer regimiento, el del Centro los dos del segundo regimiento y el de Partidarios, que cerraba la izquierda; el batallón provisional fué de nuevo destinado á la reserva, porque era el de menos confianza, razón en que probablemente no convendrían todos los militares. De cada uno de los referidos batallones se separaron 30 hombres con un oficial con el nombre de guerrilla, cuyos destacamentos, al mando del teniente coronel D. Manuel Valle y sostenidos por el batallón de Partidarios, ocuparon una altura á la izquierda de la línea

española que comunicaba con el flanco derecho de los contrarios. Entretanto el ejército real permanecía en batalla y cubierto con la primera loma de que se ha hecho mención, así como se extendía el enemigo en igual orden sobre un terreno elevado, teniendo á la izquierda la caballería en el espacioso llano por el que terminaba su posición. Serían poco más de las diez de la mañana cuando parte de nuestra artillería, avanzada algo de la línea, rompió un vivo fuego sobre los disidentes, que lo aguantaron con bastante firmeza por cerca de media hora, con testándolo con algunos disparos.

Cansado Belgrano de sufrir inactivo el daño que le causaba la artillería española, marchó de frente con resolución, y á medio tiro de fusil rompió el fuego sobre nuestra línea, que adelantada también á la loma de su frente, lo contestó con mucha firmeza y muy buena dirección; y como al mismo tiempo el teniente coronel Valle con sus destacamentos ó guerrillas y el batallón de Partidarios descendiesen de la altura de la izquierda y acometiesen por flanco y retaguardia la derecha del enemigo, apenas pudo éste mantener media hora más en orden su formación. Vacilante ya la línea contraria mandó Belgrano cargar á su caballería, pero recibida con serenidad por nuestros infantes, incluso el batallón provisional que entró por la derecha muy oportunamente en acción, ofendida terriblemente por la batería que dirigía un valiente oficial llamado Kemigio, y aun amenazada por el escuadrón de cazadores á caballo reforzado por la escolta del general en jefe, tuvo que volver caras con pérdida, y aumentó el espanto y la confusión en los suyos. Entonces toda nuestra línea avanzó con impetuosidad y puso en desordenada fuga al enemigo, persiguiendo con calor por espacio de dos leguas. «Setenta oficiales y 800 soldados prisioneros, inclusos los heridos de ambas clases, más de 400 muertos, ocho piezas de artillería (del calibre de á 1 y de á 2), 1.500 fusiles, una mediana provisión y hasta los equipajes y papeles de los cabezas seductores son

las señales de este glorioso triunfo»—decía el virrey (1). Por nuestra parte hubo dos oficiales y 40 soldados muertos, ocho heridos de los primeros y 88 de los segundos, que suman 138 hombres fuera de combate, pérdida poco considerable atendida la importancia del suceso.

El advertido general en jefe, lejos de dar esta vez descanso á los vencedores, destinó inmediatamente á su segundo el general Ramírez para que, con los cuerpos de cazadores, partidarios, dragones y una compañía de granaderos del primer regimiento persiguiese á los fugitivos en la dirección de Potosí con el mayor empeño. Ramírez cumplió como acostumbraba esta comisión, y entró en aquella villa ocho horas después de haberla evacuado Belgrano, quien extrajo de ella cuanto le fué posible, y aun tuvo el bárbaro intento de volar la Casa de Moneda, que hubiera arruinado la mayor parte de la población. El resto del ejército español marchó el 15 de Noviembre al pueblo de Macha. El 19 fué enviado á Chuquisaca el brigadier Lombera con 500 hombres y dos cañones á fin de que se encargara interinamente del mando de la provincia de Charcas, y al efecto le reforzó luego el batallón del Centro con otros dos cañones: el segundo regimiento y seis piezas de artillería pasaron de guarnición á Potosí: el primer regimiento y lo restante del parque permanecieron en Macha hasta el 29 que tomaron la dirección de Chuquisaca, para donde salió el 30 del mismo Noviembre el cuartel general.

El general en jefe hizo su entrada pública en la ciudad de Chuquisaca el 4 de Diciembre con mucho contento y aplauso de las gentes principales, pero con señalada tibieza é indiferencia de la plebe. Tomadas las disposiciones conducentes al buen gobierno de esta provincia y expedidas las prevenciones correspondientes al primer regimiento y al batallón del Centro para que, siguiendo la ruta de Puna y Vitiche, fueran á reforzar la vanguardia

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

que se establecía en Tupiza, el general en jefe salió para Potosí el 17 de Diciembre y entró en esta villa el 21, enmedio de las más expresivas aclamaciones de un numeroso pueblo. El 28 de este mes, en fin, marchó de Potosí para Tupiza el segundo regimiento, y el general Ramírez con la división de vanguardia preparó su movimiento sobre las provincias de abajo. ¡Tan gloriosamente terminó el presente año de 1813!

El mismo virrey del Perú dice al hacerse cargo de estos felices sucesos: "Los límites de este papel no me permiten hacer más dilatada relación de esta campaña memorable; pero por lo mismo no puedo excusarme de hablar, aunque con rapidez, de los premios y gracias que fué necesario dispensar á los beneméritos jefes, oficiales y soldados que tuvieron parte en ella, según las recomendaciones del general, y aun él mismo, por su conducta militar y por la entidad del servicio que acababa de prestar sujetando una extensión de país considerable que facilitaba los medios de subsistir el ejército real y privaba de ellos al enemigo, fué propuesto como acreedor para ser recompensado con la orden de San Fernando que designa el artículo 8.° del decreto de su erección para los jefes, por estar íntimamente convencido, según tengo ya expuesto en otros lugares, de que tanto alienta el premio oportunamente dado, como amortigua el olvido ó la menor retardación en distribuirlo" (1).

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

CAPÍTULO VI

Invasión de Jujuy y Salta.—Arenales.—Blanco y otros jefes.—Guerra de los gauchos.—Rendición de Montevideo.—Retirada del general Pezuela á Suipacha.—Insurrección del Cuzco.—Crítica situación de Pezuela.—Temeridad de Castro.—Fidelidad de la tropa.—Expedición de Ramírez contra la rebelión cuzqueña.—Ocupan los alzados á Puno, el Desaguadero y la Paz.—Sus atrocidades.—Triunfo de González en Huanta.—Huancavelica.—Victoria de Ramírez sobre la Paz.—Derrota de Picoaga en la Pacheta.—Entrada de los facciosos en Arequipa.—Su abandono y precipitada fuga.—Ramírez ocupa á Arequipa.—Acontecimientos de Europa.—Triunfan las armas reales en Chile.—Movimiento de tropas de Buenos Aires contra el Perú.—Su perniciosa influencia.

1814.

Comenzaron las operaciones de este año por el movimiento de la vanguardia sobre Jujuy y Salta, á las órdenes del general Ramírez, y se componía esta división de tres batallones, tres ó cuatro escuadrones y ocho piezas de campaña. Ramírez adelantó al valiente coronel Castro, natural de Salta, con la mayor parte de la caballería, y ambas poblaciones fueron ocupadas sin dificultad, estableciéndose Ramírez en la de Jujuy. Con este motivo el cuartel general se trasladó de Potosí á Tupiza, adonde llegó el 8 de Febrero, y allí permaneció hasta el mes de Mayo con el batallón del Centro avanzado en Suipacha. El general en jefe, D. Joaquín de la Pezuela, ni en Potosí ni en Tupiza cesó de ocuparse constantemente en dictar las

providencias que estimaba más acertadas para el buen gobierno y la pacífica conservación del orden público en los pueblos recientemente pacificados, y dedicó también sus desvelos al reemplazo del ejército y al aumento de dos batallones que creyó necesario levantar.

El activo español europeo Arenales, que había abrazado la causa de la revolución y obtenido el gobierno de la provincia de Cochabamba, después de la derrota de Ayohuma retirado á Valle-Grande, había reunido allí mucha gente, auxiliada del caudillo indio Cárdenas. Para libertar de sus vejatorias correrías á los pueblos pacificados, se sacaron tropas de las guarniciones de Oruro, Cochabamba y la Plata, á fin de formar una corta división que, al mando del teniente coronel Blanco, hiciera frente á los intentos de Arenales. Al encuentro de nuestro decidido jefe salieron los insurrectos en número de más de 4.000 hombres, la mayor parte montados, y en los primeros días de Febrero se trabó una reñida acción en el punto llamado de San Pedrillo, que, según el parte de Blanco de 4 del mismo mes, acabó por la derrota de los contrarios, después de tres horas de pelea, causándoles la pérdida de su artillería, cuatro cargas de pertrechos, algunos fusiles, más de cien hombres muertos, crecido número de heridos y 21 prisioneros. Los cabezas de esta facción y la mayor parte de sus partidarios mejor montados escaparon por el río de Pulquina, en cuya dirección todavía les persiguieron por algún tiempo los vencedores. Retirado Arenales á Santa Cruz de la Sierra con los dispersos que pudo reunir, y eficazmente auxiliado allí por el gobernador Warnes y aun por los indios infieles del valle de Ingre, llamados *chirihuanos*, logró rehacerse más pronto de lo que se esperaba. Era mucha su actividad y conocido su arrojo, y por lo tanto, no sólo fué preciso mantener en observación del Valle-Grande los 600 hombres de la columna de Blanco, sino remitir 100 con Ponferrada á Pomabamba y enviar desde Suipacha á la provincia de la Laguna al coronel Benavente con 300 del

batallón del Centro, que mandaba, á fin de distraer al enemigo por esta parte y contener las incursiones de los indios chirihuanos.

Estas acertadas medidas tuvieron resultados favorables: antes de que concluyera el mes de Marzo Blanco deshizo varios grupos de facciosos en distintos puntos, pero principalmente á las orillas del río Pilcomayo; Ponferrada la acción de Pomabamba y Benavente, otra en las cercanías del pueblo de Tarabita, cuyos sucesos c usaban tanto desaliento en los insurrectos, como animación en los leales. Sin embargo, las partidas levantadas á retaguardia de Blanco y las calenturas intermitentes que acometían á su tropa en Valle-Grande, le obligaron á replegarse á Totora, donde á principios de Abril, no sólo consiguió castigar los asesinatos del capitán Antesana y otros individuos, sino que pudo dedicarse á la recomposición de su deteriorado armamento y recoger algunos desertores, preparándose de este modo á obrar en una nueva combinación sobre Santa Cruz de la Sierra.

En los primeros días de Abril recibió Pezuela en Tupiza comunicaciones del general Ramírez, fechadas en Jujuy, en las que le participaba que, próximo á trasladarse á Salta, había suspendido este movimiento por las voces que corrían de que los enemigos, en número de 4.000 hombres, la mayor parte montados, se acercaban en dos divisiones con seis piezas de artillería, una por el camino del Pasaje y la otra por el de Huachipas, en cuyo concepto pedía algunas municiones, de que carecía. Por este tiempo fué atacada en los campos de Salta una gruesa partida del escuadrón de Castro, quedando en poder de los enemigos 45 hombres prisioneros, y para explorar mejor el país fué comisionado Marquiequi para hacer un esmerado reconocimiento por el camino de Cobos hasta el Pasaje. El general Pezuela reforzó inmediatamente á Ramírez con el batallón del general y 110 hombres del Centro, todos á las órdenes del teniente coronel don Francisco Navas, cuatro piezas de artillería bien servidas

y el repuesto competente de piedras de chispa y de municiones de fusil y de cañón. La división de vanguardia ascendía ahora á más de 3.200 hombres y 12 piezas de artillería de tropa, de muy regular calidad, y engreída con las victorias anteriores, aunque no dejaba de sentirse en ella el lamentable vicio de la deserción.

Convencido el general en jefe de la influencia que ejercían en la perpetración de este crimen los eclesiásticos adictos á la revolución, adoptó serias medidas para contenerla y obtuvo bastantes buenos resultados. Con alguna más tranquilidad sobre este punto, y disminuídos los cuidados que justamente inspiraban las numerosas reuniones de facciosos en Valle-Grande y Cordillera de Sauces, por la feliz entrada de Blanco en Santa Cruz de la Sierra y los no menos afortunados resultados del teniente coronel don Manuel Valle en su expedición á Tomina, en la que relevó al coronel Benavente, el general Pezuela, reunidos en Tupiza los dos batallones de nueva creación, se puso en marcha para Jujuy el 16 de Mayo y entró en esta población el 27 del mismo mes, porque era entonces un pensamiento dominante hacer una poderosa diversión en auxilio de la apurada plaza de Montevideo.

Entretanto, el teniente coronel don José Joaquín Blanco, después de haber atravesado terrenos pantanasos y ásperas montañas, había llegado al punto conocido por la Angostura, donde sostuvo una acción reñidísima, porque el terreno favorecía más á los enemigos; triunfando al fin nuestras tropas del número y de los obstáculos topográficos, entró Blanco en la capital de Santa Cruz de la Sierra. La confianza, que sin prudencia suele convertirse en peligroso contrario, le condujo á cometer el error de dividir sus fuerzas; destacó á Udaeta con 200 infantes y 100 caballos en persecución de los dispersos, y dejando de guarnición en Santa Cruz 80 hombres, se dirigió personalmente con el resto hacia la misión de la Florida; aquí le recibió un grueso trozo de enemigos y trabada una pelea desigual y empeñadísima, quiso nuestra mala suerte

que cayera el valeroso Blanco muerto de un balazo, con cuya desgracia, desalentados los soldados, fueron completamente batidos por los facciosos, con pérdida de la artillería, armamento y municiones. Los restos de esta célebre expedición procuraron salvarse como pudieron, los más tomando por el Valle de Samaipata y la guarnición de Santa Cruz por el partido de Chiquitos, único que les quedaba libre por haberse puesto en co nbustión toda la provincia, según avisó oficialmente el coronel Goiburu, con fecha 9 de Junio; "lo que—añade el virrey—simultáneamente prueba la predisposición de aquellos pueblos á la insurgencia, y que en lo militar tanto perjudica la demasiada lentitud de las operaciones, como la impremeditada y violenta ejecución de otras. Si Blanco, con más serenidad y sangre fría, hubiese reunido todas sus fuerzas y esperado los avisos del general en orden á la comisión dada al coronel don Guillermo Marquiegui, para ocupar el punto de Orán, con el doble objeto de recoger ganados y recibir de aquel lado los prófugos de la Laguna, esta diversión del enemigo le habría obligado á dividir la totalidad de su tropa, y probablemente dádole ventajas á una y otra expedición" (1).

Al invadir nuestras tropas la provincia de Salta, los enemigos se habían replegado al Tucumán, obligando á retirarse allí á todas las familias más señaladas por sus opiniones realistas, y haciendo conducir al mismo punto cuantos ganados y víveres les fué posible. De cuando en cuando se acercaban á Salta algunos grupos de *gauchos*, sostenidos por partidas de dragones más regularizadas á las órdenes todos de Güemes, un vecino notable de la ciudad, y con habilidad suma interceptaban las comunicaciones de nuestros cantones y estorbaban la introducción de víveres en ellos. Era de todo punto indispensable emplear fuerza proporcionada que ahuyentara á los insurrectos, aprovechando las lecciones que ofrecían los des-

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

calabros experimentados por el escuadrón de Partidarios á causa de la demasiada confianza con que el coronel Castro le empleaba en recorrer el campo, dividiéndolo en cortos destacamentos, los cuales, acechados por el enemigo, eran cargados de improviso por otros muy superiores y mejor montados, y, consiguientemente, destrozados ó hechos prisioneros.

Como el general en jefe continuaba en Jujuy los aprestos convenientes para seguir avanzando hacia el Tucumán, importábale mucho hacer reconocer bien el país y procurar adquirir noticias ciertas del enemigo. Á este fin dió el general comisión especial al comandante de ingenieros Mendizábal para que reconociera el terreno hasta el pueblo de Somalao, debiendo protegerlo el coronel D. Antonio María Alvarez, con 300 infantes y algunos caballos, los cuales salieron de Salta en los primeros días de Junio. En Somalao se hallaron con los enemigos en algún número, que, aunque desalojados al principio por dos compañías de infantería y el escuadrón de cazadores, á favor luego del monte y de los callejones continuaron un vivo fuego sobre los nuestros hasta salir al Bañado. Aquí recibió Alvarez un oficio del coronel Castro, en que le participaba la aproximación de 300 enemigos más del cuerpo de libertos de Buenos Aires, y tanto por este aviso como porque la comisión de Mendizábal estaba evacuada, se retiraron por la orilla del río Chicuana, y luego por el camino de la Isla, á la ciudad de Salta, y no sin sostener honrosamente algunos tiroteos.

Resuelto el general en jefe á llevar á cabo su enunciado proyecto, dictó las disposiciones conducentes á que el ejército se reuniera en Salta, empezando el primer regimiento por ponerse en marcha para Los Cerrillos á mediados de Julio; pero todo cambió repentinamente por la notable variación que reclamaba de necesidad el plan de operaciones. Eran la causa justificativa de esta novedad las noticias que empezaron á esparcirse sobre la pérdida de la plaza de Montevideo, cuyo auxilio, divirtiendo al

enemigo, era el objeto preferente de aquel movimiento, y aunque al principio se tuvo por un ardid empleado sagazmente por los disidentes para detener los progresos de las armas que mandaba Pezuela y mantener en esperanza el espíritu de insurrección de los pueblos, sin embargo el general, prestando la debida atención á dicha noticia y calculando los tristes resultados que podía ofrecer, caso de ser cierta, determinó suspender el movimiento y consultar por extraordinario al virrey el repliegue del ejército al Alto Perú, adoptando desde luego al efecto algunas medidas preventivas.

Los rumores esparcidos acerca de la pérdida de Montevideo, que vinieron á confirmarse por algunos papeles cogidos por el coronel Marguiequi al comandante de los fuertes del río del Valle y de Pitos, eran tanto más sorprendentes, cuanto por el navío *Asia*, arribado al Callao, se había sabido con satisfacción que se preparaba en Cádiz un refuerzo de tropas considerable con destino á dicha plaza; mas estrechando el sitio por mar y tierra los independientes, falta de víveres, Montevideo se vió obligada á capitular, y en esta virtud había pasado el 23 de Junio á poder del enemigo. Fueron condiciones expresas de la capitulación que el gobierno de Buenos Aires había de conservar como en depósito la plaza de Montevideo hasta el regreso de Fernando VII al trono de sus mayores, el que se había verificado ya en aquella fecha, y remitir las tropas españolas á la Península con todo su armamento. Fácil era á los independientes otorgar concesiones que no habían de cumplir; su principal objeto se dirigía á tomar posesión de la plaza, y buenos y plausibles eran para ellos los medios que condujeran al deseado fin. Así la capitulación no tuvo efecto más que en permitir al gobernador, capitán general D. Gaspar Vigodet, y á algunos oficiales de plana mayor, su regreso á España; toda la guarnición de Montevideo fué conducida á Buenos Aires como prisionera de guerra, y en esta ilustrada capital fué muy de notar la manera cómo un popu-

lacho descompuesto recibió á nuestros prisioneros en odio manifiesto del nombre español.

Bastaba calcular la temible influencia que necesariamente había de ejercer en el país la pérdida de Montevideo y los mayores medios de que podría disponer el gobierno de Buenos Aires para que el general Pezuela comprendiera las dificultades con que tendría que luchar si se empeñaba en mantenerse en la provincia de Salta hasta recibir las órdenes terminantes que había pedido al virrey de Lima, atendida la grande distancia que los separaba; pero la muerte del bravo Blanco y la derrota de su tropa en Santa Cruz de la Sierra; las pérdidas experimentadas en Valle Grande, de que daba parte el comandante Barra; el aviso del teniente coronel Valle de retirarse de La Laguna á Tarabuco por no creer poderse sostener allí más tiempo; los nuevos alborotos del partido de Cinti por el carácter conocidamente movedizo de los pueblos, y el aumento y mayor aliento de las partidas de *gauchos*, decidieron afortunadamente al general en jefe á replegar el ejército á Suipacha, aun antes de tener conocimiento de la terrible insurrección del Cuzco, de la que se dará luego noticia. La retirada se verificó en el mejor orden, aunque experimentando las tropas grandísimas penalidades, así por el rigor de la estación como por la escasez de forrajes.

El general en jefe dejó á Jujuy el 3 de Agosto, y, encargando á su segundo, Ramírez, que cubriera la retaguardia con las tropas ligeras, entró el 21 del propio mes en Suipacha.

Con la fecha de 23 de Julio había contestado el virrey á la urgente consulta del general en jefe, autorizándole plenamente para «disponer, dice, el repliegue desde Jujuy á Cotagaita, y aun más adelante si era menester, escogiendo todos los parajes más defensables que presenta el camino de estas sierras; pero que, en último evento, nunca debería cederse sino palmo á palmo y por partes el terreno hasta el Desaguadero, que son los términos de ambos

virreinatos», etc. (1). En cuanto á los prontos refuerzos, que también reclamaba el general en jefe, el virrey reconocía los fundamentos de esta petición, pero se hallaba imposibilitado de satisfacerla con la brevedad que se exigía y S. E. deseaba, porque seis días antes de recibir la mencionada comunicación de dicho general había enviado á Chile, en el navío de S. M., el *Asia*, 530 hombres del regimiento de Talavera, peninsular, que tan eficazmente contribuyó á la pacificación de ese reino en el presente año. Con los auxilios prestados á Chile y los remitidos al Alto Perú, desde 1809 inclusive, habían quedado los almacenes y repuestos de Lima casi exhaustos; mas no por esto descuidó el celoso virrey hacer nuevas remesas al general Pezuela, así de artículos de botica como de guerra, trabajando de día y de noche en éstos la maestranza de artillería. «Hubiera querido, añade, tener la posibilidad de aumentar fusiles, como se hacía de los demás artículos; y no hallando recurso humano suficiente, los clamores al Gobierno eran incesantes, pidiéndolos hasta en número de ocho ó diez mil, ó los que buenamente se pudieran acopiar, de que no tuve contestación en más de tres años de continuos ruegos é instancias» (2).

Recibido en Lima, por extraordinario, el parte del general en jefe, de 3 de Agosto, en el que participaba que en aquel mismo día emprendía su retirada hacia el Alto Perú, el virrey convocó inmediatamente una Junta de guerra, en la cual, en acta de 30 del mismo mes, se acordó aprobar la resolución del general Pezuela; que al comandante general de las tropas de Chile, que lo era el coronel de artillería D. Mariano Osorio, se le previniese que, en caso de haber triunfado de los enemigos, despachara el cuerpo de Talavera y otro de Chiloe á Arica ú otro puerto del Perú, para que reforzasen el ejército de operaciones, y, finalmente, que, si el estado de la guerra

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.
(2) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

en Chile no era tan lisonjero como se esperaba, se autorizase á Osorio para celebrar con los independientes un convenio, cuyas ventajosas estipulaciones le permitiesen dirigirse con todas sus fuerzas al Perú, para ayudar á salvar este vasto país y su ejército de operaciones de los complicados peligros que le amenazaban. Tan mal aspecto iba ofreciendo el estado militar y político de esta parte de la América meridional, abandonada á sus propios recursos, porque la terrible y desigual lucha en que á la sazón se hallaba envuelta la Península, por resistir la injustificable agresión del emperador de los franceses, no le permitía ayudarla como se deseaba y como el caso requería.

En marcha el ejército real, para volver á la frontera de la provincia de Potosí, recibió el general en jefe la triste nueva de la revolución que había estallado en el Cuzco, precisamente el mismo día 3 de Agosto en que él había dejado á Jujuy, promovida por los oficiales capitulados y juramentados en Salta, de los cuales, hallándose algunos presos en el cuartel de la guarnición por igual delito, intentado en Octubre del año anterior, lograron éstos seducir la tropa y conmover seguidamente el pueblo, pretextando que el ejército real, que mandaba Pezuela, había sido deshecho en el Tucumán. Apoderados de los ánimos de la muchedumbre, y eficazmente auxiliados por los no pocos adictos ocultos de la revolución, aprisionaron al brigadier gobernador, presidente interino D. Martín Concha, natural del Cuzco, y á los ministros de la Audiencia y demás empleados del Gobierno que no les inspiraban completa confianza; y, para dar nueva forma de gobierno á la provincia, nombraron una Junta al efecto. Compúsose ésta de D. José Angulo, presidente, con el cargo también de general de las armas; del hasta entonces fiel cacique de Chicocheros, Pomacahua, ya ascendido á brigadier; del doctor Astete, y del coronel Moscoso; don Vicente Angulo, hermano del presidente, fué nombrado segundo jefe superior militar, y todos de consuno y con

sorprendente actividad prepararon expediciones contra las provincias de Huamanga, Arequipa, Puno y la Paz, para moverlas é insurreccionarlas. El levantamiento del Cuzco, en el corazón del Perú, puso al virrey y al general en jefe en aflictivo conflicto, aumentado por la diligencia de los insurrectos en emplear la más eficaz seducción cerca de los oficiales y soldados cuzqueños que servían con honra en el ejército real; pero estos bravos militares, superiores á los medios que se ponían en juego para mancillar su reputación, ofrecieron bien pronto, con su noble conducta, una prueba insigne de su acendrada lealtad, con grandísima satisfacción de aquellos jefes superiores.

Propúsose el general Pezuela no revelar los terribles acontecimientos del Cuzco, mientras siquiera ponía en ejecución algunas medidas preparatorias para asegurarse más de la fidelidad de sus tropas; pero esta plausible pretensión rayaba en lo imposible, porque la correspondencia esparcida en el ejército había revelado demasiado pronto el secreto que se proponía guardar. "Viéndose en tal conflicto, dice Torrente, y rodeado al mismo tiempo por una porción considerable de cuadrillas sueltas, que si bien habían sido batidas en todo encuentro por las divisiones de Velasco cerca de Cochabamba, de Benavente en la Laguna y de Báez en Cinti, se rehacían al momento para volver con más tesón á la pelea, llegó á desconfiar de poder evitar la inminente disolución de su ejército. En tanto que halagaba á los oficiales y soldados, trabajando con el mayor ardor para que los sentimientos del honor y de fidelidad triunfasen sobre los de la naturaleza y de la sangre, entró en negociaciones con el general insurgente Rondeau, proponiéndole un armisticio y suspensión de hostilidades, hasta que el benigno monarca, restituído á esta sazón al trono de sus mayores, tomase disposiciones decisivas sobre la suerte de aquellos países; pero la altanera y descomedida contestación del caudillo de Buenos Aires, fijando por condición la retirada del ejército rea-

lista al Desaguadero, hizo ver al señor Pezuela la necesidad de recurrir á los extremados recursos que sugiere la misma desesperación, y á los extraordinarios esfuerzos que dicta á veces el honor propio lastimado, para dar al enemigo una lección práctica de lo arriesgado que es el insultar á quien sabe sentir todo el peso del honor.—En medio de estas terribles angustias, que traspasaban el corazón del general realista, se le ofrecieron luminosas pruebas para persuadirse de que el ánimo del soldado estaba lejos de haberse pervertido con los insidiosos manejos de sus parientes, amigos y paisanos rebeldes" (1).

En efecto, D. Saturnino Castro, natural de Salta, uno de los principales agentes del triunfo de Vilcapugio, cargando con el escuadrón que mandaba al enemigo por retaguardia cuando la mayor parte de nuestra línea había sido arrollada, ascendido rápidamente á coronel en merecido y justo premio de sus brillantes servicios á la causa de España, mimado, se puede decir, de todos los generales, y señaladamente apreciado en el ejército por su distinguido valor, acaso alterado su buen juicio por la imponente insurrección del Cuzco, concibió el criminal proyecto de mover el ejército todo á que abrazara el partido de la revolución. Su primera idea fué procurar ganar el primer regimiento, compuesto de cuzqueños y el de mayor influencia, sublevar con su apoyo á los demás cuerpos y apoderarse de las personas de los generales, jefes y oficiales que no inspirasen para el intento la más absoluta confianza. Á fin de asegurar mejor el éxito de esta infame trama, dirigió Castro una comunicación al general enemigo para que se aproximase con sus fuerzas á las posiciones del ejército real, en el concepto de que estallaría la rebelión en la noche del 1.° de Noviembre. Por fortuna llegaron á noticia del general Pezuela los ocultos manejos de Castro y dispuso inmediatamente su prisión; pero avisado éste oportunamente, y aun se sospechó si por con-

(1) *Historia de la revolución Hispano-Americana.*

ducto de un capellán que merecía distinciones en el cuartel general, se propuso evitar el golpe precipitando la ejecución de su infernal designio.

El coronel Castro se hallaba á la sazón separado del escuadrón que mandaba, por haber obtenido licencia temporal para pasar á Lima, y con algunos soldados que le acompañaban se acercó al cantón de su cuerpo, esperanzado de atraerlo á sus ideas por medio del poderoso influjo que ejercía en él su ascendiente; pero muy pocos fueron los individuos de tropa que se resolvieron á seguirle con su hermano D. Pedro Antonio, que servía de oficial en el mismo escuadrón, y quien después continuó sirviendo con honra en el ejército real hasta la funesta disidencia del general Olañeta. No muy satisfecho Castro de la correspondencia con que contaba de parte de su cuerpo, conducta que debía servirle de provechoso alerta, se encaminó á Moraya, donde se hallaba el primer regimiento, y sobre la marcha despachó una comunicación al general en jefe, intimándole que se rindiera con las condiciones que le imponía, las cuales, no estando aún apoyadas en medios seguros de realización, no parecían más que el efecto de un lastimoso trastorno mental. Al propio tiempo hizo circular una proclama por los cantones para persuadir á las tropas que el general Pezuela pensaba sacrificar en una acción á los soldados cuzqueños, y que los que no pereciesen en ella serían destinados á los duros trabajos de las minas de Potosí; finalmente aseguraba que la revolución del Cuzco se había extendido triunfante hasta la ciudad de Lima, capital del virreinato. Seguidamente se presentó Castro en Moraya, pintando con inimitable descaro el estado de insurrección en que ya se hallaba el ejército, y exigió con altivez del coronel del primer regimiento D. Manuel González Bernedo, único europeo que militaba en él, que entregase el mando al sargento mayor D. Mariano Antonio Novoa.

La confianza y seguridad que aparentaba el coronel Castro no produjeron el efecto que se proponía, porque

reunidos los oficiales en el alojamiento de Bernedo se enteraron de la falsedad de las aseveraciones de aquél por el teniente Matorras que le acompañaba, sin duda ignorante de su intento. Encargaron entonces al mayor Novoa que con un capitán y algunos soldados saliesen á averiguar la verdad, y notando que Castro se apresuraba á tomar su caballo, acaso para sustraerse por la fuga de aquel grave compromiso, se apoderaron de su persona y lo presentaron á su coronel instruyendo al regimiento de la enormidad de su perfidia. Subió de punto la indignación de este leal cuerpo y quería en el acto castigar tamaña traición; mas lograron sus jefes remitir á Castro preso á Suipacha escoltado por una compañía. El primer regimiento llevó más adelante su empeño: reclamó ser el ejecutor de la pena que el tribunal competente impusiera al delincuente, la cual vino á ser la de muerte pasado por las armas; y después de juzgado y sentenciado el coronel Castro mandó el general Pezuela que fuese devuelto al cantón de Moraya para ser ejecutado. Así acabó sus días un oficial tan distinguido y de tantas esperanzas, mientras fué fiel á sus deberes.

Más tranquilo el general en jefe por el buen espíritu que afortunadamente reinaba en sus tropas en tan complicada situación, no podía dejar de dirigir sus cuidados hacia la rebelión del Cuzco, que amenazaba devorar el reino, si no se acertaba á sofocarla con la prontitud que convenía, en cuya virtud reunió en Suipacha una junta de guerra para resolver con su acuerdo lo que pareciera más urgente y útil. Esta junta, después de haberse hecho cargo con escrupuloso detenimiento del estado crítico en que el país se hallaba y contado, como era justo, con los esfuerzos del infatigable virrey marqués de la Concordia para restablecer el orden en los pueblos alterados, adoptó una resolución valiente y salvadora, que hace tanto honor á la junta que la propuso como al general Pezuela que la aceptó y dispuso su ejecución. Determinóse, pues, que el general D. Juan Ramírez marchara inmediatamente

contra los insurrectos del Cuzco con dos batallones, dos escuadrones y cuatro piezas de artillería, sobre 1.200 hombres en todo: que de esta división podría encargarse después el general Picoaga, que se hallaba en el Cuzco, su patria, cuando estalló la rebelión y había logrado fugarse á Arequipa en compañía de otros vecinos fieles: y que el resto del ejército, en fin, se replegara á Santiago de Cotagaita, punto que ofrecía mayores medios de defensa caso de que las tropas de Buenos Aires avanzaran, como era de temer, así por aprovechar la terrible diversión que causaba la insurrección del Cuzco, como porque, rendida la plaza de Montevideo, podían los enemigos disponer de mayores fuerzas y más acostumbradas á las fatigas de la guerra.

Tan luego como se divulgó en el ejército español el designio de despachar una división pacificadora al Cuzco, el primer regimiento, que se componía de naturales de esta provincia, pidió con instancia formar parte de ella; y si riesgo había en consentir en la demanda, mayores y acaso más transcendentales consecuencias podía ofrecer el disgusto que ocasionara la negativa: el general en jefe accedió á la petición, y con admirable cordura y tino, según acreditó la experiencia. Aprestada y despedida con celeridad la división expedicionaria, el general en jefe dispuso su traslación á Cotagaita: estableció el batallón de cazadores y un escuadrón en Moraya y Mojos, y con las demás tropas salió de Suipacha el 15 de Septiembre y llegó al mencionado Cotagaita el 19, mandando en seguida poner por obra los atrincheramientos y baterías que habían de aumentar la defensa de dicho punto. Presumían algunos que estas obras tenían por principal y útil objeto entretener por algún tiempo convenientemente al soldado, pues bien sabía el general Pezuela que para internarse los disidentes en el Alto Perú no necesitaban estrellarse contra las angosturas fortificadas de Santiago de Cotagaita, que podían libremente flanquear ó por la derecha ó por la izquierda, y obligar al ejército real á

abandonarlas sin disparar un tiro. Á fines de Septiembre ya se presentaron algunas descubiertas independientes á causar alarmas en los puestos avanzados de Moraya y Mojos; pero después de haber perdido algunos hombres, temerosos de que se las persiguiera con mayor empeño, se retiraron á gran distancia.

Mientras el general Ramírez dirige la marcha de su expedición al Norte, y antes de volver á tratar de las operaciones del general Pezuela, entraremos en algunos pormenores sobre la peligrosa insurrección del Cuzco y daremos alguna razón de las expediciones revolucionarias que salieron de esta capital, para que se pueda formar una idea aproximada de su naturaleza. Según los mejores datos reunidos en el Gobierno superior del Perú, el plan de revolucionar el país fué trazado por los independientes en Salta, de acuerdo con varios de los oficiales capitulados y juramentados, y comunicado á sus partidarios ocultos y agentes de las provincias. Muy adelantado este temible proyecto en el Cuzco, fué denunciado al presidente interino el brigadier Concha por uno de los oficiales separados del ejército, á quien los promovedores suponían disgustado y dispuesto á tomar parte en él, denuncia que se verificó el 30 de Octubre de 1813. Las providencias de Concha impidieron que estallara entonces la rebelión que agitaban los sediciosos; pero sin otro resultado que el de aplazar su explosión, porque encargado de la instrucción de la consiguiente causa uno de los juristas complicados en el proyecto, no sólo se hizo pública la denuncia, sino que se dilataron y entorpecieron de intento los trámites del juicio hasta el 3 de Agosto de presente año 1814 en que los conjurados tomaron por sorpresa el cuartel y las armas de la guarnición. Dueños de este recurso los revoltosos pusieron en prisión al gobernador presidente, á los ministros de justicia y á todos los empleados no cómplices de la maquinación, principalmente europeos, y levantaron horcas en distintos puntos, entregándose además á tóda clase de desórdenes, proveyendo en medio de este

tumulto á la formación de una junnta de Gobierno, de la que se ha hecho ya mención.

Posesionados los facciosos del Cuzco y dueños de cuanto contenían sus almacenes, despacharon por extraordinario invitaciones á los cabildos, Ayuntamientos de todas partes para que cooperasen al logro de su designio; mas el espíritu público no se hallaba á la sazón totalmente pervertido, y los pueblos de Abancay, Andahuailas y Huamange contestaron protestando de su lealtad al rey y de su fidelidad á las autoridades legítimas. Era en extremo urgente apoyar las buenas disposiciones de la lealtad, máxime en la provincia de Huamanga, que se halla sobre el camino directo del Cuzco á Lima, y al efecto el virrey mandó aprestar el resto del batallón de Talavera, 100 hombres de la Concordia y 500 fusiles para que á las órdenes del teniente coronel don Vicente González marchasen á dicha provincia. Para proporcionarse los medios en numerario de que carecía, acudió de nuevo personalmente al acreditado patriotismo del consulado de la capital y tuvo inmediatamente á su disposición el virrey 50.000 pesos. Dirigió también S. E. á todos los jefes y corporaciones del reino las comunicaciones que las circunstancias demandaban, y obtuvo del reverendo arzobispo que dejara oir su voz pastoral en todo el arzobispado y más particularmente entre los extraviados cuzqueños, de cuya provincia había sido antes prelado diocesano, porque el virrey seguía con constancia la máxima de no hacer uso de las armas, sino después de convencido de que los amotinados desoían y despreciaban las amonestaciones paternales y los consejos de la sana razón.

Entretanto los revolucionarios del Cuzco reunían mucha gente y se aprestaban á obrar: destacaron un trozo considerable á conmover los pueblos del Norte y ocupó sin dificultad el partido de Andahuailas en la intendencia de Huamanga. Con el aviso de esta novedad mandó el virrey salir de Lima al teniente coronel González con 120 hombres de Talavera, cuatro cañones de montaña, 40.000 pe-

sos, municiones, fusiles y oficiales para armar é instruir las milicias que pudieran aprontarse y acudir al socorro de Huamanga. El intendente interino de esta provincia había acuartelado por su parte 400 hombres con destino á la defensa del puente de Pampas, mientras llegaban los socorros de Lima; pero el 2 de Septiembre, en que debían verificar su marcha de Huamanga, las madres, mujeres y hermanas de éstos levantaron el grito contra la partida de sus maridos y relacionados, se metieron en los cuarteles y los indujeron á salir con las armas en la mano para emplearlas en romper las puertas de algunas tiendas de comercio, que saquearon con otras casas de particulares. Con este motivo previnose á González que acelerase sus jornadas hasta Huamanga, donde debía esperar el refuerzo que se había pedido á Tarma. La revolución cundía por todas partes: el intendente de Arequipa manifestaba incesantemente los mayores temores por la dificultad que reconocía en poder mantener la tranquilidad en algunos partidos de su provincia y aun en la misma capital, á causa del espíritu que advertía y de la poca fuerza con que contaba, concluyendo así él como el cabildo de Arequipa por hacer peticiones al virrey tan inconsideradas como imposibles de satisfacer: y por la parte de Puno, con sólo haberse acercado á Sicuani otro trozo de insurrectos del Cuzco, al mando del cabecilla Pinelo y del clérigo Muñecas, los 200 hombres que guarnecían dicha ciudad y 300 reclutas con destino al ejército, todos se declararon en favor de la insurrección y se unieron á los cuzqueños.

"Con tales datos—decía acertadamente el virrey—no era dudable la suerte que debía correr Arequipa, y en este caso, debiendo quedar cortada la comunicación del ejército del Alto Perú y todas sus provincias, no quedaba más recurso á su general, incomodado por los enjambres de rebeldes que le rodeaban, disminuído el grueso de sus tropas en muchas y cortas secciones, que se destacaban á derecha é izquierda, y amagado por el enemigo del

frente, ¡que hacen un esfuerzo extraordinario para flanquear el camino de retaguardia" (1). Esta ha sido cabalmente la conducta del general en jefe, quien no sólo ha llenado cumplidamente las esperanzas del virrey, como S. E. ha reconocido, sino que ha dado una prueba insigne con sus disposiciones de que comprendía bien su crítica situación y la del país mismo. La resolución de destacar al general Ramírez con 1.200 hombres del Cuzco contra la insurrección del mismo Cuzco era arriesgada, pero necesaria; fué un rasgo de valentía y de inteligencia que merecía la corona del triunfo, y en efecto obtuvo los más gloriosos resultados.

Extendida sin resistencia la revolución del Cuzco á la ciudad de Puno por el Sur y á Andaluhuailas por el Norte, con presencia del escándalo que habían dado en Huamanga las mujeres y la gente de guerra reunida para la defensa del puente de Pampas, y del estado de inseguridad en que el dignísimo criollo D. José Gabriel Moscoso, gobernador intendente de Arequia, pintaba la provincia de su mando, el virrey convocó en Lima la junta de guerra el 13 de Septiembre para adoptar con su acuerdo las providencias más urgentes y propias de las circunstancias. Consiguientemente se determinó que se remitiesen á las órdenes del mariscal de campo D. Francisco Picoaga 100 soldados del regimiento veterano Real de Lima, 500 fusiles para armar otros tantos hombres en el partido de Chuquibamba y otros de la jurisdicción de Arequipa, 500 lanzas para el servicio de la gente de á caballo, las municiones correspondientes y 26.000 pesos en metálico. El general Picoaga gozaba en el país de mucha reputación, le autorizó el virrey además cumplidamente para prevenir los entorpecimientos que suelen ofrecer las largas distancias, y le recomendaba con preferencia que, una vez habilitado con el auxilio que se le enviaba y los que pudiese proporcionar el celoso intendente de Are-

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

quipa y su buen nombre, marchase sobre la capital de Puno y pusiese expedita la comunicación con el cuartel general de Pezuela, ya interceptada. Al efecto, y por mayor seguridad, se embarcaron los 100 hombres y los demás artículos referidos en la fragata mercante *Tomás*, y salieron el 26 de Septiembre del Callao con destino á Quilca.

Para atender al mantenimiento del sosiego público por el lado de Huamanga, hallábase, como se ha indicado, en marcha el esforzado D. Vicente González, teniente coronel del regimiento de Talavera, y en caso necesario podía ser reforzada su corta fuerza con un destacamento que guarnecía la ciudad de Ica; mas comprendiendo bien el virrey las grandísimas dificultades, la imposibilidad tal vez, de reponerla si sufría alguna desgracia, admitiendo las excusas del gobernador interino de Huamanga don Francisco Ruiz de Ochoa y de su digno obispo, el señor Silva, otro americano eminentísimo por sus virtudes, su ciencia y su lealtad al rey y á la España, adoptó el temperamento de perdonar por su conducto á los motores del desorden ocurrido allí con la gente acuartelada, á condición sin embargo de permanecer tranquilos en sus hogares los que no quisiesen participar de la honra de hacer frente á las hordas de los caudillos Mendoza y Béjar, que amenazaban con una invasión cuzqueña. Por este medio, y por los eficaces esfuerzos del gobernador interino y del obispo de Huamanga, logró el virrey que se suspendiesen los peligrosos efectos de la convulsión iniciada y que se mantuviesen tranquilos al parecer aquellos habitantes por algunos días. Mas poco después, y al mismo tiempo que supo el virrey en Lima el arribo de González á Huancavelica, recibió el parte oficial de la ocupación de Andahuailas por los facciosos, y por extraordinario previno á aquel jefe la necesidad que había de que acelerase su marcha hacia Huamanga y de que procurase la destrucción de los rebeldes, empleando antes los medios pacíficos de la persuasión, á cuyo fin escribió también S. E. al

jefe de los insurrectos tan inútilmente como en otras ocasiones.

Reforzado González en Huancavelica con 100 milicianos voluntarios continuó el movimiento al Sur; pero los cuzqueños, anticipándose á él, ocuparon á Huamanga sin la menor oposición ni resistencia, circunstancia que podía hacer dudar mucho de la buena voluntad de otros pueblos, máxime cuando el gobernador intendente de Huancavelica manifestaba oficialmente la poca confianza que le inspiraban sus gobernados. Terribles debían de ser los contrarios afectos que en tan complicada situación combatiesen el ánimo del virrey; pero afortunadamente recibió entonces este infatigable anciano una comunicación del teniente coronel González, de 27 de Septiembre, desde Huanta, anunciando haber aumentado su corta fuerza con 500 milicianos, todos voluntarios del regimiento de Huanta, y entusiasmados por sus nobles jefes el coronel D. José Lazon, el teniente coronel D. Nicolás Torres y el sargento mayor D. Pedro Fernández de Quevedo, cuya noticia alimentó en los leales más lisonjeras esperanzas, á que contribuyó también el virrey por su parte haciendo con la mayor actividad nueva remesa de las armas que la maestranza de artillería habilitaba. Mas, confiado González, y deseoso de llenar el objeto de su comisión sin efusión de sangre, si era posible, intimó desde Huanta á los enemigos que evacuasen á Huamanga y su provincia; pero habiendo sido detenidos y maltratados los portadores de esta intimación por la vanguardia de los facciosos avanzada ya á Huamanguilla, despachó contra ella un corto destacamento ignorante de su número, y los nuestros, comprometidos en un desigual y obstinado combate, alcanzaron con su extraordinario arrojo la completa dispersión de sus bisoños, pero numerosos contrarios.

«La acción fué temeraria—dice el virrey—, pero en tal grado feliz, que ella sola, en mi concepto, fué un anuncio de las siguientes por el pavor que suele infundir al ene-

migo el desprecio de los riesgos y la presencia de ánimo que se necesita para atropellarlos» (1).

Irritados los caudillos de los insurrectos por el suceso de Huamanguilla, que no contaban conque les fuese adverso, movieron sus huestes contra Huanta en número de más de 5.000 hombres, muchos de ellos montados, sobre 300 armados de fusil y los demás con lanzas, chuzos, macanas y hondas, y el 2 de Octubre descendieron de las alturas inmediatas á la villa para atacar á González en la población. Éste esperó con la serenidad y sangre fría que le caracterizaban hasta que le pareció oportuno destacar al coronel Lazón con 100 hombres á ocupar los altos que dejaba el enemigo, lo que consiguió á esfuerzos de un continuo y vivo fuego. "El cansancio y la carnicería que se hizo en las tropas insurgentes—continúa el virrey refiriéndose á los partes oficiales—les obligó á desamparar los puestos que ocupaban, alejándose considerablemente del pueblo, de manera que Lazón pudo recuperarse de la fatiga del día, aunque con el enemigo á la vista en toda aquella noche. Al siguiente volvieron á la carga por la parte de Alanorco y la de Casacancha, dejando en el centro nombrado Espíritu-Santo un cuerpo de tropas. Prontamente y con la misma celeridad con que era acometido, repartió González la gente de su división, en términos que, guardando el centro de la población, hallase el enemigo resistencia en los puntos por donde dirigía el ataque. Lazón por su parte y González por la suya, hacían destrozos con el ordenado fuego de su fusilería, hasta unirse ambas fuerzas, en cuyo acto el enemigo, atacando por el frente, penetró hasta las primeras calles de la población. Advertido este movimiento, se replegaron una y otra columna al pueblo, cuyo punto se defendía con igual vigor; mas inutilizados tres de los cuatro cañones que tenía la división, fué forzoso atacar con fuego y bayoneta hasta morir. Esta resolución, ejecutada con la mayor bi-

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

zarría, infundió tal respeto al enemigo, que consecutivamente fué perdiendo ó desamparando las tres baterías y los tres cañones que en ellas habían colocado. Los paisanos tañeron á este tiempo las campanas en señal de victoria por las armas del rey, con lo que y el fuego que sufrían sin cesar, la confusión fué tal, que huyendo de la muerte tropezaban con ella en manos de los milicianos, á quienes se hacía imposible detener sus brazos; 600 muertos, infinitos heridos y 40 prisioneros dan una idea de la sangrienta y memorable acción de Huanta, que también lo es por la desproporción de nuestras pérdidas, que únicamente consistieron en nueve muertos y menos de 20 heridos y contusos en siete horas de vivo fuego. Todo el parque quedó en poder de González, y la derrota fué tan completa que dejaron libre el paso y la misma ciudad de Huamanga, después de haber ejecutado los más horrorosos crímenes en las personas y bienes de aquellos habitantes. Horroriza la muerte del coronel D. Francisco Tincopa y del subdelegado de Vilcashuaman D. Cosme Echevarría, cuyos miembros dejaron esparcidos y separados de sus cuerpos; pero á igual atentado cometido con el capitán D. Vicente Moya, añadieron el sacrilegio de sacarlo arrastrando del sagrario de la compañía adonde estaba refugiado» (1).

Las primeras noticias que se esparcieron rápidamente por Huancavelica, relativas al glorioso triunfo de Huanta, se creyeron ser obra de los astutos revolucionarios, pues se atribuía en ellas á los facciosos la victoria alcanzada por las armas españolas. En este equivocado concepto, el pueblo se conmovió repentinamente exigiendo un tumulto del gobernador intendente que manifestase acerca de aquella acción el parte oficial que no había recibido. Procuraba este jefe aquietar tamaño desorden con la verdad, que no era creída, y su voz era sofocada por los gritos y lamentaciones de las mujeres, que clamaban porque se

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

las desengañase acerca de la suerte de sus maridos y parientes, los milicianos que voluntariamente habían seguido á González. En este estado de agitación y sobresalto anocheció, y aprovechándose de las sombras los malintencionados, que pocas veces falta alguno, ni aun en las más inocentes reuniones, dieron nueva dirección al tumulto y se entregaron á los excesos del saqueo. Los vecinos honrados y que más tenían que perder, buscaban su seguridad personal en la fuga ú ocultándose, y de este número fué el gobernador intendente; pero hallado por los alzados en medio de aquel desorden con un criado que le acompañaba, fueron ambos vilipendiados y maltratados con positivo riesgo de su vida "hasta que—añade el citado virrey—calmado el ardor del motín, quizá con más seguras noticias de la acción de Huanta, dieron la autoridad del mando á un vecino, y por su influjo la libertad al intendente. Esta es otra lección para los pueblos que, no reposando en la confianza que deben tener de las autoridades legítimas, esto es, de un gobierno reconocido y verdaderamente paternal, el recelo es un crimen y el castigo que él merece le reciben de su propia mano" (1).

Sin embargo, la provincia de Huancavelica quedó agitada por algunos descontentos y partidarios de la revolución, á punto de hacer temer por la tranquilidad del poblado y rico valle de Jauja y otros pueblos de la provincia de Tarma, situación que el celoso y entendido virrey no podía descuidar, por lo interesante que era contener semejantes desmanes, sobre la frontera ya de la provincia de Lima, y mantener expedita la comunicación con González en Huamanga. Destacó, pues, el 12 de Octubre al capitán don Felipe Eulate con 100 hombres del Real de Lima, quien á su paso por Jauja debía tomar dos cañones que allí había en estado de servicio. Con la oportuna presencia de Eulate en Huancavelica, los vecinos fugitivos fueron volviendo á sus casas, y el sosiego y la obe-

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

diencia se fueron restableciendo en esta provincia, como el cabildo de aquella capital y el mismo capitán Eulate aseguraban de oficio, con fecha del 19 y 30 del citado Octubre. Mientras el aspecto de las cosas públicas mejoraba visiblemente por este lado, diferente era el carácter de gravedad que iban tomando por otros puntos.

Á pesar de los incesantes esfuerzos y desvelos del celoso intendente de Arequipa Moscoso, y de la actividad y diligencia del general Picoaga, poco se había adelantado allí en la organización de tropas, porque los 100 hombres del Real de Lima, los fusiles, el dinero y las municiones que conducía la fragata *Tomás*, según se ha dicho, sufrían los retrasos que las contingencias de los viajes por mar suelen ofrecer, cuando menos se esperan. Así, ni pudo Picoaga maniobrar por Chuquibamba, ni detener los progresos de la expedición cuzqueña contra Puno. Al contrario, reforzados los facciosos con los 200 hombres de la guarnición de esta capital y los 300 reclutas destinados al ejército de Pezuela, y conmovidos además casi todos los pueblos de la provincia, marcharon contra el punto fortificado del Desaguadero, donde mandaba don Joaquín Revuelta. Este jefe rechazó con digna firmeza la intimación que le dirigieron, confiado en la fidelidad de los 160 hombres que mandaba; pero abandonado de éstos y de gran parte de los vecinos del pueblo, pudo apenas escapar á la inmediata ciudad de la Paz con 14 soldados, que quisieron seguir su suerte, y quedaron por consiguiente en poder de los insurrectos 13 piezas de artillería de distintos calibres y cuanto contenían aquellos abastecidos almacenes. Reforzados de nuevo los enemigos, y disculpablemente más alentados, se encaminaron en considerable número contra la Paz, seguidos de ocho piezas de artillería.

Se componía la guarnición de esta ciudad de 300 hombres y cuatro piezas de artillería, en regular estado, y como á su cabeza se hallaba el gobernador intendente de la provincia, marqués de Valdehoyos, acreditado por su

valor, sus conocimientos y su acendrada lealtad, de esperar era hubiese hallado recursos de resistencia hasta que pudiese ser auxiliado y socorrido por la división del general Ramírez, que se hallaba en marcha desde mediados de Septiembre. El 22 de este mes cercaron los enemigos á la Paz, y después de la vigorosa defensa que fué posible, sublevándose la plebe en los momentos más críticos, la tomaron á viva fuerza el 24 del precitado mes con el eficaz auxilio que les prestaron los indios y los mestizos que habitaban la ciudad, ansiosos de robar, como lo habían ejecutado en los alborotos anteriores, y así se entregaron unos y otros á todo género de desórdenes. En medio de multiplicados é inexplicables excesos, continuados en tumulto por tres ó cuatro días, el mismo descuido y la violencia dieron lugar á que se volara un repuesto de pólvora, que causó bastantes desgracias en la población y muchos estragos en sus edificios, y atribuyendo maliciosamente esta desgracia á los llamados realistas y godos, de los que tenían presos á varios con el gobernador intendente, se ensañaron los facciosos contra ellos, asesinaron bárbaramente 59, la mayor parte europeos, y se entregaron con furor al saqueo y al pillaje de las casas y almacenes más ricos. Después de perpetrados tantos crímenes, supieron los facciosos que la división expedicionaria, procedente del cuartel general se acercaba, y abandonando la ensangrentada ciudad huyeron algunos á ocultarse y se retiraron los más al Desaguadero; pero reforzados con 500 hombres armados de fusil y sobre 4.000 indios con lanzas, macanas y hondas y 10 piezas de artillería, tuvieron el atrevimiento de volverse á los altos de la Paz, y esperar en ellos á los veteranos que conducía el bravo general Ramírez.

La escasez de víveres, de bagajes, de dinero y aun de calzado, detenían sensiblemente el paso á la columna de ese acreditado jefe, por manera que hallándose en Oruro, tuvo la primera noticia de la pérdida del Desaguadero. Provisto Ramírez de lo más indispensable, en la forma

que le fué posible, se dirigió sin descansar á la arruinada y desolada ciudad de la Paz, y el 2 de Noviembre dió vista á los enemigos en las inmediaciones del pueblo de Achocalla. La formación de éstos era la de un cuadro bastante irregular, con la izquierda apoyada á un barranco de la quebrada ó valle de la Paz, teniendo á retaguardia el cerro de Chacaltaya y algunas partidas de infantería y caballería diseminadas por el campo en distintas direcciones. La acción comenzó por el fuego de cañón de los facciosos, que las tropas del rey aguantaron con firmeza y serenidad mientras se aprestaban tres de nuestras piezas de á 4; entonces dispuso Ramírez el ataque con inteligencia, y ejecutado con la más briosa decisión, puso pronto en completa derrota y con pérdida á los contrarios, quedando en poder de los vencedores toda la artillería y municiones de los alzados, 184 fusiles y la bandera revolucionaria que habían sacado del Cuzco. La poca caballería realista y su mal estado no permitió sacar de la fuga de los vencidos todo el partido que su total dispersión ofrecía.

Con este triunfo la ciudad de la Paz quedó libre; encaminóse á ella el general Ramírez y tuvo el desconsuelo de hallarla sembrada de cadáveres, cubierta de escombros y llenos de miseria sus habitantes. Ocupábase sin levantar mano de prestarla los socorros de que podia disponer y de poner arreglo y orden en su destrozado gobierno, cuando se le presentó una diputación de dos eclesiásticos enviados por los enemigos con proposiciones de acomodamiento; pero habiendo exigido el general preliminarmente de los cabecillas que se le entregaran las armas y lo robado en la Paz, cesaron las conferencias, retirándose tan precipitadamente á Puno los insurrectos, que dejaron intacto el puente del Desaguadero y el abundante parque que allí había. El 17 de Noviembre continuó Ramírez su movimiento al Norte.

Al mismo tiempo que los revolucionarios del Cuzco enviaron expediciones contra Huamanga, Puno y la Paz,

prepararon y despacharon otra contra la provincia de Arequipa, cuyo primer resultado fué desgraciadamente distinto del de las anteriores. Componíase ésta de más de 5.000 hombres, de ellos 500 armados de fusil y el resto de lanza, macana y honda y bastante número á caballo con algunas piezas de artillería, capitaneados todos por el ya mencionado cacique de Chincheros el brigadier Pomacahua y por D. Vicente Angulo, hermano del presidente de los revolucionarios del Cuzco. Por desgracia la fragata *Tomás*, que conducía los auxilios que el virrey marqués de la Concordia remitía de Lima, no se sabía hubiese aportado á ninguno de los puertos intermedios; y sin embargo, el general Picoaga, el intendente Moscoso y el brigadier D. Pío Tristán, más animosos que prudentes, salieron á esperar la facción á la Pacheta, cuatro leguas de Arequipa, donde el 9 de Noviembre arriesgaron un combate desigual con poca fuerza, sin instrucción, y lo que era peor, descontenta. La resistencia fué de cortísima duración, no obstante el valor personal de aquellos tres jefes, y los nuestros cedieron en breve el campo al enemigo, fugándose cada uno por el camino y dirección que podía y se le presentaba. Un destino tan adverso como cruel puso al general Picoaga y al gobernador intendente Moscoso en poder del enemigo, y ufano Pomacahua entró al día siguiente 10 del citado Noviembre en la capital de Arequipa, donde fué recibido con estrepitosos vivas y aplausos por los partidarios que contaba la revolución, particularmente entre los eclesiásticos de las órdenes religiosas que allí había. Á los pocos días de esta entrada triunfal se entregaron los indisciplinados enemigos á sus acostumbrados desmanes, saqueando indistintamente las casas, talleres, tiendas y almacenes, así de los apellidados realistas, como de los que blasonaban de *patriotas*, y esta singular y extraña conducta contribuyó eficazmente para que muchos de los adictos á la novedad mudasen súbitamente de opinión, bien aleccionados por la triste y costosa experiencia que acababan de adquirir.

La noticia de la derrota del general Picoaga y de la entrada de los facciosos en Arequipa causó en Lima la sensación más inexplicable. Nada se sabía del ejército, nada de la suerte de Ramírez y nada del estado de Chile. Muchos creían con harto fundamento decidida definitivamente la suerte del Perú en favor de la revolución, y sería de todo punto imposible pintar las animadas esperanzas de los desleales y las angustias que cercaban al noble y anciano virrey y á todos los fieles que de corazón le ayudaban todavía á sostener el edificio del Estado que parecía medio desplomado sobre sus cabezas. Tan amarga situación se deduce bien de estas palabras del virrey: "Sabíase—dice—la ocupación de la Paz y los desastres que en ella habían hecho los enemigos; pero se ignoraba la acción que se ha descrito y la consiguiente recuperación de aquel punto. Tampoco se tenía noticia del comandante general Osorio en Chile, ni del estado de la guerra de aquel reino. Ignorábase la suerte de las órdenes que hasta por triplicado se habían pasado á aquel jefe, en conformidad de lo resuelto en junta de guerra para activar sus operaciones, y que en cualquier estado tratase con los insurgentes la negociación más decorosa que pudiese alcanzar, para volar al socorro del general Pezuela y de sus valientes y beneméritas tropas, y era, en fin, de recelar, que reforzados en Jujuy y Salta los enemigos del río de la Plata, en consecuencia de la pérdida de Montevideo y con las considerables cuadrillas de rebeldes, que, sucediéndose de continuo en los partidos, incomodaban y molestaban al ejército en términos que, bien por falta de víveres ó por otros de los muchos accidentes que en prudencia eran temibles, ocasionasen su entera ruina y destrucción" (1).

Por fortuna no fué de larga duración este terrible estado de sobresalto é incertidumbre, porque también fué corta la permanencia de los alzados en Arequipa, pues

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

inesperadamente, noticiosos los enemigos de la derrota de sus compañeros en los altos de La Paz, y de que la brava división del general Ramírez continuaba avanzando, abandonaron la ciudad el 30 de Noviembre y pasaron á situarse en Apo, punto en el cual se separan los caminos del Cuzco y de Puno. Todavía desde aquí los caudillos Pomacahua y Angulo despacharon una ridícula intimación al general Ramírez para que rindiese las armas de su mando *al poder irresistible de la patria*, decían, pintándole con falsedad al efecto que toda la costa, hasta Lima, se había levantado contra la dominación española, y que el mismo virrey se hallaba ya preso. Por alarmantes que fuesen estas noticias, que de ningún modo rayaban en lo imposible, no era Ramírez hombre de dejarse imponer con facilidad; así fué que, sin detener su marcha, contestó de palabra que iba personalmente á llevar la respuesta, indicación bastante para que los facciosos se retiraran precipitadamente hacia el Cuzco, á reunir con nuevas patrañas á su numerosa y conmovida indiada, pero llevándose presos á los precitados Picoaga y Moscoso.

El general Ramírez, restablecidas las autoridades legítimas en Puno como en La Paz, y libradas las prevenciones más urgentes relativas á su mejor administración, sin obstáculos ni enemigos que le disputasen el paso, se dirigió á Arequipa para restablecer también en esta capital y provincia el gobierno español y consolar á los buenos en lo posible de los desastres y malos tratamientos que acababan de experimentar. Encontró los campos de Apo sembrados de las piezas de artillería y otros efectos de guerra que por su volumen y peso no pudieron conducir los facciosos con la celeridad con que se ahuyentaron; dió sus providencias para que todo se recogiera, y tuvo la satisfacción de verse recibido en Arequipa como su verdadero libertador, con magnífico aparato, con el mayor entusiasmo y con muestras inequívocas del más sincero júbilo. Detúvose el general dos meses en Arequipa,

falta inmensa y que merecía la más agria censura á no disculparla en parte las consecuencias de una marcha continuada de más de 260 leguas; los muchos enfermos que conducía á causa también de la estación, y la absoluta necesidad, en fin, que tenía su tropa de vestuario y algún descanso. Después de esta sensible demora volvió el general Ramírez á tomar la ofensiva para cubrirse de nuevos laureles, como se dirá en su lugar, dejando pacificada la provincia, menos el partido de Chuquibamba y parte del de Cailloma, que por su mayor cercanía al Cuzco, foco de la rebelión, tardaron más en reconocer su extravío.

Entretanto, los grandiosos acontecimientos que iban ocurriendo en Europa anunciaban un porvenir más lisonjero, terminando aquéllos por el regreso al trono de España del deseado Fernando VII, por el confinamiento del emperador Napoleón á la isla de Elba, por la proclamación de Luis XVIII en Francia y por el establecimiento de la paz y alianza entre las potencias europeas, que prometían garantir la integridad de la monarquía española. Estos extraordinarios sucesos influyeron sin duda en la paralización que se advertía de parte de los revolucionarios de Buenos Aires, pues no sólo se notaba singular lentitud y tibieza en sus movimientos y operaciones, sino un lenguaje más comedido y cortés en sus escritos, como se observó en las comunicaciones que dirigieron al general en jefe del ejército real del Perú, con motivo del canje de prisioneros que de antemano se había entablado.

Queda dicho ya que de resultas del último choque, verificado en fines de Septiembre en la Quiaca con las partidas avanzadas de la provincia de Salta, y de las disposiciones que se adoptaban para perseguirlas con mayor vigor, se habían retirado á mucha distancia de nuestros puestos avanzados, y poco después corrió la noticia de que las tropas enemigas, estacionadas en Jujuy y Salta, habían recibido orden de replegarse á Córdoba. Además

del campo que abría á las conjeturas esta especie, cuando los españoles notoriamente se hallaban imposibilitados de moverse por este frente, se advertía que los disidentes no repetían en sus mencionadas comunicaciones el clamoreo de la independencia como antes, y al contrario, se extendían en reflexiones sobre la guerra que contra ellos sostenía el ejército real del Perú por no haber reconocido, decían, un gobierno intruso ni haber querido admitir una constitución que el mismo rey acababa de desaprobar, concluyendo, en fin, que cuando fuesen oídos por el gobierno español con equidad y justicia esperaban defender convenientemente su conducta y aun sacar de ella la estimación que creían merecer. Imposible parece que llegaran á usar de semejante lenguaje los mismos hombres que tantos destrozos y tropelías causaron en los bienes y en las personas de los verdaderos defensores de los derechos de la España y de su rey; entonces mismo ya los españoles prisioneros en Montevideo se hallaban encadenados y destinados al servicio de barrer las calles, los cuarteles, los calabozos y los lugares más inmundos, sin distinción de clases ni categorías. Sin embargo, esa manera de decir parecía un seguro indicante de la debilidad en que se reconocían y de los temores que les inspiraba la paz de la Península y la vuelta del rey á España, de cuyas felices circunstancias, en verdad, no hemos tenido la fortuna de sacar el partido que se podía.

El general Pezuela continuaba todavía en Santiago de Cotagaita, cuando el 6 de Diciembre recibió por la vía de Arica un parte del coronel de artillería D. Mariano Osorio, comandante en jefe de las tropas leales en Chile, en el que participaba haber derrotado á los Carreras y O-Higgins, en Rancahua, los días 1.° y 2 de Octubre, apoderándose en seguida de la capital de Chile, cuyos importantes sucesos produjeron la pronta pacificación de este interesante reino. Una noticia tan fausta y de tanta transcendencia en aquellos críticos momentos dispuso el general Pezuela que se celebrara con la mayor solemni-

dad posible, pues libres de atenciones las tropas victoriosas en Chile, podían destinarse algunas á reforzar el ejército del Perú y ponerlo en estado de asegurar este vasto territorio, si los revolucionarios de Buenos Aires persistían aún en su invasión y trastorno, de que pronto dieron claras muestras, desmintiendo la especie de la retirada á Córdoba de los cuerpos avanzados á Jujuy y Salta, tal vez esparcida por ellos mismos con el intento de adormecer la vigilancia de nuestros jefes. Lo cierto fué que lejos de pensar en la marcha retrógrada de estos cuerpos, los reforzaron con otros, los extendieron por escalones hasta Humahuaca, y avanzaron á Yavi un batallón y alguna caballería como vanguardia, la que se estableció allí en el mismo Diciembre á las órdenes del caudillo Güemes.

De este modo se proponían volver á continuar la guerra en el Alto Perú, sublevando de nuevo sus provincias y auxiliando á los muchos indios partidarios de la revolución que, acaudillados por distintos cabecillas, hostilizaban bárbaramente los pueblos, cometiendo en ellos toda clase de crímenes, y sostenían contra las columnas volantes del ejército choques, á veces muy empeñados, no obstante las pérdidas que casi siempre sufrían, porque alimentaba su entusiasmo la esperanza de verse prontamente protegidos y aun vengados, como se les decía, por un poderoso ejército de la *patria*, cuya vanguardia, en efecto, había llegado á Yavi.

CAPITULO VII

Güemes abandona á Yavi.—Ejército de Rondeau.—Descúbrese en él una conspiración.—Paraliza sus movimientos.—Padilla en Presto.—Sorpresa de Tejada.—Revés de los realistas cerca de Ciuti.—Astucia del coronel enemigo Rodríguez.—Su libertad.—Noticias de Chile.—Una carta notable.—Los alzados son rechazados en Palcagrande.—Prevenciones del virrey.—Motivos de la detención de Ramírez en Arequipa.—Triunfo de Barra.—Desgraciada contrarrevolución en Tinta.—Sale Ramírez para Lampa.—Triunfo de Matará.—Batalla de Humachiri.—Sus consecuencias.—Ramírez en el Cuzco.—González (D. Vicente) en Andahuailas y Abancay.—González (D. Francisco de Paula) en Chumbivilcas.—Es nombrado gobernador de Puno.—Motivos.—Una comunicación de Rondeau.—Rumores sobre la expedición de Morillo.—Derrotas de facciones en la Laguna y Tabaconuño.—Perfidia de los enemigos.—Retirada de Pezuela á Challapata.—Consiguiente abandono de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba.—Resolución heroica de esta guarnición.—Derrotas de los facciosos en Azángaro y Asillo.—Ídem en Marcapata.—Nuevo refuerzo de Chile.—Preparativos contra Oruro.—Terminante prevención del virrey.—Acuerdo en junta de guerra.—Proyecto de Rondeau.—Refuerzos en el cuartel general.—Recibimiento de la división Ramírez.—Nuevo destino de la expedición Morillo.—Tropas peninsulares.—Aprestos ofensivos de Arenales.—Acuerdo en junta de guerra.—Error qne padecía la junta.—Reserva inoportuna del virrey.—Nuevos antecedentes sobre el plan del enemigo.—Pezuela en Sorasora.—Rondeau en Ayohuma.—Acción de Venta y Media.—Derrota de Camargo y de Zárate.—Noticias satisfactorias de Europa.

1815

Establecido Güemes en Yavi en Diciembre del año anterior, tan próximo á las posiciones del ejército del rey, era natural y consiguiente que el general Pezuela no le

dejase disfrutar de tranquilidad por largo tiempo, porque desde allí tenía mayor facilidad de atizar el fuego de la rebelión en las provincias inmediatas, harto conmovidas ya. En consecuencia, el coronel D. Pedro Antonio Olañeta con los batallones de cazadores y partidarios, un buen escuadrón y dos piezas de artillería, recibió orden de buscar decididamente á Güemes; mas noticioso éste del movimiento, decampó de Yavi á media noche, se retiró á Cangrejos y continuó desde aquí su repliegue á Humahuaca, según oficialmente participó Olañeta en 25 de Enero al general en jefe establecido en Santiago de Cotagaita. Nuestra caballería todavía hizo algunos prisioneros y recogió algunos pasados del enemigo. Casi al propio tiempo dos de nuestros escuadrones recuperaron á Tarija, con alguna pérdida de parte de los contrarios entre muertos, prisioneros y pasados.

Por las declaraciones contestes de éstos, resultaba que el ejército de Buenos Aires destinado contra el Perú, se componía de los cuerpos números 1, 2, 8 y 9, constando éste de 800 españoles de los prisioneros de Montevideo, los batallones de cazadores y libertos, dos escuadrones de granaderos y una numerosa artillería, como 6.000 hombres en todo, al mando del general Rondeau. Si estas fuerzas bien dirigidas hubiesen maniobrado entonces contra el ejército real, muy disminuído por la deserción, por los destacamentos empleados en la persecución de las facciones que se multiplicaban, y particularmente por la división escogida con que el general Ramírez había pasado al Norte del Alto Perú, el general en jefe se hubiera visto obligado á replegarse sobre el Desaguadero, dejando á discreción del enemigo todas las vastas y ricas provincias del Perú Alto, que le ofrecerían inmensos recursos; pero un peligro tan inminente y de consecuencias tan inevitables fué felizmente paralizado por un proyecto de insurrección que, si llega á tener completo efecto, hubiese sido terrible para el ejército de Rondeau.

El cuerpo formado de los españoles prisioneros de

Montevideo, trataba de sublevarse en Jujuy, apoderarse de la persona del general Rondeau, desarmar al número 2 que se hallaba allí y venir á incorporarse con las tropas de Pezuela; mas descubierto este pensamiento, como suelen serlo todos los que dependen del secreto de muchos, fué prevenido por la prisión de los jefes y del gobernador de Salta, que estaban de acuerdo, desarmada seguidamente la tropa y remitida al Tucumán bajo la custodia del citado número 2. Igual suerte sufrieron sobre 200 hombres del número 1 estacionado en Humahuaca, pues habiéndose traslucido que este cuerpo estaba conforme en secundar el movimiento de los españoles, fueron desarmados y conducidos á retaguardia los individuos de tropa que inspiraban menos confianza. Por manera que con tan inesperada desmembración de fuerza, con los recelos que debían infundir los proyectos descubiertos y con las bajas que había experimentado Güemes en la retirada de Yavi, entre prisioneros, pasados y desertores, quedaron los independientes imposibilitados por de pronto de tomar la ofensiva contra el Perú. En cambio, si el general Pezuela hubiese podido tener reunido y disponible su ejército, la ocasión era oportunísima para una ventajosa invasión en las provincias de *abajo*, y aun llegó á ser tan general esta idea, que pasaba como cosa cierta el que el virrey, marqués de la Concordia, había prevenido al brigadier Osorio, presidente interino de Chile, que cruzara la cordillera con 3.000 hombres, descendiera á Mendoza y amagara á Córdoba, movimiento á la sazón bien entendido, si el ejército del Alto Perú pudiera tomar en él por su frente la parte que le correspondía; mas tampoco por la de Osorio llegó á tener efecto el anunciado movimiento.

Como á mediados de Enero cayó el caudillo Padilla sobre el pueblo de Presto, en la provincia de Charcas, á 15 lenguas de Chuquisaca, donde se hallaba destacada la compañía de tiradores del batallón del Centro. Nuestros valientes soldados, después de un largo combate, logra-

ron rechazar al enemigo; pero enardecidos ya, incidieron en la temeridad de salir del pequeño y débil fuerte para perseguirlos. Entonces Padilla, reanimando á los suyos, visto el corto número de los realistas, vuelve furiosamente sobre ellos, los agobia con su número; consigue matar al capitán, al subteniente y 16 individuos de tropa, y pone el resto en huída, acabando por obligar al teniente don Claudio Ribero á entregarse á discreción con el resto de la compañía. Este oficial era hermano de D. Felipe, que ha venido á continuar sus servicios á la Península y es actualmente, como se ha dicho, teniente general y senador del reino. Ufano Padilla con el triunfo alcanzado, daba muestras de prepararse á acometer á Chuquisaca, auxiliado de una numerosa indiada, casi siempre pronta á seguir al vencedor; mas tan luego como se recibieron en el cuartel general las noticias de sus preparativos, se destinaron á Charcas 300 hombres para obrar de concierto con la guarnición de dicha capital. Apercibido Padilla de este refuerzo, se replegó á las montañas para emprender desde ellas sus devastadoras correrías, así que se retirara la tropa remitida contra él.

El 14 de Febrero se supo en el cantón de Mojos, por un sujeto procedente de la provincia de Salta, que el general Rondeau, que se hallaba con algunos cuerpos en Huacalera, había comenzado el 3 del propio mes un movimiento retrógrado hacia Jujuy y que se decía lo continuaría hasta el Tucumán en virtud de mandato expreso de su gobierno, el cual trataba de trasladarse á Córdoba temiendo amenazada la capital de Buenos Aires por los *blanquillos*, nombre que daban á los soldados peninsulares. Como antes de este movimiento había confiado Rondeau el mando de su vanguardia al coronel D. Martín Rodríguez, mayor general de su ejército y oficial de bastante crédito entre los suyos, se había adelantado este jefe al puesto de Tejada con 50 dragones. El comandante don Antonio Vigil, que se hallaba en Yavi con el escuadrón de cazadores que mandaba, tomó sus disposiciones para

sorprenderlo y lo logró completamente el 19 del mismo Febrero con muerte de un oficial y 20 individuos de tropa y haciendo prisioneros los restantes con el coronel Rodríguez, un capitán, dos tenientes y un alférez. De las declaraciones de éstos aparecía que Rondeau estaba en desacuerdo con el gobierno de Buenos Aires, y que las provincias de Santiago del Estero y de Córdoba hasta los fuertes fronterizos á los indios bravos habían comenzado á declararse en favor de los derechos del rey Fernando VII. En una de esas declaraciones, á las que tal vez se daba más crédito del que en realidad merecían, se aseguraba que una expedición española debía de salir de Río Janeiro para Montevideo en el próximo Diciembre.

En el propio mes de Febrero los indios alzados del partido de Cinti, que acaudillaba el mestizo Camargo, fueron alcanzados y dispersados por una de nuestras columnas expedicionarias; pero al replegarse ésta al valle de Cinti, cargada de botín, embarazada con el mucho ganado lanar que conducía en el desorden consiguiente á una desmedida é injustificable confianza, fué acometida en los pasos angostos del tránsito por los mismos indios velozmente reunidos y muy conocedores del terreno, quienes envolvieron luego la guardia de prevención, que venía muy á retaguardia, mataron al coronel de granaderos que con 18 hombres volaba á su socorro, y fueron después apoderándose de varios oficiales y tropa dispersos, sin que unos á otros pudiesen favorecerse. Tan imponente se iba haciendo la insurrección de los indios, no obstante las considerables pérdidas que frecuentemente experimentaban, porque los revolucionarios de Buenos Aires procuraban alimentar su fanático entusiasmo con la esperanza de enviar pronto en su auxilio un poderoso ejército, que los librara de la opresión que no experimentaban ciertamente, y con hacer correr entre ellos otras especies más ridículas, como la de que la vuelta del rey al trono era una pura invención de los arbitrarios mandones del Perú. Sabían bien los revolucionarios que los indígenas en gene-

ral eran afectos al rey y les importaba mucho mantenerlos en el engaño respecto de su libertad; mas si la expedición del general Morillo, de cuyos aprestos se empezaba ya á hablar, se hubiese presentado sobre las costas del río de la Plata, la consiguiente ocupación de Buenos Aires habría producido con toda probabilidad la pacificación de la mayor parte de la América meridional.

El astuto coronel Rodríguez, prisionero en Cotagaita, no tardó en comprender la posibilidad de abusar de la buena fe del general en jefe del ejército real. Con este intento le dirigió una mañosa comunicación expresando en ella que tanto él como los hombres influyentes de su Gobierno se lanzaron en la revolución por no someterse á un dominio extraño, pues creían que la dinastía de Napoleón llegaría al fin á reinar en España; que si aun después de sabida la libertad del rey continuaba la guerra, era por la persuasión en que se hallaban de que no sería bien recibido S. M. estando la nación dividida en tres fuertes partidos, de los cuales, habiendo prevalecido el liberal, se decía que el rey se había visto obligado á refugiarse en Portugal: pero que instruído del contenido de las gacetas y demás papeles públicos que se le habían franqueado, estaba convencido de la falsedad de aquellas noticias, así como de que toda la Península se hallaba tranquila y sumisa al rey. En esta virtud, no sólo se declaraba él por el partido del monarca, sino que tenía fundados motivos para asegurar que si el general Rondeau se impusiese de la verdad de los hechos entraría en algún amigable y decoroso acomodamiento. Sorprendidos los buenos deseos del general Pezuela por semejante razonamiento, y animado con las ventajas que de ello podían y debían resultar á la causa española, que el sagaz Rodríguez supo, con falsas promesas y aun fingidas lágrimas, inculcar en el noble corazón del general en las dos ó tres conferencias personales que le permitió, no tuvo reparo en abrir relaciones con el general enemigo Rondeau. Al efecto, y al parecer con sobrada ligereza, dió Pezuela la

libertad á Rodríguez y lo despachó el 13 de Marzo con pliegos para el enemigo, haciéndolo acompañar hasta Yavi, que ocupaba nuestra vanguardia, por el teniente coronel su ayudante y pariente don Javier de Olarria, manteniéndose el cuartel general en Cotagaita en espera del resultado de esa misión.

Los disidentes, siempre fecundos en discurrir arbitrios que pudiesen contribuir á paralizar los movimientos ofensivos de las armas españolas, habían hecho también proposiciones pacíficas al gobernador presidente de Chile el brigadier Osorio, y en la madrugada del 19 de Marzo llegó al cuartel general de Cotagaita un oficial con pliegos para el general en jefe, en los que le participaba Osorio la contestación negativa que había dado á dichas proposiciones, y le anunciaba que con las tropas de su mando se pondría pronto en marcha para Mendoza, adonde podría dirigirle su respuesta, le decía. No era fácil comprender el verdadero significado de esta indicación, situado en Cotagaita el general Pezuela, absolutamente desprovisto de recursos y medios suficientes para tomar la ofensiva con esperanza de buen éxito. La vía, pues, de comunicación más directa con Mendoza era la de Arica á Chile, que el oficial portador de los pliegos de Osorio había traído. Mas el pensamiento de Osorio, en cuanto al movimiento de que trataba, se confirmaba en cierto modo por la declaración de uno de nuestros soldados fugado del campo enemigo por este tiempo, el cual aseguraba que era voz muy valida entre los independientes el que el gobernador de Mendoza, San Martín, había sido derrotado por las tropas reales de Chile. Esta especie, de todo punto falsa, como resultó, si no era un medio más escogitado para inspirar descuido en nuestros jefes, podía sacar su origen del verdadero é importantísimo triunfo, obtenido por Osorio en Rancahua en fines del año anterior.

Era también en extremo notable que el soldado, de quien se acaba de hacer mención, condujese una carta de

los jefes de los batallones enemigos números 2 y 9 para el comandante de nuestra vanguardia, asegurándole que, si se les aproximaba, se le pasarían con sus cuerpos, y al efecto incluían un plan de señales para reconocerse. Mas el general en jefe, con presencia de esta noticia, no sólo reforzó á Olañeta con 200 hombres y dos brigadas de artillería, sino que tomó disposiciones para mover todo el ejército y salir al encuentro de los enemigos, si avanzaban, pues era notorio que reinaba entre ellos grande descontento y experimentaban considerable deserción. Pero mientras se comunicaron las referidas disposiciones y se preparaba su ejecución, cayeron bruscamente los indios del partido de Cinti sobre la columna acantonada en Palcagrande, la que consiguió rechazar y derrotar á los agresores causándoles mucho estrago. Averiguóse fácilmente que los indios obraban en virtud de combinaciones y órdenes del general Rondeau, cuyo plan aparecía ser que en todos los puntos sublevados se acometiese á las tropas del rey simultáneamente, si era posible, disposición que bien ejecutada favorecería mucho sus movimientos, y que impuso mayor circunspección y conveniente detenimiento á nuestros jefes. Esto pasaba del lado del Sur al mismo tiempo que por el Norte la fortuna se mostraba protectora de los esfuerzos españoles.

Contando el virrey con que el general Ramírez, en algunos días de descanso en Arequipa, podría habilitar su tropa de calzado y vestuario para emprender de nuevo su marcha contra el Cuzco, previno en 3 de Enero al coronel González, que por la ruta de Huamanga avanzase hasta Andahuailas, y más adelante, si podía, operación bien entendida y que había de causar una útil diversión al enemigo. Con este fin, y para desembarazar á González de los cuidados del mando político, nombró el virrey gobernador intendente de Huamanga, y segundo comandante general al coronel don Narciso Basagoitia, remitiendo también algunos destacamentos para reforzar á González y 200 fusiles para armar una corta guarnición en

Huamanga. Este movimiento no pudo ser emprendido tan pronto como se quería, porque los refuerzos remitidos al efecto sufrieron atraso en su marcha, y por haber cargado considerable número de insurrectos por los caminos de Cangallo y del Cuzco, envalentonados con haber destruído la descubierta de la Atalaya, por la imperdonable imprudencia con que, por sobra de arrojo, traspasó sus instrucciones el subteniente que la mandaba, de cuyas resultas los enemigos hacían molestas correrías en el partido de Tayacaja, y González desconfiaba, más que del poco número de su gente, de la falta de instrucción y de disciplina de los milicianos de Huanta, aunque muy fieles.

Esperando el virrey que los auxilios remitidos al valiente González lo pusiesen en estado de tomar la ofensiva, como le había prevenido, recibió una comunicación del general Ramírez de 12 de Enero, manifestándole que su detención en Arequipa no la ocasionaban ya ni el descanso del soldado ni la reposición de las prendas que necesitaba, sino el recelo que inspiraban la creciente insurrección del inmediato partido de Chuquibamba y la reunión de más de 10.000 facciosos en Sicuani, juntamente con los cuidados que reclamaba la interesante conservación de Arequipa, única vía por donde se mantenía alguna comunicación con el general Pezuela. El virrey no pudo disimular el disgusto que le causaba la demora de la división Ramírez en Arequipa, no obstante las respetables causales que la motivaban, porque la insurrección volvía á extenderse á punto que un grueso trozo de facciosos se acercó amenazando al Desaguadero; si bien el comandante Barra, con 118 hombres montados salió en busca, los alcanzó en las orillas del Mauri y los derrotó seguidamente. En este estado estalló en Tinta una contrarrevolución que, aunque desgraciada para los leales vencidos por los enemigos, aumentó las atenciones de éstos y les obligó á concentrarse, dejando así en mayor sosiego á Puno, el Desaguadero y la Paz. En fin, el ánimo agitado del virrey recibió algún consuelo con un oficio

de Ramírez de 25 de Enero, en el que le participaba su inmediato movimiento sobre el partido de Lampa, dejando de gobernador de la provincia de Arequipa al brigadier don Pío Tristán, con la noticia oficial de González, de 4 de Febrero del triunfo que había obtenido en Matará.

En efecto; luego que se incorporó en Huamanga la tropa que había salido de Ica con el comandante Alvarado, dispuso González salir contra los enemigos de Tambo; pero dejando guarnecida la capital de Huamanga. Á principios de Febrero, nuestro bravo comandante empeñó una acción contra gran número de indios alentados con la protección de 350 fusileros cuzqueños y huamanguinos, y confiados en la aspereza de la altura llamada del Inca, de la que estaban posesionados. El choque fué obstinadamente sostenido por espacio de hora y media que, acometiendo denodadamente los soldados de Talavera, quedó el campo por los realistas con toda la artillería enemiga, 90 fusiles y algunas municiones, después de causar á los insurrectos bastante pérdida de gente y de poner el resto en dispersión. Este suceso fué oportunamente feliz, pues en la misma noche del día en que González dejó á Huamanga, grandes trozos de indios alzados acometieron la ciudad por los puntos de Belén, Santa Clara, Santa Teresa y Carmenga, los cuales, aunque bizarramente repelidos hasta las alturas inmediatas, cortaron las fuentes y la comunicación con la villa de Huanta; por manera que á no haber sido afortunado González en Matará y cuesta del Inca, la ciudad de Huamanga habría cuando menos experimentado los horrores de un sitio. No sólo ofreció esta ventaja el triunfo de Matará, sino que produjo en varios pueblos el más saludable desengaño, tratando algunos de presentarse en solicitud de gracia; pero los rebeldes más obstinados de Chiara lo impidieron, entregando presos á sus caudillos, á los más pronunciados en favor de la causa de España. Esta conducta movió á González, irritado á marchar con 240 hombres y un cañón de montaña contra Chiara, que halló abandona-

do, y redujo á cenizas; persiguió á los facciosos luego —dice el virrey—"por más de siete leguas, desalojándolos de los tres puntos Ricamachay, Atuntocto y Atunhuara, con pérdida de cerca de 300 hombres, entre muertos y heridos, de los 4.000 que formaban este grupo; con lo que los rebeldes de aquel lado quedaban atemorizados y la causa del rey haciendo mayores progresos" (1).

Entretanto, el general Ramírez, descansada, repuesta y equipada su división, había marchado de Arequipa á Lampa, sin enemigos que le disputaran el paso, ni experimentar otras incomodidades que las propias de la estación, y había continuado su movimiento en busca de los insurrectos del Cuzco, que, capitaneados por Pomacahua y Angulo, el primero titulado ya capitán general Inca, marqués del Perú, y el segundo teniente general conde de la Estrella, lo esperaban en los altozanos de Humachiri y Santa Rosa. Su fuerza se componía de más de 500 fusileros, 37 piezas de artillería y muchos miles de indios á pie y á caballo; pero Ramírez, que conocía aquella guerra, que no ignoraba el poco respeto que aún merecía entonces la superioridad numérica y que sabía apreciar la calidad de los pocos soldados que mandaba, continuó con laudable firmeza en la ejecución del plan que se había propuesto. En la mañana del 11 de Marzo se avistaron los contendientes en las márgenes del río Humachiri, que corre por allí del Oeste al Este, las tropas de Ramírez alejaron pronto un grueso de caballería que ostentaba defender el vado, y pasaron al lado del Norte que ocupaban los contrarios, dispersando á poca costa algunas partidas que se hallaban situadas en las inmediaciones del pueblo de Humachiri, que da nombre al mencionado río y que se lo dió también á la famosa jornada de este día. Flanqueado un altozano que ocultaba la marcha de los realistas, descubrieron éstos la llanura que atraviesa el río Llalli desde el pueblo de Cupi hasta la confluencia del

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

río Ayaviri, donde entra en el llano de Santa Rosa de mayor extensión y cercado de cerros, en los cuales los enemigos se hallaban situados en gran número y con bastante inteligencia.

Para observar sus movimientos ocupó Ramírez otra altura á la derecha del río Llalli, y dió conveniente colocación á la artillería. Los enemigos, en un número asombroso, que se computó en más de 20.000, se aproximaban por la derecha á tiempo que tres grandes cuerpos de gente á caballo indicaba acometer, y así fué que, vadeado aquel río, cargaron por la izquierda la guerrilla que les hacía frente. "Apenas se reforzó ésta—continúa el virrey—cuando otro trozo se dirigía por el costado derecho, al cual se destacó con celeridad la compañía de granaderos del primer regimiento, cuyo valor y firmeza por el tiempo de la acción puso un dique á la atrevida empresa del enemigo, destruyendo la idea de batir entre dos fuegos el campo de Ramírez. Otro grupo de cerca de 1.000 hombres de todas armas, por el pueblo de Humachiri, que quedaba á la espalda, se encaminó, en conformidad de su combinado plan de ataque, por retaguardia del mismo morro; pero estrellándose en las guerrillas que guardaban el campo por la valentísima defensa en que trabajaron hasta las mujeres de los soldados, se frustró el proyecto con la mayor ignominia de los emprendedores. Vencidos otros obstáculos, la columna pasó á ocupar las márgenes del Llalli, á pesar del vivo fuego que se oponía á su tránsito. Las dos piezas mandadas apostar por Ramírez hicieron claros suficientes para vadear el río, cuyo caudal de agua, que llegaba al pecho, arrebató y ahogó á muchos valientes defensores de la causa del rey y del honor de su patria; mas ni este triste espectáculo, ni la fatiga ni el riesgo arredraron sus pasos, cobrando en cada uno mucho aliento para acometer á la muchedumbre que tenían á la vista.

„El enemigo, en extendida batalla y á marcha rodablada, venía á caer en el punto preciso, en que con rápido paso

desfilaba la tropa de Ramírez para volver á su antigua posición, y recibiendo con denuedo el ímpetu de la carga sostuvo el fuego por un cuarto de hora, que únicamente pudieron resistir en defensa del puesto elegido; huyen para buscar la seguridad en las sierras; pero, á pesar del orden con que lo ejecutaban, empezaron á perder algunas de sus piezas, á que se siguió luego el desorden; desparramados de esta manera por el campo, eran castigados por las guerrillas. La columa marchó hacia las sierras, donde, por la mayor reunión del enemigo, era probable quisiese hacer la última resistencia, pues ya había colocado en ellas algunas de las piezas que le quedaban, y desde cuyo punto hacían un vivo fuego á las guerrillas avanzadas de la izquierda, con el fin de proteger la reunión de un considerable trozo batido y dispersado por las propias guerrillas. En este preciso momento las reforzó el general con la primera compañía de fusileros é hizo subir el resto á las alturas, quedándose con 100 hombres para atender á los diversos puntos por donde se hallaban esparcidos. Lo inesperado del acometimiento sorprendió al enemigo, y su asombro le hizo abandonar la ventajosa posición que ocupaba; pero todavía necesitaba otro golpe más sensible para acabar de destruirle, y éste fué á la espalda del mismo cerro, hasta donde le perseguían las tropas del rey. Al observar entonces los rebeldes el empeño del corto número que les seguía, volvieron á rehacerse pasa cargar con despecho sobre el número de soldados que la fatiga el cansancio y la sed había reducido á muy corto, y una partida crecida de caballos se encaminaba á cortarlos. Advertido de este movimiento el general, fué preciso que él mismo se moviese con el piquete con que se había quedado. En esta disposición se empeña acaloradamente el combate, cuyo resultado fué completar la victoria, poniendo en desconcertada y violenta fuga á los rebeldes por los fragosos altos de Macari y Cordillera de Santa Rosa.

La noche que sobrevino luego á esta tropa, distante de su campo más de tres leguas de camino, y éste cubierto

de gruesos pelotones de enemigos, obligó al general á replegarse á la mayor inmediación de él, hallándose muchos de nuestros bravos soldados desabrigados. Así pasaron la noche al descubierto, hasta llegar el día, que emplearon en recoger 37 piezas de artillería, con otras armas, municiones y pertrechos, de que el campo estaba sembrado, como también de cadáveres" (1).

Con muchísima razón exclama el mismo virrey que se compare esta acción con las antiguas y modernas que han dirigido los más hábiles generales; que se examinen sus circunstancias y los gloriosos resultados de unas y otras, y se verá que por la desigualdad en el número de los combatientes, por los obstáculos que los leales tuvieron que vencer, y por la calidad de unos y otros contendientes, casi todos parientes y relacionados por particulares intereses, la victoria de Llalli y, mejor dicho, de Humachiri, porque éste fué el nombre que le dió el vencedor, es un fenómeno extraordinario, un prodigioso presente con que la fortuna quiso señalar la acendrada lealtad y fidelidad de nuestros soldados cuzqueños. "No son menos portentosos sus efectos—añade—, pues comunicándose como la luz del relámpago las noticias del triunfo, los pueblos, libres del freno que les había puesto el terror, se empeñan en la persecución y aprehensión de sus opresores; presentan aquéllos algunos de los principales rebeldes al general y, continuando su marcha, después de dejar hechos algunos escarmientos, se prepara en el Cuzco igual ó semejante ejemplar al del pueblo de Sicuani. Una parte de aquel oprimido vecindario concibe el proyecto de recobrar su libertad en el acto mismo en que los tiranos publicaban sus providencias para resistir la entrada de las tropas en aquella capital; la muchedumbre carga sobre los intrusos mandones, los persigue, los ata y, cargados de cordeles y de humillaciones, los ponen ante el general don Juan Ramírez, que ocupó el 25 de Marzo la ciudad entre las aclamaciones y aplausos de los fieles.

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

"Reparar el desorden y los daños que en el gobierno había ocasionado la revolución del Cuzco, en los cerca de ocho meses de su cautiverio, demandaba tiempo y tiempo considerable, si se atiende al absoluto trastorno que padecieron todos los ramos; mas Ramírez lo redujo á poco más de dos meses, después de haber surtido de las prendas más necesarias al soldado para emprender nueva marcha al ejército de operaciones, situado por entonces en Challapata con la expectativa de recibir éste y los auxilios de Chile, que empezaron á desembarcar en Arica á mediados de Abril del propio año. Sólo faltó por complemento de esta acción que los premios hubiesen correspondido al mérito ó á mis deseos; pero no permitiéndolo las estrecheces del erario, el Gobierno hizo cuanto pudo para que no quedase absolutamente olvidado, y entre los arbitrios discurridos fué el de la repartición de tierras, el que pareció más grato á oficiales y soldados, según el orden de sus grados" (1).

En efecto, recibida en el Cuzco la noticia de la insigne victoria de Humachiri, y cuando los jefes de los insurrectos se preparaban todavía á la resistencia, el espíritu realista ó español cobró aliento, y el 18 de Marzo estalló una decidida contrarrevolución, de cuyas resultas fueron presos los cabezas Angulo, Béjar, Becerra y Rosel; se restableció el Gobierno legítimo y la ciudad dió inmediatamente cuenta de este suceso al general victorioso, en marcha ya para dicha capital. Como después de aquella gloriosa jornada los indios de Ayaviri apresasen al fugitivo cacique y brigadier por S. M. Pomacahua y lo entregasen al general, éste lo hizo pasar por las armas en Sicuani y remitió su cabeza al Cuzco en respuesta del mensaje recibido. El 25 del mismo mes entró el general Ramírez en la capital del Cuzco, acompañado de su valerosa división, cubierta de laureles, y cuatro días después, el 29, fueron castigados como merecían todos los referidos caudillos. Parecía

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

de todo punto justo que, además de la vindicta pública, que reclamaba el pronto y ejemplar castigo de los crímenes que habían cometido esos malvados, recibiesen esa satisfacción expiatoria los manes de los ilustres general Picoaga é intendente Moscoso. Estos dos distinguidos españoles americanos que, como se ha dicho, tuvieron la desgracia de caer en poder de los enemigos después de la derrota de la Pacheta, y fueron conducidos presos al Cuzco, así que los revolucionarios se convencieron de que no les era posible obtener de su heroica fidelidad, ni con halagos, ni con ruegos, ni con amenazas, que aceptaran los grandes partidos que les proponían, los mandaron bárbaramente ejecutar, con escándalo general y con notorio sentimiento de muchos de los sublevados.

En el tiempo que el general Ramírez permaneció en el Cuzco, no sólo se ocupó del arreglo del gobierno político y militar de la provincia y de exigir de los pueblos nuevo juramento de fidelidad al rey, sino de los aprestos concernientes al regreso de su división al ejército de operaciones. El entendido virrey expidió también, con tanta oportunidad como política, un indulto á nombre del monarca á todos los alzados que se presentasen á las respectivas autoridades, los cuales, en gruesos pelotones, infestaban los caminos y obstruían las comunicaciones. Al mismo tiempo, el coronel D. Vicente González adelantaba en la pacificación de los partidos de Andahuailas y Abancay, auxiliado de los vecinos honrados, y el coronel de milicias D. Francisco de Paula González, electo gobernador intendente de Puno, conseguía igual resultado en el de Chumbivilcas. Escarmentados, pues, los indios alzados con las pérdidas que habían experimentado y las últimas derrotas que sufrieron en el cerro de Sansau y en los altos de Tocto y de Livitaca, se presentaban tantos acogiéndose al indulto concedido que, según decía al virrey el citado D. Francisco de Paula González, la total pacificación de la insurrección del Cuzco era ya obra de poco tiempo.

El nombramiento de González para servir el gobierno intendencia de la provincia de Puno, reconocía un sensible origen que es preciso no omitir. Después de la derrota de los facciosos del Cuzco y Puno en los altos de la Paz y en las orillas del Mauri, era opinión muy valida que los dispersos habían llevado muchas armas á los pueblos, las cuales, por providencia general, se habían mandado recoger. El jefe superior que gobernaba en Puno no había procedido en la ejecución de esa orden con aquel pulso y prudente consejo que la medida y las circunstancias reclamaban, y la injustificable conducta de los comisionados, al efecto exasperó la paciencia de los vecinos del pueblo de Capachica, en el partido de Huancané, de cuyas resultas fueron allí sacrificados más de 20 hombres leales. Como el descontento no se circunscribía al pueblo solo de Capachica, alcanzó la convulsión á la misma capital de Puno, cuyos vecinos, armados contra el intendente por las faltas que le atribuían, lo redujeron á la triste necesidad de abandonar su puesto dejando entregada la población á la suerte y los desórdenes de la anarquía, como exponía el ayuntamiento al virrey con fecha 23 de Marzo. Tal fué el motivo que produjo la elección de González para el mando de la provincia de Puno, de la que más adelante se felicitaba el mismo virrey.

Mientras el general Ramírez abría la comunicación del Cuzco con el coronel D. Vicente González que entendía en la pacificación del partido de Cangallo, ó sea Vilcashuaman, con tan empeñosa actividad como constante obstinación rebelde manifestaban sus bravos naturales; y mientras el nuevo jefe superior de Puno restablecía la tranquilidad en los partidos del Collao á consecuencia de los más exquisitos é incesantes esfuerzos, el cuartel general de Pezuela permanecía en Santiago de Cotagaita, donde el 3 de Abril se recibió contestación del general Rondeau á las comunicaciones que había conducido su mayor general Rodríguez, como queda referido. En ella decía el caudillo enemigo únicamente no tener reparo

por su parte en tratar de canje de prisioneros, y en una postdata que el mismo Rodríguez escribía de su puño, se hacían indicaciones sobre la conveniencia de un acomodamiento pacífico, á fin de poner término á una guerra fratricida, pero sin adelantar base alguna al intento. Sin embargo, el general en jefe autorizó al comandante de la vanguardia para tratar con los enemigos de los preliminares de un convenio de paz, y aun se llegó á confiar en un resultado favorable, porque del periódico de Buenos Aires, *El Independiente* del 7 de Marzo anterior, aparecía que la guarnición de Montevideo se había retirado á la capital, y se renovaban los rumores de una expedición peninsular con destino al río de la Plata al mando del acreditado D. Pablo Morillo.

Ya por este tiempo, y en conformidad del plan dispuesto por los enemigos para un ataque general, el cabecilla Padilla se había acercado á la capital de Charcas con su facción, y Zárate y Navarro á Potosí con las suyas; mas alcanzado el primero en la Laguna, fué derrotado por una columna de 600 hombres de la guarnición de Chuquisaca, y los otros dos sufrieron igual suerte en Tabaconuño, á dos leguas de la villa de Potosí, por su corta guarnición y el vecindario fiel armado. Con estos reveses y con el temor de nuevas tropas que inmediatamente se remitieron de Santiago de Cotagaita, los alzados se alejaron refugiándose á sus conocidas breñas.

En consecuencia de la prevención arriba indicada del general Pezuela, el coronel Olañeta, comandante de la vanguardia, despachó un oficial parlamentario al general disidente Rondeau, comunicándole oficialmente hallarse autorizado en forma para tratar de la composición amistosa propuesta por su mayor general Rodríguez. El caudillo enemigo contestó no tener antecedente alguno de la *composición amistosa* de que Olañeta le hablaba, y en su correspondencia con el general Pezuela sólo había tratado del canje de prisioneros. El desengaño del caudillo español debió de ser cruel, viendo desvanecidas las

esperanzas que hubiese concebido de un acomodamiento pacífico, fundándose en las promesas y falsas lágrimas del mayor general Rodríguez, creído sin duda alguna con sobra de buenos deseos. Mas si de la postdata escrita por Rodríguez al general Pezuela en la carta de Rondeau no resultase estar éste enterado de las oficiosas promesas de su mayor ganeral, todavía no era creíble que ignorase el artificioso medio de que dicho jefe se había valido para conseguir la libertad y presentarse en su ejército. Como quiera es un hecho que este pérfido, que con exquisita hipocresía había conseguido abusar de la nobleza de Pezuela, mientras la vanguardia descansaba en la suspensión de hostilidades que el general en jefe había ordenado por ocho días, término señalado para que Rondeau contestara definitivamente sobre las bases preliminares de un acomodamiento, vino personalmente á atacar con un batallón y bastante caballería á nuestro escuadrón de cazadores avanzado en las rancherías del puesto del Marqués, y logrando sorprenderlo el 17 de Abril, le derrotó completamente, pudiendo apenas salvarse 40 soldados con su comandante Vigil y algunos oficiales haciendo prodigios de valor. Seguidamente Rondeau se movió con todo su ejército sobre el frente de la vanguardia situada en Yavi.

El coronel D. Pedro Antonio Olañeta, que la mandaba, comunicó esta novedad al general Pezuela, participándole al mismo tiempo que se ponía en retirada por la superioridad del enemigo, cuya fuerza excedía de 4.000 hombres, según cómputo del oficial parlamentario que había regresado. En virtud de este aviso, el general en jefe convocó inmediatamente una junta de guerra para acordar con su dictamen lo que pareciera más útil y adecuado á las circunstancias. Considerando la junta lo reducido de la fuerza del ejército, que se hallaba éste avanzado en un país conmovido, rodeado de cabecillas que acaudillaban grandes grupos de indios sublevados y no estimando prudente aventurar una batalla, cuya posible

pérdida arrastraría la total del Perú, la junta fué de unánime sentir que el ejército se retirase á Oruro para reunir mayores fuerzas y volver sobre el enemigo con mayores probabilidades de buen éxito.

Adoptado este parecer por el general en jefe, el ejército decampó de Santiago de Cotagaita el 21 de Abril, siguió por el camino real hasta la posta de Quirbe, desde donde tomó el llamado del despoblado por Tolapampa, la cordillera nevada del Fraile, Opoco y Huari, y el 9 de Mayo quedó establecido en el cuartel general en Challapata. Desde Quirbe hizo el general Pezuela marchar alguna tropa por Potosí, con el fin de retirar la guarnición de esta villa y proteger á los vecinos que quisiesen seguir la suerte del ejército, que fueron muchos, y extraer al propio tiempo las máquinas de la Casa de la Moneda para impedir la acuñación á los enemigos: en conformidad de lo dispuesto se efectuó la evacuación de Potos con el mayor sosiego y orden, retirando también los caudales públicos. La ciudad de Chuquisaca fué igualmente abandonada, aunque tan precipitadamente, que ni se extrajeron los caudales del Estado, porque las órdenes relativas á su evacuación no llegaron con prontitud á causa del mal estado ya de los caminos casi todos interceptados; sin embargo, su guarnición y la de Chayanta se incorporaron en el cuartel general. En retirada el ejército real para Challapata, recibió Pezuela aviso oficial de que 400 hombres del acreditado regimiento de Talavera con algunos chilenos más habían desembarcado en Arica á las órdenes del coronel D. Rafael Maroto, procedente del reino de Chile, á consecuencia de las repetidas prevenciones del virrey de Lima, los cuales en breve se pondrían en marcha para Oruro.

Apenas nuestras tropas evacuaron la villa de Potosí, el 26 de Abril, entró en ella el cabecilla Zárate con más de 4.000 indios, apoderóse de la autoridad con despojo del gobernador nombrado por el Ayuntamiento y entregó luego la población al saqueo y á los desórdenes consi-

guientes á semejante licencia. Pocos días después llegaron las tropas de Rondeau á la citada villa, y el famoso mayor general Rodríguez partió en seguida con alguna fuerza á encargarse del mando de Chuquisaca. Noticioso aquí de que las familias españolas habían ocultado parte de sus fortunas en los conventos de monjas, pasó personalmente á verificar en ellos un escrupuloso registro, del que fué fama, supo sacar inmenso provecho. Divulgóse también que había publicado un bando declarando á Chuquisaca capital de las provincias unidas del Río de la Plata y director supremo del Estado al general Rondeau: á todo daba lugar la terrible división que aún no ha cesado de trabajar á aquellos independientes. Á Chuquisaca acudieron igualmente con prontitud el caudillo Padilla con otros varios de menor cuenta y el gobernador intruso de Cochabamba, Arenales.

Este activo renegado español europeo aprestó en breves días sobre 350 infantes, 500 caballos mal equipados y armados y un grupo considerable de indios, con cuya fuerza cayó de improviso sobre la capital de Cochabamba, la circunvaló é intimó la rendición al gobernador intendente el coronel Goiburu. Cediendo este jefe á las amenazas repetidas de Arenales, y más intimidado todavía por las falsas noticias artificiosamente divulgadas de que el ejército real había sido disuelto con muerte del general Ramírez; que el general Pezuela había podido fugarse á Arica con sólo 200 hombres, y que Pomacahua había entrado triunfante en la Paz con un poderoso ejército de 4.000 fusileros y más de 30.000 indios; careciendo, en fin, de comunicaciones de Oruro y de los demás puntos hacía un mes, porque los indios alzados tenían obstruídos todos los caminos, celebró dicho Goiburu una junta de guerra y se prestó con su acuerdo á evacuar la villa, dejando á Arenales las armas de la guarnición y cinco piezas de artillería con sus correspondientes municiones.

Así que aquella leal tropa entendió los términos de la

estipulación y se apercibió de la entrega de las armas que debía de hacer, subió de punto su noble indignación y unánime prorrumpió en tremendos gritos de *antes morir que entregar las armas.* Ciertamente no habrá español amante de la gloria de su patria que deje de lamentar el que tan honrados y leales sentimientos se hayan tal vez borrado del todo del corazón de aquellos indígenas. ¡Cuán útil hubiera sido y cuán importante nos parece aún el detenido examen de la conducta de algunos empleados y del espíritu de las disposiciones del gobierno supremo para acertar á deducir la política más conveniente á la administración de tan remotos y especiales países! Entusiasmado el comandante Velasco y algunos oficiales con la heroica resolución de la tropa, determinó dirigir la retirada extrayendo cuanto pudiera de Cochabamba, además de ofrecer protección á las personas que no quisieran exponerse á las vejaciones de los revoltosos. Puesto en ejecución con el mayor orden este atrevido pensamiento, tomaron nuestros valientes el camino de Paria, sin que los enemigos osaran ponerse á tamaña resolución, y sobre la marcha recibieron el inexplicable consuelo de abrazarse con 300 hombres que el general en jefe remitía desde Challapata en su socorro. La tropa procedente de Cochabamba y un escuadrón del ejército recibieron orden de permanecer en Paria hasta nuevo aviso, y el batallón del Centro pasó á Sorasora en observación del partido revolucionario de Chayanta y de las operaciones del enemigo por el lado de Cochabamba.

Al Norte del Desaguadero el semblante de las cosas públicas iba tomando un aspecto más lisonjero. El nuevo gobernador de Puno, D. Francisco de Paula González, con la tropa auxiliar de Arequipa batió á los insurrectos en las alturas de Paucarcolla y luego en el cerro de Yasaca, dejando en el campo 250 cadáveres y haciendo 180 prisioneros. Derrotado el cabecilla Mestrio Monroy, abandonado de su gente que se dispersó del todo, y perseguido de cerca por los nuestros, se suicidó de un pistoleta-

zo; pero fueron cogidos y ejecutados sus compañeros Carreri y Carrión. No por esto desistieron de su temerario propósito aquellos alucinados indios, pues tardaron poco en reunirse hasta el número de 3.000 en el pueblo de Azángaro. Aquí los atacó Paula González el 7 de Junio y los derrotó con muerte de 150, cogiéndoles muchas armas y crecido número de prisioneros. Volvieron á reunirse los tenaces indios en el pueblo de Asillo, no muy distante del de Azángaro, donde tenían construída una especie de fortaleza de triple recinto, y en ella se aventuraron á esperar, no obstante el castigo impuesto á los prisioneros de Azángaro, que fueron quintados sobre el lugar del combate y pasados por las armas aquellos á quienes señaló la suerte con el número fatal. El intendente González atacó con decisión la dicha fortaleza el 9 de Junio, desalojó de ella á los enemigos, y los persiguió sin descanso hasta lo más elevado de una montaña inmediata, adonde se refugiaron. En esta posición lucharon los insurrectos con tan obstinado empeño, que fué preciso á los realistas acometerlos á la bayoneta y acabar con ellos; 1.500 hombres fué su pérdida total en ambas acciones, contando de nuestra parte seis muertos y todos los demás heridos ó contusos, la mayor parte de golpe de piedra. Después de estas señaladas ventajas no le faltaba más al activo gobernador de Puno que destruir al presbítero Muñecas, cura del sagrario del Cuzco, quien todavía se ocupaba de conmover los pueblos por el lado de Huancané, para que toda la provincia de su mando quedase completamente sosegada.

El 6 de Junio entró en el Cuzco la acreditada división del coronel D. Vicente González, aunque muy disminuída por la deserción de muchos milicianos de Huanta. Su objeto era reforzar la débil guarnición del Cuzco y asegurar la sumisión de esta provincia, después de la salida de la división Ramírez para el ejército. Este general decía al virrey, en 14 del mismo Junio desde Sicuani, que sólo embarazaban su marcha la deserción que experimen-

taba y la escasez de bagajes para hacerla con la presteza que deseaba. Sin embargo, no dejaban de notarse algunos síntomas de descontento que promovían los ánimos inquietos y díscolos, y en su virtud estalló un nuevo alboroto antes de concluir el mes en el pueblo de Ocongate, distante 20 leguas del Cuzco, en el que fueron sacrificados seis honrados vecinos, sin otro delito que su adhesión á la causa española. Marchó á reprimir este desorden el coronel González con 100 hombres de Talavera halló alguna resistencia en Marcapata, donde derrotó á los insurrectos el 26, de cuyas resultas los mismos indios se apoderaron de los principales instigadores y los entregaron á González, con cuyo ejemplar castigo se restableció del todo la tranquilidad en la provincia del Cuzco. Por este lado apenas molestaba al virrey otra cosa que el mal ejemplo que ofrecían las desavenencias suscitadas entre el presidente interino del Cuzco y el valiente coronel González; tal vez reunían ambos algunos defectos con excelentes prendas, y como no había jefes de superior graduación entonces con quienes relevarlos, recurrió el entendido virrey al arbitrio de emplear amonestaciones y consejos enérgicos que produjeron un saludable efecto.

El general Pezuela entretanto continuaba en Challapata en observación del ejército de Buenos Aires, cuyo cuartel general permanecía en Potosí extendiendo sus avanzadas y descubiertas hasta Llocalla: allí se ocupaban los enemigos de aumentar su fuerza con reclutas y de darle á éstos y á las facciones la posible instrucción y organización. Por dos de nuestros soldados prisioneros, fugados de las filas contrarias á las que habían sido incorporados, se supo el 11 de Junio que las tropas disidentes experimentaban bastante deserción entre los naturales de las provincias de abajo. En el cuartel general español se recibió por extraordinario la agradable noticia de haber desembarcado en Arica, procedente de Chile, el batallón de voluntarios de Castro, conocido también por *Chilotes*, porque se componía de fidelísimos naturales de Chiloé,

cuyo cuerpo emprendería inmediatamente la marcha para el ejército conduciendo las 32 cargas de armas, municiones y pertrechos que el virrey acababa de remitir á Arica en el pailebot *Mercedes*. Súpose finalmente que el general Ramírez con su división aumentada en gente y llena de gloria emprendía la vuelta al Sur; y estas nuevas eran en extremo consoladoras para las tropas reales, y muy particularmente para su general en jefe, que sabía bien la facilidad con que cundía la insurrección. Dábase en efecto á la sazón ya por sublevado en masa el partido ó subdelegación de Chayanta, uno de los primeros que tomó parte en los movimientos sediciosos de la Paz y de Chuquisaca en 1809. Semejante desgraciada disposición era antigua en estos naturales, pues también fueron de los primeros en abrazar y sostener á costa de su propia sangre el famoso alzamiento de Tupac-Amarú en 1780.

Con motivo de los partes que se repetían sobre el levantamiento del partido de Chayanta, los batallones de Talavera y del Centro recibieron orden de replegarse de Sorasora á Challapata, adonde llegaron el 15 de Junio en el momento que el ejército acababa de ejecutar un ejercicio de fuego, y el general en jefe conservó el orden de batalla hasta que tomaron su lugar en la línea. Al siguiente día 16 se recibieron órdenes del virrey, previniendo acertadamente al general en jefe que no aventurara el ejército á la dudosa suerte de una batalla con inferioridad de fuerzas; y el general Ramírez en marcha avisaba al propio tiempo que el 21 del mismo Junio llegaría á Puno con su división fuerte de 2.000 hombres.

El general Pezuela en consecuencia convocó una junta de guerra y manifestó en ella las prevenciones superiores y las noticias oficiales que había recibido: comparó la fuerza disponible del ejército con la que podían mover los enemigos, y añadió que en tales circunstancias no sólo era conforme con los preceptos del virrey, sino que estimaba muy prudente no comprometer una acción antes de que se recibieran los importantes refuerzos que estaban

en marcha. Con estas fuerzas reunidas—dijo fundadamente el general—se asegura la victoria, y con probabilidad la terminación de la guerra por aquella parte, pues que los enemigos no hallarían medios ni modo de rehacerse, debiendo ser muy pronto ocupada la capital de Buenos Aires por la expedición española del mando del general Morillo. Este cálculo era indudablemente exacto; pero el general Pezuela ignoraba que la mala estrella de la España había dado otro destino á aquella lucidísima expedición, la cual ya por este tiempo se hallaba bajo la influencia del mortífero clima de las playas de Costa-Firme. El sentir del general en jefe, razonado y discretamente apoyado en las circunstancias fué adoptado por unanimidad en la junta de guerra, quedando acordado que en caso de adelantar los disidentes, se replegase el ejército del rey á las inmediaciones de Oruro para acercarse así á los refuerzos que se esperaban y aumentar las probabilidades de un triunfo.

Así las cosas, súpose el 30 de Junio en el cuartel general por un confidente que el plan de los enemigos era destruir el ejército español, para darse la mano con los revolucionarios del Cuzco, que suponían aún boyantes, cuando por fortuna ya no existían, y completar con su auxilio la revolución del Perú, á fin de sostenerse en estas provincias si llegaba á sucumbir Buenos Aires, como algunos temían: que la fuerza de Rondeau ascendía en este tiempo á poco más de 4.000 hombres de tropa regular, mal vestidos y bastante dados á la deserción, que había empezado á picar hasta en los dos cuerpos de negros libertos: y finalmente, que todo el ejército enemigo había avanzado á Llocalla, menos dos batallones que todavía permanecían en Potosí.

Ninguna otra novedad ocurrió hasta el 23 de Julio, que llegó al cuartel general el batallón de chilotes voluntarios de Castro al mando del coronel don José Rodríguez Ballesteros con la fuerza de 470 hombres, y el general en jefe lo reunió al de Talavera, incorporado anteriormente, for-

mando de ambos un cuerpo de 800 plazas. Tres días después llegó también á Challapata el general Ramírez con su división, que fué recibida por el ejército con la mayor distinción. Dignos eran ciertamente de todo honor los ilustres compañeros de armas pacificadores de la Paz, de Puno, de Arequipa y del Cuzco, con particularidad los individuos del primer regimiento por la acendrada fidelidad que acreditaron, así en soportar las fatigas de tan dilatada y penosa marcha como en la decisión y heroico entusiasmo con que pelearon contra sus propios paisanos, parientes y deudos por defender los derechos de la España y de su rey. ¡Cuán sensible es que tan nobles sentimientos hayan llegado á extraviarse! Esta gloriosa expedición para las armas españolas ocupará siempre un lugar muy distinguido en los fastos militares; salió de Santiago de Cotagaita en Septiembre de 1814, y regresó al cuartel general de Challapata en 26 de Julio del presente año de 1815, habiendo andado más de 530 leguas, ganado dos señaladas victorias, castigado á los cabezas de la rebelión cuzqueña y pacificado cuatro grandes provincias en el corazón del territorio peruano.

Próxima á Challapata la división pacificadora, salió el general en jefe á su encuentro acompañado de su Estado Mayor; el general Ramírez se adelantó algunos pasos para saludar á su superior, que le abrazó cordialmente, como toda su comitiva. Desmontó en seguida de su caballo el general Pezuela y recorrió á pie el frente de la división, felicitando á cada cuerpo por su bizarro y honroso comportamiento durante la campaña no menos que por su oportuno regreso al ejército. Hizo luego salir de las filas de cada uno un individuo de tropa por clase y los abrazó á nombre de todos en señal de la estimación que le merecían tan leales y valientes soldados, cuya ternísima escena acabó por repetidos vivas al rey. Continuó la marcha la división Ramírez hasta las goteras de Challapata, donde la esperaba todo el ejército formado en cuadrilongo; en él entró la división expedicionaria, y forma-

dos pabellones por todos, unos y otros se abrazaron afectuosamente después de una ausencia de diez meses, coronada de los más brillantes sucesos. Retirados los cuerpos á sus respectivos cuarteles, acabó este día memorable por un espléndido banquete que el general en jefe había mandado preparar para obsequiar al general Ramírez y á los dignos jefes y oficiales que le habían acompañado. Muchos títulos de Castilla se han concedido en España por merecimientos de la guerra; muy justamente obtuvieron, Goyeneche el de conde de Guaqui; Pezuela el de marqués de Viluma, y más posteriormente, La Serna el de conde de los Andes; pero nadie que tenga conocimiento de la guerra del Perú dejará de admirar que una merced semejante no haya alcanzado al dignísimo general Ramírez.

El 8 de Agosto se recibió en el cuartel general el correo de Lima, y por su correspondencia se supo con sorpresa que la expedición de Morillo, preparada con acierto para el Río de la Plata, había sido destinada á la pacificación de Costa-Firme; que parte de ella, cuyo número erróneamente se exageraba, tenía orden de dirigirse por el istmo de Panamá al Perú, y que, si venía á desembarcar en Arica, podía llegar á Oruro en fines de Septiembre. Mas el virrey sabía oficialmente que la tropa peninsular que por dicha vía se le remitía no pasaba de 1.600 hombres de todas armas, cuyo transporte de Panamá al Callao había ajustado de antemano en cinco buques, que ya esperaban los más en aquel puerto, á razón de 95 pesos por plaza, que suman más de 150.000, que con no pocos disgustos tuvo que sacar del benemérito, pero apurado, cuerpo del comercio. La esperanza de tan importante auxilio era muy satisfactoria para los leales del Perú, cualquiera que fuese su fuerza, aunque el general Pezuela ya no la consideraba indispensable para tomar la ofensiva y volver á recobrar el terreno perdido, de cuyos preparativos se ocupaba. Durante las operaciones que se proponía emprender pronto, la división establecida en

Paria debía cubrir á Oruro de cualquiera intentona del lado de Cochabamba.

En este estado, súpose en el cuartel general que Arenales, jefe de dicha provincia de Cochabamba, se había adelantado al pueblo de Sacaca, en el partido de Chayanta; que en la cabecera de esta subdelegación se hallaba el caudillo Lanza con 70 fusileros y alguna indiada; que en San Pedro de Buenavista estaba Camargo disciplinando 400 infantes, y que el tantas veces citado mayor general Rodríguez ocupaba á Macha con 600 caballos. Con estas noticias receló fundadamente el general en jefe que el pensamiento del enemigo viniera á ser reunir aquellas fuerzas para, en el caso que el ejército real se moviese sobre Potosí y Chuquisaca, atacar la interesante villa de Oruro, confluencia de las comunicaciones de la Costa y de La Paz, y que contenía un abundante y surtido parque. Para asegurar más el acierto de las determinaciones que se adoptaron en aquellas circunstancias, el general Pezuela quiso oir el parecer de los jefes de experiencia y de servicios acreditados; y una conducta semejante de parte de los comandantes en jefe nunca será bastantemente elogiada, siempre que se conserven en aptitud de usar de la prerrogativa que les confiere la ordenanza de obrar luego según lo que creyesen más conveniente al buen desempeño del alto cargo que les está confiado; porque el conocimiento del modo de pensar de los principales instrumentos de la ejecución de un proyecto debe servir de fanal utilísimo para un ilustrado general en jefe. Reunió, pues, Pezuela en Junta de guerra al general Ramírez, su segundo en el mando; al brigadier D. Miguel Tacón, mayor general del ejército; al brigadier D. Rafael Maroto, coronel de Talavera; al coronel don Casimiro Valdés, comandante general de artillería, y al de igual clase, D. Francisco Javier de Mendizábal, que lo era de ingenieros. El general en jefe expuso en la Junta con franqueza las sospechas que había concebido sobre el proyecto de los independientes en aglomerar fuerzas

por el lado de Chayanta sin resolverse á adelantar al mismo tiempo por el frente, y pidió á los jefes convocados su dictamen sobre si convendría buscar desde luego á Rondeau en la dirección de Potosí, dejando á Oruro con su guarnición, auxiliada de la corta división establecida en Paria, ó si sería preferible retardar este movimiento hasta el arribo de las tropas españolas que se esperaban de Panamá.

Discutidos con maduro detenimiento ambos extremos, la Junta convino en la posibilidad de que fuese Oruro atacada con ventaja, así que el ejército se alejase en la dirección de Potosí; que no conceptuando en tal caso asegurada la defensa de la villa por la inferioridad de nuestra fuerza, su pérdida vendría á ser inevitable; que apoderados Rodríguez ó Arenales del considerable parque de armamento y municiones que encerraba Oruro, aumentarían extraordinariamente su fuerza con el prestigio del triunfo, invadirían con facilidad la Paz y el Desaguadero, donde también había depósito de armas y municiones, podrían encender otra vez el recién apagado incendio revolucionario de Puno, Arequipa y el Cuzco; y cuando menos, interceptarían las comunicaciones y obstruirían los recursos pecuniarios que recibía el ejército de las provincias situadas al Norte del Desaguadero, poniendo á las tropas reales en la dura necesidad de retroceder, aun cuando se hubiesen posesionado de Potosí, bien por haber logrado batir á Rondeau, bien por haberse retirado éste sin esperarlas; que el diferir las operaciones ofensivas por un mes ó más no ofrecía inconveniente alguno irreparable, mientras eran incontestables los funestos resultados que produciría la pérdida de Oruro; y finalmente que, apoyada en la solidez de las razones expuestas, la Junta opinaba que se debían esperar las tropas anunciadas, con cuyo refuerzo podría el ejército maniobrar desembarazadamente contra Arenales y contra Rondeau. Conformóse el general en jefe con este dictamen, no obstante de que no eran oficiales las noticias recibidas sobre las

tropas procedentes de Panamá, cuyo número se exageraba mucho, y que desde aquel puerto hasta el de Arica, aun en el caso de que se las señalase esta dirección, quedaban sujetas á las contingencias inseparables de una larga navegación. Las demás consideraciones que la Junta tomó en cuenta eran en extremo atendibles y exigían del general que meditase con su presencia, como lo hizo, la resolución que hubiese de adoptar.

La imparcialidad histórica reclama que no se pase en silencio un cargo que á primera vista resulta contra la reserva del virrey. Este acreditado jefe sabía, como hemos insinuado, que no pasaban de 1.600 hombres los que se destinaban á reforzar las tropas del Perú; con este dato oficial había fletado y despachado los buques que los habían de transportar al Perú; y el haberlos desembarcado en el Callao, como se dirá, es un comprobante de que no se les había dado otro destino. ¿Por qué, pues, el virrey no puso en conocimiento del general en jefe estos pormenores, aunque fuera con la cláusula de reservados? Nosotros no acertaríamos á responder ajustada y satisfactoriamente; pero sí aseguramos que importaba mucho al buen servicio el que el general Pezuela estuviese instruído de la realidad de los hechos en este particular, para arreglar á ellos sus disposiciones en la situación en que se encontraba.

El general en jefe recibió poco después noticias más detalladas sobre el plan de campaña de los enemigos. Su principal intento aparecía ser el de formalizar un acordonamiento desde Llocalla á Paria, por Marcha y Chayanta, para estrechar al ejército real en punto á recursos de subsistencia, acometer repentina y arrebatadamente á Oruro y realizar después un ataque general. En esta virtud, y con el fin de amenazar á Chayanta y paralizar los movimientos de Arenales por esta parte, el general en jefe hizo salir el 1.° de Septiembre para Venta y Media el batallón de partidarios que estaba en Condocondo, el de Cazadores situado en Pequereque y el segundo regimiento, que

se hallaba en el cuartel general. Así se proponía también Pezuela ganar tiempo para dar lugar á que pudiesen incorporarse por la vía de Arica las tropas que erróneamente esperaba por allí de Panamá. Como punto más propio para cubrir á Oruro, abundante en forrajes, de que ya había grande escasez en Challapata, y proteger de más cerca la corta división de Paria, el general Pezuela se trasladó á Sorasora con el resto del ejército. Viva era el ansia que se notaba en todos los cantones por recibir correspondencia de Lima, cuando llegó un correo con la noticia de que habían arribado al puerto de Paita tres fragatas de las que conducían la mayor parte de los 1.600 hombres europeos que el general Morillo enviaba al Perú, de las cuales dos habían vuelto á hacerse á la vela para el Callao, quedando aún allí la tercera á causa de los enfermos que traía. Por el mismo correo se supo que se tramaba en las inmediaciones del Cuzco un nuevo levantamiento; pero que descubierto el proyecto, apresados y castigados severamente cuatro de sus principales motores, quedaba todo sosegado.

La posición de Sorasora ofrecía mayores ventajas para proteger la villa de Oruro y el partido de Sicasica, amenazados ambos puntos por grandes reuniones de indios alzados, y cubría al mismo tiempo á la Paz y la línea del Desaguadero, quedando el general Pezuela, como se proponía, en mejor disposición de proporcionarse los recursos de que carecía, paralizar las tentativas del ejército enemigo y aun atacarlo con prontitud si presentaba una ocasión favorable. Comunicado este pensamiento oficialmente al virrey, le dió con fecha de 10 de Octubre su entera aprobación, así porque sustancialmente coincidía con sus anteriores prevenciones, como porque se acercaba el tiempo de buscar á los independientes y de hacer sobre ellos los últimos esfuerzos para vencerlos. "La razón es obvia—dice el virrey—, porque habiéndose servido Su Majestad variar de destino á la expedición del general Morillo, del Rio de la Plata á Costa-Firme, cuya noticia sa-

bida por los insurgentes, les ponía en aptitud de enviar socorros de consideración al Alto Perú, no me quedaba otro recurso que buscar en la suerte de una pronta batalla la seguridad de estas provincias. Me aventuraría mucho, y en cierto modo sería una falta de decoro á la majestad, si ignorando los motivos que decidieron la voluntad del rey á preferir el ataque de Cartagena, opinase abierta y decididamente por el Río de la Plata; pero en clase de opinión la mía hubiera sido siempre ésta y no aquélla, la parte adonde debían concurrir las fuerzas de la Península. De toda la Costa-Firme sólo Cartagena y la isla Margarita se conservaban insurgentes; la primera, según me escribió el virrey Montalvo desde Santa Marta, la tenía tan estrechada con el bloqueo por tierra que, si tuviese un par de buques que impidieran la entrada de víveres por mar, lo más que podría resistir serían sesenta días; y la segunda era una bicoca adonde se habían refugiado las últimas reliquias de los revolucionarios de aquellas provincias, tranquilizadas y contentas con el suave gobierno de D. Juan Manuel de Cagigal; y por lo que correspondía al reino de Santa Fe, tenía trazado mi plan, de que luego que se tranquilizasen las provincias del Río de la Plata, hacer navegar desde Valparaíso á Guayaquil la parte necesaria de la fuerza que quedase disponible para dirigirse por Quito y Papayán, aumentando su número con la que hubiese en ambos puntos para atacar y reducir el llamado reino de Cundinamarca" (1).

Los independientes en tanto nada emprendieron de importancia, y sólo se fueron aproximando á los cantones del ejército real, pero con mucha lentitud. A principios de Octubre se presentó sobre Venta y Media que ocupaba la vanguardia, un trozo considerable de gente á caballo, el cual se retiró después de un corto tiroteo con nuestros cazadores, llevándose dos heridos; uno de ellos resultó ser un fraile mercenario que con sable en mano se esforzaba por animar á los insurrectos.

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

Recibióse el 6 de Octubre en Sorasora el correo de Lima con correspondencia del 10 de Septiembre, y resultaba de ella no haber llegado aún al Callao la tropa europea procedente de Panamá. Todas las ilusiones que mantenía la esperanza de este pronto auxilio se desvanecieron con la segura tardanza, pues acercándose la estación de las lluvias, había casi necesidad de hacer notables alteraciones en el plan de campaña adoptado; porque una mal entendida inacción en aquellas circunstancias podía ser de ominoso resultado para el ejército español. La naturaleza de las noticias que sucesivamente se fueron recibiendo vinieron á confirmar en el ánimo del general la conveniencia de modificar el sistema de operaciones que se había propuesto. Súpose por un indio y con alguna sorpresa, que el general Rondeau había llegado á Ayohuma con su ejército, y por declaración de otro procedente de Cochabamba, que Arenales estaba en Chayanta con 500 hombres de fusil de los 800 que tenía; porque los 300 con la mayor parte de la indiada reunida se habían vuelto á sus casas disgustados ya de la vida militar. Añadía también este indio, á quien su patrón enviaba con carta para su esposa residente en Oruro, que traía el encargo verbal de decir con reserva que corría la noticia de que Salta y Jujuy se habían declarado independientes del gobierno de Buenos Aires, por lo que el Ayuntamiento de Cochabamba se disponía á mandar una diputación á esas ciudades.

El 14 de Octubre llegaron de Cochabamba al cuartel general dos oficiales y un capellán pasados, quienes declararon que, habiendo acompañado al gobernador Arenales, los remitía éste de nuevo á dicha ciudad á recoger la gente que violentada y descontenta se había desertado en gran número; que en Cochabamba se había aumentado también el disgusto y variedad de opiniones con la publicación de un bando en el que se aseguraba que Napoleón reinaba otra vez en España, que Fernando VII había huído á Inglaterra y que había enviado aquél 4.000 fusi-

les á Buenos Aires, ofreciendo todo género de auxilios; y que estas novedades había ncausado tanto descontento, que hasta los más decididos *patriotas* decían que ya no se defendía el partido de la independencia, sino la causa de Napoleón. Dijeron igualmente los tres sujetos referidos que el ejército enemigo, cuya fuerza ascendería á 4.500 hombres, se hallaba en Chayanta y todo su plan parecía dirigido á privar de recursos de subsistencia á las tropas reales; y que se notaba mucho disgusto, si no era temor, en la gente de Buenos Aires por las especies que corrían acerca de la división y desorden que reinaba en esta ciudad, porque habiendo entrado en ella Artigas, y tomado la dirección del Estado, mandaba el país despóticamente é imponía castigos severos á los partidarios de la administración anterior que eran sus enemigos. Véase de aquí cómo con noticias ridículas y falsas por un lado y con nuevas revoluciones por otro se iban conduciendo los pueblos más pacíficos y sumisos del mundo á un grado de perversión casi increíble si la experiencia no la acreditara.

El general en jefe se dedicaba con esmerada solicitud á prevenir y frustrar los intentos del enemigo, haciendo en todos los puntos, dependientes de su autoridad, las prevenciones que estimaba conducentes y recomendando especialmente á sus tropas la vigilancia y puntualidad en el servicio, de las que indudablemente dependía su seguridad y su gloria. Los enemigos empezaron á dejarse ver en corto número de nuestros puestos avanzados, cuando en la madrugada del 20 de Octubre se recibió un parte en el cuartel general de que la vanguardia estaba atacada en Venta y Media por fuerzas considerables, lo que era también de suponer, porque constando esta división que mandaba el coronel Olañeta de los dos batallones de cazadores y partidarios con un escuadrón, tropas muy conocidas por su buen crédito, era de temer que ni aun de noche las atacasen con fuerzas inferiores. El general en jefe puso inmediatamente sobre las armas

las tropas que tenía á su inmediación, avanzó hacia Venta y Media el segundo regimiento y el escuadrón de San Carlos, y él mismo se adelantó con su Estado Mayor en aquella dirección para averiguar personalmente lo que pasaba. Como á la legua de camino se encontró un oficial que conducía tres prisioneros y dió la agradable noticia de que el enemigo había sido derrotado; con esto continuó su marcha el general en jefe para averiguar y examinar por sí cuanto había ocurrido.

En efecto, sobre el amanecer del mencionado 20 de Octubre sorprendieron los enemigos una de nuestras avanzadas, que se componía de un capitán, el después célebre coronel Valdés (a) *Barbarucho*, y 25 cazadores, los cuales, aunque hicieron alguna resistencia, fueron arrollados y degollados todos, menos el capitán, que debió su salvación á hallarse bien montado. A los tiros que esta avanzada pudo disparar, tomó la vanguardia las armas y su comandante envió 40 cazadores más á sostenerla; pero tomando por el llano dieron de improviso con un trozo de caballería que los cercó y acuchilló, matando 33 hombres é hiriendo los siete restantes, que se recogieron después. Olañeta era hombre de valor conocido, pero imperito en el arte militar, y así, sin saber aproximadamente siquiera las fuerzas que le atacaban, mandó adelantar todo el batallón de cazadores, el cual se vió luego en grande apuro, teniendo que apelar á la formación del cuadro para defenderse, mientras el de Partidarios y la caballería desmontada acudieron en su socorro. Entonces se trabó un fuego vivísimo, y avanzando nuestras tropas con decisión sobre el enemigo, acabaron por ponerlo en completa dispersión, causándole la pérdida de más de 100 hombres muertos con seis oficiales, otros tantos individuos de tropa prisioneros y tres oficiales, recogiendo en el campo muchas cartucheras y 300 fusiles. Nuestra pérdida fué de menos consideración después de la avanzada y de los 40 cazadores, enviados ligeramente en su sostenimiento; y aún hubiera sido menor si Olañeta no

hubiera imprudentemente dejado á mucha distancia la avanzada, ni enviado en su auxilio 40 hombres sin conocer la fuerza atacante, máxime habiendo visto la tarde anterior gruesas partidas enemigas que le apresaron todas las mulas y caballos de su división con los diez hombres que los custodiaban en el pasto, porque tal era el único medio que había generalmente en aquel país para atender á la manutención de esos animales.

La fuerza enemiga consistía en 450 cazadores y 250 dragones, insuficiente á la verdad contra 900 hombres lo menos de nuestros mejores soldados; bien que, según decían los prisioneros, venían en la persuasión de que se les unirían los nuestros, porque tal era la idea que habían dado de ellos algunos desertores chilenos que, prisioneros en Rancagua, habían sido incorporados al batallón de Chilotes y se pasaron al enemigo. El ya citado mayor general Rodríguez mandó esta operación, acompañándole en calidad de segundo, Balcárcel, y por los reconocimientos que había hecho desde los cerros inmediatos computó nuestra fuerza en 400 hombres, en cuya idea le confirmó maliciosamente la escolta de las mulas y caballos, que apresó como se ha dicho el día anterior, asegurándole que no había en Venta y Media más que cuatro compañías de varios cuerpos. En este concepto se resolvió á caer á media noche sobre el expresado pueblo para atacar de sorpresa la vanguardia y tal vez hubiera logrado su intento si hubiese sabido evitar encontrarse con la avanzada, como podía por su indiscreta colocación; pues la corta resistencia de ésta, alarmando el resto de la división, dió lugar para que los cuerpos tomasen las armas y saliesen al campo.

Por los prisioneros enemigos se supo que su fuerza ascendería á 4.500 hombres con 700 caballos entre dragones y granaderos; que era voz común entre ellos que el general Rondeau no pensaba en atacar, pero sí esperar á las tropas del rey en los llanos de Chayanta; y que al efecto había hecho abrir una gran zanja en el frente del cam-

po, que tenía elegido para la batalla y construir un reducto en su flanco izquierdo. Después de revistar el general en jefe las tropas vencedoras de la vanguardia, y de arengarlas convenientemente por su comportamiento, regresó á Sorasora. En el camino recibió un pliego del gobernador de la Paz en el que participaba que, habiendo salido el subdelegado de Sicasica con una expedición á los valles inmediatos, había derrotado á los cabecillas Camargo y Zárate, quienes con bastante indiada se disponían á invadir y revolucionar los Yungas. Por manera que la noticia de estos dobles sucesos causó en el ejército español tanta satisfacción como entusiasmo.

Nada ocurrió que merezca referirse en los cantones del ejército hasta el 28 de Octubre, en cuyo día llegaron al cuartel general por extraordinario noticias de Europa venidas por Panamá á Lima en setenta y seis días desde Madrid. Por ellas se supo la rota definitiva que en sus últimos esfuerzos había sufrido Napoleón en Waterloó, y lo que interesaba más inmediatamente á los leales defensores del Perú: que se aprontaba en España una expedición de 20.000 hombres contra Buenos Aires, la cual se llegaba á suponer que saldría á todo tardar, en Octubre. Juzgándola ya, pues, en la mar á esta fecha, fué grande el regocijo de todo el ejército, fundado en las mejores esperanzas de ver pronto terminada en la América del Sur la guerra cruel y desoladora que destruía los pueblos. Mas tan consolador porvenir no era más que un sueño dorado. Por este tiempo había llegado á Lima la cuarta división del ejército que mandaba el general Morillo, cuya expedición hasta Costa-Firme y la continuación de las operaciones del ejército del Alto Perú en este año serán el asunto del siguiente capítulo.

CAPITULO VIII

Expedición de Morillo.—Da vista al nuevo mundo.—Morales y sus tropas.—Conquista de la isla Margarita.—Un Consejo de guerra.—Incendio del navío *San Pedro*.—Refuerzo enviado al Perú.—Su embarco en Panamá.—Su arribo á Paita y al Callao.—Su recibimiento en Lima.—Un acto de insubordinación.—El ejército del Alto Perú toma la ofensiva.—Primeros encuentros con el enemigo.—Gloriosa batalla de Viluma.—Ocupación de Chuquisaca y Potosí.—Expedición al valle Grande.—Estado lisonjero del Alto Perú.

1815

La brillante expedición del general D. Pablo Morillo se había reunido en Cádiz y sus pueblos inmendiatos á fines de 1814. Componíanla seis regimientos de infantería á cual mejores, el batallón de nueva creación Cazadores del general, algunas compañías de zapadores y de artilleros á pie, dos regimientos de caballería, húsares de Fernando VII y dragones de la Unión, éste también de nueva creación, y un escuadrón de artillería. Esta expedición se había formado para el Río de la Plata, y todo se hallaba preparado para su correspondiente embarco. De creer es que el gobierno de Fernando VII se haya arrepentido muchas veces de haber variado el acertado destino de esa expedición; pero cuantas reflexiones se hicieran sobre tan conocido error vendrían á ser hoy de poco provecho.

A mediados de Enero de 1815 toda la expedición se

hallaba á bordo de sus respectivos buques para dar la vela, completamente provista de cuanto podía necesitar en su navegación hasta las playas del Río de la Plata, y aun algunos buques llegaron á rebasar del bajo de las Puercas en la bahía de Cádiz; mas el tiempo no parecía seguro, y el barómetro comenzó tan notablemente á descender, que bien pronto corrieron las señales y órdenes de volver al fondeadero y seguidamente las de amarrarse. El navío de guerra inglés el *Estandarte*, que acababa de dar la vela del mismo puerto y frisaba ya con el horizonte, viró también en demanda del fondeadero, pasando con maestría por en medio de tantos buques como entonces había allí; pero no sin causar alguna alarma á bordo de la fragata transporte *Daoíz y Velarde*, cuya lancha en el agua todavía por la popa fué hecha astillas por el navío. El viento fué gradualmente arreciando y no tardó en declararse en temporal que obligó á la expedición á permanecer en el puerto hasta el siguiente mes, manteniéndose sin embargo la tropa embarcada todo este tiempo. Algunos jefes y oficiales iban entretanto frecuentemente á tierra, y allí empezaba á decirse que el destino de la expedición no era ya al Río de la Plata, sino al Oeste; pero nadie manifestaba el fundamento de este rumor.

A mediados de Febrero se hizo la expedición á la vela, y continuó con felicidad la navegación. Rebasadas las islas Canarias, se tardó poco en ver confirmada la especie de que el destino de la expedición era al Oeste, y esta novedad fué generalmente recibida con aplauso por la sola razón de que la navegación era más corta. El tiempo estaba claro y hermoso, la expedición que navegaba reunida y no bajaba de 70 velas, presentaba á la vista el bello cuadro de una población ambulante, los buques se ponían con frecuencia al habla unos de otros, los amigos, los compañeros y los conocidos se saludaban casi diariamente y á bordo de todos los barcos había salud y buen humor.

Tampoco se descuidaba la instrucción de las obliga-

ciones de la tropa, el manejo interior de las compañías, su necesaria y salutífera policía ni las academias de los oficiales. En la fragata *Daoíz y Velarde* iba el brigadier don Salvador Moxó, que gozaba reputación de táctico, y era partidario del sistema de las filas de á tres para la caballería, y durante de la navegación no cesó de ocuparse en calcular y escribir las ventajas que en su concepto ofrecía ese sistema sobre las filas de á cuatro. Se ignora si estos trabajos se han conservado.

Así ocupados los militares que componían el ejército del general Morillo, y sin el menor contratiempo en la navegación, descubrió la expedición á principios de Abril la tierra del Nuevo Mundo que tantas vigilias costó al inmortal Colón, y cuya civilización costó también tantas vidas y tantos esfuerzos á la España. La lozana frondosidad de la elevada tierra, que se presentó á la vista, causaba la más grata admiración á cuantos por primera vez la veían. La primera noche que pasó la expedición á la vista de la Costa Firme, se experimentó una turbonada de las que son harto frecuentes entre trópicos, con especialidad en ciertos meses del año, y ella ocasionó la separación involuntaria de un bergantín, el cual, por desgracia, no tardó en ser presa de los corsarios de la isla Margarita, adonde fué inmediatamente conducido, llevando á su bordo una compañía de zapadores y otros efectos. La expedición, avistada á su vez desde tierra, fué luego reconocida por uno de los buques que formaban la escuadrilla del valiente y afortunado D. Tomás Morales, surta en Puerto Santo. Este jefe manifestó tener ya noticia del rumbo de la expedición, y se hallaba allí preparando la invasión de la citada isla, guarida constante de los más bárbaros y sanguinarios enemigos. Morales pasó inmediatamente á bordo del navío *San Pedro de Alcántara* á saludar al general Morillo, y le instruyó con facilidad de lo adelantada que llevaba la pacificación de Venezuela y Caracas, así como de los aprestos de que en la actualidad se ocupaba para reconquistar la isla Margarita y castigar

aquellos crueles piratas, sobre cuyo plan indicó pensamientos que se estimaron terribles, aunque no eran acaso más que el triste fruto de su propia experiencia en aquella espantosa guerra.

El general Morillo acordó con Morales el destino de sus tropas; mas exponiendo éste el vivo deseo que animaba de concurrir con algunas á la reconquista de la Margarita, por donde iban á dar principio las operaciones, y la conveniencia política que sin duda había en ello, el general en jefe convino en que el mismo Morales, con uno de sus batallones, siguiese la expedición, como se verificó, con tanta satisfacción de la tropa designada, como sentimiento de la restante, que no podía tomar la parte que deseaba en la operación que se iba á emprender. Morales se embarcó en el navío donde se alojaba el general en jefe, y la expedición hizo rumbo á la Margarita.

Cuando los soldados europeos, en esta corta travesía, vieron entre los buques de la expedición los pequeños barcos que conducían 800 hombres de los Morales, naturales todos de Costa-Firme, muy morenos... no hay términos con qué pintar la sorpresa que recibieron á la vista de un espectáculo tan nuevo para ellos (1). Eran aquéllos

(1) Los puntos suspensivos sustituyen, en esta edición, una calumnia y una injuria del Sr. Camba contra esos soldados de Venezuela que lo derrotaron á él y á sus compañeros de armas. Camba se burla, como quien no quiere la cosa, de la indumentaria de esos soldados que defendían á España y que España no supo vestir mejor.—Esta injuria de Camba es la persistencia, en la historia, de ese error de desprecio que cometieron, á la vista de los soldaditos venezolanos, morenos y en desnudez, aquellos bien vestidos oficiales del ejército europeo, error que les costó la vida y la pérdida de batallas y colonias.—Pero sobre el error, en Camba, hay una mentira calumniosa: los soldados de Morales y Boves no llevaban tan absurdo indumento como él dice; esos soldados y los jefes y oficiales españoles que tenían acababan de saquear á Valencia, Caracas, Cumaná, Barcelona y Maturín y cargado y vestídose con los despojos de esas ricas ciudades.

Más tarde, es decir, después de 1814, estuvieron peor vestidos esos mismos soldados, ya al servicio de su patria y de ideas nobles como

los vencedores, y nuestros europeos, llevados de la apariencia, incidieron en el grave error de concebir por los vencidos la idea más despreciable, la que no ha dejado de ser por desgracia harto general en otros puntos de América, y sin duda funesta en todos. Los soldados leales de Costa-Firme, que con decisión y valentía habían sostenido hasta entonces los derechos españoles, tampoco se quita-

---

las de independencia y libertad. Y entonces fué cuando esos soldaditos de Venezuela, muy morenos y casi desnudos, que hicieron reir á Camba, llevaron sus harapos hasta los extremos meridionales del Continente, derrotando en todas partes á los europeos.

En Venezuela mismo, apenas llegaron Camba, su jefe Canterac y las tropas españolas de esa expedición de 1817, apenas supieron prácticamente cómo se batían esos venezolanos morenos y desnudos, y cómo sabían destruir á los invasores europeos, cuando pidieron que los enviasen "á país menos feroz", según palabras de uno de los caudillos españoles.

Ahí quedan las palabras del ilustre general español D. Pablo Morillo al ministro de Guerra español, sobre las tropas de la expedición de 1817, al mando de Canterac, en las que llegó Camba á Venezuela. He aquí esas palabras:

«El resentimiento del brigadier Canterac ha sido trascendental á jefes, oficiales y tropas de su división, que contaban pasar á mejores y más tranquilos países, haciéndoseles á todos muy penosa la existencia en uno en que los sufrimientos y riesgos *y la clase de guerra que se hace es tan cruel y tan temible...*

»Las nuevas tropas expedicionarias, que venían en el concepto de acabar con la Margarita en quince ó veinte días, que suponían á los rebeldes unas bandas de hombres tímidos y cobardes que desaparecerían al aspecto de los soldados y que, equivocadamente, tenían entendido que la guerra en América era mucho más llevadera y mucho menos peligrosa que en Europa—por la clase de enemigos que creían encontrar—, han visto con sorpresa que, en muy pocos días, en aquella isla hemos tenido siete sangrientos combates; han visto el encarnizamiento y la rabia desesperada de una canalla resuelta á morir. Los han visto expirar bajo sus golpes, aun amenazando y despreciando la vida; y han visto, por fin, desaparecer en un momento más de quinientos de sus bizarros camaradas, sin haber podido, á pesar de estos esfuerzos, más que encerrarlos en sus posiciones.»

(Rodríguez Villa: *El teniente general D. Pablo Morillo*, vol. III, páginas 639-640.)

Nota de R. Blanco-Fombona.—1916.

ban un instante de encima de las cubiertas de sus barquichuelos, admirando á su vez á los europeos, á quienes saludaban con afectuosa expresión y con una deferencia respetuosa que enternecía. Los oficiales de esta tropa usaban pantalón, chaleco, chaqueta y sombrero redondo, zapatos ó botas; su aire no parecía tan marcial como el de los oficiales europeos, pero tanto ellos como sus soldados se mostraban con razón ufanos de su fidelidad al rey y á la España, sellada con su propia sangre en repetidas gloriosas ocasiones. Cuando unos y otros tuvieron lugar de comunicarse, referían éstos sus campañas y proezas con admirable naturalidad, y en sus expresiones y ademanes sobresalía el sentimiento de lealtad al rey y de adhesión á los españoles. Su acrisolada lealtad, su valor tantas veces acreditado, eran timbres más apreciables á los ojos de la sana razón que el porte marcial más señalado y los más ricos y vistosos uniformes. ¿Cómo y por qué llegaron á alterarse tan nobles sentimientos, disposiciones de tanta esperanza? Punto es éste que merece un especial examen y cuyo estudio nos parece aún de mucho interés para la España. El mismo jefe Morales vestía entonces como sus oficiales; pero estos militares, tales como se presentaban á la vista de sus nuevos compañeros, habían pacificado, mandados primero por Boves, y luego por el citado Morales, casi todo el territorio de Venezuela y Caracas, que con el extenso virreinato de Santa Fe se perdió después que llegaron á él tropas europeas de la mejor calidad y bien mandadas.

Del 6 al 8 de Abril la expedición fondeó en la isla de Margarita, no distante del puerto de Pampatar, y luego se comunicaron las prevenciones relativas al desembarco de la tropa destinada á este servicio. Por el bergantín antes apresado se habían enterado los enemigos del número de cuerpos que componían la expedición y de las fuerzas navales que la convoyaban, y, sin embargo, al fondear los buques cerca de tierra, presentaron en la playa del frente varios trozos de caballería, como en ade-

mán de oponerse al desembarco. Á pesar de este alarde, otra era la verdadera situación de la isla: la consternación y el desaliento se había difundido por todos sus habitantes; los hombres más comprometidos por la atrocidad de sus actos sanguinarios y los principales caudillos preparaban y realizaron su fuga en piraguas y balandras por el puerto del Norte: el castillo de Pampatar izó bandera de parlamento, y el encargado de su mando dirigió por escrito al general en jefe la correspondiente sumisión y reconocimiento al gobierno de S. M. El día 10 del mismo Abril desembarcaron las tropas que habían de posesionarse de la isla, y acto continuo ocuparon la población de Pampatar y su castillo, donde entró el general en jefe con su Estado Mayor, quien al día siguiente pasó á la Asunción, capital de la Margarita.

Los soldados de Morales, que fueron del número de las tropas desembarcadas, siguieron el movimiento de las europeas, sin ocultar el pesar que les causaba el que no se emplease con aquellos habitantes toda la severidad que tenían merecida. Sus experimentados oficiales solían decir á los recién llegados que algún día llorarían una humanidad que calificaban de mal entendida; pero sobre ser conforme con los sentimientos de la época, era un deber cumplir las órdenes del monarca, que expresamente prevenía se economizase cuanto fuera posible la efusión de sangre. D. Tomás Morales, no obstante los distinguidos servicios que llevaba prestados y el considerable número de tropas que le obedecían, había tenido la rara modestia de no aplicarse graduación militar alguna. El general Morillo, en presencia de todas las tropas y á nombre de S. M., lo declaró coronel vivo y efectivo, y lo envió seguidameute al puerto del Norte con una columna compuesta de sus soldados y de los europeos. Este acto fué celebrado y aplaudido con alegría y entusiasmo, y aun parecía á algunos muy corta la recompensa otorgada á Morales, de la cual se manifestaba él satisfecho.

Ocupada la isla Margarita sin resistencia; reconocido

por sus habitantes el Gobierno español, por medio de nuevo juramento de sumisión y fidelidad que todos sus pueblos prestaron; otorgado solemnemente á nombre del rey un completo olvido de lo pasado, y concedido, además, un salvoconducto á Arizmendi, uno de los principales caudillos de la insurrección de la isla, el general en jefe se ocupó de los preparativos del reembarco y de señalar las tropas que habían de quedar de guarnición en la Margarita. Mas es de notar aquí que de tan absoluto y generoso olvido de lo pasado fué únicamente excepcionado un oficial de caballería, acusado de deserción y de malos tratamientos recientemente usados con los oficiales y soldados prisioneros en el bergantín extraviado de que se ha hecho mención. Ese oficial, de más de cuarenta años de edad, era natural de las islas Canarias y había servido, en clase de sargento, en una de las compañías fijas de Costa-Firme, antes de la revolución. Este oficial, pues, fué juzgado verbalmente en Pampatar por un Consejo de guerra de oficiales generales, que presidió el brigadier Moxó. Allí, en presencia del tribunal, fueron examinados algunos testigos, principalmente de los zapadores prisioneros en el predicho bergantín apresado, rescatados ya con la toma de la Margarita, y de la misma manera fué interrogado el acusado. Echó de menos el Consejo un defensor para el reo, y como en la misma casa en que se tenía se hallaba el ayudante mayor del 4.° escuadrón de húsares de Fernando VII, D. Andrés García Camba, secretario de la Subinspección de caballería del ejército y ayudante de órdenes del comandante general de la primera división y subinspector de aquella arma, presidente del Consejo, fué inmediatamente llamado para que, también verbalmente, se encargara de su defensa. Era entonces bien joven el defensor nombrado de oficio, y fácilmente inferirán los hombres prácticos la sorpresa que le causaría una comisión tan repentina é inesperada, aunque muy honrosa.

Para que la desempeñara lo mejor que le fuera posible,

fué preciso examinar de nuevo los testigos é interrogar al acusado. El defensor animó á éste á que expusiera con respeto, pero con libertad, cuanto creyese que podía favorecerle, y, sobre sus descargos, se esforzó luego principalmente en implorar la clemencia del Consejo, fundándose en las mismas reales órdenes que recomendaban se economizase el derramamiento de sangre y en la conducta humana y generosa del general en jefe, quien, en nombre de S. M., acababa de perdonar hasta al feroz Arizmendi, resultando de lo contrario que su cliente, sin disputa menos criminal que aquél, vendría á ser el único castigado donde tantos delincuentes quedaban perdonados.

Como quiera el Consejo creyó justo pronunciar y pronunció sentencia de muerte contra el expresado reo, y aun se dijo después que uno de aquellos severos jueces había estimado las reflexiones y súplicas de gracia del defensor, más merecedoras de censura que dignas de atención y de favor. El Consejo desestimó este parecer, aun cuando la poca experiencia del defensor y el deseo de salvar la vida de su cliente le hubiesen hecho incurrir en alguna falta en el modo de defenderlo. En fin, el acusado fué conducido á bordo del navío *San Pedro*, donde, aprobada la sentencia por el general en jefe, debía de ser pasado por las armas.

Con el salvoconducto que Arizmendi había obtenido se presentó en Pampatar. El general Morillo se esmeró en distinguirlo y lo convidó á una comida y un baile, conque se propuso obsequiar á la coronela Morales, prisionera y detenida en la Asunción desde antes del arribo de la expedición peninsular y que con la toma de la isla Margarita acababa de ser rescatada. Arizmendi parecía sorprendido y admirado de las atenciones que se le prodigaban; aplaudía la generosidad española y hacía manifestaciones y protestas explícitas sobre su debido reconocimiento y su futura fidelidad; pero todo era en realidad falsía y necesidad de disimulo, según la barbarie con que

volvió á dirigir nuevas y sangrientas insurrecciones, cuyo relato no pertenece ya á nuestro popósito.

Fondeada todavía la expedición en Pampatar se recibieron órdenes de la corte previniendo que por el istmo de Panamá se remitiese inmediatamente un refuerzo al ejército del Perú, y en su conformidad fué designada la cuarta división que mandaba el brigadier D. Juan Manuel Pereira. Se componía ésta del regimiento de infantería de Extremadura, del que era coronel D. Mariano Ricafort y en el que servía de subalterno el después célebre don Baldomero Espartero; del 4.° escuadrón de húsares de Fernando VII, su comandante el teniente coronel D. Joaquín Germán; del 4.° escuadrón de dragones de la Unión, á las órdenes del coronel D. Vicente Sardina, uno de los tenientes del famoso Empecinado; de una compañía de zapadores y de otra de artilleros á pie. El ayudante mayor Camba, aunque por su actual destino podía permanecer en Costa-Firme y acaso con ventaja, pidió y obtuvo incorporarse en su escuadrón para correr la suerte que á éste le cupiera.

Hechas estas prevenciones y designada la tropa que había de guarnecer la isla Margarita, se verificó el reembarco de las demás y la expedición se trasladó á la inmediata isla de Coche con el fin de reponer la aguada, mientras el general en jefe y su segundo, el brigadier don Pascual Enrile, se adelantaban á Cumaná en la fragata de guerra *Diana*. Ocupados los buques de la expedición en la referida faena, se prendió fuego en la despensa del navío *San Pedro*, como entre dos y tres de la tarde del día 24 de Abril. Casi al mismo tiempo que el navío hizo la señal de *fuego*, se percibieron las humaradas que salían por sus escotillas. En Pampatar se habían embarcado en la misma despensa varias pipas de ron que fueron el primer cebo del fuego. Todos los buques de la expedición enviaron inmediatamente de auxilio al navío sus embarcaciones menores, y con igual objeto se le acercaron también algunas lanchas cañoneras. El incendio tomó

rápidamente un incremento asombroso; la tripulación, la guarnición y los oficiales de la dotación del navío, así como los oficiales y tropa que conducía de transporte, hicieron los mayores esfuerzos por apagarlo, consiguiendo al menos con la mucha agua que lograron introducir en la Santa Bárbara que la inevitable explosión no fuese tan violenta y terrible como debía temerse de los muchos quintales de pólvora que en ella había.

Después de inexplicables penalidades, de heroicos esfuerzos y de grandísimos riesgos, fué preciso sólo atender á salvar la gente del navío, lo que se logró con pérdida de pocos individuos, generalmente de aquellos que, por ganar más pronto las embarcaciones menores, se arrojaban precipitadamente al agua sobre una corriente que no conocían. El activo coronel D. Mariano Ricafort se distinguió por su entendida eficacia en dirigir los auxilios del navío. El justo temor de la explosión que era de esperar y aun el de la artillería cargada del navío obligó á dar la vela á algunos buques de los fondeados á su inmediación. En fin, la temida explosión se verificó sin causar daño á los demás barcos ni aun á las embarcaciones menores auxiliantes, aunque por largo rato quedaron debajo de una densísima niebla de humo. Así en pocas horas desapareció para siempre, presa de las devoradoras llamas, el hermoso navío *San Pedro*. La expedición presenciaba atónita tamaño espectáculo, y fuera imposible describir la triste impresión que tan lamentable suceso causaba en todos los ánimos. Allí se perdió la mayor parte de las municiones, porción de armas y otros pertrechos de guerra y el numerario que se llevaba para el servicio de la expedición con uno ó dos caballos del general en jefe. Algunos empezaron á augurar mal del éxito de una campaña que comenzaba por una pérdida difícil, si no imposible de reparar.

El oficial enemigo, de quien se ha hecho mención, se hallaba ya en capilla para sufrir la pena á que había sido condenado, cuando se prendió fuego al navío. Oída á

bordo la aterrante voz de *fuego*, y después de muchos esfuerzos empleados para apagarlo, nadie pensó más que en salvarse, quedando aquel desgraciado en absoluto abandono. Aunque agobiado por una pesada barra de grillos que lo sujetaba, se ocupó también, como era natural, de su propia salvación. Principió por desembarazarse de los grillos, que era la primera diligencia, y llegó á conseguirlo después de mucho tiempo y trabajo; por manera que, cuando pudo disponer libremente de su persona, estaba el navío hecho un volcán. Ninguna embarcación menor había ya á su costado y ningún otro arbitrio quedaba á este desgraciado que el de arrojarse al agua, pues que era nadador, y aun así tuvo grandísima dificultad en vencer la corriente, que le era desfavorable, para ganar la primera lancha cañonera que se ofreció á su vista en medio de la densa nube de humo formada por la explosión, que vino á verificarse casi al mismo tiempo en que el infeliz acababa de entregarse al mar. Luego que por su habilidad pudo entrar en la referida embarcación, manifestó quién era, y en consecuencia fué conducido á la fragata de guerra *Ifigenia*, que había quedado con el convoy.

Recibida en Cumaná la triste pérdida del navío, regresó al fondeadero de la isla de Coche el brigadier D. Pascual Enrile, comandante de la expedición en la mar y segundo del ejército en tierra, y tan pronto como enarboló su insignia en dicha fragata, pasó el defensor del reo á referirle lo que había ocurrido, y á suplicarle interpusiera su mediación en favor del sentenciado, vivo todavía como por milagro. El brigadier Enrile, sin duda poseído de la reciente desgracia que á todos afectaba, despidió al suplicante diciéndole que tocaba al general en jefe resolver en el asunto. La expedición se trasladó en seguida al puerto de Cumaná, y allí hubiese repetido el defensor sus buenos oficios ante la autoridad del generoso general Morillo, si una calentura de las que llaman en el país *quebrantahuesos*, no le hubiera obligado á guardar cama por

algunos días á bordo del buque en que se hallaba. Entretanto, el reo que motiva esta digresión había sido conducido á tierra, puesto de nuevo en capilla y pasado por las armas.

Desde Cumaná se trasladó la expedición á Puerto Cabello costeando el Continente americano, y desde aquí la división destinada al Perú hizo rumbo á Porto-Belo, adonde llegó con felicidad, desembarcando en seguida para no volver á entrar más en los buques que la habían transportado. Desde aquí á Chagres todavía auxiliaron las embarcaciones menores de estos buques la conducción de la tropa, luego por el río Chagres hasta el pueblo de Cruces fué embarcada en Bongos manejados, hábilmente por los negros, y de este pueblo á Panamá marchó la división montada en mulas y caballos las siete leguas que restaban. En todos estos pueblos fueron los soldados europeos recibidos con muestras de afecto: en Chagres, donde hubo formación en celebridad del día de San Fernando, el júbilo fué general; pero sobre todo en Panamá recibió la división los más distinguidos obsequios de sus habitantes.

Durante la corta permanencia de esta tropa en Panamá, la curiosidad natural suscitaba con frecuencia conversaciones sobre Lima y el Perú, cuya animada descripción oían sus individuos embelesados. Parecíales fabulosa á los nuevos europeos la existencia de una población donde nunca llovía, ni hacían fuertes vientos, ni tronaba, ni se sentía tanto calor que no se pudiera soportar lo ropa de paño, ni tanto frío que fuese absolutamente necesaria la capa; pero se afirmaba al mismo tiempo que se padecían peligrosas disenterías y se sentían con frecuencia temblores de tierra. Sin embargo, era vivo el deseo que todos alimentaban por llegar pronto á conocer la célebre ciudad de los Reyes, capital actual del antiguo imperio de los Incas.

Á mediados de Junio se embarcó de nuevo la tropa en los buques que la esperaban, menos el escuadrón de dra-

gones de la Unión, que permaneció allí por algún tiempo más hasta el arribo del transporte que lo había de conducir al Callao, como se verificó más tarde, y surcando con harta lentitud el mar Pacífico á causa de la contrariedad del viento, fueron sucesivamente tocando los buques en el puerto de Paita para refrescar víveres y continuar á su destino. Este puerto es bueno y tiene un excelente desembarcadero, está situado á los 5° y 5′ de latitud Sur, y es el más inmediato á Tumbez, ó Tumpiz, como le llamaban los indios, la primera tierra del Perú que descubrió Francisco Pizarro, y en donde desembarcó solo y armado Pedro de Gandía, su ilustre compañero, de cuya temeraria empresa salió como por milagro. En 1741 fué destruído el pueblo de Paita por el inglés Anson; está rodeado de arenales por el lado de tierra, carece absolutamente de agua dulce, y la que se bebe, y de la que se proveen los barcos, viene del conocido río Colán, que dista cuatro leguas al Norte. El cielo de Paita está siempre despejado— dice Mr. Stevenson—y por esta razón le estima por uno de los mejores puntos del mundo para un observatorio astronómico; nunca se experimentan allí nieblas ni rocíos, y por consiguiente la atmósfera tiene casi siempre una misma diafanidad. Por la mucha claridad que se observa en los cuerpos celestes pasa como proverbial la brillantez de la luna de Paita.

Todas las tropas europeas que habían salido de Panamá se hallaban en el Callao el 14 de Septiembre y recibieron orden de dirigirse seguidamente á Lima, capital del Perú. Su entrada en esta ciudad fué en extremo celebrada y distinguida; la mayor parte de su numerosa población de todas clases y colores se hallaba extendida á un lado y otro del camino real para ver llegar la tropa peninsular que tan eficazmente había contribuído á la paz de Europa, y el anciano y respetado virrey Abascal, marqués de la Concordia, salió también á recibirla fuera de la puerta que llaman del Callao. Al descubrirse el coche del virrey, formó la tropa en batalla y le hizo los honores

prescriptos y correspondientes á su elevada dignidad. Apeóse el virrey del coche al llegar á la derecha de la línea, cuyo frente recorrió á pie con un aire muy digno y sobremanera marcial para su avanzada edad, dirigiendo á los oficiales y á la tropa algunas palabras lisonjeras y manifestando claramente la satisfacción con que recibía aquel oportuno refuerzo.

Concluído este acto desfiló la división por delante del virrey, y por ayudantes de la plaza designados al efecto fué cada cuerpo conducido á su respectivo cuartel, entre repetidos vivas al rey.

Los jefes y oficiales fueron todos alojados y recibidos por sus patrones espléndidamente, y obsequiados en igual forma por varios días.

Los jefes de muchas provincias no cesaban de pedir al virrey el aumento de sus guarniciones, cuyas instancias repetían con cualquiera motivo. «La llegada de las tropas de la Península por el itsmo de Panamá—dice el mismo virrey—excitó más el clamor y el deseo de tenerlas para su mayor seguridad, fundados en solidísimas razones, pero ninguna de tanto bulto como la que obligaba á conservar la totalidad en un solo punto para atender no sólo á la quietud general, sino al restablecimiento de los tributos en que se estaba ya entendiendo, lo cual no se habría conseguido poniéndolas en detalle con riesgo inminente de perderlas por deserción ó por otros motivos. Pero urgiendo más que nada colocar en la comandancia militar del Cuzco persona de conocido carácter, que hiciese observar la disciplina de la guarnición, nombré para este empleo (en 4 de Octubre), con la presidencia interina de aquella real audiencia, al coronel de Extremadura D. Mariano Ricafort, con la única desmembración de 100 hombres de su regimiento y 20 del escuadrón de húsares de Fernando VII y sus respectivos oficiales; de cuyo modo calmaban mis zozobras en aquella ciudad, pues desde aquel instante, dando por terminadas las quejas de los jefes y las de los vecinos por el desorden de las tropas, el

plan de operaciones debía corresponder con el de las provincias" (1).

La generosa acogida y las notorias simpatías que halló en Lima la división peninsular influyeron tal vez mucho en el hecho sensible de que vamos á dar completa noticia, porque hasta ahora no le hemos visto presentado con la debida exactitud. Una grande mayoría de los habitantes de la capital del Perú no se cansaba de admirar á los jóvenes militares que, después de haber contribuído á la libertad de la metrópoli, iban contentos al nuevo mundo á defender los intereses de su patria y de su rey, y todos como á porfía se esmeraban en obsequiar y distinguir aquella excelente tropa, manifestando el mayor anhelo porque fuese atendida hasta con imprudente preferencia, y esta funesta especie no tardó en producir un acto inexperado de indisciplina.

Señaladas concesiones se habían hecho de real orden á la tropa expedicionaria, con el fin de llevar á sus individuos más gustosos al otro lado de los mares; pero pronto quedaron algunas sin efecto y otras notablemente alteradas, de como se habían entendido, por posteriores aclaraciones. Habíase prometido pagar á la tropa sus atrasos devengados en la península, y abonarla además en dinero la ración de vino correspondiente al tiempo de la navegación. Sus jefes no descuidaron respetuosas reclamaciones, que el estado del tesoro y atenciones muy perentorias no permitieron resolver como hubiera convenido. La tropa no se conformaba pacientemente con la tardanza, ni alcanzaba, como fuera de desear, las disculpas causales que la motivaban. La indiscreta acogida que hallaban sus quejas en muchos vecinos honrados, y acaso también la astuta sagacidad con que hayan podido explotarlas los enemigos ocultos, comparando su mérito y preferentes derechos con los de otros funcionarios ricos puntualmente pagados y algunos jubilados con los altos

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

sueldos de sus anteriores empleos, acaloraron los ánimos de la tropa hasta el peligroso extremo de combinarse sus individuos para reclamar unidos y armados las ofertas que se les habían hecho. Este reprensible pensamiento lo dirigieron con tanta cautela que nada se llegó á traslucir de él hasta el 7 de Noviembre en que lo comenzaron á poner por obra.

Puestos indudablemente de acuerdo el regimiento de infantería de Extremadura, la compañía de zapadores, la de artillería y el 4.° escuadrón de húsares de Fernando VII, que formaban la división expedicionaria, porque el 4.° escuadrón de dragones de la Unión no había entonces llegado aún á Lima, el expresado 7 de Noviembre por la tarde algunas compañías de Extremadura tomaron las armas un poco antes de la hora prevenida para el ejercicio en que diariamente se ocupaban y salieron en algún desorden á la plaza del cuartel con el designio de recorrer los alojamientos de la demás tropa peninsular y reunidos todos presentar al virrey sus reclamaciones. Los oficiales de semana, que con alguna anticipación acudían á revistar las compañías antes de salir al ejercicio, fueron los primeros que trabajaron por sofocar aquel desmán. El teniente coronel D. José Carratalá, que mandaba el cuerpo, y los demás oficiales fueron sucesivamente llegando al cuartel y todos iban procurando contener aquella determinación, debiéndose al aprecio que les profesaban los soldados el que, en el calor de la resistencia, no se hubiese cometido con ellos algún exceso, enteramente infructuoso, si no de peores consecuencias. El capitán de granaderos D. Antonio Ortega, que era idolatrado de su compañía, pasó por el pesar de verse desobedecido, alegando algunos soldados que no querían trabajar en la faena de limpiar el campo que les había de servir de instrucción, que fué el pretexto ostensible de que se valieron. Sin embargo, el jefe consiguió que la tropa saliera á la calle formada, que los oficiales ocupasen sus puestos y que atravesara la ciudad en columna con aparente orden, avisando al virrey de

cuanto ocurría por el mismo capitán de granaderos y que conceptuaba paralizada la fogosidad del primer impulso, pero muy pronto empezaron también á correr rumores por la ciudad revelando el mal sentido de la tropa de Extremadura, no sólo extrañamente variados, sino tal vez maliciosamente abultados. Con tales rumores los oficiales de los demás cuerpos de la guarnición acudieron diligentes á sus respectivos cuarteles.

Al acercarse Extremadura al de artillería ya se hallaban en él algunos oficiales de este cuerpo apercibidos en parte de lo que pasaba. Los soldados de infantería invitaron á sus compañeros de expedición á que se les unieran como indicaban haberles ofrecido; mas prevenidos éstos por la presencia de sus oficiales ó tal vez arrepentidos de su injustificable proyecto, nada contestaron y se mantuvieron inmóviles. Los de Extremadura tampoco emplearon ningún medio violento para obligar á los artilleros expedicionarios á que cumplieran su compromiso, como es preciso reconocer que hubieran podido: mesura á que ha debido contribuir eficazmente la acertada incorporación de los oficiales en sus puestos y la oportuna aparición del brigadier D. Juan Manuel Pereira, comandante general de la división, acompañado del mencionado capitán de granaderos. Extremadura se dirigió seguidamente al campo de instrucción á esperar, al parecer, la reunión de todos los concertados, como paraje convenido al efecto.

Los primeros oficiales de húsares de Fernando VII que, á consecuencia de los rumores esparcidos, acudieron á su cuartel, hicieron formar la tropa, y en este estado se recibió orden del virrey para que el escuadrón estuviese pronto al primer aviso. A fin de cumplir este precepto, sin necesidad de que la tropa lo entendiera, el ayudante mayor D. Andrés García Camba sacó el escuadrón á pie á la plazuela de Monserrate y mandó pasar lista para entretenerlo luego en los ejercicios como las demás tardes. En el acto de la lista el húsar N. Penco no respon-

día al sargento, aunque repitió éste dos ó tres veces su nombre, y entonces el sargento le reconvino; el húsar replicó de un modo impropio, con desusada altanería, nunca disimulable, y menos en aquellas circunstancias, y haciéndole salir de la formación el ayudante, lo reprendió y envió arrestado á la prevención. Tanto por este extraño incidente en un cuerpo distinguido por su disciplina, como por cierta agitación que se advertía en los semblantes de muchos individuos, era harto presumible que aquella tropa tenía conocimiento del proyecto de la de Extremadura.

Iba, sin embargo, el ayudante a dar principio al manejo del sable, cuando se presentó en la plazuela el comandante D. Joaquín Germán, y, enterado de lo que había ocurrido, dispuso que el escuadrón volviera á entrar en el cuartel, poniendo en libertad al húsar recién arrestado. Formada todavía la tropa en el patio del cuartel, la preguntó el comandante con suma inoportunidad *si tenía alguna queja de sus oficiales;* pero aquellos veteranos en formación quedaron en el más profundo silencio. En seguida advirtió á todos el jefe que el virrey ordenaba se esperasen allí sus órdenes y mandó romper las filas. Rotas éstas, la tropa rodeó al comandante diciéndole muchas voces á la vez, *que estaba satisfecha de sus oficiales, que ninguna queja tenía de ellos, pero que temía que sus hermanos de Extremadura se hallaban en peligro y que en tal caso querían morir con ellos.* Tarde conoció el comandante su ligereza é imprudencia: cercado de la tropa, que no cesaba de manifestarle su ardiente deseo de participar de la suerte de sus compañeros, lo que evidentemente probaba su acuerdo, é imposibilitados los oficiales de levantar su voz en presencia del jefe sin su autorización, recurrió éste al arbitrio de persuadir la conveniencia de esperar, como prevenía el virrey, mientras él iba á presentarse á S. E. y á informarse de lo que pasaba, y así partió dejando ya el cuartel en ominosa confusión. Los oficiales entonces se dedicaron de consuno á tranquilizar

aquellos espíritus agitados, procurando inculcarles la obligación de esperar como buenos soldados nuevas órdenes del virrey y la vuelta del comandante. La calma pareció al fin algo restablecida, la tropa entró con aparente sosiego en sus dormitorios y se la mandó servir el rancho de la tarde.

Sabedor el virrey del estado en que había salido de su cuartel el regimiento de Extremadura, montó á caballo y marchó á encontrarlo con la comitiva correspondiente y un numeroso gentío que le rodeaba. Entre los que acompañaban al anciano y respetable virrey se aseguró que sobresalía por su aire y noble decisión el teniente coronel D. Pedro Zabala, marqués de Valleumbroso, hoy general. Hallábase Extremadura en el referido campo de instrucción, donde el brigadier Pereira le había mandado formar el cuadro y se ocupaba de indagar las causas de aquel acto de indisciplina, cuando se avistó al virrey á caballo. Pereira se acercó inmediatamente á S. E. para darle cuenta de sus averiguaciones, y entretanto Carratalá mandó formar en batalla para recibir al jefe superior con los honores que se le debían, y fué puntualmente obedecido por la tropa. El virrey, con admirable marcialidad, recorrió el frente del regimiento, previno que cerrara en masa y entonces le habló con noble desembarazo y con un vigor y energía sorprendentes, pero nada desagradable á la misma tropa, que le escuchaba con atención, en el más profundo silencio. El virrey estuvo felicísimo en el modo de hacer sentir á la tropa las consecuencias que los enemigos deducirían del paso que acababan de dar unos soldados que á costa de tantos sacrificios enviaba el rey á provincias tan apartadas para que defendieran en ellas como leales españoles sus derechos y los de la España.

Esta reflexión produjo un efecto mágico en aquella excelente tropa, que si bien había errado en el modo de hacer llegar sus reclamaciones á la primera autoridad, sus sentimientos eran honrados y sus armas estaban prontas

á emplearse contra los enemigos del rey y del nombre español, y esta misión la supo cumplir Extremadura muy distinguidamente. El hábil virrey aprovechó oportunamente aquel momento para perdonar con generosidad el desmán cometido, y cumplió como caballero su promesa, advirtiendo con firmeza que no disimularía en adelante falta alguna de disciplina, y menos en soldados que por su calidad de españoles y veteranos tenían mayor obligación de dar buen ejemplo. La tropa prorrumpió en sentidos vivas al rey y al virrey, que un pueblo inmenso, espectador de aquella escena, repetía con entusiasmo. Previa la competente venia, el regimiento se retiró á su cuartel, desfilando en columna de honor por delante del virrey. Á estas horas ni un solo individuo del resto de la tropa expedicionaria había acudido á la cita acordada.

En el cuartel de los húsares de Fernando VII reinó el sosiego hasta después del toque de oraciones, que se oyeron repentinamente las voces de *¡afuera!, ¡afuera!, ¡vamos á saber la suerte de nuestros hermanos!*, y con sable en mano se dirigía un grupo hacia la puerta principal, cerrada ya, menos el postigo. La guardia de prevención tomó las armas á la voz de los oficiales, y desenvainando éstos sus sables, se apoderaron del postigo, que hicieron cerrar también, quedándose de la parte de adentro los capitanes D. Gabriel Pérez y D. José de Torres, el ayudante mayor, con grado de capitán, D. Andrés García Camba; el teniente D. Luis de Soria y los alféreces D. Francisco Ortiz y D. José Jurado de los Reyes, y entonces el capitán Torres dijo á los húsares que se movían en desorden: "Soldados, por aquí no se pasa sino por encima de nuestros cadáveres." Bien fuese efecto de esta imponente resolución, bien de la buena voluntad que los soldados profesaban á sus oficiales, lo cierto es que se detuvieron, dudosos seguramente del partido que debían abrazar, cuando una voz, salida de en medio del grupo, indicó la facilidad que ofrecía para salir por la espalda del cuartel la pared de una caballeriza que estaba en

obra. Inmediatamente tomaron esta dirección los más acalorados, y el ayudante mayor acudió también por entre ellos á ganar el boquete para probar á detenerlos, recordándoles el buen nombre del regimiento, como lo consiguió, menos de 23 húsares, que con un cabo habían ya salido á la calle. Acto continuo se empezó á pasar lista, para saber por sus nombres los que faltaban, y entretanto partió el mismo ayudante con dos sargentos en busca de los que salieron y recorrían las calles en perfecta formación y orden, como si fuesen desempeñando un servicio mandado. No tardaron en instruirse del feliz desenlace del movimiento de Extremadura, y entonces sintieron todo el peso de su falta, por manera que cuando los alcanzó el ayudante le obedecieron sin la menor dificultad, restituyéndose al cuartel, como les previno. Á su llegada se hallaban en él el brigadier Pereira, teniente coronel que había sido del regimiento, y el comandante Germán, quien con mayor diligencia hubiera podido evitar los conflictos en que se vieron sus oficiales. Pereira habló enérgicamente á la tropa, la recordó su buen nombre, afeó con severidad su indisculpable acaloramiento y se retiró del cuartel, dejando el orden totalmente restablecido.

Así pasó y terminó este desagradable incidente, que hemos procurado pormenorizar, á fin de corregir las inexactitudes con que algunos le han descrito, por falta sin duda de convenientes y desapasionados informes. El escuadrón de dragones de la Unión todavía no había llegado á Lima, y mal podía, por lo tanto, tomar parte en el movimiento, como erróneamente sienta el autor de la historia de la revolución hispano-americana. Ni hubo *tropelías ni temores*, como supone, en la población de Lima, porque ni la menor demostración hizo la tropa contra el vecindario, que tantos derechos había adquirido al reconocimiento de la expedición europea.

El teniente coronel Carratalá, con todo, mandó instruir una sumaria en averiguación de los principales motores

del movimiento referido, y resultaron de ella vehementes indicios de haberse empleado instigaciones de mala especie con la tropa para promoverlo, apareciendo como instrumento de funesta influencia el gastador N. Vaca, merecedor, por lo tanto, de severo castigo; pero el ilustre marqués de la Concordia sostuvo con nobleza el perdón que había ofrecido á nombre del monarca, y que los hombres pensadores y sensatos estimaron no sólo conveniente, sino en extremo político en aquellas circunstancias.

Estacionada en Lima la división europea, que acababa de llegar al país, natural era que sus individuos procuraran informarse del estado del ejército del Alto Perú y de todo el país, que tan crítico había llegado á ser á principios del presente año, y cuya suerte dependía aún en gran parte del feliz éxito de las operaciones que hemos suspendido en el capítulo anterior para volver ahora á tomar el hilo de su narración.

Después del afortunado resultado del choque de Venta y Media, á principios de Octubre, continuaba el general Pezuela en Sorasora y su enemigo ocupaba el inmediato partido de Chayanta; mas como la estación de las lluvias estaba próxima y los recursos escaseaban; como, mientras el ejército de Rondeau llamaba toda la atención por el frente, podían las partidas de Lanza, Zárate y otros cabecillas, auxiliados de alguna tropa, apoderarse de puntos importantes por nuestra izquierda hasta el Desaguadero, y cortar cuando menos la línea de nuestras comunicaciones con el resto del Perú; como las tropas europeas, que acababan de llegar á Lima, habían de tardar mucho en incorporarse al ejército de operaciones, aun cuando se las mandara emprender esta marcha, lo que, como se ha indicado, no parecía permitir el estado de recelo en que los jefes de provincia pintaban las del Bajo Perú; y como las proclamas y escritos incendiarios de los revolucionarios y las eficaces diligencias de sus agentes y adictos hacían fundadamente temer una explosión general, á la que podría ofrecer mayor esperanza la inacción misma del ejér-

cito mal interpretada; todas estas consideraciones, y algunas otras consiguientes á las mejores noticias del general en jefe, le determinaron á acelerar los aprestos para tomar la ofensiva, buscando decididamente al enemigo.

No podía menos el virrey de estar de acuerdo con el pensamiento del general Pezuela, porque, desembarazados los de Buenos Aires del inminente peligro que les ofrecía la expedición de Morillo, desgraciadamente ya destinada á Costa Firme, podían reforzar el ejército de Rondeau con nuevas tropas, cuando necesitaba en la capital de la división peninsular, y los batallones de Órdenes Militares y de Navarra, que se le remitían de Cádiz también por Panamá, no llegaron jamás al Perú, porque desde la Aguadilla de Puerto Rico, donde fondearon, recibieron otra dirección con pérdida de todos los gastos que para transportarlos á Arica y al cuartel general se habían emprendido, así en fletamentos como en víveres. "Á poderse prever este último incidente—dice el virrey—, que me privó del auxilio ofrecido, hubiera hecho pasar la 4.ª división del ejército de Morillo en auxilio del general Pezuela, sujetándome á vivir en la amargura y cuidados en que quedé en la deshecha guarnición de la capital, en ocasión que era preciso se aumentasen con el restablecimiento de la contribución extinguida por las Cortes (los tributos), pues no podía tener tropas sin que reconociesen los naturales esta justa obligación, ni ella se hubiera reconocido jamás sin exponerse á grandes alborotos en los partidos, lo cual ha evitado el respeto de las tropas" (1).

Hechas, pues, por el general en jefe las prevenciones consiguientes al movimiento ofensivo que se proponía, el 1.° de Noviembre dejó á Sorasora y fué á pernoctar en la llanura de Irúitu, cerca de Venta y Media, de donde al siguiente día se dirigió por Huanuní á las rancherías de Bombo, situadas al pie de la cordillera de Chayanta; mas esta noche llovió copiosamente, y, sucediendo la nieve á

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

la lluvia en igual abundancia, temió con razón el general montar la cordillera, tan cubierto el terreno de nieve que ni permitía el pasto á las caballerías, por lo que tomó la resolución de regresar el 4 á Venta y Media, dejando las tropas ligeras en Huanuní. Súpose muy luego que, noticioso el enemigo del movimiento de Pezuela, se había retirado por Sacaca y Arque á Sipesipe, abandonando en el tránsito algunas cargas de municiones y aun enfermos, de los cuales fallecieron varios, particularmente de los negros libertos.

Mejorado el tiempo, descansado el ejército y repuestos algunos animales de carga, que habían perecido por el cansancio, la fatiga y el frío en la fuerza del temporal, el general en jefe levantó de nuevo el campo el 13 de Noviembre. Para salvar las grandes cuestas, que lo separaban del partido de Chayanta, varió de ruta, y tomando por Sorasora, Sepulturas, Paria, la Ventilla, Iruventilla y Japo, pernoctó el 19 en la angostura de Chala, donde se incorporaron las tropas que habían quedado en Huanuní, y que hicieron su marcha por Chayanta persiguiendo los rezagados y las observaciones de Rondeau. El 21 ocupó Pezuela la quebrada de Tapacari é hizo alto, así para dar algún descanso á la tropa, como para que se refrescaran los caballos y mulas de carga á favor del buen temperamento y la abundancia de forrajes que se encontraban en ella. Por esta dirección, el terreno es casi llano hasta cerca de la Ventilla; después se encuentran algunas cuestas y sigue á éstas la grande de Tapacarí, de más de tres leguas de descenso.

El 24 de Noviembre continuó el movimiento del ejército real por la quebrada de Tapacarí hasta los molinos de la Ramada, que varió un poco de dirección á la izquierda, á fin de evitar la temible angostura de Putina y las cuestas y desfiladeros que desembocan en el llano de Sipesipe, donde el enemigo en posición los dominaba con su artillería. El 25, pues, atravesando el ejército por las lomas de la izquierda de la quebrada de Galliri, fué á

campar en mitad de una áspera cuesta, y llegó al siguiente día á los altos de Chacapaya, desde donde se avistaron algunas partidas enemigas en la boca de la quebrada, con las que se tirotearon por la tarde nuestras guerrillas.

Reconocida por muy difícil la bajada por la quebrada de Chacapaya, con particularidad para las mulas que habían de conducir á lomo la artillería, en cuyo desemboque podía el enemigo oponer grande resistencia, favorecido de la escabrosidad del terreno, determinó el general trasladar el ejército á los altos de Viluma, situados á la izquierda de dicha quebrada, y así se verificó el 27. Como se tomó temprano posición, hubo lugar de reconocer la del enemigo en las lomas aisladas de Sipesipe á legua y media de distancia con varios cuerpos abocados á la desembocadura de la quebrada de Chacapaya, dispuestos á defender aquel paso, pero inútilmente. Nuestra posición era ya muy ventojosa, porque además de presentar el teterreno unas lomas suavemente tendidas hacia el llano, por las que en caso necesario podía descender la infantería con bastante frente, ofrecía á media cuesta una pequeña mesa, donde colocada la artillería hubiera alejado á los enemigos que se aproximasen al pie de la cuesta. Con este objeto ocuparon ese importante punto las tropas ligeras y se pasó la noche con la debida vigilancia.

Al amanecer del día 28 se descubrieron dos regimientos enemigos, apostados en las medianías de las lomas de Viluma, y al pie de ellos otros cuerpos situados en las huertas. Para desalojarlos, y que el ejército pudiese descender con algún desembarazo á la boca de la quebrada de Chacapaya, se levantó el campo temprano y se previno á las tropas ligeras que, atravesando el profundo barranco que tenían á la izquierda, ganasen la angosta cuchilla opuesta, por la que casi arrastrándose bajaron hasta donde, extendiéndose el terreno, pudieron romper el fuego contra el cuerpo enemigo que más se aproximaba á nuestra izquierda por las expresadas lomas. Durante la marcha del grueso del ejército, dos compañías del batallón volun-

tarios de Castro y el batallón del general con ocho piezas de artillería, recibieron orden de ir á ocupar la mesa que habían dejado las tropas ligeras para auxiliar desde ella el ataque. Montadas estas piezas dirigieron algunos disparos con tan buen acierto que pronto hicieron descender al llano un cuerpo de libertos que tenían al frente, y el mismo partido tomó también, después de alguna resistencia, el de la izquierda, atacado con vigor por nuestros cuerpos ligeros. Seguidamente estos enemigos se parapetaron con las tapias de las huertas, sitas al pie de las referidas lomas; pero fueron igualmente desalojados de ellas por la compañía de flanqueadores y la primera del batallón de cazadores que desplegaron la mayor bizarría. Casi al propio tiempo las dos compañías de Castro, con la primera brigada de artillería y el escuadrón de la escolta del general en jefe, titulado guardia de honor, descendieron de la precitada mesa, y tomando la boca de la quebrada de Chacapaya desalojaron á los enemigos situados en las huertas inmediatas por esta parte. Por manera que, obligados en todos los puntos los contrarios á retirarse á su campo de Sipesipe, libre y convenientemente despejado el terreno, continuó el ejército real su marcha y fué á campar en la hacienda de Viluma al pie de las lomas de este nombre.

Después de situado el ejército se empleó el resto de la tarde del 28 de Noviembre en reconocer la posición del enemigo para determinar con más acierto el ataque del día siguiente, y se empeñaron algunos ligeros tiroteos y escaramuzas con la caballería enemiga que se adelantaba á estorbar esta operación. En virtud del reconocimiento practicado quedó resuelto definitivamente atacar en línea oblicua la derecha del enemigo, estimando menos ventajoso y más sangriento un ataque de frente contra una posición tan ventajosa como la que ocupaba Rondeau sobre las lomas elevadas y aisladas del llano de Sipesipe. Los dos ejércitos beligerantes pasaron esta noche en sus respectivos puestos el uno al frente del otro, deseando pro-

bablemente ambos que volviera á aparecer el sol en el horizonte, contando cada uno por suya la victoria, como suele suceder en tales casos.

Llegó, en efecto, el apetecido día 29 de Noviembre y, con las ventajas obtenidas en el anterior, entusiasmado el ejército real y lleno de gloriosas esperanzas, decampó para ir á formar en batalla sobre la derecha de la posición de sus enemigos. Estos, así que comprendieron la intención del general Pezuela, abandonaron su fuerte posición y formaron su línea en el llano al frente de la nuestra, apoyando su izquierda donde antes tenían la derecha, adelantando por el frente gruesas partidas hasta las tapias de las huertas del barranco del río y por la izquierda algunos cuerpos de infantería y caballería hasta el bosque menudo de la orilla del mismo río, con un cañón largo de á cuatro y un obús de siete pulgadas, cuyas piezas rompieron el fuego que sostuvieron bien durante la marcha de las tropas españolas, contestándolo nuestros soldados con repetidos *vivas al rey*. Formada con celeridad nuestra línea de batalla se puso luego en marcha para atacar en ese orden; los enemigos, parapetados en las tapias de las huertas y apoyados en el bosque de la orilla del río, rompieron con oportunidad el fuego; pero contestado con viveza por nuestros batallones, sin dejar de avanzar, en el orden que llevaban, fueron luego desalojados y obligados á replegarse sobre su línea. Casi al mismo tiempo había empezado nuestra artillería á disparar contra la enemiga, que había roto bastante antes su fuego, y seguía el avance de la línea en cuanto se lo permitía el terreno del barranco y el río de Sipesipe, que atravesó con mucho trabajo, teniendo que suspender á fuerza de brazos el peso de los cañones y las cureñas.

La línea enemiga, después que entraron en ella sus tropas avanzadas, recibió á la nuestra con firmeza y con un fuego sostenido de fusil y de cañón; mas las ventajas conseguidas habían alentado de tal modo á los soldados del rey que nada bastó para detener su ardimiento. Así con-

testando con un fuego terrible sin dejar de avanzar sobre sus contrarios, en breve lograron imponer de nuevo al enemigo y obligarle á perder terreno en algún desorden Igual era esta señalada ventaja en toda la extensión de nuestra línea, porque noblemente émulos los cuerpos unos de otros, ninguno se quedaba un paso atrás y todos caminaban con admirable decisión á la gloria. Así su ataque fué de tal manera impetuoso que los enemigos no pudieron lograr reponer su formación, y aunque á virtud de grandes esfuerzos consiguieron reunir algunos grupos y hacer con ellos resistencia, todo cedió al empuje siempre creciente de nuestros entusiasmados batallones que al fin pusieron á sus contrarios en desordenada y completa fuga, causándoles en dos leguas de persecución el estrago consiguiente á esta clase de derrotas. La caballería enemiga trabajó con tesón por sostener á su batida infantería, cargando sobre nuestros flancos, defendido el izquierdo por el batallón de cazadores y por el de partidarios el derecho que lograron contenerla, rechazarla y ponerla también en fuga, á cuyo éxito contribuyó poderosamente el auxilio de los batallones de reserva y el escuadrón de la guardia del general en jefe que acudieron con mucha oportunidad, y cuyo escuadrón persiguió luego á los fugitivos.

Así quedaron por tierra en poco tiempo los gigantescos proyectos del caudillo Rondeau, no sólo confiado de sublevar las provincias del Alto Perú, sino de llevar la insurrección de nuevo al Cuzco. La pérdida del enemigo en esta memorable batalla consistió en más de 500 muertos, inclusos 53 jefes y oficiales, 25 de éstos prisioneros con más de 800 individuos de tropa y sobre 1.000 heridos, de los cuales muchos han perecido después en los montes; cogieron además los vencedores en el campo de batalla tres banderas, cuatro cañones largos de á cuatro, cuatro cortos del mismo calibre, dos de á dos, un obús de siete pulgadas, todos sevillanos, y 1.500 fusiles sin contar los que después se fueron recogiendo por

los cerros. Nuestra pérdida fué muy corta en comparación, se redujo á cinco oficiales, 32 soldados muertos y 198 heridos.

Esta famosa victoria, ganada en los campos de Sipesipe, lleva el nombre de Viluma que la dió el vencedor, quien más tarde fué muy justamente agraciado con el título de marqués del nombre que lleva aquella batalla. La resolución de buscar al enemigo en la situación en que el general Pezuela se veía, fué indudablemente acertada, y la paciente constancia con que los jefes, oficiales y tropa del ejército real sufrieron las privaciones y fatigas de todo género que ofrecían las operaciones de un país frío y árido, merece el más justo y cumplido recuerdo. El valor y decisión que nuestros cuerpos manifestaron como á porfía en el acto del combate está bien acreditado por sus felices resultados. No nos parece que merezca igual concepto la formación de que el general Pezuela se valió para atacar, formar en batalla fuera de tiro del enemigo y marchar á él en este orden haciendo al mismo tiempo fuego, no será maniobra que imiten los militares tácticos. Era entonces el modo de combatir adoptado por nuestros jefes, y como se acercaba algo al orden abierto que tanto agrada á aquellos naturales, el valor personal en que nuestras tropas excedían triunfaba regularmente del número. Si contra esa línea, desordenada por la marcha y por los fuegos que al mismo tiempo sostenía, hubiese Rondeau empleado una ó dos columnas bien dirigidas, es muy probable que el resultado de la batalla hubiese sido distinto. El general enemigo ha acreditado su insuficiencia y la gente que mandaba su inferioridad á la nuestra. Los enemigos aprendieron con la continuación de la guerra, como los rusos de Pedro el Grande con las lecciones que les dieron los suecos de Carlos XII, y los rivales de Pezuela fueron convirtiéndose con la práctica en otro género de milicia, sin que por esto pretendamos disminuir ni en un ápice el mérito del afortunado general de las tropas del rey.

Al día siguiente de la gloriosa batalla de Viluma, es decir, el 30 de Noviembre, las tropas ligeras, al mando de Olañeta, ascendido á brigadier, marcharon en persecución de los fugitivos y con el encargo también de ocupar á Potosí. Este jefe hizo en el tránsito algunos prisioneros, recogió varios fusiles y supo, en fin, que Rondeau, herido, con su segundo Cruz y otros jefes de cuerpo se retiraban por el lado de Chuquisaca con sólo 400 hombres reunidos y de éstos cerca de la mitad sin armas, cuya circunstancia confirma la enorme rota que experimentó el ejército insurgente, que había llegado á reunir antes de la batalla sobre 6.000 hombres, casi la tercera parte más en número que el ejército español.

D. Joaquín de la Pezuela, promovido á mariscal de campo por los felices resultados de Vilcapugio y Ayohuma, hizo una promoción en Viluma, en la que ascendió á teniente general á D. Juan Ramírez, y al aprobar interinamente estas gracias el virrey Abascal, le promovió también á teniente general, como merecía.

Descansó dos días en Sipesipe, y el 2 de Diciembre se puso en marcha para Cochabamba, á fin de que sus tropas se repararan, como habían necesidad. El día 6 el teniente general Ramírez, con el segundo regimiento, el batallón del Centro y una brigada de artillería partió para Chuquisaca con el encargo de poner en orden los asuntos del gobierno, trastornado por tercera vez por los revolucionarios. El 16 entró en Potosí el brigadier Olañeta, habiendo huído á su aproximación los 60 enemigos que la guarnecían, después de cometer sus acostumbrados robos. El 26 del mismo Diciembre salió para Potosí el mayor general D. Miguel Tacón, ascendido también á mariscal de campo, con el primer regimiento y con el encargo de arreglar los negocios públicos de aquella importante provincia, cuyo gobierno le estaba confiado por S. M. I., el general en jefe permaneció en Cochabamba dedicándose igualmente á restablecer el orden en la administración pública, expurgando al mismo tiempo la provincia de los

partidarios declarados de la revolución para asegurar más por este medio su futura tranquilidad.

Á los pocos días de establecido el cuartel general en Cochabamba salió también para el Valle Grande con su batallón de Fernando VII el comandante Aguilera, ascendido á coronel efectivo, con la comisión de aumentar en dicho valle su fuerza y ocupar después á Santa Cruz de la Sierra, cuyo gobierno le confirió el general. En esta provincia, la más inmediata del Alto-Perú á los dominios del Brasil, mandaba carrera como delegado del gobierno intruso, quien había depuesto á su antecesor el revolucionario Warnes, retirado al partido de Mojos y Chiquitos, que se hallaba igualmente conmovido. Por manera que no le faltaban atenciones al coronel Aguilera, y haría un importante servicio si lograba tranquilizar aquellos países, para lo cual servía de poderoso estímulo la entendida concesión del gobierno que el general en jefe le había hecho.

Después de la señalada victoria de Viluma y sus transcendentales consecuencias y con la confianza que aumentaban las tropas peninsulares en Lima, la situación del Perú al acabar el año de 1815 era evidentemente muy distinta de como se había presentado al principio. El Perú gozaba de los beneficios de la paz, y su ejército de operaciones, victorioso, ocupaba las provincias del virreinato de Buenos Aires, desde la izquierda del Desaguadero hasta Potosí, y amenazaba, se puede decir, otras con esperanza de invadirlas ventajosamente, una vez que fuese convenientemente auxiliado. Calcúlese ahora la oportunidad conque habría arribado á las playas del río de la Plata una expedición de la península. Y calcúlense, en fin, las naturales consecuencias que hubiera ofrecido la del general Morillo si por desgracia de la España no se hubiese cambiado su destino, llevándola á perecer en un clima mortífero, en vez de haber asegurado la posesión del dominio español en toda la inmensa extensión de la América Meridional.

CAPÍTULO IX

Sorpresa de Salo.—Retirada de Rondeau á Jujuy.—Ocurrencias en las tropas enemigas.—Los realistas ocupan á Suipacha y Libilibi.—El general Pezuela pasa á Mondragón y Potosí.—Ramírez.—Defensa de Chuquisaca por la Hera. — Sus operaciones. — Desastre del comandante Herrera.—La Madrid.—Brown bloquea el Callao.—Apresa dos fragatas.—Pasa á Guayaquil.—Su prisión y canje.—Sorpresa y muerte de Camargo.—Los generales Pezuela y Ramírez son promovidos, el primero, á virrey del Perú, y el segundo, á presidente de Quito.—Nombramiento de nuevo general en jefe.—Noticia de refuerzos.—Ocupación de Tarija.—Facciones.—Muerte del subdelegado de Cinti.—Salen de Lima tropas europeas para el Alto Perú.—Larecaja.—Nuevos apuros de Chuquisaca.—Derrota de Padilla. — Comunicación del enemigo.—Tarija.—Aguilera.—Gerona.—Desembarco del general La Serna en Arica.—Su ingreso en el mando del ejército.

1816

El brigadier Olañeta, comandante general de la vanguardia, continuaba, al Sur de Potosí, la persecución de los enemigos derrotados en Viluma, cuando en 4 de Enero dió parte de que, según las noticias recibidas, Rondeau había reunido en Tupiza sobre 1.000 hombres y aparentaba detenerse haciendo, al efecto, preparar cuarteles; mas que, sabedor de la dirección de la vanguardia española, había cesado de alucinar á los incautos poniéndose en retirada para Suipacha, aunque dejando como 250 hombres de observación en la angostura de Salo. Olañeta empezó á maniobrar con habilidad para sorprender

este destacamento, y lo consiguió tan completamente, pocos días después, que, además de causar á los contrarios la pérdida de algunos muertos, hizo 74 prisioneros y cogió 70 fusiles, 50 lanzas, 200 caballerías, tres cajones de municiones y cantidad de comestibles, que se distribuyeron á los batallones de cazadores y partidarios. Con este nuevo contratiempo prosiguió Rondeau replegándose sobre Jujuy, y Olañeta ocupó á Suipacha y Libilibi. El general en jefe reforzó las tropas de la vanguardia con el primer regimiento, que mandaba por este tiempo D. Antonio María Álvarez, ascendido á brigadier en los campos de Viluma, á quien se le encargó la persecución de los dispersos de Rondeau y de las facciones que molestaban los valles de Santa Elena, Ingahuasi y Culpina. Cerca de la hacienda que lleva este nombre, cuyo terreno es á propósito para el arma de caballería, le esperaba el valiente comandante La Madrid, con un escuadrón y una numerosa indiada, que capitaneaba el caudillo Camargo. Aquí se trabó un combate obstinado, el 31 de Enero, en el que se consumieron bastantes municiones, cuando no se contaba con más repuesto que el de las cartucheras, descuido verdaderamente sensible. La situación de Álvarez era delicada: con enemigos fuertes que combatir, y que por la reunión progresiva de indios alzados había de aumentar su número, sin víveres y escaso de municiones, adoptó la determinación de replegarse sobre Cinti, por el camino más corto que le ofrecía la profunda y escarpada quebrada de Uturungo, lo que verificó, sosteniendo repetidos y temerarios choques, el 2 y 3 de Febrero, con alguna pérdida, aunque debió ser mayor la de los enemigos. Éstos, engreídos, persiguieron á los nuestros hasta el mismo pueblo de Cinti, y pocos días después entró Álvarez en Santiago de Cotagaita, para reponerse de armamento, de calzado y de municiones, desde donde marchó luego á acantonarse en Moraya y Mojos.

El general Rondeau se halló en Jujuy con el jefe Frenchs y como 1.000 hombres de los 2.000 remitidos de

Buenos Aires en su socorro, porque había experimentado en la marcha la deserción que se deja inferir. La aversión al servicio militar era general en los naturales de América. Así, pues, y aun contando con los *gauchos* de Güemes, muy buenos para hacer la guerra en su propia provincia, y con la reunión de algunos dispersos más de los de la rota de Viluma, no podía Rondeau reunir fuerza suficiente para sostenerse en Jujuy, caso de que el ejército vencedor avanzara; pero servía de garantía á los independientes la reconocida circunstancia de que los jefes españoles no estimaban conveniente la invasión de Salta sin todos los medios necesarios para continuar la ofensiva con ventaja, después de dejar aseguradas las provincias de retaguardia, cuyo sentir era acertado.

Arreglados los negocios del gobierno de Cochabamba, el general en jefe salió el 12 de Enero de esta capital para Potosí, y dos días después tomaron la misma dirección el batallón de granaderos de reserva, el de voluntarios de Castro ó Chilotes y el 2.° escuadrón de cazadores. El general llevó la ruta de Caraza, Capinota, Sicaya, Caquiri, Sacaca y Chayanta para salir á Ancacato sobre el camino real de la posta, y los referidos cuerpos marcharon desde Capinota por Arque y Quirquiabi á salir á Sorasora sobre el mismo camino, para excusar á la tropa el paso de los varios ríos de vado más difícil algunos en la dirección anterior. Desde Ancacato continuó el general en jefe por Vilcapugio, Tolapalca, Lagunillas, La Leña, Llocalla, y llegó el 30 de Enero á Tarapaya, situándose en la hacienda de Mondragón para restablecer su trabajada salud bajo la influencia de su suave temperatura. El Estado Mayor pasó á la inmediata villa de Potosí, y en ella entraron también el 11 del siguiente Febrero los cuerpos ya mencionados con la artillería y el parque.

El 8 de Febrero entró también en Potosí, procedente de Chuquisaca, el general Ramírez con el 2.° regimiento, cuyo cuerpo continuó su marcha á Santiago de Cotagaita. Ramírez sufrió una demora de nueve días en el río Pilco-

mayo, porque los facciosos habían inutilizado el puente. La guarnición de Chuquisaca la cubría el batallón del Centro, y su coronel D. José Santos la Hera se había encargado interinamente de la presidencia de Charcas, á tiempo que el caudillo Padilla engrosaba considerablemente su facción con oficiales y soldados de los dispersos de Viluma, y á fin de aprovechar el vacío que dejaba la salida del segundo regimiento, Padilla empezó á moverse con notable actividad contra Chuquisaca. Noticioso la Hera del plan del enemigo reunió el 9 de Febrero una junta de guerra para afirmar con su apoyo la idea de no perdonar medio alguno de resistencia, y tuvo la satisfacción de observar que el espíritu de los convocados era uniforme, marcial y decidido; pero todavía no se había disuelto la junta, cuando aparecieron los rebeldes á la vista de Chuquisaca y la acometieron con tanta confianza que no tardaron en penetrar osadamente en algunas de sus calles. Aunque la ciudad carecía de defensas artificiales y la guarnición era corta, la resistencia que opuso, auxiliad adevarios paisanos armados, fué bizarra, y la animaba con su presencia el coronel la Hera, quien, acompañado del ayudante D. Felipe Ribero y de algunos soldados, acudía diligente adonde le parecía más preciso, hasta que los esfuerzos de los leales lograron rechazar á los agresores causándoles bastante pérdida.

Instruído el general en jefe de lo que pasaba en la provincia de Charcas, no obstante la ventaja que se había obtenido en Chuquisaca, remitió allí al batallón del general bien bajo de fuerza. Sin embargo, con este corto refuerzo pudo la Hera salir en persecución de Padilla, se atrevió éste á esperarlo en la Laguna y fué de nuevo batido en esta villa. En ella se detuvo el jefe español algunos días con el fin de favorecer las operaciones de Aguilera en Valle Grande. Con todo, la revolución crecía en la provincia de Charcas, las comunicaciones con la capital estaban obstruídas, y escaseaban en la Laguna las municiones y los recursos. Para buscar algún remedio á estas

perentorias necesidades, remitía la Hera á Chuquisaca la compañía de tiradores del Centro, la cual, después de haberse batido casi un día entero con un número excesivo de facciosos, tuvo que regresar al punto de su partida. Entonces encargó la Hera la misma comisión al comandante D. Pedro Herrera con la mayor parte del batallón del general, quien demasiado arrojado llegó á comprometerse tan inconsideradamente que, aunque se batió con el mayor valor mientras duraron las municiones de las cartucheras de su tropa, se vió al fin obligado á capitular y entregarse prisionero al caudillo Serna, que con la más atroz barbarie lo hizo pasar por las armas con otros oficiales y mandó dar muerte á la tropa á garrotazos, acto inicuo que encrudeció bárbaramente la guerra.

Casi al mismo tiempo que el cabecilla Serna disponía con atrocidad de la suerte de Herrera y de sus subordinados, se atrevió Padilla, auxiliado de un gran número de indios, á atacar el batallón del Centro en la Laguna; pero este cuerpo rechazó valientemente á los enemigos que, como era sabido, se dispersaban fácilmente para volverse á juntar con asombrosa prontitud. Dos días después, era ya entrado Marzo, tuvo la Hera noticia de la desgracia de Herrera, y resolvió replegarse á todo trance á Chuquisaca. En los seis días que duró esta marcha apenas dejaron de batirse nuestros soldados, brillando en todos como á porfía la lealtad y el aliento, así como por parte de la Hera el acierto en sus disposiciones.

Entretanto había vuelto Camargo á reunir los indios alzados del partido de Cinti, protegido al efecto por algunos caballos del comandante La Madrid, á quien el general Rondeau había dado la comisión de recoger dispersos de los de Viluma é insurreccionar el país. Un destacamento del primer regimiento persiguió con tanta actividad y constancia á La Madrid, que le obligó á replegarse con pérdida hacia Tarija; mas noticioso el brigadier Olañeta, comandante general de nuestra vanguardia, de que este peligroso faccioso se disponía á marchar á Jujuy,

cuartel general de Rondeau, destacó una columna que le saliera al encuentro, la cual tuvo la suerte de alcanzarlo y de batirlo con nueva pérdida en hombres y armas.

El 18 de Febrero se trasladó el general Pezuela de Mondragón á Potosí con el fin de acelerar la marcha del resto del ejército hacia Santiago de Cotagaita, para donde había partido ya el general Ramírez. Hizo también el general Pezuela salir sigilosamente de Potosí para el valle de Cinti al batallón de Castro y á la mayor parte del escuadrón de su guardia con el expreso encargo de que lanzasen al menos de él al caudillo Camargo, que no cesaba de causar destrozos en sus hermosas y ricas haciendas.

Recibióse en Potosí el 26 de Febrero el correo de Lima, y por él la noticia de quedar bloqueado el puerto del Callao por cuatro buques de guerra, pertenecientes á Buenos Aires, al mando del inglés Brown. Esta escuadra se armó y preparó en el Río de la Plata, después de la pérdida de la española que auxiliaba poderosamente la defensa de Montevideo. Y nótese que cuando en 1813 la guarnición de esta plaza, aunque compuesta de 6.000 hombres, entre ellos 4.000 veteranos, no podía dar un paso por tierra que no fuese marcado con pérdidas y quebrantos, como dice Torrente: «seguía la marina—continúa—ejerciendo una decidida superioridad, y era la única fuerza que podía hostigar con fruto á los rebeldes. Valiéndose de esta ventaja, no había punto en la costa que pudiera sustraerse á su poder, y el número de sus triunfos se contaba por el de sus empresas, sin que hubiera tenido más contraste que en el desembarco de 250 hombres, verificado en el mes de Febrero en las inmediaciones de San Lorenzo.» Esto no obstante, al año siguiente de 1814, después de referir el citado historiador las diversas facciones que dividían á los revolucionarios, dice: «Sin embargo de tan horrorosa discordia iban tomando bastante incremento las tropas de la capital (Buenos Aires) y su marina. Mandada ésta por el inglés Brown, bien provista de todos los pertrechos guerreros propor-

cionados por este aventurero y por sus paisanos, atacan la escuadra realista y la vencen en 16 de Mayo. Faltando á los sitiados este único recurso que les quedaba para proveerse de víveres, caen en el mayor desaliento, y tomando al mismo tiempo los negocios un aspecto más serio por la parte de tierra, se rinde finalmente (Montevideo) y se pierde con aquella plaza el paladión de la autoridad real en la América meridional» (1).

Tan extraordinaria fortuna puso al gobierno de Buenos Aires en estado de destinar al mar Pacífico la escuadra que al principio del presente año de 1816 se presentó á la boca del puerto del Callao, durante cuyo bloqueo, aunque de corta duración, tuvo Brown la suerte de apresar dos fragatas mercantes, la *Consecuencia*, procedente de la Península, y la *Candelaria*, de Chile. En la primera, ricamente cargada, fueron prisioneros varios pasajeros y entre ellos el brigadier D. Juan Manuel de Mendiburo, nombrado gobernador de Guayaquil por S. M., los cuales todos debieron poco después su libertad al temerario arrojo del enemigo. El virrey de Lima supo en Marzo de 1815 el apresto y destino de esta escuadra al mando de Brown, como él mismo confiesa en la relación de su gobierno. Parecíale imposible que los independientes de Buenos Aires se hubiesen decidido á semejante empresa á no contar sobre seguro con la variación de destino del ejército expedicionario del mando del general Morillo, *cuya noticia tuvieron con anticipación, pues debiendo oponer fuerzas á aquellas fuerzas no hubieran debilitado las que debían obrar sobre el agua.* De aquí concluía el virrey: «que sus agentes (los de Buenos Aires) en Europa penetraron el misterio del destino de las tropas para comunicarlo á sus comitentes con la mayor anticipación, y que ha sido tan útil á los revolucionarios como perjudicial á este virreinato» (2).

---

(1) *Historia de la revolución Hispano-Americana.*

(2) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

La primera noticia que se tuvo en Lima de que una escuadra enemiga cruzaba entre las islas de las Hormigas y el Callao, aunque sin dejarse ver de tierra, la comunicó el subdelegado de Chancay con referencia á los prisioneros que, venciendo gravísimos peligros, habían logrado escaparse de dichas islas y aportar en una lancha á dicha costa. El virrey expidió inmediatamente las órdenes oportunas para la vigilancia y posible defensa de la costa, reforzó las observaciones de caballería del país con destacamentos de los escuadrones de húsares y dragones peninsulares, aumentó la guarnición de los fuertes del Callao con tropa de Extremadura, mandó que los buques surtos en el puerto se acoderasen de la manera más conveniente á juicio del jefe del apostadero; apostó una goleta correo en las islas de San Gallan y el falucho de rentas á sotavento del puerto para dar avisos, y finalmente apeló al acreditado patriotismo del consulado para un armamento especial *en circunstancia* que la *marina no podía prestar auxilio alguno, porque carecía de fuerzas*, y la real hacienda no se hallaba en estado *de emprender erogación por pequeña que fuese.*

Dos días después de recibida la expresada noticia, es decir, el 21 de Enero, á las tres y media de la tarde, los cuatro buques enemigos se avistaron como cuatro leguas al Oeste del Callao, con banderas largas. El virrey repitió sus prevenciones, y muy particularmente á los buques que se hallaban en el puerto, con el fin de precaver que pudiesen ser incendiados por sorpresa, como tal vez fué la intención de Brown. Este atrevido marino atacó, en efecto, con cinco ó seis botes armados, la bahía cerca de las cuatro de la maña del siguiente día 22, sosteniendo el ataque con una fragata y un bergantín; pero fué bravamente repelido por un lanchón y nuestros botes también armados. Repitieron los enemigos su empeño en la noche del 27 de Enero, bajo la protección de uno de sus buques mayores á la vela; mas después de un largo fuego de cañón y de fusil fueron también rechazados, con la pérdida

de 29 hombres muertos, considerable número de heridos y no pocas probables averías en el buque que más sostuvo el fuego.

"Con un descalabro semejante—dice el virrey—y con el temor de que las fuerzas sutiles del puerto se empleasen contra su escuadrilla, pues á su vista se trabajaba de día y de noche en su apresto, igualmente que en el de los buques del comercio, dieron la vela después de algunas presas que la casualidad les proporcionó en la boca del mismo puerto, y á las que no pudo alcanzar el recurso de las embarcaciones apostadas en los puntos de recalada; pero no fué sin fruto esta medida, que libró al navío de la compañía de Filipinas, nombrado *San Fernando*, cuyo valioso cargamento, procedente de Panamá, era de sumo interés para este comercio.

Hasta el 6 de Febrero no pudieron evacuarse en el Callao los aprestos de la armadilla compuesta de seis buques con la fuerza de 126 piezas de calibres proporcionados á sus portes y 980 hombres de tripulación y guarnición, inclusos los artilleros é infantes que se consideraron necesarios para su auxilio, quedando por fuerza sutil para defender el puerto cuatro lanchas cañoneras, un lanchón con un cañón de á 18 y la lancha de la fragata *Piedad* con uno de á 12, y además de los botes de fuerza de su dotación, los del comercio, que se hallaban en estado de rendir provecho ó hacer algún servicio en la bahía" (1).

Habiendo desaparecido la escuadra enemiga del Callao, y á pesar de que las probabilidades inclinaban á creer que hubiese hecho rumbo al Norte, el consulado despachó la armadilla de su armamento hacia el Sur, dándola las instrucciones á que había de sujetarse. Á los pocos días de haberse hecho á la mar estos buques, se recibió parte de que los enemigos se habían avistado sobre la costa de Tumbez, y fué preciso despachar un alcance á

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

nuestra armadilla para que, retrocediendo al Callao, pudiera luego seguir en demanda de la de Brown. Este, más arrojado que prudente, "entró en la ría de Guayaquil—dice el virrey—con un bergantín y una goleta, y rindiendo la batería de Punta de Piedras, por su cortísima guarnición y falta de municiones, subió hasta ponerse frente al fuerte de San Carlos. Allí sufrió el bergantín, á tiro de fusil, pérdida considerable de su tripulación, y obligado por el fuego de una partida de 50 hombres de infantería, y otra con que fué socorrida aquélla, baró el buque, rindiéndose á las armas del rey con el principal ó jefe de los piratas que se hallaba á su bordo. Á los cinco días se presentó el resto de la expedición, batiéndose con el fuerte de la Cruz, que se había formalizado por la actividad del coronel Bejarano en paraje avanzado más de 900 varas al de San Carlos.

„El acertado fuego de esta batería hizo fondear á la fragata fuera del tiro, á repararse de los daños que había recibido en el casco y arboladura, y convencido el enemigo de la imposibilidad de vencer este punto, desistió de su empresa y pasó á tratar con el gobernador sobre el canje del general de aquella escuadrilla con los prisioneros que traía á su bordo, hechos en el puerto del Callao y que venían de pasajeros desde Cádiz en la fragata *Consecuencia*. Nadie dudaba, según esto, que sería desechada semejante proposición, porque siendo ventajosa la situación del gobernador de Guayaquil, era éste el caso forzoso de dictar la ley á los piratas. Á pesar de todo, la sorpresa del público, del comercio y la de este gobierno, fueron grandísimas al ver concedida en todas sus partes la transacción propuesta por el enemigo devolviéndole al caudillo principal, alma de la empresa, para continuar sus hostilidades en toda la extensión del Pacífico" (1).

Vuelto Brown al mando de su escuadra, á consecuencia del canje de prisioneros acordado por el gobernador

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

de Guayaquil, hizo rumbo hacia la costa de Panamá, mientras los buques armados españoles se hallaban en la de Chile. Á haber contado el virrey del Perú con fuerzas navales competentes, ó no se hubiera realizado esa atrevida expedición, ó habría sido el enemigo prontamente perseguido y acaso provechosamente escarmentado. El puerto del Callao era, por su posición central, el más propio y adecuado para mantener en él el armamento marítimo que las circunstancias reclamaban; pero esta necesidad reconocida y representada al gobierno supremo por todos los jefes superiores del país, no pudo nunca llegar á ser útilmente satisfecha, y aun quiso nuestra desgracia que los buques de guerra españoles que pasaron al Pacífico viniesen á aumentar el poder naval de los independientes de la manera que se irá viendo.

El general Pezuela continuaba en Potosí los aprestos del movimiento iniciado hacia el extremo austral de la provincia, cuando le llamó la atención el cabecilla Betanzos, apostado con su facción sobre el camino de Chuquisaca, cuyas comunicaciones obstruía. Interesaban éstas mucho para que el general en jefe las descuidara, y así destacó inmediatamente algunas compañías para asegurar aquéllas, las cuales salieron de Potosí el 10 de Marzo. La frecuente aparición de cabecillas nuevos y la consiguiente interceptación de los caminos eran asuntos que no podían dejar de entrar en los cálculos del general, interesado en el sosiego del país y en la libre comunicación de los pueblos. La tranquilidad de éstos era de la mayor importancia para las operaciones en mayor escala, y para conseguirla y asegurarla pensaba organizar una columna con la fuerza de 1.000 hombres de todas armas, y destinarla exclusivamente á la persecución de las partidas de indios alzados, que obstruían las comunicaciones y perturbaban el sosiego público. Este pensamiento, indudablemente útil, no llegó á tener efecto, como se proyectaba.

Recibida en Potosí la noticia del desastroso fin del

comandante Herrera y de la tropa que mandaba, el estado de la provincia de Charcas reclamaba un pronto auxilio, y con este objeto el general en jefe remitió á Chuquisaca al general Tacón con una columna á la ligera. Este jefe incorporó al batallón del Centro los restos del general, dispuso seguidamente algunas batidas en las que continuó distinguiéndose el cuerpo que mandaba la Hera, y no apareciendo tan triste como se había creído la situación de dicha provincia, regresó luego á Potosí. Entonces el cuartel general se puso en marcha el 18 de Marzo, y siguiendo por la Lava, Tuctapari, Vitiche, las Cabezas, Tumusla y Escara, llegó el 24 del propio mes á Santiago de Cotagaita. Así las cosas, la cuestión que se ventilaba con las armas en el Nuevo Mundo ofrecía en esta época un porvenir de lisonjeras esperanzas para la España.

El extenso virreinato de Lima disfrutaba de completa tranquilidad: las provincias del de Buenos Aires desde el Desaguadero á Tarija y Santa Cruz de la Sierra, denominadas del Alto Perú, estaban ocupadas por la superioridad de las armas españolas, que perseguían en todas direcciones á los cabecillas obstinados en fomentar y mantener la revolución; los importantes reinos de Chile y de Quito obedecían al gobierno español; el bravo é infatigable general Morillo hacía grandes progresos en la pacificación del virreinato de Santa Fe de Bogotá, después de haber ocupado el 6 de Diciembre anterior la plaza de Cartagena, si bien á costa de pérdidas considerables en las tropas europeas, diezmadas por la terrible influencia de aquel insalubre clima, y en el vastísimo imperio de Méjico la revolución parecía vencida; ni en el mar Pacífico, en fin, después de la desaparición de Brown, ondeaba tampoco el pabellón revolucionario, tan funesto más tarde para la España. Es verdad que el Perú contaba con pocas fuerzas navales y aun éstas de corta valía; pero el gobierno de S. M. prometía prontos y eficaces auxilios.

El buen orden que se advertía en la administración del Perú y la opinión de sus pueblos favorable en general á

la causa de España entonces, debido todo á la rectitud y acreditada experiencia del virrey marqués de la Concordia y á los felices resultados de la campaña, obtenidos por el general Pezuela, permitían al gobierno superior pensar en llevar las operaciones ofensivas á la provincia de Salta para sacar todo el partido posible del efecto que naturalmente había de haber producido en ella la derrota de sus huestes en Viluma. En este concepto el virrey hizo con fecha 26 de Febrero al general en jefe las prevenciones que estimaba conducentes; pero sometiendo, como era prudente, á la discreción del general la ejecución de ese pensamiento, facultad tanto más necesaria cuanto, como decía el virrey: "á distancias tan enormes todo varía con el tiempo, y más en estos países en que la inconstancia del soldado, que no alcanza á contener los estímulos del premio y del castigo, hacen variar casi diariamente la fuerza del cuerpo de operaciones" (1).

Mientras la expresada orden preventiva cruzaba la grande distancia que separa á Lima de Santiago de Cotagaita, una comunicación del general en jefe de 21 del mismo Febrero hacía igual camino en dirección inversa. En ella exponía el general al virrey la escasez de fuerzas con que podía contar para dar mayor extensión á las operaciones, y concluía pidiendo que se remitiesen al ejército las tropas peninsulares que se hallaban en Lima y habían formado la 4.ª división del ejército de Morillo. Pero de esta tropa—confiesa el virrey—que sólo podían marchar los dos escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión, después de la estación de las aguas, tentando el arbitrio de que fuesen por tierra y llevasen los caballos de mano, como se verificó oportunamente.

«De la expedición de 2.000 hombres—continúa el virrey—, que de bió salir deCádiz en Noviembre de 1815 en derechura para el Callao, se encontraron en la mar con la

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

orden de dirigirse á Porto-Belo. Para el transporte de éstos me hallaba habilitando con gran trabajo los buques que debían transportarlo (desde Panamá) y en esta virtud dispuse que los cuerpos de Burgos y Gerona, con todo el número de plazas de que se componían, navegasen en derechura hasta Arica y de allí marchasen al cuartel general, y el de Cantabria destinado á reforzar el Real de Lima (hoy infante D. Carlos) al Callao, á cuyo arribo deberá seguir el de Extremadura al ejército en las propias embarcaciones. Por lo pronto era imposible tomar otra determinación que la de recomendar con eficacia, como lo hice al presidente del Cuzco, el envío de reclutas de aquella provincia, ínterin que Morillo, dueño de Santa Fe, disponía remitir el sobrante de tropas de su expedición» (1). Véase, pues, si los partidarios de la dominación española, que positivamente entonces eran en gran número, merecían disculpa si se lisonjeaban con la idea de la próxima pacificación de la América meridional. Pero no es dado á los mortales el poder leer en el gran libro de los destinos.

Mientras el general en jefe esperaba en Santiago de Cotagaita, el batallón de voluntarios de Castro y 70 caballos alcanzaron cerca de Culpina la facción de Camargo, posesionada de un cerro áspero y de muy difícil acceso. Ocupado el jefe de esta columna de discurrir el modo de desalojar al enemigo á menos costa, se le presentaron el 2 de Abril dos indios de dicha facción, y dieron noticia puntual de su fuerza, de la formidable posición que había elegido, de sus preparativos de defensa y de sus miras hostiles; mas uno de ellos se ofreció á servir de guía para que nuestra tropa ganara en silencio la cumbre del expresado cerro donde campaban los insurrectos. En esta confianza, el jefe del batallón de Castro se puso en movimiento á las ocho de la noche del mismo día, previniendo al comandante de los 70 caballos la ruta que había de

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

seguir hasta apostarse á la entrada de la llanura sobre la que se levanta el mencionado cerro, y á la madrugada del siguiente 3 de Abril había logrado situarse dominando el campamento enemigo sin que nadie le sintiera. Fué éste atacado de improviso con tal ímpetu de nuestra parte y tanta sorpresa de los contrarios que no acertaron á defenderse, ni pensaron más que en huir despavoridos en la dirección que les era posible, dejando en el campo crecido número de muertos y heridos, entre los primeros á su jefe Camargo, al cabecilla Villarrubia y 11 oficiales más de menor cuenta con algunas armas. La muerte del titulado coronel Camargo era un beneficio para los pueblos que asolaba con sus continuas depredaciones y enormes exacciones, y por lo tanto fué remitida su cabeza al cuartel general, donde se mantuvo expuesta al público algunas horas. La muerte de este partidario, nombrado por el general Rondeau, comandante general, y la completa derrota de su facción se estimaron como merecían, así por la actividad y notoria influencia del caudillo, como porque iba á respirar el fértil y acosado valle de Cinti.

Entretanto llegó á Lima por la vía de Panamá un correo de la Península con correspondencia pública, y se recibió con ella la real orden de 14 de Octubre de 1815, por la que mandaba S. M. que el general Pezuela relevase interinamente al marqués de la Concordia en los cargos de virrey y capitán general del Perú, y al mismo tiempo se servía nombrar al teniente general D. Juan Ramírez y Orozco gobernador presidente del reino de Quito, eligiendo para el mando en jefe del ejército del Alto Perú al mariscal de campo D. Estanislao Sánchez Salvador. Recibiéronse estas noticias el 10 de Abril, por extraordinario, en Santiago de Cotagaita, con prevención expresa del virrey marqués de la Concordia para que Pezuela entregase el mando del ejército al general Ramírez hasta el arribo de Salvador, que debía salir de la Península en Noviembre último con los 2.000 hombres, de que se ha hecho ya mención, á fin de que pudiese trasladarse lo

más pronto posible á la capital del reino para tomar posesión de su nuevo y elevado destino.

El virrey don José Fernando Abascal, marqués de la Concordia, que había gobernado el Perú más de nueve años con fortuna, que disfrutaba de una distinguida reputación en el mando, y que era querido y respetado como sus relevantes prendas merecían, fundándose en lo avanzado de su edad, que le impedía poder continuar en el desempeño del gobierno del virreinato con el acierto que había logrado hasta entonces, tenía dirigidas al rey reiteradas súplicas en solicitud de un sucesor, y accediendo al fin S. M. á sus instancias nombró para que le reemplazara al general Pezuela, que capitaneaba con gloria el ejército de operaciones. Menester es convenir en que la elección de este jefe parecía la más acertada para sustituir en aquellas circunstancias al marqués de la Concordia; pero también es preciso reconocer que no era empresa sencilla ni muy fácil la de ocupar convenientemente el alto puesto que dejaba tan acreditado virrey. El país recibió con respetuoso acatamiento y aun con esperanzas el nombramiento del general Pezuela para el mando del Perú, y dió al propio tiempo al anciano Abascal las muestras más inequívocas del sentimiento que le causaba su separación. Esta es, sin duda, la más satisfactoria y gloriosa recompensa á que puede aspirar un honrado gobernador.

El 13 de Abril se recibió en el cuartel general una comunicación del brigadier Olañeta, participando haber entrado en la villa de Tarija, evacuada por los enemigos, á quienes perseguía; que un ayudante de dragones de Chile, que se le había presentado, afirmaba que el gobernador de Salta, Güemes, y el general de la República Argentina se habían hostilizado por espacio de nueve días en los bosques de dicha provincia; pero que se hablaba ya de haber llegado á entenderse, y que las tropas de Buenos Aires, aunque reforzadas con 200 dragones de Santa Fe y ocho piezas de artillería de á cuatro, ningún cuidado debían dar al ejército español por su frente.

No era tan lisonjero el estado de algunos pueblos de las provincias de retaguardia donde pululaban de nuevo las facciones. Apoderada una de ellas de una fuerte posición en el partido de Ayopaya, provincia de Cochabamba, la atacó el subdelegado con 70 fusileros; pero, inexperto en la manera de guerrear de los indios, no supo resguardarse de las muchas galgas, grandes piedras, que hicieron rodar sobre su gente al atacar la posición, le mataron 16 hombres y pusieron el resto en precipitada fuga. Alebronado el mismo gobernador subdelegado no paró hasta Oruro, abandonando su tropa á la merced de aquella turba de forajidos. En Chayanta también se había levantado otra partida de 200 indios armados de macana y honda; pero el subdelegado de este partido, con la corta guarnición conque contaba, consiguió alcanzarlos y dispersarlos, escarmentándolos.

El 15 de Abril salió de Santiago de Cotagaita para la capital del Perú el general Pezuela, electo virrey interino. El ejército que dejaba no podía emprender operación alguna de importancia por el frente, ya por tener empleada una parte de su fuerza en la persecución de las facciones y en la pacificación de los pueblos sublevados de retaguardia, ya también por escasez de municiones á punto, que el primer pedido del general Ramírez al virrey, encargado ya del ejército, fué el de 500.000 cartuchos de fusil. S. E. satisfizo esta demanda remitiendo inmediatamente á Arica 390 quintales de pólvora, «para que — dice — ejecutándose allí la cartuchería y las balas, por el menor costo del plomo, se ahorrase, á más de la conducción, la diferencia que hay en el precio desde 12 ó 14 pesos que cuesta en esta capital el quintal de plomo, hasta 12 reales (plata fuerte) que es al que allí se expende, sirviéndose al propio tiempo de los envases de la pólvora para depositar los cartuchos» (1). También determinó el virrey reforzar el ejército de operaciones, como pensaba, con los

(1) Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

escuadrones de húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión, á los cuales hizo prevenir que se aprestasen á marchar al Alto-Perú.

Súpose en el cuartel general que una gran reunión de indios de Puná y de San Lucas se habían apoderado de nuevo del famoso cerro de Ñuqui, y aun atacado la primera población, de donde fueron rechazados, causándonos la pérdida de un oficial. El cerro de Ñuqui dista cinco leguas de Vitiche, y, por lo tanto, les era fácil á los alzados invadir el camino real de Potosí al cuartel general, robar los auxilios de dinero, vestuario, municiones y toda clase de provisiones que se remitían al ejército, y aun estrechar á dicha villa cortándole los víveres. Para impedir estos inconvenientes volvió á salir el 25 de Abril contra aquella reunión el bravo batallón de Castro.

El 27 del mismo Abril se recibió an el cuartel general por el correo de Lima la noticia de que se hallaba en Panamá con destino al Perú un refuerzo de tropas europeas, y que también con alguna tropa había salido de Cádiz el mariscal de campo D. José de la Serna, nombrado general en jefe del ejército real del Perú, en lugar del general Salvador. El deseo de los que suspiraban por ver terminada aquella guerra hacía ascender á 3.000 hombres ambos refuerzos.

Así que salió de Cinti el batallón de Castro volvieron á reunirse aquellos tenaces indios. El subdelegado, con más arrojo que prudencia, marchó contra ellos con poca tropa y algunos paisanos armados; mas habiéndose temerariamente adelantado, cayó en una emboscada, fué derribado del caballo de una pedrada y, abandonado de su gente, quedó en poder de sus inhumanos enemigos, que lo acabaron de matar, mutilándolo bárbaramente, cuya triste nueva se recibió en el cuartel general el 2 de Mayo.

Muchas de las desgracias de las que se experimentaron en la guerra de América casi siempre provenían de exceso de valor y de necia confianza, y era sensible observar la

facilidad con que se olvidaban tan desastrosas y sangrientas lecciones.

El 4 de Mayo recibió el general en jefe parte del comandante del batallón de Castro, avisando su vuelta á Vitiche, después de haber desalojado dos veces del cerro de Ñuqui á los indios alzados, haciéndoles algunos prisioneros y cogiéndoles porción de ganado; decía también que había mandado prender fuego al pueblo de San Lucas por la rebeldía de sus indios y dar muerte á los prisioneros. Este cuerpo entró dos días después en el cuartel general, pero dejó en Vitiche una corta guarnición.

El 6 y 7 de Mayo salieron de Lima para el Alto Perú los escuadrones de Húsares de Fernando VII y de dragones de la Unión, montados en bagajes y llevando de mano los caballos que les habían de servir para la campaña, después de una marcha de más de 500 leguas, la mayor parte por entre cordilleras. El virrey Pezuela traía el mismo camino desde Santiago de Cotagaita, atravesando las provincias de Potosí, Oruro, la Paz, Puno, Cuzco, Huamanga, Huancavelica y parte de la de Lima; y noticioso de la dirección de dichos escuadrones, les mandó suspender la marcha hasta nueva determinación, bien fuese con el fin de revistarlos, como lo hizo, bien, lo que parece más proble, porque no le embarazasen en la suya atendida la escasez particularmente de forrajes que se experimentaba en la mayor parte de los pueblos del tránsito. Los húsares de Fernando VII recibieron la orden para suspender la marcha el 8 de Junio en Tambocangallo y permanecieron allí hasta el 10 que, por falta absoluta de forrajes, retrocedieron á Huamanga seis leguas. En el recibimiento del virrey en esta capital, formaron los escuadrones europeos, y S. E. se manifestó muy satisfecho de su brillante estado; sobre el 27 del citado Junio volvieron á emprender su viaje. El virrey electo había continuado antes el suyo para la capital del virreinato, en la que hizo su entrada pública el 7 del siguiente Julio con la pompa y solemnidad de costumbre.

Poco después mandó salir también de Lima para el ejército de operaciones el regimiento de infantería Extremadura.

Entretanto volvieron los indios rebeldes á apoderarse del cerro de Ñuqui y aun llegaron á amenazar la guarnición de Vitiche, cuyo comandante dió parte el 9 de Mayo al general en jefe de que, noticioso de la aproximación de los indios, había hecho salir á su encuentro parte de la guarnición, la cual había logrado batirlos cogiéndoles 15 prisioneros, que fueron seguidamente muertos á palos; que persiguiendo á los batidos emprendieron éstos resistir favorecidos de la escabrosidad de la inmediata quebrada; que también fueron aquí batidos y dispersados, y que habiéndoles hecho 11 prisioneros con un caudillo sufrieron todos la misma clase de muerte que los anteriores. Véase por esta muestra el carácter de ferocidad que la guerra había tomado, provocado indudablemente por la atroz inhumanidad con que aquellos facciosos habían sacrificado y continuaban sacrificando á los prisioneros realistas.

Los indios del partido de Larecaja, cansados de agitación y de desorden se levantaron contra sus propios cabecillas, prendieron al principal, que era el cura Muñecas, y otros 30, y los entregaron á las autoridades legítimas. Todos fueron pasados por las armas, menos el cura Muñecas, á quien el virrey Pezuela mandó conducir de la Paz al Cuzco, para que fuese allí degradado antes de sufrir la pena á que había sido condenado. Mas en el camino fué muerto Muñecas de un tiro escapado casualmente á uno de los soldados de la escolta, según avisó el comandante.

Á mediados de Mayo recibió el brigadier Olañeta en Yavi una comunicación del general Rondeau, fechada en Jujuy el 30 de Abril: en ella decía que no habiendo permitido las circunstancias dar cumplimiento al canje, acordado en el año anterior, de la esposa del brigadier Olañeta y dos oficiales más por el mayor general Rodríguez,

enviaba ahora á dicha señora con la escolta correspondiente, y esperaba en consecuencia que Olañeta señalase el punto al que quería fuese conducida para que se realizara su entrega, como se verificó pocos días después en Yavi, acompañándola su tío D. Domingo Iriarte y seis dragones enemigos. Nótese que esta señora era natural de la ciudad de Salta. Sobre el 22 de Mayo llegó igualmente á Yavi el gobernador de Cochabamba, Goiburo, que había sido conducido prisionero á las provincias de Abajo con el Ilmo. Moxó, arzobispo de Charcas, y lo remitía también Rondeau para completar el canje de Rodríguez. Aseguraba Goiburo que corría entre los enemigos que los portugueses movían tropas del Brasil hacia Montevideo, y que en Buenos Aires habían depuesto al director supremo, Alvarez, y nombrado en su lugar á Puirredón.

Pocos días después, el comandante de la vanguardia Olañeta pasó de Yavi á Santiago de Cotagaita para conferenciar con el general Ramírez sobre las noticias recibidas del país enemigo. Resultaba también de ellas que en la división de Frenchs, reunida en Jujuy, servían más de 300 españolos europeos, á quienes se hizo advertir que, tratándose de avanzar al Perú, se deseaba saber si querían continuar en el servicio de la *patria* como hasta allí, y que al efecto diesen algunos pasos al frente los que estuvieran por la afirmativa, á cuya prevención sólo cuatro hombres se movieron, con sorpresa de los independientes; que, reconvenidos entonces los demás, respondieron que habían tomado partido en Buenos Aires porque se les hizo entender que aquella guerra se emprendía por una querella particular con el virreinato de Lima; pero que convencidos ahora de que se trataba de atacar los derechos del rey y de la España, de ningún modo querían continuar sirviendo, cualquiera que fuese su suerte; que á consecuencia de esta respuesta fueron seguidamente desarmados, despojados del vestuario, puestos en prisión y conducidos poco después al Tucumán; que á su tránsito por

Salta, la señora de Lezama, compadecida del estado de desnudez en que iban esos desgraciados, pidió permiso á Güemes para socorrerlos, y obtenido éste sin dificultad, cubrió generosamente su principal necesidad; que la desavenencia entre Güemes y Rondeau había sido tan seria, que amenazó el primero unirse con su gente al ejército real, si el segundo lograba sobre él alguna ventaja; que Güemes y Pananá, su segundo, había hecho despojar á algunos *patriotas* de lo que habían robado en el Perú, y entre ellos al falaz Rodríguez, que se había enriquecido en Chuquisaca; y, finalmente, que las provincias de Santiago del Estero y del Tucumán estaban casi en hostilidad abierta, porque los pueblos se iban cansando del estado de inquietud en que vivían y aborreciendo el gobierno revolucionario de Buenos Aires.

Mucho partido pudieran sacar los jefes españoles de las referidas desavenencias, caso de ser ciertas, si hubiesen podido contar con fuerzas suficientes para avanzar al país enemigo, sin dejar desatendidas las provincias de retaguardia, donde las partidas de facciosos no cesaban de crecer; pero careciendo de tan necesario arbitrio, se vieron obligados á esperar, con tanta mayor prudencia cuanto la aparición de destacamentos independientes por el frente de nuestra vanguardia estaba en contradicción con las noticias que el brigadier Olañeta había recibido y acababa de comunicar. Máxima fué siempre de aquellos enemigos hacer preceder sus operaciones ofensivas de especies favorables á los realistas.

Á precaución acordó muy oportunamente el general Ramírez la reconcentración de sus fuerzas, arrostrando el inconveniente que ofrecía el respiro que se iba á dar á las facciones del interior. Así fué que no habiendo quedado en la provincia de Charcas más tropa que el valiente batallón del Centro, que mandaba el coronel la Hera, y un escuadrón denominado de la Laguna, creyó el caudillo Padilla muy favorable la ocasión, y redoblando su notoria actividad se aproximó á Chuquisaca, con fuerza, bien

pronto; mas habiéndole salido al encuentro el comandante del Centro con 500 hombres de su cuerpo y una compañía del escuadrón de la Laguna, alcanzó, derrotó y dispersó á Padilla en la madrugada del 28 de Mayo, causándole alguna pérdida, sin desgracia de consideración, por su parte.

Por el frente del ejército, el primer escuadrón de Cazadores, que formaba parte del escuadrón de vanguardia, sorprendió á principios de Junio un destacamento enemigo de 16 hombres, de los cuales fueron dos muertos y el resto prisionero. Declararon éstos que el general Rondeau estaba en Jujuy con 1.500 hombres y Güemes en Salta, mandando con independencia de aquel general en jefe; que en la quebrada de Humahuaca, y cerca de Tumbaya, habían construído una batería de cuatro cañones de á 6; en el mismo pueblo de Humahuaca había como 40 dragones, y en el puesto del Marqués, 30; los 20, armados de fusil, y los otros 10, de lanza; y que el marqués de Tojo se hallaba en Casavindo con la indiada de sus Estados reunida, pero que experimentaba mucha deserción. En consecuencia, dióse orden á la vanguardia para que se moviera sobre Casavindo, á fin de alejar de allí al expresado marqués.

Como la aparición de partidas enemigas por el frente de nuestra línea hacía temer por la conservación de Tarija, que formaba la izquierda y se estimaba importante, salieron el 17 de Junio para dicha villa el segundo regimiento y el escuadrón de San Carlos, que debía quedar en ella de guarnición. El 24 del mismo mes se recibió en el cuartel general la noticia de que el marqués de Tojo se había retirado de Casavindo y dispersádosele muchos indios al saber el movimiento de nuestra vanguardia, de cuyas resultas había regresado ésta á su posición de Yavi.

Por este tiempo llegó también al cuartel general una comunicación del general Rondeau, abundando en sentimientos de humanidad y extendida en términos muy atentos; proponía en ella un canje de prisioneros, que podría

verificarse, añadía, sin etiquetas y hombre por hombre. El general Ramírez no fué menos urbano en su contestación, indicando, desde luego, que el canje habría de efectuarse según las prácticas de la guerra y por clases: pero que aun para esto necesitaba la autorización previa del virrey, de quien dependía el ejército de operaciones. En nuestro cuartel general se daban las más favorables interpretaciones á los buenos términos de que usaba el enemigo en su comunicación, porque se habían concebido grandes esperanzas del casamiento del rey Fernando y de su hermano D. Carlos con dos princesas portuguesas, cuya corte residía en el Brasil.

Á principios de Julio se estableció en Tarija la expedición del segundo regimiento, batiendo y dispersando los enemigos que se le presentaron. Siguió su persecución el escuadrón de Blandengues, que impidió la reunión que los grupos dispersos intentaban, y toda la provincia de Tarija, hasta el río Bermejo, parecía por entonces sosegada. En este concepto, el segundo regimiento dispuso su regreso al cuartel general, como se le había prevenido; mas la tranquilidad de Tarija era más aparente que real: no fué de larga duración.

Entretanto, como las provincias de retaguardia habían quedado con poca fuerza del ejército, la revolución progresaba en ellas visiblemente. El caudillo Padilla había engrosado asombrosamente su facción, y no sólo interceptaba los caminos de la provincia de Charcas, sino que llevó su osadía á aproximarse á Chuquisaca y á intimarla su rendición. Gobernaba la provincia el coronel D. Rufino Vercolme, y tenía á sus órdenes el batallón de línea el Centro, que mandaba la Hera; pero, sobre estimarse reducido el número de individuos que contaba este cuerpo, aunque de buena calidad, se echaba de menos, entre los jefes, la buena inteligencia y armonía, siempre necesarias y más en circunstancias difíciles. Contraído Vercolme á la conservación y defensa de la capital, sufrían la guarnición y la población grandes fatigas, trabajos y pri-

vaciones. Este penoso estado llamó la atención del general en jefe, quien hizo salir de Cotagaita para Chuquisaca, el 18 de Julio, al general Tacón, con los granaderos de reserva, autorizándole para que hiciera tomar la misma dirección á un batallón de nueva creación, formado en el Cuzco sobre la 7.ª compañía de Extremadura, del cual era comandante D. Manuel Ramírez, y que debía llegar de un día á otro á Potosí.

Mientras el general Tacón caminaba á Chuquisaca, el gobernador de Charcas, Vercolme, adoptó la resolución que le proponía la Hera, permitiéndole hacer algunas salidas, de las que resultaron varios encuentros ventajosos, particularmente en la del 20 de Junio, en que fueron más decididamente arrollados los bloqueadores de Chuquisaca, noticia que causó mucha satisfacción en el cuartel general, donde se recibió el 27 del mismo mes; pero no quedarían expeditas convenientemente las comunicaciones de Charcas hasta que el general Tacón alcanzase á Chuquisaca y pudiese maniobrar contra Padilla.

Por el correo de Lima, que se recibió en el cuartel general el citado 27 de Julio, se supo que se hallaba en Porto-Belo un nuevo refuerzo de tropas peninsulares con destino al Perú, y que el batallón voluntarios de Gerona, de la misma procedencia y que mandaba el teniente coronel D. Alejandro González Villalobos, había zarpado del puerto de Panamá con rumbo al de Arica.

Á fines del propio Julio, los comandantes de los cantones de Vitiche y de Cinti hicieron algunas correrías sobre los grupos de indios alzados, dispersándolos siempre y cogiéndoles porción de ganado, que venía á ser para dichos indios el castigo más sensible. El primero sorprendió, en el pueblo de San Lucas, un capitán y 16 hombres, y los hizo á todos prisioneros. Tan penoso servicio tenía que ser frecuente en las tropas del rey, tanto por el estado de conmoción del país, como para procurarse recursos de subsistencia. Tal era el carácter singular de esa guerra, generalmente poco conocida y menos apreciada en Europa.

Por el frente de Yavi se descubrieron igualmente algunas partidas de tropa reglada enemiga, y por dos prisioneros que se hicieron á principios de Agosto resultaba que Rondeau se replegaba de Jujuy á Salta, receloso de los movimientos de nuestra vanguardia y de las tropas expedicionarias á Tarija, interpretándolos, decían, por preparativos de alguna operación general, que no se hallaban en estado de resistir.

También á principios de Agosto, después de retirado de Tarija el segundo regimiento, quedando allí el bravo coronel Lavín con los escuadrones de San Carlos y Blandengues, se aproximó á aquella villa un grueso de caballería enemiga, la mayor parte compuesto de *gauchos*. Lavín no trepidó en salir á buscarlos, los atacó con su acostumbrada impetuosidad y los venció, matándoles 30 hombres, haciéndoles 35 prisioneros y cogiéndoles 30 fusiles y 80 caballos, según constaba del parte que llegó al cuartel general el 21 del mismo mes. Como esta clase de enemigos se volvía á reunir con admirable prontitud, tuvo nuevas ocasiones Lavín de acreditar su valentía y actividad, causándoles nueva pérdida en hombres y armas.

El general Ramírez dejó el cuartel general de Cotagaita, el 25 del citado Agosto, para trasladarse á Yavi, donde se hallaba la vanguardia; su ánimo era pasarla una revista y hacerla avanzar á Humahuaca, así para adquirir noticias de Jujuy, como por recoger ganado para la manutención del ejército. El comandante del cantón de Vitiche, con el segundo escuadrón de cazadores y dos compañías de infantería, salió por el mismo tiempo contra los indios insurrectos que se le acercaban, á los cuales alcanzó y dispersó, haciendo 35 prisioneros, tres de ellos cabecillas; mandó fusilar á éstos, con algunos de los primeros, de los más conocidos por sus atrocidades, y los demás fueron destinados á presidio.

El escuadrón de la guardia del general en jefe se hallaba acantonado en Cinti por la mayor proporción de forrajes

de este valle, y tenía al pasto sus caballos á excesiva distancia, con la reducida escolta de un oficial y seis hombres de tropa. Aprovechándose los indios facciosos de la imperdonable falta de tener los caballos á cuatro leguas del cuartel, cayeron de sorpresa sobre la escolta, mataron al oficial y se llevaron prisioneros los soldados con los caballos. Todavía el comandante pudo acaso evitar esta sensible pérdida, si no hubiese despreciado el aviso que se le dió acerca de la aproximación de los indios y de su proyecto. En el curso de esta guerra varias han sido las desgracias que los españoles han experimentado por iguales ó muy semejantes causas. El desprecio del enemigo es el primer paso, frecuentemente, hacia una derrota, y en la revolución de América el exceso de confianza y la temeridad han tomado más de una vez parte en su triste desenlace. Sería angustioso empeñarse en demostrar los excelentes jefes, oficiales y soldados que ha perdido la causa española por una confianza imprudente y por una temeridad casi siempre censurable.

El coronel Aguilera, entretanto, continuaba en Valle Grande los preparativos para invadir con esperanza de buen éxito la provincia de Santa Cruz de la Sierra, de donde era natural, y esperaba por momentos los auxilios que se le habían prometido para dar principio á las operaciones. Todas las probabilidades favorables parecían estar de parte de Aguilera, porque no sólo el país se hallaba muy disgustado del nuevo sistema de gobierno, y principalmente del gobernador Warnes, sino que un hermano de Aguilera, interesado ya en su fortuna, había levantado una partida en pro de las tropas realistas y estaba resuelto á auxiliarlas en la presente campaña.

El 9 de Septiembre regresó el general Ramírez de Yavi á Santiago de Cotagaita. Supo aquí por el correo de Lima que el regimiento de Extremadura se había embarcado en el Callao y dado la vela para Arica el 7 de Agosto próximo pasado, y que habían arribado felizmente á este puerto los voluntarios de Gerona, procedentes de Pana-

má. Los dragones de la Unión habían entrado el 15 de Agosto en Santiago de Cotagaita, y los húsares de Fernando VII fueran acantonados en Vitiche; luego destinaron también los dragones á Cinti por la comodidad de sus alfalfares.

El brigadier Olañeta volvió á situarse en Yavi con la vanguardia después de la expedición á Humahuaca, ya indicada, y á su aproximación á este pueblo se plegaron sobre Jujuy los enemigos que observaban la quebrada. En las cercanías de esta ciudad permanecía el marqués de Tojo con poco más de 300 hombres, y se decía que Belgrano reclutaba gente con empeño en el Tucumán, y que, á pesar de sus violentas medidas, había tenido mucho trabajo en reunir como 3.000 hombres, que disminuía diariamente la deserción.

Así las cosas, llegó por extraordinario, el 19 de Septiembre, á Santiago de Cotagaita la noticia de haber arribado á Arica el 7 del mismo mes la fragata de guerra *Venganza*, conduciendo á su bordo al mariscal de campo D. José de la Serna, nombrado por S. M. general en jefe del ejército del Alto Perú. Acompañábanle, con destino al Estado Mayor, el teniente coronel D. Jerónimo Valdés y los capitanes D. Bernardo la Torre y D. Antonio Seoane; el capitán de ingenieros D. Eulogio Santa Cruz venía en clase de secretario; el teniente coronel D. Fulgencio de Toro y el teniente de artillería D. Miguel Araoz como sus ayudantes, y el capitán D. Valentín Ferraz mandaba una escasa compañía de caballería.

El general La Serna halló en Arica al batallón de Gerona preparándose para emprender su marcha para el ejército. Con el desembarco de este nuevo jefe en el territorio del Perú comienza una nueva era, de cuyas notables vicisitudes nos proponemos dar minuciosa cuenta con cuanta puntualidad nos sea posible.

CAPITULO X

Sorpresa de Abrapampa.—Los indios de Vilacaya.—Operaciones en varios puntos.—Noticias de Costa-Firme.—Derrota y muerte de Padilla.—La Serna en Cotagaita.—Falsa alarma.—Derrota de la vanguardia enemiga en Yavi y Tarija.—Adelantos en la pacificación.—Derrota y prisión de Cardoso.—Derrota de Warnes.—Chile, amenazado.—Prevenciones del virrey Pezuela.—Repugnancia de La Serna.—Cede éste y ocupa Olañeta á Humahuaca.—Disposiciones del general en jefe.—Europeos y americanos.

1816

Mientras el nuevo general en jefe La Serna y las tropas desembarcadas en Arica se dirigían al Alto Perú, unos 60 hombres de las milicias de Chichas, situados en Talina, se adelantaron á Abrapampa, y después de un ligero tiroteo ahuyentaron de allí la partida de Urdininea; mas entregándose á un abandonado descanso el comandante de los chicheños, fueron éstos sorprendidos en la noche de aquel día, muertos dos oficiales y algunos soldados, otros prisioneros y los demás dispersados, debiendo su salvación á la oscuridad.

Por este tiempo, los indios alzados de Vilacaya manifestaron al comandante del cantón de Vitiche que querían someterse al gobierno del rey y vivir tranquilos en sus hogares como antes, y que negociarían de la partida de González que adoptase igual resolución, ó la hostilizarían en caso negativo. La proposición fué francamente

admitida como era regular; y esta patente muestra de cambio en la opinión de unos indios tan tenaces como los de Vilacaya y demás pueblos inmediatos se atribuía á la ausencia de las tropas de Buenos Aires y á la noticia de las peninsulares que se esperaban y habían empezado ya á llegar algunas á los cantones del ejército.

Á principios de Octubre se recibieron en Santiago de Cotagaita los pormenores de los dos últimos encuentros que el coronel Lavín había tenido con los insurrectos de Tarija, causándoles 106 hombres de baja entre muertos y prisioneros, con la pérdida de nuestra parte de un capitán y algunos soldados heridos; sin embargo, fué reforzado Lavín con el segundo escuadrón de cazadores, que se hallaba en Vitiche, quedando de jefe de este cantón el comandante de húsares de Fernando VII D. Joaquín Germán. Súpose también que á mediados de Septiembre se hallaba el general Tacón en Chuquisaca pronto á maniobrar contra el caudillo Padilla en combinación con el coronel Aguilera, que debía salir de Valle Grande para la Laguna á fin de cortarle su acostumbrada retirada á las montañas de Pomabamba.

Por el correo de Lima, que llegó á Cotagaita el 10 de Octubre, se recibieron las satisfactorias noticias de que las tropas del general Morillo habían ocupado el 6 de Mayo á Santa Fe, capital de este virreinato que muchos pueblos de Costa-Firme se sometían al gobierno del rey, y que los insurrectos de Popayán habían sufrido una completa derrota. Refugiados los más comprometidos de ellos al puerto de San Buenaventura en el Chocó, con más de un millón de duros en dinero y alhajas de iglesias, se apresuraron á poner este rico botín á bordo del bergantín que montaba Brown y se hallaba allí con el objeto de expender el cargamento de la *Consecuencia*. Brown admitió esos caudales con pretexto de tenerlos á disposición de sus actuales dueños ó conducirlos adonde ordenaran; mas una vez puestos á bordo, el corsario, se decía, desapareció del puerto una noche, dejando así

burlados á los que habían cometido la ligereza de fiarse de un aventurero. Ultimamente se supo por el propio correo que el regimiento de Extremadura había desembarcado en la caleta de Quilca y entrado en Arequipa, y que parte del batallón de Gerona quedaba ya en Oruro. Los refuerzos de tropas europeas que había recibido é iba á recibir el ejército real, llenaban de gratas esperanzas á los amantes de la causa de España, porque los negocios públicos en general presentaban en el Alto Perú un aspecto más lisonjero.

El anunciado movimiento de Tacón y de Aguilera se había verificado, partiendo el primero de Chuquisaca y el segundo de Valle Grande contra la gruesa facción de Padilla. El general Tacón llevaba tres batallones, dos escuadrones y dos piezas de artillería; y á pesar de las dificultades con que suele tropezarse en la ejecución de las operaciones militares combinadas á largas distancias, el resultado de ésta fué feliz, y el 13 de Octubre llegó al cuartel general de Cotagaita el parte oficial de la derrota y muerte del célebre Padilla. La presente campaña la principió el batallón del Centro, que mandaba el coronel La Hera, sorprendiendo y haciendo prisionero un destacamento enemigo en Tarabuco. Continuaba Padilla retirándose hacia la Laguna de las tropas de Tacón, cuando repentinamente se encontró con la columna de Aguilera, la cual empeñó el combate y lo continuó casi sin cesar por espacio de dos días, sin lograr decididamente la victoria. Al tercer día, disminuída la fuerza enemiga por la dispersión y receloso el caudillo de un nuevo ataque que calculaba irresistible, tomó el partido de fugarse acompañado de su sargento mayor y de un capellán religioso franciscano que le servía; la facción seguía de cerca la dirección de su jefe. Informado de todo el esforzado Aguilera siguió á Padilla con un destacamento de caballería bien montado y le dió alcance en el pueblo del Villar: su gente se hallaba en el mayor estado de desorden y confusión, porque creía tener sobre sí toda la columna de

Aguilera. Desesperado Padilla de no poder detener á los suyos volvió á entregarse á la fuga con los mencionados mayor y capellán; persiguiólo Aguilera sin reparar en nada, dando rienda á su brioso caballo, alcanza al mayor y lo mata de un pistoletazo, derriba con otro en igual forma á Padilla y coge prisionero al franciscano. Entretanto la valiente y sufrida columna de Aguilera completó la derrota de esta facción con muerte de 700 hombres y 75 prisioneros, que fueron inmediatamente pasados por las armas. La mujer del famoso caudillo, que se halló en la refriega, se retiró herida hacia el paraje donde tenía su difunto marido el depósito de sus rapiñas, computadas en más de 60.000 duros; mas, según se dijo después, parece que no tuvo lugar de poder ponerlos en salvo.

La destrucción de Padilla era de la mayor importancia para la pacificación de los partidos ó subdelegaciones de la provincia de Charcas y aun para la inmediata de Santa Cruz de la Sierra. No hay voces con que expresar dignamente la actividad y decisión del coronel Aguilera; y nadie entonces pudiera imaginar que más tarde viniese á ser ese mismo jefe uno de los sostenedores más fuertes de la rebelión del general Olañeta para por ese sagaz medio precipitar el anonadamiento del dominio español en el Perú.

No obstante el brillante triunfo de Aguilera, el general Tacón continuó la marcha hasta la Laguna. Desde esta villa tomaron los cuerpos distintas direcciones para perseguir los grupos de dispersos y volver oportunamente á los puntos de donde habían partido las tropas de Tacón á Chuquisaca y la columna de Aguilera á Valle Grande.

Los húsares de Fernando VII, acantonados en Vitiche, con dos compañías del batallón de Chichas, que mandaban los capitanes Baspiñeiro y Medinaceli, hicieron á mediados de Octubre su primer ensayo en esta guerra contra los indios de San Lucas; alcanzaron á los alzados y los batieron con bastante destrozo, porque continuaba aún la terrible autorización ó costumbre de disponer de la vida

de los rendidos y prisioneros. Casi al mismo tiempo el coronel Lavín ganaba en Tarija una brillante acción. Un tiro de cañón disparado en el campo en la madrugada del 14 de Octubre anunció á Lavín la proximidad del enemigo, y reunida la tropa realista tomó dicho jefe 90 caballos y algunos infantes convalecientes de los enfermos que había dejado en Tarija el segundo regimiento, y salió en busca de los contrarios con toda su acreditada decisión, encargando á su segundo en el mando el resto de la tropa para el cuidado y defensa de las trincheras levantadas en la villa. Hallábanse no á mucha distancia de ésta, formados en batalla, como 500 caballos y 700 fusileros enemigos con un cañón de á dos; Lavín contaba por un lado con la mejor calidad de su tropa, engreída además con las repetidas ventajas conseguidas anteriormente, y no consultando por otro más que su propia valentía, acometió á los contrarios que lo esperaron con firmeza y pusieron en apuro; pero logró por fin arrollarlos con muerte de más de 100 hombres, haciendo muchos prisioneros y cogiéndoles 73 fusiles, el cañón de campaña y considerable número de caballos ensillados.

A principios de Noviembre volvieron los húsares de Fernando VII y las dos mencionadas compañías de Chichas á salir de Vitiche en persecución de las reuniones de indios que se hacían por el lado de Tambillo y el cerro de Ñuqui, á las cuales lograron alcanzar y dispersaron, causándoles alguna pérdida en hombres y ganado.

El 12 de este mes entró en Santiago de Cotagaita el batallón peninsular voluntarios de Gerona, y con él el nuevo general en jefe La Serna, quien en el mismo día tomó posesión de su importante mando. El teniente general D. Juan Ramírez y Orozco, que también lo había desempeñado desde la separación del general Pezuela, partió á los dos días para su destino de presidente de Quito. El nuevo general en jefe había sido recibido con particular distinción en todos los pueblos del tránsito, y en todos ellos había dejado los más gratos recuerdos por su afabi-

lidad, por su llaneza, por su digno y favorable aspecto y por los sentimientos de humanidad y de justicia que sus labios expresaban y que tan bien sientan en provincias y regiones remotas en los funcionarios superiores representantes del gobierno supremo. Bajo tan favorables auspicios, inauguró su mando el nuevo general en jefe del ejército real del Alto Perú.

Por este tiempo se había trasladado á Tarija el brigadier Olañeta con la mayor parte del batallón de cazadores y alguna caballería, y el resto de ese cuerpo y del escuadrón de cazadores se hallaban en una expedición de ganado, cuando empezaron á correr voces de que los enemigos, en número de 6.000 hombres, avanzaban sobre las posiciones de nuestro ejército. El general en jefe se propuso salir á su encuentro con las tropas disponibles, reuniéndolas á las de la vanguardia que ocupaba á Yavi, y al efecto hizo marchar á Tupiza el 15 y 16 de Noviembre á los batallones de Gerona y voluntarios de Castro que estaban en Cotagaita y trasladó al mismo pueblo el 17 su cuartel general. Mas aquellas voces eran esparcidas de intento por el marqués de Tojo, que avanzaba sobre Yavi con 600 hombres de á pie y el escuadrón de dragones *infernales* de Güemes. Á su aproximación á aquel punto, y en el concepto de que era Belgrano con todas sus tropas, el segundo regimiento, el batallón de partidarios y una brigada de artillería, que estaban allí, se replegaron á Moraya, abandonando equipajes y pertrechos por hallarse las bestias de carga pasteando á larga distancia. Los enemigos entraron seguidamente en Yavi, saquearon los equipajes que encontraron y se entregaron á un total descuido, persuadidos de que la precipitada retirada de los nuestros no les permitiría detenerse hasta Suipacha ó Cotagaita, en cuya confianza ni cuidaron de establecer avanzadas ni observaciones para su propia seguridad. Avisado con anticipación el brigadier Olañeta, regresó rápidamente á Moraya, y habiendo unido á su división el primer regimiento que había adelantado hasta Mojos para

sostenerla, marchó con la mayor prontitud sobre Yavi. El marqués de Tojo, que no contaba con la posibilidad de tan pronta visita, quedó del todo sorprendido, se levantó de la mesa en que estaba almorzando, tomó un caballo en pelo y echó á huir, y á su ejemplo hicieron otro tanto la mayor parte de los suyos; el resto tomó posición en un cerro vecino, donde con su resistencia causaron la pérdida de un oficial y algunos soldados; pero pagaron todos con la vida este temerario empeño. Entretanto continuaba la más activa persecución sobre los fugitivos, en los que se hicieron 350 prisioneros con el comandante general marqués de Tojo, el comandante Quesada y el caudillo indio Caba, que fué inmediatamente pasado por las armas y los demás conducidos al cuartel general de Tupiza, en donde recibió La Serna el parte de tan fausta noticia.

Después de tan feliz suceso, supo Olañeta que como unos 100 hombres de los dragones *infernales* habían ido al pueblo de Tojo conduciendo algunas cargas de fusiles y otras armas con el designio sin duda de introducirlos á los pueblos sublevados de indios. Sin demora destacó la fuerza competente del batallón de partidarios contra ellos al mando de su sargento mayor, quien desempeñó tan acertada y diligentemente su encargo, que consiguió sorprender á los referidos dragones y cogerles 90 hombres y todas las cargas de armas, logrando sólo escapar hacia Libilibi el comandante Lanza con los pocos que cubrían una avanzada. Esta completa derrota destruía las esperanzas formadas sobre el gran prestigio del marqués, desalentaba á los enemigos y debía influir mucho en la pacificación de los vastos estados de dicho marqués.

El general La Serna creyó entonces conveniente revistar por sí los valientes cuerpos de la vanguardia y darles las debidas gracias por su excelente conducta, y así lo verificó en Yavi el 26 de Noviembre, habiendo dejado á Tupiza el 24. Pasó el 27 á Tojo y Libilibi, adonde llegó Gerona y una compañía del segundo regimiento, y resolvió

marchar con esta fuerza á Tarija con el doble objeto de reconocer la topografía del país y las tropas que mandaba y volver á ocupar aquella villa y provincia que el escuadrón de San Carlos y el segundo de cazadores, mandados ambos por el coronel graduado D. Antonio Vigil habían abandonado en el concepto de que todo el ejército de Belgrano avanzaba sobre el nuestro. El general en jefe emprendió su movimiento el 28 de Noviembre y campó el 30 en los molinos de Tolomosa, cuatro leguas de Tarija; á media noche volvió á ponerse en marcha con el ánimo de sorprender al gobernador enemigo Uriondo; pero éste había de antemano enviado á Salinas su gente y equipajes, y aquella misma noche se retiró él también con muy pocos caballos, frustrándose así el proyecto del general. Entró éste, sin embargo, el 1.° de Diciembre en Tarija para poner orden en los negocios de la provincia, y en el mismo día llegó también del valle de San Juan el escuadrón de cazadores que mandaba Vigil.

Todas las tropas destinadas á la pacificación de los pueblos conmovidos á la izquierda y retaguardia de la línea del ejército correspondían dignamente á la confianza que se tenía de ellas, y sus jefes y oficiales, sin excepción, se esforzaban porque las armas españolas llevasen lo mejor en las repetidas acciones parciales que con frecuencia tenían que sostener. El escuadrón de húsares de Fernando VII con las dos mencionadas compañías de Chichas, que mandaban los acreditados capitanes Vaspiñeiro y Medinaceli, dejaron el 22 de Noviembre el cantón de Vitiche para maniobrar contra los indios sublevados de la subdelegación de Porco que desde el ya nombrado cerro de Ñuqui y famosa Abra de Chanchalla hacían continuas y molestas correrías á los pueblos inmediatos. Desalojáronlos de esas posiciones después de alguna resistencia y ocuparon el pueblo de San Lucas, sufriendo en las cinco leguas que lo separa de la citada Abra el fuego de algunas partidas enemigas, que la calidad del terreno no les permitía perseguir. Los principales sostenedores del espí-

ritu de rebelión por esta parte eran los caudillos Cardoso y Fuentes, y el primero celebérrimo por las atrocidades que llevaba cometidas, y á ambos se les perseguía con cuanta diligencia era posible.

Al ponerse el sol del 25 de Noviembre fueron hechos prisioneros dos indios de la partida de Cardoso y, amenazados de muerte si no descubrían el paradero de su jefe, ofrecieron conducir la tropa al punto que ocupaba con pocos más de 100 hombres reunidos. El capitán de húsares de Fernando VII D. Andrés García Camba, con 20 hombres de su compañía elegidos entre los mejor montados, y 20 soldados de Chichas, en mulas, con el capitán Medinaceli, muy práctico del terreno y conocedor del idioma *quichua*, como natural del país, recibió la orden de marchar aquella misma noche para caer de sorpresa sobre el caudillo. Asegurados los indios que habían de servir de guías, logró Camba su objeto al amanecer del siguiente día 26 en una rinconada á dos leguas del pueblo de Tiraoyo, matando 15 hombres, cogiendo á Cardoso con siete más prisioneros y apoderándose de porción de maíz, harina, 60 cabezas de ganado vacuno y como 5.000 de lanar que tenían reunidas. Tres días después fué alcanzada y derrotada la partida de Fuentes, quedando prisionero este caudillo, con cuyos golpes empezaron aquellos pueblos á volver á entrar en el orden. Remitido el afamado cabecilla Cardoso al cuartel general de Tupiza, recibió allí más tarde la pena que tenía merecida. Después de esta afortunada batida recibieron orden los húsares de Fernando VII para reunirse en Culpina, distante 50 leguas, con el brigadier O-Relly, encargado de una expedición contra el partido rebelde de Santa Elena, y marcharon á su destino.

En este mismo mes de Noviembre desembarcaron en el puerto de Huacho, 30 leguas al Norte de Lima, poco más de 100 hombres, procedentes de la Península, por el istmo de Panamá, con destino al regimiento infantería del Infante D. Carlos, que debía formarse sobre el antiguo

Real de Lima, y algunos días después llegaron al Callao 200 hombres más, varios oficiales y su coronel D. Juan Antonio Monet, que completaban el cuadro. El capitán ayudante mayor, D. José Ramón Rodil, era de ese número.

El 27 del citado Noviembre alcanzó Aguilera sobre Warnes una completa victoria, apoderándose de su artillería y de muchas armas después de causar un destrozo horrible en los enemigos y la muerte de su caudillo; pero fué comprado este triunfo al caro precio de mucha sangre leal. Los enemigos se batieron con una obstinación increíble; pero las habían con el esforzado Aguilera, á quien sin embargo causaron la pérdida sensible de la mitad de su gente, es decir, cerca de 400 hombres y siete oficiales fuera de combate, porque el terreno favorecía mucho á los rebeldes. Esto no obstante, las comunicaciones continuaron aún interceptadas á causa, sin duda, de los grupos de dispersos que tomaron la dirección de los valles de Mizque y del río Grande.

Es de advertir aquí que, como los prisioneros de la sorpresa de Yavi, que hemos referido, quedaron bajo la inmediata autoridad del nuevo general en jefe La Serna, no permitió éste que á ninguno de ellos se le quitara la vida sin su aprobación, é hizo igual prevención á todos los comandantes de cantón, columna y partidas dependientes del ejército, cesando así una carnicería que causa horror aun mencionar, y este rasgo de humanidad, tan propio de los sentimientos de La Serna, empezó á regularizar aquella guerra de muerte y exterminio. Dispuso al mismo tiempo que se formara causa al prisionero marqués de Tojo, como coronel de milicias por el rey, pasado á los enemigos.

Este era el estado de las cosas á fines de 1816, y tan lisonjera como iba apareciendo la situación del Perú, tan melancólica y de triste agüero se presentaba la del reino de Chile, con la organización de un ejército amenazador en Mendoza bajo el inmediato mando del general San

Martín, natural de Buenos Aires, y antiguo oficial del ejército de la Península, donde había servido con distinción al principio de la guerra de la independencia. Por este tiempo era presidente de Chile el general Marcó del Pont, y el virrey Pezuela le había remitido los auxilios de mar, de que pudo disponer. Creído el virrey de que el ejército real del Perú, con los refuerzos que había recibido, podía ventajosamente invadir el territorio de su frente hasta el Tucumán, prevenía la pronta realización de ese movimiento, con el cual se proponía también efectuar en el pensamiento de San Martín una poderosa diversión de muy favorables consecuencias para el amenazado reino de Chile. Mas para decidir, con probabilidad de buen éxito, un movimiento tan transcendental, era preciso tomar en cuenta los inútiles y aun funestos resultados de las invasiones al mismo país que el ejército había hecho en épocas anteriores; era preciso calcular ese movimiento sobre los progresos del enemigo, tanto en su organización militar, como en el espíritu público de sus pueblos, porque suponerlos estacionados en medio de tan singular agitación sería un error gravísimo; era preciso calcular las fuerzas con que se había de invadir el país sublevado y las que era necesario emplear para mantener la comunicación con el Perú, cuya pérdida había sido y no podía menos de ser de perniciosa influencia, y para continuar la pacificación de los pueblos conmovidos en una vasta extensión de territorio; era preciso reflexionar que la dirección, que había de llevar el ejército real á cientos de leguas de distancia de Mendoza, poco ó nada influiría, ó influiría muy tarde, en la alteración de los planes de San Martín, y por último, era preciso tener muy presente que una desgracia en aquella situación podía ser de incalculables consecuencias, según su naturaleza. El general La Serna no perdonaba medio para instruirse de cuanto podía concurrir á la formación y acuerdo de un plan seguro de campaña, y era común la idea de que su correspondencia con el virrey sobre este punto contenía

observaciones del mayor interés y peso, sin descuidar las prevenciones conducentes á que pudiera moverse el ejército á la primera orden.

En verdad que la repugnancia del nuevo general en jefe á un movimiento hacia el Sur estaba, hasta cierto punto, justificada, porque cuantas noticias se recogían, así respecto de las distancias, de la calidad del terreno, muy propenso á calenturas, con especialidad intermitentes, y de lo despoblado del país, como de la clase y decisión de sus habitantes y de su sistema peculiar de hacer la guerra, todas concurrían á persuadir la detenida circunspección con que debía emprenderse. Lo primero que parecía evidente era que el ejército no reunía fuerza bastante para invadir con probabilidad de buen éxito el país que se quería y continuar al mismo tiempo la pacificación de los pueblos de retaguardia, cubriendo y manteniendo expeditas las comunicaciones con el Perú. Además, un movimiento ejecutado á una enorme distancia de Mendoza, sin fuerza para asegurar la posesión del país que se ocupara, era fácil alcanzar que no paralizaría las operaciones que preparaba allí San Martín contra Chile, y que, al contrario, si llegaba á influir en algo sería precisamente en activar la invasión de aquel reino, porque San Martín no podía desconocer que invadiendo á Chile con sus tropas, si llegaba á poner su planta en las playas del Pacífico, obligaría forzosamente al ejército de operaciones del Perú á retroceder, como sucedió.

Las reflexiones del general en jefe sobre los medios y la manera de poner en ejecución el pensamiento de avanzar hacia el Tucumán en las presentes circunstancias no podían menos de ser poderosas; pero como recién llegado al país, aconsejaba la prudencia y prescribía la dependencia en que se hallaba del virrey que las subordinase á su experiencia y superior autoridad, para que la mala voluntad no las interpretara siniestramente, y así hubo de decidirse al fin á practicar un movimiento, de cuya utilidad no estaba persuadido, ni creía al ejército de que aca-

baba de encargarse, por su número ni por su organización, en conveniente estado de ejecutarlo.

Arrojado de las salinas y de las fronteras de los indios *chirihuanos* el caudillo Uriondo por el coronel Vigil, que lo perseguía con el escuadrón de cazadores y dos compañías de infantería, y adoptadas las disposiciones conducentes para la buena administración de la provincia de Tarija, el general en jefe anunció, por medio de una proclama, las paternales intenciones de S. M. y su vivo interés por la pacificación de aquellos dominios; concedió indulto amplio á todos los comprometidos por opiniones políticas; levantó el destierro á las personas que lo sufrían por igual causa, y prohibió terminantemente á todos los jefes militares el que pudiesen en lo sucesivo mandar ejecutar sentencia alguna de muerte ni imponer esta pena sin que precediera su superior aprobación. Esta disposición, que reclamaban de consuno la justicia y la política, le valió al general La Serna el más alto concepto en el país, aunque no dejaron algunas gentes apasionadas de interpretarla con ligereza por una censura de la tolerancia de sus antecesores, cuando las circunstancias eran sin duda distintas.

Seguidamente se dió orden al brigadier Olañeta, que se hallaba en Yavi, para que, sin pérdida de tiempo, marchara sobre Humahuaca con los batallones de Cazadores, Partidarios, primero del segundo regimiento; voluntarios de Castro, el primer escuadrón de cazadores, el de dragones de la Unión y cuatro piezas de campaña, cuyas tropas, partiendo simultáneamente desde Tupiza, Talina y Yavi, debían reunirse en los campos del marqués.

El general en jefe, después de encargar el mando de la provincia de Tarija al brigadier D. Antonio María Alvarez, se puso en marcha por Tojo y Sococha para Yavi, adonde llegó el 24 de Diciembre, previniendo para este punto la reunión de los demás cuerpos que habían de concurrir al movimiento comenzado por Olañeta, in-

cluso el peninsular de Extremadura que se hallaba ya en la Quiaca.

Mas, entre las medidas preventivas para abrir una campaña en extremo interesante y de transcendencia, hubo alguna poco feliz y ciertamente sensible por el fruto que los enemigos ocultos y los émulos del nuevo general sacaron de ella. Fué ésta la de empezar la necesaria reforma de los cuerpos por el primer regimiento del Cuzco, el más acreditado y preferente del ejército desde su creación, el que resistió la peligrosa seducción del valiente coronel D. Saturnino Castro, el que pidió marchar hacía dos años contra la funesta insurrección de la provincia, de donde eran naturales sus individuos, y hemos indicado ya cómo su lealtad supo cumplir y corresponder á la confianza que se había hecho de él.

Por este regimiento, pues, tuvo La Serna la poca fortuna de empezar las reformas que juzgaba convenientes y que hacían también indispensables los numerosos cuadros de jefes y oficiales de que abundaban y lo reducido de la fuerza que la mayor parte de los cuerpos contaban, siendo además el pensamiento del general mezclar en unas mismas filas los europeos y los del país para que, tratándose unos y otros con mayor inmediación, pudiese sacarse de todos mayor partido. Esta medida, recibida con disgusto por los del país, concitó de pronto bastante prevención contra el nuevo general y ofreció á los desafectos vasto campo á las conjeturas de que sagazmente se valían para atizar la discordia fomentando la desconfianza. El general La Serna no adoptó por mero capricho esta disposición, pues habiéndole recomendado su antecesor todos los jefes y oficiales del ejército en relaciones al efecto y no constando en ellas, según se dijo, los del primer regimiento, debía esta omisión llamarle naturalmente la atención, y así vino á suceder, como se acredita por lo que el general Valdés, entonces jefe de E. M. del ejército, manifestó sobre este punto á S. M. en su exposición documentada del 12 de Julio de 1827 desde Vitoria. «Al hacer

la reforma—decía—se decidió á refundir los batallones llamados 1.° y 2.° del Cuzco; esta elección la aconsejaba la circunstancia de haber Pezuela remitido á La Serna una relación de los méritos, servicios y aptitud de todos los jefes del ejército sin nombrar en ella á los principales de los cuerpos indicados. Y ¿quién, señor, en los casos de La Serna, de no conocer á ninguno, no habría hecho otro tanto? Es decir, reformar los cuerpos de aquellos jefes que el general anterior, que los conocía, no recomendaba á la consideración del sucesor cuando lo hacía con todos los demás.» Como quiera el primer regimiento, aunque más adelante volvió á crearse, recibió entonces órdenes de pasar á Yavi para entregar su tropa al batallón de Gerona, y en su cumplimiento llegó á fines de Diciembre con considerables bajas ocasionadas por la deserción que promovía indudablemente la malevolencia con que era comentada la reforma y hasta las circunstancias de unir la tropa á un cuerpo peninsular.

Desgraciadamente concurría á robustecer esa triste prevención alguna ligereza á que solían dar lugar la emulación y los celos por un lado, y por otro el atolondramiento propio de los pocos años y la inexperiencia, y acaso el porte más marcial de los europeos comparado con la apostura menos garbosa de los veteranos del país. Los jóvenes militares europeos, ufanos con el recuerdo de la guerra á que habían concurrido en la Península, engreídos algunos con haberse hallado en Vitoria, en San Marcial, en el paso del Vidasoa y en Tolosa de Francia midiendo la superioridad que se atribuían hasta por su continente y el mayor lucimiento de su uniforme, se permitían á veces chanzas poco meditadas sobre los vencidos, á que les daba lugar la vista de los vencedores, las cuales, cuando entendidas, eran desagradablemente comentadas.

En éstos y semejantes errores han solido incidir generalmente los europeos recién llegados á las provincias de Ultramar, y Dios sabe la influencia que estos impremeditados errores han ejercido en el desenlace lamentable de

la insurrección de América, el país más pacífico del Universo, cuyos habitantes manifestaban por los españoles un afectuoso respeto que parecía inextinguible. El tiempo y la reflexiva experiencia modificaban convenientemente los tristes efectos de las primeras impresiones que se reciben en esos países tan desemejantes aún de la Europa. El disgusto cundía con rapidez, los ocultos desafectos atizaban las disensiones y el entendido general La Serna, que se apercibió pronto de lo que pasaba y adoptó cuantas medidas aconsejaba la razón y la justicia distributiva para atenuar al menos su perniciosa tendencia, conocía bien que una campaña en la que unos y otros tuvieran ocasión de distinguirse y aun necesidad de auxiliarse mutuamente, no podía dejar de reportar grande utilidad á la causa española que le estaba encomendada, restableciendo la unión y la confianza entre todos los individuos del ejército, encargados de defender con lealtad unos mismos intereses. Acaso ésta era la mayor esperanza del general La Serna al emprender un movimiento ofensivo contra su opinión y sólo en cumplimiento de las terminantes prevenciones del virrey Pezuela.

CAPÍTULO XI

Movimiento sobre la provincia de Salta.—Reformas militares.—Ocupación de Jujuy.—Fortificación ligera de Humahuaca.—Conducta de varios cabecillas de retaguardia. — Su castigo. — Expedición á Santa Elena.—El cuartel general en Jujuy.—Continuos encuentros. Pérdida de Humahuaca.—Expediciones.—Ocupación de Salta.

1817

A principios de Enero supo el general en jefe en Yavi oficialmente que el brigadier Olañeta, con la división de vanguardia, había ocupado á Humahuaca el 24 del mes anterior, sorprendiendo los 25 hombres que guarnecían este pueblo, cuya operación confió al capitán de Estado Mayor D. Antonio Seoane; que al día siguiente había dirigido al mismo capitán con tres compañías de infantería y un piquete de caballería sobre el inmediato valle de San Andrés, donde sostuvo con ventaja repetidos tiroteos, incorporándose con la vanguardia en Hornillos el 4 de Enero, mereciendo Seoane por su intrepidez y disposición especiales elogios de Olañeta. De conformidad éste con las prevenciones del general en jefe, salió de Hornillos para Jujuy en la misma noche del 4 de Enero con los batallones de Cazadores y de Castro, el escuadrón de dragones de la Unión, parte del primero de Cazadores montados y cuatro piezas de artillería, y envió por la vuelta de la Nueva-Orán el batallón de partidarios y el resto del escuadrón de cazadores á las órdenes de su cuñado

el coronel D. Guillermo Marquiequi, á quien acompañaba en calidad de jefe de Estado Mayor el capitán D. Bernardo de la Torre. Olañeta franqueó las 18 leguas que lo separaban de Jujuy, arrollando las facciones que le disputaban el paso de los ríos León y Reyes, y entró en la ciudad el 6 de Enero, haciendo todavía en ella algunos *gauchos* prisioneros con la pérdida de siete hombres desde Humahuaca.

Como el general en jefe iba á quedar á gran distancia de su base natural de operaciones con el movimiento hacia el Tucumán, definitivamente resuelto por el virrey, encargó al general Tacón la conservación y defensa de las provincias de Charcas y Potosí, debiendo remitir al cuartel general el segundo batallón de Extremadura tan pronto como el estado de dichas provincias se lo permitiera; confió al brigadier O-Relly el mando de las subdelegaciones de Chichas y Cinti, dejando á sus inmediatas órdenes sobre 900 hombres; la guarnición de Tarija, donde mandaba el brigadier Alvarez, se componía de 320 infantes de los regimientos primero y segundo del Cuzco, y 100 caballos del segundo escuadrón de cazadores y la partida del capitán Vaca; dejó, finalmente, á cargo de sus respectivos gobernadores las provincias de Cochabamba, Oruro y la Paz, con prevención de que remitiesen á Potosí los contingentes de dinero y de reclutas para el ejército con la debida seguridad. Tomadas todas estas disposiciones, el general en jefe, con el resto de las tropas destinadas al precitado movimiento, salió de Yavi el 10 de Enero, y los soldados atravesaron las más de 30 leguas de despoblado que separan á Humahuaca con contento y alegría, no obstante las mayores privaciones que experimentaban los cuerpos peninsulares. Sin práctica aún para saberse preparar á la ejecución de estas travesías, carecían de los medios que no faltaban á los del país, y á veces no hubieran podido comer aquéllos más que carne mal asada y sin sal, si sus nuevos compañeros no les hubiesen auxiliado con la mejor voluntad. Porque es de ad-

vertir que mientras un soldado del país, señaladamente los naturales de determinadas provincias, asaba con perfección un carnero, no ponía comible un europeo la pierna ó el costillar de otro. Estas primeras y provechosas lecciones prácticas fueron de grande utilidad para la buena armonía y compañerismo que luego se establecieron entre unos y otros como convenía y se deseaba.

El 14 de Enero llegó el cuartel general á Humahuaca, pueblo reducido de indios, abandonado entonces de la mayor parte de sus habitantes. Este pueblo, el primero que se encuentra después del mencionado despoblado, que sirve como de línea divisoria al clima, á las costumbres y al territorio del Alto Perú y de las provincias llamadas de abajo, está situado al principio de una quebrada ó valle angosto, que casi conduce hasta Jujuy, goza de una temperatura más templada y abunda en alfalfa, que los españoles llevaron, con otras semillas útiles, al Nuevo Mundo. Pareció de importancia su conservación, tanto para servir de depósito de efectos de parque, provisiones y hospital, como para asegurar las comunicaciones con el Perú, pues que cubría la principal avenida del valle de San Andrés, residencia ordinaria del activo y emprendedor cabecilla Arias. En consecuencia, dispuso el general en jefe quedase en Humahuaca una corta guarnición, mandando fortificar la iglesia y cerrar las bocacalles para evitar un golpe de mano y poder resistir cualquiera tentativa, respecto á que tampoco, ni serían muchos en número, los enemigos que la intentaran, ni contaban con artillería para verificarla con esperanza de buen éxito, é inmediatamente se puso mano á las obras proyectadas. El mismo día 14 de Enero se supo en el cuartel general que el brigadier Olañeta había salido el 12 de Jujuy para Ledesma (30 leguas), con los batallones de Cazadores y Castro y parte del escuadrón de Marquiegui, con el fin de auxiliar la expedición de la Nueva Orán, que suponía apurada para reunirse al ejército, tanto por su corta fuerza como por el número y calidad de los enemigos que,

según noticias, se reunían sobre el río Negro para interceptarle el paso.

El general en jefe pasó revista en Humahuaca á las tropas que allí había, siendo las destinadas á este movimiento las siguientes: infantería, los batallones de Gerona, Extremadura, ambos peninsulares; Castro ó *Chilotes*, cazadores y partidarios, en todo, 2.780 infantes; caballería, escuadrones de San Carlos, de húsares de Fernando VII, de dragones de la Unión, de cazadores y escolta del general, sobre 700 caballos, y 12 piezas de artillería de montaña, con 130 artilleros para su servicio. Casi concluídas las obras de defensa de Humahuaca, salió el cuartel general el 20 de Enero para Yala, tres leguas cortas de Jujuy, donde se proponía concentrar todas las fuerzas, y dejó en dicho Humahuaca al comandante de artillería la Rosa, con 130 hombres de guarnición, seis piezas de artillería y los repuestos de armas, municiones y provisión que no se creían necesarios aún en Jujuy.

En marcha el general en jefe para la hacienda de Yala, recibió parte del coronel D. Francisco Javier Olarria, que por ausencia del brigadier Olañeta mandaba en Jujuy, del aventajado encuentro que el escuadrón de dragones de la Unión había tenido el 18 en el Carmen y las Capillas con dos escuadrones de dragones infernales, causándoles 40 hombres de pérdida á costa de algunos caballos y de seis dragones muertos y heridos. El país se hallaba en la más completa insurrección; todos los hombres capaces de llevar armas habían acudido á la campaña, y así se hallaron sólo en Jujuy los muy ancianos, uno de los párrocos, un ciego, un lego de San Francisco, á quien fué preciso prohibir que tocase las campanas, porque se descubrió que servían de aviso á los enemigos, y las mujeres, que, como era natural, servían también algunas á los suyos, y con harta ventaja por cierto. Al mismo tiempo se supo por los prisioneros y alguno que otro pasado, que Belgrano no tenía en el Tucumán arriba de 2.500 hombres, pues aunque reclutaba en realidad mucha gen-

te, con igual facilidad se le desertaba. Por este tiempo también llegó al ejército la noticia de que una división portuguesa se había apoderado de la plaza de Montevideo, y que se iba á preparar en Cádiz una fuerte expedición para el río de la Plata, al mando del conde del Abisbal, á quien se nombraría virrey de Buenos Aires. Este era el sueño dorado de los amantes de la causa española, porque tenían el convencimiento de que una expedición europea que ocupara con seguridad á Buenos Aires en el estado en que se hallaban todo el Perú, Quito y Chile, afianzaba indeterminadamente la pacífica posesión de la América meridional.

Por el estado de insurrección del país, los recursos de subsistencia para hombres y caballos estaban reducidos al ganado que se podía recoger y al pasto y paja de maíz que se recolectaba á fuerza de penosas marchas y de diarios combates. Para cubrir las avenidas de Salta se había colocado en la capilla de Perico un destacamento de 18 infantes de Extremadura y 10 dragones de la Unión, el cual fué vivamente atacado el 23 de Enero por 500 caballos enemigos. El capitán de aquel cuerpo, D. Pedro Becerra, que lo mandaba, atrincherado en la capilla, se defendió con la mayor brillantez, dando así lugar á que pudiera ser socorrido. Al efecto salieron de Jujuy el coronel Olarria, con la mayor parte del primer batallón de Extremadura, por la dirección del Comedero, y por el camino real, el oficial de Estado Mayor, don Antonio Seoane, con el resto de aquel batallón, la compañía de granaderos de Castro y un piquete de dragones de la Unión. Olarria tardó poco en encontrarse con una fuerza enemiga tan considerable, que se disponía á retroceder, cuando el coronel Carratalá, con la primera compañía de Extremadura, empezó á franquear el camino, desalojando á los contrarios, y con igual fortuna arrollaba Seoane cuanto se oponía á su marcha, distinguiéndose sobremanera los granaderos chilotes. Reunidas ambas fuerzas en la llanura de los Alisos, salvaron al capitán Becerra, que

continuaba su heroica defensa en la capilla, y cuya pérdida, sin este socorro, hubiera sido inevitable.

Entretanto el brigadier Olañeta había alcanzado la columna de Marquiequi el 20 en la Reducción, 20 leguas de Jujuy, en cuya ciudad entraron ambas fuerzas el mismo día 23 de Enero. La columna de Marquiequi que, como hemos dicho, tomó desde la quebrada de Humahuaca la dirección de la Nueva Orán, alcanzó el 8 de Enero en San Andrés la facción del cabecilla Ramírez, que el ayudante de E. M. D. Bernardo la Torre cargó y acuchilló con 60 caballos, quedando el mismo caudillo entre los muertos. El 10 hubo un ligero tiroteo con la facción de Arias, jefe principal de aquel partido, que se repitió al día siguiente con más empeño para defender la entrada en aquella población, la que se verificó el 12 dispersando á los enemigos y haciendo algunos oficiales y otras personas notables prisioneros, entre éstos tres eclesiásticos, dos abogados y cinco propietarios comprometidos de la provincia de Cochabamba, á quienes el general en jefe perdonó y remitió á sus casas. Al franquear esta columna las 60 leguas que separan la Nueva Orán de Jujuy, de ellas 25 de espesísimo y elevado bosque, arrolló el 17 en el río Negro los 200 *gauchos* que componían la facción de Benavides; el 19 sostuvo otro combate obstinado con el caudillo Rojas en el río de las Piedras, y reforzado éste con 400 *gauchos* de Güemes, volvió á atacar la columna el 20 poniéndola en la más comprometida situación, cuando por fortuna llegó en su auxilio el brigadier Olañeta. La pérdida del enemigo en esta expedición puede reputarse en más de 120 hombres que costaron á los realistas sobre 80 muertos y heridos.

Los *gauchos* eran hombres del campo, bien montados y armados todos de machete ó sable, fusil ó rifle, de los que se servían alternativamente sobre sus caballos con sorprendente habilidad, acercándose á las tropas con tal confianza, soltura y sangre fría, que admiraban á los militares europeos que por primera vez observaban aquellos

hombres extraordinarios á caballo, y cuyas excelentes disposiciones para la guerra de guerrillas y de sorpresa tuvieron repetidas ocasiones de comprobar. La incansable perseverancia de los *gauchos* era un justificativo más del estado de hostilidad en que se hallaba el país bien distinto á la verdad de lo que había sido en épocas anteriores; pero el denuedo con que las tropas españolas se lanzaban sobre esa clase de jinetes, individualmente valientes, les valió un crédito de grande importancia para el resto de esta campaña.

Sobre fiines de Enero hizo el general en jefe una promoción para continuar la reforma y la reorganización de los cuerpos: D. Bernardo de la Torre fué nombrado teniente coronel mayor del regimiento de dragones americanos de nueva creación, continuando en el E. M.; D. Antonio Seoane, D. Mateo Ramírez, D. Valentín Ferraz y otros fueron ascendidos á comandantes. Sabedor el general en jefe de que el brigadier Alvarez había dejado el mando de Tarija, por enfermo, y conviniendo la incorporación al ejército del coronel Vigil, remitió allí al comandante D. Mateo Ramírez. Se mandó la reforma del segundo regimiento y que con el cuadro de éste y el que había resultado de la extinción del primero se formase el regimiento de la Unión Peruana, cuyo mando fué confiado al coronel del segundo regimiento, D. Sebastián Benavente, peruano. Los oficiales reformados, que no tuvieron entrada en la Unión Peruana, fueron colocados en los demás cuerpos del ejército, así del país como peninsulares, cuya circunstancia parecía que debía disminuirles su disgusto.

Sin embargo, el descontento era notorio y se acreditó más por la deserción de 300 hombres de tropa incorporados al batallón de Gerona. El general en jefe formó sobre su escolta el escuadrón de granaderos de la Guardia, al mando de D. Valentín Ferraz; destinó á los cuerpos del país ayudantes y jefes de instrucción, y puso también segundos comandantes á los escuadrones, con igual objeto

y para el mejor orden de su detalle sacándolos de los cuerpos expedicionarios; y aunque estas medidas estaban justificadas por la conocida conveniencia del servicio, no fueron de pronto generalmente bien recibidas. Para nada se necesita más circunspecto tino y oportunidad, sobre todo, que para esta clase de alteraciones en un ejército y más de los elementos de que se componía el del Alto Perú. Puso el general á rancho los cuerpos del país, método desconocido hasta entonces con positivo detrimento de la disciplina y aun de la salud del soldado, é intentó con mano fuerte corregir la perniciosa costumbre de que un ejército de mujeres siguiera á las tropas en sus expediciones, las cuales si ofrecían la conveniencia de preparar diligentes la comida de sus relacionados, también aumentaban desmedidamente los consumos y eran una langosta para los pueblos, haciendas ó rancherías adonde llegaban.

El 6 de Febrero, 400 caballos enemigos tan bien dirigidos como resueltos, cayeron de improviso sobre los forrajeadores en San Pedrillo, en las cercanías de Jujuy, y causaron á los realistas la pérdida de 70 hombres de los cuerpos del país y 40 peninsulares de Extremadura y dragones de la Unión con los valientes Cadórniga, teniente del primero, y Arregui, capitán del segundo. Pronto pagó sensiblemente éste la temeraria arrogancia con que solía decir que con sólo su compañía marchaba hasta Buenos Aires. El brigadier Olañeta había salido este día temprano para Yala, donde residía el cuartel general y el coronel Olarria, á quien correspondía sustituirlo en el mando, como segundo de la vanguardia; parece que había descuidado las precauciones del forraje á pretexto de que Olañeta se había ausentado sin hacerle prevención alguna. Al primer aviso del compromiso de los forrajeadores, que ya no existían, el arrojado Arregui, con algunos dragones de la guardia de prevención, montó á caballo y marchó sin orden de nadie en su socorro, lanzándose ciegamente entre los enemigos vencedores donde él y la

mayor parte de los que le seguían acabaron haciendo prodigios de valor, dignos de mejor suerte. El teniente Cadórniga, por su parte, con los forrajeadores que había podido reunir, hizo la más heroica resistencia, y tanto se irritaron con ella aquellos crueles enemigos que á nadie perdonaron la vida. Este desagradable suceso, que aumentó mucho el entusiasmo y la moral del enemigo, despertó en las tropas europeas alguna prevención contra Olañeta y Olarria, á cuyo descuido atribuían la catástrofe que lamentaban; y es preciso reconocer que si el primero no había hecho bien en salir de Jujuy sin advertírselo á su segundo, éste faltó notablemente en no proveer, como convenía, á la necesidad urgente de cubrir el forraje. El general La Serna, por consideración á que ambos jefes eran antiguos en el ejército y aun Olarria pariente del virrey Pezuela, con quien estaba en disidencia en punto á operaciones militares, ninguna providencia tomó más que la de trabajar por disminuir las funestas impresiones del referido desastre, trasladándose al siguiente día 7 de Febrero, á Jujuy, dejando en Yala un destacamento para mantener expeditas las comunicaciones con Humahuaca.

Por este tiempo se supo en el cuartel general que los cabecillas Lira, Carpio, Alvarez y otros de la provincia de Cochabamba habían invadido el camino real del Perú entre Oruro y Sicasica, que dieron muerte cruel al honrado cacique del pueblo de Mooza por el solo delito de ser afecto á los españoles y que robaban y asesinaban á los indefensos transeuntes; mas destacados contra estos bandidos, proporcionados destacamentos de las guarniciones de la Paz, de Oruro y de Cochabamba lograron ahuyentarlos pronto y dejar libre y seguro el camino. Pocos días después, aburridos los mismos indios por las continuas extorsiones que experimentaban de la revolución, se alzaron contra sus propios caudillos y presentaron de ellos cuatro cabezas en la Paz y dos en Oruro, incluso la de Carpio, y gratificados por este servicio ofrecieron perseguir á los demás sin excepción de Lira, á quien servían

de escolta 15 fusileros; y es preciso convenir en que este medio era eficacísimo para asegurar la tranquilidad de los pueblos, aunque no fuese el más recomendable.

El segundo del famoso caudillo Padilla por este tiempo, desesperanzado de sostener la rebelión por el lado de Chuquisaca, se retiró á las ásperas montañas de Yuracares en los confines de Cochabamba, y de este modo no sólo se iban franqueando los caminos de aquella provincia, sino que pudo su gobernador desprenderse del segundo batallón de Extremadura para que se encaminase al cuartel general de Jujuy. Éste es el batallón que se había formado en el Cuzco sobre la compañía de D. Manuel Ramírez, ahora su comandante, gobernando aquella provincia el brigadier D. Mariano Ricafort.

Establecido el cuartel general en Jujuy, se proponía el general La Serna avanzar á Salta 18 leguas; pero necesitaba que se le incorporasen las tropas todavía en marcha, particularmente los escuadrones de húsares de Fernando VII y el 2.° de Cazadores. Entretanto, y para dar mayor extensión á los forrajeadores y mayor seguridad al ganado que era preciso mantener al pasto, colocó en Perico el batallón de Castro y un escuadrón de dragones americanos (antes 1.° de Cazadores); puso un fuerte destacamento en los Alisos y otro en el Carmen, que impedían la aproximación de los atrevidos enemigos á la ciudad, aunque empeñaban con ellos diarios é infructuosos tiroteos. Destinó, en fin, varias columnas volantes á recorrer la campiña, batir las partidas de gauchos que encontraran y recoger mulas, caballos y ganado vacuno de que tanto se necesitaba. El coronel Carratalá, jefe de una de aquellas columnas, sostuvo el día 14 de Febrero un obstinado combate con 300 caballos enemigos, y no sólo fué el resultado favorable al honor de las armas españolas, sino que salvó Carratalá todo el ganado que conducía.

Los húsares de Fernando VII, que dejamos en marcha para Culpina, llegaron á esta hacienda en fines de Diciembre último, y seguidamente partió de allí contra el parti-

do de Santa Elena el brigadier D. Diego O-Relly con el batallón llamado de Verdes, muy bajo de fuerza, algunos soldados de Chichas, montados en mulas y malos caballos y 40 húsares de Fernando VII con el capitán D. Andrés García Camba y el bizarro D. Francisco Ortiz, alférez del mismo cuerpo. El brigadier O-Relly ocupó sin dificultad á Santa Elena, pero sin hallar un habitante ni en este pueblo ni en las rancherías inmediatas. Desde Santa Elena se ejecutaron varios movimientos por toda su jurisdicción, en los que sostuvieron las armas españolas frecuentes y ventajosos encuentros á pesar de la extraordinaria aspereza y fragosidad del terreno, teniendo por resultado que muchos de los naturales alzados se presentasen pidiendo gracia, ofreciendo sumisa obediencia y recibiendo del brigadier una papeleta de seguridad. Pocos días después, reforzados aquellos turbulentos y volubles indios por el escuadrón del mayor Rabelo, oficial de las tropas de Buenos Aires, se creyeron superiores, se volvieron á reunir hasta los presentados, y en número bastante crecido ocuparon las alturas que rodean á Santa Elena, particularmente el elevadísimo cerro de Cañashuaico, á cuyo pie está situado el pueblo. Tres días pasó allí O-Relly enteramente circuido: en ellos hicieron dos salidas los húsares de Fernando VII contra los caballos de Rabalo que ocupaban las lomas de la derecha del río, sostenidos por algunos grupos de indios honderos y muy pocas armas de fuego, y en ambas los desalojaron y dispersaron causándoles alguna pérdida á costa de un caballo muerto y un soldado herido de piedra; pero pronto volvían á reunirse como tenían de costumbre. Para dejar el pueblo de Santa Elena y regresar á Culpina, de donde hacía cerca de un mes que el brigadier O-Relly no tenía la menor noticia, fué preciso atacar el cerro de Cañashuaico y desalojar de él al enemigo, lo que ejecutó el batallón de Verdes á las órdenes del coronel Sierra su primer comandante con algunos soldados de Chichas, con tanta valentía como admirable habilidad en sortear

las *galgas* ó grandes piedras que los indios les arrojaban, logrando por último su objeto con bastante pérdida de los contrarios, y por parte de los realistas un soldado muerto, 24 heridos con dos oficiales, todos de piedra, y varios contusos. Los indios presentados y reunidos ya con los insurrectos, enseñaban las papeletas de seguridad que habían obtenido, las rompían con algazara á la vista de los españoles y las lanzaban al aire en muestra de desprecio que hacían de ellas. Era un espectáculo bien digno de observación.

El 31 de Enero entró de regreso esta expedición en Culpina, donde había permanecido el escuadrón de húsares, y allí se hallaba la orden del general en jefe para que inmediatamente siguiera el movimiento del ejército en marcha sobre Jujuy, disponiendo al propio tiempo que el brigadier O-Relly con la demás fuerza se dirigiese á Tupiza ó Santiago de Cotagaita, como se verificó. Los húsares de Fernando VII tomaron por los valles de Cinti y San Juan para salir á Yavi, y el 19 de Febrero ocuparon la hacienda de Yala, tres leguas cortas de Jujuy, residencia que había sido del cuartel general. Esta hacienda estaba guarnecida por un destacamento de Extremadura que mandaba el teniente D. Juan Garridó.

Tanto en los destacamentos apostados para la mayor defensa y tranquilidad de Jujuy, como en las columnas móviles que era preciso mantener para buscar subsistencias, empezaron á picar las calenturas intermitentes, notándose que los soldados peruanos las adquirían con más prontitud y en mayor número que los europeos. Súpose luego que en la inmediación de Sapla, cinco leguas de Jujuy, se habían reunido gruesas partidas enemigas, y empezaron á correr voces de que la vanguardia del ejército Belgrano había llegado al mismo punto. En este supuesto natural era persuadirse que las fuerzas que mandaba ese caudillo no estaban muy lejos, circunstancia demasiado grave para mirarla con descuido. Consiguientemente salió el general en jefe de Jujuy en la noche del

26 de Febrero con el primer batallón de Extremadura, cuatro compañías del de Gerona, el escuadrón de la Guardia, el 1.° de Dragones americanos y dos piezas de artillería, y al amanecer del día siguiente 27 había alcanzado al expresado punto de Sapla, logrando hacer algunos prisioneros al dispersar la reunión enemiga. Por las declaraciones de éstos resultó ser falsa la noticia relativa al movimiento de las tropas de Belgrano, y regresó el general á Jujuy el 28, haciendo recoger sobre la marcha y conducir algunas reses.

El 4 de Marzo supo el general en jefe la desagradable noticia de que había caído en poder de los enemigos la guarnición de Humahuaca, los efectos de parque, las municiones, las provisiones y los seis cañones que allí había. El activo coronel de Buenos Aires, La Madrid, se había corrido á retaguardia del ejército real por la quebrada del Toro con 400 hombres bien montados y con el designio de penetrar en las provincias del Alto Perú y fomentar el alzamiento de sus pueblos á fin de causar al ejército español una poderosa diversión. Combinado al paso con el cabecilla Arias, tomó á Humahuaca con mayor facilidad de la que era de esperar, encargó á su compañero la conducción de la presa á la Nueva Orán, y continuó La Madrid su marcha sobre Tarija, de la que también logró apoderarse. El general La Serna hizo al instante salir de Jujuy dos columnas sobre la Nueva Orán, la una directamente al mando del brigadier Olañeta, y la otra por la quebrada de Humahuaca á las órdenes del coronel Centeno. Componíase ésta del batallón de Castro, conocido también por *chilotes*, del escuadrón de húsares de Fernando VII, y de un destacamento del de San Carlos, llevando por jefe de Estado Mayor al teniente coronel don Antonio Seoane.

El 9 de Marzo llegó esta columna á Humahuaca, cuya población se hallaba totalmente abandonada, y sólo se veían en sus calles cajones y baúles destrozados, con algunos cadáveres insepultos, que despedían una fetidez

insoportable. Dada sepultura á los cadáveres encontrados, la columna se dirigió por Cibina al abra de Zenta para cruzar uno de los ramales de la gran cordillera de los Andes, y siguió á la Nueva Orán por los Molinos, San Andrés, la Maroma y Santa Cruz. El camino era una estrecha senda por medio de un continuado bosque espesísimo, particularmente desde San Andrés, y los soldados europeos vieron por primera vez, con admiración, bandadas de pavos silvestres, cuyo rápido vuelo les sorprendió mucho, y antes de llegar al campamento de la Maroma se presentó un oficial enemigo con nueve de los prisioneros de Humahuaca, y dió, además, aviso del lugar en que los enemigos habían ocultado los seis cañones, varias cargas de vino, aguardiente, harina, azúcar, vestuarios y todas las municiones de artillería. Recogióse, en consecuencia, cuanto se pudo conducir y se inutilizó todo lo que no era dable cargar por falta de acémilas.

La columna del coronel Centeno ocupó la Nueva Orán el 16 de Marzo por la tarde, y el mismo día por la mañana había salido de allí para la misión de San Francisco el brigadier Olañeta, de donde regresó á Jujuy perdida la esperanza de poder alcanzar á los conductores de los prisioneros de Humahuaca. Centeno descansó seis días para dar respiro á la tropa y á los caballos, de los cuales tuvo que abandonar algunos por absolutamente imposibilitados de marchar. La Nueva Orán, que constará de poco más de 30 casas, lleva el título de ciudad; su territorio abunda en frutas, maíz, arroz, caña de azúcar y carnes; su clima es cálido y húmedo, propenso á calenturas perniciosas y á bultos ó hinchazones en el pescuezo, que llaman *cotos*, de cuya deformidad ni los perros se ven exentos; abundan, igualmente, los insectos y reptiles, algunos venenosos, y las casas están invadidas por molestos enjambres de mosquitos de diferentes especies; confina con los indios bravos llamados *matacos*, quienes, como otras naciones salvajes, abastecen de sirvientes los pueblos cristianos limítrofes. Había, en fin, allí una misión de

religiosos franciscanos que apenas sacaban fruto de sus trabajos.

El 23 del precitado Marzo emprendió el coronel Centeno su regreso al cuartel general por el mismo camino que había llevado para la Nueva Orán, conduciendo los enfermos que por su estado lo permitían y pasando por el sentimiento de tener que abandonar cuatro á la dudosa generosidad de aquellos enemigos, porque no era posible moverlos sin exponerlos á una muerte cierta. Al día siguiente campó la columna en la Maroma, y con noticias de que se hallaban en el pueblo de San Andrés algunos *gauchos* de la facción de Arias, recibió orden el capitán Camba para ponerse en marcha á las once de la noche con 25 húsares y apoderarse del pueblo, como lo ejecutó al amanecer del 25, desalojando de él sobre unos 40 insurrectos, de los cuales hizo dos prisioneros. La columna llegó al mismo punto á la una del día y descansó hasta el 29, que fué á pernoctar al pie de la abra de Zenta, en cuyo campo, abundando la yerba *garbancillo*, se enfermaron bastantes caballos y mulas. Esta yerba, al parecer gustosa para los animales, produce en las bestias que la comen fuertes temblores ó convulsiones, de que se les suele seguir la muerte, hinchándose con prontitud y arrojando sangre por la boca y las narices. En este día sostuvo la retaguardia un corto tiroteo, del que resultaron heridas dos pobres mujeres, que emigraban de la Nueva Orán por seguir las tropas españolas.

El 30 de Marzo por la mañana se observó que el abra de Zenta estaba ocupada por más de 300 enemigos; era preciso desalojarlos para continuar libremente la marcha, y este encargo lo recibió el teniente coronel Seoane con dos compañías de infantería, y lo desempeñó con decidida prontitud, no obstante la escabrosidad del terreno y la formidable posición en que los alzados se hallaban. Expedito el paso del abra de Zenta continuó la columna á Humahuaca, siempre desierta, y de aquí se adelantó la caballería á Urquía y á Tilcara para proporcionar á los caba-

llos el buen pasto de que tanta necesidad habían. Estos pueblecitos se hallaban también por primera vez inhabitados y era un signo harto significativo de cuanto en breves días había empeorado el espíritu del país. Ninguna noticia, por lo tanto, se pudo adquirir del estado del ejército real, á pesar de lo poco que distaba ya Jujuy, y esta circunstancia parecía aconsejar á los jefes españoles la prudencia conque debían proceder. Sin embargo, el teniente coronel Seoane se decidió á salir de Tilcara para Jujuy en la madrugada del 2 de Abril, con objeto de adelantar al general en jefe los pormenores de esta expedición, acompañándole cinco húsares y dos asistentes montados. Al día siguiente fueron á Huájara los húsares de Fernando VII y una partida del escuadrón de San Carlos, que los acompañaba, en cuyas inmediaciones 50 caballos enemigos cayeron de improviso sobre algunos soldados de San Carlos, que imprudentemente se habían adelantado á merodear, hicieron dos prisioneros y huyeron en seguida de la persecución de los húsares.

En la madrugada del 4 de Abril salieron éstos de Huájara para Jujuy dudosos ya de la suerte de Seoane y de su pequeña escolta; pero cuando desde el Volcán divisaron á distancia algunos grupos de *gauchos* que hacían de trecho en trecho disparos de fusil como de señal convenida, y cuando poco después encontraron sobre el camino un caballo muerto y dos cadáveres de los individuos que acompañaban á Seoane, no les quedó duda alguna de que su suerte no podía menos de haber sido desgraciada. Descansaron los húsares en Yala para comer y dar un pienso á los caballos, y desde luego les llamó la atención hallar esta hacienda sin tropa. Por un indio, que pudieron coger, supieron que Seoane y cuatro de sus soldados estaban prisioneros y que los otros tres habían sido muertos, después de haber hecho todos una resistencia increíble. Á las tres de la tarde continuaron los húsares su marcha para Jujuy, amenazados de una tormenta, que antes de llegar al río Reyes descargaba sobre ellos

la más copiosa lluvia; vadearon este río con precaución, tanto por los disparos de fusil que de cuando en cuando oían, y tenían indudablemente por señales convenidas, como porque iban á atravesar un bosque, cuyo camino permitía apenas dos caballos de frente. Al acercarse á un escampado que se encuentra cerca del punto llamado la *Capilla*, tuvieron el acierto de mejorar su formación; el agua seguía cayendo en abundancia y la tropa llevaba los capotes puestos. En esta situación recibieron los húsares una descarga, disparada desde la espesura del monte, aunque no de gran número de armas, sin duda inutilizadas por la lluvia, y en medio de una grande gritería que se oía por todas partes, como 200 hombres á caballo, la mayor parte de los *dragones infernales*, pronunciaron una carga sobre los húsares con decisión; pero aunque éstos no tuvieron lugar más que para desenvainar los sables y soltar los capotes, se pararon aquéllos como á veinte pasos de distancia. Entonces el comandante don Gabriel Pérez, sin perder instante, mandó al capitán Camba, cuya compañía formaba la primera, que cargara á los enemigos, lo que á la voz de *viva el rey* ejecutó aquella sobresaliente tropa con el denuedo que tan bien acreditado tenía, y confundidos y alebronados los contrarios cedieron el campo y la ventaja á las puntas de las lanzas y de los sables de los húsares, dejando treinta hombres muertos con dos oficiales, y llevándose 37 heridos, como se supo después.

Vencedores y vencidos salieron casi envueltos á un campo que se extendía al otro lado del bosque, y cuando allí se reconoció la superioridad numérica de los enemigos, la compañía de húsares cargadora tuvo necesidad de reconcentrarse porque el comandante ocupado en recoger sus capotes no la había sostenido de cerca como hubiera convenido. Entonces trabajaron mucho los jefes y oficiales de los rebeldes para animar á sus soldados á que volvieran sobre tan pocos enemigos; pero fueron inútiles sus esfuerzos, ya por la severa lección que acababan de reci-

bir, ya por la firmeza y orden que observaban en la formación de nuestros caballos, contentándose con tirotearlos vivamente. Ocurría esto á muy corta distancia de Jujuy, y como los puestos avanzados diesen parte de la dirección en que se oía fuego de fusil, salió inmediatamente tropa del cuartel general, que se encontró con los húsares al ponerse el sol y todos se restituyeron con tranquilidad á la ciudad. Nuestra pérdida consistió en un caballo muerto, tres hombres y siete caballos heridos.

Entretanto los *gauchos*, individualmente valientes, tan diestros á caballo que igualan, si no exceden, á cuanto se dice de los célebres *mamelucos* y de los famosos *cosacos*, tuvieron en continua alarma el cuartel general y sus puestos avanzados, sosteniendo diarios combates más ó menos empeñados que, sobre el cansancio que producían estas frecuentes y poco importantes refriegas, causaban la pérdida de muy bravos oficiales y soldados sin conseguir nunca los españoles poder dar un golpe decisivo, porque una de las armas de estos enemigos consistía precisamente en su facilidad para dispersarse y volver de nuevo al ataque, manteniendo á veces desde sus caballos, y otras echando pie á tierra y cubriéndose con ellos, un fuego semejante al de una buena infantería.

Después que las columnas del brigadier Olañeta y del coronel Centeno habían salido en distintas direcciones sobre la Nueva Orán, como se ha indicado, los enemigos, que no ignoraban las pocas tropas que habían quedado en Jujuy, particularmente de caballería, de tal modo hostigaban la ciudad, que llegaron á hacer prisioneros al pie de las mismas casas. El general en jefe entonces, para precaver un golpe de mano de aquellos atrevidos jinetes, mandó cerrar las bocacalles con parapetos ligeros de campaña que se levantaron con mucha actividad. El 12 de Marzo habían proyectado los enemigos dar un nuevo golpe de muerte á los forrajeadores, y al efecto habían preparado en la noche anterior una emboscada de 300 caballos al mando de Sarabia, jefe de Estado Mayor de

Güemes; mas con noticia oportuna de este preparativo salió el coronel don Jerónimo Valdés, jefe de Estado Mayor de las tropas españolas, y batió á los contrarios en su misma emboscada, matándoles é hiriéndoles 34 hombres, á costa de tres muertos y 10 heridos, y de más de 200 caballerías de silla y carga que se habían sacado al pasto por el lado opuesto de la ciudad, creyéndolo más seguro. Esta pérdida era en extremo sensible, porque dificultaba la movilidad que tanto importaba conservar. Al día siguiente, 13, sobre 600 caballos enemigos, atacaron todos los puestos avanzados del cuartel general; el general en jefe dispuso que el coronel Valdés, con 50 caballos, pasase el río Chico y los atacase por su izquierda, sostenido de unos 200 infantes de Extremadura á las órdenes del coronel Carratalá, mientras el comandante de escuadrón don José Torres, ayudante de campo del general en jefe, los entretenía por el frente con escaramuzas de caballería, que apoyaban dos pequeñas columnas de infantería, mandada la una por el teniente coronel don Alejandro González Villalobos, y la otra por el de igual clase, don Bernardo la Torre. La acción se hizo pronto general y acalorada; Valdés fué el primero que obligó á cejar á los enemigos, que fueron perseguidos y acuchillados en todas direcciones, con pérdidas de 50 hombres; pero los españoles compraron este triunfo á costa del comandante Torres, cinco dragones de la Unión y dos granaderos de la Guardia, muertos, y 15 heridos. Si los realistas hubiesen contado con mayor número de caballería, esta acción, casi insignificante en su resultado, habría sido de mucha transcendencia.

El 15 de Marzo, al amanecer, salieron á colocarse las avanzadas que habían de cubrir el forraje y pasto; el capitán don Francisco Sanjuanena, con su compañía de granaderos de Gerona, se situó en la Tablada, sobre el camino de Humahuaca, como á media legua de Jujuy, y el de igual clase, don Antonio Ortega, con los granaderos de Extremadura y 25 caballos de la Guardia, á dos tiros

de cañón, sobre la derecha del río Chico. Á las once de la mañana fueron estos puestos atacados como de costumbre; y resultando luego herido el capitán Ortega, recayó el mando del suyo en el de la Guardia, Martínez, que se hallaba allí con los 25 caballos de su cuerpo El tiroteo no cesó por una y otra parte, y sobre las dos de la tarde avisó Sanjuanena que le atacaban fuerzas muy superiores y que necesitaba cartuchos con urgencia. En consecuencia, salió en su auxilio el jefe de Estado Mayor, Valdés, con la mayor parte de la caballería disponible, dos piezas de artillería y municiones, y seguidamente fueron allí arrollados los enemigos, con pérdida de 30 hombres muertos y prisioneros, á costa de seis heridos. Pero mientras se obtenía esta ventaja por el Norte, los lanceros del Tucumán, que en la noche anterior se habían incorporado á la fuerza de Güemes, con su coronel Gorriti, atacaron á Jujuy por el camino de Salta, con el arrojo más sorprendente. Los restos de Extremadura, de Gerona y de caballería, que habían quedado en la ciudad, salieron inmediatamente á tomar posición sobre el río Chico con sus respectivos jefes, Carratalá, Villalobos y Ferraz, al mismo tiempo que levantándose de la cama el general en jefe, que guardaba por notoriamente enfermo, hacía cubrir los parapetos con los asistentes y los convalecientes que podían manejar las armas. El choque fué sumamente vivo y empeñado por ambas partes, y hubiera sido de mayor satisfacción para los realistas si el valiente capitán Martínez, con los 25 granaderos de la Guardia, no se hubiese comprometido, llevado de su fogosidad, contra fuerzas enormemente superiores en momentos en que no era posible sostenerlo con la prontitud que se requería. Estos bravos europeos hicieron los prodigios más asombrosos de valor, vendiendo muy caramente sus vidas; pero al fin quedaron muertos en el campo, menos el capitán, un trompeta y un soldado, que fueron prisioneros, cubiertos de heridas de sable y lanza. Los enemigos perdieron más de 100 hombres muertos, heridos y prisioneros; y sin embargo, se

creyeron vencedores, apellidando esta jornada el día grande de Jujuy. Los realistas perdieron sobre 28 soldados, muertos, y un oficial, con 12 heridos y dos oficiales. Estas lecciones durísimas y sensibles iban, por otra parte, corrigiendo la temeraria indiscreción de los jóvenes europeos y enseñándoles á saber emplear con más cautela y arte el noble ardor que los animaba.

Todas las tropas regresaron á la ciudad, menos la compañía de granaderos de Gerona, que equivocadamente pasó la noche del 15 de Marzo en la hacienda de los Alisos; pero verificó su repliegue al día siguiente por la mañana, abriéndose paso con plausible decisión por medio de 250 caballos enemigos, auxiliada oportunamente por el incansable jefe de Estado Mayor coronel Valdés. Poco después empezaron á correr voces de que una columna de 800 infantes, 100 caballos y dos piezas de artillería, marchaba desde el Tucumán sobre la Nueva Orán, y que para auxiliarla en la destrucción de Olañeta, se iban á preparar gruesas partidas de *gauchos;* que Belgrano se movía también con sus tropas hacia Jujuy; y estas especies que se divulgaban en el cuartel general como por ensalmo adquirían alguna fuerza por la aparición de los soldados del coronel Gorriti; mas el general La Serna, si bien conocía que no tenía tropas para hacer frente á las de Belgrano, se veía también en la crítica situación de no poder abandonar á Jujuy, porque era el punto de reunión señalado á las expediciones sobre la Nueva Orán y le era de todo punto imposible hacerles saber ninguna nueva resolución por la absoluta incomunicación en que se hallaba con ellas. Los ataques sobre los puestos avanzados de la ciudad eran frecuentes; la pérdida de toda mula ó caballo que se separaba sin escolta de la población era segura; no se descansaba, pues, ni de día ni de noche, y hasta algunas de las mujeres residentes en Jujuy, acusadas de tener el encargo de servir de espías á los enemigos, extendían su comisión hasta el extremo de seducir los soldados peninsulares, sin que fuese tampoco posible castigar con

pleno conocimiento de causa este peligroso crimen. En tan desesperado estado tuvo el general en jefe que recurrir á un arbitrio repugnante y opuesto á sus generosos sentimientos, cual fué el de enviar á fines de Mayo al campo enemigo con un oficial parlamentario más de 20 mujeres de todos rangos que se designaban como las menos cautas en ese odioso género de servicio.

En la tarde del 1.° de Abril salió el teniente coronel la Torre con 200 infantes y 30 caballos para la quebrada del río de León con el exclusivo objeto de proporcionar ganado á toda costa. Apenas dejó la población de Jujuy tuvo que empezar á batirse para franquear el camino, y se vió obligado á pasar la noche dentro de la hacienda de Yala. Al día siguiente avisó la Torre de que entre la expresada hacienda y la boca de la quebrada de León, á su retaguardia, se veía una columna de infantería y caballería, que le causó la mayor alarma, porque la sospechaba enemiga después de la incomunicación en que el cuartel general se hallaba con las provincias de retaguardia; pero habiéndose resuelto á reconocerla personalmente, tuvo la inexplicable satisfacción de encontrarse con el coronel D. Vicente Sardina, que conducía el segundo batallón de Extremadura, el segundo escuadrón de Cazadores, un convoy de municiones y algún numerario procedente de Potosí, que en el mismo día entraron en el cuartel general.

El general en jefe creyó oportuno este momento para disponer que el coronel Valdés con 500 infantes de Extremadura y Gerona, 60 caballos y una pieza de artillería saliese aquella misma noche con el objeto de proteger el regreso de la columna de Olañeta y ver si lograba dar un golpe á la facción del caudillo Cortes, que campaba en los bajos de Salpala. La compañía de Cazadores de Extremadura tomó sucesivamente una patrulla y dos avanzadas dirigidas por su coronel Carratalá, sin que se escapase un solo hombre, y guiada la columna por los mismos prisioneros, llegó sin ser sentida, antes de amanecer el 3 de

Abril, á tiro de pistola, donde campaba aquel jefe con 300 hombres. De tan completa sorpresa sólo logró escapar Cortes con dos oficiales y cuatro ó cinco soldados, que tenían los caballos ensillados á su inmediación; todo lo demás, hombres, caballos, equipajes y ganado quedó en poder de los españoles ó en el campo, á costa tan sólo de tres soldados heridos.

Por la relación de los prisioneros hechos en esta felicísima sorpresa resultaba que la división de Cortes había quedado en observación del cuartel general español, mientras las demás partidas de *gauchos* reunidas habían marchado sobre San Pedro para salir al encuentro de la columna del brigadier Olañeta, que regresaba de la Nueva Orán; pero que noticioso éste del referido pensamiento, se había inclinado á la derecha para tomar el camino de la Hormenta. El jefe de Estado Mayor, Valdés, marchó entonces á las Capillas, encontrando luego á los enemigos, que no le disputaron el paso con grande empeño, bastando algunas guerrillas para alejarlos. Al anochecer supo Valdés positivamente que Olañeta había seguido por Ledesma á Jujuy; descansó en las Capillas un día, donde recogió más de 300 cabezas de ganado vacuno, y volvió á entrar en el cuartel general el 5 de Abril.

Con el convoy del coronel Sardina se recibió también la correspondencia atrasada de las provincias del Perú, y con ella una real orden, en que su majestad prevenía que el regimiento de Extremadura se llamase en adelante Imperial Alejandro, que será el nombre que le daremos en lo sucesivo, y nuevos y apremiantes preceptos del virrey para que el general en jefe avanzara cuanto antes fuera posible en dirección del Tucumán con el fin de paralizar los aprestos de San Martín en Mendoza contra Chile. Igualmente se supo que el cabecilla Lira con otros de su clase incomodaban de nuevo el partido de Ayopaya, provincia de Cochabamba, cuyo gobernador había destinado alguna tropa en su persecución y se prometía buenos resultados.

El 12 de Abril salió de Jujuy para el Norte una columna de 200 hombres de infantería y caballería, á las órdenes del sargento mayor del Imperial Alejandro D. Benito García del Barrio, con el encargo de conducir órdenes para los jefes de las provincias de retaguardia, la correspondencia de oficio para el virrey y la particular del ejército, privado de este consuelo desde la pérdida de Humahuaca. Nombróse en el mismo día una guarnición competente para mantener la ciudad de Jujuy, cuyo mando encomendó el general en jefe al bizarro brigadier Olañeta, y con el resto de las tropas resolvió avanzar á Salta, distante 18 leguas. Púsose consiguientemente en marcha el general la Serna el 13 de Abril con los dos batallones del Imperial Alejandro, y el de Gerona, los escuadrones de húsares de Fernando VII, el de dragones de la Unión, los de Dragones americanos, el de cazadores á caballo, el de granaderos de la Guardia y cuatro piezas de artillería de á lomo. Los enemigos, que en pequeños grupos se tirotearon con las guerrillas españolas durante las tres primeras horas de marcha, fueron engrosándose sucesivamente y redoblando su resistencia hacia la Caldera, punto en que se pernoctó el día 14. La calidad del terreno llano á trechos, cortado por barrancos y por los ríos Baquero y Viema, generalmente dominado por alturas accesibles y todo cubierto también á trechos de monte, proporcionaba á los enemigos moverse con facilidad y aprovechar todos los accidentes locales de que eran muy prácticos, presentando en cada uno la más obstinada resistencia; pero las compañías de cazadores del Imperial Alejandro, tres del batallón de Gerona y algunos caballos que llevaban la vanguardia al mando del teniente coronel don Bernardo de la Torre, con orden expresa de no detener la marcha, fueron sucesivamente desalojando á los contrarios de todas las posiciones con tal intrepidez, que á la una del día 15, todas las tropas habían desembocado en la gran llanura ó *pampa* de Castañares, que se extiende hasta la ciudad de Salta, y se las permitió un descanso.

Dispuesta por el general en jefe la formación en que se había de seguir marchando, las tropas volvieron á continuar su movimiento á las tres de la tarde, llevando al frente una línea de guerrillas que alejaba brillantemente á las enemigas. No se tardó en descubrir en las cercanías de la ciudad la fuerza contraria en batalla, que ascendería á poco más de 1.100 caballos, sin contar las guerrillas de la misma arma en aparente actitud de defender la población á favor de un terreno muy á propósito para el uso de la caballería. Mandaba esta gente el gobernador de la provincia de Güemes, natural de Salta y tenido por eximio *gaucho*, es decir, por gran jinete; pero la resolución de que hacían alarde los enemigos no fué de larga duración. La resistencia es verdad que se aumentaba á proporción que las columnas españolas se acercaban á Salta, mas todo cedía á la mayor instrucción, disciplina y orden de estos soldados, causando notable admiración á los insurrectos el ver á la infantería peninsular marchar denodada sobre sus caballos en el orden abierto y reunirse velozmente en grupos cuando se veía amenazada de cerca por ellos. La caballería de Güemes, formada en línea delante de Salta, cuyas azoteas estaban pobladas de mujeres y niños, dió muestras de prepararse á cargar: el general en jefe marchaba sobre ella en tres columnas, á derecha é izquierda la caballería, mezclada la peninsular con la del país y en el centro la infantería y la artillería. Á proporción que avanzaba esta tropa y que dos cañones montadas hacían acertadísimos tiros, se percibía visiblemente en los contrarios inquietud y desorden, y en este estado mandó el general cargar á la caballería de la derecha, que dirigía el valiente coronel Sardina. Pronta y decididamente ejecutó este mandato, aquella multitud de sobresalientes jinetes se dispersó y puso en fuga persiguiéndolos y acuchillándolos los realistas hasta el lado opuesto de la ciudad. Los primeros que atravesando esta población abierta salieron al campo llamado de las Carretas, por cuyo extremo corre el río de Arias, fueron el

coronel don Pedro Antonio Castro, hijo de la misma ciudad y hermano del desgraciado don Saturnino, el capitán de dragones de la Unión don José Auxeró y el de húsares de Fernando VII don Andrés García Camba con algunos soldados de los mejor montados. Entre los grupos enemigos que por diferentes calles desembocaban también al citado campo, notóse un jinete que llevaba poncho color de rosa y sombrero redondo de felpa de seda blanca, y el coronel Castro dijo:—"Ese es Güemes." Montaba el capitán Camba un caballo de carrera muy conocida, con que el virrey marqués de la Concordia había señalado el aprecio que le mereció este oficial, y contestó inmediatamente: —"Si ustedes me sostienen, le alcanzo". Recibiendo una respuesta afirmativa, todos dieron rienda á sus caballos. Poco tardó, en efecto, Camba en ponerse al costado del mencionado jinete, mandándole detener y que se rindiera; mas él sin contestar, si bien disminuyó la velocidad de su caballo, echó mano á una pistola en ademán de servirse de ella. Recibió entonces un golpe de sable en la mano, que le obligó á soltar la pistola, y al mismo tiempo, un húsar que seguía á su capitán, le disparó la tercerola y derribó al enemigo, que ofrecía rendirse cuando ya estaba herido de muerte. Castro, en lugar de Güemes, como había creído, reconoció á su paisano Senarrusa, oficial de la caballería enemiga, que fué seguidamente conducido á su propia casa y asistido con esmero por los facultativos españoles, aunque inútilmente, porque aquella misma noche expiró en los brazos de sus inconsolables madre y hermanas, quienes informadas por el coronel Castro de las circunstancias de la desgracia que lloraban, hacían justicia á los vencedores.

Así quedó ocupada la ciudad de Salta, perdiendo los enemigos más de 100 hombres muertos, heridos y prisioneros desde la salida de lo sespañoles de Jujuy; la de éstos fué de poco más de 30 muertos y heridos, inclusos en los últimos dos oficiales y el capitán don Agustín James. Muy contados eran los hombres que se veían en la ciu-

dad: entre éstos había fundados motivos de recelar que alguno se hubiese quedado de acuerdo con el gobernador Güemes, y eran naturalmente mayores las sospechas que recaían en don N. Viola por su conocida conducta y sus frecuentes pasos del uno al otro bando. Más adelante, cuando el general Olañeta negó la obediencia al virrey la Serna por desgracia de la España, se hallaba Viola de su ayudante de campo, siendo de notar que ni Olañeta desconocía la desacreditada reputación de este sujeto ni ignoraba sus anteriores y antiguas relaciones con los enemigos.

CAPÍTULO XII

El cuartel general en Salta.—Primeros rumores de la pérdida de Chile.—Expediciones y activa campaña en los campos de Salta.—Confírmase la pérdida de Chile.—Comienza La Serna la retirada á las primitivas posiciones del ejército.—Noticias sobre los progresos de La Madrid.—Su derrota.—El marqués de Tojo.—Sorpresas de Rojas.—Nueva expedición á Humahuaca.—Persecución de facciones.—Arribo al Callao de más tropas europeas.—Otra expedición á Chile.

1817

Situado el cuartel general de La Serna en Salta, se supo que la atrevida expedición del coronel don Gregorio Araoz de la Madrid á las provincias del Alto-Perú, tenía por objeto sublevarlas en mayor escala, fomentando en ellas la rebelión, contando, al efecto, con hallar muy disminuídas sus guarniciones, á causa del movimiento que el ejército había emprendido, y ya hemos indicado el carácter emprendedor y temible de este caudillo. También empezó á correr la triste noticia de que el general de Buenos Aires San Martín, había penetrado en el reino de Chile, y ganado en Febrero de este año, sobre el presidente Marcó del Pont, la batalla de Chacabuco, que puso á disposición de los independientes un país que se pretendía ayudar á defender con el movimiento en que se hallaba empeñado el ejército real del Alto Perú.

La permanencia, pues, de estas tropas en las provincias

llamadas de *abajo*, tan reducidas en número, con particularidad, en el arma de caballería, atendido el estado de insurrección del país y la calidad de sus habitantes, no parecía conveniente, ni militar, ni políticamente considerada; pero bien se tratase de emprender un movimiento retrógrado, bien de conservar el terreno invadido, era la primera necesidad que había que satisfacer la de procurar recursos de subsistencia para hombres y caballos, y medios de movilidad en reemplazo de las muchas acémilas perdidas y que se perdían casi diariamente.

Por lo tanto, vino á ser indispensable recurrir al arbitrio de las columnas volantes, para explorar el campo y recoger mulas, caballos y ganado vacuno, pues en punto á subsistencias, tampoco se halló en la ciudad de Salta mas que alguna harina, que se destinó, desde luego, para los enfermos y convalecientes.

La primera columna, al mando del coronel Vigil, salió el 17 de Abril para la Pedrera y la isla; la segunda, á las órdenes del coronel Castro, el 18, para la hacienda de Burgos, y la tercera, dirigida por el coronel Carratalá, el 19, para la hacienda de Martiarena, las cuales tuvieron que empezar á tirotearse poco después de dejar la ciudad, y aunque regresaron cumpliendo bien su comisión, fué con la pérdida de algunos hombres heridos. En la tarde del mismo día 19 salió la cuarta para el Bañado, diez leguas de Salta, al mando del coronel Sardina, y se componía del batallón de Gerona, de que era primer jefe Villalobos, y de 180 caballos, á cuya cabeza se hallaba el coronel Vigil, acompañando á Sardina en calidad de jefe de Estado Mayor, el teniente coronel don Bernardo la Torre Teníase noticia de que los enemigos, en algún número, se hallaban reunidos en el Bañado, y que habían retirado sus ganados hacia el mismo punto. Era, por consiguiente, el objeto de esta expedición llegar de sorpresa á su destino; mas habiendo dado á media noche con algunas partidas de gauchos, la marcha de los realistas dejó de ser un misterio. Al amanecer del 20 ya se presentaron los enemigos

en mayor número á defender con obstinación el terreno, aprovechándose de todas las localidades ventajosas; al acercarse los españoles á las casas del Bañado, observaron en línea como 500 caballos; la compañía de granaderos de Gerona recibió orden de cubrir el flanco derecho, mientras el resto de la columna hacía el ataque de frente; los enemigos tuvieron que ceder, abandonando los ranchos y algunos efectos que allí tenían; pero los granaderos de Gerona vieron acuchillar á sus valientes tiradores, sin que la reserva pudiera auxiliarlos. Algunos caballos ocultos en el bosque cayeron repentinamente sobre dichos tiradores, y no sólo los mataron, sino que los despojaron con una celeridad que sólo comprenderán bien los que sepan que aquellos jinetes no necesitan apearse para desnudar un muerto ni para recoger del suelo un real de plata.

Los realistas habían hecho ocho prisioneros, que les informaron de que el ganado lo habían retirado hacia la quebrada de Escoipe, prepararon un rancho y descansaron hasta las tres de la tarde, á cuya hora contramarcharon para tomar esa dirección. Persuadidos los enemigos de que esta marcha era una retirada, atacaron con la mayor audacia la retaguardia, los flancos y la cabeza de la columna; fueron valientemente resistidos y rechazados; pero la banda de tambores y los prisioneros que iban á la cabeza sufrieron considerablemente; el coronel Sardina fué atravesado de un balazo, y la situación de la columna se hacía por instantes crítica, porque los ataques, más ó menos empeñados, continuaron hasta la noche, que camparon los españoles en la boca de la expresada quebrada, donde tampoco existía ya el ganado que buscaban. En este estado, aumentado el embarazo con los heridos, siendo preciso conducir en camilla al coronel Sardina, y receloso el coronel Vigil, en quien recayó el mando, de que los enemigos fueran reforzados por Güemes y Gorriti, resolvió regresar al cuartel general al día siguiente. Al amanecer de este día, que era el 21 de

Abril, emprendieron los españoles su marcha por los montes, teniendo que desalojar una tras otra las diferentes emboscadas de *gauchos*, preparadas con anticipación, y á las nueve de la mañana se hallaban en la espaciosa llanura del Rosario, con más de 1.000 caballos al frente que Güemes había reunido. Los dragones de la Unión, que formaban la mejor parte de la poca caballería realista, fueron luego abrumados por el número, arrollados y batidos; la columna toda quedó circunvalada desde este momento; Gerona formó rápida y serenamente el cuadro, puso dentro los heridos, y en este orden continuó la marcha, rechazando con bravura, al animoso grito de ¡Viva el rey!, todos los reiterados ataques que Güemes le dirigió; pero como el terreno era muy llano y grande el objeto que presentaba el cuadro, sufrió bastante de los fuegos de los tiradores enemigos. Cansados éstos de tantas horas de continuados esfuerzos sin haber podido penetrar en el cuadro, como se prometían, hicieron alto en los Cerrillos, algo más de tres leguas de Salta, destacando algunas partidas, que tirotearon la columna hasta las inmediaciones del cuartel general. En estas expediciones, si los españoles llevaban generalmente la mejor parte era siempre á costa de oficiales y soldados difíciles de reemplazar y de proporcionar al enemigo una escuela práctica de la guerra, como los soldados de Carlos XII enseñaron á los moscovitas de Pedro el Grande. El coronel D. Antonio Vigil, que sucedió á Sardina en el mando; el primero y segundo jefe de Gerona, D. Alejandro González Villalobos y D. José Elizalde, y el ayudante de E. M. don Bernardo de la Torre, dieron el más brillante y constante ejemplo de serena valentía, que secundaron con bravura los oficiales y la tropa que mandaban. La pérdida de los enemigos en la expedición al Bañado se calculó en más de 100 hombres muertos, heridos y prisioneros; la de los realistas consistió en el coronel Sardina, que falleció al llegar á la ciudad de Salta, 12 hombres de tropa muertos, la Torre, tres oficiales más y 44 heridos, casi

todos europeos, con varios caballos fuera de combate.

Al regresar esta expedición á Salta dispuso el general que el coronel Valdés, jefe de E. M., saliese con 400 infantes, un escuadrón y dos piezas, con el objeto de sorprender en los Cerrillos á los enemigos de Güemes, á quienes era razonable suponer cansados y aun descuidados. Este pensamiento estaba indudablemente bien calculado, y por parte de Valdés fué ejecutado con cuanta inteligencia requería, pero infructuosamente, porque, avisados con oportunidad, los contrarios evitaron el golpe, que de otro modo hubiese causado con probabilidad su ruina, logrando, sin embargo, Valdés hacer algunos prisioneros y recoger las cargas de vino y maíz que aquéllos abandonaron. Pasó en seguida esta columna á la Silleta, en la embocadura de la quebrada del Toro, en donde se apoderó de algunas reses y mulas á costa de un tiroteo que duró casi todo el día 23, y de la misma manera volvió al cuartel general el 24 de Abril.

Mientras Valdés se replegaba, luchando sin cesar para salvar el ganado vacuno y mular recogido, 400 *gauchos* se apoderaron de las mulas del parque y de particulares que se hallaban al pasto entre el cerro de San Bernardo y el convento de San Francisco de Salta, donde tenía Gerona su cuartel. Los húsares de Fernando VII montaron velozmente á caballo y salieron en persecución de esas aves de rapiña; pero, á pesar de sus esfuerzos por espacio de legua y media, muy pocos animales pudieron rescatar de los más de 200 que acababan de ser arrebatados, aumentando de este modo las dificultades del ejército para cualquiera movimiento. Los españoles tuvieron en estos dos últimos días un oficial y cinco individuos de tropa heridos; los enemigos contaron algunos muertos, y por consiguiente, han debido ser mayores sus bajas.

La situación de las tropas españolas en medio de una campaña tan activa y fatigosa como llevamos indicado, empeoraba por momentos; experimentábanse muchas privaciones, las enfermedades se aumentaban y el núme-

ro considerable que contaban de heridos y la disminución de transportes acrecían sin embarazos. Los enemigos habían llevado su osadía al extremo de enlazar y arrastrar con sus caballos algunas centinelas sobre sus mismos cuerpos de guardia, y este nuevo método de ofender causó singular horror, y, en fin, hasta el horno en que se cocía el pan para los enfermos, situado en un arrabal de Salta, fué atacado por aquellos atrevidos jinetes en la mañana del 28 de Abril; pero los soldados de Gerona, que daban este servicio, acudieron á cerrar prontamente la puerta de la casa y á defenderse por las ventanas, hasta que les auxiliaron las tropas más inmediatas. El forraje también, sobre ser escaso y de mala calidad, se había hecho tan difícil que, para protegerlo convenientemente, era preciso emplear muchas precauciones y fuertes escoltas.

Sabedor Güemes del angustioso estado en que se veía el general La Serna, proyectó dar un golpe decisivo que acabara de aniquilar la poca caballería útil de los realistas. El 1.° de Mayo amanecieron, pues, emboscados en el monte de la quinta de Arias sobre 800 caballos, porque éste era el paraje adonde fundadamente suponían se dirigiría el forraje en razón de que allí había bastante caña de maíz, y cuando los soldados con los caballos en manta, aunque armados de sable, sin más oficiales que los de semana, y protegidos por la compañía de cazadores del Imperial Alejandro, se ocupaban de cargar las haces de caña, que en el país llamaban *chala*, salieron los *gauchos* del monte y les atacaron con su acostumbrada algazara. Los realistas montaron al instante sus caballos, como se hallaban, é hicieron frente á aquella turba, auxiliados sobre toda ponderación por la expresada compañía de cazadores europeos, que pasmó á los enemigos por su inimitable valor y destreza, logrando entre unos y otros rechazar aquel horrible ataque con gloria de las armas españolas. Sin embargo, se trabó un vivo tiroteo hasta que, saliendo nuevas tropas de Salta con el mismo gene-

ral en jefe, fueron los contrarios dispersados y alejados, perdiendo 30 hombres, que quedaron muertos en el campo, seis prisioneros con varios caballos y llevándose porción de heridos. La pérdida de los españoles consistió en cuatro muertos, nueve heridos, con el teniente de cazadores Bayarri, y contuso el comandante de dragones de la Unión, don José García Socoli.

El 2 de Mayo llegó á Salta, procedente de Jujuy, el segundo comandante del batallón de Chilotes, don Antonio Ortega, con la compañía de granaderos de su cuerpo, conduciendo la correspondencia que había recibido del Perú el brigadier Olañeta. Por esta correspondencia resultaba confirmada la derrota del general Marcó del Pont y la ocupación de Chile por el caudillo San Martín, no menos que la aparición del coronel La Madrid en las provincias de retaguardia. Disipadas totalmente las esperanzas con que esta compañía se había dispuesto, la permanencia de las tropas en Salta ni ofrecía utilidad ni parecía prudente. En tal concepto se dieron las órdenes conducentes para regresar á Jujuy; el 4 de Mayo, por la noche, rompieron la marcha los enfermos, los heridos y las cargas del parque y de particulares, bajo la escolta del primer batallón del imperial Alejandro, al mando de su coronel, don José Carratalá, y al amanecer del día siguiente el general en jefe, con el resto de las tropas, fué á pernoctar á los Sauces, nueve leguas, donde alcanzó al convoy de Carratalá, que había sufrido mucho, por la conocida escasez de transportes. Los enemigos picaron la retaguardia, con poco empeño este día; pero atacaron el campo español, á las doce de la noche, de un modo tan nuevo y extraño que hubiera producido las más falales consecuencias si la posición no hubiese estado resguardada por un pequeño barranco. Los enemigos reunieron un considerable número de yeguas cerriles, de que abundan aquellos campos, y con la habilidad con que ellos saben dirigirlas, las lanzaron en tropel á media noche sobre el campamento, con grande algazara de los conduc-

tores, al mismo tiempo que 400 *gauchos* hacían fuego en distintas direcciones sobre las mismas yeguas y sobre el campamento. Este inexplicable tumulto, del que sin haberlo presenciado, nadie se formará un cabal juicio, tenía todas las apariencias de un ataque general y decidido. Los cuerpos realistas tomaron inmediatamente las armas; la compañía de granaderos de Castro ó Chilotes defendió el barranco del frente con una serenidad admirable, y su vivo fuego bastó para frustrar los efectos de tan diabólica estratagema; pero por los flancos adonde se había dirigido la mayor fuerza enemiga, fué necesaria más empeñada resistencia. Al fin, los gauchos tuvieron que ceder, dejando en el campo algunas yeguas y hombres muertos, con pérdida de tres españoles heridos. El 6 entró el cuartel general en Jujuy, después de haber tenido que sostener las tropas este día un continuado tiroteo todo el camino; al punto llamado Barranco-Hondo se agolparon más de 500 gauchos para incomodar el paso de este estrecho desfiladero; el coronel Valdés, con las compañías de cazadores del Imperial Alejandro los rechazó y alejó, causándoles alguna pérdida á costa de cuatro hombres heridos, entre ellos el excelente cirujano de Gerona, don Simón Cordero, que lo acompañaba. La ciudad de Jujuy es más pequeña que la de Salta, está situada entre dos ríos y cercada de bosques con fertiles valles á sus inmediaciones; pero su clima es muy propenso á calenturas interminantes, que los naturales llaman *Chuccho*, y los que las adquirían aumentaban embarazos á la movilidad.

Las mismas poderosas causas que habían obligado al abandono de Salta impedían la conservación de Jujuy, y aun este punto era mucho menos sano. En consecuencia, reunió el general en jefe una junta de jefes, y por unanimidad parece que se resolvió el pronto repliegue de las tropas á las antiguas posiciones de Mojo y Talina. La escasez de subsistencias y de medios de transporte y el país desierto que había que atravesar dificultaban este movimiento; mas las cosas habían llegado á punto que la

pérdida de tiempo podía comprometer la suerte del ejército y consiguientemente la de todo el Perú. El 13 de Mayo rompió de nuevo este ejército su retirada para las provincias del Norte, saliendo de Jujuy los batallones de Partidarios y de Castro, los escuadrones de húsares de Fernando VII, dragones de la Unión y Cazadores á caballo con el hospital, que entre enfermos y heridos era crecido, el parque de artillería y municiones, varios efectos de provisión, más de 80 prisioneros y muchas cargas del ejército y de particulares con el brigadier Olañeta, quien con el batallón de Partidarios y algunos Dragones americanos se separó en el mismo día para tomar los altos de la quebrada de León á fin de recoger todo el ganado vacuno, mulas y caballos que pudiera, continuando el coronel Vigil con el mando del convoy. Los tenaces y diligentes enemigos seguían esta marcha sin cesar de tirotear, dando mucho que hacer á la tropa para cubrir el convoy; y al amanecer del 15 prendieron fuego á la yerba del campamento del Volcán, ya seca por la estación, y hubo grandísimo trabajo en salvar de las llamas el parque y el hospital.

Este mismo día fueron atacadas vigorosamente en Jujuy las cuatro compañías de Gerona que cubrían el forraje. El capitán Barreda, que mandaba la descubierta, fué tomado prisionero con 12 soldados en un violento repelón; la compañía de granaderos á que pertenecían se arrojó sobre los enemigos y rescató cuatro de los prisioneros, dando al propio tiempo la muerte al comandante Yuco y poniendo fuera de combate nueve gauchos.

El 18 de Mayo llegó el convoy á Tilcara, de donde regresó á Jujuy al día siguiente el batallón de Castro con las mulas de carga para que el cuartel general pudiera moverse con el resto de las tropas. Tan triste era el estado del ejército al regresar á las posiciones que había dejado en el Alto Perú. El convoy pocos días pasó con tranquilidad en Tilcara, porque luego se presentaron como 200 gauchos que no cesaron de molestarle hasta el

29, logrando en sus arrebatos coger algunas mulas y caballos, falta que agravaba más y más la situación. El sistema de tener que mantener estos animales al pasto hacía de todo punto inevitables semejantes pérdidas.

La columna del brigadier Olañeta destinada, como se ha dicho, á los altos de la quebrada del río León, encontró la más viva resistencia y se halló tan seriamente comprometida el 19 del citado Mayo, que fué preciso enviar en su auxilio al coronel Carratalá con el primer batallón del Imperial Alejandro y algunos caballos de San Carlos. Este oportuno refuerzo salvó tal vez la columna de Olañeta, y ambos jefes volvieron al cuartel general, pero sin haber podido reunir ni una res. La pérdida del enemigo debió de ser considerable: la de los realistas fué de 12 hombres muertos y heridos, siendo de este número el bravísimo D. Diego Pacheco, capitán del Imperial Alejandro; las compañías de granaderos y cazadores de este cuerpo se distinguieron extraordinariamente. Mientras que Carratalá socorría la columna del brigadier Olañeta, 200 caballos enemigos atacaban los puestos avanzados de Jujuy. El general en jefe destacó contra ellos al jefe de Estado Mayor con cuatro compañías de Gerona, 40 caballos de granaderos de la Guardia y las únicas dos piezas de artillería que habían quedado allí. Los puestos fueron oportunamente sostenidos, los enemigos dispersados y aun perseguidos con alguna pérdida á costa de tres hombres.

El 21 de Mayo salió, en fin, el cuartel general de Jujuy y fué á campar á la orilla del río León, sosteniendo un fuego de guerrillas que costó á los españoles cuatro heridos. Era doloroso ver y contemplar el estado lamentable en que se retiraban estas tropas tan valientes, tan sufridas, tan constantes y que habían batido y dispersado á sus contrarios cuantas veces se le habían presentado; pero era tal la naturaleza de aquella guerra, que el vencedor salía perdiendo más que el vencido. Desde este campamento fué remitido á Tilcara el segundo batallón del Im-

perial Alejandro para reforzar el cantón; se destacaron algunas gruesas partidas en solicitud de ganado, y pasó el cuartel general á la izquierda del río grande para esperar allí su regreso, que verificaron del 26 al 27 con algún ganado. Este día se halló personalmente comprometido el general en jefe con fuerzas superiores al practicar un reconocimiento, y en su defensa se distinguió mucho la compañía de granaderos de Castro. El coronel Valdés estuvo á punto de ahogarse por salvar á un soldado arrastrado por la corriente del río; pero tuvo la satisfacción de ver recompensado su riesgo con el buen éxito de su atrevida empresa y el aplauso de todos los circunstantes. Los enemigos continuaban tiroteando á los realistas con más ó menos empeño, según las circunstancias, y el 29 les prepararon éstos una emboscada en las casas del Volcán que les causó la pérdida de seis hombres muertos y doce prisioneros con un oficial. Al día siguiente, 30, permaneció la retaguardia en el campamento, mientras el resto de las tropas con el general en jefe continuaba la retirada. Los enemigos la atacaron con vigor; pero habiéndoles ganado el flanco derecho, el jefe de Estado Mayor, con alguna tropa y atacándolos de frente el brigadier Olañeta, fueron de nuevo dispersados, dejando en el campo 20 hombres muertos, entre ellos dos oficiales y ocho prisioneros, á costa de un soldado muerto y tres heridos por parte de los españoles. El teniente de artillería, D. Miguel Araoz, ayudante del general en jefe, tuvo ocasión de distinguirse mucho personalmente este día.

El 1.° de Junio todo el ejército se reunió en Tilcara: el hospital, el parque y los cuerpos que formaban este cantón habían sufrido horriblemente, viéndose obligados á no dejar las armas ni de día ni de noche. Las subsistencias llegaron á escasearles tanto, que repartieron carne de caballo y de burro hasta los enfermos. El chocolate y aguardiente de inferior calidad que conservaba algún vivandero llegó á valer 16 duros la libra del uno y de 10 á 12 la botella de la otra. El 2 de Junio continuó el ejérci-

to su retirada, quedando el brigadier Olañeta en Tilcara con los batallones de cazadores, Partidarios y segundo del Imperial Alejandro, un escuadrón de dragones americanos y dos piezas de artillería, tanto con el fin de sostener aquella, embarazada de enfermos, de heridos y de cargas, como para esperar al coronel Castro que, con 200 hombres, salió este mismo día hacia la quebrada del Durazno en busca de ganado para racionar la tropa. Castro tuvo que sostener reiterados choques con los gauchos y demás habitantes del valle de San Andrés que defendían sus casas y sus ganados como cosa propia á costa de su misma sangre. Los realistas consiguieron su objeto con mucho trabajo y al caro precio de cinco hombres muertos, siete heridos, más dos oficiales y el mismo coronel Castro de alguna gravedad. Olañeta también tuvo que sostener en Tilcara algunos tiroteos, aunque de poca importancia. Los enemigos, ya en corto número, observaron el movimiento del ejército hasta el campamento de la Negra-Muerta al principiar el despoblado que separa á Humahuaca de Mojo y Talina. Vencida la mayor parte de este despoblado, y deseoso el general en jefe de saber el estado del interior, se adelantó á Tupiza, adonde llegó el 17 del mismo Junio escoltado por 25 húsares de Fernando VII, mandados por el capitán García Camba, que eran casi los únicos caballos que por el deplorable estado de la caballería podían prestar este servicio. Seguidamente fueron ocupando las tropas los cantones de la línea de donde habían antes partido, operación que quedó completada el 21 del propio mes, á excepción de los cuerpos que conducía el brigadier Olañeta, que no llegaron á Mojo hasta el 10 del siguiente Julio.

Las penalidades, los sufrimientos y las pérdidas que experimentó el ejército real en esta campaña y retirada ni fuera fácil describirlas con puntualidad, ni á ser posible se creyeran, tal vez por lo singular y extraordinario de sus pormenores. En esta célebre retirada, á la que no obligaba la superioridad de los enemigos, faltaron todos los

recursos de subsistencia, y aun á veces fué indispensable apelar á la carne de *llama* y de burro. Como los pastos se hallaban secos por lo avanzado de la estación, los extenuados caballos y mulas de carga quedaban sembrados por el camino consumidos de hambre, de fatiga y de cansancio: hubo, en consecuencia, necesidad de destruir y abandonar muchos efectos de parque y municiones: la caballería llegó al Alto Perú á pie, habiendo tenido que quemar los bastos de la mayor parte de las sillas para cargar los cascos en *llamas*. Las tropas vencedoras del enemigo presentaban el aspecto de las más desastrosa derrota. Los cuerpos peninsulares ostentaron en todos los lances de esta activísima campaña constante y decidido valor; mas la falta de conocimientos en esta clase de guerra enteramente nueva para ellos y el desventajoso concepto que ligeramente habían formado del enemigo varios de sus individuos, fueron la causa de algunas temeridades tan sensibles como costosas. Las tropas del país llevaban alguna ventaja á las europeas por la práctica que habían adquirido, por la menor impresión que les hacía la frecuente variación de temperaturas y aun por su imponderable sobriedad; pero no les excedían en valor ni en constancia, ni en sufrir con buen humor toda clase de penalidades y mucho menos en la formalidad y vigilancia para hacer el servicio. El jefe de Estado Mayor, D. Jerónimo Valdés, los oficiales que servían á sus inmediatas órdenes y todos los jefes y oficiales, en fin, del ejército español para quienes era nueva aquella guerra, desplegaron tanta actividad é inteligencia, que les valió la estimación de sus nuevos y valerosos compañeros, estableciéndose en el ejército real desde esta época la buena armonía que tan necesaria era entre todos los encargados de la defensa de una misma causa. El nuevo general en jefe, que no economizaba su persona como acaso convenía, que se presentaba siempre donde le parecía haber mayor empeño, y que visitaba frecuentemente á los enfermos y heridos, se captó el respeto y el afecto de todos.

Testigo ocular de cuanto se había hecho y sufrido en una campaña tan penosa como la que acababa de dirigir, y justo apreciador del mérito contraído en ella, creyó oportuno y de su deber recompensar tantas fatigas, riesgos y privaciones, concediendo el 17 de Junio á nombre de S. M. un grado por clase hasta la de capitán inclusive á los más antiguos de cada una entre los que la habían hecho, reservándose proponer lo que estimaba de razón respecto de los jefes.

Al arribo del cuartel general á Tupiza se halló entre la correspondencia detenida allí una orden del virrey Pezuela previniendo que el capitán de húsares de Fernando VII, D. Andrés García Camba, ya graduado de teniente coronel, pasase al cuerpo de dragones del Perú con el determinado fin de encargarse de su instrucción, para la formación de cuyo cuerpo habían llegado á Lima 80 hombres con algunos oficiales de la Península.

También se hallaban los partes de los gobernadores de las provincias de retaguardia comprensivos de los movimientos ocurridos en ellas, de los cuales resultaba el incremento que había vuelto á tomar la insurrección, especialmente en la de Charcas, donde el caudillo Fernández había reemplazado á Padilla. Por orden del general Tacón y bajo la dirección de D. Baldomero Espartero se había construído un reducto en la Laguna y otro en Tarabuco, y guarnecían el primero una compañía del batallón del Centro con alguna tropa de milicias de la misma villa al mando del coronel Maruri, y el segundo otras dos compañías del citado cuerpo que mandaba el capitán D. Claudio Ribero. Fernández, con una gruesa facción atacó en Marzo la guarnición de la Laguna, pero fué valientemente rechazado.

Esta ventaja precipitó á Maruri á salir del fuerte, y fué á su vez obligado á volverse á encerrar en él con alguna pérdida. Al mismo tiempo, próximamente, fueron amenazadas las dos compañías residentes en Tarabuco; pero el mencionado Ribero abandonó oportunamente el

fuerte y se replegó á Chuquisaca, donde se hallaba el resto del batallón con la plana mayor.

Gobernaba la provincia de Charcas el brigadier de marina D. Pascual Vivero, y en consideración al estado del país y á la poca fuerza con que contaba, dudaba mucho poder socorrer á la guarnición de la Laguna. El coronel La Hera, deseoso de que dicha tropa no fuese presa de enemigos tan bárbaros, ni cayesen en su poder las armas y municiones que contenía el fuerte de la Laguna, decidió á Vivero á que le permitiese marchar en su auxilio, y así se verificó. El primer encuentro del animoso La Hera ocurrió en el cerro de las Carretas, cuyo paso le disputaron los insurrectos, á quienes desalojó con habilidad y persiguió hasta Tarabuco. El 17 de Marzo entró La Hera en la Laguna, y á su aproximación levantaron el sitio los enemigos: continuó en su busca, y lo esperaron el 19 en el llano de Garzas, donde se empeñó una acción reñidísima, porque los facciosos eran en gran número; pero La Hera los batió, poderosamente auxiliado por el certero fuego de dos piezas de artillería que dirigía Espartero y 80 hombres montados que capitaneaba Ribero (D. Felipe).

Á consecuencia de la dispersión de los insurrectos de Fernández, La Hera regresó á la Laguna, sacó cuanto había en el fuerte, hizo demoler éste y marchó con toda la fuerza á Tarabuco. Aquí se ocupó inmediatamente del reparo del reducto para dejar en él con alguna tropa los enfermos y algunos efectos de los que embarazaban los movimientos, y á mediados de Abril sorprendió en Presto otra reunión de facciosos, cogiéndoles algunas armas, una bandera, varios prisioneros y caballos y gran porción de ganado, con todo lo que se volvió á Tarabuco. Desde este punto envió al ayudante Ribero á Chuquisaca en solicitud de caudales para los haberes del cuerpo, y al mismo tiempo remitió á dicha capital los prisioneros y efectos que tenía en su poder. Esta comisión fué diligentemente cumplida.

El coronel Aguilera, nombrado gobernador de Santa Cruz de la Sierra, avisaba de la expedición que había ejecutado contra los indios salvajes conocidos por *chirihuanos*, logrando alcanzar y batir á los cabecillas Mercado y Nogales, sin más pérdida notable por su parte que la de un destacamento situado en el pueblo de Samaipata, el cual, habiendo sido atacado por fuerzas muy superiores, aunque se defendió hasta consumir el último cartucho, tuvo al fin que entregarse á los enemigos.

Retirado por enfermo de Tarija el comandante general brigadier D. Antonio María Álvarez, se encargó del mando de esta provincia el comandante D. Mateo Ramírez, enviado allí desde Jujuy con el designio de organizar un batallón sobre las dos compañías del primero y segundo regimientos extinguidos, que formaban parte de la guarnición. Al propio tiempo el capitán de caballería D. Andrés Santa Cruz debía completar un escuadrón sobre la compañía que acababa de mandar. Más adelante veremos cómo este Santa Cruz tomó partido con los independientes, entre quienes obtuvo la graduación de gran mariscal y el alto cargo de presidente. La facción que acaudillaba Uriondo, fuerte de 400 hombres, se acercó á la villa de Tarija para impedir la referida organización de tropas. Deseoso Ramírez de desembarazarse de sus molestas correrías, resolvió buscarlo y batirlo, lo que consiguió cumplidamente, causándole sobre 200 hombres de pérdida, la mayor parte prisioneros, á costa tan sólo de 15 realistas muertos y heridos; pero la custodia de esos prisioneros vino á aumentar entorpecimientos á su comisión y situación.

El coronel enemigo La Madrid, después de la sorpresa de Humahuaca, instruído de la falsa posición de Ramírez, marchó contra Tarija, y uniéndosele al pie de la cuesta del Inca el caudillo Méndez con su partida, sorprendió y derrotó los 40 caballos y los 25 infantes, que al mando de Santa Cruz ocupaban la Concepción; pasó en seguida á poner sitio á Tarija, en cuya villa, después de una pro-

porcionada resistencia, se vió Ramírez obligado á rendirse, estipulando que los oficiales conservarían sus espadas y equipajes, y que serían todos decorosamente tratados hasta ingresar en los depósitos de Buenos Aires.

La noticia de la rendición de Tarija corrió rápidamente por las provincias inmediatas, y en su virtud, el brigadier Ricafort, que se hallaba en Potosí, se adelantó hacia Tupiza con parte del batallón de granaderos de Reserva y algunos piquetes sueltos de otros cuerpos. El brigadier O-Relly con el batallón de Verdes, parte del de Chichas y una compañía de caballería, ocupó sucesivamente las alturas de Cinti á la Puna; pero el astuto La Madrid, que llevaba el plan de correrse más á retaguardia, distrajo con habilidad la atención de ambos jefes. Mientras que se dirigía con prontitud por las márgenes del río Pilaya y los llanos de Culpina hacia Chuquisaca, hizo adelantar al cabecilla Raya en dirección de Tupiza, y otra gruesa facción en la de los altos de Cinti, con el objeto de entretener á los brigadieres Ricafort y O-Relly y ocultarles su verdadero movimiento, para lo que le servía de mucho la opinión del país. Raya llevó su arrojo hasta empeñarse con los puestos avanzados de Ricafort, y fué por ellos derrotada su facción, quedando él herido y prisionero. El éxito de este encuentro aceleró la reunión de la columna, que mandaba el teniente coronel García del Barrio, procedente de Jujuy, que se verificó en Mojo.

La facción encargada de entretener al brigadier O-Relly desempeñó más cumplidamente las miras de La Madrid, pues se hallaba ya éste á las puertas de Chuquisaca, cuando aquél aseguraba oficialmente que lo tenía á la vista. Á las inmediaciones de esta capital, hizo La Madrid prisionero el escuadrón de la Laguna, porque su comandante, D. Eugenio López, aunque muy valiente y acreditado, incidió en el error de tomar á los independientes por la columna del coronel Ostria, se aproximó sin precaución y fué hecho prisionero con toda su tropa. Enterado La Madrid de que la guarnición de Chuquisaca estaba redu-

cida á una compañía del Centro, de la que era capitán el esforzadísimo D. José Rufo, que se ignoraba absolutamente su proximidad, y que el batallón del Centro se hallaba á 12 leguas en Tarabuco, creyó fácil la ocupación de la ciudad, marchó seguidamente sobre ella, y se situó en la Recoleta á las nueve de la noche del 20 de Mayo.

Para este tiempo ya se habían construído unos tambores bastante sólidos, á distancia de una cuadra ó manzana de la plaza de Chuquisaca, con las correspondientes aspilleras para los fusiles y troneras para cañones. Se había prevenido en la plaza que á la señal de un cañonazo acudiesen todos los vecinos aptos á las fortificaciones, para defenderlas; precaución tomada contra las facciones de la provincia, que todos temían porque á nadie solían respetar. Ignorante de esta circunstancia La Madrid, mandó hacer un disparo de cañón en la Recoleta, al amanecer del 21, y creyéndolo la señal convenida, la guarnición y el paisanaje acudieron con diligencia á sus puestos. La Madrid intimó luego la rendición, y grande fué la sorpresa que causó el habérselas con un jefe de su actividad y nombradía, cuando se tenía la idea de resistir á los indios alzados; sin embargo, se les contestó con nobleza, á que contribuyó mucho la brava decisión del capitán Rufo. Entonces atacó La Madrid los atrincheramientos, y calculando, por la inesperada resistencia que encontró, el tiempo que se necesitaría para triunfar, mayor tal vez del que emplearía en venir de Tarabuco el batallón del Centro, si era oportunamente avisado, desistió del ataque y tomó la dirección de dicho cuerpo.

Mientras La Madrid se encaminaba diligente á Tarabuco, había salido de este punto el ayudante D. Felipe Ribero con 100 hombres de su batallón, los 50 montados, y con el objeto de dar un golpe á una pequeña facción que se creía inmediata. En la noche del 21 de Mayo se encontraron inesperadamente sobre la marcha las fuerzas de La Madrid y de Ribero; éste se arrojó sobre los enemigos, con tal decisión, que creídos las habían con la co-

lumna de la Hera, tuvo la fortuna de dispersarlos con alguna pérdida, y aún se tuvo por cierto que Ribero desarmó á La Madrid en combate personal. Por los prisioneros que los realistas habían hecho, supo Ribero el número y clase de enemigos con quienes se había empeñado, y como no ignoraba la facilidad con que los dispersos se volvían á reunir, tuvo la plausible cordura de retirarse, avisando de todo al jefe, de quien dependía, y se incorporó con su cuerpo en el cerro de Carretas. Desde esta fuerte posición reconoció la Hera á La Madrid el 22, y en seguida maniobró con habilidad; y engañando al enemigo llegó el 23 del mismo mes á Chuquisaca, de donde habían salido ya por extraordinario repetidos avisos á los brigadieres Ricafort y O-Relly.

El general Tacón, que había quedado con el mando superior militar durante las operaciones del general en jefe en la provincia de Salta, y que podía haber dado conveniente unidad á los movimientos contra La Madrid, se había contraído sólo á su gobierno de Potosí, y aun, desgraciadamente, había salido con licencia para Lima algunos días antes de los últimos sucesos ocurridos en Charcas. El vacío que dejaba este general en aquellas críticas circunstancias era harto sensible, pues aunque el virrey había librado nombramiento de segundo en jefe del ejército de operaciones á favor del digno brigadier Ricafort, era conocidamente resistido por el de la misma clase O-Relly, fundándose únicamente en su mayor antigüedad.

Sin embargo, reunidos estos dos nobles jefes en el pueblo de Puna, y con los partes de Chuquisaca á la vista, acordaron que el brigadier O-Relly, reforzado con la mayor parte de la columna del García del Barrio y algunos granaderos de reserva, marchase inmediatamente á Charcas en persecución de La Madrid, en cuya capital entró á fines de Mayo. Á principios de Junio continuó O-Relly sus operaciones, incorporándosele el coronel La Hera con el batallón del Centro, el cual, con algunos

caballos, tomó desde luego la vanguardia. La división O-Relly dió vista al enemigo en posición á las inmediaciones del pueblo de Yamparaes; dispúsose seguidamente el ataque; pero los independientes se pusieron con tiempo en retirada, sosteniendo un ligero tiroteo de guerrillas. No conocedor La Madrid del terreno, cometió el error de dirigirse á La Laguna, y más prácticos los realistas, se encaminaron con seguridad á Sopachuy. El enemigo, forzando sus marchas, llegó á este pueblo el 14 de Junio, horas antes que los españoles. El batallón del Centro, que llevaba la vanguardia, lanzóse arrojadamente al ataque y derrotó completamente al enemigo, casi sorprendido, distinguiéndose brillantemente el expresado La Hera, y muy particularmente su segundo, D. Baldomero Espartero. La Madrid perdió sobre 300 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; las dos piezas de artillería que llevaba, todo el parque, con sus municiones; una bandera, 500 fusiles, igual número de caballos y mulas, porción de sables y todos sus papeles, rescatando además los realistas al escuadrón de la Laguna, prisionero, como se ha dicho, en las cercanías de Chuquisaca. El batallón de Potosí continuó por algún tiempo la persecución de los dispersos, y el brigadier O-Relly regresó luego á Chuquisaca, de donde partió para el ejército, dejando en esta capital el batallón del Centro.

La Madrid, con los miserables restos de su fuerza que pudo reunir, tomó la dirección de Tarija por los valles del Pilcomayo y del Pilaya, y con esta noticia activó el general en jefe en Tupiza la salida del brigadier Ricafort para aquella provincia con los dos batallones del Imperial Alejandro, el escuadrón de cazadores y dos piezas de artillería, no sólo con el fin de someterla otra vez á la legítima obediencia, sino con el designio de poder salir al encuentro á La Madrid, cosa á la verdad muy difícil de conseguir en un país tan extenso, tan montuoso y del cual eran tan prácticos los enemigos. Á fines de Julio ocupó el brigadier Ricafort la villa de Tarija; pero ya había pa-

sado aquel caudillo hacia Humahuaca y la Nueva Orán, aunque á costa de algunos hombres que se vió obligado á abandonar por extremadamente cansados y muy enfermos. Ricafort se dedicó con ahinco y acierto á la pacificación de la provincia, por la que vagaban las facciones de los cabecillas Uriondo, Méndez, Garay, Rojas y Guerrero. Con igual eficaz esmero se atendía á la persecución de los indios alzados en algunos puntos de retaguardia, preparándose de este modo el Alto Perú á disfrutar de las dulzuras de un benéfico sosiego, cuyas esperanzas aumentaba la conducta noble, generosa y ajustada del general La Serna, en donde su autoridad se extendía.

Á principios del mismo Julio se recibió por extraordinario en Tupiza la noticia de haberse fugado de su prisión, en Potosí, el marqués de Tojo, prisionero en Yavi, y á quien se seguía causa por haber tomado partido con los enemigos siendo coronel de milicias por S. M. El general en jefe comisionó inmediatamente al capitán García Camba para que averiguase las circunstancias de esta fuga y continuase la causa del marqués, en cuyo obedecimiento salió en posta de Tupiza y llegó el 9 de Julio á Potosí. El marqués, que aún permanecía oculto en esta villa, temeroso de las eficaces medidas tomadas por el gobernador, el brigadier conde de Casa Real de Moneda, para impedir su evasión de la provincia, se presentó de nuevo en la prisión. El fiscal activó la conclusión de su causa, que entregó dependiente sólo de una declaración importantísima que había pedido el acusado y que se reclamó del virrey Pezuela, como general en jefe que había sido del ejército del Alto Perú. Ignoramos si esta interesante declaración llegó á tener efecto; pero el marqués fué luego conducido á Lima y enviado á la península, en cuyo tránsito falleció ó en Panamá ó en la Jamaica. Desembarazado Camba de esa comisión, recibió la orden para presentarse en el cuerpo de dragones del Perú, como el virrey prevenía.

En el citado Julio fué también sorprendida en el pueblo

de Mojos la facción de Rojas por el batallón de Partidarios, que la derrotó, tomando prisioneros un capitán, dos tenientes y seis soldados con algunos fusiles, sables y tercerolas, rescatando, además, al portaestandarte de Cazadores montados, que se hallaba en poder de la facción. Á principios de Agosto el teniente D. Francisco Bohorques se defendió con 18 hombres dentro de una casa del pueblo de Qillacollo, provincia de Cochabamba, contra la facción de Lira, que lo atacaba con 125 fusileros y una gran chusma de indios armados de lanza y macana, dando aquel valiente oficial lugar á que pudiesen llegar dos partidas de tropa que iban en su socorro y que consiguieron dispersar á los enemigos, causándoles la pérdida de seis hombres muertos, 20 heridos y un capitán prisioneros.

En el precitado mes de Agosto volvió el brigadier Olañeta á moverse con la división de vanguardia sobre el pueblo de Humahuaca, porque se interesaba el general en jefe en acreditar á los engreídos *gauchos* que el ejército real no había abandonado su país por efecto de su superioridad, como blasonaban, y porque al mismo tiempo había gran necesidad de adquirir mulas, caballos y ganado vacuno para el servicio y manutención de las tropas. En el siguiente Octubre salió de Potosí otra columna al mando del coronel D. Antonio Rolando contra el famoso Lira, que no cesaba de hostilizar los pueblos de la provincia de Cochabamba. Por este tiempo había el brigadier Ricafort alcanzado y batido en Chocloela y San Agustín de Tarija á los facciosos reunidos de la provincia, con la pérdida del caudillo Garay, un teniente, seis soldados y ocho caballos muertos, y 40 prisioneros con algunas carabinas, 60 caballos útiles, 60 cabezas de ganado vacuno y 600 de lanar, y el brigadier Olañeta había sostenido en la quebrada de Humahuaca algunos encuentros ventajosos. Poco después se supo que el coronel Rolando alcanzó igualmente y batió en Tapacari al caudillo Chinchilla y otros que se habían unido, causándoles alguna pérdida en hombres, armas y caballos.

Por consecuencia de la viva persecución que por todas partes experimentaban los insurrectos, los caudillos Arias, Mercado y Vélez, acosados por el coronel Rolando del lado de Cochabamba, dieron en Mojocaya con el escuadrón del coronel Ostria, que cogió prisioneros á los dos últimos, debiendo Arias su salvación á la mayor carrera de su caballo, con un teniente y 16 soldados, y les tomó 96 armas de fuego, 1.500 cartuchos, porción de útiles y pertrechos de maestranza, 26 caballerías ensilladas y la correspondencia que conducían. En los primeros días de Diciembre el teniente coronel Villegas sorprendió en el mencionado Mojocaya al cabecilla Callejas, y se apoderó de todas sus armas. El capitán Baca alcanzó al caudillo Guerrero en la cuesta del Inca de Tarija y lo hizo prisionero, y el caudillo Lira fué asesinado por su propia gavilla, irritada contra él porque quería pasar por las armas á uno de los suyos. Finalmente, el brigadier Olañeta avisaba desde Humahuaca en mediados del mismo Diciembre que, después de haber batido en varias ocasiones la facción de Arias del valle de San Andrés, había logrado recoger porción de ganado para las atenciones del ejército, y que corrían noticias de que las provincias de Córdoba y de Santiago del Estero se resistían de nuevo á obedecer al Gobierno de Buenos Aires. Tal era el estado de la guerra por la parte del Alto-Perú.

Por el lado de Lima había arribado al Callao en Agosto la fragata de guerra *Esmeralda*, procedente de la península, convoyando los transportes que conducían el primer batallón del regimiento de Burgos, un escuadrón de lanceros del Rey y una compañía de artilleros á caballo. El virrey Pezuela, con este refuerzo, concibió el atrevido proyecto de reconquistar el reino de Chile, y aceleró al efecto los aprestos de una expedición, cuyo mando confió á su hijo político el brigadier D. Mariano Osorio, coronel de artillería. Esta expedición, compuesta de tres batallones, dos escuadrones y 12 piezas de campaña, zarpó del puerto del Callao á fines de este año. Poco antes del

embarco ejecutaron estas tropas un simulacro en Bellavista en presencia del virrey y de un numeroso concurso, y los espectadores inteligentes no se mostraron muy satisfechos ni de las disposiciones del mando ni de la ejecución de los movimientos, con particularidad de la caballería, cuya falta de instrucción á caballo se puso tan patente, que varios jinetes cayeron de los que montaban con notable facilidad. Empezó á augurarse melancólicamente del éxito de esta expedición, máxime si se ponía en campaña antes del arribo de otra anunciada ya de la península y que había de dirigirse por el cabo de Hornos. Fundábase este triste presentimiento en que, además de la naturaleza de la empresa, el concepto público, que reconocía en Osorio un buen jefe de maestranza, no le concedía todas las cualidades requeridas para tan importante mando, y en que también los enemigos con quienes iba á combatir ahora eran muy distintos de los que había vencido en Rancahua en 1814, y debían estar, como era natural, orgullosos con sus recientes triunfos.

En efecto, la fácil pérdida del interesante reino de Chile fué un suceso de inmensa transcendencia, fatal para las armas españolas. Sabíase que hacía tiempo organizaba el general San Martín un ejército con este objeto en Mendoza á la banda oriental de la cordillera de los Andes. Las tropas realistas componían entonces una fuerza de 7.000 hombres; pero el astuto enemigo supo distraer de tal modo la atención del general Marcó de Pont, que lo hizo incidir en el gravísimo error de pretender cubrir una línea de muchas leguas de extensión, quedando, por consiguiente, débil en todos sus puntos. Obtenido este deseado resultado, se puso San Martín en marcha el 17 de Enero del presente año con 4.200 hombres de tropa de línea, 12 piezas de artillería y 1.200 milicianos; atravesó la cordillera por Santa Rosa, y alcanzó y batió el 12 de Febrero en Chacabuco la división del brigadier don Rafael Maroto. Fué tal la sensación que esta desgracia produjo en el resto de las esparcidas tropas reales, que al día

siguiente se abandonó la capital sin más pensamiento que el de acudir á Valparaíso, cada uno como podía, para embarcarse para Lima, aumentando el desorden y el espanto las familias que se precipitaban á ganar un buque porque se creían comprometidas. Consiguientemente el general Marcó del Pont, muchos jefes y oficiales, las principales autoridades y la mayor parte de la tropa, cayeron en poder de los vencedores, quienes sin más resistencia invadieron todo el país hasta los confines de la fiel provincia de Concepción de Penco. La imparcialidad exige confesar que la pronta organización de un ejército en Mendoza con las dificultades que ofrece el país, el plan de la invasión de Chile y su entendida ejecución recomiendan el mérito de San Martín; mas con todo, sin los errores que cometió el general español no era probable perder aquel hermoso reino con sola una acción de vanguardia, se puede decir.

CAPÍTULO XIII

Desembarco de Osorio en Talcahuano.—Triunfo de Cancharrayada. Derrota del Maipu.—La Esmeralda.—Abandono de Talcahuano.—Pérdida de la Isabel y de la mayor parte de la tropa que convoyaba.—Expedición á Jujuy.—Ventajas de Aguilera y de Vigil.—Ricafort en Cochabamba.—Expedición á Colorados.—Llega Canterac al ejército, nombrado jefe de E. M. G.—Valdés, subinspector.—Expediciones á Tarija.—Santa Elena.—La Loma.—Casavindo.—Salinas. Temores sobre el Estado de Chile.—Prevenciones preparatorias del virrey.—Opinión del general La Serna.—Necesidad de instruir la caballería.

1818

El brigadier D. Mariano Osorio, con la expedición destinada á Chile, que zarpó del Callao en Diciembre del año anterior, aportó felizmente á Talcahuano, puerto fortificado que al mando del brigadier Ordóñez había resistido con gran honra el estrecho sitio que le pusieron los generales O'Higgins y las Heras, y rechazado con gloria un obstinado asalto. Reunida la expedición á la guarnición de Talcahuano, las fuerzas de Osorio compondrían 5.000 hombres, que, dirigidos como las circunstancias reclamaban, hubiesen con toda probabilidad asegurado la recuperación de Chile.

Al arribo de Osorio á Talcahuano, las tropas sitiadoras se replegaron á la inmediata ciudad de Concepción, y seguidamente repasó O'Higgins con ellas el caudaloso Maule, continuando su prudente repliegue en la dirección de

Talca, que era la que San Martín había de traer si avanzaba de las Tablas, donde se hallaba con el resto del ejército independiente. Esta retirada deslumbró, sin duda, á Osorio, y ansioso además de obtener la gloria de reconquistar á Chile, resolvió tomar la ofensiva, mandando al capitán de fragata D. Luis Coy fuese á bloquear el puerto de Valparaíso con la *Esmeralda* que montaba y el bergantín *Potrillo*, que mandaba el teniente de navío D. Ramón Bañuelos.

En conformidad de su proyecto, y sin noticias ciertas ni del número ni de los movimientos del enemigo, Osorio se aventuró á vadear el Maule y á tomar la ruta de Santiago. El 15 de Marzo todo el ejército de San Martín se hallaba reunido en San Fernando, y constaba, según el inglés Miller, entonces capitán de los independientes, de 7.000 infantes, 1.500 caballos, 30 piezas de campaña y dos obuses. El 18, las descubiertas de ambos ejércitos se encontraron en Quecherehuas y trabaron una refriega de poca consideración; pero instruído Osorio de que San Martín y O'Higgins le buscaban con fuerzas superiores, contramarchó sobre el Maule, pasando el río Lircay los dos ejércitos á un tiempo, y á corta distancia el uno del otro, en la mañana del 19. Continuóse así la marcha hasta la caída de la tarde, que los españoles tomaron posición en las inmediaciones de Talca, á la cual se acercaron los enemigos; y mientras desplegaban en el llano de Cancharrayada, hubo fuertes escaramuzas y un vivo fuego de cañón: parte de la caballería enemiga cargó resueltamente á la realista, y fué bravamente rechazada por los lanceros del Rey. Después de esta ventaja camparon todos á la vista unos de otros.

Entre los jefes españoles no parece existía la mejor armonía, circunstancia que aumentaba lo crítico de la situación de Osorio. Hallábase éste á la vista de un contrario muy superior y con el caudaloso Maule cinco leguas á retaguardia, y era fácil, por lo tanto, reconocer el positivo riesgo que ofrecía la continuación de la retirada. En

este estado, el brigadier Ordóñez, el coronel de Burgos, Baeza, y otros jefes, manifestaron á Osorio que no alcanzaban más medio de salvación posible que el de atacar con decisión el inmediato campo enemigo antes de que amaneciera, pensamiento en que al fin convino el jefe superior, fiando á Ordóñez la ejecución. El resultado acreditó aquel proverbio de *audaces fortuna jubat.*

Las tropas destinadas á ejecutar este osado golpe de mano formaron silenciosamente en tres columnas, la de la derecha al mando del coronel Primo de Ribera, jefe del Estado Mayor, la del centro al del brigadier Ordóñez, y la de la izquierda al del teniente coronel D. Bernardo de la Torre, las cuales, dirigidas con las precauciones y decisión que el caso requería, cayeron de improviso sobre el campo de Cancharrayada. Sorprendidos los independientes, desconcertados y aterrados por el inesperado y brusco ataque de las columnas realistas, cedieron pronto á su ímpetu, y se dispersaron, dejando en poder de las armas españolas porción de hombres, fusiles, casi todo su tren de campaña y un considerable número de cargas de municiones y de equipajes.

«El general San Martín—dice Miller—se proponía atacar en la mañana del 20; la situación del ejército realista se había hecho muy crítica, puesto que el discreto y acertado movimiento del general San Martín en el día anterior dejaba poca esperanza á los realistas para arriesgarse á dar batalla, mientras que la retirada hacia el difícil vado del Maule, distante aún cinco leguas, á la vista de un ejército superior, exponía al suyo á una total ruina... En consecuencia de esta resolución (la de atacar), dos ó tres regimientos españoles cayeron repentinamente en columna, favorecidos de la obscuridad de la noche, sobre los patriotas, en el momento mismo que de la izquierda á la derecha de la línea pasaban algunos batallones y la artillería de Buenos Aires. Los puestos avanzados de los patriotas colocados al descubierto, fueron dispersados ó hechos prisioneros. La línea hizo una descarga casi sin

dirección, y en seguida se apoderó de ella un pánico terror, habiendo sido herido en aquel momento el general O'Higgins; todos huyeron en una confusión espantosa, excepto el ala derecha. Habiendo participado el oficial que mandaba la artillería de Buenos Aires de la sorpresa general, tomó el camino de Santiago y abandonó las piezas. Así, pues, el ala izquierda y el centro de la línea se dispersaron completamente" (1).

Un sueño parecía el triunfo que los realistas acababan de conseguir, y pudiera haber sido seguido de la anhelada reconquista de Chile si Osorio hubiese acertado á aprovechar tanta fortuna; pero después de la victoria de Cancharrayada, en lugar de seguir al enemigo con toda la celeridad compatible con el orden, para impedir que se rehiciera y completar así tan brillrnte triunfo, cometió el grave error de dar á sus tropas el más pernicioso descanso, de resultados funestísimos.

La única tropa que dejó el campo de Cancharrayada en menos desorden fueron como 2.000 hombres de la división de las Heras, á los que esperó en San Fernando el mismo San Martín. Favorecido éste por la injustificable conducta de Osorio, cuando precisamente le interesaba más no dar respiro á los vencidos con la presencia de los afortunados vencedores, reunió con actividad sus dispersos, sacó refuerzos y artillería de la capital, reanimó su abatido espíritu público, y se puso en disposición de aventurar el 5 del siguiente Abril la memorable batalla del Maipu, en la que fueron los realistas completamente derrotados, y la España perdió definitivamente el reino de Chile.

"En vez de continuar los realistas—observa Miller—persiguiendo á los patriotas en la dirección de Santiago, como parecía regular, retrocedieron en la noche del 19 sin haber adelantado más de una milla ó dos, y se ocupa-

(1) Memorias del general Miller, al servicio de los independientes del Sur.

ron en saquear el bagaje que encontraron en la posición que tenían los patriotas, y en seguida regresaron á Talca. El tímido Osorio, que no supo aprovecharse de las inesperadas ventajas obtenidas por el segundo (Ordóñez) y el coronel Baeza, dirigió su marcha con tal lentitud hacia el Norte, que no llegó al alcance de los patriotas sino al cabo de diez y siete días. Este precioso intervalo lo aprovecharon activamente el supremo director y el general San Martín, reuniendo los fugitivos y reorganizando el ejercito campado á dos leguas de la capital, y cuyo número puede computarse á 6.000 hombres, inclusos 1.000 de milicias" (1).

El 5 de Abril se volvieron á encontrar los dos ejércitos beligerantes en los campos del Maipu; y como carecemos de datos propios para dar noticia de la desgraciada batalla que lleva ese nombre, seguiremos en sus pormenores al precitado escritor: "Á las once de la mañana —dice—desplegaron los realistas casi paralelamente á los patriotas, y en seguida principió un vivo fuego de cañón por ambas partes. Poco después atacaron dos batallones patriotas la derecha de los españoles; pero fueron rechazados con pérdida considerable. Dos batallones españoles avanzaron en columna; pero en el momento en que estaban desplegando los atacó y batió la reserva patriota, mandada por el valiente general don Hilarión de la Quintana, que sostenido por los dos batallones que habían sido rechazados, se colocó entre la línea española y su reserva, situada á retaguardia del centro de ella. Al mismo tiempo algunas cargas de la caballería patriota, dirigidas contra el ala izquierda de los españoles, produjeron efecto, y en menos de una hora de acción abandonaron éstos cuantos puntos ocupaban. El bizarro Ordóñez reunió alguna gente y sostuvo un desesperado aunque inútil combate en la hacienda de Espejo, una lengua á retaguardia. Osorio y unos 100 hombres con él habían huído ya,

(1) Memorias del general Miller.

y con gran dificultad pudieron llegar á Talcahuano por caminos desusados y á campo través. Perecieron 2.000 realistas en la acción, y 3.500 fueron hechos prisioneros. La actividad del celoso capitán don Juan Apóstol Martínez y el teniente Olavarría, que con una partida operaron sobre la retaguardia del enemigo, produjo grandes efectos, y juntos con los patriotas que seguían á Rodríguez, contribuyeron á hacer completa la victoria. Los patriotas perdieron más de 1.000 hombres entre muertos y heridos: entre los primeros lo fueron el valiente teniente coronel Bueras y el teniente don Juan Gana, joven emprendedor y atrevido" (1).

Muy cierto es que el ejército realista vencedor en Cancharrayada en la noche del 19 de Marzo, quedó totalmente deshecho el 5 del siguiente Abril en el Maipu, y que Osorio, á favor de la noche de este día se salvó extraviando caminos y cambiando de nombre; y á favor de las mismas circunstancias y por medio de violentas marchas, algunos oficiales y soldados consiguieron también ganar la fiel provincia de Concepción, sin que los alcanzaran las partidas enemigas, que persiguieron y acuchillaron inhumanamente á nuestros dispersos hasta la derecha del Maule. El entonces comandante del batallón de Arequipa, don José Ramón Rodil, fué del número de los que se salvaron.

Si los azares en la guerra dependen á veces de incidentes á que no siempre alcanza la previsión humana, también es cierto que cuando las operaciones militares se calculan con detenimiento para ejecutarlas con puntualidad é inteligencia, si no se logra evitarlos, puede conseguirse al menos que sean menos terribles sus consecuencias. Si Osorio no cruza el Maule y se mantiene en la provincia de Concepción aumentando sus tropas y mejorando su organización, puesto que no ignoraba que una expedición peninsular con destino á Chile estaba en la

(1) Memorias del general Miller.

mar convoyada por una fragata de guerra, reunidas esas fuerzas, la reconquista de Chile era casi de seguro buen éxito. Aun en el imprudente caso de pasar el Maule, y después de la fortuna de Cancharrayada debió Osorio marchar rápidamente sobre Santiago ó sobre cualquiera otro punto del reino adonde se dirigieran los vencidos para no darles lugar á la reunión y á disponer los aprestos que causaron algunos días después el anonadamiento de su victorioso ejército. Igualmente hubiera podido ser de suma utilidad que al paso que las fuerzas realistas avanzaban hacia Santiago, los buques que las habían transportado á Talcahuano fuesen costeando el reino, á fin de poder servir de más inmediato auxilio en caso de desgracia y evitar en lo posible el que nuestros dispersos fuesen muertos y prisioneros impunemente en la porción de leguas que separan el Maipu de la provincia de Concepción, con considerables ríos al paso.

Tan lejos estaban los independientes de contar con la victoria del Maipu, que no sólo muchas familias y empleados del gobierno habían abandonado la capital, sino que San Martín ponía gran cuidado en conservar expedita la comunicación con Valparaíso para, en caso de nuevos reveses, trasladar por mar á Coquimbo los patriotas que pudieran retirarse. Con este objeto fué destacado el capitán Miller, antes de la batalla del Maipu, con una compañía de infantería para tomar posesión de la fragata *Lautaro* y asegurar los buques que hubiera en el expresado puerto. Miller, como él mismo confiesa, se embarcó con su destacamento en dicha fragata de 44 cañones, mandada por el capitán O-Brien, que había sido teniente de la marina inglesa y se había distinguido en la toma de la fragata de los Estados Unidos, la *Lessex*. La *Lautaro* era el navío antiguo de las Indias Orientales, llamado el *Wyndham*, comprado por el gobierno de Chile el día antes de la batalla del Maipu.

La fragata española *Esmeralda*, con el bergantín *Potrillo*, bloqueaban el puerto de Valparaíso al mando del ca-

pitán Coy, como se le había prevenido, y allí fué alcanzada, abordada y apresada por la *Lautaro*, y rescatada la *Esmeralda* de una manera portentosa, y que el citado Miller explica en estos términos: «Viendo la *Esmeralda* aproximarse una fragata, creyó que era la *Amphion*, de S. M. B., que mandaba el comodoro Bowles, la cual en algunas ocasiones había comunicado con ella sobre asuntos relativos al bloqueo, y por lo tanto se puso en facha para esperar y hablar con la supuesta *Amphion*. En este estado, y habiendo ganado la *Lautaro* la cuarta de popa de barlovento del enemigo, arrió la bandera inglesa, izó la chilena y rompió el fuego con la parte de batería más inmediata. La primera intención del capitán O-Brien era haberse puesto sobre el costado; pero, habiendo variado de opinión, se corrió sobre la cuarta de popa. El bauprés de la *Lautaro* cortó el aparejo de mesana del enemigo y lo dejó colgando de un modo tan incómodo para abordar, que sólo O-Brien con 30 hombres pudieron saltar á la *Esmeralda*. Los soldados de marina sostuvieron un vivo fuego desde el castillo de proa de la *Lautaro*, que causó una pérdida considerable á la tripulación de la *Esmeralda*, la cual, sorprendida y aterrada al ver ya abordada la fragata, huyó al entrepuente, y los que habían entrado en ella arriaron la bandera. Desgraciadamente, á nadie se le ocurrió impedir el que se separasen los dos buques, amarrándolos, ó inutilizar la fragata apresada cortando las cuerdas de la rueda del timón y arriando las vergas de gavia; un golpe de mar separó las dos fragatas. Entonces la *Lautaro* echó sus botes para enviar refuerzo; pero antes que pudiera verificarse, apercibida la tripulación de la *Esmeralda* del corto número de patriotas que había sobre cubierta, se reunieron, rompieron el fuego desde el entrepuente y mataron al valiente O-Brien, cuyas últimas palabras fueron: "No la abandonéis, muchachos; la fragata es nuestra". Mientras tanto la *Lautaro* dejó el objeto principal para tomar posesión del bergantín, que había arriado bandera, pero que se iba alargando.

„Percibiendo la *Lautaro* el cambio de fortuna que se había verificado á bordo de la *Esmeralda*, desistió de la caza del bergantín y viró hacia la fragata; pero antes que pudiera aproximarse, los que asaltaron habían sido vencidos, y los dos buques españoles, izando nuevamente su pabellón, se salvaron por su superior andar. El teniente Walker, al servicio de la compañía de la India, se distinguió muy particularmente, y antes que la *Lautaro* volviese al puerto apresó un buque que llevaba á bordo una porción de pasajeros españoles muy ricos que habían huído de La Concepción para refugiarse á Lima. El gobierno de Chile les sacó una contribución por vía de rescate, que le reembolsó superabundantemente del desembolso que había hecho en la compra de la fragata *Lautaro*" (1). Los hombres peritos en materia de abordajes y combates navales apreciarán debidamente los pormenores que ofrece la antecedente relación, debiendo advertir al efecto que creemos que el bergantín español no llegó á arriar la bandera, como se dice, sino que, en vista del abordaje de la *Esmeralda*, hizo seguidamente rumbo para Talcahuano, adonde se dirigió igualmente esta fragata luego que recobró su libertad.

Reunido Osorio en Talcahuano con los pocos oficiales y soldados que pudieran salvar del Maipu, se empezó á ocupar del regreso á Lima, pensamiento que realizó en Septiembre, sin esperar para ello ni la autorización del virrey de quien dependía, según entonces se dijo. Antes de poner por obra esta resolución, celebró Osorio una junta de guerra, en la que se trató de la necesidad y conveniencia de abandonar á Talcahuano: algunos de los vocales parece que se opusieron á tan funesta idea, y aun se añadió había habido jefe que se ofrecía á encargarse de la defensa de aquel punto. Sin embargo, el puerto de Talcahuano fué desmantelado, sus fortificaciones destruídas, y abandonado, en fin, sin consideración al próximo

(1) Memorias del general Miller.

arribo de la expedición europea que ya por momentos se esperaba. En consecuencia, se trasladó Osorio al Callao con varios jefes, oficiales y soldados, encomendando al brigadier Sánchez la provincia de Concepción con alguna tropa del país; medida apenas concebible, no obstante de que Sánchez gozaba de ventajoso concepto entre nuestros aliados los araucanos, á cuyo territorio le había de ser preciso acogerse tan pronto como los dependientes invadieran la mencionada provincia de Concepción.

Vuelto Osorio al Perú, de donde había salido hacía nueve meses con una división que ya no existía, se recibió la triste nueva de la insurrección de la tropa del transporte *Trinidad*, procedente de la península, la cual, después de cometer el horrendo asesinato de sus oficiales, se entregó á los independientes en el Río de la Plata, poniendo en sus manos los planes de derrota y señales de la expedición que convoyaba la fragata de S. M., *Reina María Isabel*. Súpose también que los buques armados de Chile, aumentados con el *San Martín* (antes *Cumberland*, de 1.200 toneladas) y otros de menor porte, se disponían á salir al encuentro de la referida expedición peninsular. La escuadra, pues, que se aprestaba en Valparaíso al mando de D. Manuel Blanco Cicerón, oficial que había sido de la marina real, se componía del navío *San Martín*, de 60 cañones, capitán Wilkinson; la fragata *Lautaro*, de 44, capitán Worster; la corbeta *Chacabuco*, capitán Díaz, español europeo, y el bergantín *Araucano*, de 16, capitán Moris, con la mayor parte de sus tripulaciones extranjeras, cuya escuadra salió de Valparaíso el 9 de Octubre, y el 15 del mismo mes empezaron á entrar en el desmantelado Talcahuano algunos transportes de la precitada expedición de España.

La noticia de haber recibido el gobierno de Chile por extraordinario del de Buenos Aires los planes entregados por la infame insurrección del transporte *Trinidad*, y la de aprestar su escuadra para salir al encuentro de la expedición en su recalada, fué traída expresamente al virrey

Pezuela desde Valparaíso por el capitán Smith de los Estados Unidos, que mandaba la goleta mercante *Macedonia*. Smith había zarpado de Valparaíso ya cerrado el puerto, fiado en la velocidad de su barco, se presentó en el Callao con un rico cargamento, pidió que se le permitiera su introducción con moderados derechos, y que en retribución ofrecía conducir á la expedición peninsular las prevenciones que se tuviera á bien, sin más demora que el tiempo preciso para desembarcar el cargamento, pues ni agua necesitaba; ó que vendería al gobierno español su buque bien conocido en el Pacífico por la fama de su marcha.

No obstante, la importancia de estas proposiciones en aquellas circunstancias ninguna fué admitida, ni se supo qué arbitrio hubiese adoptado el gobierno con la urgencia que el caso requería para procurar precaver á la citada expedición del inminente riesgo que la amenazaba. Mas el resultado vino á ser, que fondeada en Talcahuano la fragata *Reina María Isabel*, fué apresada por los enemigos dentro del desmantelado puerto, y con ella les fué más fácil luego apoderarse de la mayor parte de los transportes y de la tropa que conducían; porque no era posible que desconfiaran del pabellón español enarbolado en la misma fragata que los acompañaba desde Cádiz. Los pormenores de esta desgracia los refiere un testigo presencial substancialmente de este modo:

"La escuadra chilena que mandaba Blanco Cicerón, descubrió la isla de Santa María al romper el alba del 26 de Octubre; pero á causa de los vientos no pudo acercarse á ella hasta la noche, que botaron al agua y armaron tres botes para abordar un buque que se hallaba á cinco millas; mas el mal estado de estos botes no permitió arriesgarlos en dicha comisión. El bergantín *Araucano* recibió orden de reconocer el puerto de Talcahuano, distante doce leguas al Sur de la bahía de la Concepción. El 29, muy temprano, fué reconocido el buque avistado al anochecer del día anterior: era el *Shakespeare*, balle-

nero inglés, el cual informó que la *María Isabel* había tocado en Santa María, que la tripulación iba enferma y carecía de provisiones, y que hacía cinco días había dado la vela para Talcahuano, adonde la habían seguido dos transportes españoles.

„Confirmó esta noticia un bote de la costa que, al ver los buques chilenos con bandera española, vino inadvertidamente á entregarles las instrucciones selladas que había dejado el capitán de la *María Isabel* para los capitanes de los transportes de la expedición, á quienes prevenía se le reunieran en Talcahuano. Con estos antecedentes, el *San Martín* y la *Lautaro* hicieron fuerza de vela, y á las doce del día siguiente, 28 de Octubre, estaban á la vista de la fragata española anclada á tiro de pistola de Talcahuano. Blanco Cicerón se dirigió inmediatamente sobre ella, izando bandera inglesa, hasta ponerse á tiro de fusil, que afirmó la *Chilena*. La *María Isabel* disparó una andanada, que contestó el *San Martín* con cuantos cañones pudo, y fondeó á tiro de pistola de su codiciada presa, á la que vararon los españoles en la costa, cortándole al efecto los cables; una gran parte de su tripulación se fué á tierra en los botes y aun á nado; los patriotas se apoderaron de la *Isabel*, y al instante se dedicaron á desencallarla, aunque inútilmente, porque el viento que soplaba con fuerza les era contrario.

„En tan crítica situación, y con el fin de ganar algún tiempo, envió Blanco Cicerón á tierra al mayor Miller de parlamento *para ofrecer á los fugitivos un tratamiento generoso si preferían rendirse á prolongar sus miserias en un país enemigo á la causa de los realistas*, de quienes recibió el parlamentario los malos tratamientos que él mismo dice, sin más esperanza que la que le infundieron los coroneles Loriga y Cabañas, mientras los *guasos* realistas mantenían tan vivo fuego sobre la fragata apresada, que Blanco Cicerón creyó necesario hacer desembarcar sus soldados de marina para desalojarlos de las tapias con que se cubrían. Entonces llegó á Talcahuano el bri-

gadier Sánchez con 1.600 hombres, *parte de la tropa que Osorio había dejado, cuando seis semanas antes voló las fortificaciones* y la restante de la desembarcada de la *Isabela* y los dos transportes que ya habían salido para el Callao. Sánchez restableció el orden, obligando á los enemigos desembarcados á retirarse á sus buques con alguna pérdida entre muertos y prisioneros, y formó una batería de cuatro piezas que batía la *Isabel*, con tal efecto, que los patriotas creyeron tener que incendiarla, pero, favorecidos por el viento, los enemigos lograron hacer flotar la fragata en la mañana del 29, y la marinaron fuera de la bahía.

»El 1.° de Noviembre ancló la escuadra chilena con la fragata apresada entre la isla Santa María y la tierra, donde se le incorporó el bergantín *Galvarino*, de 18 cañones, capitán Spry, procedente de Valparaíso, y la corbeta *Chacabuco* salió á cruzar enfrente de Talcahuano. En el transcurso de una semana llegaron sucesivamente siete transportes, y como veían izada bandera española en todos los buques, obedecían la señal de anclar á popa de la *María Isabel*. Á proporción que llegaban se vió á los oficiales apresurarse á ponerse de uniforme para cumplimentar á su jefe, á bordo de la fragata, y una porción de soldados, mujeres y niños, se asomaban desde los transportes llenos de gozo, y se congratulaban recíprocamente por haber terminado una larga y penosa travesía de seis meses. Así que anclaban, un tiro de fusil disparado del navío que montaba el jefe de la escuadra, servía de señal para sustituir la bandera patriota á la española. Al descubrir su error, un grito espantoso y la mayor confusión reemplazaban á su alegría, y tanto más cuanto todos creían que los patriotas no daban cuartel.

„La expedición española salió de Cádiz el 21 de Mayo de 1818, y se componía de dos batallones del regimiento de Cantabria, de un escuadrón de dragones y una compañía de artillería volante, formando un total de 2.800 hombres. Una cuarta parte murió en la travesía, y á lo menos

una mitad del resto de la gente se hallaba fuera de servicio por los efectos del escorbuto. Los transportes estaban sumamente sucios, y tan grasientas las cubiertas, que era difícil mantenerse en pie. Lo triste de este espectáculo lo aumentaba aún la vista de muchos desgraciados, que consumidos por el escorbuto, estaban tendidos sobre los portalones con las agonías de la muerte. El coronel Hoyo mandaba la expedición; cerca de 800 hombres desembarcaron en Talcahuano, incluso la mayor parte de la tripulación de la *María Isabel;* y la gente que condujeron los dos transportes de que se ha hecho mención, que pasaron después al Callao. Otro tercer transporte con dos compañías de Cantabria pudo escapar también al Callao, pero los demás buques fueron apresados. La *María Isabel* era una hermosa fragata de 50 cañones, y una de las cuatro que el gobierno español compró á la Rusia. El estado de poca limpieza en que estaba, era impropio aun del servicio de la marina española» (1).

Tan lamentable continuación de pérdidas, todas de perniciosísima influencia para la causa española, causaron en Lima la más visible sensación y en el ánimo de los leales peruanos el más profundo sentimiento, dando además discupable ocasión á diferentes censuras, así sobre la reciente conducta del brigadier Osorio en Chile, como sobre las disposiciones y providencias del jefe superior del Perú. Sería de todo punto imposible dar una idea cabal de las tristes impresiones producidas por esa cadena de desastres; pero servirá de comprobante de nuestro aserto la opinión oficial del capitán de navío don José Ignacio Colmenares, defensor de don Dionisio Capaz en la causa que se le formó por la pérdida de la mencionada fragata *María Isabel,* que mandaba, quien entre otras cosas, dice:

"Es altamente responsable á la pérdida de la *Isabel* y sus consecuencias el brigadier, yerno de S. E., don Maria-

(1) Memorias del general Miller.

no Osorio, porque hallándose de jefe superior en Talcahuano, sabedor de su venida y con instrucciones de su suegro el señor virrey, relativas á ella, como consta de autos á f... abandonó el punto sin dejar instrucciones ningunas, según dice el señor Sánchez, ni buque que esperase la expedición, como la Corte le había mandado y está probado. Igualmente, Señor, es infinitamente responsable de la pérdida de la *Isabel* y sus consecuencias el Excmo. Sr. D. Joaquín de la Pezuela, virrey del Perú, como voy á demostrar. En las instrucciones dadas á mi defendido consta que desde el mes de Octubre de 1817 había avisado la Corte á S. E. hasta por cuadriplicado, la venida de la expedición, cuya noticia está comprobado había recibido S. E. por su carta á su yerno Osorio, de que hace mención el periódico de Chile titulado *El Duende de Santiago*, número 10 del lunes 24 de Agosto de 1818, que tengo presentado. Además no es creíble, ni menos disculpable, que S. E. careciese de las noticias que de la venida de la expedición de la *Isabel* publicaban los enemigos en sus gacetas desde Julio del año 18, y de las que presento las que he podido haber. Con estos datos yo no encuentro la razón por qué S. E. no tomaría las medidas anticipadas que el rey N. S. le había mandado desde Octubre del año 17 para recibir la expedición; pues es notorio que no tomó ningunas, y antes al contrario sus providencias, si como se dice fueron suyas, para que Osorio desmantelase y abandonase á Talcahuano, sin dejar instrucciones ni buques que cruzasen, concurrieron poderosamente á que la expedición se perdiese. Pero hay más, Señor, ya llegado á esta capital (Lima) el derrotado Osorio, esto es á los tres días que fué el 1.° de Octubre, recibió S. E. el aviso que le dió el capitán del bergantín goleta *Macedonio*, y obra en autos á f... pero S. E., llevado de la funesta idea que siendo este aviso dado por un extranjero no sería cierto, como tengo dicho en su lugar, ninguna providencia dictó. Mas, provocado sin duda, por el clamor público, dió noticia de él, aunque con embozo,

al tribunal del consulado en 31 del mismo Octubre, como se evidencia por la copia que tengo dicho, presento del expediente formado con este motivo. Se ve, pues, que S. E. desestimó el importante aviso que le dió el capitán del *Macedonio* de haberse entregado sublevado en Buenos Aires el transporte *Trinidad*, de la expedición de la *Isabel*, y que ésta corría inminente riesgo de ser apresada por la escuadra enemiga que se alistaba en Valparaíso. Aviso del cual si S. E. hubiera hecho aprecio, como debía, el día que lo recibió y fué el 1.º de Octubre, como consta del documento en inglés que llevó citado y declaración de los tres testigos que le siguen sin que S. E. lo hubiese desestimado ni mucho menos aguardar para hacer uso de él á deliberaciones muy subalternas al alto gobierno de su principal atribución; y aun así empleando en el instante uno de los buques de guerra de este apostadero que se hallaban en el puerto, entre ellos el pailebot *Aranzazu* de sobresaliente marcha, no hay duda, Señor, que si el virrey hubiese providenciado ó en el momento hubiese participado al señor comandante de marina la noticia que el capitán del *Macedonio* le había comunicado, en aquel mismo día habría salido un buque para Talcahuano á esperar á la *Isabel* y llevarla instrucciones, para lo que le sobró tiempo, como dicen Abadía, Arizmendi y Dolaberriague en sus declaraciones á f... Pero, Señor, nada se hizo. El virrey supo con evidencia que la expedición venía á Talcahuano, y mandó ó permitió desmantelarlo y abandonarlo. Talcahuano, á quien todas las fuerzas de Chile no habían podido tomar, defendido por el benemérito Ordóñez: Talcahuano, á cuyo punto había mandado el rey venir á la *Isabel* y sobre cuyo puerto se le había mandado al virrey tomase medidas para recibir á la expedición. ¡Ah, señor! Yo no puedo menos de hacer aquí esta reflexión: si Osorio con su malhadada expedición hubiera aguardado en Talcahuano la llegada de la *Isabel*, reforzado con 2.200 hombres, un tren de artillería y 4.000 fusiles que escoltaba, y unida la *Isabel* á la mari-

na real que hay en el Pacífico, ¿cuál sería la suerte del reino de Chile? ¿Cuál la de todo el Perú? Pero ¡ah, señor, exclamó otra vez! Podía en la *Isabel* venir nombrado por el rey N. S. un presidente de Chile, silla muy apetecida por los ambiciosos. Preciso fué apresurar las operaciones para ocupar un asiento que se ambicionaba y se entrevía ocupar, ciñéndose al mismo tiempo la faja de mariscal de campo. Podría mi conjetura creerse suspicaz, pero los resultados la justifican. Se perdió la batalla del Maipu; se destruyeron las esperanzas quiméricas de colocar á Osorio de presidente de Chile; sabíase que la *Isabel* venía, pero como el interés privado había desaparecido, el del rey pareció de poca monta. Vergüenza, señor, causa decirlo, pero así fué. Se abandonó y desmanteló á Talcahuano, y se dejó á la *Isabel* y su expedición entregada á su mala suerte. Sin embargo, Dios proteje aún la causa de los españoles, y un extranjero viene á ayudar al virrey en sus agonías políticas. El capitán del *Macedonio* le presenta aún los avisos y medios necesarios para que salve á la *Isabel* y su expedición del abandono y riesgo inminente en que la dejaba; pero el virrey se obceca y desentiende, y al fin, instado de la opinión pública, promueve el asunto ocupando las imaginaciones con una parte de él muy accesoria y subalterna, cual era si el *Macedonio* había ó no descargar su cargamento, y ni se trata de lo principal, cual era socorrer con avisos á la *Isabel*, que el virrey debió hacerlo y no lo hizo. Y estando todo esto probado, repito que el Excmo. Sr. D. Joaquín de la Pezuela es infinita y altamente responsable á la pérdida de la *Isabel* y sus consecuencias."

Como quiera, la fragata de guerra *Reina María Isabel* y la expedición que convoyaba desde Cádiz, cayeron en poder de las enemigos, menos la tropa de los tres primeros transportes que arribaron á Talcahuano y la desembarcaron seguidamente, y la que conducía la especulación que, separándose de las instrucciones y órdenes recibidas, se dirigió al puerto del Callao con el comandante de

batallón D. Rafael Cevallos Escalera y la gente de Cantabria que le acompañaba, y así se salvó. De este modo quedó deshecha una expedición peninsular que, unida á las tropas del brigadier Osorio en la provincia de Concepción de Penco, hubieran con toda probabilidad podido reconquistar el reino de Chile, asegurar la futura tranquilidad del Perú, y aun concurrir con su ejército real á mayores y muy importantes empresas.

La causa formada á D. Dionisio Capaz por la pérdida de la *María Isabel* que mandaba interinamente, en la que hicieron de fiscales D. Joaquín Vocalán, capitán de fragata, y el teniente de navío D. Eugenio Cortés, en Lima, y D. Marcelino de Dueñas, capitán de fragata en la península, fué vista y fallada en Madrid, en Mayo de 1821 por un Consejo de guerra de oficiales generales, compuesto de los capitanes de navío D. Felipe Bauzá y D. Benito Vivero; de los brigadieres de la armada D. Joaquín Varela, D. Francisco Osorio y D. Antonio Pilón; del jefe de escuadra D. Alonso de Torres y Guerra, y del teniente general director general de la armada D. José Bustamante y Guerra que lo presidió, quienes de conformidad con las peticiones fiscales y por unanimidad declararon: "á D. Dionisio Capaz libre de todo cargo y acreedor á las gracias de que S. M. le considere digno por su buen desempeño facultativo militar y juicioso procedimiento, sin que le pueda servir de nota que le perjudique en la carrera, condecoraciones y honores á que se hiciese acreedor, tanto por sus servicios pasados, como por los presentes y futuros; y á las autoridades de aquellos dominios que se les exija la tesponsabilidad que les cabe en la presente causa por la falta de noticias y auxilios que seguramente pudieron tener la mayor parte de culpa en el apresamiento de la referida fragata y de algunas de las embarcaciones del convoy, etc."

Consiguientemente en 3 de Junio de 1821, fué promovido Capaz por S. M. á capitán de fragata con la antigüedad de 5 de Noviembre de 1819 con que había sido pro-

puesto por el mérito contraído en la defensa del Callao, de la que se dará noticia en su lugar; y en 5 de Septiembre del expresado año de 1821, se comunicó por el ministro de Marina al director general de la armada la real resolución que sigue: "Excmo. Señor:—He dado cuenta al rey de la causa formada en el Apostadero de marina del Callao al teniente de navío D. Dionisio Capaz, por resultas del apresamiento de la fragata *María Isabel* que mandaba accidentalmente, hecho por un navío y una fragata de guerra insurgentes en el puerto de Talcahuano el día 28 de Octubre de 1818, y S. M., conformándose en todas sus partes con lo expuesto por el tribunal especial de Guerra y Marina en consulta de 26 de Junio, se ha servido declarar al referido Capaz libre de todo cargo, y acreedor á las gracias de que se le considere digno por su buen desempeño facultativo y militar y conducta juiciosa que observó; sin que la formación de esta causa pueda servir de nota que lo perjudique en su carrera, condecoraciones y honores á que sea acreedor, tanto por los servicios pasados como por los presentes y futuros; que á las autoridades de aquellos dominios se les oiga con respecto á no haber prestado á Capaz las noticias y auxilios que pidió; y que la causa formada al alférez de navío D. Eusebio Tiscar se eleve á proceso. Comunícolo á V. E. de Real orden con inclusión del indicado proceso y demás que le acompaña para su inteligencia, la del comandante general del departamento de Cádiz, la del comandante del citado apostadero y demás efectos consiguientes."

Á poco de haberse unido al brigadier Sánchez la tropa peninsular que llegó á desembarcar en Talcahuano, se vió obligado este jefe á abandonar la fiel provincia de Concepción y á refugiarse en el territorio de los indios araucanos; pero no pudiendo sostenerse tampoco en Arauco, tomó Sánchez la resolución de trasladarse á la plaza de Valdivia, pensamiento que realizó á costa de muchas penalidades y á condición expresa de dejar con el co-

mandante Benavides una pequeña columna en la frontera de Arauco para vencer por este medio la resistencia que oponían los indios á permitir el paso de la tropa por su territorio. En la larga y penosa travesía de la frontera de la Concepción á Valdivia experimentó el brigadier Sánchez bastante deserción en la tropa del país que le acompañaba. La europea que llegó á Valdivia, parte fué más adelante prisionera en esta plaza y parte se refugió á Chiloé.

Tal ha sido la triste suerte de la expedición que convoyaba la fragata de guerra *Reina María Iaabel*, que tanta parte ha tenido después en los desgraciados sucesos del Perú, y sobre cuyos pormenores, dice entre otras cosas Torrente en su *Historia de la revolución Hispano-Americana:*

"Todo cayó en poder del victorioso enemigo; la correspondencia más secreta, abandonada por el encargado de ella, acabó de manifestarle el modo de destruir aquella malograda expedición. Este fué el principio de todos los reveses que condujeron gradualmente la autoridad real al precipicio. Aunque estamos muy lejos de disculpar el descuido del comandante de la fragata, á cuya torpeza se debió indudablemente su pérdida, no podemos menos de lamentarnos de la fatal medida de haber abandonado Osorio dicho puerto de Talcahuano. Si el citado jefe se hubiera mantenido en él dos meses más, como habría podido sin el menor riesgo, ni la *María Isabel* habría pasado á manos de los enemigos, ni habrían sido apresados los transportes, ni la fuerza expedicionaria desembarcada al mando de D. Fausto del Hoyo, se habría disipado inútilmente, ni se habría llevado á efecto la expedición marítima de lord Cochrane, y probablemente se habría paralizado la terrestre por San Martín."

Entretanto el virreinato de Lima gozaba de perfecta tranquilidad; el cuartel general del ejército de operaciones del Alto Perú permanecía en Tupiza, y su general en jefe se dedicaba á perfeccionar su instrucción y organiza-

ción y á hacer perseguir las partidas facciosas que vagaban por algunas provincias de las de Sur del Desaguadero, con grave molestia y notorios daños de los pueblos reducidos é indefensos. La vanguardia, al mando del brigadier Olañeta, permanecía en Humahuaca á principios de Enero de este año, y deseando el general en jefe que hiciera un movimiento hasta Jujuy, tanto para manifestar á los orgullosos *gauchos* que no se les tenía el respeto que ellos creían, como por recoger cuantas mulas y ganado vacuno se pudiera, dispuso que el coronel Valdés, jefe de Estado Mayor, con 300 infantes de Gerona y 80 caballos de húsares de Fernando VII, marchase á reforzar á Olañeta y ejecutasen juntos la operación indicada.

Incorporada la columna de Valdés con la vanguardia, toda la división fué á pernoctar el 11 de Enero en Hornillos, dispersando una observación de *gauchos* que se le presentó. Los enemigos, avisados de este movimiento, se reunieron en mayor número para disputar el terreno, pero cedían delante de nuestras valientes tropas, y el 13, al llegar á Yala, fueron vigorosamente cargados, alcanzados y acuchillados por los húsares hasta el río de Reyes, perdiendo 24 hombres, inclusos tres oficiales, varias armas de fuego y blancas, 10 caballos con el equipaje, estados y demás papeles de su jefe de Estado Mayor, sin que por nuestra parte hubiese más desgracia que la de un oficial y un húsar heridos. Al siguiente día entró la división en Jujuy, y regresó á campar en Yala sin haber visto un enemigo, lo que no dejaba de ser notable. El brigadier Olañeta dividió su gente en tres columnas; dos á las órdenes del coronel Valdés tomaron la dirección de la quebrada del Toro, dieron muerte al caudillo Solís junto al molino de Yala, y recorriendo aquellas estancias ó haciendas lograron recoger 500 reses, más de 200 mulas y caballos domados, 35 prisioneros y 13 armas blancas y de fuego, sin pérdida por nuestra parte; y la otra columna, con el brigadier Olañeta, tomó el camino real, sin encontrar tampoco enemigos hasta Pomamarca, donde fué dispersada

una partida por otra de Dragones americanos. El 23 volvieron á presentarse cerca de Hornillos como 70 caballos; mas cargados por los húsares de Fernando VII, fueron perseguidos por espacio de una legua, dejando en nuestro poder al comandante mayor Morales y un sargento 1.° de infernales, prisioneros, tres caballos y cuatro hombres muertos, con varios sables y carabinas, sin más desgracia de nuestra parte que dos caballos heridos. Reunida toda la división en Tilcara, volvieron las tropas á su respectivo punto de partida, quedando en consecuencia Olañeta establecido en Humahuaca.

Por este tiempo el brigadier Ricafort, que tenía el carácter de segundo del ejército, pasó á la provincia de Cochabamba con el fin de arreglar en ella los movimientos de la columna destinada á la persecución de las partidas facciosas que la invadían, combinándolos con los de las tropas de las demás provincias limítrofes. Mientras se practicaba sobre Jujuy y la quebrada del Toro el movimiento encargado al brigadier Olañeta que se ha indicado, el coronel D. Joaquín Germán, ayudante de campo del general en jefe, marchó con una pequeña columna sobre Rangel, con el objeto de recorrer el campo por esta parte, adquirir noticias del enemigo y ahuyentar sus partidas del flanco derecho de nuestras posiciones. Noticioso Germán de que una gruesa partida ocupaba á Casavindo, dobló la jornada desde la Abra de Queta, y el 27 de Enero logró sorprender al enemigo en el río Negro, media legua de Casavindo, cogiendo prisioneros á los dos caudillos Isidro Toritolay y José Cruz Obando, gobernador de Cochicona, con 49 gauchos é indios de á pie, 49 sables, 10 fusiles, 253 mulas y caballos, 35 sillas *gauchas* que llaman *lomillos*, 39 cabezas de ganado vacuno, 8.000 de lanar, toda la correspondencia, 1.475 pesos, seis cargas de géneros de Castilla, 48 cestas de la hoja de *Coca*, tres tercios de manteca, 19 de sebo, dos de pescado, tres costales de yerba del Paraguay y cuatro de harina, sin más pérdida por nuestra parte que la de cinco soldados

extraviados ó desertados. El mismo día 27 de Enero el cabecilla Quinteros atacó el destacamento de Tuiquipaya, compuesto de 40 infantes y algunos indios fieles á las órdenes del teniente Roselló; el enemigo contaba con 30 hombres de á caballo y más de 600 indios armados, algunos de fusil y el resto de macana y lanza; pero fué rechazado, perdiendo 19 hombres muertos, incluso el mismo Quinteros, varios heridos y cuatro prisioneros con toda su correspondencia.

Á principios de Febrero se supo en el cuartel general haber atacado el coronel Aguilera cinco leguas de Santa Cruz de la Sierra á los caudillos Vaca y Rocha en los montes de Tocos, matando á éste con cuatro hombres más y cogiendo dos prisioneros, 13 fusiles, 14 lanzas, tres sables, una pistola y 35 mulas y caballos. En este mes el teniente coronel Baspiñeiro alcanzó en los altos del río Chirimayo á los cabecillas Lorenzo y Fernández, á quienes batió, tomándoles cuatro prisioneros; mas sabedor de que el caudillo Tejada venía con mayor fuerza en auxilio de aquéllos, marchó á encontrarlo y lo derrotó también en la cuesta de Alzuri, causándole considerable daño y tomándole 13 fusiles, tres carabinas, dos sables, una caja de guerra y algunos animales ensillados. Por el lado de San Lucas el teniente coronel Medinaceli adelantaba notablemente en la pacificación de los pueblos del partido, habiendo cogido al cabecilla Aracena un teniente y varios indios con 200 cabezas de ganado vacuno, y batido en las inmediaciones de Archilla á los caudillos Martínez y Miza, tomando prisioneros ocho indios con su capitán, dos hijos de Miza, más de 20 mulas y caballos y toda su correspondencia.

Á principios de Marzo cogió el coronel Vigil en el pueblo de Pascaya, provincia de Tarija, al antiguo revolucionario Subiria con algunos de su facción, dispersando el resto. El teniente coronel Medinaceli batió el 17 de este mes en el cerro de Totorico á los caudillos Agreda y Molina, matándoles sobre 20 hombres y cogiéndoles

cuatro prisioneros con cuatro fusiles y 18 mulas ensilladas. Al siguiente día 18 el capitán Duchen batió en las inmediaciones de Talquina y Colpa á los cabecillas Aranibar, Barrera y Palenque, cogiendo á los dos primeros prisioneros con cuatro mulas ensilladas, después de matarles ocho hombres, sin más que un soldado contuso de piedra por nuestra parte.

El coronel Vigil hizo una correría desde Tarija á Salinas y misiones de San Luis y de Itau en Abril, deshaciendo ventajosamente los grupos que acaudillaban los hermanos Uriondos y Rojas, tomándoles algunas armas, prisioneros y bastante ganado.

En Mayo recibieron considerables golpes los cabecillas Serna, Curico y otros en las provincias de Chuquisaca y Santa Cruz de la Sierra. El brigadier Ricafort batió á los enemigos en Arque y sus inmediaciones, cogiéndoles 11 prisioneros y al caudillo Guzmán, 11 fusiles, dos cañones, dos pistolas, seis cananas y tres sables. Poco después fué igualmente cogido el cabecilla Mancocaca con siete de su facción. En la subdelegación de Chayanta fueron dispersadas las partidas que lo hostilizaban y aprehendido uno de sus principales caudillos. La guarnición de Mora tuvo un encuentro con los rebeldes, matándoles 43 hombres, hiriendo otros y tomando prisionero al capitán Salazar con su equipaje y 30 caballerías ensilladas. El coronel la Hera batió á los enemigos en el partido de la Laguna, causándoles mucha pérdida en muertos y heridos, cogiéndoles 20 prisioneros, incluso el capitán Barañado y el cabecilla Mollo, con un cañón, 46 fusiles y carabinas y dos cajas de guerra.

En el mes de Junio el general en jefe en persona dirigió una expedición á Colorados para averiguar el fundamento de los rumores que corrían sobre la aproximación del ejército de Belgrano, resultando que no se había movido del Tucumán, donde tampoco le suponían fuerzas bastantes para semejante operación. Con el movimiento del general en jefe se retiraron las partidas enemigas de

observación por este frente. El coronel Aguilera se trasladó de la provincia de Santa Cruz al partido de la Laguna con una columna respetable para tratar de la completa destrucción de las facciones de Chuquisaca en combinación con las tropas que guarnecían esta provincia.

Por este tiempo llegó al cuartel general de Tupiza el brigadier D. José Canterac, nombrado jefe de Estado Mayor por Su Majestad. Había salido de la península con otra expedición que el estado de la guerra en Costa Firme hizo allí necesaria, y atravesando el istmo de Panamá, pasó á Lima y se dirigió al ejército del Alto-Perú con su ayudante de campo el teniente coronel D. Ramón Gómez de Bedoya. Tan pronto como llegó al cuartel general tomó posesión de su destino, y el coronel D. Jerónimo Valdés, que lo desempeñaba, fué nombrado subinspector de las tropas del mismo ejército.

En el mes de Julio salió Canterac con una expedición para la provincia de Tarija á fin de no dar respiro á los caudillos que la molestaban, y se dirigió inmediatamente á las Salinas y las Misiones por el valle y fuerte de San Luis, donde nuestros Cazadores á caballo cargaron y dispersaron á Uriondo, cogiéndole algunos prisioneros y ganado. Marchó el grueso de la expedición por el fuerte de Santiago á las Misiones, y por el Vallecito á Chiquiaca fueron destacados 150 infantes y 30 caballos, á las órdenes del teniente coronel graduado D. Gabriel Poveda. Halló éste en la cuesta de la Soledad al caudillo Espinosa, lo atacó con denuedo y lo derrotó, quedando en poder de Poveda un oficial, porción de hombres prisioneros y algunas armas y caballos. Los enemigos que se habían reunido en las Misiones, noticiosos de la derrota de Espinosa y de la dirección de Poveda, ya no pudieron ser alcanzados, por más que este valiente oficial redobló sus jornadas desde antes de Chiquiaca, reuniéndose en las Misiones con el grueso de la expedición el 20 de Julio. Al siguiente día partió el coronel Vigil con la mitad de la fuerza del brigadier Canterac contra los caudillos Sánchez, Rojas y

otros, hacia Capari é Itau, y habiendo conseguido alcanzarlos en dichos puntos los derrotó del modo más decidido, causándoles mucha pérdida entre muertos y prisioneros.

Entretanto, Canterac, con el resto de la fuerza, marchó sobre el Valle Chico ó punto Viejo, donde logró reunir bastante ganado vacuno, llegando el 31 á San Luis por el Vallecito, y teniendo que superar las cortaduras y otros obstáculos que la gente del país, toda en armas, había opuesto para embarazar la marcha é impedir la salida de la quebrada de Santa Lucía. Los enemigos no creían que las tropas españolas pudiesen salir con el ganado de esta quebrada, en cuya confianza las esperaba el cabecilla Castillo; mas atacado éste en su propio campo por los bravos cazadores del Imperial Alejandro, fué completamente derrotado, perdiendo varios hombres y todos sus caballos el 1.° de Agosto. Al día siguiente, 2, más de 300 hombres á caballo atacaron nuestra retaguardia á la salida del campamento, adonde había pasado la noche anterior; pero fueron rechazados y escarmentados por nuestra caballería y dos compañías de fusileros del mencionado Imperial Alejandro, y ya desde este choque no volvieron á incomodar la marcha de nuestra tropa, que la siguió tranquilamente á Tarija. Muy ventajoso fué, sin duda, el resultado de esta expedición: los caudillos Uriondo, Espinosa, Castillo, Sánchez y Rojas fueron batidos, y huyó el último hacia la Nueva-Orán; se les mató é hirió bastante gente, se les tomaron un oficial y más de 30 prisioneros, con otros tantos fusiles, dos cargas de municiones, 90 caballos ensillados, otras 100 caballerías, más de 1.000 cabezas de ganado vacuno y 1.000 fanegas de maíz, con pérdida poco considerable de nuestra parte.

El 6 del propio Agosto, el coronel Ostria sorprendió en la hacienda de Marahua, tres leguas de Yotala, en la provincia de Chuquisaca, al cabecilla Miranda, á quien logró matar, haciendo prisionera toda su partida, menos una avanzada de cuatro hombres, que pudo escapar. Y en

el mismo mes, el coronel la Hera batió en el cerro de Taracchi al caudillo Sillo, matándole un capitán, un subalterno y muchos soldados, haciéndole otros varios prisioneros, y apresándole algunos fusiles, caballerías, efectos, porción de bastimentos y la mujer y dos hijos del mismo Sillo.

Á principios de Septiembre salieron dos nuevas columnas de los cantones del ejército contra el caudillo Fernández, que con fuerza considerable ocupaba los distritos de Santa Elena y la Loma, la una mandada por el coronel don Jerónimo Valdés, y la otra por el de igual clase D. Fulgencio Toro. Valdés, con su acostumbrada actividad, persiguió al caudillo Fernández hasta las cabeceras del río del Pescado, obligándole á atravesar el río Pilcomayo y tomar la fuga para Salinas, con notable dispersión y pérdida de su partida y la del cabecilla Rosales, quien recibió la muerte. El coronel Toro logró apaciguar los indios de la Loma y de San Francisco; mas noticiosos de que los de Mollopata trataban de invadirlos y hostilizarlos porque se habían sometido al Gobierno legítimo, marchó contra ellos, los alcanzó, derrotó y echó hacia el Pilcomayo, quitándoles porción de ganado vacuno. De este modo se ha conseguido destruir la facción de Fernández, tranquilizar aquellos pueblos, abundantes en artículos de primera necesidad, y se ha asegurado el Valle de Cinti, despejando á mayor distancia las posiciones del ejército por su flanco izquierdo.

En el mes de Octubre fué destinado el coronel Centeno con el batallón de Castro, que mandaba, á practicar un reconocimiento sobre Casavindo, en cuyo punto logró sorprender una partida enemiga é hizo prisionero al sargento mayor que la mandaba, con otro oficial y dos soldados, dispersando el resto y logrando en seguida recoger porción de ganado para el consumo del ejército. Á principios de Noviembre se presentó espontáneamente al general en jefe el caudillo Eustaquio Méndez, quien con el caudillo Uriondo conmovía la provincia de Tarija; se

presentó con su numerosa partida y armas, fiado en la generosidad del general español. Éste envió tranquilo á sus hogares y labranzas á los hombres de guerra del célebre Méndez, conocido por el *Moto* porque era manco; le declaró teniente coronel á nombre de S. M. y señaló á sus dos sobrinos una moderada pensión, mereciendo estas gracias la aprobación del país, las cuales era de esperar sirviesen de útil estímulo al arrepentimiento.

El coronel Germán había sido comisionado con una columna, proporcionada á practicar otro reconocimiento de alguna extensión por la derecha del ejército, y en 6 de Diciembre llegó al cuartel general de Tupiza el parte que daba desde San Pedro de Atacames, donde se hallaban 200 enemigos bien montados, que huyeron de encontrarse con su tropa á la noticia de su aproximación.

Á principios del mismo Diciembre hizo el coronel Vigil nueva expedición á las Salinas desde Tarija, en la que, después de haber sostenido diferentes choques con los caudillos Uriondo, Fernández y Tejada, logró que aquellos pueblos reconociesen al gobierno legítimo, entregándole, como donativo voluntario, 100 cabezas de ganado vacuno y 80 caballos y mulas. Logró también hacer prisionero al capitán D. Mannel Uriondo, hermano del gobernador intruso, y un artillero, cogiendo á los enemigos 19 fusiles, toda la maestranza de Fernández, y consiguiendo, en fin, que de los dragones de este caudillo se le pasasen un oficial, dos sargentos y un soldado, todos armados, y que los indios *chirihuanos* se declarasen en favor de la causa española, negocio de grande importancia.

El brigadier Olañeta hizo, en el mismo Diciembre, un movimiento sobre las fronteras de Tarija, y alcanzó en el río Bermejo al caudillo Peralta, que inquietaba algunos pueblos; el resultado fué batir la partida de este enemigo, que quedó muerto en el choque, y en poder de Olañeta 12 prisioneros, 13 fusiles y algunas caballerías. Tan activa era la guerra que se sostenía en el Alto Perú; pero la fortuna de nuestras armas, aunque en pequeños encuentros, no

sólo iba adelantando en la pacificación, de que tanta necesidad tenían sus combatidos y exhuastos pueblos, sino que aseguraba la paz y tranquilidad de que gozaba todo el vasto virreinato de Lima. El ejército de operaciones que procuraba reemplazar sus bajas, y que cada día mejoraba su instrucción y la brillantez de su estado, poco tenía que temer por su frente, porque las provincias insurreccionadas del antiguo virreinato de Buenos Aires no se hallaban en disposición de poner en campaña un ejército que, con probabilidad de buen éxito, pudiera disputar al nuestro la superioridad que poseía.

Mas por la parte de Chile, no fuera prudente ni disculpable descansar en igual confianza. En Chile, existía á las órdenes del afortunado San Martín, un ejército sin ocupación y, naturalmente, engreído con las señaladas victorias de Chacabuco y del Maipu; en Chile era recibida con aplauso y entusiasmo casi general, la idea de enviar al Perú una expedición *libertadora*, que lo invadiera y lo privara de la paz que disfrutaba y del orden y prosperidad en que vivía; en Chile, en fin, se contaba confiadamente con la poderosa cooperación de una escuadra superior á las fuerzas marítimas españolas en el pacífico, formada con sorprendente celeridad y capitaneada ya por el famoso inglés lord Cochrane, que había aceptado su mando en Noviembre de este año. Una actitud tan hostil y amenazadora, como envolvía el pensamiento de invadir el virreinato de Lima con medios conocidos para intentarlo, no permitía que el jefe superior del Perú permaneciera inactivo, ni se mantuviera á la simple expectativa, teniendo una dilatada costa que cubrir en cuanto fuera posible, ya que no contaba con fuerzas marítimas suficientes para contrarrestar las chilenas, que con el intrépido Cochrane á su frente adquirían mayor consideración moral. Es verdad que á costa de algún sacrificio pudo el gobierno de Lima privar al de Chile del *San Martín* y del *Lautaro*, comprándolos cuando se presentaron en venta en aquellos mares, y acaso con más diligencia hubiese contribuído á

salvar la fragata *María Isabel*, sin cuyos buques no hubieran dado los enemigos tanto vuelo á sus agresores pensamientos.

En aquel concepto, creyó el virrey oportuno formar un cuerpo de tropas de reserva en Arequipa á las órdenes del brigadier Ricafort, y al efecto dictó las disposiciones que estimó conducentes. Con este motivo se trabó una viva controversia entre el general en jefe y el virrey. Aprobaba la Serna la idea de crear un cuerpo de reserva; pero no convenía en que fuese en Arequipa, sino en Puno, fundándose, entre otras razones, en los distintos climas de que disfrutaban esas dos provincias, situadas la una al Oriente, y la otra al Occidente de la cordillera de los Andes. No hay duda que á esta parte de la cordillera, señaladamente en la zona que entre el mar y la sierra se extiende de Sur á Norte, en la que ni llueve, ni truena, ni hiela, el temperamento es más cálido, y por lo tanto más muelle que el de Puno. Además de esto, algunos europeos de los que militaban en el ejército real del Perú, tenían la idea de lo mucho que se enervaba en la costa la fibra de los hombres para la guerra; pero la ciudad, y parte de la provincia de Arequipa, colocadas al pie, aunque al Oeste de la cordillera, bajo la influencia de las lluvias y de las heladas, no se podía aplicar con exactitud á su temperatura el insaluble influjo que á la de la costa. Sin embargo, la opinión del general en jefe parecía preferible, porque Puno ofrecía una posición más central y de fáciles salidas en cualquiera dirección para que las tropas pudiesen acudir con prontitud adonde fuera más necesario. Es preciso tener presente que la celeridad de los viajes por el Perú no está siempre tanto en razón de la distancia como en la de la calidad de los caminos; á la manera que la prontitud de las travesías por mar está más en razón de los vientos y corrientes que de las distancias. Comoquiera triunfó el sentir del virrey, que era al mismo tiempo un mandato; pero la correspondencia habida entre esos dos jefes superiores, destemplaba á veces más de lo que con-

vendría; las noticias verdaderas ó falsas que llegaban al virrey acerca de cómo se hablaba en el cuartel general de sus providencias, y las que el general en jefe recibía de Lima sobre la ligereza con que era tratado por algunos hombres fáciles que acaso no tenían más objeto que lisonjear al virrey, todo contribuyó á agriar el ánimo del general la Serna, y lo condujo á pedir reiteradamente al rey su relevo y el consiguiente permiso para regresar á la Península, alegando al efecto la necesidad de atender á reparar su salud quebrantada.

Los reveses terribles que las armas españolas habían experimentado en el reino de Chile y como su consecuencia su posibilidad de una próxima expedición contra el Perú, habían despertado en el virrey Pezuela una visible actividad. Al propio tiempo que mandaba formar un cuerpo de reserva en Arequipa sobre la base de uno de infantería y otro de caballería que había de remitir allí el general la Serna, se dedicó con mucho interés á aumentar las tropas que guarnecían la capital, la plaza y puerto del Callao y otros puntos de la costa componiendo lo que se llamaba el ejército de Lima. Uno de los medios empleados al intento tué el acuartelamiento de cuerpos de milicias; pero el sistema que en este arbitrio se siguió, licenciando y volviendo á llamar á dichos cuerpos según la naturaleza de las noticias que se recibían de Chile, aunque dominase en él un laudable pensamiento económico, no podía corresponder ni correspondió á las intenciones del virrey, y mucho menos siendo la organización de esos cuerpos ya de suyo defectuosa.

La caballería principalmente se hallaba en el estado más deplorable para poder emplear con utilidad en una próxima campaña. Su triste comportamiento en el Maipu de que se quejó el comandante en jefe Osorio, llegando á señalar en su parte un oficial que desobedeció sus órdeees, estaba demasiado reciente para olvidarlo y á él habría contribuído mucho su conocida falta de instrucción. De aquí partió el teniente coronel del arma García Cam-

ba para representar al virrey en 25 de Septiembre la absoluta necesidad que había de mejorar cuanto fuese posible el estado de la caballería. En consecuencia fueron nombrados instructores para los regimientos de dragones de Lima y de Carabaillo don Manuel Fernández y don Joaquín Polo, dos distinguidos oficiales de dragones del Perú: se cometió la instrucción del regimiento infantería de la Concordia al entendido coronel del Infante don Carlos, don Juan Antonio Monet, y se señaló el campo de San Borja para la asamblea y ejercicios doctrinales de las tropas, donde tuvieron lugar diferentes simulacros en presencia del mismo virrey y del sub-inspector general la Mar.

CAPÍTULO XIV

Retirada de Sánchez á Valdivia.—Benavides.—Asesinatos en San Luis.—Deserción.—Derrota de algunos cabecillas.—Simulacro en el Callao.—Riesgo del virrey.—Aparición de Cochrane.—Expedición á Huacho.—Otra á Humahuaca.—Preparativos de defensa.—Deja La Serna el mando del ejército y le nombra el rey sucesor.—Encuentros felices con los insurrectos.—Expedición á los Cobres y á la quebrada del Toro.—Nueva expedición de Cochrane.—Ataca el Callao.—Ocupa á Pisco.—Es obligado á embarcarse.—Exposición importante al virrey.—Cochrane en Guayaquil.—Llega La Serna á Lima.

1819.

Los triunfos que los enemigos alcanzaron en Chile y sus costas en el año anterior les permitieron dar mayor extensión á sus operaciones, y principiaron por apoderarse de la provincia de Concepción, que todavía ocupaba el brigadier D. Francisco Sánchez con poco más de 1.400 hombres. Deseaba el virrey Pezuela que este jefe procurara sostenerse al menos en la frontera de Arauco, y al efecto le remitió algunos auxilios; pero después del abandono y desmantelamiento de Talcahuano, la pretensión del virrey parecía imposible de realizar, ni aun con el auxilio de los indios araucanos aliados de los españoles, porque cuando lo prestaban era casi siempre bajo condiciones violentas. Por otra parte, el estado físico de Sánchez, avanzado ya en años, no le permitía soportar la vida activa de un partidario, y aunque había dado prue-

bas de valor y gozaba de mucho crédito entre los caciques fronterizos de Arauco, no era el hombre que tan singular y difícil situación reclamaba ni la poca tropa europea que se le había reunido, escapada como por milagro de la persecución de los enemigos, se hallaba, recién desembarcada, en estado de emprender con ventaja una campaña tan activa como había de ser preciso y tan azarosa como era consiguiente.

Convencido Sánchez y los jefes que le acompañaban de la imposibilidad de sostenerse en la frontera de Arauco, resolvió replegarse á la plaza fuerte de Valdivia, costándole no poco trabajo obtener de los indios araucanos el correspondiente consentimiento, cuyo territorio era preciso atravesar, y lo concedieron finalmente con la precisa condición de dejar en su frontera alguna fuerza con el valiente comandante Benavides, natural de la limítrofe provincia de la Concepción. El coronel D. Juan Loriga se separó de Sánchez en los Angeles, se trasladó á Valdivia, y de aquí muy luego á Lima. El tránsito de las tropas españolas por las tierras de Arauco, sin caminos regulares, casi sin poblaciones donde descansar y proveerse de lo más preciso, y con muchos ríos que cruzar, fué extremadamente penoso, aumentando sus disgustos la vergonzosa deserción de algunos oficiales europeos de los que acababan de desembarcar, porque, cualquiera que fuese la causa que la produjera, ninguna podía disculpar la fealdad del crimen. Al dar cuenta Torrente de este hecho en su *Historia de la revolución Hispano-Americana,* dice: "Sensible es recordar los nombres del sargento mayor de dragones D. Ambrosio Acosta; del capitán de ingenieros D. Santiago Ballerna, y de los tenientes de Cantabria, Obejero, Llanos, Arias, Valledor y Pallares, que se olvidaron de su deber y de su honor hasta el punto de hacer traición á sus banderas, así como de los subtenientes Ocón y Salvá, que tomaron sucesivamente la carta de ciudadanos chilenos."

Al retirarse el brigadier Sánchez desde los Angeles á

Nacimiento y Tucapel, fué alcanzada su retaguardia sobre el caudaloso Biobio y acuchillada por los enemigos parte de su infantería, con bastantes familias realistas comprometidas, cuya desgracia acabó de desmoralizar aquella división, de la que casi sólo la tropa europea alcanzó á Valdivia en Marzo, donde se hallaron con grande escasez de recursos. «Fué preciso—añade Torrente—, sin embargo, esperar la resolución del virrey, el cual ordenó la permanencia de las mismas para defender aquella plaza importante, en socorro de la cual fueron enviados fondos y municiones y prometidos para lo sucesivo cuantos pudiera necesitar. Sólo Sánchez, el jefe de E. M. teniente coronel Cabañas y algunos otros oficiales tuvieron licencia de pasar al Perú. D. Fausto del Hoyo fué ascendido á coronel y nombrado subinspector y segundo gobernador de la plaza para suplir con su actividad y firmeza las faltas en que pudiera incurrir el propietario coronel Montoya, agobiado con el peso de los años" (1).

El nuevo subinspector Hoyo se dedicó á la reorganización de las tropas en cuatro cuerpos: Cantabria y Valdivia de infantería, Dragones de la Frontera y Cazadores-dragones de caballería, y aún esperaba aumentar sus plazas con reclutas sacados de la provincia de Chiloé. Algunos oficiales sobrantes fueron destinados á la columna de Benavides. Este bravo chileno llegó á reunir una fuerza respetable, con la que dió golpes terribles á sus paisanos disidentes, ocupó la ciudad de Concepción de Penco y llevó sus correrías hasta Chillan con asombro y terror de los enemigos; mas, reforzados éstos, acabaron al fin por destruirle. "Salió, sin embargo, victorioso de todo encuentro—continúa Torrente—hasta que abandonándole la fortuna al año siguiente, fué víctima de su misma intrepidez y de la felonía de algunos de sus soldados" (2). La reorganización de las tropas emprendida por Hoyo era tanto

(1) *Historia de la revolución Hispano-Americana.*
(2) *Historia de la revolución Hispano-Americana.*

más necesaria y urgente, cuanto con el ingreso de las europeas en la división Sánchez se habían desgraciadamente promovido, como en otros puntos de América, sensibles diferencias con las del país. ¡Cuánta parte han tenido estas tristes diferencias en nuestros infortunios en el Nuevo Mundo! Ellas han aparecido con más ó menos imprudencia en todas las provincias de ese vasto continente adonde han llegado jefes, oficiales y tropas peninsulares, sin la menor idea de la índole y carácter de sus habitantes, y ellas debieran ser una lección inolvidable para el gobierno supremo de la nación. Con la ruina de Benavides consolidaron los independientes la ocupación de la provincia de Concepción, una de las más distinguidas por su fidelidad á la España, y pudieron dedicarse libremente á su pensamiento de invasión; pero antes se promovieron diferentes medios para deshacerse de los prisioneros españoles existentes en los depósitos de las Bruscas, de Buenos Aires y de la Punta de San Luis, en cuyo último punto se hallaban la mayor parte de los de la malhadada batalla del Maipu, que vinieron á ser las únicas víctimas. He aquí cómo Torrente refiere este horrible hecho en su *Historia de la revolución Hispano-Americana:*

"Parece innegable—dice—que los prisioneros hubiesen formado el plan de recobrar su libertad, pero sin cometer la menor extorsión ni más actos violentos que los meramente precisos para pasar á incorporarse con las partidas de Carrera y Artigas, que vagaban por aquellas cercanías y que les habían prometido todo su apoyo para trasladarlos al Brasil en el caso de que no quisieran tomar parte con ellos para hostilizar al gobierno central de Buenos Aires. Hubo entre los mismos realistas un aborto de la villanía y crueldad que informaba al gobernador insurgente D. Vicente Dupuy de todas las medidas que se iban tomando para llevar á cabo aquella arrojada empresa.

„Llegó el aciago día 8 de Febrero en que debia darse el golpe; en la noche anterior habían sido exhortados todos los oficiales para acudir á la madrugada á casa del valiente

capitán Carretero; concurrieron, en realidad, y fueron informados de los medios propuestos para adquirir la apetecida libertad. Se formaron á las siete de la mañana tres partidas con sus respectivos comandantes: una de ellas, al mando de los capitanes Butrón y Salvador, había de forzar la cárcel y dar soltura á 53 individuos que allí se hallaban detenidos de las tropas de dicho Carrera, quienes deberían servir de guía hasta salir de aquellos peligrosos caminos: otra partida, mandada por el intendente D. Miguel Berroeta, por el teniente coronel D. Matías Arias y por el capitán D. Felipe la Madrid, había de apoderarse del cuartel y de las armas que allí se custodiaban; y la tercera debía proceder contemporáneamente á la captura de D. Bernardo Monteagudo, insurgente de los más furibundos que haya abortado la América (1).

„Mientras que estas partidas salieron á ejecutar sus respectivas comisiones, que se malograron todas, y aun la del cuartel, si bien habían llegado ya á desarmar la guardia, porque no tuvieron tiempo ni modo para apoderarse de las armas, se habían dirigido á la casa del gobernador el coronel D. Antonio Morgado, el teniente coronel don Lorenzo Morla y el referido capitán D. Gregorio Carretero, que fueron los primeros que entraron en su cuarto á fin de arrancarle las órdenes necesarias para lograr su objeto único, que era el de la libertad.

„El brigadier D. José Ordóñez, el coronel D. Joaquín Primo de Rivera y el teniente D. Juan Burguillo, que se habían quedado á la entrada del aposento, pasaron á unirse con sus compañeros tan pronto como oyeron las voces descompasadas de un pueblo desenfrenado, que clamaba por derramar la sangre de todos los españoles. La prontitud con que dicho pueblo se armó y concurrió á los puntos de mayor peligro, indica suficientemente el anticipado conocimiento que tenía de aquel suceso.

---

(1) Este fué más adelante el célebre ministro de San Martín en Lima, contra quien se amotinó aquel pacífico pueblo.

„Sorprendidos en el acto aquellos desgraciados oficiales, dieron crédito á las fingidas promesas que les hizo el pérfido Dupuy de salvarles la vida, así como ellos habían respetado la suya. Salió, con efecto, á reunirse con el pueblo, y apenas se vió apoyado por sus armas, cuando pronunció el horrible grito de muerte contra aquellos militares, dignos, por cierto, de una suerte muy distinta de la que les estaba preparada. Todos ellos fueron asesinados inhumanamente; Morgado lo fué por la misma mano del furioso gobernador; á los pocos instantes se hallaban yertos cadáveres en aquel mismo sitio en que acababan de dar una prueba inequívoca de que sus sentimientos no eran de marcar con actos sangrientos los pasos hacia su evasión.

„Se hizo á su consecuencia una pesquisa con todos los caracteres de cruel é ilegal, sobre cuantos españoles hubieran tenido parte en aquella tentativa; y por este medio desfogaron su rabia sobre un número considerable de personas, cuya existencia les era demasiado embarazosa. Un brigadier, tres coroneles, dos tenientes coroneles, nueve capitanes, cinco tenientes, siete alféreces, un intendente de ejército, un empleado civil, un sargento, un soldado y diez paisanos, fueron las víctimas sacrificadas por el execrable monstruo que mandaba en San Luis."

Los chilenos, después de la batalla del Maipu—dice Mr. Stevenson—y de haber fiado el mando de su escuadra á lord Cochrane, no sólo contemplaban asegurada su independencia, sino que se felicitaban de poder llevar la guerra al territorio enemigo. Así las cosas, ocurrió una escena de horror, capaz de sorprender á los habitantes de esta parte del Nuevo Mundo, y de atraer sobre la cabeza de su autor la execración universal. Esta espantosa escena, á que alude el mencionado Mr. Stevenson, es el asesinato de varios españoles, verificado en la Punta de San Luis, cuyo extracto oficial, sacado de la *Gaceta* de Chile del 5 de Marzo de 1819, publica este autor en la forma siguiente:

"El 8 de Febrero, entre ocho y nueve de la mañana, me avisó la ordenanza de que querían verme algunos oficiales españoles de los detenidos en San Luis; le previne que los dejara entrar, mientras hablaba con el cirujano D. José María Gómez, y con mi secretario, D. José Manuel Rivero. El coronel Morgado, el teniente coronel Morla y el capitán Carretero, entraron en seguida. Carretero se sentó á mi izquierda, y después de algunos cumplidos, sacó del pecho un puñal para herirme con él, pero felizmente logré parar el golpe. Al mismo tiempo, dijo Carretero: *Vuestra última hora ha llegado, ¡bribón! La América está perdida, pero usted no se salvará.* Yo dí algunos pasos atrás, hacia el coronel Morgado, para defenderme, y éste intentó tirarme un segundo golpe. En este momento, el brigadier Ordóñez, el coronel Primo y el teniente Burguillo entraron también en mi habitación; el cirujano Gómez salió al instante á pedir socorro, y aunque mi secretario Rivero se esforzó en hacer otro tanto, el teniente Burguillo le impidió la salida. Por un espacio considerable de tiempo, tuve que defenderme de los seis asesinos, que comenzaron á aflojar en sus esfuerzos luego que oyeron los gritos del pueblo, que rodeaba mi casa y procuraba entrar. Les rogué me permitiesen salir para aquietar el populacho, y consintieron en ello; pero en el momento en que yo abría la puerta del palacio que da á la plaza, el pueblo entró en tropel y los inmoló á todos, excepto al coronel Morgado, á quien dí yo la muerte por mi mano: así quedó vengado el ataque dirigido contra mi persona.

„Inmediatamente después descubrí que todos los oficiales españoles detenidos aquí, habían formado el proyecto de ponerse en libertad y pasarse á las guerrillas de Carrera y Alvear. Sin embargo, alarmada la tropa y el pueblo, muchos prisioneros pagaron con su vida la temeridad del plan que habían concebido. Ordené en seguida á don Bernardo Monteagudo que instruyese una sumaria información; cuatro días después me dió parte de que estaba

terminada, y de conformidad con su dictamen hice pasar por las armas á los individuos siguientes: los capitanes González, Sierra y Arriola; los subtenientes Riesco, Vidaurrazaga y Cabello, y los soldados Moya, y Pérez. El número de enemigos que han perecido consta de un brigadier, tres coroneles, dos tenientes coroneles, nueve capitanes, cinco tenientes, siete subtenientes, un intendente de ejército, un comisario, un sargento y dos soldados. Firmado: *Vicente Dupuy*, teniente gobernador de San Luis" (1).

Basta sólo este simple extracto del parte oficial de Dupuy, para venir en conocimiento de su completa falsedad, y nadie que tenga idea del caballeroso valor de las seis primeras víctimas dudará de que si con ánimo deliberado de dar muerte al gobernador hubiesen ido á su casa, no hubiera logrado salvarse de la manera que ha afirmado. Muchas relaciones ha hecho circular el expresado Dupuy sobre este horroroso atentado; pero otras han corrido también en distinto sentido, y de éstas tuvo una el citado Mr. Stevenson, al servicio entonces de los independientes, transmitida—asegura—por persona imparcial que ninguna razón tenía para comunicarle pormenores exagerados, y dice así:

"En la noche del 7 de Febrero de 1819, jugando los oficiales españoles prisioneros en San Luis con don Vicente Dupuy, teniente gobernador, y habiendo perdido éste algún dinero, echó en seguida mano del que tenía delante de sí, el coronel Rivero, quien reprendió agriamente el hecho, y á pesar de las instancias de los concurrentes dió un bofetón á Dupuy, cuyos amigos, lo mismo que algunos españoles, echaron mano de las armas que había en la habitación. El tumulto que resultó de aquí alarmó la guardia, y los prisioneros españoles, temiendo las consecuencias de este lance, entregaron las que habían tomado y pidieron perdón á Dupuy, que les fué

(1) Stevenson, *Relación histórica*.

concedido, y les empeñó su palabra de honor, que si lo dejaban salir, calmaría la efervescencia de la guardia y del populacho. Salió, en efecto, mas en vez de apaciguar los espíritus, difundió la alarma y excitó al pueblo á vengar los insultos que había recibido de los *godos*, nombre con que se designaba á los realistas. Dupuy entonces volvió á entrar en la habitación con algunos soldados y gente armada, y el brigadier Ordóñez, el coronel Morgado y seis oficiales más fueron asesinados. El coronel Primo, viendo la inevitable suerte que le esperaba, se tiró un pistoletazo y se mató. Todos los españoles que se encontraron por las calles fueron pasados á cuchillo, y muchos fueron también muertos en sus casas: han sido cincuenta los asesinatos cometidos en este fatal día, y de los oficiales españoles retenidos en San Luis sólo dos se libraron de la muerte. En recompensa de esta acción tan memorable ha sido ascendido Dupuy á coronel mayor y agraciado con la legión de mérito de Chile" (1).

La noticia de tan horrorosa matanza fué recibida en el Perú con la más expresiva y general indignación; y los pueblos, los cuerpos militares y todas las corporaciones manifestaron explícitamente al virrey la necesidad de exigir una justa satisfacción, de cuyos nobles sentimientos se olvidaba el Ayuntamiento ó cabildo de Lima antes de que expirara el próximo año de 1820, como luego veremos.

Puestas las fuerzas navales de Chile bajo la inmediata dirección y mando de lord Cochrane, antiguo oficial de la marina real inglesa, se dedicaron los enemigos con mayor empeño á la realización de su favorito pensamiento de llevar la guerra al Perú, y al efecto, pronto se pusieron de acuerdo los gobiernos de Chile y de Buenos Aires. Comenzaron, pues, por disponer una expedición marítima que, con alguna tropa de desembarco, recorriera las costas de aquel país, alarmara el virreinato, introdujera papeles subversivos y explorara al propio tiempo la voluntad de los pueblos.

(1) Stevenson, *Relación histórica y descriptiva*.

No se ignoraban en Lima las miras hostiles de los independientes reunidos en Chile; pero á pesar de la generalidad con que se hablaba de sus proyectos y preparativos de invasión, el virrey no alteraba su sistema respecto de las milicias, cediendo sin duda á la consideración que le imponía la escasez de recursos que se notaba; y aunque los cuerpos de línea recibían algunos reclutas, experimentaban por otra parte bastante deserción, porque aquellos naturales son poco aficionados al servicio militar. Esta deserción, en que antes no se solía reparar, empezó ahora á atribuirse sin examen á la poca economía de los cuerpos, con particularidad en el costo del vestuario, y creció á punto de excitar el celo del secretario del virreinato, quien presentó al virrey una serie de observaciones, muchas de ellas notables por la falta de fundamento en que se apoyaban. El virrey, con todo, mandó publicar un bando contra el delito de deserción, sus promovedores y encubridores conforme con la severidad de las ordenanzas militares para tiempos de guerra, y ordenó al subinspector general que, con presencia de las expresadas observaciones, hiciese á los cuerpos las prevenciones conducentes, como lo ejecutó incluyendo copia de las presentadas al virrey por el secretario del virreinato quien, entre otras cosas, decía: "Se experimenta la mayor dificultad en las provincias para la reunión y remisión de los auxiliares que se les piden, respecto á que escriben algunos de los venidos de ellas mismas que sólo reciben aquí dos reales de prest, y que tan equivocado concepto procede de que en sus ajustes cuatrimestres apenas pueden recibir alcance, porque necesitan realmente de todo el haber que les queda libre, después de su rancho y prendas menores, para satisfacer el vestuario.

Así que los cuerpos de línea recibieron las observaciones que el subinspector les trascribía, se apresuraron á manifestar muy pormenor al mismo jefe el sistema que observaban respecto á la inversión y distribución de caudales, que era estrictamente arreglado á lo que sobre el

particular prescribían la ordenanza del ejército y órdenes posteriores vigentes, cosa que no podía ignorar el subinspector. Satisfecha esta parte, que hasta cierto punto parecía herir la delicadeza de los jefes de los cuerpos, pasó el teniente coronel Camba á manifestar en fines de Enero las causas que tenía por más influyentes en la deserción que se experimentaba. Sabíase, en efecto, que algunas provincias para remitir á la capital la gente que se les pedía, se valían de levas y recogían hasta los traficantes transeuntes sin examinar sus circunstancias, porque el objeto era aparentar que se cumplían los mandatos de la autoridad, aunque los medios fuesen violentos é injustos. En las provincias del virreinato de Lima había también indios que se llamaban *yanaconas*, los cuales estaban de hecho exentos de llenar los pedidos de gente que se hacían sólo por el amo á quien servían; siguiéndose de esta parcialidad, que para cubrir los cupos echaban mano de los no *yanaconas*, tuvieran los impedimentos que se quisiera, resultando de este mal sistema recibirse en los cuerpos hombres casados con hijos y con padres imposibilitados, é inútiles de inutilidades visibles, que era preciso licenciar inmediatamente. Estos hombres, tratados con tan poca justicia en los pueblos de que procedían, remitidos á la capital sin que les cupiera por suerte, poquísimo interés podían tener en prestarse al servicio del rey, y al contrario estaban siempre dispuestos á aprovechar la primera ocasión que se les presentara para dejarlo, lo que era además muy conforme con sus naturales inclinaciones. Esta manifestación, apoyada en hechos prácticos y repetidos, probaba la ligereza con que el secretario del virreinato había atribuído la deserción á defecto en el suministro de las tropas y al costo de su vestuario, cuando existían otras causas más graves, sobre las cuales, sin embargo, no se llegó á adoptar providencia alguna radical. La funesta deserción nunca se extinguió en las tropas peruanas.

El ejército real del Alto-Perú conservaba sus anterio-

res posiciones; el cuartel general se mantenía en Tupiza sin motivo alguno de alarma por su frente, y las columnas destinadas á la persecución de las partidas facciosas, que vagaban por algunos partidos de las provincias, continuaban sosteniendo la reputación y el lustre de las armas españolas. Á principios de año alcanzó el teniente coronel Medinaceli, en Piahuani, al caudillo Martínez, á quien batió matándole seis hombres y apoderándose del mismo Martínez, un alférez, tres soldados, dos cajas de guerra, 21 fusiles, una arroba de pólvora, una bandera y la correspondencia. Desde el pueblo de Puna marchó con su columna el comandante Reboredo á las alturas de Tambillo, donde alcanzó y dispersó á los cabecillas Sillo, Carrillo y Bargas, matándoles ocho hombres con el sargento mayor Cabezas y otro oficial, hermano del caudillo Martínez, y cogiéndoles cinco prisioneros y 40 cabezas de ganado vacuno, sin más pérdida por nuestra parte que la de un sargento herido. Y en el siguiente mes de Febrero el coronel don Pedro Antonio Castro, hermano del infortunado don Saturnino, comandante del segundo escuadrón de Dragones americanos, sorprendió en Chucuity, tres leguas del puesto del Marqués, una partida enemiga de veintitrés hombres que mandaba el cabecilla Chuichúy, teniendo de segundo al ayudante mayor Fuentes, la cual fué toda prisionera menos tres soldados á quienes salvaron sus caballos.

Enterado el virrey Pezuela de que en el puerto de Valparaíso se aprestaba Cochrane para practicar un reconocimiento sobre nuestras costas, como operación preliminar de la que se proponía emprender más tarde San Martín con todo su ejército, y que entre las miras de aquel osado marino estaba la intentona de dar un golpe de mano sobre el puerto del Callao, dictó las providencias que estimó adecuadas, así para guarnecer nuestros buques, como para aumentar la defensa de los castillos y otros puntos de la costa. En Pisco había dispuesto un acuartelamiento de milicias de infantería y caballería á

las órdenes del mariscal de campo don Manuel González, que mandaba la costa Sur de la provincia de Lima. Nuestras fuerzas navales, surtas entonces en el Callao, se componían de las fragatas *Venganza* y *Esmeralda*, de la corbeta *Sebastiana*, de los bergantines *Pezuela* y *Maipu*, del pailebot *Aranzazu* y de seis lanchas cañoneras. Además se hallaban armadas en guerra dos fragatas mercantes y veinte lanchas particulares, cuyas fuerzas protegían los castillos Real-Felipe, San Miguel y San Rafael con otras baterías que montaban más de ciento cincuenta piezas de artillería gruesa.

Deseando el virrey examinar por sí el estado de nuestras fuerzas marítimas, acordó con el brigadier don Antonio Vacaro el que se ejecutase en la bahía un simulacro, al menos con las fuerzas sutiles, que S. E. quería presenciar, y al efecto, señaló el día 28 de Febrero. Amanecía entonces la costa cubierta de una espesa niebla que reducía á corto espacio el alcance de la vista, si bien solía disiparse á proporción que el sol se elevaba sobre el horizonte. El 28 de Febrero fué precisamente uno de los días en que la niebla apareció más densa y, por consiguiente, ofrecía mayor duración; pero como todos los preparativos para el simulacro se hallaban hechos, no quiso demorarlo el virrey. Salió, pues, bien de mañana de Lima para el Callao, acompañado de los brigadieres D. José de la Mar, segundo cabo y subinspector general del Perú, y D. Manuel de Llano y Nájera, subinspector de artillería; del coronel D. Juan Loriga y de los tenientes coroneles D. Ignacio Landazuri, D. Antonio Seoane y D. Andrés García Camba, siendo de advertir que Seoane, prisionero en el depósito de las Bruscas, había logrado fugarse y presentarse en el Río Janeiro, de donde regresó al Perú.

El virrey en un día despejado habría podido observar desde tierra los movimientos en la bahía; pero en esta ocasión no lo permitía la densidad de la niebla. Recibido en el Callao por los castillos y los buques con la salva correspondiente, mandó que se diera principio al simula-

cro, y al poco tiempo se embarcó con los que le acompañaban en el velero bergantín *Maipu*, que hizo salir á la bahía para ver más de cerca los movimientos de las embarcaciones y el vivo fuego que hacían, lo que apenas se conseguía por el estado de la niebla. Serían las once de la mañana cuando cesó el fuego; las fuerzas sutiles empezaron á regresar al fondeadero, y la niebla comenzaba también á elevarse. El bergantín *Maipu*, que mandaba el bizarro teniente de navío D. Francisco Sevilla, y que se había aproximado bastante á la isla de San Lorenzo, navegaba, igualmente, en demanda del fondeadero, cuando de repente y aun entre alguna niebla se descubrió una larga y hermosa fragata próxima á la costa por el punto que llaman Bocanegra, algo á sotavento del *Maipu*, con bandera larga española, las portas de la batería cerradas y las velas del color que comúnmente toman en las largas navegaciones. *¡Buque de España!* fué el grito unánime á bordo del *Maipu*, porque la satisfacción que se siente al ver un buque que se cree procedente del país natal, sólo la pueden comprender los que hayan residido en regiones remotas. Todos á bordo del *Maipu* anhelaban saber las noticias de que suponían portador al buque que tenían á la vista, y no era por cierto el virrey, en medio de su genial circunspección, el que menos ansia sentía. Dirigióse, pues, al comandante del *Maipu* para que á favor de su ligera marcha se acercase á la fragata avistada, y todos los que le acompañaban se apresuraron á aplaudir tan imprudente indicación. Don Francisco Sevilla era oficial de valor bien acreditado en nuestra marina, y aunque desde luego así él como su segundo dieron muestras de desconfiar de la construcción de aquella fragata, ningún motivo que no fuera justificado podía influir en su ánimo para que diese al virrey esta noble respuesta: "Excelentísimo señor: Me está prohibido reconocer ningún buque, teniendo á V. E. á bordo, que es la primera autoridad del reino; fuera de esto, si perdiéramos la línea de barlovento en que nos hallamos, ni á las cinco de la tarde tal

vez llegaríamos á ganar el fondeadero." Con esto desistió el virrey de su intento, porque también quería regresar á Lima todavía á hora oportuna de despacho.

La mencionada fragata, objeto de la curiosidad de los que se hallaban á bordo del *Maipu*, se puso en facha, y aun se la suponía confusa y aturdida por deber ignorar la causa del fuego de cañón que acababa de oir. Cerróse de nuevo la niebla que la cubrió enteramente, y el *Maipu* llegó al fondeadero, desembarcó el virrey y su comitiva y regresaron todos seguidamente á Lima. Aquella fragata resultó ser la *Reina María Isabel*, perdida en Octubre último en Talcahuano, á la cual se le había cambiado el nombre en el de la *O'Higgins* en honor del director de Chile, por el que será conocida en adelante, y la montaba el célebre inglés Cochrane. Así que la niebla volvió á ocultar sus movimientos hizo por el puerto con la mayor diligencia, acaso en la duda de que hubiese sido el fuego con alguno de los otros buques de su escuadra, y consiguió apoderarse de una de nuestras lanchas, que regresaba confiadamente al fondeadero. En este movimiento debió reconocer cerca al *San Martín* y al *Lautaro*, y es muy probable que les hiciese prevenciones. En seguida, con el arrojo más temerario, se lanzó Cochrane dentro del puerto, y dejando caer al agua un anclote por la popa, rompió el fuego sobre nuestros buques y castillos, que fué luego vivamente contestado por unos y otros. El *San Martín* y el *Lautaro*, menos diligentes que la *O'Higgins*, tardaron algo en poderla secundar; pero dada la alarma al puerto y plaza del Callao, la temeridad de permanecer expuestos á sus tiros era de todo punto inútil, y así lo hubo de reconocer Cochrane, retirándose al fin con sus buques á la isla de San Lorenzo, donde fondeó para reparar las averías que habían experimentado demasiado pocas y de corta entidad para el fuego que se les había hecho y la corta distancia á que lo aguantaron.

Apenas había entrado el virrey en su palacio de Lima, cuando un horrible fuego de cañón anunciaba en el Callao

una extraña novedad, y muy poco después se recibió parte oficial de lo que pasaba. ¡Cuántas reflexiones se ofrecían al recordar el ansia conque los que se hallaban á bordo del *Maipu* querían ser los primeros que saludasen un buque que creían procedente de la península! Si el comandante del *Maipu* hubiese, por desgracia, sido más contemplativo que fiel observador de sus deberes, el virrey del Perú, los jefes y demás personas que le acompañaban y el mismo bergantín, todos hubiesen sido aquel día fácil presa del enemigo. Cochrane, desde el cabo de la isla de San Lorenzo, donde había fondeado, distante dos leguas del Callao, envió á tierra alguna tropa al mando del mayor Miller, también inglés, y se apoderaron en dicha isla de un sargento que con diez soldados custodiaba algunos prisioneros de los destinados á la explotación de sus canteras, y á los cuales incorporaron en sus filas. En la isla de San Lorenzo dispuso Cochrane un laboratorio para preparar los brulotes con que proyectaba incendiar los buques fondeados bajo los fuegos de la plaza del Callao.

En estos preparativos se ocupó el enemigo hasta la noche del 22 de Marzo, en la que atacó vigorosamente el puerto para proteger así la dirección de uno de sus brulotes, el cual, sin duda maltratado por nuestros fuegos, se fué afortunadamente á pique antes de poder causar el daño que se intentaba. Cochrane se acercó temerariamente al muelle con la velera fragata *O'Higgins;* pero no habiendo podido ser bien secundado por los demás buques de su escuadra de inferior marcha, regresó al fondeadero de la isla de San Lorenzo después de haber aguantado un fuego vivísimo. "Muy poca gente pereció, y hubo pocos heridos; pero la jarcia sufrió y perdió el botalón (la *O'Higgins)*. El capitán Guise fué herido gravemente al principio del combate, y su teniente maniobró tan mal, que se separó la *Lautaro* y no volvió á entrar en línea" (1).

(1) M. Stevenson, *Relación histórica.*

Nuestras fuerzas sutiles, favorecidas de la niebla y de la calma, que solían durar á la sazón hasta cerca de las once de la mañana, atacaron el 25 del propio Marzo á la escuadra enemiga en su fondeadero, y fueron contestadas con energía por la *O'Higgins*, la cual no tardó en ponerse á la vela para aprovechar las primeras ventolinas precursoras de la brisa. Nuestras lanchas entonces, justamente recelosas de la proximidad del viento, tomaron la prudente resolución de regresar al puerto. Lord Cochrane, por su parte, como que también necesitaba proveer sus buques de algunos artículos, hizo rumbo para la costa del Norte, desembarcó alguna gente en Huacho y ocupó la villa de Huaura y el valle de Supe, pero dejando la corbeta *Chacabuco* encargada de cruzar al frente del puerto del Callao. En Huacho recibió Cochrane el 1.° de Abril el refuerzo de los bergantines *Galvarino* y *Puirredón*, que conducía el contralmirante Blanco Cicerón, quien se trasbordó al navío *San Martín*.

Así que supo el virrey Pezuela que los enemigos ocupaban los mencionados puntos, dispuso que una columna de 500 infantes y 200 caballos saliera de Lima en toda diligencia á libertar y proteger los pueblos invadidos, nombrando comandante general de esta expedición al teniente coronel D. Rafael Cevallos Escalera, y por su segundo en el mando y jefe de la caballería, al de la misma clase D. Andrés García Camba. Esta tropa dejó la capital el 3 de Abril, y adelantándose Camba desde Chaucay con los 200 caballos, ocupó á Huacho y Huaura sin dificultad y sin disparar una tercerola, porque los invasores se habían retirado á sus buques. Tan luego como Cevallos alcanzó á Huacho con la infantería, dirigió á Camba sobre Supe, de donde igualmente se retiraron los disidentes á la aproximación de la tropa española; pero ya habían logrado embarcar sobre 150 negros esclavos, algunas arrobas de azúcar y bueyes de la labranza de la hacienda de D. Manuel García, partidario leal de la causa de España. Al referir estas ocurrencias, dice Miller que

Camba no se atrevió á atacar á los patriotas; dió un parte pomposo al virrey diciendo que *había echado á los enemigos al mar y que fué ascendido inmediatamente.* Podemos asegurar que ambos asertos son falsos: primero, porque ni Camba dió parte alguno al virrey entonces, ni le correspondía, no siendo jefe principal de aquella columna; segundo, porque Camba no varió de divisa hasta Abril de 1822, por el mérito contraído en la gloriosa jornada de Ica.

Restablecido el orden en los pueblos de Huacho á Supe, determinó el virrey que se fijara en Huaura una corta guarnición, y nombró comandante de la costa del Norte, en la provincia de Lima, al teniente coronel don Mariano Cucalón, mandando regresar á la capital á la columna expedicionaria.

La escuadra enemiga de lord Cochrane todavía continuó su navegación al Norte; tocó en Huarmey y extrajo del bergantín francés *La Griselle* 60.000 pesos de propiedad española; después fué á fondear al puerto de Paita, desembarcó 100 hombres y ocupó y saqueó la población, sin que una compañía de infantería que había de guarnición ni los habitantes opusieran la menor resistencia, huyendo todos al monte con total abandono de sus casas. El pueblo de Paita ha sufrido de antiguo saqueos y malos tratamientos de toda clase de piratas y aventureros. Tomó después Cochrane de nuevo la vuelta del Sur, y vino á desembarcar en Supe con mayor número de gente, á fin de cargar azúcares de las haciendas inmediatas á la playa y de propagar la revolución señaladamente entre los negros esclavos con el poderoso señuelo de la libertad que les prometía, y por cuyo medio consiguió que se declarasen algunos en su favor. Noticioso el virrey de cuanto pasaba y temeroso de que la tropa con que contaba Cucalón en Huaura no bastase para rechazar aquella agresión, volvió á enviar al teniente coronel Cevallos Escalera con el batallón de Cantabria que mandaba, el cual se había formado sobre la tropa del regimiento pen-

insular que llegó á Lima en el transporte *Especulación*, como se ha dicho; pero cuando esta fuerza llegó á Huaura, ya el valiente Cucalón había batido en Supe y obligado á reembarcarse á los enemigos, y entonces lord Cochrane tomó con la escuadra republicana la vuelta de Valparaíso. Mas las especies sediciosas que habían procurado esparcir los revoltosos de Cochrane, produjeron poco después un desmán en los indios de Huailas, á que tal vez contribuyó también la imprudencia en la exacción de los tributos. Como quiera hizo el virrey marchar allí la compañía de cazadores de Cantabria que mandaba el bizarro don Joaquín Bolívar, y todo se apaciguó.

Al mismo tiempo que los enemigos de Chile lanzaban su escuadra sobre las costas del Perú, hicieron correr voces de que Belgrano, con sus tropas, avanzaba sobre las posiciones de nuestro ejército, y estas noticias alarmantes movieron al general en jefe á procurar salir de dudas, tanto más confiadamente, cuanto en caso afirmativo no podía Belgrano amenazar con grandes fuerzas. Dictó, pues, las órdenes que le parecieron convenientes, y el 12 de Marzo salió de Tupiza hacia el Sur con la mayor parte del ejército, resuelto á buscar al enemigo si en efecto se había movido. El cuartel general se estableció en la posta de Cangrejos, y la vanguardia se adelantó á Humahuaca con el brigadier Canterac, jefe del E. M. G. y más antiguo que Olañeta. Reforzada luego esta división con la mayor parte de la caballería avanzó de Humahuaca á Jujuy, en cuya ciudad entró el 26 del mismo mes después de haber dispersado las facciones de Arias, Álvarez y Cortés, éste último gobernador de dicha población. Las noticias adquiridas no dejaban lugar á recelo alguno por el frente, porque Belgrano, lejos de poder moverse hacia el Norte, había tenido que marchar con sus 2.500 hombres del Tucumán á Córdoba para hacer guerra á Artigas que hostilizaba al gobierno de Buenos Aires, y todo el país estaba en la idea de que iba á ser prontamente invadido por una expedición de la Península al mando del conde

del Abisbal. Con esta seguridad empezaron á regresar las tropas á sus anteriores cantones, y vista la obstinación con que los *gauchos* molestaban á la vanguardia en su retirada, se emboscó el brigadier Olañeta con seis compañías de infantería y 25 caballos en una quebrada inmediata á Huacalera con el fin de ver si lograba darles un golpe. Cuatro días se mantuvo oculto aquel jefe, y al anochecer del 3 de Abril se puso en marcha sobre Huacalera, donde sorprendió un campamento, tomando prisionero y mal herido al sargento mayor Jiménez con cuatro soldados, 26 fusiles y 30 caballerías; dirigióse seguidamente á Tilcara, cercó el pueblo sin ser sentido, y al amanecer del día 4 atacó á los rebeldes que allí había, y cogió prisioneros al comandante Álvarez, un teniente, dos sargentos, 30 *gauchos*, 36 fusiles, 70 caballos y mulas, después de algunos muertos en uno y otro campo sin la menor desgracia por nuestra parte. El afortunado Olañeta se incorporó al ejército con los referidos despojos, dejando bien escarmentados á los enemigos, que no volvieron á incomodarle, y trayéndose 100 cabezas de ganado vacuno, 6.000 de lanar y 200 *llamas*.

Después de los ataques temerarios de Cochrane al Callao, sus subsiguientes correrías en la costa, al Norte de Lima, y las continuas noticias que se recibían sobre los preparativos de una expedición en Chile, que S. Martín se proponía conducir personalmente al Perú, el virrey no podía dejar de concertar con el general en jefe del ejército de operaciones las medidas correspondientes á la defensa y seguridad del vasto territorio que les estaba respectivamente encomendado. Era, pues, urgente establecer mayor facilidad y prontitud en las comunicaciones y dar á las tropas, que no se creyesen de absoluta necesidad por el Sur, una colocación más conveniente hacia el Norte, para poder atender y acudir con menos tardanza adonde su presencia fuera más necesaria; pues que sin fuerzas navales superiores era un imposible reconocido la defensa de las extensísima costa que media entre Atacame

y Paita. Al efecto salió el general la Serna para Oruro el 1.° de Mayo, é hizo marchar en la misma dirección algunos cuerpos del ejército, formando una división intermedia que puso á las órdenes del coronel don Jerónimo Valdés. De Oruro se trasladó el general en jefe á Cochabamba, así por completar el arreglo de la administración de esta provincia, como por disfrutar de su benigna temperatura, que tanto necesitaba el estado delicado de su quebrantada salud. Allí recibió en fines de Mayo la deseada Real orden admitiéndole S. M. la dimisión del mando del ejército que reiteradamente le había hecho, concediéndole el rey licencia para regresar á Europa, al propio tiempo que se servía nombrar para sucederle en aquel cargo al teniente general don Juan Ramírez y Orozco, entonces gobernador presidente de Quito.

Las expediciones contra los indios alzados continuaban con éxito sus correrías. El coronel Germán alcanzó el 7 de Junio en Condorillo al cabecilla Chinchilla, y los dispersó matándole once hombres, incluso el capitán Luna, y cogiéndole 17 prisioneros, 19 fusiles además del armamento de éstos, dos cañones de bronce de á 2 con sus municiones y porción de ganado. El comandante D. Manuel Ramírez batió el 2 de Julio en Aiquile á los caudillos reunidos Coronel, Centeno, Cueto y Calderón; les mató 43 hombres, cogió 26 prisioneros y los caudillos, menos Centeno, que logró fugar, aunque herido; tres cañones, dos de á cuatro montados y uno de á seis sin montar; 115 fusiles, 19 sables, siete bayonetas, cuatro cajas de guerra, crecido número de fornituras y avíos de montar, dos cargas de municiones, más de 100 caballos y mulas y todos sus papeles. Cuando regresaba Ramírez de esta feliz expedición sorprendió é hizo prisionero al cabecilla Arizpe con siete soldados de la gavilla de Hinojosa.

El teniente coronel Espartero destrozó otra facción en Tupuyo, causándoles bastante pérdida entre muertos, heridos y prisioneros, y cogiéndoles porción de armas, caballerías y algunos azogues, y el coronel Antesana, en las

alturas de Leque, batió las gavillas de Mamani y Santisteban, haciendo prisioneros hasta los caudillos con todo su armamento, caballerías y demás útiles de guerra que poseían. El brigadier Olañeta hizo por este tiempo algunas correrías por los altos de Iluya, hacia la Nueva Orán, sosteniendo con ventaja varios encuentros con los enemigos, de los que resultó la muerte al capitán Pastor, tomándole algunas armas y ocho prisioneros y recogido 500 reses, 1.000 llamas y 7.000 cabezas de ganado lanar. El comandante de batallón del Imperial Alejandro, D. Tomás Barandalla, recorrió los valles de Santa Victoria, dispersando sin pérdida alguna los pocos enemigos que se le presentaron y recogiendo 200 reses y 700 cabezas de ganado lanar.

El precitado teniente coronel Ramírez sorprendió en la mañana del 18 de Agosto, en el pueblo de Totora, los caudillos Rojas, Curito, titulado coronel, Quintón, comandante general, Sandoval, comandante de caballería, (a) *El Cabo Gordo*, Ponce y el auditor de guerra de Serna, Torrico, y los hizo prisioneros con 24 hombres más, otros tantos fusiles y varios útiles de guerra y caballerías; y el coronel Aguilera sorprendió igualmente al caudillo Serna, que perdió la vida, y destrozó su facción, tomándole casi todo el armamento, las municiones y la mayor parte de sus caballos y mulas. El teniente coronel D. Ramón Gómez de Bedoya, con la columna de infantería y caballería que dirigía contra el caudillo Terreira, logró desalojarlo de las fronteras de los *chirihuanos* y obligó á huir, persiguiéndolo con actividad hasta las orillas del Pilcomayo. Después marchó desde Pirity contra el cabecilla Caballero, á quien se había reunido una compañía de Terreira, y logró derrotarlo tan completamente, que el que no quedó en el campo muerto ó prisionero se pasó luego á nuestras tropas, siendo del número de los segundos el bien conocido capellán de Terreira, y de los últimos el capitán Vázquez, cogiéndoles además 300 reses y 100 caballerías. Sólo Caballero, con dos hombres, consi-

guió escapar de esta derrota. Á Caballero venía á reunirse Cueto, con 40 hombres, cuyo segundo era Artiga, mas sorprendidos sobre la marcha, huyeron al monte; perseguidos allí por una partida de infantería y algunos indios bárbaros *chirihuanos*, los mataron éstos á flechazos y entregaron sus cabezas á la partida. También fué preso Fariñas, comandante revolucionario de las cordilleras de Caluano, quien había sido teniente por el rey; se le quitaron más de 800 cabezas de ganado y como 300 mulas y caballos, que formaban toda su fortuna. Por manera que casi se podía asegurar que quedaban libres de enemigos aquellas fragosas montañas. En esta penosa expedición sólo hemos contado algunos heridos y enfermos.

Habiendo llegado á Lima el nuevo general en jefe del ejército del Alto Perú, y de conformidad con el virrey, Pezuela, entregó el general La Serna el mando en Septiembre al brigadier Canterac y se despidió de las tropas que había mandado, las cuales hacían ya todas la debida justicia á su alto mérito. El 21 del mismo Septiembre se puso en marcha para Lima con ánimo de aprovechar el primer buque que saliera del Callao para Europa, y sería bien difícil expresar el profundo sentimiento con que el ejército y los pueblos vieron la partida de este general. Semejante género de gloria, que no siempre alcanzan los hombres públicos, debió de recompensarle las fatigas y sinsabores que el desempeño de su elevado destino le había proporcionado.

De la división intermedia establecida en Oruro á las órdenes del coronel Valdés salieron dos columnas á principios de Octubre á pacificar los valles de Moza, la una mandada por el teniente coronel D. Baldomero Espartero, y la otra por el de la misma clase D. Cayetano Ametller, las cuales, después de cincuenta y seis días de marchas y contramarchas, sorpresas y encuentros, dieron por resultado la muerte de los dos hermanos Contreras, Rodríguez (Andrés), Ramos, Herboso y Gómez, con la del teniente Antesana, que mandaba la escolta del primero,

la de otros oficiales y muchos indios, cogiéndoles también 85 prisioneros, dos cañones de bronce de á cuatro, 77 fusiles, 3.700 balas, los efectos de vestuario que tenían almacenados, 1.000 cabezas de ganado vacuno y 3.000 de lanar. Al propio tiempo el comandante militar de Moza Rendón hizo por su parte cinco facciosos prisioneros y recogió 20 fusiles. Seguidamente remitió Esparteró de su columna 100 hombres á los valles de Yungas con noticia de que habían tomado esta dirección muchos dispersos de las facciones batidas y perseguidas, y á pesar de la escabrosidad del terreno y de las continuas lluvias desempeñó esa tropa con tal diligencia su encargo, que algunos capitanes y subalternos se presentaron á indulto, y otros como Castro, Videla, Graneras y Portilla dejaron los Yungas y salieron por las Tres Cruces á la Puna, con ánimo, sin duda, de ocultarse entre Ycocha, Moza y Araca, dándose en este concepto orden á los comandantes militares de esos puntos para que igualmente los persiguieran. En los valles de Yungas se tomaron al enemigo 38 fusiles. Nuestra pérdida en todas las referidas expediciones fué de poca consideración.

Dispuesta en el cuartel general de Tupiza otra columna para hacer una correría sobre San Antonio de los Cobres á las órdenes del coronel Loriga, supo el brigadier Canterac, que tenía interinamente el cargo de general en jefe, que el famoso caudillo Chorolque andaba por la Rinconada saqueando los pueblos y recogiendo ganado, como tenía de costumbre. Era de suma utilidad dar un golpe á este caudillo que se titulaba comandante general de la Puna, y con este objeto mandó Canterac que se aprontasen 80 dragones americanos y 20 húsares de Fernando VII, y á las órdenes del comandante D. Rufino Valle los mandó adelantar sobre la Rinconada. Salió Valle de Tupiza el 9 de Diciembre, y al siguiente día 10, al amanecer, alcanzó los enemigos ya á caballo, mandó cargarlos á la mitad de los dragones y á los 20 húsares, y lo ejecutaron con tal decisión, que sólo un hombre logró

fugar, por la sobresaliente calidad de su caballo. Quedaron, pues, en poder de nuestros jinetes el caudillo Chorolque y su mujer con 24 prisioneros, 17 fusiles, una caja de guerra, todas sus caballerías y 2.000 cabezas de ganado lanar que el enemigo había recogido.

Así que el comandante Valle regresó á Tupiza emprendió la marcha la columna preparada al mando del coronel Loriga para la quebrada del Toro y San Antonio de los Cobres con el principal objeto de recoger ganado, así vacuno como mular y caballar para el ejército, y á las ocho leguas dieron sus descubiertas con una partida enemiga que dispersaron, matando un soldado y haciendo prisionero un capitán de las tropas de Buenos Aires. Á marchas forzadas continuó Loriga su comisión: dividió en dos trozos su fuerza, y ocupó con ellos á un tiempo la quebrada del Toro y San Antonio de los Cobres, en cuyo último punto hubo ligeros tiroteos con algunos gauchos, de que resultó contuso el teniente Medina, de la Unión Peruana. El resultado ha sido recoger 13.000 carneros, 1.400 llamas y 320 reses vacunas. Al regresar encargó Loriga al coronel D. Agustín Gamarra que recorriese las cordilleras de su flanco izquierdo, y en tres días de penosísimas marchas por ellas logró reunir 700 llamas y ocho cabezas de ganado lanar, pudiendo en todo abastecer de carne á las tropas por dos meses.

Los felices resultados de las frecuentes expediciones á que se veían obligadas las tropas en el Alto Perú y la debilidad en que las disensiones interiores tenían al Gobierno de Buenos Aires ofrecían por aquella parte una larga tranquilidad. Muy distinto era el aspecto que presentaba el Bajo Perú, siempre en alarma por las noticias que continuamente se recibían acerca de los grandes preparativos de que se ocupaba San Martín en Chile para invadirlo. Con este motivo propuso Canterac al virrey una expedición sobre el Tucumán ó más adelante, con la que intentaba paralizar los proyectos de San Martín. Canterac ardía en deseos de distinguirse, y á fin de proporcionarse

la ocasión, presentaba al virrey un plan que las probabilidades combatían, porque las miras de San Martín de llevar á las costas del Perú un cuerpo de tropas para trastornar el reino, y la facilidad con que podía ejecutar este pensamiento, contando como contaba con el dominio del mar, debían hacer inadmisible el aventurado proyecto de Canterac. Así fué que el virrey, con suma prudencia, no convino en la precitada propuesta.

Vuelto á Chile el almirante Cochrane, empleó tres meses de continuo trabajo en la fabricación de cohetes á la congreve y demás preparativos para atacar de nuevo el puerto del Callao y apresar ó destruir los buques españoles allí fondeados, proyecto que aprobaba y costeaba el Gobierno chileno. Consiguientemente salieron de Valparaíso el 12 de Septiembre la *O'Higgins*, de 48 cañones, vicealmirante lord Cochrane; el *San Martín*, de 60, contraalmirante Blanco y capitán Wilkinson; la *Lautaro*, de 46, capitán Guise; la *Independencia*, de 28, capitán Foster; la *Victoria* y la *Jerezana* dispuestas para emplearlas como brulotes; el *Galvarino*, de 18, capitán Spry, y el *Araucano*, de 16, capitán Crosbie, se reunieron después á la escuadra; se aumentó la guarnición de estos buques con 400 soldados, fiando el mando de toda la tropa al teniente coronel Charles, y nombrando de su segundo al mayor Miller (1).

El 28 del mismo Septiembre se presentó Cochrane en el cabezo de la isla de San Lorenzo, y el 30 entró la escuadra en la bahía del Callao. "La *O'Higgins* izó bandera blanca, y el lord Cochrane envió un bote á tierra con una carta para el virrey, desafiándole á enviar fuera del puerto los buques que quisiera, que él ofrecía atacarlos buque á buque y cañón á cañón. Esta propuesta de dudosa regularidad en los usos de la guerra, recibió una lacónica negativa, como debía esperarse; y la medida también inútil de enviar un cohete en el bote para enseñarlo á los realistas,

(1) Memorias del general Miller.

produjo una diferente impresión de la que esperaban" (1). Dejamos al juicio de las personas sensatas el juzgar del mérito de esta singular aventura, después de la cual pronto probó Cochrane que sus célebres cohetes no producían ni el daño ni la terrible impresión que imaginaba.

Sin embargo, en la noche del 2 de Octubre atacó furiosamente el puerto con bombas, cohetes y bala rasa á un tiempo, sin lograr otra cosa que hacer nuevo alarde de su indisputable osadía y proporcionar á los defensores ocasión de repetir nuevas pruebas de su lealtad. Tres noches después lanzó uno de sus brulotes contra los buques españoles; pero contrariado por la escasez del viento y por las corrientes, y probablemente también maltratado por los disparos de nuestra artillería, hizo su explosión distante del fondeadero, y, por lo tanto, no causó el menor daño.

Durante los bruscos ataques del enemigo, el servicio se desempeñó con puntualidad, y tanto los buques como los castillos, contestaron con prontitud á los fuegos de los contrarios, causándoles alguna pérdida. De la escuadra enemiga cruzaba fuera de bahía el *Araucano*, el cual avistó el 6 de Octubre una fragata que le pareció sospechosa y dió parte. Cochrane se hizo á la vela con los demás buques, y en la persuasión de que era un buque ballenero, se volvió al día siguiente á su fondeadero. Era la fragata de S. M., la *Prueba*, procedente de Cádiz, de donde había salido con los navíos *Alejandro* y *San Telmo* en tan mal estado, que el primero tuvo que regresar á Europa desde la línea, y el *San Telmo* se perdió en el cabo de Hornos, sin que se salvara un hombre. El capitán de navío D. Melitón Pérez del Camino, comandante de la *Prueba*, se apercibió sobre los Chorrillos de lo que pasaba en el Callao, hizo seguidamente rumbo al Norte y salvó por entonces en Guayaquil esa famosa fragata. Calcúlese ahora el giro que habría tomado allí la guerra si con la *Prueba* hu-

(1) Memorias del general Miller.

biesen llegado á la vista del Callao los dos referidos navíos en estado de combatir.

Convencido sin duda el almirante Cochrane de la ineficacia de sus cohetes, de sus brulotes y de sus temerarios ataques contra el puerto y plaza del Callao, se hizo á la vela con su escuadra en la tarde del 8 de Octubre, con la intención de ir á Arica, según Miller; pero después de tres semanas de navegación contra viento y corrientes, y vista la pesadez de algunos de sus buques, varió de plan: la fragata *Lautaro*, el bergantín *Galvarino* y la *Jerezana*, transporte destinado á brulote, mandados por el capitán Guise y reforzados con 400 hombres, fueron enviados á Pisco á proveerse de aguardiente, y Cochrane con la *O-Higgins*, el *San Martín*, el *Araucano* y el *Puirredón*, hizo rumbo al Norte.

En la villa de Pisco se hallaba el mariscal de campo D. Manuel González con 400 infantes, sobre 80 caballos y cuatro piezas de campaña; pero, á excepción de los artilleros, esta tropa era de milicias y estaba muy atrasada en su instrucción y disciplina: en la madrugada del 7 de Noviembre fondeó Guise en el puerto de Pisco fuera de los tiros de un mal fuerte que había, y desembarcó en seguida más de 400 hombres al mando de los ingleses Charles y Miller y una partida de coheteros con el capitán Hind, también extranjero. Mientras éste distraía al fuerte con sus cohetes, atacaron aquéllos con suma decisión la inmediata villa; y aunque el general González había tomado sus disposiciones para una conveniente resistencia, no fué de larga duración, porque, observando su bisoña tropa que no obstante sus fuegos el enemigo avanzaba sobre ella, perdió la serenidad y se desbandó, forzando al general á retirarse á Caucato, hacienda situada á la derecha del río de Pisco. Esta villa quedó en poder de los enemigos, aunque no sin pérdida: los dos jefes, Charles y Miller, fueron gravemente heridos, y el primero murió de resultas á bordo.

Dueños los invasores de la población de Pisco y de sus

provistos almacenes, embarcaron el aguardiente y demás efectos que quisieron; destruyeron muchos de los que no podían llevarse, y la hicieron sentir otros males consiguientes, calculándose en crecido número de pesos el daño que causaron. "El capitán Sowersby—dice el mismo Miller—muerto en 1824 en Junin, que sucedió al mando de los marinos, permaneció en la costa cuatro días sin que nadie osara molestarle, y en cuyo tiempo embarcaron cuantos efectos necesitaban los buques. Una partida de marineros destruyó por valor de doscientos mil duros en aguardiente que estaban en la playa" (1).

El 11 de Noviembre dejó Guise el puerto de Pisco para dirigirse al Norte, y el 16 del propio mes se incorporó con sus buques á los de Cochrane, enfrente de Santa, cuya población ocuparon desalojando fácilmente de ella los inexpertos milicianos que la guarnecían.

Así que el virrey Pezuela supo la ocupación de la villa de Pisco y la retirada del general González á Caucato en bastante desorden, mandó salir de Lima en su apoyo dos compañías del batallón de Numancia, un escuadrón de dragones del Perú, en excelente estado, y dos piezas de artillería, todo á las órdenes del teniente coronel Camba. Al llegar á Cañete esta tropa, súpose que los invasores de Pisco habían vuelto á sus buques y desaparecido, y allí esperó nuevas órdenes. Enterado el virrey, dispuso que la columna expedicionaria regresara á Lima y que el general González pasara de cuartel á la misma ciudad.

El virrey mandó á Camba que le informara de cuanto hubiese podido observar en la parte de costa que acababa de recorrer, y lo verificó el 20 de Noviembre exponiendo á S. E. el mal estado de defensa en que la creía y la absoluta necesidad de dar instrucción á las milicias acuarteladas, y que en adelante se acuartelasen, si había de sacarse da ellas alguna utilidad. En consecuencia, fué nombrado el mismo Camba comandante general de la

(1) Memorias del general Miller.

costa del Sur en la provincia de Lima en reemplazo del general González, encargándole al propio tiempo la instrucción de la tropa de infantería y caballería de milicias que se mandaba reunir en Pisco. Al efecto, fué también auxiliado este jefe con la primera compañía de Numancia, que mandaba el capitán Urdaneta, y algunos oficiales y tropa de dragones del Perú. Establecido Camba en Pisco á principios de Diciembre, es de pública notoriedad el empeño con que se dedicó á corresponder debidamente á la honrosa confianza que había merecido.

Provista la escuadra del almirante Cochrane, que dejamos en Santa, del agua y de los víveres que necesitaba, volvió á hacerse á la mar: se experimentaban á bordo unas calenturas malignas que causaban diarias desgracias, y como el navío *San Martín* y la corbeta *Independencia* eran los buques que más sufrían, los mandó Cochrane á Valparaíso con Blanco Cicerón, su segundo; y él, con las fragatas *O'Higgins* y *Lautaro* y los bergantines *Galvarino* y *Puirredón*, tomó el 21 de Noviembre la vuelta del Norte, apareció el 27 sobre la boca del río Guayaquil, y despreciando con su genial temeridad los peligros que ofrecen los bajos y la navegación, continuó subiéndolo toda la noche, y en la mañana del día 28 apresó las grandes fragatas *Aguila* y *Begoña*, del comercio de Lima, cargadas de tablazón y armadas de 20 cañones cada una. La prueba aligerada de su artillería había sido conducida algunos días antes al abrigo de las baterías de la plaza, y se salvó también esta vez. Finalmente, el 13 de Diciembre salió Cochrane con la *O'Higgins* y la *Lautaro* para Chile, llevándose las dos fragatas apresadas, y los bergantines *Galvarino* y *Puirredón* quedaron todavía cruzando sobre aquellas aguas, como confirma Miller.

Con motivo del último ataque de lord Cochrane al Callao, el virrey hizo en la Pascua de Natividad una promoción: de sus resultas fueron ascendidos á generales los brigadieres La Mar, Llano, subinspector de artillería, y Vacaro, comandante del apostadero; el coronel Monet á

brigadier, y graduados de coroneles Delgado, comandante de Numancia; Cevallos Escalera, de Cantabria, y Rodil, de Arequipa, con algunos otros de inferior graduación. Notóse excluído el brigadier Olaguer Felió, comandante general de ingenieros, y se censuró, porque sus dependencias habían concurrido como las demás armas á la defensa del Callao. La crítica subió de punto con la ocasión de haber recibido muy poco después ese jefe el real nombramiento de mariscal de campo hecho por Su Majestad antes del referido ataque del Callao. Para el importante buen crédito de los representantes de un monarca á tanta distancia del trono no hay incidente indiferente.

Al terminar el presente año llegó á Lima el general La Serna en solicitud de buque para regresar á España, en uso de la autorización que Su Majestad le había otorgado. Todos los amantes de la causa de la metrópoli, conocedores de los peligros que amenazaban la tranquilidad del país, sentían la separación y ausencia de este general, mayormente cuando se atribuía su regreso á la Península, á la falta de buena inteligencia entre él y el virrey Pezuela, ambos oficiales de artillería. No se prestaba con gusto La Serna á ser mero ejecutor de disposiciones que no siempre le merecían aprobación, ni tampoco quería servir de obstáculo á su ejecución por si su juicio errado, en cuya virtud, se decía había tomado la resolución de renunciar el cargo de general en jefe del ejército de operaciones del Alto Perú. La conducta noble, desinteresada y franca de La Serna, desde su arribo al reino, su afabilidad y su cortesía con cuantos se acercaban á hablarle, le habían granjeado la más sincera estimación y una opinión tan alta y universal, que lejos de disminuir, aumentaba y se engrandecía por su partida en las actuales circunstancias. Las amenazas de una expedición de Chile contra el Perú se hacían cada día más positivas: la antigua fortuna del virrey, y su consiguiente nombradía, iban en sensible decadencia, porque tal es comúnmente la suerte del hombre público, aun sin las facultades que rodeaban entonces

la administración del reino. De aquí provino, pues, que al disponer La Serna su embarco, las autoridades de Lima pidieran oficialmente su permanencia en el país, petición á que accedió el virrey, promoviendo á teniente general á La Serna en nombre de Su Majestad. Esta disposición fué recibida con universal aplauso, porque se esperaba mucho de los servicios que el general La Serna podía prestar en el Perú.

CAPÍTULO XV

Pérdida del bergantín *Potrillo* y de Valdivia.—Atrocidades de Erezcano y de Latapia.—Ciudad y provincia de Valdivia.—Cochrane rechazado en Chiloé.—Quintanilla.—Derrota del Toro.—Narváez.—Bobadilla.—Senosiain.—Expediciones ventajosas sobre los indios insurrectos.—Ramírez.—Expedición á Salta.—Anuncios de una conspiración.—Preparativos de defensa contra una invasión chilena.—Camba expone al virrey el estado de las tropas de Lima.—Consecuencias.—Desembarco de San Martín en Pisco.—Recibe el virrey órdenes de la corte: manda publicar y jura la Constitución.—Progreso de San Martín.—Inútiles proposiciones de paz.—Tropas de la vanguardia.—Expedición de Arenales.—Pasa San Martín al Norte de Lima.—Derrota de O-Relly en Pasco.

1820

Luego que el almirante Cochrane dejó las aguas de Guayaquil el 24 de Diciembre del año anterior, previno á los buques de su escuadra que se dirigieran con las presas á Valparaíso, y él con la *O'Higgins* remontó hasta la isla de Juan Fernández, ansioso de reconocer el puerto de Valdivia y certificarse de si había entrado ó se hallaba allí el navío de guerra *San Telmo*, que, como hemos indicado ya, desgraciadamente se lo había tragado el mar con toda la gente que traía á bordo. De las fatales consecuencias de este reconocimiento vamos á dar una breve idea siguiendo en lo principal la relación histórica de Mr. Stevenson que acompañaba á lord Cochrane.

El 19 de Enero del presente año descubrió el almiran-

te la punta Galera, promontorio meridional de la bahía de Valdivia, sobre la cual ondea el pabellón español. Al día siguiente, por la mañana, entró Cochrane con su falúa en el puerto, y examinó el fondeadero, en el que se hallaba la fragata mercante *Dolores*, que después apresó. Como á las seis y media vino á bordo una embarcación menor con un oficial y cuatro soldados engañados por la bandera española que tenía izada la *O'Higgins*, y todos fueron detenidos prisioneros. Poco después se presentó á la vista un buque; le dió caza Cochrane con la velera *Isabel*, y lo apresó con facilidad: era el bergantín *Potrillo*, remitido del Callao por el virrey Pezuela, con socorros para Chiloé y Valdivia, en cuyo primer punto había tocado ya. Con esta ventaja, y con las noticias adquiridas por los prisioneros, concibió Cochrane el atrevido proyecto de apoderarse del puerto fortificado de Valdivia, y al efecto hizo rumbo para Talcahuano, donde fondeó el 20 de Enero, y obtuvo del general Freire, que mandaba la provincia de Concepción, los auxilios que reclamaba. En consecuencia, el 28 por la tarde, 250 hombres á las órdenes del mayor Beauchez, oficial francés al servicio de Chile, fueron embarcados en la *O'Higgins* en el bergantín de guerra el *Intrépido* y en la goleta *Motezuma*, fondeados en Talcahuano.

Esta expedición, por falta de viento favorable, no pudo hacerse á la vela en toda la noche: serían las cuatro de la mañana del 29 cuando lord Cochrane se retiró á descansar, encargando al teniente Lawson le avisase si cambiaba el viento ú ocurría cualquiera otra novedad. Luego que el almirante dejó la cubierta, hizo Lawson iguales prevenciones al guardia marina George, y se retiró también á su camarote. Una niebla densísima no permitía extender la vista á más de 20 varas de los buques; y habiéndose levantado una ligera brisa, la *O'Higgins* garró y dió sobre un banco de arena tan cerca de la isla Quiriquina, que el bauprés llegó á enredarse en las ramas de los árboles. Esta inesperada novedad trajo al almirante sobre cubierta á medio vestir, y con gran sorpresa observó ya gruesos

trozos del forro y fragmentos de la falsa quilla que nadaban alrededor de la fragata. Al instante mandó echar un ancla por la popa para que sirviera de espía, y en pocos minutos estuvo el buque á flote, fuera del banco. El carpintero reconoció tres pies de agua en la bodega, y no sólo desesperó esto á la gente ocupada en el manejo de las bombas, sino que todos tenían por malograda la expedición. Media hora después avisó el carpintero que el agua no disminuía: preguntóle Cochrane si aumentaba, y con su respuesta negativa dieron los buques la vela, rasgo verdaderamente característico del genio de aquel almirante.

El 2 de Febrero, estando esta expedicion al Sur de Punta Galera, todas las tropas y la mayor parte de los marineros de la *O'Higgins* fueron transbordados al *Intrépido* y á la *Motezuma*, se dirigieron luego á la bahía de Valdivia y fondearon al ponerse el sol cerca de la Aguada del Inglés, sin que nadie les incomodara, porque todavía en tierra creían que podían ser buques nacionales; error funestísimo y casi indisculpable después de lo que había procedido. Entrada la noche empezaron los enemigos su desembarco y su ataque, sirviéndoles de guía uno de los soldados españoles de los apresados por la *O'Higgins*, y aunque alarmada ya la guarnición, se apoderaron de los puntos fortificados la Aguada del Inglés, Amargos, San Carlos, los dos Chorocomayos y toda la parte Sur del puerto. Las baterías de Valdivia estaban abiertas por la gola, menos los fuertes del Corral y Niebla, y dominadas, además, por el lado de tierra, como si jamás hubiese que temer por esta parte. El subteniente Vidal hizo en la de San Carlos dos oficiales españoles prisioneros, á quienes mandó pasar á cuchillo el capitán Erezcano, de Buenos Aires, á pesar de la noble desaprobación de aquél.

Á las nueve de la mañana del 4 de Febrero fondeó en el puerto la *O'Higgins* con bandera española, y la guarnición de Niebla cayó de nuevo en el error de creer que este buque era español; para mayor seguridad, sin embar-

go, hizo uso de una señal reservada, y no habiéndola podido contestar la fragata, fué abandonado el fuerte con alguna precipitación, el cual ocuparon los enemigos con la batería Mancera. De este modo, en poco más de quince horas, pasaron al poder de los contrarios la Aguada del Inglés, el Piojo, la Boca, Playa Blanca, San Carlos, el alto y bajo Chorocomayos, Mancera, Niebla y el Corral, que montaban 128 cañones, y en sus almacenes hallaron 840 barriles de pólvora con 120 libras cada uno, 170.000 cartuchos, cerca de 10.000 balas, muchas de ellas de cobre, y otra cantidad inmensa de municiones de guerra. Míster Stevenson confiesa de pérdida por parte de los independientes nueve hombres muertos y 19 heridos, y asegura que los españoles tuvieron tres oficiales y 10 soldados muertos, 21 heridos, seis oficiales, incluso el coronel Hoyo, 66 individuos de tropa prisioneros.

Adoptadas las disposiciones conducentes á la seguridad del puerto de Valdivia, se dirigió lord Cochrane por el río á la ciudad, que era la única vía de comunicación, la cual había sido igualmente abandonada y no sin algún desorden á causa de la indisciplina que se había introducido entre los presidiarios y aun entre la misma tropa. En la correspondencia apresada halló Mr. Stevenson una comunicación de Quintanilla, gobernador de Chiloé, en la que participaba al coronel Montoya, que lo era de Valdivia, los temores que tenía de que estallara una revolución en San Carlos. Nos parece que en este aserto ha debido padecer Mr. Stevenson una gravísima equivocación, tanto porque la provincia de Chiloé se ha distinguido siempre por su notoria fidelidad á la España, como porque hemos tenido ocasión de saber que el mismo gobernador Quintanilla tachaba de inexacta la aseveración referida. Como quiera, exaltado Cochrane con el triunfo que acababa de conseguir, resolvió tomar la vuelta de Chiloé con la tropa del mayor Miller, embarcada en el bergantín *Intrépido*, en la goleta *Motezuma* y en el transporte apresado *Dolores*.

El 18 de Febrero puso Cochrane en tierra su gente en la espaciosa playa de la Corona de Chiloé, la que tomó sin dificultad dos baterías avanzadas de dos piezas cada una, mandadas abandonar y clavar, replegándose la tropa que las sostenía al castillo principal, llamado San Miguel de Ahuí, que es el mejor situado y más regularmente construído para defender la entrada en el puerto de San Carlos. Á la vista del enemigo, el gobernador Quintanilla reforzó la guarnición de Ahuí, y tuvo pronta la demás tropa para lo que pudiera ocurrir; y las embarcaciones necesarias para navegar las tres millas que separan aquel castillo de la plaza de San Carlos. Como los independientes conocían bien la importancia de dar un golpe seguro sobre la fortaleza de Ahuí, marcharon inmediatamente y con decisión sobre ella, y la atacaron con valentía; pero la situación elevada del fuerte y el vivo fuego de sus leales defensores frustraron las esperanzas de los contrarios, quienes emboscados en la maleza del terreno sostuvieron el fuego largo rato. El resto de la guarnición entonces se embarcó en San Carlos para buscar al enemigo por la espalda, cuya operación le obligó á retirarse con alguna pérdida entre muertos y heridos, siendo de este número y de gravedad el mayor Miller. Unido el auxilio de San Carlos á la tropa del castillo de Ahuí persiguieron á los disidentes hasta que los obligaron á guarecerse á bordo de sus buques, que siempre se mantuvieron muy inmediatos. Dos compañías veteranas y una de milicias, que componían la guarnición de Ahuí, todas de naturales del país, fueron premiadas por el virrey del Perú en nombre de Su Majestad con un escudo de distinción, y sus capitanes, además, con el grado inmediato.

Mientras el almirante Cochrane recibía de la fidelidad chilota y de las disposiciones de Quintanilla una severa lección, se preparaba el mayor Beauchef, aumentando sus filas con voluntarios de Valdivia para perseguir los restos de la tropa real, que por los Llanos y Osorno se replegaba sobre Chiloé, y á la cual Quintanilla había mandado

situar en el partido de Carelmapu. Á la cabeza de esta tropa venía el anciano coronel Montoya, gobernador de Valdivia, y su segundo en el mando era el comandante de Cantabria D. Juan Santalla, contra quien se notaba alguna prevención entre los oficiales, y muy particularmente de parte de D. Francisco Narváez, capitán primer ayudante del mismo cuerpo, hoy teniente general conde de Yumuri. Como quiera el resultado de estas desavenencias vino á ser que Montoya, Santalla y algún otro pasaron á San Carlos, que el comandante de cazadores-dragones Bobadilla tomó el mando de toda la tropa, y que la de infantería quedó á las órdenes del capitán Narváez.

Las ventajas obtenidas sobre los enemigos desembarcados en las playas de la corona de Chiloé llenaron de entusiasmo y de satisfacción á las tropas y habitantes de esta fiel provincia, y movieron al gobernador Quintanilla á disponer que los restos de la guarnición de Valdivia tornasen á ocupar á Osorno y los Llanos, porque conocía la imposibilidad de atender á la manutención de las tropas, sin la posesión de aquellos territorios que siempre habían abastecido de carnes y harinas la provincia de Chiloé. En consecuencia contramarchó el comandante Bobadilla en dirección de los puntos señalados, y del 5 al 6 de Marzo se encontró con Beauchef en el Toro, quien obtuvo sobre nuestra gente un completo triunfo, apoderándose de 17 oficiales y de cerca de 200 hombres de tropa, según dice Torrente, ó haciendo 270 prisioneros y cogiendo todas las armas y bagajes de los españoles, según Stevenson. El resto de la fuerza de Bobadilla, que pudo vencer la espesura del monte, se refugió á la izquierda de la ría de Maullin, que separa el continente del archipiélago de Chiloé, y de ese número fueron el mismo Bobadilla, Narváez, el teniente de cazadores-dragones, D. Miguel Senosiain, hoy también general, y otros oficiales. El 10 de Marzo regresó Beauchef triunfante á Valdivia, en cuyo puerto entró el 12 Cochrane rechazado de Chiloé para dirigirse en seguida á Valparaíso y con-

currir á los aprestos de la expedición contra el Perú de que se ocupaban O'Higgins y San Martín.

Además de la atrocidad del capitán Erezcano, de la que hemos hecho mención, tenemos que referir otra del subteniente Latapia para que se vea el carácter sanguinario que distinguía á algunos independientes. «Este oficial —dice Mr. Stevenson—fué encargado de guarnecer el fuerte del Corral con un destacamento de la tropa de Concepción embarcada en Talcahuano, y allí á sangre fría, sin la menor provocación, hizo pasar por las armas á un cabo y un soldado de los prisioneros. Dispuse al instante que cuatro oficiales que estaban aún en la playa fuesen conducidos á bordo de la *O'Higgins*, temeroso de que fueran tratados con igual inhumanidad. Al regreso de lord Cochrane de Chiloé, Latapia fué conducido á bordo en calidad de arrestado y se mandaron instruir las correspondientes diligencias para que pudiera ser juzgado. De su conducta, así como de la de Erezcano, se dió conocimiento al gobierno de Chile, y cuando esperábamos saber que se les había impuesto alguna pena, fuimos sorprendidos con sus ascensos. Ambos oficiales fueron luego empleados y adelantados por el general San Martín." Según el mismo Stevenson las tropas que guarnecían á Valdivia, cuando Cochrane atacó su puerto, ascendían á 1.600 hombres de todas clases y armas, la mayor parte restos del ejército real que en 1819 se retiró de Concepción con el brigadier Sánchez, mientras la fuerza de Cochrane no llegaba á 400. El bergantín *Intrépido* dió en un banco en el puerto de Valdivia, á causa de un golpe de viento, y se perdió.

La mayor parte de las poblaciones españolas del reino de Chile, llamado por los indios *Chili*, han sido levantadas por el célebre conquistador D. Pedro Valdivia, desde la capital Santiago fundada en 1541 hasta la ciudad de Valdivia que construyó en 1553 y la dió su nombre. Sobre esta provincia publicó Mr. Stevenson algunas noticias sacadas de los archivos españoles que cayeron en

poder de los enemigos. El puerto, pues, de Valdivia está situado á los 39° 50′ de latitud Sur y á los 73° 28′ de longitud occidental, y es uno de los mejores de esta parte de la América, defendido del lado del mar por la naturaleza de su posición y por sus fortificaciones. La embocadura del puerto es estrecha, y su entrada está dominada por la batería de San Carlos sobre el pequeño promontorio del Sur, y por el fuerte Niebla del lado del Norte: se hallan también al Sur las baterías Amargos y los dos Chorocomayos, y en el fondo de la bahía el fuerte del Corral, dominando el fondeadero. En la pequeña isla Mancera está la batería de este nombre, que protege la entrada del río que conduce á la ciudad, y además la Aguada del Inglés al Sur y la Avanzada y el Piojo al Norte. El fondeadero es bueno y capaz de contener un gran número de buques.

Al Norte de la ensenada corre el río de Valdivia abundante en pescados, y sus orillas están pobladas de árboles de excelente madera para la construcción de buques y de otras obras. En 1599 se alzaron los indios y apoderaron de la ciudad que destruyeron en 1603. En 1642 la recobró con suma astucia el coronel D. Alonso de Villanueva, comisionado al efecto por el virrey del Perú, marqués de Mancera, y en 1645 fué levantada y poblada de nuevo. En 1765 ascendía la población de Valdivia á 953 habitantes, y en 1820 no contaba más que 741, disminución que debe atribuirse á la emigración á Osorno y á los muchos individuos que bajo distintas banderas habían abrazado la profesión de las armas.

La provincia de Valdivia se extiende desde el río Tolten, que está á los 38°, hasta el río Bueno, situado á los 40° 30′ Sur, y desde la cordillera de lós Andes, que los Incas llamaban *Antis*, hasta el mar Pacífico, es decir, 52 leguas de largo y sobre 45 de ancho. El gobierno español confiaba la administración de esta provincia á un gobernador político y militar dependiente del capitán general presidente de Chile. Valdivia servía de presidio

para los condenados á esta pena en el Perú y en Chile: la ciudad tenía una iglesia parroquial, un convento de misioneros franciscanos que ocupaba la casa que había pertenecido á los distinguidos jesuítas, y una capilla correspondiente al hospital de San Juan de Dios. La provincia de Valdivia formaba parte del obispado de la Concepción; pero el convento de los misioneros dependía del de Chillau, y ambos estaban sujetos á la jurisdicción del provincial de Santiago de Chile. Para el sostenimiento de las cargas públicas de Valdivia, durante la dominación española, se remitía un situado de las cajas de Lima y de Santiago de Chile: en 1646 ascendió este situado á 28.280 pesos fuertes; en 1765 á 50.992, y en 1809 á 159.439. Los valdivianos, agitados por las novedades que producía en el Nuevo Mundo la guerra de la independencia de la Península, se declararon en 1813 independientes de las autoridades españolas; pero al año siguiente volvieron espontáneamente á su antiguo régimen, y permanecieron sumisos hasta la invasión de Cochrane, de cuyas resultas quedó la provincia incorporada á la República de Chile.

Con los jefes, oficiales y sargentos del país correspondiente á la tropa de Valdivia se formó en San Carlos un depósito, porque se alimentaban con la esperanza de regresar pronto á Chile. El coronel Montoya y otros á quienes el virrey había mandado formar causa pasaron á Lima, así como varios oficiales europeos de los procedentes de la desgraciada expedición de la reina María Isabel. A fines de 1820 arribó á Chiloé un bergantín remitido desde Arauco por el comandante D. Vicente Benavides, pidiendo auxilio de gente, armas y municiones para continuar la guerra en la provincia de Concepción. Casi todos los oficiales de cazadores-dragones, varios del depósito y alguna tropa se ofrecieron voluntariamente para pasar á las órdenes de Benavides, impelidos en gran parte de la escasez y desnudez que experimentaban, y al jefe de Chiloé no podía dejar de serle grata la ocasión que se le

presentaba de proporcionar servicio á hombres de armas ociosos y tal vez descontentos. Con ellos, pues, con algunas municiones, un cañón de á 24 y ningún fusil, porque no los había, fué despachado el referido bergantín, que arribó felizmente á Arauco su destino.

Vuelto Cochrane á Valparaíso, el gobierno de Chile mandó acuñar una medalla en memoria de la afortunada adquisición de Valdivia, y que se distribuyera entre los oficiales que habían tomado parte en ella. El almirante reclamó recompensas para la tropa y aun parte de presa para la marinería, que como casi toda era extranjera no la guiaba mayor estímulo que el del interés; mas disgustado Cochrane con que su demanda no fuese atendida, hizo dimisión del mando. Entonces el director O'Higgins y el general San Martín le escribieron de la manera más lisonjera, haciéndole las mayores promesas para moverle á desistir de su renuncia y continuar al frente de la escuadra por la importancia de la expedición proyectada al Perú, *cuyo suceso*—confesaban—*dependía principalmente de los talentos y generosos esfuerzos de lord Cochrane*, según afirma Mr. Stevenson.

El ejército real del Perú conservaba las mismas posiciones que el año anterior con reconocida superioridad; se mantenía en buen estado de instrucción y disciplina; no bajaba su fuerza disponible de 7.000 hombres, y se hallaba á su cabeza el acreditado teniente general D. Juan Ramírez y Orozco, nombrado por Su Majestad para reemplazar en el mando en jefe al general La Serna. Ramírez llegó á Tupiza el 5 de Febrero, y no tardó en saber los satisfactorios resultados de las columnas empleadas en la persecución de los indios alzados.

El teniente coronel D. Francisco Pereira, comandante militar de Mizque en la provincia de Cochabamba, alcanzó y batió el 8 de Marzo en la montaña de San Vicente la gavilla del cabecilla Flórez, á quien logró hacer prisionero. Regresó luego al pueblo de Tintin para dar un conveniente descanso á su fatigada gente, y tres días des-

pués, al amanecer del 11, se vió repentinamente acometido por las facciones reunidas de Calderón, Cáceres, Rifarache y Román; pero á pesar de su superioridad numérica, fueron los insurrectos rechazados con pérdida de 6 hombres muertos, incluso el caudillo Rifarache y algunos prisioneros, sin más desgracia por parte de Pereira que el alférez Sechas, herido.

El coronel D. Antonio Vigil, gobernador de la provincia de Tarija, supo en la mañana del 6 de Abril que el cabecilla Hidalgo había saqueado el pueblo de Palcaya, é inmediatamente salió en su persecución con 125 infantes del batallón de Chichas, 80 caballos del escuadrón de Cazadores que mandaba y 12 de una partida armada de la provincia. Noticioso Vigil de que Hidalgo se había retirado á la hacienda de San Francisco, dispuso marchar sobre él por dos direcciones, encomendando la una al teniente coronel Medinaceli con los chicheños, y guiando personalmente la otra por el Abra de Mecoya. Aquí fué enterado de que el enemigo, con motivo de la expedición que al mismo tiempo practicaba el brigadier Olañeta por los valles de Santa Vitoria, había dividido su gente para hostilizar por distintos puntos las tropas españolas. Vigil también subdividió la suya en el orden que Hidalgo llevaba su marcha, dirigiendo á su segundo Lira por Mecoya, y tomando él la ruta de Piedra-Parada. Aquél alcanzó al caudillo, y herido de muerte se apoderó de su persona; mas habiendo expirado á las dos horas, su cabeza fué puesta en el Abra de Pulcara, para escarmiento. Además de la muerte de Hidalgo se cogieron dos *gauchos* armados y 12 caballos, con un solo soldado herido por nuestra parte.

La expedición que por este tiempo había conducido desde los cantones de la vanguardia á Santa Vitoria el brigadier Olañeta, logró sorprender y dispersar á un tiempo las partidas enemigas de sus valles, causándoles alguna pérdida, y recogiendo más de 800 cabezas de ganado vacuno. Aterrados los enemigos por la activa persecución

que se les hacía, y el daño sufrido en su ganado, se presentaron á indulto varios oficiales, con 180 *gauchos*, armados y montados, y el brigadier Olañeta, no sólo los dejó tranquilos en sus hogares, sino que les devolvió la mayor parte del ganado que les había tomado, para probarles por este medio la falsedad de las imposturas en que los revolucionarios los tenían imbuídos, respecto de la conducta cruel de los jefes españoles.

El nuevo general en jefe, sin tropas regladas que combatir por el frente, porque tampoco las tenía disponibles la República de Buenos Aires; pero deseoso de mantener viva entre los *gauchos* la idea real y verdadera de la superioridad de nuestras armas, dispuso un movimiento sobre las ya mencionadas ciudades de Jujuy y Salta, y con seis batallones, siete escuadrones, la compañía de voluntarios á caballo de la vanguardia y cuatro piezas de artillería, salió del cuartel general de Tupiza el 8 de Mayo en tres columnas, que debían reunirse en Abrapampa. Adelantóse el 22 el brigadier Canterac con el regimiento de Dragones americanos y cuatro compañías de los batallones de Cazadores y Partidarios, y el 24 de Mayo campó todo el ejército á la vista de Jujuy, donde entró Canterac el 25, después de haber ahuyentado la caballería enemiga que se presentó, y á las cuatro de la tarde volvió á situarse al lado opuesto del río Grande. El 26 continuó el ejército su movimiento sobre Salta por la Cabaña, desde donde el coronel Marquiegui, con un batallón y dos escuadrones del regimiento de Dragones americanos que mandaba, fué enviado por Monterrico con el fin de alejar las partidas de gauchos que incomodaban nuestro flanco izquierdo, y se replegaban en la dirección de Salta. Apenas se había separado Marquiegui, cuando fué acometido por considerable número de gente á caballo, que logró rechazar con valentía, cogiendo un fusil y 15 bayonetas que, colocadas en astas, usaban los enemigos en lugar de lanzas, siendo herido de bala nuestro bravo teniente Masías.

Por la derecha del camino cubría la marcha el coronel Gamarra, con 240 infantes y 100 caballos que mandaba el comandante Asin, y en Pampa-Blanca sostuvieron un vivo tiroteo con el enemigo. En el río del Saladillo se reunieron las tropas españolas, y siguieron su movimiento por los bosques de Chalchalnio, donde deshicieron las descubiertas un grupo de enemigos, haciendo 12 prisioneros, y cogiendo 400 reses y como 100 mulas y caballos. Continuó esta división el 30 por la Despensa, alejando y dispersando la fuerza enemiga que se le oponía, y se reunió en San Lorenzo con el grueso principal á costa de un soldado muerto y algunos heridos. El 31 todo el ejército reunido atravesó la pampa de Castañares en buen orden, teniendo á la vista y enfrente de Salta un número considerable de caballería enemiga que se replegaba á proporción que nuestras columnas avanzaban. El ejército se dirigía á la hacienda de Costas, y mientras el jefe de Estado Mayor Canterac entró en la ciudad con los húsares de Fernando VII, para adquirir noticias seguras de la fuerza de los contrarios. Antes de llegar á la expresada hacienda el teniente coronel don Francisco Sanjuanena recibió orden de cargar con una mitad de Cazadores montados á una partida que se aproximaba demasiado; mas poniéndose ésta en acelerada retirada, se descubrió una celada preparada á su retaguardia. Entonces fué destinado á cargarla el coronel Vigil con el escuadrón de su mando, quien alcanzó á los enemigos, y los dispersó, matándoles un oficial y tres soldados, hiriendo muchos y tomando prisioneros otros tres.

El 2 de Junio destacó el general en jefe una fuerte división al Chamical, mandada por el brigadier Olañeta, que llevaba de su segundo al coronel don Jerónimo Valdés, y para servirla de apoyo, en caso necesario, avanzó el resto del ejército á los Cerrillos. Esa división, habiendo logrado sorprender dos avanzadas enemigas, cayó sobre el campamento de un escuadrón de gauchos y otro de granaderos de línea, y los dispersó completamente,

matándoles más de 20 hombres, con un capitán y un subalterno, y cogiéndoles 240 prisioneros, incluso un capellán, 100 caballos, 60 monturas, 80 carabinas, casi todos sus sables, los ranchos puestos y la oficina del detalle, sin más pérdida de nuestra parte que dos caballos, y á no haber tenido el espeso monte tan cerca, acaso no hubiera escapado un solo enemigo. El coronel Valdés, con el escuadrón de Vigil y una compañía de húsares de Fernando VII, se adelantó en seguida hasta dos leguas más allá del río del Pasaje, sin haber encontrado oposición. Luego se tuvo noticia de que el caudillo Rojas estaba con su gavilla sobre el flanco derecho, y el 4 de Junio salieron en su busca los coroneles Valdés y Vigil, y regresaban con algún ganado y caballos que encontraron, cuando aquél que cubría la retaguardia con 30 hombres fué acometido por el expresado Rojas con 50 bien montados; trabóse un vivo tiroteo en que los enemigos tuvieron algunos muertos, y herido el mismo caudillo, dejando en nuestro poder 500 cabezas de ganado vacuno y porción de caballerías. Incorporada esta división con el ejército el día 7 en los Cerrillos, al siguiente, 8, emprendió el general su regreso á las posiciones de donde había partido, y entró en Tupiza el 30 del mismo Junio.

Al replegarse el ejército á su primitiva línea tuvo aún que sostener, como de costumbre, varios choques con el enemigo, brillando en todas ocasiones á porfía la intrepidez é inteligencia de nuestros jefes y oficiales, y la bravura, disciplina é instrucción de la tropa. El general en jefe contaba el número de las ventajas que había conseguido por las veces que sus subordinados habían llegado á las manos con los contrarios; pero tuvo repetidas ocasiones de notar por sí mismo que los *gauchos* que ahora le hacían frente en nada casi se parecían á los que había conocido en épocas anteriores. Tales eran los progresos que habían hecho con la práctica en el arte de guerrear.

Reforzado el caudillo Gandarillas con algunos de los dispersos de Chinchilla, volvió á salir de su oculta guari-

da de Cocapata por este tiempo para hostilizar los pueblos de la quebrada de Tapacari en la provincia de Cochabamba. Auxiliado el subdelegado don Agustín Antesana con 86 granaderos que le envió el gobernador intendente, salió del pueblo de Quillacollo el 20 de Junio en busca del enemigo por la quebrada de Callirí, hacienda de Amaru, Tapacari y Semana-Uma, donde supo que campaba Gandarillas en Chiaraque, distante una legua de aquel punto. Sin embargo de que llevaba la tropa diez y seis leguas de marcha, sin más que ligeros respiros, continuó Antesana sobre el campo enemigo por una senda escabrosa, que hacía más impracticable la obscuridad de la noche. Reconocido cerca de las dos de la mañana por una avanzada de Gandarillas, empezó éste á preparar alguna defensa para proteger su retirada; pero arrollada su gente por nuestros granaderos, huyeron los rebeldes en dispersión por aquellas breñas, dejando en el campo cinco hombres muertos, un herido, cuatro prisioneros y el teniente Espinosa con 47 caballerías, siete armas de fuego, tres sables y dos cajones de útiles de maestranza, sin desgracia alguna por nuestra parte.

El teniente coronel don Manuel Ramírez, con la pequeña columna que mandaba, alcanzó al caudillo Padilla en Calpa, y reunido luego á Contreras, el Inglés, Bustamante y Bascopé, los batió en las escabrosas montañas de Colpa, matándoles algunos hombres y haciendo 15 prisioneros, además de recoger 120 reses, un cajón de municiones y cinco fusiles; pero á costa también de seis muertos, dos heridos gravemente de bala y 36 de honda y galga. Destacó después al capitán Reguero á sorprender con su compañía el pueblo de Mooja que ocupaba el cabecilla Moya con su gavilla, lo que logró tan á satisfacción, que Moya quedó muerto con 20 más de los suyos y 70 prisioneros, de los cuales pasó Ramírez siete por las armas por sus crímenes anteriores, decía en su parte. Como quiera 20 de los mismos prisioneros se ofrecieron á ir á sorprender al cabecilla Quispe, que se hallaba en

su hacienda, cuatro leguas distante de Mooja, cuya oferta aceptó Ramírez á condición de quedar en rehenes y responsables de su vuelta el resto de los prisioneros restantes; mas no habiendo ofrecido resultado alguno, regresó con su columnita á Oruro. No tardaron los facciosos en ocupar de nuevo el pueblo de Palca, y Ramírez volvió á salir contra ellos en Junio: logró sorprender en los Molinos de Machaca una avanzada de 12 hombres, de la que se apoderó, y seguidamente cayó sobre Palca, cuyo pueblo ocupó con bastante pérdida del enemigo. Reuniéronse luego diferentes cabecillas en la famosa Loma-Grande y altos de Sisí con 100 fusileros, 200 montados y como 2.000 indios, y Ramírez los atacó con decisión y dispersó completamente el 12 de Junio, matándoles 50 hombres, incluso el caudillo Aguilar, á costa de un soldado muerto, dos heridos y cuatro contusos. No escarmentados los rebeldes, hicieron pronto nueva reunión, que Ramírez activamente desbarató con pérdida del enemigo, de quien tomó 22 fusiles.

Refugiado el caudillo Gandarillas en las montañas de Icari á causa de la derrota y persecución que había sufrido, hizo allí nueva reunión, y cayó en la noche del 22 de Julio sobre el pueblo de Sacaba, donde causó notables extorsiones, y dió muerte al alcalde don Alejandro Cadima.

Informado de esta triste ocurrencia el subdelegado de Tapacari Antesana, salió de Quillacollo con su tropa y marchó con toda diligencia á ocupar la abra de Ycari, retirada natural del enemigo, á quien buscó desde este punto y descubrió en la difícil hoyada de Torrini. Inmediatamente tomó la resolución de sorprender este campamento, y lo consiguió en la mañana del 25 del mismo Julio, quedando en poder de Antesana el caudillo Gandarillas con 20 hombres, inclusos un capitán y un teniente; 26 buenos fusiles, 20 cartucheras, cinco machetes, 54 caballerías, equipaje, municiones y seis mujeres. Tan activa ra aquella clase de guerra, y tan molesta y trabajosa,

para los europeos con particularidad, para quienes el acto de batirse era la faena más fácil de ejecutar.

Terminada la expedición de Jujuy y Salta, y á poco de haber regresado el cuartel general á Tupiza, se denunció una conspiración en el ejército que se suponía dirigida por el astuto coronel D. Agustín Gamarra; mas aunque se cometió la indagación del hecho al activo coronel Valdés, nada se pudo poner en claro. Gamarra fué destinado después al ejército de Lima, donde se pasó á los independientes, confirmando de este modo los fundamentos de la mencionada denuncia. Como quiera las grandes provincias situadas al Sur del Desaguadero ofrecían por su estado y la superioridad de las armas españolas bastante seguridad, mientras que el porvenir del virreinato de Lima, amenazado por las fuerzas de mar y tierra con que contaban los enemigos en Chile, inspiraba con razón justos temores.

Aprestábase por su parte el virrey á la defensa; pero sus disposiciones se resentían de la falta de un plan fijo, á que debía de contribuir mucho la notoria escasez de recursos. Dirigió proclamas á los pueblos y á las tropas, alusivas al buen sostenimiento del espíritu público y militar; previno al general en jefe del ejército del Alto Perú que tomara sus medidas para ir aproximando al Norte una fuerte división; dispuso que la fragata *Prueba*, surta en Guayaquil, viniese inmediatamente al Callao, y tuvo el pensamiento feliz de formar una división en la costa del Norte, entre Trujillo y Paita. Pero habiéndose recibido entonces noticias del estado de discordia en que se encontraban algunas provincias del Río de la Plata, celebró el virrey en Marzo una junta de guerra, y de sus resultas no sólo suspendió las referidas disposiciones, menos la relativa á la fragata *Prueba*, sino que incidió en el grave error de enviar á sus casas las milicias acuarteladas en la capital. No hay duda que la escasez de recursos influiría esencialmente en esta desacertada medida, que ojalá no hubiese nunca adoptado el virrey, aunque la

junta de guerra se la propusiera; porque si bien era cierto que se aseguraban disensiones civiles en algunos pueblos del Río de la Plata, las noticias que se recibían de Chile, y las que el mismo virrey ha confesado que tenía, confirmatorias todas del activo apresto que se empleaba en la expedición contra el Perú, reclamaban mayor detenimiento y circunspección. Muy de notar es que los generales La Mar y Llano, que asistieron á esa junta, que merecían particular estimación del virrey, el segundo hasta por el espíritu de compañerismo que se adquiere en un mismo colegio, y á la cual eran acreedores por sus servicios hasta entonces, abrazaron pronto ambos el partido de la independencia.

Poco tiempo después de la mencionada resolución se recibieron noticias más seguras de lo adelantados que se hallaban los aprestos de la expedición chilena contra el Perú, y el virrey volvió á ocuparse de las medidas de defensa; llamó de nuevo á las armas las milicias despedidas; reforzó la guarnición de la plaza del Callao; ordenó á los jefes de la administración cuanto le pareció oportuno; hizo pasar á la capital el batallón de Vitoria; nombró comandante general de la costa del Sur, en la intendencia de Lima, al coronel graduado de milicias D. Manuel Quimper, y previno al teniente coronel Camba, que desempeñaba ese cargo, que regresase á Lima con la tropa veterana que tenía á sus órdenes en Pisco, *porque*—decía el virrey—, *aumentadas las seguridades de la expedición de Chile, le consideraba más necesario á la cabeza de un escuadrón.* Á Quimper no se creía generalmente á propósito para el desempeño del cargo que se le confiaba ni para dirigir como convenía los 500 infantes, 100 caballos y dos piezas de artillería, reunidos en un punto tan importante como Pisco, y así, pronto se perdió el fruto de cinco meses de continua instrucción, porque toda esa fuerza fué concluída por 80 caballos enemigos.

Como el ejército del Alto Perú no tenía atenciones de consideración por su frente, y sus destacamentos pacifica-

dores por los flancos y retaguardia llevaban siempre lo mejor, el general en jefe, en cumplimiento de las prevenciones del virrey, preparó la división que había de dirigirse al Norte tan luego como se mandara. Así las cosas, recibióse en el Perú la noticia de que el ejército expedicionario reunido en la isla de León se había declarado en favor del restablecimiento de la Constitución de 1812, noticia que llenó de gozo á los independientes por lo mucho que favorecía sus planes, pues era indudable que si no se inutilizaba tan importante expedición, precisamente había de retardar su salida. En el ejército, lo mismo que en los pueblos del Perú, había partidarios sinceros de un régimen constitucional, y creían muchos, particularmente en la Península, que podría venir á servir de medio de conciliación con los disidentes, quienes gozarían de los mismos derechos políticos que los realistas que habían defendido hasta entonces con honra los intereses españoles; pero nadie tuvo empeño ni pretensión de que se proclamase la Constitución antes de que se recibieran de la corte las órdenes correspondientes. Ninguna precaución necesitó tomar el virrey Pezuela ni ninguna otra autoridad en el Perú para mantenerlo en el estado que tenía hasta que el Gobierno del rey señalase la línea de conducta que había de observarse en el tiempo y modo de proclamar el nuevo régimen en aquel país y en sus delicadas circunstancias. Conocían bien los más acérrimos constitucionales que este régimen iba á proporcionar mayores garantías, hasta para conspirar, á los muchos partidarios ocultos de la independencia, caso que no se dieran por satisfechos como era de esperar. Por lo tanto sólo puede ser efecto de informes equivocados la indicación que sobre el particular hace Torrente en la página 29 del tomo III de la *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, y el mismo origen, si por ventura no procede de algún otro menos disculpable, debe tener la inculpación que se lee en la página 10 del tomo V de la *Galería de españoles célebres contemporáneos*. Sus autores, errónea

ó apasionadamente informados, inculpan á Espartero y á otros jefes de pretensores de la anticipada publicación de la Constitución en la provincia de Charcas, y atribuyen al entonces brigadier D. Rafael Maroto el haber desbaratado este proyecto. Allí vivíamos nosotros no muy extraños á los sucesos que pasaban, y jamás tuvimos la menor idea de semejantes hechos; y la conducta del virrey La Serna, y la de los mismos jefes más adelante, hasta respecto de un funcionario de los llamados *persas*, probará todo lo contrario de lo que propenden á hacer valer las indicaciones que refutamos por nuestro decidido respecto á la verdad.

El ejército de Lima, que continuaba recibiendo reclutas para reemplazar las bajas causadas por la incesante deserción, compuesto al mismo tiempo en parte de tropas de milicias que se habían acuartelado y desacuartelado conforme al tenor de las noticias de que eran portadores los extranjeros, que con harta frecuencia pasaban de nuestros puertos á los enemigos y viceversa, no podía razonablemente prometer una lisonjera esperanza de defensa si llegaba pronto el caso de abrir con él una campaña activa. Con este motivo, sindicada además de extravío la opinión de gran parte de la oficialidad del batallón de Numancia, el teniente coronel Camba puso en manos del virrey una extensa exposición, su fecha 17 de Agosto, comprensiva de los recelos de que estaba poseído si no se atendía con especial preferencia á la reorganización é instrucción del ejército: llamaba la atención del jefe superior del Estado sobre la parte militar; demostraba lo inapropósito que juzgaba, para un inmediato servicio de campaña á varios oficiales, los unos por su avanzada edad y achaques, y los otros por demasiado niños, sin instrucción ni experiencia; describía la clase de enemigos con quienes, era de suponer, habría que combatir, engreídos con los señalados triunfos de Chacabuco y el Maipu, de la fácil destrucción de la expedición peninsular de la fragata *Reina María Isabel* y de la inesperada adquisición

de la plaza fuerte de Valdivia, y concluía suplicando al virrey que por medio de una revista se sirviera cerciorarse por sí mismo de las tristes verdades que su interés por el buen nombre español le impelía á revelarle.

Claramente dejó entender el virrey el desagrado que le causaba esta importante exposición, y algunos cortesanos, de los que en ninguna parte suelen faltar por desgracia, se permitieron añadir sus intencionales observaciones, y entre ellas, la de que Camba faltaba á la ordenanza, que prohibe ponderar el número y calidad del enemigo; pero el caso era á toda luz muy distinto: hablábase hipotéticamente de unos enemigos que todavía no se hallaban en el Perú; suponíaseles con fundamento engreídos con las victorias alcanzadas, y se representaba al virrey el estado de las tropas para que, convenciéndose por sí mismo de la exactitud, acudiera á remediar el mal como podía. Circularon pronto por la capital muchas copias manuscritas de la referida exposición, y no se culpó á su autor de esta publicidad; había suma y general desconfianza de algunos empleados de las primeras dependencias del Gobierno, y tal vez el mismo virrey alimentaba igual desconfianza, aunque disimulase por no poderla justificar, pues era notorio que entre los papeles cogidos á San Martín en la afortunada sorpresa de Cancharrayada se hallaron estados de fuerza del ejército real y otros documentos originales remitidos de Lima. Berindoaga, secretario de la subinspección general y el mismo subinspector general La Mar, abrazaron poco después la causa de la independencia.

Á consecuencia de las reiteradas prevenciones del virrey, el 31 de Agosto salió el coronel Valdés del ejercito del Alto Perú con el primer regimiento y el batallón de voluntarios de Castro ó Chilotes con dirección al Norte, la que siguieron poco después el coronel Loriga y el teniente coronel Seoane, oficiales de Estado Mayor. Sobre la marcha recibió Valdés la orden de trasladarse rápidamente á Lima, la que con fecha 28 de Septiembre le

comunicó el general en jefe, encargando á Loriga la conducción de la tropa. Por este tiempo, ya San Martín había desembarcado en las pacíficas playas del Perú, con cuyo motivo fueron sucesivamente tomando el mismo rumbo las demás tropas disponibles del Alto Perú, permaneciendo, no obstante, en Tupiza el brigadier Olañeta con la vanguardia. El general Ramírez trasladó su residencia á Puno, y luego á Arequipa. ¡Tanto iba arreciando la tempestad por el Bajo Perú!

Atenuada la impresión de disgusto que la exposición última del teniente coronel Camba había causado al virrey en el primer momento, si acaso no era fomentada por los malsines, resolvió pasar personalmente una escrupulosa revista á las tropas, y este acto comprobó ampliamente la verdad de lo representado. En consecuencia, se mandó de nuevo, y con empeño, atender á la instrucción de los cuerpos; se ordenaron frecuentes simulacros, casi siempre presenciados por el virrey y el inspector general; fueron retirados del servicio los oficiales ancianos y cansados, y el ejército de Lima mejoró considerablemente en poco tiempo. Sólo quedaron desatendidas las indicaciones hechas acerca del extraviado espíritu de varios oficiales de Numancia, por las seguridades que creyó poder ofrecer su pundonoroso jefe D. Ruperto Delgado. Antes de concluir este año, formaba el expresado cuerpo en las filas enemigas.

Llegaron, por fin, al Perú las órdenes del Gobierno de S. M. para publicar y jurar la Constitución de 1812, y comunicadas en debida forma á todo el territorio español, verificó personalmente el virrey la jura y publicación en Lima el 17 de Septiembre, con toda solemnidad, precisamente cuando San Martín, con su expedición, hacía nueve días que había desembarcado en Pisco. Esta expedición, que zarpó de Valparaíso el 20 de Agosto, contenía 4.700 hombres de desembarco y armamento sobrante para 15.000 más si lograba reclutarlos en el Perú; las fuerzas navales del mando del almirante Cochrane constaban de

la fragata *O'Higgins*, que él mismo montaba, de 48 cañones; del *San Martín*, de 46; del *Lautaro*, de 44; de la corbeta *Independencia*, de 26, y de los bergantines *Galvarino*, de 18; *Araucano*, de 16, y *Puirredón*, de 14; tripulados por 1.600 hombres, de los cuales 624 eran oficiales y marineros extranjeros, casi todos ingleses (1).

Sin embargo de que la navegación de Chile á las costas del Perú es muy fácil, algunos transportes se separaron en la mar. El 7 de Septiembre empezaron á fondear los buques de la expedición en Paracas, 50 leguas al Sur de Lima, y el siguiente, día 8, quedó ocupado el fuerte y la villa de Pisco, sin que el coronel Quimper opusiera la menor resistencia, ni á favor de la calidad del terreno ventajoso para la guerra de guerrillas. Este jefe, al contrario, tomó la extraña resolución de retirarse á la ciudad de Ica, prefiriendo inconcebiblemente una dirección opuesta á su base natural de operaciones.

El general San Martín ocupó, pues, sin oposición, la villa de Pisco y los fértiles valles inmediatos, desde Chincha Alto á la Nasca; se proveyó de cuanto producía el país; montó su caballería; sublevó con facilidad los pueblos invadidos; aumentó las filas de sus tropas con los negros de las haciendas, declarando libres á todos los que tomaban las armas; destruyó al coronel Quimper, é internó en la sierra al coronel Arenales, español europeo, con poco más de 1.000 hombres, menoscabando visiblemente con tan rápidos progresos el crédito del poder legítimo.

Tan luego como se recibió en Lima la noticia del desembarco de San Martín en Pisco, dispuso el virrey que el coronel marqués de Valleumbroso reforzara á Quimper con el escuadrón de su mando, y esta determinación probaba que Quimper había tomado por sí y sin previa autorización la funesta dirección de Ica. Mas era muy de notar, y fué ocasión de grave censura, el que el virrey, al mandar reunir esos dos jefes, les previniese que procurasen

(1) Stevenson, *Relación histórica.*

ponerse de acuerdo para las operaciones que hubieran de emprender; pero que en caso de discordia, obrasen independientemente. Singular parecía, sin duda, semejante autorización; porque cosa harto sabida es que el buen éxito de las empresas militares depende en gran parte de la uniformidad que imprime la unidad de acción en el mando. El virrey buscaba con el mejor deseo un medio de conciliar el buen servicio con la buena voluntad de ambos jefes, porque no podía entenderse otra cosa; mas no llegó el caso de poder probar el resultado de dos autoridades militares, iguales en facultades en un mismo punto, y con un enemigo superior al frente, porque interpuestas las tropas invasoras entre Quimper y Valleumbroso, tuvo éste que establecerse en el valle de Cañete, y aquél fué al fin tristemente derrotado, poco después, en la Nasca, habiéndole abandonado antes dos compañías que se pasaron á los enemigos.

El virrey mandó también situar en Lurin al brigadier D. Diego O'Relly, con un escuadrón de dragones del Perú y otro de milicias de Carabaillo, los cuales, con la tropa de Valleumbroso, formaban la división de vanguardia, de la que fué nombrado mayor general el teniente coronel Camba. Mas al paso que se ponía esta mal ordenada fuerza en observación inmediata del enemigo, nada se emprendía por mar por respeto á la superioridad que se reconocía en las fuerzas del almirante Cochrane; si bien fué opinión común entonces que nuestros buques de guerra las fragatas *Prueba*, *Venganza* y *Esmeralda*, con otros menores de ventajosa marcha, podían haber hostilizado al enemigo, particularmente en la travesía de la expedición de Chile al Perú. De la inacción en que se mantuvo la marina real resultó la más amarga censura, y se dió lugar á que el consulado de Lima propusiera al gobierno tripular de su cuenta aquellas tres fragatas para que salieran á la mar, propuesta que se estimó inadmisible. Tal giro iban tomando los negocios públicos.

Publicada y jurada la Constitución de la monarquía en

Lima el 17 de Septiembre, como se ha dicho, consiguiente á las prevenciones de la Corte, propuso el virrey á San Martín un acomodamiento pacífico, sirviendo precisamente de base la misma Constitución, y que para tratar de tan importante asunto se suspendieran las hostilidades, como parecía regular. San Martín abrazó con gusto esta invitación en aquellas circunstancias, y nombró, autorizó y remitió por sus plenipotenciarios á D. Tomás Guido y D. Manuel García del Río. El virrey eligió por su parte al doctor Hunanue, que después fué ministro de la república, y al leal y distinguido coronel de milicias conde de Villar de Fuentes, ambos peruanos; mas como las pasiones se encrespaban cada vez más, y la ominosa desconfianza se extendía prodigiosamente, no satisfizo á todos esa elección. Informado el virrey de la agitación de los ánimos con este motivo, unió á la comisión al teniente de navío D. Dionisio Capaz, que había sido uno de los diputados constituyentes, y amigos y enemigos se reunieron á conferenciar en el pueblo de Miraflores, dos leguas cortas de Lima.

El virrey en persona, ansioso de apurar todos los medios de conciliación, tuvo también una conferencia con los delegados de San Martín en el pueblo de la Magdalena; pero nada se adelantó, porque los contrarios establecían por base el reconocimiento de la independencia. San Martín utilizó todo el tiempo empleado en estas infructuosas negociaciones para extender la seducción en el país y combinar un plan de operaciones que diera á la revolución el impulso que se proponía.

Entretanto, permanecía en Lurin el comandante general de la vanguardia O'Relly, y envió un oficial con órdenes al marqués de Valleumbroso á fin de saber el número y la calidad de la tropa que tenía en Cañete. Este celoso y decidido jefe contestó desde Cerro-Azul con fecha 29 de Septiembre:

"El teniente de húsares (así llamaban á los dragones del Perú por su uniforme) D. José María Cienfuegos, me

previene de orden de V. S. le dé parte cada veinticuatro horas de las noticias que por aquí se adquieran del enemigo. Por ahora no se sabe más que lo que tengo comunicado al excelentísimo señor virrey, quien es regular haya instruído de todo á V. S. Yo he ignorado la salida de V. S. hasta que me la han dicho los oficiales que regresaron de Lima.—Es muy preciso que V. S. se imponga personalmente de la clase de tropa que compone esta división, porque no es posible darle á V. S. por escrito una idea cual corresponde; pero para que tome alguna, digo: que la compañía de infantería de Yauyos, compuesta de 60 hombres que nunca han hecho fuego, tiene 40 fusiles, y de ellos, 24 sin piedras y ninguna de repuesto; que la tropa de Cañete tiene 50 hombres que vinieron de Lima medio instruídos, y el resto son 30 que están aprendiendo el manejo del sable, y los demás reclutas, ambos sin espuelas y muchos sin frenos. Últimamente, para éstos yo traje de Lima las armas. El escuadrón del Rey, compuesto de 180 plazas, sólo pueden formar 150 por los enfermos que hay, y no tiene otra disciplina que la que puede dársele á una tropa de milicias que no ha estado á sueldo. Resulta, pues, que no teniendo tropa útil en comisiones se pueden formar 240 hombres. Esta idea no la había dado al excelentísimo señor virrey, porque creía no se ocultase á su penetración militar, y porque en sus manos, digámoslo así, se han creado estos cuerpos, y porque no quería se supiese que yo hablaba mal de las tropas que se me unían. Ya V. S. se hará cargo cuán perjudicial es en campaña que los jefes estén resentidos. V. S., con su buen talento, hará uso de mi narración, sin que traiga mala voluntad en ellos.—Dios guarde á V. S. muchos años. Cerro-Azul 29 de Septiembre de 1820.—*El marqués de Valleumbroso.—Sr. D. Diego O'Relly*, brigadier de los ejércitos nacionales."

Deshechas las negociaciones de Miraflores y despedidos los comisionados de San Martín, el brigadier O'Relly reunió en Cañete toda su pequeña división, y entonces el

virrey, con fecha de 3 de Octubre, le ofició en estos términos.

"Sin embargo de que, al parecer, podrá conciliarse la paz de que se está tratando entre los diputados del general San Martín y los nombrados por mí, en consecuencia de las proposiciones que llevan los primeros que se han dirigido por esa vía, es de absoluta necesidad que nos pongamos en el caso de que no se acomoden á las ventajosas invitaciones que de orden del rey les he hecho, y que su primer movimiento sobre las tropas del mando de V. S. sea para sorprenderle si pueden. Por tanto, es preciso que V. S. esté prevenido para frustrarle cualquiera idea que pueda tener.—Supongo que de los 395 hombres que tiene el señor marqués de Valleumbroso á sus órdenes en el punto de Cañete, pertenecientes á las divisiones que expresa la adjunta nota, sólo deberemos contar con 250 útiles, por carecer los demás de la debida instrucción, organización y sistema que podrá sólo hacerlos útiles para obrar de algún modo ofensivo.—De los dos escuadrones que V. S. tiene, supongo el de Húsares (dragones del Perú), en el número de 180, capaces de hacer el servicio de su arma, y el de dragones de Carabaillo en 130 de los 160 que llevó, y aun éstos con necesidad de alguna más instrucción y el completo de oficiales que V. S. ha pedido, designándolos por una nota, que por olvido no acompañó al oficio, y que, sin embargo, la he pasado al instante al señor mayor general para su pronto reemplazo.—En suma, comprendo que sólo tiene V. S. disponibles 560 hombres de caballería bien montados, armados y municionados y 195 menos útiles, instruídos y organizados inclusos los enfermos. Con ellos se puede hacer mucho, y estoy en la firme inteligencia de que V. S. lo hará por la opinión con que me hallo de sus aptitudes en todos sentidos y por la que tengo de los comandantes de esos cuerpos.—Los diputados de San Martín llegarán mañana á Pisco, y hasta tres días después no deben romperse las hostilidades si caminan de buena fe

y no admiten las proposiciones; pero si falta aquélla podrán romperlas antes. Sirva todo esto de gobierno, como igualmente el que si por la premura del tiempo no hubiese podido V. S. disponer de sus fuerzas de aquella manera metódica y organizada que pueda prometer un encuentro afortunado, que en los principios de una campaña dé mucho valor en su continuación, es muy preferible repliegues á puntos ventajosos sin pérdida, que sufrir un descalabro. Dios guarde á V. S. muchos años. Lima y Octubre 3 de 1820.—*Joaquín de la Pezuela.—Señor brigadier D. Diego O'Relly.*"

"Fuerzas que se hallan á la inmediata orden del señor marqués de Valleumbroso en el valle de Cañete.—Escuadrón del Rey, 180.—Compañía del comandante Bazo, 150.—Compañía de Yauyos, 60.—Total, 395. Nota.—Según avisa el señor marqués de Valleumbroso, de toda esta fuerza de 395 hombres, sólo se deben contar útiles y en buen estado 250, y los restantes enfermos y con poca instrucción. Lima y Octubre 3 de 1820.—Una rúbrica del virrey».

El brigadier O'Relly respondió extensamente á este oficio, y de su contestación nos parece importante insertar los dos párrafos siguientes:

"Excmo. Señor: El oficio que de V. E. he recibido ayer, dirigido á instruirme de la fuerza que está á mis órdenes y la posibilidad que hay de tener que servirse de ella, me pone en la precisión de hacer á V. E. presente: 1.°, que la fuerza que V. E. supone al señor marqués de Valleumbroso está absolutamente incapaz de poderse usar al frente del enemigo, sin positivo riesgo de perderla por su máxima indisciplina; y aunque fuera útil, como V. E. indica, tampoco habría 250 hombres en Cañete con que poder contar, supuesto que el mismo señor marqués, en oficio de 29 del pasado, me dice, entre otras cosas, de que pasé copia á V. E., *que el escuadrón del rey sólo puede formar 150 plazas y que no tiene otra disciplina que la que puede darse á una tropa de milicias que*

no ha estado á sueldo; 2.°, que V. E. se equivoca del todo en la suposición que hace de la fuerza que mando. Además, V. E. no debe ignorar el estado del escuadrón de Carabaillo, sin embargo, de siete horas de instrucción que ha tenido al día, desde el 26 del pasado inclusive, sin perdonar los de fiesta. No me es posible comprender cómo V. E. me supone tanta fuerza disponible. No hay duda de que si existiera aquélla se pudiera hacer mucho como V. E. nota y espera de mis aptitudes; pero no habiéndola, no se debe esperar otro resultado que el proporcionado á la existente, que reduzco sólo con propiedad al escuadrón de dragones del Perú."

Los documentos que preceden nos excusan de redundantes comentarios: ellos justifican el fundamento con que el teniente coronel Camba había expuesto al virrey la necesidad de mejorar el estado de las tropas con que se contaba para la defensa del país, obteniendo en retribución prevenciones y censuras, cuando hacía un gran servicio á la primera autoridad española del Perú. Por el oficio del marqués de Valleumbroso al brigadier O'Relly se ve también que, en 29 de Septiembre y á treinta leguas de la capital, ignoraba oficialmente que dependía de dicho brigadier, ni que éste hubiese avanzado á Lurín, lo que, cuando menos, acredita el descuido con que La Mar, nombrado mayor general del ejército, desempeñaba el servicio por su parte.

Despedidos los negociadores de Miraflores, ocupaba la división de vanguardia á Cañete, cuando San Martín hizo alarde de maniobrar sobre este valle; pero su verdadero objeto era proteger y ocultar la internación de Arenales á la Sierra. Logrado su fin y hechos cuantiosos acopios, se reembarcó San Martín en Pisco el 26 de Octubre; el 28 se presentó al frente del Callao, y el 30 fondeó con su expedición en Ancón, 6 leguas al Norte de Lima. Para un caso semejante tenía órdenes el brigadier O'Relly de replegarse sobre la capital, y así lo ejecutó, instruyendo al propio tiempo al virrey de la internación de Arena-

les desde Ica, de la que había recibido noticias seguras que un desertor del enemigo acababa de confirmar. Mas ocupado el virrey de la nueva posición de San Martín á quien suponía decidido á atacar á Lima, no dió entero crédito al movimiento de Arenales, operación que por otra parte estimaba temeraria, máxime hallándose en marcha con dirección á la provincia de Huamanga el brigadier Ricafort, los batallones de Castro y 1.° del Imperial Alejandro, los escuadrones de granaderos de la Guardia y el de dragones de Arequipa, procedentes de esta provincia y del ejército del Alto Perú.

Una prueba de la duda del virrey, respecto al atrevido movimiento de Arenales es que, en 30 de Octubre, cuando San Martín fondeaba en Ancón, decía al subdelegado de Jauja, D. Domingo Jiménez: "Según noticias, aunque no muy circunstanciadas que se han recibido en ésta, parece que uno de los caudillos revolucionarios piensa internarse á Huamanga con 1.400 hombres." Después indicaba que debía ser batido por las tropas arriba mencionadas, y á continuación añadía: "Como en todo evento el mejor remedio de los males es precaverlos, he dispuesto que marche desde este ejército una división de 1.000 infantes y 400 caballos á las órdenes del señor brigadier O'Relly á ocupar el paso preciso del puente de Iscuchaca para que en ninguna manera pueda escapar de nuestra diligencia. Conviene, pues, para el logro de ella que procure usted buscar de 200 á 300 caballos y tenerlos á disposición del señor brigadier O'Relly, remitiéndolos en seguida al punto que los pida, sin detenerse en el modo de adquirirlos, pues en caso de no haber quien quisiera prestarlos con calidad de devolverlos ó su importe, deberán comprarse con la seguridad de que su valor será prontamente satisfecho.

Menester es confesar que la medida de enviar al valle de Jauja, y por la línea más corta la fuerza que indica el virrey, era evidentemente acertada, y hubiera con probabilidad ocasionado la destrucción de Arenales, golpe te-

rrible para San Martín. El suponer paso preciso el puente de Iscuchaca era una equivocación visible, porque no ignoraba el virrey que sin pasar por ese puente, se viene desde Huamanga y Huancavelica á Jauja y Tarma. Los caballos pedidos los reunió el subdelegado de Jauja con prontitud; pero la división anunciada no tuvo efecto, ni sobre tan trascendental mudanza recibió dicho subdelegado la menor prevención. Cometido el notable error de no enviar la referida división al valle de Jauja, se incidió en el gravísimo, de sustituirla con la compañía de cazadores de Cárdenas, compuesta de milicianos de la provincia, que aún no habían tenido ocasión de batirse, y cuyos oficiales, se decía en Lima, salían seducidos por los partidarios de la revolución, que los felices progresos de los independientes aumentaban visiblemente. Por último, cuando ya nadie ignoraba la afortunada marcha del atrevido Arenales, salió de Lima para el cerro de Pasco el brigadier O'Relly con un batallón bajo de fuerza y un escuadrón de milicias de los dragones de Carabaillo, mandado el primero por el acreditado D. Manuel Sánchez, y el segundo por el coronel graduado D. Andrés Santa Cruz, pero compuestos ambos de tropa poco experimentada y descuidadamente vestida para poder resistir la rigorosa temperatura de la cordillera. El resultado, pues, fué, como era de temer, funesto á las armas españolas.

Arenales, que había salido de la ciudad de Ica el 21 de Octubre, se dirigió osadamente á la Sierra, cruzó la cordillera de los Andes y entró sin resistencia el 31 del mismo mes en Huamanga, cuya corta guarnición y los caudales reales existentes se salvaron á la derecha del río Pampas por la diligente oportunidad con que los condujo allí el leal gobernador intendente Recabarren, natural de Chile. Arenales se detuvo poco en la provincia de Huamanga, pasó luego á la de Huancavelica, y de ésta al territorio de la de Tarma, atravesando el río grande de Jauja por el puente de maromas de Mayog, y no por el de piedra de Iscuchaca. El brigadier de infantería D. José

Montenedro, gobernador intendente de Huancavelica, y también distinguido criollo por su fidelidad á la España, que se había replegado con algunos soldados á la villa de Jauja, confiado en la anunciada división de O'Relly, vino á ser allí alcanzado y derrotado con la compañía Cárdenas, quedando él mismo prisionero del enemigo; y consiguientemente los caballos reunidos por el subdelegado del partido el fiel peruano D. Domingo Jiménez, después ministro de Hacienda en la Península, lejos de poder servir al importante objeto á que el virrey los destinaba, fueron un poderoso auxilio para la fatigada tropa de Arenales.

Así pudo este caudillo acelerar su marcha sobre el cerco de Pasco, donde el 6 de Diciembre alcanzó y destruyó la débil división de O'Relly, incorporándose en seguida con las tropas de San Martín en el valle de Supe después de haber practicado con fortuna un movimiento atrevido que, con más acierto y diligencia por parte de los españoles, pudiera haberle costado muy caro si no hallaba en él su total destrucción. Entre los prisioneros de tan desgraciado encuentro se contaban el coronel Sánchez, jefe de la infantería, el brigadier O'Relly y su bizarrísimo ayudante de campo D. Eustaquio Barrón, y con vehementes sospechas de no haber sido lealmente secundados por el jefe de la caballería D. Andrés Santa Cruz, quien, conducido al campo de los independientes, tomó partido bajo sus banderas, y fué más tarde gran mariscal y presidente de las repúblicas nacientes de Bolivia y del Perú.

Tantos y tan repetidos reveses para las armas de España acrecían, como era natural, la desconfianza con que ya eran mirados varios funcionarios de categoría favorecidos, y lo que era de mayor trascendencia, socavaban invenciblemente el favorable prestigio del gobierno, cuando precisamente se necesitaba más. Los referidos funcionarios, algunos de los más notables al menos, no tardaron en justificar el concepto que el público fiel tenía de ellos,

abrazando con entusiasmo la causa de la revolución. De este modo, parecía que se iba desmoronando el edificio español-peruano, y todos estos pormenores merecen estimarse con detenimiento para comprender y juzgar imparcialmente de su total y lamentable ruina.

CAPÍTULO XVI

Alzamiento de indios.—Ricafort.—Acción de Huancayo.—San Martín.—Cochrane.—Insurrección de Guayaquil.—Aznapuquio.—Apresamiento de la *Esmeralda*.—Valdés.—Encuentro de Chancay.—Proyecto de una expedición á Sayán.—Disminuye el virrey las fuerzas de la vanguardia.—Primeros prisioneros.—Alvarado.—Deserción de Numancia.—Canterac.—Fragatas *Prueba* y *Venganza*.—Conspiraciones.—Espartero.—Documentos notables.—Pezuela.—La Serna.

1820

Al retirarse á la derecha del Pampas, el intendente de Huamanga, Recabarren, hizo quemar el puente colgante de maromas, que sirve de paso á este caudaloso río sobre el camino llamado de la Posta, y se trasladó, acto continuo, al pueblo de Andahuailas, desde donde dió parte al brigadier D. Pío Tristán, gobernador presidente del Cuzco, poniendo á su disposición el mando militar de la suya, y pidiéndole los correspondientes auxilios para recuperarla. Tristán cometió á su segundo, el brigadier don Antonio María Álvarez, tan importante comisión, facilitándole al efecto cuantos medios estaban á su alcance; y como se hallaban en marcha para el Norte el batallón de Castro y dos escuadrones de granaderos de la Guardia, en cumplimiento de órdenes del virrey, Álvarez alcanzó esta tropa en Andahuailas, donde se ocupó con celo de su subsistencia y de otras providencias útiles y urgentes,

mientras se acercaba el brigadier Ricafort con la tropa que conservaba de la división de reserva que había sacado de Arequipa. La dirección de esta división era la directa á Lima; mas, á consecuencia de noticias muy exageradas, que los enemigos hacían propalar por la costa con aire de seguridad, Ricafort estimó prudente tomar la vuelta de la sierra desde cerca de la Nasca, y se incorporó en Andahuailas con las fuerzas mencionadas, que habían salido del Cuzco en 1.° de Noviembre.

La división procedente de Arequipa había experimentado muchísima baja, ya á causa de la naturaleza áspera del terreno por donde había transitado, ya también por la incontenible tendencia de los peruanos á la deserción. Autorizado Ricafort por el virrey para tomar el mando de las tropas que se hallaban en Andahuailas, regresó Álvarez á su destino de segundo jefe de la provincia del Cuzco; y aquél se dirigió en seguida sobre Huamanga, Huancavelica y Jauja, restableciendo el orden en los pueblos por donde había pasado Arenales. Después de la marcha triunfante de éste por el valle de Jauja, se insurreccionó casi en masa su numerosa indiada, y para sostener entre ella ese pernicioso espíritu, dejó dicho jefe en el valle á su segundo, Bermúdez, con alguna tropa.

Deslumbrado, sin duda, Bermúdez, con el bulto de la gente que le obedecía, esperó en posición á Ricafort en las inmediaciones de Huancayo; 300 infantes, 100 caballos y como 10.000 indios, armados de lanzas, chuzos, hondas y macanas, formaban su fuerza, atreviéndose, temerariamente, con tal muchedumbre, á dar la cara á tropas regladas y acostumbradas al uso de las armas. La resistencia de los enemigos no fué de larga duración; pero fué sangriento su resultado, porque nuestros irritados soldados mataron é hirieron muchos indios. Después de este señalado escarmiento, verificado el 30 de Noviembre, en el que tuvieron ocasión de distinguirse los granaderos de la Guardia, que mandaba el teniente coronel Ferraz, cruzaron las tropas vencedoras la cordillera y descendieron

á Lima, de donde el brigadier Ricafort tornó al interior con nueva comisión del gobierno.

Trasladado San Martín con su ejército al Norte de Lima, ocupó algunos pueblos de la costa por esta parte hasta Chancay, y el 12 de Noviembre estableció su cuartel general en la villa de Haura, 30 leguas de la capital, mientras Cochrane, con la escuadra, bloqueaba el puerto del Callao, del cual habían salido poco antes las fragatas de guerra *Prueba* y *Venganza*, con destino á los puertos intermedios del Sur. Á principios de Noviembre se supo en Lima la insurrección de Guayaquil, promovida por la infidelidad del capitán Escovedo, del batallón de granaderos de Reserva, remitido allí de guarnición desde el Perú, y de cuya plaza era gobernador el brigadier Vivero, antiguo comandante del apostadero del Callao. Esta funesta insurrección estalló el 8 de Octubre, y en su preparación tuvieron una parte eficacísima D. Manuel Loro, capitán de la goleta *Alcance*, que pasaba por natural de las islas Canarias, D. Manuel Antonio Luzarraga, piloto y copropietario con Loro del mismo buque, natural de Vizcaya, y D. José Villamil, comerciante y vecino de Guayaquil. Para asegurar el éxito de este movimiento é impedir cualquiera tentativa en contrario, fueron inmediatamente embarcados y remitidos á disposición del general San Martín el gobernador Vivero y los españoles europeos de más conocida influencia en la ciudad. Escovedo se declaró jefe superior de la provincia, y se condujo tan irregularmente, que reunidos los diputados de los partidos al Ayuntamiento de Guayaquil, acordaron su deposición, y lo remitieron también al cuartel general de San Martín. Por este tiempo todavía mandaba el reino de Quito el general presidente D. Melchor Aimerich; pero ya el general Sucre con una división de tropas colombianas ocupaba á Babaoyo, esperando la estación favorable y acechando el momento oportuno de invadir á Quito. Con la sublevación de Guayaquil perdió la España sobre 1.500 hombres, que reforzaron las filas de sus adversarios, muchas armas, mu-

niciones, pertrechos, uno de los mejores astilleros de la mar del Sur y la comunicación directa entre el Perú y Quito.

La ciudad de Guayaquil fué fundada por Francisco Pizarro en 1533, bajo la advocación de Santiago Apóstol, en la bahía de Charapoto, cerca del valle de Tumbez ó *Tumpis*, como le llamaban los indios, que fué la primera conquista de Pizarro, y desde donde realizó la de la inmediata isla de Puna, y no sin resistencia de los naturales y alguna pérdida de los suyos. Destruída enteramente la expresada población por los indios, apenas comenzada á levantar, la fundó de nuevo Orellana en 1539, al lado occidental del río, que es donde se ve ahora la ciudad antigua ó vieja; pero la ciudad de Guayaquil real, como al presente se reconoce, fué construída más recientemente en 1793. Está dividida en dos cuarteles distintos, separados por un larguísimo puente de madera colocado sobre los pantanos y el terreno bajo que inunda el río Guayaquil cuando sale de madre. Mr. Stevenson, que estuvo allí, le da al puente 800 varas de largo. Esta ciudad era la capital de la provincia donde residía el gobernador, cuyo territorio estaba dependiente del virrey del Perú en la parte militar, de la audiencia de Quito en la administración de justicia y del obispo de Cuenca en lo eclesiástico, distribución á la verdad defectuosa en nuestro sentir para los fines de la unidad nacional, por más favorable que haya parecido á los intereses particulares de sus habitantes. Había en Guayaquil dos iglesias parroquiales, un convento de agustinos, otro de franciscanos y otro de dominicos: sus casas están construídas de madera, por lo que ha experimentado horrorosos incendios, y está siempre expuesta á las contingencias de este cruelísimo azote. La población de Guayaquil subía á 20.000 almas, y la componían las mismas castas que las demás ciudades de la América meridional, aunque abundan más proporcionalmente los mulatos.

Mientras que San Martín tomaba posesión de algunos

pueblos en la costa del Norte, las tropas del ejército de Lima y las que iban llegando del Alto Perú, formaban el famoso campamento de Aznapuquio; y el infatigable Cochrane, que bloqueaba el Callao, meditaba un golpe arrojado con que acibarar tanto más la situación de los españoles, cuanto menos parecía de temer. Dentro de la cadena del puerto del Callao, á la cabeza de varios buques armados, acoderados y auxiliados de 24 lanchas cañoneras, bajo los fuegos de los castillos Real-Felipe, San Miguel y San Rafael, y de las baterías del arsenal y de San Joaquín, se hallaba fondeada la fragata de S. M., la *Esmeralda*, que mandaba el capitán de navío D. Luis Coy, y como dice Torrente en la *Revolución Hispano-Americana*, "hermoso y velero buque, armado con 40 cañones, perfectamente surtido de jarcia y enseres marítimos, con provisión para tres meses y repuestos para dos años". Esta fragata, que fué sorprendida y abordada por el almirante Cochrane en la noche del 5 de Noviembre, y sacada del fondeadero con admirable prontitud y fortuna, no obstante el vivo fuego que se le hizo así que se apercibió el hecho; pero veamos cómo lo refiere Mr. Stevenson, testigo presencial y partícipe en el triunfo.

Cochrane—dice sustancialmente—formó el proyecto de apoderarse de la fragata *Esmeralda*, de los bergantines, de las goletas y de las falúas y buques mercantes que pudiera de los fondeados dentro de la cadena del Callao. Fijado el 5 de Noviembre para la ejecución de esta empresa el *Lautaro*, la *Independencia* y el *Araucano* se hicieron á la vela, dejando sus embarcaciones menores al costado de la *O'Higgins*, y su objeto en el movimiento de esos buques era hacer creer en el Callao que se ocupaban de alguna caza. Después de las disposiciones correspondientes á dar valor á ese ardid, todos los destinados al ataque se embarcaron en las falúas y botes, y se dirigieron al fondeadero interior del Callao, componiendo un número de 240 hombres voluntarios y casi todos extranjeros. La fragata de guerra de los Estados Unidos la *Macedonia*

y la de S. M. B. la *Hiperion* estaban ancladas fuera de la cadena, y al pasar las falúas por delante de la primera fueron llamadas por un centinela, al cual el oficial de guardia mandó guardar silencio, acreditando así que no le era extraña aquella novedad; muchos oficiales de este buque acudieron sobre la cubierta para manifestar en voz baja á los agresores que les deseaban un buen éxito, y cuán grato les fuera poderlos acompañar. Los centinelas de la *Hiperion* obraron de distinto modo, pues no cesaron de llamar con la bocina á las falúas hasta que acabaron de pasar; pero ninguna otra demostración hicieron.

Las falúas avanzaban en dos divisiones, mandada la una por el capitán Crosby, de la *O'Higgins*, y la otra por el capitán Guise, del *Lautaro*, y ambas iban bajo la inmediata dirección de Cochrane, que atravesó la cadena á media noche, montando la primera de las chalupas. Una de nuestras cañoneras le dió entonces el quién vive; Cochrane mandando acelerar la boga, se echó sobre ella, amenazó de muerte al oficial, y pasaron rápidamente al costado de la *Esmeralda*, subió á su bordo, mató uno tras otro dos centinelas, aunque el segundo, después de haber disparado su arma. Los enemigos quedaron dueños seguidamente del castillo de Popa, y aunque la guarnición y tripulación sostuvo un vivo fuego por espacio de diez y nueve minutos desde el de proa, todo fué inútil. Durante la primera resistencia una lancha cañonera española, fondeada por la popa de la *Esmeralda*, disparó contra ésta un tiro, cuya bala rompió la cubierta bajo los pies del capitán Coy, á quien hirió y mató á dos marineros ingleses y uno nacional. La intención del almirante Cochrane era, como se ha indicado, apoderarse de todos los buques españoles fondeados en el Callao; pero habiendo hallado en la *Esmeralda* mayor resistencia de la que esperaba, y resultando él mismo herido en un muslo, el capitán Guise mandó cortar el cable de la fragata, y se retiraron con ella, llevándose 173 hombres prisioneros, además de algunos muertos y heridos; éstos fueron remitidos á tierra al

día siguiente con un parlamentario. La pérdida del enemigo fué 11 muertos, lord Cochrane y 21 hombres heridos. Un canje de prisioneros, que propuso seguidamente el almirante, fué aceptado por el virrey (1).

La fragata *Esmeralda* fué bautizada por los enemigos con el nombre de *Valdivia*, y era la misma que, hallándose bloqueando el puerto de Valparaíso fué sorprendida, abordada y rescatada á la vela en 1818. Su destino de pasar al poder de los independientes se cumplió en la noche del 5 de Noviembre del presente año. La inesperada pérdida de este buque causó el más profundo sentimiento en Lima y en el campamento de Aznapuquio. El descontento general crecía por instantes.

Establecido el cuartel general de San Martín en la villa de Huaura, medio batallón y un escuadrón de sus tropas, al mando del mayor Reyes y el francés Brantzen, ocupaban el pueblo de Chancay, 12 leguas al Norte de Lima. El virrey, como era natural, dirigía también su atención hacia este frente, y fió al coronel don Jerónimo Valdés, que ya había llegado al campo de Aznapuquio, el mando de una pequeña vanguardia compuesta del batallón de Numancia, mandado por el coronel graduado don Ruperto Delgado, que parece había solicitado este puesto para desmentir noblemente la mala opinión de que gozaban algunos de sus oficiales, del escuadrón de dragones de la Unión, de que era comandante el teniente coronel don José García Sócoli, á la verdad con poca instrucción todavía á causa de los muchos reclutas que había recibido, y de otro de dragones del Perú que mandaba el teniente coronel don Andrés García Camba, cuya división, avanzada de Aznapuquio, ocupaba á Copacabana y San Lorenzo. El coronel Valdés, deseoso de señalarse en la costa, como se había distinguido en el Alto Perú, proyectó buscar á los enemigos en Chancay, y previa la autori-

(1) Stevenson, *Relación histórica de veinte años de residencia en América.*

zación del virrey, emprendió la marcha con la caballería y cuatro compañías de infantería, de manera que pudiese hallarse al amanecer á la vista de Chancay, como sucedió. Los enemigos, que amanecían sobre las armas, pusieron su infantería, desde luego, en retirada. Valdés marchó decididamente sobre Chancay, adelantándose con el escuadrón de dragones de la Unión, y previniendo al teniente coronel Camba le siguiera con el suyo y la infantería en reserva; mas advirtiendo este jefe el adelanto que aquél tomaba, lo inútil que podría serle en caso de choque y la imposibilidad de que la infantería siguiera á mayor velocidad, se adelantó con los dragones del Perú y los cazadores de Numancia que pudieran y quisieran correr, dejando el resto de la infantería con el capitán don Ramón Herrera, para que continuara en la misma dirección al paso redoblado. Los cazadores de Numancia siguieron con alegría á los dragones del Perú.

El camino que sale del pueblo de Chancay para el Norte es llano y espacioso, capaz de contener 12 caballos, próximamente, de frente, mientras continúa encallejonado por dos tapias de cerca de vara y media de elevación. Brantzen, que con la caballería se había quedado á retaguardia para ganar algún tiempo, á fin de que la infantería adelantase, conocía bien que en aquel callejón no se podían batir más hombres que los que cabían de frente, y al ver tan adelantado á Valdés con sólo los dragones de la Unión, lo cargó con gente escogida y con denuedo. Habían entrado ya en el mencionado callejón los dragones del Perú, cuando cargados los de la Unión y acuchillados algunos de sus individuos, se puso el resto en fuga á toda brida. El teniente coronel Camba retrocedió velozmente hasta las primeras casas donde el terreno le permitía evitar el desorden de los fugitivos, y adelantó á favor de la tapia de la derecha media compañía de los cazadores de Numancia, cuyos fuegos contuvieron la persecución de los enemigos, y acaso salvaron la vida del hoy general Valdés, con satisfacción de todos. Tan luego

como el camino quedó desembarazado de los dragones de la Unión, tomaron los del Perú la vanguardia, y puesto el mismo Valdés á su frente, persiguieron al entendido y arrojado Brantzen por espacio de más de una hora hasta el pie del cerro de la Zorra; pero el enemigo había logrado su intento de poner á salvo su infantería.

Después de este suceso el virrey reforzó la vanguardia y quedó compuesta de los batallones Numancia, Arequipa y 2.° del Infante D. Carlos, los dos referidos escuadrones y dos piezas de artillería, continuando en su mando el expresado coronel Valdés, quien se situó en Chaucay y Chancaillo. Este jefe tenía siempre en ejercicio su incansable actividad para procurar adquirir noticias ciertas del estado del enemigo, y sabedor de que el general Alvarado con alguna fuerza había tomado la dirección de la sierra, para proteger la expedición de Arenales, entonces en marcha, y que las tropas de S. Martín en Huacho, Huaura y Supe se hallaban trabajadas por las enfermedades comunes y endémicas del país, resolvió ocupar el pueblo de Sayán, 10 leguas de Chancay, interponerse así entre las tropas que conducía Alvarado y las situadas en la costa y ver el modo de dar un golpe ventajoso donde las circunstancias, examinadas de cerca, ofreciesen mayores probabilidades de buen éxito. El pensamiento era grande, la operación estaba calculada con sumo detenimiento, y el coronel Valdés era incuestionablemente hombre aptísimo para llevarla á cabo. En la persuasión de que este proyecto, de harto fácil ejecución por la buena calidad y mayor movilidad de las tropas de la vanguardia, merecería la aprobación de todos los militares, Valdés dió cuenta al virrey de que al siguiente día por la tarde emprendía el movimiento. Mas, lejos de aprobarlo S. E., no sólo previno por extraordinario que la división regresara inmediatamente á los puntos de donde había partido, sino que mandó replegar á Lima los dos batallones, Infante D. Carlos y Arequipa y el escuadrón de dragones de la Unión, dejando, por consiguiente, reducida la

vanguardia al batallón de Numancia, al escuadrón de dragones del Perú, y á las dos piezas de artillería. Nadie pudo comprender el objeto ni el motivo de esta disposición. Como quiera el proyecto de Valdés se acreditó de acertado por las medidas que tomó S. Martín tan pronto como llegó á entenderlo, y fueron sustancialmente las mismas de que se hace cargo el autor de la *Historia de la revolución Hispano-Americana* al referir ese hecho. "Alvarado—dice—tuvo orden de retirarse, y la tuvieron también de embarcarse al momento los enfermos y almacenes del ejército, mientras que eran alejados por tierra los ganados, caballos sobrantes y cuanto pudiera embarazarles en sus marchas; pero informados (los enemigos) de la variación de los planes de los realistas, volvieron de nuevo á su primer estado de sosiego y seguridad."

Reducida la vanguardia, como se ha dicho, permanecía sin embargo en Chancaillo, cuando el 25 de Noviembre por la tarde, cogieron los puestos avanzados un indio que traía la dirección de Huacho por el camino que llaman de la playa, y se supo por él que en la misma dirección marchaban un destacamento de caballería enemiga, del cual se había separado en el punto denominado Pescadores. Era natural suponer que fuese seguido de mayor fuerza, y en consecuencia el coronel Valdés dió posición al batallón de Numancia, y se adelantó con el escuadrón que mandaba el teniente coronel Camba á verificar por sí un conveniente reconocimiento. Todavía esta tropa marchaba cubierta con una loma, cuando algunos caballos enemigos empezaban á separarse de la lengua del mar para reconocer el terreno de su frente. Valdés mandó dividir los dragones del Perú por compañías, y que la una tomase al gran trote una quebrada que por la derecha conducía con algún rodeo á retaguardia de los enemigos, permaneciendo en tanto oculto con la otra detrás de la mencionada loma. Cuando los caballos enemigos llegaron á descubrir ésta, ya la compañía del valiente don Manuel Fernández tocaba el término de su comisión:

entonces dispuso Valdés cargar por el frente, y aunque los enemigos se pusieron en precipitada fuga, era ya tarde, porque la compañía de Fernández les había cortado la retirada: quedaron, pues, en poder de los nuestros un oficial y 25 granaderos á caballo, de que se componía aquella descubierta. Este fué el primer encuentro feliz en aquella campaña contra las tropas de San Martín, poco importante en verdad, pero útil á la moral de las tropas, y particularmente á los dragones del Perú, que por primera vez hacían prueba de su instrucción.

Por los prisioneros que fueron al día siguiente remitidos á Lima se supo que toda la caballería de San Martín al menos debía moverse sobre Chancay, con lo que trasladó Valdés su campo el 27 á Tecuán, y el 28 del mismo Noviembre fué reconocida la vanguardia por la caballería enemiga al mando de don Rudesindo Alvarado, la cual no bajaba de 700 caballos; y aunque el terreno era bastante á propósito para emplearla, no se trabó empeño alguno. Cerca de las oraciones Alvarado se retiró hacia Retes, y después de anochecido hizo Valdés la misma operación, tomando la dirección de la hacienda de Basurto, donde permaneció hasta el 1.° de Diciembre, dando repetidos partes al virrey de lo que pasaba y de la dirección que se proponía seguir en su repliegue. En la tarde de este día volvieron á presentarse los enemigos á la vanguardia en la hacienda de Basurto, pero sin manifestar deseos de empeñarse, lo que parecía harto notable; sin embargo, continuó Valdés su retirada sobre Lima por el camino de Trapiche-Viejo, que era el más ventajoso para el uso de la infantería en que consistía su mayor fuerza.

En la noche del 28 de Noviembre, al trasladar Valdés su campo de Tecuán á Basurto, se desertaron al enemigo dos ó tres oficiales del batallón de Numancia, y aunque la tropa de este cuerpo daba muestras claras de decisión y valentía, sin embargo esa deserción recordaba naturalmente la mala opinión que hacía tiempo se tenía de muchos de sus oficiales. El coronel Valdés, que acababa de

llegar al ejército de Lima, no era extraño ignorase aún todos los antecedentes de tan importante circunstancia. El 2 de Diciembre por la tarde se unió á las tropas de Valdés otro escuadrón de dragones del Perú con el teniente coronel don Ignacio Landazuri, y como el terreno era muy qnebrado, los enemigos ya no seguían á los realistas, y los caballos y las mulas tenían necesidad de alimento, se adelantó el coronel Valdés á los alfalfares de Trapiche-Viejo, dejando á retaguardia el batallón de Numancia para que siguiera la marcha con comodidad. Su comandante tuvo que descansar al pie de la escabrosa cuesta de Huachos para subirla de noche con menos molestia del calor: el sueño se apoderó luego de todos, menos de los conspiradores, que asegurándose de su jefe y de algunos pocos oficiales de quienes desconfiaban, sublevaron el batallón y lo condujeron al enemigo en la madrugada del 3 de Diciembre. Algunos individuos de tropa, fugados á favor de la obscuridad en el acto de la sublevación, llevaron á Trapiche-Viejo esta triste noticia, y Valdés, dando cuenta inmediatamente al virrey, marchó con la caballería y la artillería á San Lorenzo, y de aquí al campamento de Aznapuquio en virtud de orden superior.

Esta funesta defección se divulgó en Lima al mismo tiempo que por la puerta de Cocharcas entraban un batallón y dos escuadrones que conducía del Alto-Perú el brigadier Canterac. Las fragatas *Prueba* y *Venganza*, que habían zarpado del Callao antes que Cochrane volviera á bloquear este puerto, transportaron esa tropa de los puertos intermedios á Cerro-Azul, y sabedores aquí sus comandantes Villegas y Soroa del estado del Callao, ó por órdenes con que se hallarían ó por resolución propia, hicieron rumbo al Norte, aparecieron en Panamá, pasaron luego á San Blas y Acapulco en el reino de Méjico, y más tarde esas fragatas con la corbeta *Alejandro* fueron entregadas á los enemigos por los mismos que las mandaban.

La serie de desgracias experimentadas después del arribo de San Martín á las costas del Perú; los rápidos

progresos que contaba su proyecto de devastación y trastorno; la imperiosa necesidad de desmembrar las tropas del ejército del Alto-Perú por aproximarlas á los puntos más amenazados, y las especies alarmantes y abultadas de intento, que circulaban por el interior, daban aliento á los partidarios de la revolución para fomentar las disposiciones contra el poder existente y promover con tal motivo las más peligrosas conspiraciones. Descubrióse una en Arequipa, dirigida por el coronel Lavin, que oportunamente cortó el coronel Carratalá, apoderándose del jefe y de otros cómplices, que el brigadier Ricafort remitió al Cuzco para que fuesen allí juzgados. Otra se fraguaba en Oruro cuando llegó á esta población el teniente coronel Espartero con el batallón del Centro que mandaba; apercibido de tan inicua trama, de la que debía de ser él la primera víctima, tomó con tanta prontitud y acertada sagacidad sus medidas, que puso presos á los empleados y vecinos que resultaban más complicados, de los cuales pasó por las armas al capitán de su cuerpo, don Pedro Nordenflicht, sumariamente juzgado por una comisión militar. Por la misma fueron condenados otros cómplices á igual pena; pero consultada la sentencia al general en jefe don Juan Ramírez, fué conmutada en la inmediata. Casi coetáneamente se descubrió otra conspiración en la división de vanguardia del Alto Perú, cuyo objeto parecía ser acabar con el brigadier Olañeta, que la mandaba, y poner aquella tropa en seguida á disposición del caudillo Güemes, gobernador de la provincia de Salta, mas por fortuna se logró igualmente traslucir y desbaratar tan ominoso proyecto. Sin embargo, deben tenerse presentes estas repetidas tendencias para juzgar de la situación de los defensores de la causa española en el Perú.

Reunido el brigadier Canterac con las tropas que conducía en el insalubre campamento de Aznapuquio, fué dado á reconocer por jefe del E. M. G. del ejército, cesando en las funciones de mayor general el subinspector mariscal de campo D. José de la Mar, y aquel jefe, con el

mayor celo, se dedicó sin descanso á perfeccionar la instrucción de los cuerpos. Sin embargo del continente marcial que éstos iban visiblemente presentando, los errores cometidos, las desgracias experimentadas y la desconfianza que inspiraban varias personas, colocadas en puestos de la mayor importancia, contribuían poderosamente á menoscabar la opinión del mando, el crédito del gobierno y la confianza en el porvenir de las armas de España; y de tal manera aumentaban los partidarios y sostenedores de la invasión, que llegó á vulgarizarse la triste especie de que estábamos vendidos y el Perú tardaría poco en dejar de pertenecer á la monarquía española. La deserción del batallón de Numancia, único de su arma que se dejó en la vanguardia, cuando era notorio, y al virrey se le había representado el mal espíritu de la mayor parte de su oficialidad, servía de grave apoyo á las conjeturas, fomentadas probablemente de intento por los interesados en la desunión de los leales. Pero la justicia con que se desconfiaba de la oficialidad de Numancia y las desastrosas consecuencias de la pérdida de este cuerpo, han sido confirmadas por los mismos enemigos. "El 3 de Diciembre—dice Mr. Stevenson—, el batallón de Numancia, con 650 plazas, dejó el servicio del virrey de Lima para pasar al de la *patria*, y se unió á un destacamento del ejército libertador enviado á su encuentro á Retes, en el valle de Chancay. Precedentemente había habido al efecto una correspondencia secreta entre sus oficiales y San Martín, quien les hizo muchas promesas que después no les cumplió. La pérdida de una parte tan importante del ejército real fué muy sensible á Pezuela y á todos los españoles de Lima, y vino á servir de refuerzo muy considerable al ejército libertador. El arribo individual de oficiales y soldados procedentes de Lima aumentaba diariamente. El 8 de Diciembre, 36 oficiales y un número mayor de vecinos respetables de Lima llegaron á Chancay y se reunieron á las tropas libertadoras" (1).

(1) *Relación histórica.*

Corroborábase la referida funesta vulgaridad con que, no pareciendo el virrey resuelto á salir personalmente á campaña con el ejército, ni determinado á encargar su mando en jefe á ninguno de los generales que tenía á sus órdenes, no alcazaban las gentes otro plan de operaciones que el de reducir la defensa á la capital y al Callao mientras fuera posible, para concluir después por medio de una capitulación sin probar otra fortuna. Este pensamiento, perniciosísimo para las armas españolas, y más en el caso de que se enviasen auxilios convenientes de la Península, contaba hartos sostenedores, algunos respetables por su buena fe, aunque excesivamente dominados por la importancia que daría á los independientes la ocupación de Lima, y los más llevados del deseo de que se terminara la guerra á cualquier precio. De aquí provino el que se presentase al Ayuntamiento de Lima, en 16 de Diciembre, una exposición firmada por 70 vecinos notables, la que con su apoyo puso esta corporación en manos del virrey, pidiendo al gobierno estipulase con el caudillo enemigo tratados de paz y amistad, á fin de que cesasen las discordias entre europeos y americanos. La reconciliación en términos hábiles era un sentimiento univesal, y el virrey había sido el primero que había hecho proposiciones conciliadoras en cumplimiento de las órdenes de S. M. La diferencia consistía, pues, en que los enemigos querían se partiera de la base del reconocimiento de la independencia, y esta condición, excluída por la corte, hacía irrealizable todo proyecto de acomodamiento. Lo que el Ayuntamiento de Lima y los vecinos representantes pedían era una capitulación, que el espíritu del ejército real y el de los amantes de la causa española rechazaba también, como vamos á probar con la inserción de los documentos de su referencia, que tenemos por importantes para la Historia, y para demostrar cómo el curso de los sucesos iba preparando un acontecimiento sensible: la destitución del virrey Pezuela.

La exposición presentada al Ayuntamiento decía así:

"Excmo. Señor: Los españoles vecinos de esta capital suscriben esta representación para recordar á V. E. las obligaciones que tiene de propender, por todos los medios que estén á su alcance, á libertar de la grande, funesta é inminente desolación que la amenaza. Después de tantos servicios y sacrificios que hemos hecho, animados de nuestro amor y lealtad al rey y por el bien de la paz del reino, bajo los esfuerzos, actividad y talentos militares de nuestro Excmo. señor virrey, tenemos la desgracia de hallarnos con el enemigo á las inmediaciones de la ciudad. La suerte de ésta pende, por consiguiente, del éxito de una batalla, que, si se pierde, entrarán en ella vencedores y vencidos, causando las ruinas, incendios, robos y ultrajes que acaben con esta fiel metrópoli y su leal vecindario. Arderán las casas y los templos, y todo será horror y confusión en una ciudad populosa, indefensa, edificada de materias combustibles, y con una plebe en que hay muchos propensos al desorden. Aleje Dios de nosotros tantos males que pueden envolvernos en lágrimas y sangre, mas es necesario que la prudencia humana tome los medios oportunos para evitarlos siguiendo el ejemplo de los pueblos civilizados, que sólo combaten delante de las plazas fuertes donde queda seguro refugio; mas no á las puertas de las capitales populosas y abiertas, expuestas á los saqueos y ruinas, que las han hecho desaparecer cuando no se ha tenido esta precaución. En semejantes circunstancias se solicita una capitulación honorífica, y se solicita antes de aventurarse á la suerte de las armas, porque si ésta es desgraciada, no cabe otra que la humillación y la entrega.—Exponga, pues, V. E. al Excmo. Sr. virrey la necesidad en que estamos de una transacción, y á la que debe propenderse con tanta más anticipación cuanto en las negociaciones de Miraflores indicaron los diputados del general D. José de San Martín, según aparece de su oficio núm. 2.° *que no sería difícil hallar un medio de avenimiento amistoso.* Medio que no sabemos cuál es y que en las luces y humanidad

del siglo, de que hace tanto alarde el Excmo. Sr. D. José de San Martín, creemos será conforme á la seguridad y honor de esta capital. Por tanto, y en la necesidad en que nos vemos de no exponer más nuestras vidas y haciendas, á V. E. pedimos é instamos á que con la mayor brevedad y con el debido apoyo pasen esta representación á manos del Excmo. Sr. virrey los señores alcaldes, en persona, como presidentes del cuerpo municipal, y para que absolviéndose verbalmente cualquiera óbice se proceda inmediatamente á la apertura y conclusión de la paz, etcétera.—*Fr. Manuel Manzano*, provincial de San Francisco.—*Fr. José Figueras*, rector.—*Bartolomé de Orduña.—El marqués de Casa-Dávila.—El conde de Casa-Saavedra.—Diego Aliaga.—El conde de San Juan de Lurigancho.—Ignacio Cabero.—Miguel Fernando Ruiz.—Hipólito Unánue.—Faustino del Campo.—Lorenzo de Zárate.—Francisco Javier de Izcue.—Martín Arámburu.—Juan Manuel Quirós.—Andrés Salazar.—Pedro Abadía.—Juan Salazar.—El marqués de Villafuerte.—José Ignacio Palacios.—Francisco Alvarado.—El conde de Vista Florida.—El marqués de Casa Boza.—Benito Carreño.—Miguel Tenorio.—Carlos de Orbea.—Juan Pedro de Zelayeta.—Lorenzo Sanz de Santo Domingo.—Ángel Tomás de Alfaro.—Miguel Tafur.—Pedro Manuel Bazo.—Tomás de la Casa y Piedra.—El conde de San Carlos.—José Manuel Blanco de Azcona.—Dr. Mariano Álvarez.—José Francisco Navarrete.—Pedro de Iriarte.—Lorenzo María Lequeria.—Felipe Cuéllar*, cura de Surco.—*Félix Devoti.—Mariano Manjares y Mucho Trigo.—Juan Reimúndez*, cura del Sagrario.—*Sebastián Pérez*, cura de Guilas.—*José Álvaro de Arias*, cura de San Jerónimo.—*Juan Manuel Nocheto*, cura de Puchur.—*Manuel de Villarán*, cura de la Magdalena.—*Blas de Encina*, cura de Ig.—*José Rudesindo Catano*, cura de Caina.—*Agustín Bravo de Rueda.—Diego Hurtado*, cura de Mito.—*Mariano Cabero.—Manuel de Landazuri.—Juan José Muñoz.—Antonio de Almoguera*, presbítero.—*Esteban*

de Arescurénaga, cura rector de Santa Ana.—*Ignacio Morales,* capellán de la Caridad.—*José Gregorio Paredes.—Dr. Mariano Avellaneda,* cura de Huancayo.—*José Antonio de Lara,* cura de Yungas.—*José Espinosa Vega,* cura de Paucartambo.—*Mariano Lucas Guido,* cura de Singa. — *Manuel José Voto,* cura de Huánuco. — *Juan Hernández,* presbítero.—*Agustín de Mendoza,* cura de Ancallama.—*Juan Esteban Enríquez.—Justo Figuerola.—Pedro Manuel de Escobar.—José de Iriarte. — Manuel Agustín de la Torre.—Francisco de Iriarte.*"

El Ayuntamiento de Lima pasó este escrito á dictamen de los dos síndicos procuradores, concediendo dos horas de término á cada uno para que lo evacuaran, como lo verificaron, el citado 16 de Diciembre, aplaudiendo y apoyando el pensamiento de los representantes, aunque con esta diferencia. El Sr. Padilla, síndico procurador de segunda votación, no sólo tenía por laudable el proyecto de los ciudadanos peticionarios, sino que lo hallaba fundado en la real orden de 11 de Abril de este año, en virtud de la cual había el virrey abierto con el enemigo negociaciones pacíficas en Miraflores, que ninguna utilidad produjeron, porque el rey prohibía que sirviese de base la independencia para ningún tratado, y los enemigos era la primera condición que establecían. Pero prescindiendo Padilla de tan importante circunstancia, opinaba por que la referida representación se elevase por el Ayuntamiento al virrey; "para que—decía—haciendo el justo concepto que merece, ordene que se reiteren los tratados oportunos por conducto de los sujetos que estime convenientes, *unidos con los señores capitulares que elija este Ayuntamiento;* porque, aunque según el estado actual de nuestras armas, la bravura y entusiasmo de nuestras tropas y sus leales jefes, nada tenemos que temer cerca de la victoria que parece decidida á favor nuestro, no obstante uno que otro contraste que nunca falta en las operaciones bélicas, la duración de éstas, la interrupción del comercio, principal sostén de toda sociedad bien

organizada, y las consecuencias funestas que le subsiguen, son motivos sobre manera imperiosos que estrechan á arbitrar prudentes medios que cautelen los daños sin perjuicio de los derechos del rey y la nación. Guiado el síndico de estos sentimientos y otros muchos, que no le permite exprimir el angustiado término de dos horas que se le han franqueado para absolver su respuesta, no puede dejar de coadyuvar la pretensión, materia del recurso del día. El vecindario de Lima y provincias de que se compone el reino del Perú son muy respetables y dignas de consideración por su fidelidad, servicios y otras muchas calidades que los distinguen, y harán sobresalir en los fastos de la historia de las Américas. Así, pues, rodeadas (estas provincias) de opresión, necesitan que se les muestre consuelo, y no siendo difícil proporcionar temperamento que lo induzca, es indispensable solicitarlo á la más posible brevedad, especialmente cuando en las sanas y benéficas intenciones de nuestro excelentísimo virrey, y en sus profundos deseos de facilitarnos la paz, abundan conocimientos y disposición para expedir con sabiduría y tino, lances iguales." Y concluía pidiendo que se comprobara legalmente la autenticidad de las firmas de los peticionarios como una circunstancia que echaba de menos para poner sin demora en manos del virrey la preinserta representación; pero nótese cómo este opinante introducía ya la novedad de que los capitulares—que eligiera el Ayuntamiento—habían de concurrir con las personas que el virrey nombrara al arreglo de las transacciones pacíficas que se pretendían.

El Dr. Hermosa, síndico, procurador general de primera votación, reconocía que la solicitud precitada se reducía á procurar una capitulación honorífica bajo de transacciones, para fenecer las discordias en consecuencia de lo enunciado en el oficio núm. 2.° de los plenipotenciarios del general San Martín, en el que se establecía por base el reconocimiento de la independencia, y, por lo tanto, decía: "La propuesta es muy grave, atendido

el tenor de la cláusula citada, porque en ella se significa con claridad la libertad del Perú como principio de la conciliación tan suspirada entre los habitantes de uno y otro hemisferio. El síndico es el órgano de los votos del pueblo: oye las razones precautorias de los que suscriben y reconoce el peso de su voto. Escucha también los gritos de otros ciudadanos que desconfían de todo pacto, y no pudiendo combinar sus opuestos dictámenes, suspende la discordia para que la dirima la legítima autoridad si no se logra antes una exacta conformidad. Entretanto reflexiona que el excelentísimo señor virrey, los generales, oficiales y tropa manifiestan el mayor entusiasmo para defender la integridad de la nación, á que les obliga el juramento y la proclama publicada por V. E. el 14 de este mes, cuyo sistema no puede retractarse por V. E. aunque parte del pueblo le interpele. Bajo de estas dudas, como el recurso se dirige á que V. E. apoye la transacción abriendo el Parlamento de Miraflores, y que sostenga el propósito enunciado contra los inconvenientes que se objeten, considera el síndico que la cita de ese oficio es un tropiezo para cualquiera partido que pudiera negociarse de la ilustración del Excmo. Sr. San Martín, cuyos propósitos de beneficencia son patentes á todo el que lea sus manifiestos.» Y después de exponer que el poder verdadero para la clase de transacciones que descubría el mencionado oficio de los comisionades de San Martín residía en las Cortes con el rey, cuya potestad por la distancia no era consultable con la urgencia y prontitud requeridas, concluía opinando sólo por entonces que se consultase al virrey, «para que si entre las reales órdenes recibidas, después de la constitución, hay alguna que prevenga ó indique el modo y formalidades conque deban expedirse las negociaciones de paz ó de tregua con las provincias disidentes, se sirva instruir de su tenor á V. E. para que con su inspección pueda el síndico exponer su opinión sobre el mérito intrínseco de la solicitud y términos en que deba apoyarse por lo respectivo al territorio.»

En el expediente que el Ayuntamiento formaba con admirable precipitación recayó este decreto: "Visto con lo expuesto por los señores síndicos, elévese á S. E. con el oficio acordado. Lima y Diciembre 16 de 1820.—Hay diez y seis rúbricas.—*Dr. Muelle*, secretario." Y el oficio á que se hace referencia es como sigue: "Excelentísimo Señor: Este cabildo pasa á la superioridad de V. E., por mano de los señores alcaldes, el adjunto pedimento de varios ciudadanos respetables de esta capital, en el que aspiran á que se reabran las negociaciones interrumpidas de Miraflores con los diputados del señor general San Martín. Este medio de avenimiento amistoso de que hablan esos diputados en su nota oficial de 27 de Octubre último, ha quedado hasta el presente envuelto en un velo denso y misterioso. Podrá tal vez suspender los daños que nos amenazan, contener los furores de la guerra y demás males horrorosos que han sufrido los países insurreccionados. Así, en premio de la heroica fidelidad y servicios notorios de esta benemérita capital, se ha de servir V. E. acceder á las preces de dichos ciudadanos, solicitando por cuantos medios dicte la prudencia del expresado señor general se reabran dichas negociaciones, en cuyo caso nombrará este Ayuntamiento el diputado que represente á la ciudad. Dios guarde á V. E. muchos años. Sala capitular de Lima, Diciembre 16 de 1820.—Excelentísimo señor.—*El conde de San Isidro.—José María Galdiano.—Francisco de Zárate.- Simón Macayo.—El conde de la Vega del Ren.—Francisco Valle.—El marqués de Corpa.—Pedro de la Puente.—Francisco de Mendoza Ríos y Caballero.—Mariano Vázquez y Larriva.—Manuel Pérez Tudela.—Manuel Sáenz de Tejada.—Juan Esteban de Garate.—Manuel del Valle y García. Miguel Antonio de Venti.—Manuel Alvarado.*—Excmo. señor D. Joaquín de la Pezuela, virrey, gobernador y capitán general del reino."

Tan pronto como se tuvo noticia de la exposición que el Ayuntamiento de Lima pasaba al virrey con su apoyo,

para que negociara una capitulación, la indignación del ejército y de una parte considerable de la población, amante de los intereses de España, fué visiblemente notoria, y, en consecuencia, varios individuos del regimiento de la Concordia, que formaban los vecinos de la capital, dirigieron al virrey un escrito que no podemos menos de insertar á continuación por la prueba que suministra de nuestro aserto. Decía así:

"Excmo. Sr.:—Los individuos del regimiento de voluntarios distinguidos de la Concordia del Perú que suscribimos, con el debido respeto, parecemos ante V. E. y decimos: que por conductos fidedignos de toda excepción ha llegado á nuestra noticia haberse promovido un recurso firmado por muchos sujetos, solicitando que esta fiel nobilísima ciudad se preste á abrir un nuevo armisticio con el caudillo del ejército insurgente de Chile que la invade y hostiliza.—Como miembros de este recomendable cuerpo en que tenemos el honor de servir formando una parte de la fuerza física en que se afianzan, no menos que el interés del Estado, el bien común de estos fieles habitantes, no nos apersonaríamos de esta grave materia, considerándola ajena de nuestra inspección, si no viésemos mezcladas entre esas detestables firmas las de muchos señores jefes y oficiales, bajo cuyo mando inmediato servimos al rey y á la nación, ejercitándonos subordinados en cuanto conduce al desempeño de los deberes de la profesión militar que voluntariamente hemos abrazado.—Protestamos religiosamente que no nos mueve espíritu de aversión individual, queja personal ni interés particular en lo que representamos á V. E. El decoro de las armas nacionales, el de V. E. y demás acreditados jefes que dirigen las operaciones, á que como subalternos concurrimos, son el objeto único y apoyo de nuestra solicitud. Ésta se dirige á que sean removidos de los empleos que en el regimiento ejercen, por haber estampado su degradante firma en ese mal meditado y antipolítico papel, el teniente coronel don Francisco Arias de Saavedra, el comandante D. Francisco

Javier de Izcue, el sargento mayor D. Juan Salazar, el capitán D. Pedro Abadía y otros diferentes subalternos.— Lejos de nosotros unos hombres que tratan de sacrificar la sagrada causa que defendemos al ídolo del egoísmo y sórdida ambición de que están poseídos. ¡Contratos con un usurpador que desconoce toda ley! ¡Acomodamientos con el autor de los asesinatos de la Punta de San Luis, que desoye los clamores de la humanidad; que mira como única razón el imperio de la fuerza; que, ingrato é infiel á su legítimo augusto soberano, ataca sus posesiones; que impíamente seduce los pueblos é introduce en ellos el desorden, el robo y la muerte! ¡Qué horror! ¿Creen esos pusilánimes, indignos del nombre español, que firman el degradante papel, hallar en una convención sancionada sobre la fe y promesas del aventurero San Martín la salvaguardia de sus idolatradas riquezas? No, por cierto. Un hombre que no se para en usurpar á su rey parte de sus dominios, ¿será escrupuloso en quebrantar los pactos que con los súbditos establezca? ¡Rara obcecación! Ellos serían las primeras víctimas inmoladas á la ambición y despotismo de ese parto infernal. Fuera de nosotros, volvemos á decir, unos entes que tan preocupados, como adheridos á su único provecho, no han sabido discernir ni penetrar su verdadero interés. Nosotros, Excmo. Sr., que desde el acto mismo en que hicimos el juramento ante las banderas del rey, que hoy tremolan bajo el augusto nombre de la nación, prometimos consagrar nuestras vidas á la defensa de sus legítimos derechos, no podemos disentir de esos indelebles principios que nos imponen la ley y el patriotismo. Seremos los primeros que á rostro firme los sostengamos enérgicamente hasta lo que alcance nuestra fuerza. Si como es regular llegase á noticia de San Martín el débil modo de pensar de los jefes y oficiales que acusamos, sepa también los distintos sentimientos de este cuerpo en general, que ofrece derramar la última gota de sangre antes que adherir á la flaqueza de prometerse cosa favorable de los convenios con el enemigo de

la justa causa que defendemos; pero no es posible cumplirlo, como deseamos, teniendo á la vista unos compañeros de armas cuya presencia nos inspira precisa desconfianza. El recuerdo del oprobio al verlos continuar entre nosotros impunemente enervaría nuestro más decidido entusiasmo. Los graves y ejecutivos males exigen prontos y activos remedios. El de separar del cuerpo dichos señores jefes y oficiales es el único que en las actuales críticas circunstancias que nos afligen podemos proponer á V. E., y se lo hubiéramos hecho presente de viva voz el día de la última revista si no considerásemos que el pueblo novelero, que todo lo tergiversa, podría atribuirlo á acción tumultuaria; así, pues, resolvimos practicarlo por medio de esta reverente presentación, en cuya atención á V. E. pedimos y suplicamos que, en mérito de lo expuesto, se digne separar del regimiento de voluntarios de la Concordia del Perú en que servimos á todos los individuos, cuya nomenclatura dejamos hecha, sustituyendo en su lugar á otros en quienes no concurran las faltas de que los acusamos, cuya providencia creemos de justicia, etc."—*Juan Martín de Larrañaga.—Rafael García.—José de la Gándara.—José Pérez.—Manuel Castillo.—Joaquín González.—Juan Manrique.—Francisco de los Heros.—José Rubira.—Luís Urizar.—José María Portilla.—Juan Santos Murrieta.—Juan José Mayo.—José Joaquín de Vicuña.—Juan de Idiazquez.—Pedro Martínez.—José Uria.— Francisco Yrigoyen.—Manuel Antonio de Esponda.—Pedro Meari.—Eduardo Escajadillo.—José de Diego y Trueba.—Francisco de Amézaga.—José Gervasio de Palma.—Francisco Martinez de las Herrerías.—Toribio de la Cabareda.—Francisco Seguí.—Francisco Castañares.—Marcos Romero Izquierdo.—Domingo Abella.—José María Ibarra.—Eugenio Rodríguez.—Tomás de la Riera.—José Iriarte.—Manuel Francisco del Campo.—Juan Arrepuera.—Tomás Antonio de Arzabiega.—Julián de Uribe.—Pedro Navarro.—Manuel Gil.—Antonio de Urquiza y Pertica.—Martín de Bueno.—Francisco Igna-*

cio de Otamendi.—Juan Bozi.—José María de Sarasa.—Manuel de Eguia.—Mariano Martínez.—Mateo Aillón.—Santiago de Astigarraga.—Pedro Rubira.—José Manuel Ibáñez.—José Causiño.—José García Gutierrez.—Andrés Pérez y Escuti.—José Castro del Río.—Manuel de San Martín.—Pedro de Cordón.—Mariano Cordero.—Juan Bresaño.—Rafael Doihararte.—Dr. José Talalla.—Pedro Antonio de Pellón.—Francisco Palacios.—Miguel Serrano.—Francisco Ballesteros. — Antonio Negrete. — José Macho.—Joaquín Martínez.—Eusebio José de Villar.—Juan Anorraca.—Mariano Salazar.—Juan Urbina.—Manuel Iglesias y García.—Manuel Olaminde.—Joaquín de Larrea.—Manuel Márquez.—Pedro Puirredon.—Alejandro Durana.—Cecilio Durán.—José María Zatarán.—José María Artola.—José Adalíz.—Pedro Castellanos.—Isidro Telechea.—Manuel Alonso.—Miguel Antonio de Piñaga.—Juan Tomás Romero.—Julian López.—Domingo Astorica.—Francisco de la Cruz.—Antonio Herrera.—Manuel de Bringas.—Francisco Chambovet.—José Echavarría.—José Iglesias.—José Gómez.—Antonio García.—Jerónimo del Rio.—Antonio Martínez.—José Cáceres.—Juan de Balbás.—Santiago Barunda.—José Rafael Madagriaga.—Lorenzo Cáceres.—José García.—Mateo Herrera. — Andrés Martínez. — Fernando Iparraguirre.—Melchor Velarde.—Ramón Cruces.—José Zubillaga.—Ludovico Eiraldo.—Manuel de la Torre.—Bernardo Efien.—Manuel Oviedo.—Juan José de Urcona.—Domingo Fabeiro.—Jacinto de la Cruz.—Cristóbal Caballero.—Bartolomé Manrique.—Juan de la Bia.—Francisco Barrenechea y Salcedo.—Antonio Paredes.—Ramón de Anolovis. Juan Bial.—Nicolás Baullosa.—Juan Manuel Gil.—Juan García.—José de Escuti.—Clemente Campelo.—Ramón de Olasarri.—José Olasarri.—Miguel Santiago.—Andrés Garona.

El virrey desestimó la representación de los vecinos de Lima que el Ayuntamiento puso en sus manos con recomendación, pero ninguna providencia dictó contra los je-

fes y oficiales de milicias disciplinadas y del regimiento de la Concordia que la suscribían, ni despues de haber recibido la petición al efecto que acabamos de insertar; y como los firmantes empezaron á disculpar su injustificable conducta con que se les había indicado que S. E. estaba enterado y consentía el paso que se iba á dar, la indignación de los que querían defenderse subió de punto, y en el vasto campo que se abría á las conjeturas el favorable prestigio de la primera autoridad sufrió inmensamente.

Entre tanto se hallaba totalmente incomunicada la capital con la provincia de Trujillo, después que San Martín trasladó su cuartel general á Huaura y que Cochrane presidía el bloqueo del puerto del Callao; y aunque no se contaba en aquella provincia con medios suficientes á prometer una vigorosa resistencia, tampoco esperaban todos que su mismo gobernador intendente, el marqués de Torre-Tagle, fuese el promovedor de su insurrección, pronunciándose en favor de la revolución, y haciendo en consecuencia proclamar y jurar la independencia el 24 de Diciembre. Torre-Tagle había sido nombrado por el rey gobernador intendente de la paz; más no acomodándole servir este destino, como se dijo, obtuvo del virrey el mando de la provincia de Trujillo en la costa del Norte que puso á disposición de los invasores, asegurándoles por medio de esta traición una base sólida de operaciones en tierra, de la que habían carecido hasta entonces. Torre-Tagle inauguró su nueva bandería poniendo presos al ilustrísimo Marfil, obispo de la diócesis, y á varios europeor vecinos notables de la ciudad, á quienes embarcó y remitió seguidamente á Huaura á las órdenes del caudillo enemigo. De este modo quedó de hecho por los independientes todo el territorio peruano desde Chancay á Guayaquil, y esta desgracía tan trascendental se atribuía, como las anteriores, á imprevisión y falta de consejo en el gobierno, como sucede comúnmente en todos los paises en igualdad de circunstancias.

Como una situación tan delicada y crítica, acompañada de la mas incomprensible inacción en las operaciones militares, era generalmente censurada; como la insurrección progresiva del país disminuía en proporción toda clase de recursos, y como se conservaban en destinos influyentes, y al parecer con favor, á personas que merecían la desconfianza pública, y á cuyo pernicioso influjo se atribuía también el que el virrey no hubiese aprobado el movimiento de la vanguardia sobre Sayán, y al contrario adoptase la inmediata notable disminución de su fuerza, que proporcionó la defección del batallón de Numancia, el expresivo descontento penetró el palacio del virrey, de cuya buena fe se creía que se abusaba, y hasta cierto punto se acalló el clamor público, dando á reconocer por segundo en el mando al teniente general don José de la Serna, quien no había cesado de ser un objeto constante de respeto y de esperanzas para el pueblo y para el ejército.

CAPÍTULO XVII

San Martín en Retes.—Una ocasión perdida.—Sus consecuencias.—Cesación del virrey Pezuela en el mando.—Estado del Perú por el general Ramírez.—La Serna se encarga del virreinato.—Nombramiento de Canterac y de Valdés.—Da parte la Serna al rey, y le pide un sucesor.—Valleumbroso y Seoane.—Pérdida del bergantín *Maipu*.—S. M. aprueba en 29 de Julio la elección de la Serna para virrey.— Ricafort y Valdés.— Acción de Ataura.— Carratalá.—Acción de Canta.—Miller y Camba.—Conspiraciones.—Abreu, comisionado regio.—Negociaciones de Punchauca.— Entrevista del virrey y San Martín.—Proposiciones de ambos jefes.—Nueva y peligrosa expedición de Arenales.—Estado de la opinión en Lima.—Rodil.—Olañeta.—Pérdida de Méjico y Costa Firme.

1821

Á principios de este año los ejércitos beligerantes conservaban las mismas posiciones que tenían á fines del anterior; pero engreído el enemigo con las ventajas que le habían proporcionado la fortuna y nuestros errores por un lado, la traición, la perfidia y el espíritu de novedad por otro, y alucinado tal vez con la idea de que otros cuerpos del ejército real secundarían la negra conducta del batallón de Numancia, levantó su campo de Huaura y vino á ocupar la hacienda de Retes, situada á una legua al Nordeste próximamente del pueblo de Chancay, donde con toda probabilidad debió de recibir un golpe de muerte si los jefes españoles hubiesen podido y sabido emplear los medios con que contaban para lograrlo.

Supuestos el sigilo y prontitud necesarios, alma de la mayor parte de las operaciones en la guerra, las tropas españolas, decampando entre cuatro y cinco de la tarde, podían amanecer al siguiente día sobre la posición del confiado San Martín con fuerzas superiores, particularmente en caballería, incorporados como se ballaban en Aznapuquio los dos escuadrones de granaderos de la Guardia que mandaba Ferraz, los dos de lanceros que mandaba Bedoya y el de dragones de Arequipa, de que era comandante Horna, procedentes todos del Alto-Perú y de Arequipa. Tan luego como el enemigo se viera obligado á abandonar á Retos, lo que no podía dejar de suceder hasta para tomar una posición más militar, quedaba el agua del lado de las tropas del rey, y las suyas sin ellas y con terribles arenales á retaguardia, de diez y seis leguas en dirección de Huacho por la playa y de diez en la de Sayán. Un cuerpo de ejército con estos graves obstáculos que vencer, y con otro superior á la vista, pronto á hostilizarle y aprovechar el primer momento favorable que se le ofreciera, y que podía hacerse proveer de agua y demás bastimentos del pueblo de Chancay y de las haciendas de su valle, no era muy fácil que lograra completar su retirada sin experimentar considerable pérdida si no era disuelto. Los jefes superiores del ejército español conocieron bien la importante trascendencia, hasta moralmente considerada, de buscar sin pérdida de tiempo al enemigo con todas las fuerzas campadas en Aznapuquio, y se apresuraron á proponer al virrey este pensamiento, cuyas ventajas pareció reconocer conviniendo en él y encargando su ejecución al general la Serna, su segundo en jefe. Mas como, por desgracia del virrey y del ejército, nada se proyectaba que los enemigos encubiertos ó los amigos imprudentes no hicieran público; como se hiciese comprender la conveniencia de conducir con el ejército artillería gruesa, y se empleasen algunos días en los preparativos, se vulgarizó la especie de que iban á moverse las tropas: pudo San Martín ser

avisado, reconocer la falsa posición que con harta ligereza había ocupado, y retirarse con tiempo á Huaura.

Recibida en Lima la noticia de que el enemigo levantaba su campo de Retes y se retiraba á Huaura, fué más visible el fundamento del movimiento proyectado y más notable el error del tiempo perdido. El virrey entonces dispuso que el brigadier Canterac con la caballería y algunos batallones marchara inmediatamente sobre Chancay, debiendo seguir y apoyar esta operación el teniente general la Serna con el resto de las tropas campadas en Aznapuquio; más en vez de moverse la Serna el 27 de Enero tuvo orden para lo contrario, y Canterac recibió en el río Pasamayo la de regresar sin demora al campamenta de donde acababa de salir, como lo verificó en la tarde y noche del 28. Por este tiempo la capital empezaba á sentir los tristes efectos de un bloqueo por mar y tierra, y bien fuese por la aversión que se iba generalizando contra el Gobierno, bien deseo de anticiparse á merecer las buenas gracias de los independientes, mirados ya por muchos como dueños de la ciudad, lo cierto es que cada día había nuevas deserciones de vecinos de Lima y de oficiales del ejército y que reinaba entre los leales el más melancólico descontento. Después de las esperanzas concebidas con el movimiento prevenido á las tropas, las órdenes para que la Serna se mantuviera en Aznapuquio y Canterac regresara á este campamento, acabaron de convencer de que en el Gobierno no existía plan para conjurar la tempestad que crujía, y que si había alguno, era sólo el de conservar á Lima mientras se pudiera, como se decía, y capitular después; idea que abiertamente resistían la mayoría del ejército y demás defensores de los derechos españoles.

Antes de estas últimas órdenes, que agotaron el sufrimiento y exaltaron la lealtad, era muy común la persuasión de que ó el virrey no se hacía bien cargo de la diferencia que existía entre las circunstancias y los enemigos actuales, y la época y los enemigos que había batido con

fortuna en el Alto Perú, ó que rodeado, como se temía, de desleales sin conocerlos, estaba siniestramente aconsejado, lo que parecía más probable. Con el laudable fin, pues, de paralizar las perniciosas influencias que se recelaban hacía tiempo, y que acaso los mismos enemigos fomentaban de intento, algunos jefes del ejército habían empleado los mejores modos y términos para representar al virrey la conveniencia de que se descartara en parte de la odiosa censura de las operaciones de campaña, creando bajo su presidencia una junta de guerra *directiva*, á cuya propuesta se adhirió S. E. de buena voluntad. Pero los peligrosos aduladores, ó los enemigos solapados del virrey y de la España supieron despertar pronto en su ánimo la fatal idea de que una junta semejante era depresiva de su alta dignidad, resorte irresistible para el hombre noblemente celoso de la autoridad que le estaba confiada, y así arteramente lograron que el virrey redujese las funciones de la expresada junta á meramente *consultivas*, únicas que la ordenanza militar permitía, en sentir de los instigadores interesados, como si las circunstancias presentes pudieran estas previstas en ningún Código.

Esta repentina é inesperada variación en momentos angustiosos de suyo fué un motivo más de agitación para la opinión desfavorable al virrey, y las órdenes de suspensión del movimiento comenzado por Cantarec, bajo el pretexto de que si el enemigo se embarcaba en Huacho, podría ocupar la capital antes de que las tropas regresaran á tiempo de defenderla, cuando la plaza del Callao estaba bien guarnecida, el ejército real no podía alejarse 30 leguas sin saber el embarco de los enemigos, y el viento que sopla constantemente del Sur en aquella costa es totalmente contrario para navegar desde Huacho y Supe á las inmediaciones de Lima, produjeron en la mayor parte de los ánimos la plena convicción de que era absolutamente necesario recurrir á un arbitrio extremo, sensible, pero inevitable. Varios vecinos notables de Lima habían pedido la paz al virrey por medio de una capitulación; el

Ayuntamiento había apoyado la demanda reclamando intervenir en las negociaciones; y algunas personas ligeras habían dejado percibir la mala especie de que S. E. estaba conforme con el pensamiento que se le proponía, lo que tenemos por calumnioso, pero había hecho su efecto; y aunque en apoyo de esta circunstancia importantísima pudiéramos insertar varios testimonios de testigos presenciales, nos parece bastante á nuestro propósito el de don Toribio de Acebal, coronel secretario del virreinato del Perú entonces, que dice así: "Me consta que una porción de individuos de la capital de Lima en el Perú hicieron la representación que se expresa al Ayuntamiento de aquella capital, que pedían que aquella corporación la elevase al excelentísimo señor virrey, que lo era entonces el excelentísimo Sr. D. Joaquín de la Pezuela, y que este paso se verificó, en efecto, á fines de 1820. También me consta que el Ayuntamiento la elevó al virrey, que entre los sujetos que la firmaban era uno de ellos el coronel de milicias disciplinadas de Carabaillo D. José Ignacio Palacios; que, reconvenido éste por el virrey, que le dijo que cómo había firmado tal representación, le contestó Palacios que no había podido prescindir de firmarla por habérsela llevado para este efecto el licenciado D. Matías Maestre, hallándose en el palacio arzobispal, el que al manifestarle Palacios repugnancia á prestarse á ello, temeroso del desagrado del virrey, le dijo Maestre que la representación se hacía con el beneplácito de S. E., y que á esta razón prestó la firma. Vi también que el virrey se irritó al oir esta contestación, y gritó á un alabardero para que llamase al licenciado Maestre. No puedo decir si el alabardero volvió, ni si se verificó la presentación de dicho eclesiástico, porque los cargos de mi empleo llamaban mi atención en otros parajes. Sólo diré que hablando conmigo D. José de la Mar, subinspector de las tropas, me dijo que el excelentísimo señor virrey le había enseñado la expresada representación, y que en ella se pedía que se capitulara con el caudillo San Martín que bloqueaba el

Callao y había desembarcado su ejército en Huaura, y que ya tenían este documento para en caso de entrar en contestaciones con dicho rebelde. También he visto la exposición presentada por varios individuos del regimiento de la Concordia del Perú al Excmo. señor virrey pidiendo la separación de su cuerpo de los individuos que habían firmado la anterior, presentada al Ayuntamiento sobre capitulación. Creo que ni á la primera ni segunda de estas dos exposiciones puso el virrey providencia alguna, pues que no se hizo remoción alguna en el regimiento de la Concordia. Es cuanto puedo decir con certeza, etc. Madrid 26 de Mayo de 1830.—*Toribio de Acebal.*»

Después de tantas desgracias experimentadas desde Septiembre del año anterior, empezándose á percibir en el campamento de Aznapuquio el desarrollo de un germen contagioso que tantos estragos causó en el personal del ejército; vulgarizada la petición de los setenta notables, vecinos de Lima, que el ayuntamiento pasó al virrey con apoyo, pretendiendo además intervenir en las negociaciones de la capitulación que se solicitaba; esparcida mañosamente la mala especie de que el virrey estaba conforme con que se le dirigiera dicha petición; generalizada la desconfianza contra varios altos funcionarios, señaladamente contra el intendente Arrieta, secretario particular del virrey, que también había sido miembro de la primera junta revolucionaria de la Paz, y contra los generales Llano y La Mar, individuos de la junta consultiva de guerra, quienes vinieron á confirmar esa desconfianza abrazando después el partido de la independencia; perdida injustificablemente la oportuna ocasión de batir con probabilidad á San Martín en Retes, adonde su excesiva confianza lo había ciegamente conducido; anulado el movimiento que había de ejecutar, aunque tarde, el general La Serna, mandando regresar al brigadier Canterac á Aznapuquio con las tropas con que lo había comenzado; á la vista del triste cuadro que el estado de las cosas públi-

cas presentaba, y consultando sólo sus sentimientos españoles y los intereses de la España, á su juicio, los jefes del ejército reunidos en el campamento de Aznapuquio, se resolvieron el 29 de Enero á pedir resueltamente al virrey Pezuela que resignara su elevado cargo en su segundo el teniente general D. José de la Serna, designado al efecto por el concepto público, y señalado también por S. M. para sucederle, como resultó después del pliego de providencia. Esta petición fué suscrita por D. José Canterac, don Jerónimo Valdés, el marqués de Valleumbroso, D. Fulgencio de Toro, D. Agustín Otermín, don Ignacio Landazuri, D. José Ramón Rodil, D. José García Sócoli, D. Ramón Gómez de Bedoya, D. Valentín Ferraz, D. Andrés García Camba, D. Francisco Ortiz, D. Antonio Seoane, D. Ramón García Lemoine, D. Mateo Ramírez, D. Antonio Tur, D. Pedro Martín, D. Francisco Narváez y D. Manuel Bayona.

Ciertamente no desconocían estos jefes la gravedad del paso que creían conveniente dar, después de haber empleado algunos las insinuaciones confidenciales, y aun los arbitrios oficiales, para conseguir hacer la guerra con la mayor esperanza. En la persuasión de que desembarazado el virrey Pezuela de su numerosa familia, que amaba tiernamente como esposo y como padre, saldría de Lima á la cabeza de las tropas, único arbitrio propio en que se confiaba para prolongar la defensa del Perú, se le representó la importancia y conveniencia de enviar aquélla á España, y fué aceptada la idea; mas preparado el embarco de esa respetable familia, se publicó el desestimiento del viaje sin manifestar causal bastante á justificar esta resolución, atribuída comúnmente á influencias de amigos sospechosos. Al mismo tiempo el ejército, sabedor de lo que se trabajaba en Lima por inclinar al virrey á una capitulación con el enemigo, y exaltado, si se quiere, de noble patriotismo, resistía abiertamente el pensamiento de rendir la armas sin probar fortuna: la grande distancia que lo separaba del trono impedía que le pudiese expo-

ner respetuosamente su situación para obtener el pronto remedio que lo crítico de las circunstancias reclamaba; y la opinión pública no cesaba de clamar contra la dirección de la guerra, por las desgracias experimentadas como su forzosa consecuencia, y contra la peligrosa inacción en que lastimosamente se yacía, llegando á censurarla con las expresiones más duras y los conceetos más avanzados. Pero el ejército, si bien creía que algunas personas desconceptuadas rodeaban al virrey con peligroso ascendiente, al parecer, y si sentía profundamente las precisas consecuencias de los errores que se enumeraban y de la inacción que fundadamente se censuraba, jamás llegó á poner en duda la lealtad del virrey al rey ni su fidelidad á la España, cuyos intereses había defendido afortunadamente con gloria en el Alto Perú en diferentes circunstancias, aunque críticas también.

Los jefes del ejército del Perú obedecieron con puntualidad las órdenes del virrey Pezuela, y le sirvieron siempre cual debían, como á legítimo virrey, sin pensar jamás en su remoción del mando hasta que el curso desgraciado de los sucesos vino á sugerir este pensamiento como indispensable. Deseaban ardientemente que el dominio español allí se salvara, y cuando menos que se defendiera el país hasta que la Corte pudiese ser instruída de su verdadero estado y se recibieran sus consiguientes mandatos; al efecto se pusieron en juego los medios que quedan indicados, y que con mayor extensión manifestó á S. M. el mariscal de campo D. Jerónimo Valdés en la exposición documentada que dirigió al gobierno del rey en 1827 desde la ciudad de Vitoria. Reducida la capital del Perú á la triste situación que queda indicada, y que á mayor abundamiento confirma el mismo virrey Pezuela en la página 31 de su manifiesto, por estas palabras: "Más pensador y más humano que ellos (los jefes que suscribieron su cesación en el mando), lejos de considerarme en el centro de los recursos, me contemplo en un país arruinado por diez años de guerra destructora, sin comer-

cio y sin industria, con sus más ricos minerales ocupados por el enemigo, con sus fincas destrozadas, donde el hombre de algún capital lo está consumiendo á pasos agigantados con el exorbitante precio de los artículos de primera necesidad, y donde, en fin, ya falta muy poco para que fije su asiento el terrible aspecto de una miseria consumada"; los jefes del ejército, que tenían plena confianza en los medios de resistir aún á la revolución, de que dieron pronto relevantes y gloriosas pruebas, creyeron llegado el necesario caso de que el gobierno del reino cambiara de manos. En igualdad de circunstancias, de creer es que obrasen del mismo modo los partidiarios ilustrados de la obediencia pasiva, porque admitida ésta sin examen podría cuestionarse hasta el mérito de la resistencia á la usurpación francesa en 1808, el concedido á los realistas de la Península en 1823, y otras concesiones más recientes y menos disculpables acaso aún de que ha sido frecuentemente teatro la nación española. Muy de lamentar será siempre hasta la necesidad reconocida de semejantes extremos recursos, pero nunca los juzgaríamos sin examinar bien su origen y su objeto.

El virrey había significado sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del Perú en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar superiores, y con palabras terminantes manifestó esta opinión en la junta de generales antes del 29 de Enero, como expuso el general Valdés al rey en su citada documentada representación, "no faltando—añade—alguno que las haya rebatido con calor en el acto de ser pronunciadas"; y esa opinión, disculpable por las circunstancias difíciles á que habían llegado los negocios públicos en el Perú, abría sin embargo mayor campo á las conjeturas sobre la petición de capitulación, presentada por vecinos notables y sorprendentemente apoyada por el Ayuntamiento de Lima, concurriendo todo, en fin, á acalorar la desconfianza de los hombres decididos por continuar á toda costa la defensa. Apoyábanse éstos animosamente, no sólo en los principios establecidos por

autores acreditados que han tratado del derecho de la guerra, sino en la regla que determinaba una disposición de la regencia de España en la lucha contra Napoleón. Sitiada la plaza de Badajoz por los franceses y muerto su valiente gobernador el general Menacho el 4 de Marzo de 1811, le sucedió en el mando el de igual clase D. José de Imaz. Reunió éste inmediatamente un consejo de guerra para resolver sobre los medios y modo de continuar la defensa de la plaza ó entregarla al enemigo; votó Imaz con la minoría, que estaba por la continuación de la defensa, y sin embargo capituló y entregó á Badajoz á los franceses seis días después de la muerte de Menacho. Enterada la Regencia de lo ocurrido en la referida plaza, á principios del siguiente Abril expidió una circular, que aprobaron las Cortes, ordenando que mientras hubiese en una plaza un oficial que opinara por la defensa, aun cuando fuese subalterno, no se capitularía y se encargaría del mando en el hecho mismo el oficial que así opinase.

En fin, cediendo el virrey al imperio de la necesidad, dió á la determinación de la mayoría de los jefes del ejército, que pedían ó exigían la resignación del mando del reino en el general la Serna, su segundo, y nombrado además para sucederle en el pliego de providencia, como se vió después, el aire de acto espontáneo de su voluntad, apoyándolo en el estado de quebranto en que reconocía su salud y en la falta que le hacía descansar de sus fatigas, reservándose empero, como era justo, el derecho de justificar su conducta ante el rey y la nación, y del mismo recurso usaron también los jefes firmantes para acreditar la suya respecto de un hecho sensible, sin duda alguna, pero que había llegado á parecerles indispensable. El acto era indudablemente atrevido, envolvía, sí, un pensamiento eminentemente español y grande en su objeto; pero la empresa era colosal, atendido el estado de la división y de la flaqueza en que el Perú se encontraba á la sazón; y para que este estado pueda verse descrito por un sujeto de toda excepción, vamos á copiar el parte que el gene-

ral en jefe del ejército del alto Perú, D. Juan Ramírez y Orozco, dirigió desde Puno al ministro de la Guerra, su fecha 1.º de Enero del presente año, el cual dice así:

"Excmo. señor: Aprovechando la coyuntura que me ofrece la fragata de guerra de S. M. B., nombrada la *Macedonia*, que acaba de arribar al puerto de Mollendo con objeto de pasar en seguida al Janeiro, es un deber mío manifestar á V. E. el estado actual de esta parte de Sud América y el *inminente peligro que se divisa con visos de certeza*, si con la velocidad del rayo no se acude al pronto remedio. En oficio de 16 de Diciembre último anterior participé al Excmo. Sr. Conde de Casaflores, ministro plenipotenciario de S. M. cerca de S. M. F. en la corte del Brasil, lo que manifiesta la copia que acompaño señalada con la letra C; pero como de día en día van creciendo nuestros cuidados y recelos, al paso que desaparecen los recursos por la preponderancia que adquiere el enemigo *en la fuerza física y mucho más en la moral*, es doble el apoyo que da mi pulso á mi débil pluma para manifestar á V. E., aunque en bosquejo, la crítica y terrible situación del Perú.—Después que San Martín hizo sus correrías en Pisco con la conocida idea de aumentar sus fuerzas, ganar la voluntad de los pueblos, proporcionarse recursos de toda especie para ponerse en aptitud de garantir su empresa, se reembarcó llevándose más de 500.000 pesos en azúcares y aguardientes de las haciendas circunvecinas á aquel puerto, con más de 1.000 negros y lo demás que fué presa de su pillaje, según dice la voz pública. Preparó una división al mando del caudillo Arenales contra las provincias de Huancavelica y Huamanga, y á pesar de que no fueron completos los sucesos que se prometía, alcanzó, sin embargo, revolucionar los partidos de San Juan de Lucanas y Cangallo, de que resultó una reunión de tres á cuatro mil indios acaudillados por Torres y Morera, que fué deshecha y batida por las fuerzas que mandaba el brigadier Ricafort. Esta operación preparatoria para tranquilizar la provincia de Huamanga

y ejecutar después el orden de movimientos convenientes, embarazó seguir la retaguardia de Arenales, quien por el valle de Jauja y Tarma dirigió sus marchas para incorporarse con San Martín, situado en Ancón, al Norte de Lima. No sé hasta el día el paradero de Arenales, ni si haya sido hostilizado por las tropas del ejército de Lima; también ignoro la exacta posición que ocupa San Martín. Esta incertidumbre dimana de que me faltan cuatro correos de Lima, y que el último que acaba de recibirse por la vía de Arequipa es atrasado en dos meses, en cuyo tiempo sólo he tenido un expreso del Excmo. Sr. virrey, en que me pedía tropas, que ya envié por mar y tierra en el número de tres batallones, y los dos mejores escuadrones, que equivalen á tres, por estar montados bajo el pie de tres compañías, única fuerza de que me podido desprender á pesar de la gran falta que hace para otras muchas atenciones, y principalmente para cubrir con seguridad todo el dilatado territorio de mi inmediato mando.

„Por la vía de Arequipa, y con referencia á algunas cartas que se han recibido allí de Lima, sé de positivo la desagradable ocurrencia de que el batallón de Numancia se pasó á los enemigos en la noche del 2 de Diciembre último. Este contraste tan considerable y tan transcendental en las tropas del Perú, unido á la pérdida de la fragata de guerra *Esmeralda* y á la toma de Guayaquil por la intriga y contrarrevolución de la guarnición ha influído en los habitantes fieles de la América *un descontento general, un vivo disgusto y una desconfianza de perder para siempre las esperanzas del buen éxito de las armas nacionales.* Agrégase á esto la fuerza moral que San Martín ha conseguido con tamañas ventajas y *lo predispuesto que está el espíritu público á oponerse á todo esfuerzo*, ya por el temor que á muchos les asiste, *ya por la propensión de la mayor parte al sistema revolucionario*, y ya por el recelo que todos casi generalmente tienen de *considerar infructuoso todo sacrificio* que parta de la posibilidad *de nuestros actuales recursos.*—No es, señor excelentísimo,

San Martín y sus satélites los únicos enemigos que tenemos. Son mayores y de más consideración los que por desgracia de esta guerra abundan ya en todas las capitales, pueblos, y aun en las más pequeñas aldeas. Acaba de ocurrir recientemente en los cuerpos de la vanguardia una sedición de los batallones de Cazadores y Partidarios por la clase de tropa, que debió ejecutarse el 13 de Diciembre anterior á no ser felizmente descubierta por la delación que se recibió de ella con oportunidad. El plan de los traidores era asesinar al comandante general, jefes y oficiales de la vanguardia, y llamar después al caudillo Güemes que viniese á apoderarse del Alto Perú. Son pocas todas las expresiones que se apliquen en la descripción de las fatales consecuencias que hubiera originado esta catástrofe, á no haber mediado las acertadas y ejecutivas providencias de castigar á los cómplices con un escarmiento ejemplar y cual correspondía á la gravedad del caso.

„En el mismo día 13 de Diciembre, con corta diferencia, debía haberse realizado en Oruro otra revolución, en la que hacía el primer papel el capitán del batallón de la Reina, D. Mariano Mendozábal, varios individuos de todas clases, y, lo que es más escandaloso, el mismo gobernador, teniente coronel, D. Fermín de la Vega; pero fué descubierta por haber sido interceptados en el despoblado de Atacanes unos pliegos, que el caudillo Chinchilla dirigía al de la misma clase Güemes, manifestándole el detalle aproximado del verdadero estado de nuestra fuerza, sus posiciones y reçursos. El proyecto era igualmente matar á todos los decididos por la justa causa, tomar todos los almacenes de cartuchos, pólvora, armamento de toda clase, artillería y los útiles de guerra que forman en la actualidad la maestranza general del ejército y provincias de mi dependencia, como también los almacenes de vestuario, intereses nacionales, y, sobre todo, llevarse la tropa, y con ella engrosar la fuerte gavilla de Chinchilla y revolver las provincias de la Paz y Cochabamba, y por

consecuencia todo el distrito de Buenos Aires. Así, indudablemente, hubiera sucedido si, tan luego como recibí los pliegos interceptados, no envío á Oruro á toda diligencia á mi ayudante de campo, don Benito Miranda, con las instrucciones competentes para averiguar la conspiración y cortarla, como efectivamente ha sucedido, sin la menor desgracia, por nuestra parte, habiendo sido ya castigado el más culpable, fuera del autor Mendozábal, que fugó con anticipación á los enemigos. Se está siguiendo la causa bajo las formalidades correspondientes, y en breve será concluída, aunque debe ser muy voluminosa y de la mayor consideración, por la multitud de cómplices y circunstancias del suceso. Estas ocurrencias son desagradables, y aun cuando fueron descubiertas en tiempo, queda el sentimiento de conocer la disposición de los ánimos, para todo lo que es adverso, y crea V. E. que generalmente en los pueblos hay igual predisposición, imaginándose falsamente ser este el medio más adecuado de terminar la guerra.

„Es indudable que el plan de los enemigos es combinado y general, y que, no sólo por las armas, sino por la intriga y seducción, que en todas partes introducen con fruto, garantizan su proyecto. Hasta ahora, no me es dado opinar con cabal acierto sobre el sistema principal de operaciones de San Martín; mas por los movimientos parciales que he ejecutado, comprendo que sus miras son revolver todos los pueblos, y apoderarse de sus recursos, ponerse en comunicación con Bolívar, desde Guayaquil, por la facilidad que le presta el reino de Quito, que á la fecha debe haber quizá perdido su equilibrio, tanto por las pocas tropas del rey que lo guarnecían, como por la acreditada adhesión de aquellos habitantes al sistema disidente; engrosar sus fuerzas hasta el grado que necesite para dar una batalla con toda seguridad, y entre tanto hostilizar la capital del Perú, obligándola y privándola de toda clase de recursos, hacer correrías por todas partes y sacar el fruto del pillaje y de la desolación. Estos movi-

mientos los hace San Martín con provecho y sin la menor resistencia, sin que puedan evitarse, á causa de nuestra débil é imponente escuadra para conducir tropas y contrarrestrar sus reembarcos y desembarcos, único auxilio de exposición. De aquí es que no podemos contar con otros sucesos que los que nos ofrece la suerte de las armas por tierra; y como éstos han de ser cuando San Martín quiera, en fuerza de la latitud del territorio y de una costa abierta, es visto que nada, nada en grande podemos hacer con utilidad, y que, por el contrario, nos vamos debilitando cada día, faltos de recursos, y llegamos por pasos cabales al término de la ruina. Mi venida á la provincia de Puno, punto de reunión de las líneas de operaciones de Huamanga y Arequipa, ha impuesto á estas provincias y contenido cualquiera conmoción, que indudablemente debía haberse proyectado con la internación de Arenales. Tengo sólo dos batallones y un escuadrón para caer al punto que llamen las circunstancias. La demás fuerza la remití, parte al Excelentísimo Señor virrey, como ya he dicho, parte está situada en la línea de Tarija, Mojo y Talina, que ocupa la vanguardia, sosteniendo las importantes avenidas de Jujuy y Salta, y el resto en la Paz, Oruro y demás guarniciones. Es de creer que Güemes, pasada la actual estación de aguas, avance al Perú, y que San Martín, siguiendo su sistema de correrías, venga á algún punto de las costas de Arequipa. En uno y otro caso se presentan grandes dificultades para operar á tiempo por la topografía del país, enormes distancias y una multitud de circunstancias que paralizan aquel impulso militar, preludio del buen éxito de las batallas.

„Por lo expuesto formará V. E. un concepto bastante exacto de la crítica, lastimosa y peligrosa situación del Perú; los progresos de los enemigos y decadencia de nuestros medios para contrarrestarlos, especialmente por falta de fuerzas sutiles, que el estado actual de cosas no tiene remedio, *si luego, luego y cuanto más antes no se envían auxilios peninsulares, y entre éstos seis buques de*

guerra, de ellos tres navíos, aumento que doy por haberse agravado nuestra situación y ser indispensable reconquistar los puertos que nos tienen los enemigos, y cubrir las grandes atenciones de la costa, que no serán pocas, cuando lleguen á Lima; todo esto sin perjuicio de remitir las tropas y demás socorros sobre Buenos Aires y Chile, si se ha de poner término á esta desastrosa y desoladora guerra, que ya se abomina hasta el nombre. Este es, Señor Excelentísimo, el estado del Perú; y aunque no puedo dudar que el Excelentísimo Señor virrey lo haya manifestado á V. E. con más datos y fundamentos, he creído, sin embargo, hacer á V. E. las observaciones indicadas, á fin de que se sirva elevarlas al conocimiento de Su Majestad para que se remitan con la mayor exigencia y prontitud los auxilios que se necesitan, *sin los cuales se pierde irremisiblemente la América.* Los enemigos están muy decididos y muy obstinados en llevar adelante el sistema de sus inicuas ideas. No quieren ni apetecen más que su independencia; rehusan toda otra ventaja; comprueban sus miras la oposición y negativa que han manifestado á las propuestas de transacción racional que hizo á San Martín el Excelentísimo Señor virrey, en cumplimiento de las benéficas y piadosas intenciones de S. M. Así, pues, repito que *sólo el inmediato envío de auxilios, es la salvaguardia de la conservación de estos países.*

„En fin, he expuesto á V. E., en descargo de la responsabilidad á que estoy ligado por mi encargo de general en jefe, cuanto hallo justo y necesario para el bien general, única gloria á que aspiro, y única gloria que guiará siempre todas mis operaciones, hasta sacrificar gustoso mi existencia y morir con honor en obsequio de la nación y del rey.—Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general en Puno, y Enero 1.° de 1821.—*Juan Ramírez.*—Excelentísimo Señor ministro de la Guerra."

Este era el juicio que tenía del Estado del Perú uno de los militares más acreditados en el ejército real desde el principio de la revolución, y muy conocedor de la natura-

leza de la guerra que se sostenía, y lo exponía al ministro de la Guerra para conocimiento de S. M. y su consiguiente remedio; testimonio tanto más imparcial é irrecusable, cuanto era dado sin conocimiento exacto del triste estado en que se hallaba el Bajo Perú, y cerca de un mes antes de que ocurriera la cesación en el mando del virrey Pezuela. Igual era la convicción de este jefe, en cuanto á la imposibilidad de defender el Perú sin auxilios de la Península, como claramente se ve aun del mismo manifiesto que publicó después en su defensa. "Las desgraciadas campañas de nuestros buques de guerra—dice en la página 22—, les facilitaron (á los enemigos) la creación de su imperio marítimo con arbitrios extraños, y la trágica suerte de los refuerzos peninsulares les ha conservado hasta ahora en él. Así acabó nuestro comercio, pereció la industria, se interrumpieron los conductos de la prosperidad general, las abiertas y dilatadas costas del Perú han estado en un verdadero bloqueo y al arbitrio de ruinosas invasiones, y hasta nuestros abastos han quedado á merced de la codicia extranjera. En una palabra, este es el origen de nuestros presentes conflictos, y *lo será de la pérdida total de la América* si no se verifica el arribo de las fuerzas navales, que se esperan en consecuencia de mis vehementes clamores y de haber asegurado reiteradas veces al supremo gobierno, que *sin el dominio del mar es imposible salvar estos países.*" Y luego, añade (pág. 26): "El problema de la conservación de la América, se ha de resolver en la Península; si no arriban oportunamente los recursos que yo he pedido con toda la urgencia propia de este convencimiento, muy vana será la gloria de los nuevos gobernantes. La fortaleza de los recursos disimulará los vicios del régimen."

Los jefes del ejército real de Lima no podían desconocer, ni desconocían, la situación apenas explicable en que se hallaba el Perú en Enero del presente año; sin embargo, no pudieron conformarse con permanecer inactivos, para verse necesariamente estrechados á capitular, como

pretendían ya algunos vecinos y el mismo Ayuntamiento de Lima. Fiados en su patriotismo y en su propio aliento, quisieron prolongar la resistencia y probar fortuna en la guerra, como entendían que se podía, y es fuerza reconocer que nada ni nadie podrá arrebatarles la gloria, honrosísima para las armas españolas, de haber cumplido su pensamiento por espacio de cerca de cuatro años, marchando de triunfo en triunfo á costa de trabajos, de sacrificios y de esfuerzos inconcebibles, hasta que la negra discordia, alterando los sentimientos del general Olañeta, minó el poder español y preparó la victoria de Ayacucho, ganada el 9 de Diciembre de 1824 por las fuerzas reunidas de Buenos Aires, Chile, Colombia y el Perú disidente.

Tan luego como el virrey Pezuela contestó á los jefes de Aznapuquio accediendo á su demanda, fué, en el mismo día 29 de Enero, reconocido por virrey del Perú el teniente general D. José de La Serna, con júbilo general. Los mismos jefes le dirigieron en seguida esta comunicación: "Excmo. Sr.:—Elevados por los jefes que suscriben, al Excmo. Sr. D. Joaquín de la Pezuela, los votos de este ejército, que arde en puros deseos de sacrificarse por defender la integridad de la monarquía española, ha dispuesto el expresado Señor Excelentísimo, en oficio fechado á la una y media de este día, que V. E. le sustituya en el pleno mando del virreinato; en cuya consecuencia, ha sido V. E. reconocido con toda solemnidad, y con una complacencia bien difícil de explicar, por virrey del Perú. Lo que tenemos el honor de comunicar á V. E., con particular satisfacción nuestra, comisionando al señor coronel marqués de Valleumbroso, y teniente coronel D. Antonio Seoane, para que más extensamente feliciten y expliquen á V. E., en nombre del ejército, su singular regocijo.—Dios guarde á V. E. muchos años. Campamento de Aznapuquio, Enero 29 de 1821.—Excelentísimo Señor.—Siguen las firmas.—Excmo. Sr. D. José de La Serna."

El mayor deseo del general La Serna, sostenido acaso por la influencia que el clima de la zona tórrida ejercía

sobre su salud, era su pronto regreso á la Península; y así, cuando recibió la primera noticia oficial de su elección para el mando superior del reino, se negó á aceptarlo, y reclamó en el acto del virrey Pezuela el correspondiente pasaporte. En efecto, en aquellas azarosas circunstancias se requería mucho patriotismo para encargarse de un mando de tanta responsabilidad y tan combatido. Cedió al fin á las instancias que se le hicieron hasta por su mismo antecesor, y aceptó dispuesto á prestar nuevos servicios á su rey y á su país, y á corresponder también como leal caballero á la absoluta confianza que se depositaba en su reconocida probidad y mérito.

Encargado del virreinato el general La Serna, uno de los primeros actos de su gobierno fué nombrar general en jefe del ejército de Lima al brigadier Canterac y jefe de su Estado Mayor, al coronel Valdés; pero ni una sola gracia concedió al ejército, ni sus jefes, ebrios si se quiere de noble entusiasmo, la hubieran admitido entonces. Sólo mas de un año después, y porque era justo premiar servicios distinguidos, empezó La Serna á usar de las facultades concedidas por el rey á su alta dignidad. Los expresados nombramientos fueron generalmente bien recibidos, menos de los enemigos ocultos de la España, que quedaron sorprendidos. El subinspector La Mar, estimado por su capacidad militar, segundo cabo por Su Majestad, y ascendido á mariscal de campo, se manifestó algo resentido; pero no faltó quien amistosamente procurara tranquilizarlo, haciéndole ver que nada era mas natural, hasta políticamente considerado, que inspirar completa confianza á los que más se acababan de comprometer. La Mar, se quejaba de que no hubiese contado con él para la misma determinación, y como estaba dado el paso, no era fácil demostrar si de buena fe confesaba que nadie lo creía más necesario que él. Que el estado de las cosas era en extremo crítico, y que urgía un sacudimiento reanimador, los mismos enemigos han venido á reconocerlo, y las deserciones lo confirmaban.

El 24 de Enero, dice Miller, cien individuos de todas clases se pasaron á los independientes desde Lima. Entre los militares se contaban el coronel Gamarra y los tenientes coroneles Velasco y Eléspuro; y de los civiles los de mayor distinción fueron el doctor López Aldana, don Miguel Otero y D. Joaquín Campino; y por este tiempo formó San Martín el primer batallón de Peruanos. El 25 del mismo mes 600 infantes y 60 caballos, todos escogidos, fueron puestos á las órdenes del coronel Miller para embarcarse en la escuadra de Cochrane, lo que verificaron el 30 en el fondeadero de Huacho, haciéndose seguidamente á la vela. "El objeto de la expedición—continúa—era tomar posesión de los castillos del Callao, pues algunos oficiales realistas, que se hallaban en ellos, habían sido ganados por el general San Martin, y se habían obligado á enarbolar la bandera independiente con tal que fuesen sostenidos por el desembarco de un cuerpo respetable de patriotas; pero el día antes de la salida de las tropas de Huacho había sido depuesto Pezuela y relevada la guarnición del Callao por tropas del partido del nuevo virrey. Consecuentemente volvió la expedición á Huacho el 19 de Febrero sin haber ni aun siquiera intentado desembarcar" (1).

Los jefes del ejército real, que habían promovido la exaltación del general La Serna al mando bajo el único concepto de hacer un servicio á su patria, ansiosos de acreditar el desinteresado espíritu que los animaba, no sólo partían del principio de que no se concediese recompensa alguna mientras nuevos hechos de armas no las reclamasen, sino que convencidos de las estrecheces públicas hicieron al virrey voluntaria cesión de la mitad del sueldo que les correspondía en la actualidad y pudiera en adelante corresponderles durante la guerra, á condición empero de que serían reintegrados cuando el desahogo del erario lo permitiese. Y este generoso desprendimiento

(1) Memorias del general Miller, al servicio de los independientes.

vino á servir después de base á una medida general, que fué recibida en todo el reino y por todos los empleados con laudable resignación, á que también contribuyó mucho el ejemplo dado por el mismo La Serna, asignándose solo 12.000 duros al año á cuenta de su alto sueldo, cantidad apenas bastante para subvenir á la más módica subsistencia del primer representante del rey y de la metrópoli en el Perú.

Una de las primeras ocupaciones del nuevo virrey fué también mandar salir varias columnas contra los indios alzados de los partidos inmediatos, á fin de franquear la comunicación con las provincias internas. Hallábase á la sazón el brigadier Ricafort con poca fuerza en Huancavelica; avanzó sin embargo al valle de Jauja, y batió el 3 de Marzo á los indios reunidos en la Concepción, causándoles alguna pérdida; pero, no considerándose con suficientes fuerzas para mantenerse en el valle, hubo de retroceder á Iscuchaca. Con este motivo, y atendida la abierta insurrección de los partidos de Huarochirí y de Yauyos que concurrían á formar el bloqueo de Lima, dispuso el virrey que el coronel Valdés, jefe del Estado Mayor, saliera el 25 de Marzo de Aznapuquio en dirección de la banda occidental del río grande de Jauja con 1.200 hombres de infantería y caballería, á fin de que reunida á esta fuerza la corta división de Ricafort, fueran contenidas las demasías de los indios alzados, sostenidos en su fatal alucinamiento por algunas partidas de tropa y emisarios destacados del ejército de San Martín.

Tampoco se descuidó el virrey la Serna en poner en noticia del gobierno de S. M. el verdadero estado de los negocios públicos en el Perú, indicando el indispensable repliegue al Este de la cordillera de los Andes y el consiguiente abandono de la capital del reino: reclamaba con urgencia los socorros pedidos por sus antecesores, particularmente de fuerzas navales; y concluía pidiendo al rey se sirviera enviar en su lugar un jefe de más salud y de mayores conocimientos. Y no alcanzamos que persona

alguna pudiera proceder con más hidalguía ni con mayor españolismo. No contento todavía con esto la Serna, comisionó al coronel marqués de Valleumbroso y al teniente coronel don Antonio Seoane para que condujesen á la Corte iguales comunicaciones y pudiesen personalmente dar al gobierno del rey las explicaciones que necesitara. Aprestóse al efecto en el Callao el bergantín de guerra *Maipu*, de excelente marcha, y el 29 del citado Marzo se hicieron á la vela esos comisionados. La mala suerte quiso que al recalar al Janeiro amaneciese este buque en la calma bajo los fuegos de una corbeta de Buenos Aires, y tuvo que rendirse después de haber botado al agua con precaución la correspondencia. Aunque esta desgracia retardó el arribo de los comisionados á la Corte, súpose en Madrid pronta y oficialmente lo que pasaba en el Perú, porque las primeras comunicaciones del virrey la Serna llegaron con felicidad. Instruído S. M. de todo, juzgó y determinó el proceder de los jefes de Aznapuquio de una manera bien distinta á la calificación que se han permitido hasta los escritores de la *Galería de españoles célebres contemporáneos*, acaso con más pasión que datos; y á fin de evitar que se repitan estos errores, nos parece oportuno copiar en este lugar la Real orden de 29 de Julio del presente año, con la que fueron contestadas dichas comunicaciones, que dice así:

"Ministerio de la Guerra.—1.ª División.—Secretaría del Despacho.—5.ª Sección.—Habiendo dado cuenta al rey de la carta en cifra que V. E. dirigió al ministerio de mi cargo con fecha 10 de Febrero último, en que manifiesta la situación de esas provincias, el estado actual del ejército, el haberse encargado del mando de ese virreinato, los buenos efectos que ha producido este cambio y la necesidad de que se destinen á esos mares fuerzas navales considerables que aseguren las costas y que produzcan los auxilios que V. E. juzga de absoluta necesidad: y al mismo tiempo de otra de igual fecha en que V. E. solicita se le exonere de dicho mando en atención

á que el estado de su salud ni sus talentos le permiten continuar en él en circunstancias tan difíciles: enterado de todo S. M., y siempre solícito por el bien y tranquilidad de sus súbditos, se ha servido aprobar el nombramiento hecho por V. E. en calidad de capitán general de esas provincias y al mismo tiempo las disposiciones tomadas por V. E. después que se encargó del mando, en el que es la voluntad de S. M. continúe V. E., tanto porque ha merecido la opinión del país y del ejército, cuanto porque de sus luces y patriotismo espera S. M. ver mejorada bien pronto la suerte del Perú.—Igualmente me manda S. M. comunique con esta fecha las órdenes correspondientes, á fin de que en los tres navíos y dos fragatas que está resuelto por S. M. pasen á esos mares, embarquen todos los auxilios de cuadros de oficiales y número de armamento que solicita V. E., debiendo manifestarle para los fines convenientes que la salida de los citados buques nunca será hasta pasado el equinoccio.—Finalmente, quiere el rey que el teniente general don Joaquín de la Pezuela regrese á la Península en la primera ocasión oportuna.—Todo lo que de Real orden digo á V. E. para su inteligencia, conocimientos y demás efectos, quedando en remitir á V. E. con los requisitos debidos el real título de su nombramiento, que por la pronta salida del correo no es posible dirigir.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 29 de Julio de 1821.—*Moreno Daoiz.*—Señor D. José de la Serna." Y téngase presente, porque es circunstancia muy importante para apreciar debidamente los resultados de la guerra del Perú, que los auxilios prometidos en la preinserta Real orden no llegaron á salir de la Península como se aseguraba.

Verificada la reunión de Ricafort y Valdés en la banda occidental del río grande de Jauja, se ocuparon estos jefes de los medios y del modo de vadearlo, pues siendo de suyo considerable, muy crecido además á la sazón, estando todos los puentes cortados y los indios alzados dispuestos á defender el paso, era absolutamente indis-

pensable procurar vencer con cordura é inteligencia tamaños obstáculos. Resolvióse el brigadier Ricafort á vadear el río con la caballería á todo riesgo, y los indios se retiraron á la vista de una determinación tan atrevida: restablecióse luego con prontitud el puente colgante de maromas de Concepción, y toda la tropa ocupó la banda oriental del río. El coronel Valdés se dirigió en seguida con la caballería y alguna infantería sobre la villa de Jauja; esperáronle en Ataura más de 4.000 indios mal armados, los atacó y derrotó completamente, causándoles mucha pérdida á costa de algunos pocos soldados muertos y heridos, siendo de este número el comandante de escuadrón D. Dionisio Marcilla. Después de esta conveniente rota marchó toda la división por Tarma al cerro de Pasco y de aquí á Lima, quedando el coronel Carratalá con un escuadrón y una compañía de cazadores en observación del paso de la cordillera por Oyón que era el más próximo al ejército enemigo. En el tránsito de Pasco á Lima tuvo que sostener la división otro choque en Canta, en el que triunfaron las armas españolas, aunque á costa de una compañía del Imperial Alejandro, que por muy adelantada fué casi toda prisionera con su capitán D. Juan Garrido y de haber sido heridos D. Vicente Garín, oficial de E. M., y el mismo brigadier Ricafort, éste de tanta consideración, que tardó mucho tiempo en convalecer.

Obtenido el importante triunfo de Ataura, de provechoso escarmiento para los alucinados indios del valle de Jauja, parecía de conveniencia militar el establecimiento de dicha división en el cerro de Pasco ó en el expresado valle, tanto porque no era esa tropa absolutamente necesaria en Lima, como porque ocupado Chancay por el ejército real, venía á ser Pasco la llave de comunicación con el interior desde Huaura y Supe, residencia de San Martín. Pero lejos de haberse adoptado tan útil medida, ingresó la mayor parte de la referida división en Aznapuquio, donde ya las enfermedades presentaban un carácter muy alarmante en los síntomas de una peste que tantas apre-

ciables vidas costó al ejército español. No fué, pues, completamente aprobada por la opinión general la bajada de estas tropas á la costa; porque no alcanzaban todos la fuerza de la razón que la hubiese aconsejado, dejando sólo en el interesante punto de Pasco al coronel Carratalá como se ha referido y tres compañías más de infantería que cubrían varios pueblos de su retaguardia. La entrada en Lima del brigadier Ricafort en una camilla causó mucha sensación á sus habitantes, no acostumbrados á este género de espectáculos.

Durante la expedición de que acabamos de hablar se practicaron otras varias por la costa y por la sierra al occidente de los Andes, así para destruir las partidas de guerrilla, que por todas partes pululaban, como para procurar carnes y otras provisiones de que había gran necesidad, y todas regresaron dando satisfactoria cuenta de su comisión.

Por este tiempo también remitieron los enemigos otra expedición por mar bajo la conducta de lord Cochrane. Salió este jefe del puerto de Huacho el 13 de Marzo con el navío *San Martín* y otras embarcaciones, 500 infantes y sobre 100 hombres de caballería á las inmediatas órdenes del teniente coronel Miller; desembarcaron en Pisco en la noche del 21 del mismo mes, y dos días después ocupaban la grande hacienda de Caucato y todo el inmediato valle de Chincha. Noticioso el virrey de esta perniciosa correría, envió para reprimirla al teniente coronel de caballería Camba con 200 caballos, cuyo jefe alcanzó á Chincha-Alto á mediados de Abril, pero fué inmediatamente acometido de las calenturas estacionales de aquel clima, que hacían también notable daño á los contrarios, y el mismo activo Miller se vió obligado á dejarse conducir el 18 de este mes, á bordo, gravemente enfermo. De esta circunstancia procede el que diga en sus Memorias: "El comandante realista estaba en la misma época en cama padeciendo la misma enfermedad en Chincha, y los segundos respectivos limitaron sus operaciones á mo-

vimientos y amagos, los cuales produjeron algunas pequeñas acciones de descubiertas ó puestos avanzados, pero ambos se mantuvieron esencialmente á la defensiva." Sin embargo, los enemigos tuvieron que reembarcarse el 22 de Abril, habiendo contado en un mes por efecto sólo de la insalubridad local, 28 hombres muertos, 180 enfermos que necesitaron pasar al hospital, y el resto de los 600 que saltaron en tierra, débiles y enfermizos por su propia confesión.

Al retirarse á sus buques extrajeron de aquellas ricas haciendas 100 negros esclavos para el servicio de las armas, 6.000 duros en metálico, 500 botijas de aguardiente, 1.000 cargas de azúcar, gran cantidad de tabaco y varios otros efectos de propiedad de realistas (1). Cochrane remitió á Huacho los enfermos de mayor gravedad, y tomó con la expedición la vuelta del Sur con el fin que luego veremos, y Camba regresó al valle de Cañete y poco después á Lima, todavía en bastante mal estado de salud.

Entretanto estalló en la capital del Cuzco una nueva conspiración dirigida por el inquieto y arrojado coronel Lavin, quien, como se ha indicado ya, había sido remitido allí por el brigadier Ricafort el año anterior en compañía de los capitanes Zamora y Villalonga y del subteniente Salgado para responder de otro proyecto de subversión tramado y descubierto en Arequipa. El gobernador presidente del Cuzco, D. Pío Tristán, y su segundo el brigadier D. Antonio María Alvarez, advertidos oportunamente de la nueva maquinación de Lavin por el teniente Vidal, fidelísimo cuzqueño, á quien se atrevieron á hacer proposiciones, tomaron de acuerdo y con habilidad sus medidas, y lograron coger *in fraganti* á los criminales en la noche del 21 al 22 de Marzo. Burlados éstos en sus ominosas esperanzas, intentaron resistir en el punto del cuartel de que se habían apoderado; pero allí recibió la

(1) Memorias del general Miller.

muerte Lavín, y presos los demás cómplices sufrieron después el castigo que merecían. La conspiración pareció puramente militar, pues la población permaneció totalmente tranquila. Otro proyecto de rebelión fué igualmente descubierto en Sicasica por el teniente coronel D. Manuel Ramírez, cuyos promovedores encausados fueron castigados por el juzgado del general del ejército del Alto Perú, D. Juan Ramírez y Orozco, situado á la sazón en Puno.

Estas peligrosas y reiteradas tendencias, aunque felizmente reprimidas, causaban grande y justa alarma á los sostenedores leales de la causa española, porque infundían visible aliento á los enemigos, y á los partidarios ocultos de su sistema, y podían acabar por precipitar la disolución de todo el reino; pero sirven también sus indicaciones para que, meditándolas con imparcialidad, se pueda juzgar con mayor copia de datos, porque sin tomar muy en cuenta hasta las menos importantes incidencias, no es posible apreciar debidamente la naturaleza de la lucha que mantenían los españoles en el Perú.

De muy distinta clase fué la conspiración promovida en Huarmey por nuestros prisioneros á causa del mal trato que recibían. Acaudillados estos desgraciados por el teniente coronel D. Manuel Sánchez, se apoderaron de las armas de la guardia que los custodiaba, y emprendieron atrevidamente su incorporación con el ejército; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos, porque sublevado el país que habían de atravesar, tuvieron que entregarse de nuevo á los pocos días. La mediación de lord Spencer, jefe de las fuerzas navales inglesas en el Pacífico salvó, se dijo, la vida de Sánchez y las de algunos de sus compañeros.

Como la opinión del virrey y la de algunos jefes influyentes del ejército era hacia tiempo la de que, para continuar la guerra con ventaja siquiera hasta que se recibiesen contestaciones de la Corte, no había mas arbitrio que abandonar la costa proveyendo convenientemente de víveres la plaza del Callao, se esperaba de un día á otro ver adoptar las disposiciones conducentes á la realización

de este plan, necesario, aunque sensible. Sin embargo, un incidente con el que no se contaba vino á paralizar por algun tiempo una operación tan urgente, y á favorecer por desgracia la causa de la insurrección.

Presentóse en los primeros días de Abril en Lima el capitán de fragata D. Manuel Abreu, uno de los dos comisionados autorizados por S. M. para tratar de paz con los enemigos del Perú, pues su compañero había fallecido en Panamá. Como Abreu desembarcó en Paita y siguió por tierra su viaje á Lima, tuvo precisión de pasar por Huaura, donde los enemigos le recibieron y obsequiaron manteniendo en su alojamiento una guardia de honor del sublevado y desertado batallón de Numancia. Después de haber hablado el comisionado regio primero con los enemigos que con el virrey del Perú, entró en Lima prodigando indiscretamente elogios á San Martín y á sus compañeros, que se traducían por otras tantas indirectas aprobaciones del sistema de independencia que defendían, y dejando deslizar de sus labios con mayor inconsideración algunas indicaciones que tendían á hacer recaer sobre los jefes del ejército español la obstinada continuación de la guerra. Semejantes especies, utilizadas con habilidad por los enemigos solapados de la causa de la metrópoli, causaron en sus leales sostenedores el más profundo sentimiento. Una triste experiencia les había enseñado lo que todavía ignoraba el comisionado regio recién llegado al país. Por tan injustificable medio consiguió el Sr. Abreu pasar entre muchos españoles más bien por un ciego apologista de los independientes, que por agente de la España autorizado por el gobierno del Rey. En corroboración dice un jefe de los disidentes: «El 25 de Marzo llegó por la vía de Panamá al cuartel general de San Martín, el capitán de fragata D. Manuel Abreu, comisionado especial del Rey de España. El 29 marchó á Lima, donde disgustó mucho á los ultra-realistas el modo decoroso y respetuoso con que habló de los oficiales del ejército patriota». (1)

(1) Memorias del general Miller.

Ultra-realistas llamaba Miller en 1821 á los españoles y americanos decididos á sostener los derechos metropolitanos: en 1824 los llamaba el general Olañeta constitucionales enemigos del rey y de la religión; y posteriormente, con particularidad en 1843, la exaltación de las pasiones políticas y las miras de partido los apellidaban *ayacuchos*.

Para atenuar en parte la justa alarma que visiblemente iba causando el complicado aspecto de los negocios públicos, súpose por este tiempo que la más furiosa anarquía destrozaba algunas provincias de las del río de la Plata, cuyos jefes pretendían erigirse en caudillos independientes del gobierno central: que Araoz había derrotado á Heredia en el río de Taba, y obtenido igual ventaja sus otros dos rivales, Urdininea y Güemes, que se habían movido contra él; por manera que asegurado hasta cierto punto el frente del Alto Perú por esas mismas disensiones, podía con mayor confianza disponerse de algunas tropas de las que allí había. Consiguientemente el brigadier Olañeta marchó sobre Humahuaca con la división de vanguardia del Sur, y ocupó su quebrada ó valle en los primeros días de Mayo.

Á pesar de que se creía comúnmente en Lima que la misión de Abreu no había de ofrecer utilidad alguna para la causa española, tanto por la notoria imprudencia con que se dió á conocer á su arribo á dicha capital, cuando más agitadas se hallaban las pasiones en ella, como porque ni categoría bastante advertían en él para tratar con ventaja con enemigos tan orgullosos y astutos, se formó, no obstante, conforme á las instrucciones que llevaba de la corte, una junta *pacificadora*, presidida por el virrey. Hiciéronse luego á San Martín proposiciones pacíficas, y para su definitivo arreglo, caso de aceptación, se nombraron por auxiliares del comisionado regio al mariscal de campo subinspector de artillería D. Manuel de Llano y Nájera, y á D. José María Galdiano, alcalde de segundo voto del Ayuntamiento de Lima. San Martín aceptó la proposición porque le interesaba ganar tiempo para exten-

der la seducción en el país, fomentar las guerrillas ó *montoneras*, hacer pesar sobre la exhausta capital las mayores escaseces, al paso que las enfermedades disminuían diariamente las filas del ejército español, y nombró de nuevo sus anteriores comisionados Guido y García del Río, á quienes remitió á Punchauca, hacienda situada cinco leguas al Norte de Lima, adonde concurrieron también el Sr. Abreu y sus dos socios para poner en ejecución las prevenciones del gobierno supremo. Después de veinte días de conferencias y un gasto considerable que soportaba el Erario español, resultó acordado el 23 de Mayo un armisticio por otros veinte, que luego se prorrogó por doce más, los cuales venían á componer en todo cincuenta y dos días malogrados.

El vivo deseo del virrey la Serna de dar puntual cumplimiento á lar órdenes del gobierno de S. M., si era plausible y aun conveniente para justificar más y más la guerra, perjudicaba en sumo grado los intereses españoles que los leales defendían. De las negociaciones entabladas en Punchauca, ninguna esperanza de feliz éxito se traslucía, ni otro objeto movía á los enemigos que aumentar su importancia prolongando la funesta inacción de las armas españolas. Por este medio contaban los independientes con que el país se acabara de conmover, que las enfermedades desarrolladas en Aznapuquio diezmaran incesantemente las tropas realistas, y acaso llegara hasta imposibilitar la medida salvadora de evacuar á Lima. Estas ideas y sus consecuencias no estaban fuera del alcance de los jefes españoles; pero el virrey quería apurar á todo trance los medios de conciliación de conformidad con los reales preceptos, y en esta virtud accedió á una entrevista que San Martín le propuso en Punchauca.

El día prefijado al efecto salió el virrey temprano de Lima, acompañado del segundo cabo, el general la Mar, de los brigadieres Canterac y Monet, y de los tenientes coroneles Landázuri, Camba y Ortega, quedando el coronel jefe de E. M. G. Valdés con el mando de las ar-

mas en Aznapuquio. El virrey halló ya en Punchauca al general San Martín con su segundo las Heras, otros jefes de su ejército y los comisionados pacificadores de ambas partes. Unos y otros tardaron poco en hacer objeto de conversación sus respectivas posiciones, que cada cual procuraba presentar como más convenía á sus miras. Los realistas notaron pronto en sus adversarios un deseo vivo, verdadero ó aparente, de pedir á la España un príncipe de la familia real para que gobernara el Perú en calidad de monarca independiente, pero constitucional: y los nuestros les contestaron, que si las Cortes con el rey así lo acordasen, no era otra la obligación del ejército que obedecer, y que por lo tanto era preciso reconocer la conveniencia de una suspensión leal de hostilidades por el tiempó necesario para poder recibir instrucciones de la Corte, lo que también permitían las órdenes del gobierno de S. M. De este modo se pasó el día hasta la hora de comer, mezclando los independientes algunas expresiones irónicas y alusivas á la persona y representación del comisionado regio Abreu. Durante la comida, la conversación fué general, y reinó entre los circunstantes bastante franqueza y buen humor. El virrey brindó *por el feliz éxito de la reunión en Punchauca;* San Martín brindó luego *por la prosperidad de la España y de la América*, y después se propusieron otros brindis alusivos al restablecimiento de la unión y fraternidad entre los españoles, europeos y americanos.

Concluída la comida, San Martín, que nada había podido adelantar para que se admitiese la independencia por base de la negociación, propuso al virrey una conferencia particular, á la que asistieron los comisionados pacificadores, el general La Mar, el segundo de San Martín, las Heras, y el brigadier Canterac; y usando San Martín de la palabra, como cumplía á sus fines, concluyó por presentar una proposición sustancialmente en estos términos: "Que se nombrase una regencia compuesta de tres individuos, cuyo presidente había de ser el general La Serna, con fa-

cultad de nombrar uno de los corregentes, y que el otro lo elegiría San Martín: que esta regencia gobernaría independientemente el Perú hasta la llegada de un príncipe de la familia real de España; y que para pedir ese príncipe, el mismo San Martín se embarcaría seguidamente para la Península, dejando las tropas de su mando á las órdenes de la regencia." Tan inesperada proposición, apoyada por el comisionado regio y sus dos socios Llano y Galdiano, en contravención de un artículo de las instrucciones reales, puso al virrey en embarazo para salir con habilidad de aquella verdadera zalagarda; al efecto, prudentemente respondió: "que siendo lo que proponía el general San Martín, no sólo asunto de suyo gravísimo, sino contradictorio de las instrucciones del gobierno de S. M., origen de aquella negociación, no podía por sí resolver sin tomarse tiempo para consultar y meditar lo más conveniente". El virrey se comprometió á dar su contestación dentro de dos días lo más tarde, y San Martín ofreció esperarla á bordo de uno de sus buques en la bahía del Callao. Vuelto el virrey á Lima no dudó en desechar la referida propuesta, á pesar de los partidarios que contaba, porque contravenía á las reales órdenes que, si bien autorizaban ilimitadamente para poner coto á la efusión de sangre, prohibían expresamente el que sirviese de base la independencia y el que interviniera en los tratados ninguna nación extranjera; pero contestó á San Martín con otra, harto generosa, y cometió al coronel Valdés y al teniente coronel Camba el encargo de ponerla en sus manos. El virrey decía: "Que se acordase una suspensión de hostilidades por el tiempo necesario para obtener una resolución definitiva de la Corte; que en tanto, tirando una línea de Oeste á Este por el río Chancay, gobernasen al Norte los independientes el país que ocupaban; que el resto del Perú sería regido por nuestra Constitución, nombrando S. E. al intento una junta de gobierno; que el mismo virrey se embarcaría para Europa á instruir á su majestad de lo que pasaba; y que, si San Martín quería

llevar á cabo su proyecto de pedir un príncipe de la familia real de España, podrían hacer el viaje juntos."

Esta proposición fué á su vez desechada por San Martín, no obstante la conocida buena fe del virrey La Serna y las probables ventajas que ofrecía á los independientes, máxime si las Cortes con el rey accedían á remitir al Perú un príncipe, como Valdés y Camba significaron á San Martín en la larga conferencia que tuvieron con él á bordo de la goleta *Motezuma*. El caudillo enemigo se mostraba decidido por el establecimiento de una monarquía constitucional en los Andes con un príncipe de la familia real de España, y los delegados del virrey nada le objetaban en contrario más que la resolución pertenecía exclusivamente al gobierno supremo de la nación. Discurriendo sobre la buena fe con que procedía el virrey, el coronel Valdés hizo notar á San Martín las contingencias á que estaba expuesta, en caso contrario, su primera proposición, contando los españoles con dos votos en la regencia y un ejército todavía superior al suyo. San Martín reconoció la fuerza de la franca observación que se le hacía; pero la satisfizo diciendo que tenía muy elevado concepto de la nobleza de sentimientos de los jefes del ejército real, y que fiaba además del carácter caballeroso del general La Serna, de quien tenía la convicción de que si empeñaba su palabra no faltaría á su honor. Y preciso es confesar que San Martín juzgaba con exactitud.

Las negociaciones de Punchauca merecían un tratado especial en el que se patentizaran las pruebas de lealtad y de perfidia que ofrecieron los partidos. La contestación del virrey á San Martín contenía cuanto podía prometer sin desdoro para suspender los males de la guerra; y nada más fuera tampoco compatible con el honor del nombre español ni con las instrucciones del gobierno de su majestad para negociar la paz hasta su nueva real determinación. Los enemigos, engreídos con los sucesos que habían obtenido en poco tiempo, y la facilidad con que se movían los pueblos, miraban con indiferencia cuanto se

les proponía. Así, al desechar San Martín la proposición del virrey, dijo con harta ironía á los comisionados Valdés y Camba: "que sentía tanta obstinación, pues veía con pesar que dentro de poco tiempo no tendrían los españoles más recurso que tirarse un pistoletazo". Bien cara costó á los independientes esta arrogante confianza. Las tropas del ufano San Martín no tardaron en experimentar graves enfermedades, derrotas y humillaciones, viéndose al fin obligado á abandonar la empresa comenzada bajo tan felices auspicios, y dejar al dichoso caudillo de Colombia la tarea de proseguirla y la gloria de llevarla á venturosa cima, más por efecto de no haberse podido recibir auxilios peninsulares y de nuestras tristes disensiones, que por la superioridad de sus armas.

El comisionado regio Abreu faltaba abiertamente á un artículo terminante de las reales instrucciones expedidas para el mejor desempeño de su alta misión, prestando apoyo á la proposición hecha por San Martín en Punchauca, pues que partía precisamente del reconocimiento previo de la independencia del Perú, y si bien no nos es dable explicar el motivo de tan extraña conducta, parece lógico concluir que el Sr. Abreu no correspondía, como era de esperar, á la confianza que el gobierno de su majestad había depositado en él. Su asentimiento á la proposición de San Martín, y el de sus socios el general Llano y el alcalde segundo de Lima Galdiano, favorecía las miras de los enemigos, de manera, que sin la noble conducta de la Serna, era posible que el Perú dejara en Punchauca de pertenecer á la España, como en menos apurada situación admitió O'Donojú en Córdoba la independencia del imperio mejicano.

Las negociaciones de Punchauca, conocidamente inútiles y aun perjudiciales, pero entabladas en cumplimiento de las órdenes de S. M., de las que fué portador el comisionado regio, según se ha dicho, continuaron todavía por algún tiempo más, y para auxiliar los trabajos de la junta pacificadora aumentó el virrey sus individuos con

el ilustrado conde de Vallehermoso, ministro de la Audiencia, y el acreditado coronel Valdés; pero el resultado verdadero del afán con que se procuraba satisfacer los preceptos del monarca, no fué otro que dejar ganar tiempo al enemigo, que supo aprovechar astuto en dar mayor extensión á la seducción en el país, en levantar nuevas facciones, en adelantar tropas hacia el interior, en cometer impávido cualquiera felonía que le ofreciese ventaja, y en hacer sentir á la capital los tristes efectos de la escasez de víveres y á las tropas realistas considerables bajas, así por la deserción como por el desarrollo que las enfermedades iban tomando en Aznapuquio.

En tal estado el espíritu de novedad, que tantos prosélitos hacía en Lima, daba ocasión á que tomara crédito la especie de que variando de dominio, se hallaría alivio á lo penoso de la situación, especie que robustecía la malevolencia, procurando hacer recaer toda la odiosidad de las privaciones y molestias, que se experimentaban con visible impaciencia, en la temeridad que atribuían á los jefes del ejército real. Agregábase á esto que la división Arenales, de 2.500 hombres de todas armas, no obstante la recomendable destreza con que el coronel Carratalá con fuerzas muy inferiores le hizo emplear veinticinco días en franquear las 50 leguas que separan á Pasco de Huando, tocaba las goteras de Huancavelica, y no reparó en apoderarse de un capitán y algunos soldados durante el armisticio y declararlos prisioneros de guerra. Al mismo tiempo las partidas de San Martín en las cercanías de Lima sorprendieron y apresaron á favor del citado armisticio los caballos de los húsares de Fernando VII que se mantenían al pasto con una pequeña escolta bajo la buena fe de los tratados, y ninguna satisfacción se obtuvo á pesar de las reiteradas y enérgicas reclamaciones de los jefes espaboles.

Por lo tanto, y obstruída completamente la comunicación con las provincias del interior, era imperiosa la necesidad de recurrir á una resolución vigorosa y decisiva,

pero de grandes esperanzas: la evacuación de Lima, de la que luego daremos razón.

Entretanto el coronel Rodil con parte del batallón de Arequipa, que mandaba, alcanzó y batió en Chacasana el 18 de Mayo la facción de Santa Olalla, causándole bastante pérdida, y tomándole veinticuatro fusiles y carabinas, una carga de cartuchos y algunos prisioneros á costa de 12 hombres muertos y heridos.

El gobernador intendente de la Paz avisó por este tiempo que el cabecilla Lanza había pasado por las armas á su compañero Chinchilla porque resistía entregarle el mando de su partida. Y del 20 al 28 del precitado Mayo recibió el general en jefe del Alto Perú, situado ya en Arequipa, comunicaciones del brigadier Olañeta fechadas en Sapla y Humahuaca, en las que participaba que los independientes del Tucumán habían derrotado á los de Salta en los puntos llamados las Trancas y los Cequiones; que el caudillo Arias le hacía proposiciones de acomodamiento, prometiendo coadyuvar á que la provincia de Salta volviese á la dependencia de España; que por su parte Olañeta había logrado batir al caudillo Cortés y coger prisionero un coronel, dos mayores, un capitán y 26 *gauchos;* y que según los oficios que acababa de recibir pedían protección y ofrecían unirse á las armas españolas los cuatro escuadrones de *gauchos* de las Quebradas desde Humahuaca al Volcán, de los cuales el coronel Belmonte mandaba el de Iruga, el coronel Aban el de San Andrés, el sargento mayor Ontiveros el de Vallegrande, y el teniente coronel Jiménez el de Huacalera y Tilcara. Tal era la halagüeña perspectiva que ofrecía la gastada revolución en los términos de la provincia de Salta, mientras su fuego devorador ardía con mayor fuerza en el Bajo Perú y amenazaba muy de cerca la existencia de la capital del reino, bloqueada por primera vez después de tres siglos de paz y de prosperidad.

Hemos hecho una indicación comparativa de la conducta del virrey la Serna en Punchauca con la de O'Do-

nojú en Córdoba, y terminaremos este capítulo dando de ella mayor idea para mejor conocimiento. Don Juan O'Donojú, nombrado por S. M. jefe superior de Méjico, apenas desembarcó en Veracruz á mediados del presente año de 1821, dirigió una proclama á los mejicanos declarándose protector de su independencia, marchó poco después á Córdoba, donde le esperaba Itúrbide, y ambos celebraron allí un tratado basado sobre el plan de Igaula (1). Nombróse en seguida una regencia de que formó parte O'Donojú bien dotado, pero poco tiempo pudo gozar de su nueva posición, porque falleció á principios de Octubre del propio año. "Apoyado O'Donojú—dice Torrente—en los despachos que había dirigido al Gobierno apenas puso el pie en aquel continente, remitió otros con fecha 13 de Septiembre por el conducto de dos comisionados desenvolviendo los mismos principios reducidos á manifestar la imposibilidad de sostener la autoridad real contra el torrente de la opinión, que se empeñaba en probar se había pronunciado simultáneamente á favor de la independencia.

„Aunque trató de pintar sus operaciones en dichos despachos del modo más ingenioso, con particular esfuerzo de que llevasen la convicción al ánimo de los gobernantes peninsulares, fueron altamente desaprobadas por el augusto monarca español; y aun las mismas Cortes, con las que tenía las más estrechas relaciones de amistad y conformidad de ideas, estuvieron muy distantes de ver con agrado el descaro con que había traspasado los límites de sus facultades. Toda la nación oyó con horror tamaño exceso; y aunque salieron á la palestra algunos apologistas, nadie podrá negar los irreparables males que produjo aquella malhadada transacción, por la que quedaron completamente paralizados los últimos medios de resistencia que todavía se ofrecían á los realistas, y fortalecida la causa de la independencia con la regia, aunque usur-

(1) Véase el número 1.º del Apéndice.

pada, sanción que le dió aquel indigno representante español" (1).

Sin embargo, y nótese con detenimiento, de que la conducta extraña de O'Donojú, reprobada por S. M., fué tan distinta de la del virrey La Serna y del ejército que mandó en el Perú, distinguido siempre por el Gobierno del rey con honrosísimas declaraciones, no concitó aquélla las pasiones políticas de ciertos hombres en la Península, como en 1843 la lealtad desgraciada en Ayacucho.

El año de 1821 fué terrible para la España, pues no sólo O'Donojú la privó de la posesión del vasto reino de Méjico en Córdoba, sino que casi al mismo tiempo ganó Bolívar sobre el bravo general La Torre la batalla de Carabobo, después de la cual tardaron poco en capitular en la Guaira los restos del valiente ejército del general Morillo, quedando en consecuencia la afortunada Colombia en libertad de poder dirigir sus engreídas armas contra Quito, de donde, triunfantes, pasaron por último al Perú, como se dirá oportunamente.

---

(1) *Historia de la revolución Hispano-Americana.*

CAPÍTULO XVIII

Expedición de Canterac.—Evacuación de Lima.—Retirada de Arenales.—Ocupación del valle de Jauja.—Expedición de Cochrane al Sur.—La Hera.—Miller.—Acción de Mirave.—Rivero.—Reembarco de Miller.—Lima en poder de los independientes.—Bloqueo y defensa del Callao.—Famosa expedición á esta plaza al mando de Canterac.

1821

El estado de la capital del Perú había llegado á tal extremo que no se alcanzaba medio alguno de poderla conservar por más tiempo sin positivo riesgo de perder muy pronto todo el país. La época y la ocasión favorables de dar un golpe á los independientes, ya procurando destruir la primera expedición de Arenales al interior, ya buscando á San Martín con decisión, particularmente en Retes, se habían pasado y perdido. La nueva división del general Arenales, fuerte de 4.300 hombres, según Miller, y compuesta de los batallones de Numancia, cazadores, números 2 y 7 y el regimiento de granaderos á caballo de los Andes, que tocaba casi las goteras de Huancavelica, sin más fuerza próxima para contener sus peligrosos progresos que la cortísima que hemos dicho mandaba el coronel Carratalá, la excesiva escasez de bastimentos que se experimentaba en Lima hacía tiempo, y que impacientaba á sus habitantes; la falta de recursos para mantener

y reemplazar las fajas del ejército, y la flor de los veteranos realistas en los hospitales ó en el sepulcro, demandaban con imperiosa urgencia la pronta evacuación de Lima, y sólo podrían detener la resolución del virrey el determinar el momento y modo de realizarla con la posible seguridad de las tropas y el menor daño de sus habitantes, que nunca dejaron de ser considerados, y especialmente atendidos por las autoridades españolas. Una de las medidas de mayor preferencia era la de acudir con prontitud á detener la internación de Arenales, y con este importante objeto se dispuso una división que al mando de Canterac salió en Junio de las inmediaciones de Lima con dirección á Huancavelica; pero ocultando todavía el acuerdo de abandonar totalmente á Lima, donde se mandaron dejar los equipajes que vinieron luego á perderse, y no sin disgusto de los interesados.

Como complemento del referido acuerdo, el virrey dejó también la capital el día 6 del siguiente Julio, después de guarnecer completamente los castillos del Callao y proveerlos de víveres, según las circunstancias permitían, recomendando á la humanidad del general San Martín más de 1.000 enfermos en los hospitales y el buen tratamiento de la ciudad, y sacando considerable número de convalecientes, de los cuales perecieron muchos en el camino á causa de su delicado estado y la variedad de temperaturas que era preciso experimentar para pasar del Oeste al Este de la cordillera de los Andes, sin otro alimento que carne asada ó cocida, sin tiendas de campaña, ni más abrigo que una manta ó capote por hombre. Difícil nos parece que se pueda formar cabal idea de las penalidades y trabajos de esta famosa retirada, é intentar describirla con exactitud sería un empeño temerario que disminuiría mucho además su verdadero mérito. Respecto de la evacuación de Lima, dice Torrente con propiedad:

"El día 4 de Julio anunció el virrey su salida de Lima por medio de una filantrópica proclama, que consolidó la buena opinión de que gozaba en el país, y excitó la

admiración de los mismos enemigos: al siguiente día ofició al general San Martín haciéndole saber que el mariscal de campo, marqués de Montemira, vecino é hijo de la misma ciudad, quedaba encargado de conservar la tranquilidad hasta que entrando él con sus tropas diese las órdenes necesarias para que aquélla no se alterase; y recomendándole la observancia de las leyes generales de la guerra en cuanto comprendían á 1.000 soldados enfermos, que quedaban en los hospitales, y una porción de familias sobre las que de ningún modo debía de recaer el odio y persecución de los independientes por haber sido fieles al gobierno legítimo.

„El día 6 fué evacuada dicha ciudad por el virrey, dejando 2.000 hombres para guarnecer los fuertes del Callao, á las órdenes del mariscal de campo D. José de la Mar, quien por su calidad de subinspector de infantería y caballería (y segundo cabo del Perú) era gobernador nato de aquella plaza; y aunque sus abastos eran escasos, se creía que pudieran ser aumentados con algunas partidas de comestibles sacados de los barcos extranjeros surtos en aquella bahía, cuya venta sería asequible siempre que con su alto precio se halagase el primer móvil de los negociantes, que es la utilidad y la ganancia.

„Puesto el virrey á la cabeza de su débil ejército, compuesto, en gran parte, de convalecientes, se dirigió por el partido de Yauyos al valle de Jauja, adonde llegó el 4 de Agosto, habiendo experimentado tan considerables bajas en el difícil y penoso paso de los Andes, que reunido con las tropas de Canterac, se contaban, escasamente, 4.000 hombres, inclusos los enfermos“ (1).

La división de Canterac, que llevaba igualmente muchos oficiales y tropa convalecientes, de que tanto abundaban entonces los cuerpos, había tomado el camino llamado real de Huancavelica por Lunahuaná, y desde la posta ó tambo de Turpo, en la cumbre de la cordillera varió un

(1) *Historia de la revolución Hispano-Americana.*

poco á la izquierda, para tomar una dirección media entre Huancavelica y Huancayo. La absoluta carencia de noticias sobre la verdadera situación de Arenales, y sobre la suerte del coronel Carratalá, el compasivo estado en que parte de la tropa marchaba por los rígidos Andes y sus estériles faldas, y la falta, en fin, de carnes, único alimento del soldado, ponían á Canterac en el mayor compromiso, caso de que Arenales, advertido, supiese sacar partido de su superioridad de fuerza y de su ventajosa posición con tropas descansadas y bien mantenidas. Entonces dispuso Canterac que 100 infantes del regimiento Infante don Carlos, con el capitán D. Pedro Aznar y 100 caballos de dragones del Perú, todos al mando del teniente coronel Camba, formando una pequeña vanguardia, se adelantasen cuanto fuera prudente, á fin de recoger el ganado que se encontrara y procurar adquirir noticias, así de la situación de los enemigos, como respecto del coronel Carratalá.

Dos días después de haberse adelantado Camba, como se le ordenó, tuvo la fortuna de reunir sobre 5.000 cabezas de ganado lanar, con algunas reses, y esperó con ellas en Aimará al comandante en jefe; pero nada pudo averiguar respecto de la situación de los amigos ni de los enemigos, porque no consiguió hablar ni con un simple pastor. Tan contrario parecía el país á los españoles. Al anochecer, no obstante el excesivo frío que hacía, volvió á adelantarse la mencionada pequeña vanguardia, tomando la ruta por Canipaco, debiendo al día siguiente dirigirse Canterac á Carhuacallanga por Tucle; y al amanecer de este mismo día ocupó Camba el pueblo de indios de Potaca en la quebrada de Huasicancha. Los españoles entraron fingiéndose *patriotas*, y se apoderaron así de todos los indios del pueblo; pero no tardaron éstos en saber la verdad, y con mucha satisfacción suya, porque se preciaban de realistas, y todos lo acreditaron bien, prestando en seguida utilísimos servicios, ya espiando á los enemigos, ya conduciendo pliegos con celeridad adonde se les mandaba.

Así fué que cuando la división Canterac vió acercársele un indio sobre la marcha, no sólo con aire de completa confianza, sino preguntando por el general con interés, quedaron todos los circunstantes agradablemente sorprendidos, y lo fué más Canterac cuando el indígena le entregó una comunicación del teniente coronel Camba, exigiéndole respuesta ó recibo. El país estaba todo conmovido, y era éste el primer habitante que saludaba la división después que había dejado la costa. La estrechísima quebrada de Huasicancha goza de una temperatura benigna, y abunda en granos y comestibles, que las mismas indias llevaban á vender á la tropa en sus campamentos. Súpose en Potaca que los enemigos se reunían en la villa de Jauja, cuartel general de Arenales, noticia que Camba comunicó inmediatamente á Canterac, avisándole al propio tiempo de las conveniencias que ofrecía la quebrada de Huasicancha para dar un cómodo descanso á los fatigados y débiles soldados; y después de recoger porción de ganado vacuno, se dirigía á Carhuacallanga, como disponían sus instrucciones, cuando Canterac le participó que marchaba sobre la expresada quebrada. En los pocos días que la división descansó en Huasicancha, la tropa se reponía visiblemente, y no se reanimaba menos el ánimo abatido de los convalecientes y enfermos.

El brigadier Canterac empleó este oportuno descanso en comunicar órdenes al coronel Carratalá, que ocupaba los pueblos de Huando y Moya sobre el puente de Iscuchaca, y confirmada la noticia de que Arenales replegaba sus fuerzas á Jauja, marchó el 21 de Julio por Ingahuasi á Chongos, volviendo á adelantar por Colca al precitado teniente coronel Camba. Al día siguiente, 22, ocuparon los realistas á Chongos, pueblo grande de indios, situado al extremo meridional del valle de Jauja y á la derecha del río grande de este nombre, once leguas del punto de reunión del enemigo, contando, apenas, 1.500 hombres en estado de sostener un combate con empeño; pero allí se incorporó también el coronel Carratalá con su columna,

toda disponible, aunque reducida en número, y con algunos prisioneros de los rezagados del enemigo, además de haber sorprendido el 16 de Julio en Iscuchaca un capitán y 16 granaderos montados, de los Andes.

Noticioso Arenales de la proximidad de las tropas españolas, cuyo número y verdadero estado ignoraba, emprendió su retirada sobre Lima, ocupada ya por San Martín. Canterac avanzó sin embargo hasta la Oroya; mas convencido de la imposibilidad de dar alcance al enemigo, que montaba la cordillera por Yauli, retrocedió al fértil y poblado valle de Jauja, asegurando de este modo la abundante manutención de su tropa y la comunicación con las provincias del interior que tan fundados temores inspiraba al gobierno. El 26 de Julio llegó Arenales con su fuerte división á las inmediaciones de Lima, lo que dió ocasión á Miller para decir: "De este modo, los patriotas abandonaron las importantes provincias de la sierra, de las cuales tomaron posesión tranquila los realistas en divisiones aisladas; y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó á sus enemigos de la pérdida de Lima" (1).

El virrey La Serna que había tomado la dirección de Yauyos para trasladarse al lado oriental de los Andes, entró en el valle de Jauja á principios de Agosto, habiendo tenido que superar los mayores obstáculos en su penosa travesía, en la que el jefe de E. M., Valdés se excedió asimismo en celo y en actividad. Verdad es que muchos leales y valientes veteranos perecieron en el tránsito de la costa á la sierra, y más por efecto del mal estado de su salud que por las hostilidades del enemigo; pero aunque fué considerable la pérdida de los españoles en estas desconsoladoras marchas, nunca llegó al extremo que los adversarios han supuesto contra el interés de su ponderada valía, pues que no sería fácil explicar la inacción en que se mantuvieron. Como quiera, el sufrimiento y la constan-

(1) Memorias del general Miller.

cia de los leales defensores de la causa de España en esas marchas, de suyo penosísimas, exceden todo encarecimiento, atendido el estado de quebrantada salud y de abatimiento en que muchos las emprendieron. Acantonado, en fin, el disminuído ejército español en el valle de Jauja, todos los jefes se dedicaron exclusivamente á su reparación, la que se logró con maravillosa prontitud á beneficio de la conocida abundancia y salubridad del país.

Entretanto que los independientes se desvanecen con la ocupación de la deliciosa Lima, y que los realistas se preparan en el valle de Jauja á nuevas empresas, haremos una breve reseña del resultado de la expedición de Cochrane, que dejamos el 22 de Abril navegando de Pisco al Sur. El almirante llegó del 5 al 6 de Mayo como á diez leguas de Arica, y trató luego de que Miller desembarcara con su gente algo al Norte, operación que no pudo tener efecto por la naturaleza bravía de la costa, como habían indicado algunos buques neutrales, á quienes Cochrane no dió entero asenso. Sin embargo de haberse frustrado esta tentativa, corriendo los botes grandes riesgos como los independientes y los extranjeros codiciosos "habían visto pasar recuas de mulas muy cargadas desde la ciudad al interior, y en todos los puntos donde los percibieron, todos los anteojos se desenvainaron y asestaron al convoy; la *auri sacra fames*, multiplicando el número de los animales, y convirtiendo sus cargamentos de fardos de géneros en cajones de duros, dió origen á innumerables gestiones para desembarcar la tropa en la costa, y al fin lord Cochrane cedió á tantas importunidades" (1).

Seguidamente envió el almirante la tropa de desembarco al Morro de Sama con el teniente coronel Miller, y él con el San Martín se acercó á la ciudad de Arica, y la intimó la rendición, ofreciendo respetar las personas y propiedades, como no perteneciesen éstas á los enemigos de

(1) Memorias del general Miller.

la libertad de la América meridional, es decir, á los españoles. El jefe de la corta guarnición de Arica contestó á la intimación con vigor, y Cochrane empezó á jugar su artillería contra la población, con el fin también de auxiliar, distrayendo, el desembarco de las tropas, que se verificó sin oposición en el Morro, diez leguas al Norte de Arica. El mayor Soler, con parte de la fuerza desembarcada, se dirigió por la costa á la ciudad, á cuya vista se presentó en la mañana del 11 de Mayo, mientras Miller con el resto invadía el valle de Sama y pasaba de allí á la villa de Tacna con notable atrevimiento. Á la aproximación de los enemigos la guarnición y la mayor parte de los vecinos de Arica abandonaron la ciudad, que ocupó el primero el capitán Wilkinson del *San Martín* con algunos marineros. Soler apresó también sobre la marcha 120.000 duros y seis barras de plata que se remitían á Arequipa, «y esta suma—añade Miller—, con 4.000 duros más encontrados en la aduana, y sobre 300.000 además en mercancías de propiedad española fueron trasladados á bordo» (1).

La tropa que mandaba el mayor Soler con algunos marineros del navío *San Martín*, salieron el día 14 de Mayo de Arica para Tacna, donde sin la menor dificultad se incorporaron al teniente coronel Miller, porque lejos de hallar en las respectivas guarniciones una resistencia proporcionada, que bien combinada y dirigida hubiera podido ser de muy favorable trascendencia, los enemigos engrosaron sus filas con los prisioneros que hicieron y los pasados que tuvieron; lo que dió ocasión á Cochrane á concebir el pensamiento de formar un regimiento con el título de *Independiente de Tacna*, y tuvo por tan sencilla su realización, que llegó á entregar una bandera azul con un sol en el centro, como afirma su secretario.

Engreído Miller con las ventajas obtenidas á tan poca costa, y aumentada su fuerza moral y física, se estimó capaz de acometer mayores empresas, confiado también en

(1) Memorias del general Miller.

la cooperación de los partidarios que se le iban descubriendo en los pueblos y en las relaciones y conocimientos prácticos del teniente coronel Landa, subdelegado que había sido del partido de Moquehua. Así, pues, concibió Miller el proyecto de dirigirse al interior é insurreccionar el país, á tiempo precisamente que el general don Juan Ramírez y Orozco, que mandaba en jefe el ejército del Alto Perú, se hallaba en Arequipa con poca tropa, la división de Olañeta cubría los confines australes del territorio español, el batallón de Gerona ocupaba á Oruro y mantenía dos compañías en los valles de Ayopaya, y el batallón del Centro, que mandaba Espartero, guarnecía la ciudad de Puno.

Sin embargo, el general Ramírez, instruído del desembarco de los enemigos en la costa de Arica y de sus primeros rápidos progresos, previno al teniente coronel don Cayetano Ameller que con la fuerza disponible de Gerona marchase desde Oruro sobre Tacna; al jefe del Centro que remitiese desde Puno, en la misma dirección, 250 hombres, y al coronel La Hera, subinspector de su ejército, que desde Arequipa se trasladara á Moquehua con dos compañías de infantería y algunos jinetes, á fin de que procurara la reunión de las mencionadas fuerzas y destruyera ó lanzara del país á los invasores, á quienes estimaba en poco, y era de suponer interesados en asegurar el rico botín que habían hecho, móvil principal de la codicia de los aventureros. Como quiera, la precedente disposición nos parece envolver dos errores de consecuencia: 1.°, no haber hecho marchar sobre el enemigo todo el batallón del Centro, que era el más inmediato, y hubiera, por su buena calidad, obtenido el resultado que se buscaba, pudiendo ser este cuerpo reemplazado en Puno por Gerona, como era natural, ahorrando así marchas y ganando sobre todo un tiempo precioso; 2.°, no haber señalado á la tropa, mandada mover de diferentes y distantes parajes, un punto conveniente y seguro para su reunión, desde el cual partieran luego con concierto las

operaciones que se fiaban al coronel La Hera. Por este medio se hubiera indudablemente evitado el triste encuentro de Mirave.

Los adictos ocultos al sistema de la independencia, las influyentes relaciones del recién pasado Landa y la infidelidad del coronel Portocarrero, subdelegado de Moquehua, que pronto siguió el ejemplo de aquél, proporcionaron á los enemigos conocimiento exacto de las prevenciones del general Ramírez; y vendida la causa española hasta por las autoridades que se creían fieles, como Portocarrero, la lucha venía á ser conocidamente más desigual. Con ese seguro dato comprendió Miller la facilidad que las largas distancias, la naturaleza del terreno y su posición central, le ofrecían para intentar interponerse y proyectar batir una tras otra las fuerzas mandadas mover contra él con poca combinación. En este concepto, y no sin cálculo, tomó el enemigo la ofensiva con 310 infantes, 70 hombres de caballería y sobre 60 paisanos voluntarios bien montados, según confiesa el mismo Miller, los cuales forman un total de 440 hombres lo menos. Desde Tacna tomó el jefe de los independientes la dirección de Buenavista, pequeño pueblo de indios, situado al pie de la cordillera, adonde llegó el 20 de Mayo, y este mismo día alcanzó La Hera á Mirave con el intento de reunir la columna procedente de Puno, que conducía el segundo comandante D. Felipe Ribero.

En Buenavista supo Miller que el coronel La Hera había tomado en Locumba la dirección de la sierra por Ticapampa, y como se interesaba en impedir su reunión con Ribero, se puso seguidamente en marcha para Mirave, distante 15 leguas, tan ignorante de que ya se hallase allí La Hera, como éste lo estaba de su proximidad. El comandante Ribero, que noticioso de la ocupación de Tacna había variado de dirección á la derecha, se encaminó también á Mirave, adelantándose solo en la mañana del 21, y se presentó en el campo de La Hera al anochecer, asegurándole de que dejaba en marcha su columnita

180 hombres disponibles, dijo, y permanecía allí, cuando á las nueve de la noche el capitán Suárez, recorriendo los puestos avanzados, tropezó con unos arrieros que le instruyeron de que habían acompañado al enemigo, cuya noticia fué la primera voz de alarma para los españoles. Seguidamente dieron los independientes con la escolta de las caballerías de sus contrarios y se apoderaron del teniente Collao y de dos soldados, mas el resto de la escolta, que se salvó, acabó de alarmar el campo de La Hera, como era natural. Este jefe previno á Ribero que marchase al encuentro de su tropa y la condujera en toda diligencia, dándole al efecto uno de sus caballos descansados y un guía, porque con este refuerzo era probable asegurar un triunfo, y en tal confianza tomó las demás disposiciones que le parecieron propias para esperar al enemigo. Miller, que no desconocía cuánto le importaba aprovechar los instantes, se resolvió al ataque con caballería, infantería y una partida de coheteros á la congreve que dirigía un oficial inglés; el combate se empeñó con obstinación, y acabó por ser rechazados los enemigos con pérdida de un oficial y 19 soldados por su propia confesión. Miller en sus Memorias elogia el comportamiento de los coheteros y de algunos marineros que mandaban los capitanes Hill é Hind, "ambos ingleses—añade—y cuya conducta hace honor al país de donde eran y á la causa que habían abrazado"; sin embargo, la imperiosa necesidad de descanso, obligó á los combatientes á un mutuo respiro. Serían como las cuatro de la mañana del 22 de Mayo cuando Miller volvió al ataque, y haciendo un nuevo y tan desesperado esfuerzo como su situación exigía, logró apoderarse del campo de La Hera, causándole considerable pérdida por la tenaz resistencia que le opuso.

Destruído La Hera, y dueño el enemigo de su posición, se presentó Ribero con su pequeña columna que había hallado descansando á bastante distancia de Mirave, razón por la cual no pudo llegar antes á este punto, á pesar

de su diligencia, y aunque intentó flanquear al enemigo, desistió de este temerario empeño así que vió movía contra él todas sus fuerzas; emprendió ordenadamente su retirada en dirección de los Andes, que costeó luego de la vuelta del Norte en demanda de Torata para procurar incorporarse á los restos de La Hera. Los mismos enemigos han referido el suceso de Mirave de este modo:

"La aurora del 22 de Mayo descubrió las tropas del uno y del otro bando, unas en frente de otras y á dos tiros de fusil de distancia en una especie de ladera de media milla de ancho. Miller dispuso inmediatamente el ataque, y la celeridad con que lo ejecutaron frustró los esfuerzos de los realistas para apoderarse de una loma que tenían á su izquierda. Su retirada, por donde habían subido desde los cercados de las tierras cultivadas del valle, la tenían también cortada. Desalojados de su posición y arrojados á la extremidad de un monte cortado por un precipicio, los realistas combatieron por espacio de quince minutos con un valor desesperado, pero sin fruto. Murieron 96 en el sitio que ocupaban, y 156, la mayor parte de ellos heridos, fueron prisioneros; también se tomaron 400 mulas; sólo escaparon sobre 60 infantes y 80 caballos. Así que los realistas habían desaparecido, el refuerzo tan deseado de Puno y La Paz, montado en mulas, se presentó á la vista en su ayuda; los patriotas se reunieron el acto, y se prepararon á hacer frente á un nuevo enemigo que venía de refresco. En el acto en que estas tropas principiaron á atravesar el río, que los patriotas habían pasado durante la noche, éstos les dirigieron algunos cohetes, pero los realistas, percibiendo que habían llegado demasiado tarde, inmediatamente contramarcharon" (1).

Se ve, pues, por los pormenores que preceden, que el afortunado y diligente Miller logró interponerse entre La Hera y Ribero, dar un terrible golpe al primero é inutili-

(1) Memorias del general Miller.

zar por de pronto al segundo; pero si La Hera acierta á tomar la resolución de replegarse sin combatir hacia los inmediatos Andes al primer aviso que tuvo de la proximidad del enemigo inclinándose hacia la dirección que traía la tropa de Ribero, y señala á éste su incorporación, que debía verificarse con prontitud y mayor seguridad, Miller entonces hubiera sufrido con probabilidad una derrota en vez de obtener un triunfo de consideración en aquellas circunstancias. También es de lamentar que la tropa de Ribero, toda montada en mulas, no haya hecho mayor diligencia desde que se adelantó de ella en la mañana del 21 de Mayo hasta que la volvió á encontrar en la noche del mismo día para llegar á Mirave en la madrugada del 22, cuando ya era sensiblemente tarde.

El mismo 22 continuó el activo Miller la persecución de los restos de La Hera por Locumba á Moquehua, distante de Mirave 30 leguas, adonde alcanzó el 24 una partida de infantería realista, que cargó y deshizo con su caballería. El coronel Portocarrero, subdelegado del partido de Moquehua, se pasó á los patriotas y abrazó la causa de la independencia, premiándole la república sus servicios con el ascenso á general. El comandante Ribero llegó á Torata en la noche del 25 de Mayo, y enterado allí de la ocupación de Moquehua por los enemigos, se dirigió á Arequipa, reuniéndosele sobre la marcha un destacamento de caballería procedente de la Paz.

El coronel La Hera, que se había replegado en la dirección de la sierra para adquirir noticias de la marcha que debía traer el batallón de Gerona y tomar con él la ofensiva con ventaja, como podía, había logrado su fin, y maniobraba determinantemente en su plan, cuando el 4 de Junio tuvo Miller algunas noticias en Moquehua, y en el mismo día empezó su retirada sobre Tacna, en cuya villa entró el 14 del mismo mes; y cuando ya La Hera se acercaba con fuerza suficiente para destruirlo ó llevarlo precipitadamente á sus buques, entonces recibió de oficio el armisticio de Punchauca, al que prestó el jefe espa-

ñol el religioso cumplimiento que se le prevenía, quedando en consecuencia suspendidas las hostilidades por fortuna del enemigo. El almirante Cochrane, que con el *San Martín* había recorrido los puertos de Ilo y Mollendo para acercarse más al teatro de las operaciones de Miller, regresó á Arica con la noticia de la suspensión de hostilidades, y después de habilitar algunas embarcaciones para el servicio de la tropa en caso necesario, hizo rumbo al Norte y fondeó en el Callao el 8 de Julio.

Vencido el plazo que el armisticio señalaba, el coronel La Hera avisó al enemigo en 15 de Julio la renovación de las hostilidades como le prevenía el noble general en jefe; mas no reconociéndose ahora Miller en estado de aventurar un combate, no obstante todas sus ventajas anteriores, replegó aceleradamente de Tacna á Arica su infantería en la noche del 19, y la siguió al otro día con la caballería. En la tarde del 21, ya La Hera se hallaba á cuatro leguas de Arica, y la noticia de su aproximación precipitó el embarco de los enemigos, dejando en poder de los realistas porción de enfermos, más de 400 mulas y caballos y otros artículos. El general en jefe Ramírez se manifestó satisfecho del comportamiento de La Hera, así en Mirave como posteriormente. «V. S.—le dijo en cuanto á lo primero—se ha conducido con valor y con aquella noble decisión que le asiste por el mejor servicio, por cuya circunstancia merece mi aprobación su conducta militar, aun cuando los resultados no han correspondido á las medidas por un conjunto de circunstancias difíciles de remediar, y porque en la guerra tiene la fortuna á veces puesto su trono en sucesos inesperados.» Y respecto á las operaciones dirigidas últimamente por el mismo La Hera contra Miller, le decía el citado general con fecha 28 de Julio. "Tenga V. S. la satisfacción más cumplida, y lo mismo los señores jefes, oficiales y tropa que sirven bajo sus inmediatas órdenes, que los movimientos ejecutados con tanta constancia y sufrimiento merecen la mayor consideración y todo elogio. Reciba V. S. por lo

mismo, á nombre de S. M. y mío, las más expresivas gracias, y transmítalas V. S. á esa benemérita división."

El 22 de Julio por la tarde, dueño ya La Hera de la ciudad de Arica, salieron de este puerto los buques en que se había embarcado Miller con su tropa y algunas familias de pronunciados por su causa. Hizo, desde luego, rumbo al Norte, y se acercó á Quilca con el ánimo de desembarcar é intentar un golpe de mano sobre la ciudad de Arequipa, que suponía desguarnecida por los refuerzos remitidos al Sur; pero bien fuese por efecto del mal tiempo, por el mal desembarcadero que ofrece la costa de Quilca ó por escasez de provisiones y de aguada, lo cierto es que continuó sin rumbo al Norte, y en la noche del 1.° de Agosto entró en el puerto de Pisco ansioso de adquirir noticias del estado de Lima y de la situación del general San Martín. Al amanecer del día 2 ocupó Miller á Pisco con su gente, obligando á replegarse sobre Ica un destacamento de 50 caballos de milicias que tenía avanzados el teniente coronel Santalla, comandante general de aquella parte de costa. Instruído Miller de la mala distribución en que mantenía su fuerza el jefe español, y aun auxiliado de las muchas malas voluntades que Santalla se había desgraciadamente granjeado, se resolvió á perseguirlo, y lo ejecutó con tal actividad, que alcanzado por su tropa en las cercanías de la Nasca, fué tan tristemente derrotado como lo había sido antes el coronel Quimper. El dominio del mar proporcionaba á los independientes la ventaja de causar con poca gente frecuentes alarmas y daños, obligando á las tropas del rey á largas, penosas y poco fructíferas marchas. Miller, después de esta correría feliz, envió por mar su tropa al Callao y él se fué por tierra á Lima con motivo del movimienio de Canterac, de que luego se dará razón.

Al evacuar la Serna á Lima encargó, como se ha dicho, su mando político y militar al anciano general marqués de Montemira; pero este criollo respetable no cbaonta

para mantener el orden más que con 200 hombres del regimiento de la Concordia que componía el vecindario de la capital. Tres días después, á saber, el 9 de Julio por la noche, entraron 200 caballos enemigos, y atravesaron la ciudad en el momento que la población espantada sufrió un temblor de tierra de los más fuertes y de mayor duración que se han experimentado en aquel país donde son harto frecuentes. Á la vista de los invasores alguna plebe, la mayor parte compuesta de gente de origen africano, prorrumpió en estrepitosos vivas á la *patria*, é hizo repicar las campanas, pasando á favor de la algazara á robar algunas tiendas de las conocidas por *pulperías;* pero este desorden duró poco, porque los vecinos honrados acudieron á contenerlo distribuyéndose en patrullas, y la fuerza armada invasora les prestó oportuno auxilio. Después de algunas comunicaciones preventivas entre los generales Montemira y San Martín, hizo éste su entrada pública en Lima el día 12 del mismo mes en medio de grandes gritos de aclamación y aplauso, y al día siguiente quedó asediada por mar y tierra la plaza del Callao: hízose á su gobernador La Mar la intimación de costumbre, que la contestó con la nobleza que correspondía, y después fueron frecuentes los tiroteos entre la guarnición de Callao y las guerrillas enemigas y sus buques.

Mientras el virrey, en el valle de Jauja, se ocupaba de la reposición de sus tropas y de los medios de realizar una nueva expedición al Callao, continuó esta plaza su defensa, y los independientes en Lima dictaban las medidas que creían más útiles á sus miras. Como la escasez de granos era grande en la capital, dispuso San Martín que se desembarcasen en los Chorrillos, libres de derechos, 2.000 fanegas de trigo que se hallaban á bordo de la escuadra chilena. A este efecto pasó el navío *San Martín* á aquel punto el 16 de Julio, donde pocos días después varó y se desfondó. El día 15 de este mes, y á invitación del general San Martín, se reunieron en las salas capitulares del Ayuntamiento de Lima, el arzobispo, los prelados de

las órdenes religiosas, los títulos de Castilla y otros muchos ciudadanos, y todos acordaron y firmaron un acta declaratoria de la independencia del Perú, así de la España como de cualquiera otro dominio extranjero. El 17 mandó San Martín que se quitasen y desapareciesen las armas de España de todos los sitios públicos, y al mismo tiempo hizo la prevención siguiente: "Habiendo sabido, con mucho pesar mío, que con desprecio de todas las conveniencias y de todos los sentimientos de humanidad, algunos individuos, llevados de sus pasiones, se permiten ejercer vejaciones contra los españoles é insultarlos, ordeno y mando que todas las personas que cometieren tales excesos sean denunciadas al gobernador político y militar de la ciudad, para que, probado el hecho, sean castigadas como merecen" (1).

El 18 se mandó crear una guardia cívica en reemplazo del regimiento español de la Concordia, y el gran mariscal, marqués de Torretagle, fué nombrado su coronel. El 22 se señaló por bando el día 28 del mismo mes para jurar la independencia con toda solemnidad. El 24 por la tarde se recibieron en la plaza del Callao por un parlamentario proclamas de San Martín, y por la noche hicieron fuego los castillos á los botes bloqueadores que se advirtieron en el puerto, y, sin embargo, consiguieron incendiar dos buques de los fondeados dentro de la cadena y llevarse tres á remolque. El 26, una partida de paisanos voluntariamente armados en auxilio de la plaza, pidió hacer la descubierta, y se tiroteó valerosamente con otra de caballería enemiga, causándola algún daño; mas, habiéndose los nuestros adelantado con imprudencia, fueron á su vez cargados y acuchillados, de cuyas resultas murieron tres.

El 28 se verificó en Lima la anunciada proclamación de la independencia. El general San Martín, acompañado del general marqués de Montemira y del Estado Mayor

(1) Stevenson, *Relación histórica*.

del ejército, de la universidad, de los cuatro colegios, de los prelados de los órdenes religiosos, de los tribunales, del Ayuntamiento y corporaciones y de muchos miembros de la antigua nobleza, todos montados en caballos ricamente enjaezados, salieron del palacio escoltados de un batallón con las banderas de Buenos Aires y de Chile desplegadas, y se dirigieron á la Plaza Mayor, donde se había levantado un tablado al intento. Á él subió San Martín con el nuevo pabellón peruano, y ondeándolo en la mano, dijo: "Desde este momento el Perú es libre é independiente por el voto general del pueblo y la justicia de su causa; que Dios lo proteja". En seguida la comitiva paseó las principales calles de la ciudad, y regresó al palacio. El domingo siguiente hubo una función solemne en la catedral; celebró el arzobispo de pontifical, y se cantó el *Te Deum*, y acto continuo todas las autoridades y principales ciudadanos prestaron sobre los Santos Evangelios el juramento de defender sus opiniones, sus propiedades, sus personas y la independencia del Perú, no sólo contra el gobierno español, sino contra cualquiera potencia extranjera, como explica Mr. Stevenson, testigo presencial.

El 31 de Julio se presentó en el Callao el coronel Guido conduciendo un pliego de San Martín para el gobernador La Mar. Al dejar el virrey á Lima había autorizado al comisionado regio Abreu y á sus dos socios Llanos y Galdiano, para que pudiesen continuar las negociaciones pacíficas á bordo de la fragata mercante *Cleopatra*, fondeada fuera del alcance del cañón de la plaza: Guido era uno de los comisionados por San Martín, y éste por su parte aparentaba desear la continuación de aquellas conferencias. Al principiar el mes de Agosto mandó el gobernador del Callao destruir un puentecito de madera entre la plaza y Bellavista, que servía de paso á una acequia, y con este motivo se trabó un tiroteo que puso á los sitiados cinco hombres fuera de combate, aunque lograron su objeto.

El 3 del mismo Agosto se declaró San Martín á sí mis-

mo director supremo y protector del Perú, y nombró ministros del Estado á D. Juan García del Río, D. Bernardo Monteagudo y D. Hipólito Unanue. Monteagudo es el mismo que ha figurado ya en los sangrientos excesos de la Punta de San Luis. Al día siguiente fué nombrado don José de la Riva-Agüero presidente del departamento, provincia de Lima, y en lugar de la antigua Audiencia se instaló una *Alta Cámara de Justicia*. San Martín dirigió una proclama á los españoles residentes en la capital, en la que se leía este párrafo: "Españoles: no ignoráis que la opinión pública se ha pronunciado de tal modo, que aun entre vosotros existen muchos individuos que espían y observan vuestra conducta. Estoy perfectamente instruído de cuanto pasa, aun en lo más reservado de vuestras casas; temblad si abusáreis de mi indulgencia.» Con motivo de esta extemporánea proclama, dice con mucha propiedad el mencionado Mr. Stevenson, que «es imposible conocer bien si el sistema de espionaje de San Martín era como manifestaba; pero parece en cierto modo derogatorio del carácter y de la dignidad de un jefe supremo, apoyado de 12.000 hombres armados, rebajarse hasta amenazar así 200 ó 300 individuos sin armas, que descansando en la seguridad que les había dado, juraron seguir la suerte del país y vivir sumisos al sistema del nuevo gobierno establecido. Semejante proclama, además, anulaba el objeto aparente de la del 17 de Julio, y servía para encender las teas de la discordia y de la guerra civil, los mayores y más peligrosos enemigos de la tranquilidad pública» (1).

El día 4 del citado Agosto comenzaron también los sitiadores á hacer fuego con obuses contra la plaza del Callao, y lo continuaron todas las noches hasta el amanecer del 14. Este día, como á las once de la mañana, suponiendo rendida de cansancio la guarnición, por las vigilias y fatiga de las noches anteriores, 150 caballos enemigos

(1) Stevenson, *Relación histórica*.

partieron de Bellavista á toda brida hacia la puerta principal del Real Felipe, seguidos como de 1.000 infantes, igualmente á la carrera; pero todo fué inútil, porque al primer aviso de enemigos se había levantado el rastrillo. Entonces se derramó la caballería por la población del Callao, acuchilló en sus calles algunos soldados de los que habían ido á comprar, y se llevó otros prisioneros, entre ellos el brigadier Ricafort, que aún convalecía de la grave herida recibida en Canta, quien fué rescatado como por milagro. La infantería contraria, en tanto, se había adelantado hasta el glacis; pero recibida por los fuegos de nuestra artillería y de los infantes que cubrían el parapeto de su frente, volvió la espalda, y huyó á ocultarse al abrigo de las casas de Bellavista, después de sufrir una pérdida considerable, pues los mismos independientes confesaron 50 hombres muertos. Este atrevido golpe de mano causó en los leales de la plaza grandísima sensación, porque suponían que no se habría emprendido con tanta tenacidad, sino en la inteligencia de no hallar tan pronta ni tan fuerte resistencia. Después de esta ocurrencia, las comunicaciones de los castillos con la población se hacían con más prudencia y precauciones.

El 15 de Agosto, por la tarde, fondearon á la vista del Callao el navío *Soberbio* y la fragata *Criolla*, de S. M. B., y por la noche las embarcaciones menores de Cochrane sacaron del fondeadero tres buques mercantes españoles, á pesar del vivo fuego que les hizo la plaza. El 22, el ministro de la guerra Monteagudo previno al Arzobispo, de orden del *Protector*, que mandara cerrar las casas destinadas á ejercicios espirituales, por los abusos que en ellas se cometían, mientras se colocaban bajo la vigilancia de un eclesiástico *patriota* que mereciese la confianza del gobierno. El anciano Arzobispo contestó con dignidad, y acabó por ofrecer su dimisión, que le fué aceptada, y se le mandó salir de Lima en cuarenta y ocho horas, y esperar en Chancay la resolución del gobierno. Fundándose el prelado en sus ochenta años y achaques consiguientes, pedía sus pasa-

portes para la Península por Panamá, no creyéndose capaz de resistir el paso del Cabo de Hornos. Más adelante, sin embargo, el 13 de Noviembre, tuvo que embarcarse para Río Janeiro. Antes de partir escribió á lord Cochrane, agradecido á las consideraciones que le había dispensado, y acababa de este modo: «Estoy convencido que la independencia de este país está sellada para siempre; yo manifestaré esta opinión al gobierno español y á la Santa Sede; haré, al mismo tiempo, cuanto pueda para vencer su obstinación, mantener la tranquilidad y segundar los votos de los habitantes de la América, que tanto aprecio.» En el mismo Noviembre, el respetable Obispo de Huamanga, residente entonces en Lima y Peruano, recibió orden de salir del país en el término de ocho días, sin que la autoridad se dignase dar una sola causal para este destierro (1). Del 25 al 27 de Agosto se trasladaron del bloqueo del Callao al fondeadero de Ancón, la mayor parte de los buques de la escuadra enemiga, con sus presas, y el 28 pasó de parlamento á la plaza el coronel Guido, con la pretensión de que la junta pacificadora pudiese continuar allí sus sesiones, adonde se trasladó el día siguiente, no desde la fragata *Cleopatra*, que era el paraje designado por el virrey para conferenciar, sino desde la ciudad de Lima, adonde por disposición propia se habían constituído el comisionado regio y sus dos socios. La resolución, pues, de trasladarse esta junta al Callao, ahora era indicio seguro de alguna novedad, y apenas se columbraba otra que la aproximación de las tropas españolas á la capital, cuyos rumores empezaban á circular. El 31 de Agosto se recibió una comunicación del virrey, fechada el 22 del mismo mes en Huancayo, asegurando que la ocupación de Lima por los disidentes sería efímera, y en su vista la comisión *pacificadora* cerró sus sesiones y se disolvió.

En los primeros días de Septiembre el gobernador del

(1) Stevenson, *Relación histórica.*

Callao celebró junta de guerra para tratar de disminuir la ración que se suministraba; pero habida consideración á la continua fatiga de la tropa, harto reducida ya por las enfermedades y la deserción, se acordó no hacer novedad. Al mismo tiempo la alarma se había esparcido en la ciudad de Lima; el 4 por la noche habló San Martín en el teatro á los espectadores; el 5 anunció al público, por medio de una proclama, que algunos españoles ocupaban á San Mateo y á San Damián; exhortaba á los habitantes á defenderse, y ofrecía perecer antes que abandonarlos, y al día siguiente se recibió con satisfacción esta proclama en el Callao. El 8 notaron los defensores de la plaza muy desguarnecida la línea del bloqueo, y se supo después que el general San Martín había tomado posición con sus tropas en el campo del Pino. Esta era ya la prueba de la proximidad de los realistas, y se creía inevitable una batalla, cuando el 10 de Septiembre por la tarde se vió desembocar enfrente del Callao, por el lado de Bellavista, la división que conducía el brigadier Canterac.

Como al evacuar el virrey á Lima había ofrecido auxiliar la plaza del Callao lo más pronto que le fuera posible, reunidas las tropas en el valle de Jauja y vista su rápida reposición, empezó luego á ocuparse de los medios de realizar una expedición con aquel objeto; mas el número á que se había reducido el ejército, la incertidumbre de un éxito feliz y las infalibles consecuencias de una desgracia en las actuales circunstancias aconsejaban abandonar la plaza á su suerte y conservar y aumentar las tropas que habían de reconquistarla un día, máxime si de España se enviaban al menos los auxilios de mar pedidos. Así que se traslució en el ejército el proyecto de volver sobre la capital, se empezó á discurrir sobre todas sus contingencias, alegándose solidísimas razones en contra, porque, sobre los resultados de un revés que todos alcanzaban, la memoria de los estragos, de las enfermedades experimentadas en la costa y el penoso paso de la cordillera que estaba tan reciente, eran capaces de impo-

ner al ánimo más esforzado. Pues es de saber que así los españoles, llamados en el Perú *chapetones*, como los habitantes de la costa, se marean al pasar la cordillera, como los que nuevamente entran en la mar y mucho peor; porque según la complexión de cada uno, están un día y dos acosados de un dolor agudo en la cabeza, particularmente en las sienes, y de fuertes náuseas sin poder comer ni beber, ni casi tenerse en pie sino vomitando si tienen qué. También la nieve les ofende la vista, á punto que muchos ciegan por dos ó tres días, lo que llaman los naturales *azorocharse*, cuyo fenómeno experimentaron Pizarro y sus compañeros, como afirman los historiadores coetáneos.

Pero el virrey La Serna se consideraba caballerosamente comprometido á cumplir la palabra empeñada, y los fogosos sostenedores de su opinión discurrían de este modo; si á la aproximación de las tropas reales los enemigos se retiran de Lima, la plaza del Callao puede ser fácil y prontamente abastecida de víveres para mucho tiempo; si sale al encuentro de la expedición y es batido, la balanza queda totalmente inclinada en pro de la causa española; y si la expedición penetraba en el Callao sin combatir, podría sacarse el armamento que tanta falta hacía, extraer su guarnición é inutilizar la plaza, como en último caso prevenía el virrey, según afirmó Canterac. El pensamiento era grande, gigantesco; pero podía razonablemente temerse que el noble entusiasmo no permitiera calcular con prudente detenimiento todos los inconvenientes gravísimos de su ejecución.

Como quiera se decidió que la tropa más disponible, de superior calidad toda, se moviera hacia la capital del reino, permaneciendo el virrey con el resto en el mencionado valle de Jauja. Consiguientemente 2.500 infantes, 900 caballos y 9 piezas de artillería de á 4 emprendieron la marcha el 25 de Agosto á las órdenes del brigadier Canterac, llevando de jefe de Estado Mayor al coronel Valdés, que lo era del ejército. Desde los cantones del

valle de Jauja á Santiago de Tuna, atravesando los Andes de Oriente á Occidente, nada de particular ocurrió, porque apenas hubo ocasión de disparar un fusil. Cerca de Santiago de Tuna cayó en poder de una partida enemiga el teniente coronel D. José García Sócoli, agregado al Estado Mayor, y fué muy fatal este incidente porque pudo San Martín informarse de la fuerza realista, y acaso por este dato resolverse á no abandonar á Lima. En el pueblo de Tuna dividió Canterac la fuerza en dos columnas, que habían de tomar distintas direcciones para volver á juntarse en la hacienda de la Cieneguilla; la infantería con el mismo comandante en jefe siguió un rumbo medio entre la quebrada de San Mateo, que desemboca 6 leguas de Lima, y la del Espíritu Santo, que está más al Sur, siendo precisamente su objeto poner en duda al enemigo sobre el verdadero punto de descenso á la costa; y la caballería con el 2.° batallón del primer regimiento que mandaba D. Francisco Narváez, la artillería, el ganado y los bagajes bajaron directamente á la Cieneguilla á las órdenes del coronel D. Juan Loriga, batiendo y dispersando al paso la *montonera* ó facción de Huarochiri, que situada en una posición fuerte intentó inútilmente detener la marcha de esta columna, y tuvo de pérdida varios muertos y heridos, un oficial y 26 hombres prisioneros con algunos caballos ensillados.

El brigadier Canterac con la infantería, después de haber significado durante el día decidida tendencia á desembocar por la quebrada de San Mateo, varió al anochecer de dirección á la izquierda para ir á buscar la quebrada del Espíritu Santo, que conduce á la Cieneguilla, y sin guía y á rumbo se determinó á descender en la persuasión de no hallar una extraordinaria dificultad; pero acaso nunca militar alguno sufrió engaño mayor. Sin camino de ninguna especie, sin agua en un terreno arenoso y ardiente, acosados los hombres y las bestias de una sed devoradora, después de una marcha de más de 10 leguas á 12° de la equinoccial, los jefes, los oficiales y la tropa se arro-

jaron á bajar por donde ningún ser humano habría andado jamás. Allí se perdieron mulas y caballos con la mayor parte de las maletas de gurupa; allí hubo piernas, brazos, cabezas y cuerpos estropeados, porque los hombres y las bestias rodaban á la par de precipicio en precipicio; allí hubo muchos que recurrieron á sus propias orinas para mitigar su mortal sed, y con igual fin mascaban otros las áridas cortezas de algún arbusto que por fortuna encontraban; allí varios bravos desesperanzados se tendían en el suelo como resignados con su fin, mientras otros se esforzaban por continuar el descenso con la lisonjera idea de hallar agua en el fondo de la quebrada. En tan azarosa situación, si los jefes y oficiales mandaban, eran á veces obedecidos y otras apenas escuchados: basta decir en prueba que reunidos el brigadier Monet y el coronel Carratalá, viendo porción de tropa tirada al suelo, inciertos de si el resto seguía, iba adelante ó se quedaba rendida de la sed y del cansancio, ofrecieron á nombre del rey un grado al individuo que continuando la bajada pudiera avisar de si se hallaba luego agua, y no hubo á su inmediación quien se sintiera en estado de ganar la recompensa prometida, siendo de advertir que cuando se hizo este ofrecimiento faltaría poco más de un cuarto de legua para llegar al río que toma luego el nombre de Lurin. El comandante en jefe Canterac, que llevaba la cabeza de aquella inexplicable dispersión, fué de los primeros que gozaron del placer de descubrir la deseada agua, é inmediatamente hizo retroceder á los que le acompañaban de cerca con cantimploras llenas para auxiliar á sus afligidísimos compañeros. La nueva de este hallazgo salvador, comunicada de unos en otros hasta los más rezagados como por ensalmo, reanimó sus espíritus abatidos, y puso en movimiento hasta á los casi resignados á no levantarse del paraje que su mala estrella les había deparado. Uno de los que se hallaban al borde de este triste extremo era el coronel D. Jerónimo Valdés, jefe del Estado Mayor que cubría la retaguardia: fatigado por el continuo afán de

animar á la tropa, después de haber apelado á su orina, á las cortezas de los áridos arbustos y aun á ponerse plomo en la boca para mitigar algo la sed que lo consumía, rendido y falto de fuerzas se acostó al fin en el suelo al lado de una gran peña, donde le acompañaban algunos leales oficiales y soldados, y allí les alcanzaron primero el descubrimiento del agua y poco después algunas cantimploras.

Así reanimados los hombres continuó la tropa aquella horrible bajada, y antes de las doce del día 5 de Septiembre se hallaba reunida la infantería á la derecha del río que corre por la quebrada del Espíritu Santo, y se llama luego de Lurin, menos algunas bajas por cuerpo entre ahogados y sofocados por el calor, la sed y el cansancio, precipitados, estropeados y desertados á favor de la noche y del desorden inevitable en tan extraordinarias circunstancias. Los soldados que suelen recordar con buen humor los mayores apuros y las más duras fatigas, bautizaron aquella famosa bajada con el nombre significativo de *quebrada de Arrastraculos*, y con muchísima propiedad. Si los enemigos hubieran podido saber con oportunidad el estado en que nuestra infantería bajaba á la quebrada del Espíritu Santo, con algunas compañías la hubiesen rendido facilísimamente toda; y este riesgo y las demás desgracias y molestias indicadas eran una consecuencia natural de la necesidad de tener que marchar sin guías prácticos del terreno, porque como el país estaba insurreccionado, no se hallaba en los pueblos un solo habitante.

El día 5 de Septiembre toda la división quedó reunida en la Cieneguilla, y descansó hasta el día siguiente al anochecer, que emprendió la marcha para la rinconada de Late, y al amanecer del 7 tomó posición en Pampagrande, donde se supo por algunos prisioneros que hicieron las descubiertas que el general enemigo con todo su ejército y muchas *montoneras*, ó partidas de guerrillas, campaba en la inmediata chacra de Mendoza. Esperaba Canterac que le atacase San Martín, fiado en la superioridad

de su número; mas convencido el día 8 de que éste no mostraba ánimo de moverse, se adelantó sobre su campo con el jefe de Estado Mayor, las compañías de cazadores del infante D. Carlos y el escuadrón de dragones de Arequipa, ocupó las alturas situadas entre la laguna de la Molina y la llanura del Cascajal, desde donde pudo descubrir bien la posición del enemigo. "Todo el costado izquierdo y frente de éste—decía Canterac en su parte oficial al virrey—, estaba cubierto por el río Surco: su derecha en dirección del camino real de Lima á San Borja estaba apoyada á varias tapias, y á su retaguardia se hallaban, aunque á alguna distancia, las alturas llamadas del Pino, que dan principio á las que siguen hasta el almacén de la pólvora de la Menacho; á todas las abraza dicho río. La infantería enemiga estaba parapetada detrás de tres órdenes de tapias, y el río Surco, aunque de poca anchura, por su mucha rapidez y bordes escarpados sólo podía pasarse por los dos puentes que estaban sobre el frente de la línea enemiga. Su caballería á retaguardia de su derecha, y la chusma de guerrillas ó montoneras á su retaguardia y esparcidos por todos los caminos. Al pie de la altura que habíamos ocupado se halla la casa de Monterrico, que lo estaba por Montonera y dos mitades de caballería enemiga, las que el escuadrón de Arequipa y compañías de cazadores del Infante, mandadas por sus capitanes, los tenientes coroneles graduados D. Pedro Aznar y D. Pedro Peña desalojaron con gallardía sobre la marcha. Hice venir el resto de infantería, caballería y artillería que quedaba en Late, y habiendo pasado por dos portachuelos las alturas de Monterrico desembocaron todas las tropas en el Cascajal; apoyamos nuestra derecha á dicha altura, dejando dos batallones en columnas; la caballería formó la izquierda de la línea, y la casa de Monterrico quedó ocupada por el escuadrón de Arequipa y las compañías de cazadores del infante. Durante la noche, el coronel Valdés con estos cazadores y alguna tropa del Imperial Alejandro, se adelantó sobre la posición enemi-

ga para cerciorarse si permanecía en la misma, ó si se había movido en dirección á San Borja, como se creyó al anochecer. Este coronel efectuó, con el tino que le es propio, este reconocimiento, el cual dió lugar á un tiroteo de media hora; nuestras tropas se portaron con valor y disciplina, y después de cumplido su objeto, se retiraron con todo orden. Como sin una gran desventaja no podía atacarse al enemigo por su frente, resolví marchar por líneas por el flanco izquierdo, aparentar dirigirme á Surco, y de pronto variar á la derecha y apoderarme de los campos de San Borja, y puesto en ellos, atacarlo por su flanco derecho si permanecía en la posición que se ha indicado. Me parecía expuesto este movimiento, pues que á la distancia de dos tiros de cañón del enemigo era preciso pasar dicho río y desembocar por un solo puente; pero era indispensable practicarlo para interponernos entre el emigo y el Callao, poder comunicarnos con éste, y efectuar lo que V. E. me había prevenido."

En el orden que se acaba de indicar, se puso la división Canterac en marcha á las siete de la mañana del día 9, y variando á la derecha en el tambo de Surco, siguió rápidamente por el camino real que conduce á Lima, apoderándose previamente del puente la compañía de cazadores del primer batallón del imperial Alejandro y un escuadrón de granaderos de la Guardia, cuya tropa desalojó en seguida á los enemigos que ocupaban la casa de San Borja, y permaneció en este punto todo el día. Entretanto, Canterac tomó posición á un lado del camino real en dos líneas con la izquierda hacia San Borja y la derecha al río Surco; la infantería formaba la primera, y puestas las armas en pabellones, derribó con increíble prontitud todas las tapias que el general juzgó conveniente para desembarazar el uso de toda su fuerza, y así se pasó el día. "Aseguro á V. E.—decia Canterac en su citado parte—que las tropas más aguerridas y más maniobreras, no han ejecutado, ni ejecutarán jamás con más gallardía, orden y precisión, los citados movimientos al frente del

ejército contrario. Durante este tiempo hizo el enemigo un cambio de frente apoyando su derecha á las alturas del Pino y su izquierda hacia el río Surco; su frente quedó paralelo al nuestro y cubierto por varios órdenes de tapias. Inmóvil aquél, detrás de sus atrincheramientos, sin atreverse á atacarnos á pesar de su superioridad en número, bien dió á conocer lo poco que se determinaba á emprender y el respeto que tenía á las valientes tropas nacionales. Á las tres de la tarde desfiló por su flanco derecho y fué á tomar posición sobre el campo de instrucción, apoyando su izquierda á la chacra del Pino y la derecha á la muralla de Lima". Este movimiento de San Martín, que parecía no indicar más propósito que el de cubrir la derecha del camino que conducía á la puerta de la capital llamada de Cocharcas, obligó al general español á mandar al anochecer un cambio de frente central, adelantando el ala derecha, y se pasó el resto de la noche con la vigilancia que correspondía.

En esta situación, los españoles no podían permanecer á la expectativa; importábales aprovechar los momentos, y su comandante en jefe supo utilizarlos con prontitud é inteligencia. Vista la decisión del enemigo á no iniciar un combate, el objeto preferente de Canterac era pasar á la plaza del Callao, y podía y aun debía ser el de los independientes impedir esta operación; mas entrado el día 10 de Septiembre sin que se notase la menor novedad en el campo contrario, el general español previno que la infantería, cinco piezas de artillería, los bagajes y el ganado con los jefes de división Monet y Carratalá y el de E. M. Valdés marchasen por Santa Cruz á Bellavista, abriéndose paso entre la Magdalena y el mar, mientras él personalmente con toda la caballería y dos piezas de artillería hacía además de buscar á los enemigos en su propia posición, desembocando al efecto en el campo de San Borja frente á la puerta de Cocharcas. Á la cabeza de esta columna formaban los escuadrones de dragones del Perú que mandaba el teniente coronel Camba, cuyo

cuerpo cubrió luego la retaguardia, cuando habiendo calculado bastante adelantada la infantería, mandó Canterac cambiar de cabeza, y por la chacra de San Isidro y el pueblo de la Magdalena se dirigió á Bellavista, adonde llegó muy poco después que las compañías de preferencia del infante D. Carlos, mandadas por el coronel Valdés, perseguían á 400 enemigos que observaban al Callao desde la chacra de Baquijano, y que huyeron precipitadamente vía de Lima. De este modo, por una serie de movimientos atrevidos, bien dispuestos y perfectamente ejecutados—que harían honor á un Napoleón, como dice Mr. Stevenson—, las tropas que conducía el brigadier Canterac se trasladaron desde la rinconada de Late á la plaza del Callao, pasando á un cuarto de legua poco más de los muros de Lima y á la vista de 12.000 hombres de todas armas que componían el campo de los disidentes, sin que nadie osara oponer el menor obstáculo á su marcha. La guarnición del Callao y los habitantes refugiados en la plaza y la población recibieron la división expedicionaria con una salva general, un entusiasmo y una alegría imposibles de describir. Canterac campó bajo los fuegos del Real Felipe.

Al acercarse las tropas reales el 9 de Septiembre á Lima, ya los independientes tenían reclusos en el convento de la Merced todos los españoles europeos sin excepción de clase ni edad—para ponerlos á cubierto de cualquiera insulto—dice con suma candidez el citado y recomendable Mr. Stevenson. Agitada luego la muchedumbre, particularmente la originaria de África, en cuyos manejos ocultos era sobresalientemente diestro el ministro Monteagudo, bajo falsas alarmas y pretextos calumniosos, acudió en tropel al referido convento con el designio de asesinarlos, y sólo á la noble conducta del comandante de la guardia de cívicos y á la imponderable firmeza y esfuerzos de la comunidad se debió el evitar á Lima el horror, la orfandad y el luto que algunos de sus llamados libertadores le preparaban. Apenas habrá quien

crea que el ilustrado y filantrópico Mr. Stevenson califique este hecho horroroso y atroz de prueba evidente de la determinación de los habitantes de aquella capital á defenderla de los españoles. Dentro de la Merced había muchos ancianos y achacosos, pero tiernos padres, muchos buenos esposos, muchos amantes decididos, muchos hombres honrados, en fin, é inocentes, y la pacífica Lima jamás atentó contra objetos de tanto respeto y veneración: ni ¿qué tenía de común una plebe de color y extraviada de intento con la dulzura de carácter de los naturales de Lima? Nada; absolutamente nada, y los extranjeros como Mr. Stevenson no deben desconocerlo, porque no pueden ignorar que cuando una plebe soez, compuesta de diversas castas, agitada hasta el desenfreno por algunos pocos terroristas sedientos de sangre española, se esforzaba por allanar el convento de la Merced para inmolar las muchas víctimas inocentes que el gobierno había reunido allí: las esposas, las madres y los hijos de todas edades y sexos llenaban con su desolación y sus lamentos de terror y espanto á los mismos asesinos. Esos eran los sentimientos de entusiasmo y de patriotismo de la población de Lima. Restablecido el orden, los prisioneros de la Merced, en considerable número, fueron conducidos á Ancón y embarcados en los buques que se hallaban allí fondeados.

El mencionado testigo ocular Mr. Stevenson, que cándidamente interpretó el motín de la plebe baja de Lima, promovido de intento por un rasgo de patriotismo, de amor á la independencia y de decisión por hacer frente á las tropas leales, nos dice en seguida que en la noche del 9 de Septiembre, cuando Canterac campaba poco más de un cuarto de legua del campo de San Martín, recibió lord Cochrane á bordo de la *O'Higgins* una orden comunicándole que el enemigo se hallaba á las puertas de Lima, y se le suplicaba enviase todas las armas útiles que tuviese la escuadra, así como todos los marineros y voluntarios, en atención á que el *Protector* esta-

ba decidido á librar una acción y á vencer ó sepultarse bajo las ruinas de la capital. Sin embargo—añade—, esta nota heroica estaba acompañada de otra de Monteagudo invitándole á tener prontas y disponibles las embarcaciones menores de los buques de guerra y una vigía sobre la playa de Bocanegra para el servicio de los que pudiesen escapar caso de una derrota» (1). En efecto, todas las probabilidades del resultado de un choque en aquellas circunstancias parecían estar del lado de Canterac, no obstante su notable inferioridad numérica, pero ya manifestamos cómo al día siguiente se le dejó pasar al Callao sin forzarlo á combatir.

---

(1) Mr. Stevenson, *Relación histórica.*

CAPÍTULO XIX

Proyecto de inutilizar las fortalezas del Callao.—Otro para abastecer de víveres y extraer armamento.—Movimiento de Canterac al Norte.—Espantosa deserción.—Regreso de Canterac á la sierra.—Capitula el Callao.—Resuelve el virrey trasladarse al Cuzco.—Villalobos.—Valdés.—Lóriga.—Olañate.—Persecución contra los realistas.—Monteagudo.—San Martín.—Abreu.—La Mar.—Expedición de Pasco.—Reposición del ejército.

1821

El 11 de Septiembre por la mañana el ejército enemigo apareció en línea entre Lima y el Callao, la derecha apoyada al río Rimac que da nombre al valle, y extendiéndose luego por el tambo de Mirones hacia el pueblo de la Magdalena, levantando también una batería sobre el camino real que facilita el tránsito y comunicación entre la ciudad y el puerto; el frente además de esa línea se hallaba defendido por diferentes órdenes de tapias de adobes. Con motivo de que los españoles tenían necesidad de salir del tiro de cañón de la plaza para forrajear, no tardaron en trabarse escaramuzas y tiroteos más ó menos serios, y aunque los independientes sacaban la peor parte, repitieron esta diversión mientras la expedición Canterac se mantuvo en el Callao; pero evitaron todo otro compromiso, porque las muestras que recibían eran demasiado comprobantes del vivísimo deseo que manifestaban los

realistas por venir á las manos con sus contrarios, sin consideración á su superioridad numérica ni aun á la posición que ocupaban. *O morir ó entrar en Lima*, se decían unos á otros los indígenas leales; mas razones de inmenso peso debieron influir en el ánimo del comandante en jefe para no haberse resuelto á sacar partido de una decisión y un entusiasmo que engrandecía su fuerza, y de que no son comunes los ejemplares.

Una de las atenciones de Canterac era conducir al Callao todo el ganado que se pudiera recoger en el tránsito para ver de introducirlo en la plaza, caso de que los enemigos abandonaran la capital como algunos esperaban; pero frustrados todos estos proyectos, ya por la rapidez conque se ejecutaron las marchas desde Jauja á la vista de Lima, ya por haberse mantenido el general San Martín en la capital, el Callao sin víveres debía naturalmente verse obligado á capitular pronto. Para el caso, pues, en que no se pudiese abastecer la plaza de víveres, parece que ordenaba el virrey que se extrajera la guarnición y el armamento que se pudiera, que se inutilizaran los castillos, y que se regresara al valle de Jauja. Para ejecutar tamaño mandato con el pulso y detenimiento que merecía, se procedió el 11 de Septiembre como Canterac explica en su parte:

"Este día—dice—se celebró una junta de guerra, en la cual hice ver al general gobernador el mariscal de campo D. José de La Mar, los oficios é instrucciones de V. E., y este señor manifestó la imposibilidad de evacuar é inutilizar la plaza, como verá V. E. por la adjunta copia del acta número 1.° por hallarse refugiadas en ella más de 600 personas de ambos sexos que quedarían en el mayor compromiso y expuestas al furor del enemigo. Proveerla de víveres sacándolos de Lima para poder continuar su defensa tampoco era posible, pues que para ello era preciso antes batir al ejército, y esta operación se opinó á las instrucciones de V. E., por ser en extremo aventurada contra un enemigo que tenía reunidas todas sus fuerzas en

una posición naturalmente fuerte, y en la que no podía obrar nuestra caballería, no contando yo á mis órdenes ni una tercera parte del número de infantería que tenía aquél; y sobre todo no reconociendo en mi posición otro punto de retirada, en caso de desgracia, que la plaza misma del Callao, y falta ésta de víveres, era consiguiente la total pérdida de mis tropas y de éstas la del Perú."

En este razonamiento sobresale indudablemente lo respetable y atendible de las observaciones del gobernador La Mar; pero divulgado en el campo español el motivo de la reunión de la mencionada junta, cuando la creencia general estaba en favor de buscar al enemigo, sacando del Callao al efecto cuantos auxilios fuera posible mover, la idea de haber emprendido una expedición tan penosa y arriesgada para venir á presenciar la destrucción de aquellas fortalezas, produjo gran disgusto, harto disculpable por la nobleza del sentimiento que lo ocasionaba. Apercibido Canterac de esta desagradable sensación, convocó el 13 á todos los jefes de los cuerpos, conferenció con ellos largamente sobre la situación, y visto que no podían ser destruídos los castillos por las razones mencionadas, ni permanecer la división en el Callao sin víveres y sin forrajes, quedó acordada la salida de ésta en dirección del Norte por la playa; pero debiendo conducir cada individuo, además de su armamento propio, un fusil de los existentes en la plaza de que tanta necesidad había.

El 14 de Septiembre, á las once de la noche, se puso Canterac en marcha por la orilla del mar para esguazar el Rimac por Bocanegra; pero habiendo observado varias embarcaciones menores enemigas que vigilaban la costa, y que apercibidas del movimiento, lo que no podía menos de suceder, causarían impunemente el mayor daño, reconoció la imposibilidad de continuarlo en aquella dirección, y pesando con prudencia todas sus contingencias, retrocedió al campamento que acababa de dejar bajo los fuegos del Real Felipe. En esta misma noche se pasaron al enemigo dos oficiales europeos y tres ó cuatro sol-

dados del país; y este acto criminal, preludio de los que le habían de seguir luego, revelaba la más horrible perspectiva en recompensa de tanto atrevimiento, tanta valentía y tanta habilidad hasta entonces ostentada. Conocida la idea de evitar un empeño con el enemigo para procurar con mayor seguridad el regreso á la sierra, desapareció también el interés que habían manifestado por la expedición las personas refugiadas en la plaza y aun la misma guarnición, advirtiéndose en la tropa expedicionaria una visible frialdad. En tan crítico estado la indecisión podía proporcionar al enemigo la más segura victoria.

El brigadier Canterac, valiéndose de una persona embarcada en un buque extranjero, D. Fernando del Mazo, entabló activamente con éstos una negociación para proveer de víveres la plaza por mar, y la llevó tan adelante, que casi parecía depender su feliz éxito de que se entregasen de contado 80.000 pesos que pedían de pronto los contratistas á cuenta de la suma total, que ascendería á 400.000, pagaderos en los puertos intermedios del Sur, y aún sospechaban algunos que el mismo Cochrane tuviera parte en las utilidades de este negocio. Acabábanse de repartir á las tropas expedicionarias 2.000 onzas de oro, que Canterac reclamó para reunir la cantidad pedida de pronto, y no sólo fueron inmediatamente devueltas con gusto, sino que varios jefes pusieron á disposición del general el dinero propio que conservaban, cuyo ejemplo fué generosamente imitado entre los emigrados refugiados en el Callao, inclusa la esposa del teniente general D. Juan Ramírez que entregó 1.000 onzas de oro, todo con el fin de que aprontados los 80.000 pesos tuviese la negociación de abastecer de víveres el Callao el buen término que se deseaba. Puesta la suma reunida en poder del gobernador de la plaza para que la remitiera oportunamente á manos de los contratistas extranjeros, el brigadier Canterac se ocupó del modo de sacar las tropas que mandaba de una posición tan aventurada como la que

ofrecían las inmediaciones del Callao, sin víveres, sin forrajes y con un enemigo numeroso al frente.

Para adoptar una determinación definitiva de la manera más útil, más conveniente y más conforme con las opiniones de los que la habían de ejecutar, prudente recurso que nunca desdeñaron en lances de apuro los más hábiles capitanes, reunió Canterac los jefes de los cuerpos de su división en la mañana del 16 de Septiembre y les expresó su convicción de que la tropa, con especialidad la de infantería, no podía conducir un fusil por hombre además de su armamento; que la necesidad de armas era tan patente, que sin ella ni aun podrían tener aplicación los reclutas pedidos á las provincias interiores; que en esta virtud, ó los jefes con sus oficiales se prestaban á conducir en sus propias caballerías los fusiles repartidos á cada cuerpo, ó depositando en la plaza todo lo que sirviera de embarazo, se atacaba á todo trance al enemigo; y que sobre estos dos extremos esperaba y deseaba oir el libre parecer de cada uno, sin perder de vista las consecuencias de una desgracia si llegaba á experimentarse por nuestra parte. Los jefes interrogados generalmente convinieron en lo difícil y crítico de la situación actual, pues que ni sería cuerdo desatender las justas observaciones que el general acababa de expresar, ni se podía dejar de temer grande deserción con el regreso á la sierra, tanto porque ésta había comenzado ya por oficiales, como por la gente de la costa que varios cuerpos contaban; que si extrayendo de la plaza artillería de mayor calibre podía conducirse sobre la línea enemiga, convendría hacer una tentativa procurando no empeñarse sin conocidas ventajas con el fin de inculcar en la tropa la idea de que la superioridad, que creía de su parte, consistía en poderse medir con los independientes en campo raso, y no sobre parapetos y atrincheramientos, contra los cuales no siempre triunfaban los más valientes, porque el deseo de buscar al enemigo, que se tenía en menos, era general en el campo español; que si esta operación daba por resultado

ocupar la capital, en breve podrían sacarse de ella artículos de subsistencia para el Callao, y tendría además la división expedito el regreso al valle de Jauja por la línea más corta; que en cuanto á los fusiles, se ofrecían á arbitrar medios para transportar cada cuerpo los que se le habían designado, y aun los jefes de caballería añadieron que un fusil colocado á la espalda de sus soldados no lo tenían por un absoluto obstáculo para manejar el sable. Tal fué en sustancia el parecer de los jefes convocados, excepto dos ó tres que opinaron decididamente por atacar al enemigo. El comandante en jefe, después de manifestar que no era posible mover la artillería que se había indicado, resolvió que se condujeran los fusiles y los cuerpos se aprontasen á marchar á la primera orden.

Recibidas por Canterac mayores seguridades sobre el cumplimiento de la contrata entablada para abastecer de víveres la plaza del Callao, tuvo por indispensable moverse para procurar á sus tropas los medios de subsistencia, de que carecían, y para contraerse á varios movimientos que llamasen la atención del enemigo por diferentes partes; "mas siempre con la idea—añade—de volver al Callao, cuando juzgase cumplida la citada contrata, y extraer entonces el número posible de fusiles para traerlos á este cuartel general. Todo esto parecía factible; pero los poderosísimos inconvenientes que sobrevinieron cortaron este proyecto". Como á las dos y media de la tarde del mismo día 16 de Septiembre el general español mandó vestir la división de gala y depositar en la plaza del Callao los pocos equipajes que existían, las ollas de campaña de los cuerpos, los fusiles entregados para ser conducidos, los aparejos ó albardas de las mulas de carga, excepto las destinadas al transporte de algunas municiones y de dos piezas de artillería de montaña, y que la caballería soltara sus caballos de mano, los cuales, reunidos á las acémilas de la división, habían de seguir á retaguardia bajo la custodia de una pequeña escolta. Desconocida en el campamento la causa que motiva estas repentinas y sin-

gulares disposiciones, creyóse generalmente que se atacaba al enemigo, y algunos cuerpos manifestaron su aprobación prorrumpiendo en vivas al rey; mas este error no fué de grande duración. "Á las cuatro de la tarde del mismo día 16—dice Canterac en su parte—me moví con la división hasta la Legua, adelantando dos mitades de caballería sobre el camino del tercer óvalo, donde existía el campo enemigo. Á la derecha tomó posición el primer batallón del Imperial, quedando sobre el camino los escuadrones de granaderos de la Guardia, mandados por su comandante teniente coronel D. Valentín Ferraz, y dos piezas de artillería á las órdenes del coronel D. José Carratalá, mientras el resto de las tropas verificaba sobre la izquierda el movimiento con dirección á San Agustín, pasando el río Rimac por frente de la chacra de Villegas; tuve precisión de seguir en la misma noche la marcha por Oquendo, como único medio de quedar fuera del flanco del enemigo, y llegué á este punto al amanecer del 17; mas como no encontrase en él ganado alguno, después de dos horas de descanso, me dirigí por Marquez á Copacabana bajo los fuegos de un bergantín enemigo, que nos molestó muy poco, causándonos sólo la pérdida de dos hombres. En este campo recogimos 500 reses vacunas, y pudo ya la tropa poner sus ranchos y recobrarse algo del trabajo del día y de la noche anterior". Desde la Legua á Oquendo se atraviesa un terreno pedragoso y montuoso, y en él se perdieron la mayor parte de las mulas y caballos sueltos con algunos soldados desertados ó extraviados; y desde Oquendo á Copacabana hubo tres oficiales pasados al enemigo, y fueron prisioneros algunos pocos individuos de tropa, de los que faltos de sueño y alimento, y fatigados de cansancio, se tendían á descansar, y quedándose dormidos ó muy rezagados, venían á ser pronto presa de las partidas independientes, que no tardaron en seguir la dirección de los españoles.

Posesionado Canterac del valle de Carabaillo por un movimiento ejecutado con la mayor valentía, hallábase en

disposición de poder llenar su propósito, y cuando menos mantenerse á la ligera en las cercanías de Lima hasta que la plaza del Callao comenzara á recibir víveres, como debía de suceder, enviando el gobernador inmediatamente á los contratistas extranjeros los 80.000 pesos convenidos; pero La Mar no remitió esa cantidad como se había acordado, y la contrata de víveres quedó sin realización, si ya su propuesta no envolvía un nuevo género de artificio para entretener á los jefes españoles, que perdieran infructuosamente el tiempo y que se malgastara con inútiles dilaciones la fuerza moral de sus tropas. El mismo día 17 por la tarde condujo el coronel Guido al gobernador del Callao un pliego del general San Martín, en el que decía que estaban á su discreción los defensores de la plaza, porque las tropas de Canterac iban dispersas y perseguidas por las suyas, lo que era notoriamente falso, y que si á las diez de la mañana del día siguiente se le entregaban las fortalezas, concedía á la guarnición las vidas, los empleos y los equipajes. El general La Mar contestó que necesitaba la plaza de mayores datos sobre la suerte de las tropas reales, y que, si San Martín facilitaba este conocimiento, se entraría entonces en el arreglo de una capitulación.

El 18 de Septiembre amanecieron sobre el campo de Canterac dos escuadrones de granaderos montados de los Andes y más de 600 hombres de guerrillas ó montonera, ocupando las alturas de San Lorenzo y San Juan de Dios y provocando á la deserción. El coronel Carratalá, con los batallones primero del Imperial Alejandro, segundo del primer regimiento y los escuadrones de dragones del Perú, recibió la orden de desalojarlos, lo que verificó sobre la marcha, persiguiendo á los enemigos hasta Tambo Inga, mientras el general Canterac movía su campo á Pueblo Viejo, en el valle de Carabaillo; pero ya las invitaciones de los adversarios habían producido el efecto á que se dirigían, que era el de inspirar confianza á los soldados realistas. De aquí procede el siguiente párrafo del

parte de Canterac: «Desde este día me vi precisado á abandonar la idea de volver al Callao, y me decidí á alejarme cuanto antes de las inmediaciones de Lima, pues la más inaudita y escandalosa deserción de más de 30 oficiales y 500 soldados de diferentes cuerpos de todas armas, iba á exponer á un grande contraste las fuerzas de mi mando. Á la vista de aquel pueblo recordaron estos infames los vicios en que habían vivido en él encenagados, y que tantos males ha traído á la disciplina de este ejército; compararon cobardes tan abominables placeres con los trabajos que al repasar los Andes podrían tener, y se abandonaron al más detestable crimen, olvidando el honor y constancia que siempre ha distinguido á los soldados españoles.» Nosotros reconocemos por merecida esta severa censura del comandante en jefe, pero creemos que la idea de alejarse de un enemigo, que las tropas realistas estimaban en menos, ha sido una concausa de grande influencia en tan lamentable deserción, pues que mientras subsistió vivo el pensamiento de buscar á los independientes, la división expedicionaria no contaba un desertor.

En el mismo 18 de Septiembre, por la mañana, se recibió en el Callao otro pliego de San Martín, autorizando al gobernador para que enviase un oficial que se cerciorara de la suerte de las tropas de Canterac, de las cuales, decía, tenía en su poder 18 oficiales y muchos soldados. En consecuencia, fué comisionado el brigadier D. Manuel Arredondo para averiguar—entre los enemigos—la verdad de lo acontecido. Arredondo regresó por la tarde á la plaza con nueva comunicación de San Martín, instando á que en la propia noche se le contestara sobre si se admitía ó no la capitulación propuesta, y sin tomar en cuenta la significación natural á que daba lugar la misma premura con que el enemigo instaba, respondió el gobernador que al día siguiente irían dos comisionados á tratar con él. En la mañana del 19 se reunió en el Callao una junta de guerra, en la que se expuso no haber víveres más

que para tres días, además de la escasez de la guarnición, á causa de las bajas experimentadas por los muertos de enfermedad, por los desertores al enemigo y por los enfermos que existían en el hospital; y con presencia de las noticias, entonces exageradas, de intento sobre el estado de las tropas de Canterac, se acordaron las bases de la capitulación, y se autorizó al citado brigadier Arredondo y al capitán de navío D. José Ignacio Colmenares, quienes partieron el mismo día para el cuartel general enemigo, y San Martín convino, como le interesaba, con cuanto se le proponía.

El 20 se permitió franca comunicación entre las tropas enemigas y la plaza del Callao, visitándola en consecuencia por la tarde algunos jefes de los independientes, y quedó acordada su entrega en forma para el otro día 21, á las diez de la mañana. Á la hora prefijada, los destacamentos destinados al efecto se entregaron de las dos puertas del Real Felipe y de los torreones ó caballeros, y una hora después salió la guarnición por la puerta principal, con todos los honores militares hasta la distancia de 150 varas, pasando por entre las tropas bloqueadoras. Allí dejaron los realistas en pabellones las armas, y se les permitió retirarse libremente á Lima ó á la población del Callao, según cada uno estimó mejor. De este modo pasó á poder de los enemigos de la España la única plaza fuerte que había en el Perú, y este destino era de todo punto inevitable sólo por falta de subsistencias; pero no se alcanza cómo el gobernador La Mar disculparía la precipitación de su entrega, no habiendo remitido á los contratistas de víveres los 80.000 pesos reunidos, y habiendo quedado con el comandante en jefe Canterac en sostenerse siete días más, tuviera ó no efecto la contrata de abastos entablada. Á este fin, dejó Canterac en la plaza el poco ganado que aún conservaba para mantener su división, con la cual salió osadamente del Callao á la ventura, porque no dejaba de ser contingente hallar con qué racionarla en algunas leguas. Mas el general gobernador

La Mar, después que capituló, no sólo tomó partido con los independientes, sino que proclamó á sus compatriotas, asegurándoles que *toda su vida había anhelado un momento favorable en que poder manifestar sus sentimientos por la causa de la independencia*, y fué más tarde elevado al rango de gran mariscal del Perú. Estúdiese con detenimiento la naturaleza de la guerra que allí sostuvieron los españoles leales, y se juzgará y apreciará entonces, como es debido, su constante merecimiento, y respetará su propia desgracia como merece el valor sin fortuna.

Vista la escandalosa deserción experimentada en Pueblo-Viejo, Canterac resolvió replegarse inmediatamente á la sierra sin esperar, ni poder esperar ya el resultado de la negociación incoada para abastecer de víveres la plaza del Callao, ignorante al mismo tiempo de cuanto en ella pasaba. En consecuencia marchó el 19 de Septiembre á Macas, el 20 al pueblo de Porochuco y el 21 á Huamantanga, continuando de tal modo la deserción en oficiales y tropa, que en estas tres jornadas perdieron los españoles casi la mitad de su infantería y algunos caballos. El cuerpo de dragones del Perú, que mandaba el teniente coronel Camba, tuvo 7 oficiales y 35 individuos de tropa desertados desde el valle de Carabaillo á Huamantanga. En el arma de caballería fué el cuerpo que más bajas contó, y era el que más debía de experimentar en aquellas circunstancias, así por su mayor residencia en Lima, como por la mucha gente de la costa de que se componía.

El cuadro que presentaba la división Canterac en su regreso á la sierra era horrible, y no ofrecía más que un ominoso porvenir. Los enemigos que no se habían atrevido á separarse de sus atrincheramientos cuando las tropas reales maniobraban á su vista, no tenían desertores y conservaban el mayor entusiasmo, se esforzaban ahora por perseguirlas, sin duda, para favorecer más de cerca la deserción. Con este objeto una columna de cazadores, dos escuadrones y considerable número de montonera trataron de apoderarse el 21 de Septiembre de la altura que

domina el pueblo de Porochuco, y recibieron un desengaño costoso que les proporcionó el brigadier Monet con la retaguardia que mandaba. Sin embargo, el 23 del mismo mes se acercaron á Huamantanga, donde campaban y descansaban las fatigadas tropas españolas, y recibieron de ellas otro costoso desengaño, porque aunque se había disminuído su número, no había flaqueado el aliento de los leales. Para describir este hecho de armas notable en tamañas circunstancias nos serviremos de las palabras de Canterac en su parte: "Serían las once de este último día—dice—cuando se presentaron á nuestro frente, sobre las alturas de la izquierda del camino de Porochucho, como 400 infantes enemigos, é inmediatamente dispuse que los cazadores del Imperial y primer regimiento, el resto del batallón de este nombre, mandado por su activo comandante D. Francisco Narváez, y una mitad de granaderos de la Guardia atacasen á aquéllos. Esta brillante operación se efectuó bajo las órdenes de los dignos coroneles D. José Carratalá y D. Jerónimo Valdés, distinguiéndose extraordinariamente la mitad de granaderos de la Guardia, mandada por el esforzado teniente D. Antonio Jurado, que cargó con la más invencible valentía y acabó de deshacer enteramente este cuerpo enemigo, que fué completamente derrotado, dejando en el campo más de 20 muertos, 9 prisioneros y más de 100 fusiles en nuestro poder. Mientras dichas tropas se cubrían de gloria en la mencionada acción de las alturas de la izquierda, me dirigí á Porochuco por el camino real con el resto del Imperial y tres mitades de dragones de La Unión, adelantando los granaderos de dicho batallón y una de las mitades que mandaba el teniente D. José María Sola: estos valientes, unidos al coronel Valdés sobre el pueblo, atacaron á sus órdenes las alturas de retaguardia, posición extraordinariamente fuerte, que estaba defendida por más de 500 hombres, parte de ellos del batallón núm. 7, y, á pesar de la obstinada resistencia que éstos hicieron, los bizarros granaderos del Imperial, mandados por su valiente capi-

tán el teniente coronel graduado D. Antonio Palomares, llegaron á apoderarse de la casi inaccesible altura de la derecha, mientras que las demás compañías de este batallón, á las órdenes de su digno comandante D. Pedro Becerra, marchando por la izquierda, ocuparon la prolongación de la cuesta de las alturas por aquella parte. Cargó al mismo tiempo la mitad de dragones con el coronel Valdés y el teniente coronel de dicho cuerpo D. Ramón Gómez de Bedoya por el camino real, y batido el enemigo en todos aquellos puntos, se abandonó á una precipitada fuga, como único asilo para salvarse, perseguido á bayonetazos por los granaderos y acuchillados por los dragones en distancia de más de una legua, habiendo quedado sobre el campo más de 30 muertos y en nuestro poder 20 prisioneros, 200 fusiles, más de 150 caballerías ensilladas y regado el campo de gorras, sombreros y espadas de oficiales y otros despojos militares. El Imperial Alejandro tomó al enemigo una bandera."

Con esta severa lección cesaron los independientes de seguir la marcha de los españoles; y como al practicar el referido ataque fueron aprehendidos dos oficiales que se iban al campo enemigo, los cuales fueron sumariamente pasados por las armas, cesó también con su ejemplar castigo la deserción. El 24 continuó Canterac la ruta para el valle de Jauja, desalojando las compañías de preferencia del Infante D. Carlos, las partidas de montonera que se presentaron en las alturas del camino. El 26 y 27 repasó la división por tercera vez en el corto intermedio de dos meses la fría y escabrosa cordillera de los Andes, y desde el 28 del mencionado Septiembre al 1.° del siguiente Octubre quedaron los cuerpos acantonados de Tarma á Huancayo, en cuyo último pueblo había permanecido el virrey durante la celebérrima expedición al Callao, de que nos hemos ocupado. Describir con exactitud el mérito que contrajo la tropa del ejército real que se mantuvo fiel en tan penosa campaña, sin tiendas, con escaso abrigo, sin más alimento que carne y algunas patatas, á veces

sin sal para condimentarlas, sin botiquines y hasta con escasez de facultativos, porque también se contaron desertores en esta clase, es obra que reconocemos superior á nuestras fuerzas; pero estamos seguros que cuantos tengan aproximada idea de aquellos países y de la guerra que se sostenía harán la justicia á que son acreedores los militares que concluyeron tan memorable expedición, al paso que vituperarán la debilidad de los que, fijando la vista en los peligros y en las privaciones, no se reconocieron con ánimo bastante para arrostrarlos, y abandonaron innoblemente sus ilustres enseñas.

La expedición á la plaza del Callao y su vuelta al valle de Jauja era por sus singulares pormenores digna de un tratado especial, en el que con instructiva extensión se patentizaran sus intereresantes rasgos. Ella no ha ofrecido resultados de pronto tan felices como al proyectarla se esperaban, principalmente por la inaudita deserción que experimentó al sospecharse sólo el pronto regreso á la sierra; pero es preciso confesar que los atrevidos y bien ejecutados movimientos practicados por los españoles para pasar por la rinconada de Late al Callao y para salir luego de esta plaza á la inmediación y á la vista siempre de un ejército muy superior en número, descansado y bien provisto, no sólo merecerán un lugar distinguidísimo en los anales militares, sino que arrancarán elogios á la misma rivalidad cuando los estudie. En cada uno de esos movimientos, mientras se conservó viva la idea de poder buscar al enemigo, era tan general como notablemente visible la decisión por atacarlo, y jefes, oficiales y soldados marchaban todos con la voluntad que inspira la confianza de su propio valer, como el mismo Canterac debió observar cuando en el Cascajal anunció á la tropa *que en breve regularmente se le ofrecería la ocasión de acreditar lo que son capaces los soldados de la nación española*, y el astuto y alebronado enemigo en tanto apenas se atrevía á separar de sus atrincheramientos alguna guerrilla. En medio de la grande y desconso-

ladora deserción que menguó después las filas realistas y de las molestias y penalidades consiguientes al paso y repaso de los famosos Andes, los militares de todas clases, que con Canterac concluyeron la mencionada atrevida expedición, han desplegado rasgos de constancia, de firmeza, de inteligente resolución y de magnanimidad que impusieron el mayor respeto á los enemigos, llenaron de admiración hasta á los rivales extranjeros, y en cualquiera época, entre los militares entendidos, no sólo forformarán su mayor elogio, sino que ofrecerán honrosa materia para la historia de la esclarecida milicia de España.

Habiéndose trasladado Canterac el 10 de Septiembre de los campos de San Borja al Callao, como hemos referido, al día siguiente escribió San Martín á lord Cochrane—dice Mr. Stevenson—asegurándole que tenía tomadas tales medidas, que ni un solo enemigo se podía escapar, y que encerrándose en las fortalezas de aquella plaza, ellos mismos se habían puesto en sus manos; pero con gran sorpresa de muchos, Canterac salió de la plaza, y atravesando el Rimac, se dirigió al interior sin ser hostigado en su marcha, y sólo 800 hombres recibieron orden de seguirle para picar su retaguardia y proteger los desertores. "De este modo — añade—, Canterac con 3.200 hombres pasó al Sur de Lima á la vista del ejército protector del Perú de 12.000 hombres, entró en la plaza del Callao, donde descansó seis días, se retiró en seguida por el Norte de Lima, llevándose consigo *armas y tesoros*, y dejando al victorioso San Martín que, en una proclama que salió á la luz en la *Gaceta* del 19, se vanagloriase de haber puesto en fuga al ejército enemigo" (1).

Véase cómo aún los extranjeros entendidos suelen escribir de las cosas de España que ellos mismos presencian. Lejos de haber extraído Canterac *armas y tesoros* de la plaza del Callao, quedaron en ella cinco piezas de

(1) Stevenson, *Relación histórica.*

artillería, de las siete que había sacado de Jauja, y 2.000 onzas de oro que se habían repartido y el dinero particular de algunos jefes y oficiales allí se dejó, como hemos dicho, para que tuviera efecto la contrata de víveres entablada para abastecer la plaza. "Si las tropas mandadas por Canterac—continúa Mr. Stevenson—hubiesen sido atacadas, habrían sido necesariamente batidas: su extrema inferioridad en todos conceptos, menos en punto á disciplina, aseguraba el suceso de las tropas patriotas, tres veces mayores que las del enemigo, descansadas, vigorosas y llenas de entusiasmo, con la ventaja de poder elegir las mejores posiciones y á la vista de la capital de vastos países, cuya libertad habían jurado defender, mientras que la división española, fatigada de una larga marcha, no tenía motivo alguno de emulación personal ni otra perspectiva que algunos días de descanso y volver al interior, donde sabían que, á excepción del terreno que pisaban, ningún individuo de la población de esta parte del globo reconocía su dominación ni obedecía sus órdenes. Los mismos españoles confiesan que si la división Canterac hubiese sido destruída el 10 de Septiembre, habrían desde este momento perdido la esperanza de reconquistar el país, procurado obtener las condiciones más honrosas y abandonado la América. Consiguientemente, los torrentes de sangre que se han derramado en el Perú después de aquel día, las privaciones y las desgracias experimentadas en esta parte del nuevo mundo, la defección de los naturales de la justa causa de su patria, los servicios prestados por ellos á los jefes españoles y la necesidad de la intervención de un ejército de Colombia para salvar el Perú de una sujeción ignominiosa, todos estos males procedieron del suceso de la división española en aquella expedición, en la que sin haber obtenido una victoria decisiva, llenó, sin embargo, el objeto que la había llevado del interior á la costa" (1).

---

(1) Stevenson, *Relación histórica.*

Nosotros, al contrario, creemos que si la división Canterac hubiese sido atacada el 10 de Septiembre, nada hubiera podido resistir su general y noble decisión, y á favor de su superior disciplina, que el mismo Mr. Stevenson reconoce, hubiera probablemente obtenido el más glorioso triunfo, cuyas consecuencias serían tan decisivas en pro de la causa española, como desventajosa su derrota. Es erróneo suponer que en caso de atacar San Martín eligiera éste el terreno que quisiera, porque entonces Canterac aceptaría el combate donde estimara más conveniente, y á este efecto había hecho derribar las tapias de adobes del campo, donde pasó la noche del 9 de Septiembre para facilitar el uso de su excelente caballería; y es no menor error suponer también que el partido español no contaba con más terreno que el que pisaba, cuando la mayor parte de las provincias del Perú obedecían sumisas al virrey y acudían con sus recursos y sus brazos á sostener el ejército real compuesto casi todo de peruanos. Verdad es que más adelante los triunfos dieron la superioridad terrestre al partido español hasta la lamentable defección del general Olañeta, y que los leales defensores del dominio español en el Perú dieron sobrado tiempo al gobierno supremo para que los hubiese auxiliado como convenía, si le era posible. Lejos, pues, de ser seguro el resultado de un ataque por parte de San Martín en aquellas circunstancias, es todavía hoy un problema para muchos si Canterac obró cuerdamente ó no en no buscar al enemigo en su mismo campo, pues cualesquiera que fuesen las instrucciones del virrey, no era dado á la previsión humana prevenir todos los casos fortuitos de una división que había de maniobrar á la vista de un enemigo muy superior en número.

Por el temor de un revés en Lima—dice Mr. Stevenson—, los caudales del gobierno independiente, así como los demuchos particulares,fueron enviados á Ancón y embarcados, no á bordo de la fragata de guerra Chilena el *Lautaro* allí fondeada, sino de otros buques mercantes, á

fin de evitar que pudiesen ser presa del enemigo. El 15 de Septiembre recibió lord Cochrane una carta del capitán del *Lautaro*, en la que le participaba el absoluto estado de indisciplina en que su tripulación se hallaba, porque los marineros, al ver embarcar diariamente dinero, suponían el peligro en que San Martín y su ejército libertador se hallaban; que si los españoles triunfaban, no sólo no serían ellos pagados, sino que se verían obligados á continuar el servicio sufriendo los padecimientos que hacía tanto tiempo experimentaban. El capitán, en fin, temía una completa insurrección y que fuesen saqueados los buques fondeados en Ancón. Con este aviso marchó lord Cochrane á este puerto, y en presencia de testigos hizo conducir á la fragata *O'Higgins*, que montaba, todo el numerario que se hallaba en los buques mercantes evidentemente perteneciente al gobierno del Perú, dejando el de propiedad particular, según los registros de la aduana. En consecuencia, 285.000 pesos fueron empleados al instante en pagar un año de sueldo á cuenta de los atrasos de la escuadra.

Este procedimiento dió lugar á serias contestaciones entre el almirante y San Martín á las demás intrigas que refiere Stevenson, y no es nuestro propósito pormenorizar, y finalmente á que el *Protector* previniera á Cochrane de la manera más terminante que dejara la bahía del Callao con los buques que mandaba, persuadido de que no podría hacerlo por falta de marineros europeos. Sin embargo, el 6 de Octubre, ocho días después de la notificación, todos los buques de guerra, con dos presas, se hicieron simultáneamente á la vela y salieron de la bahía del Callao para Ancón. De aquí mandó Cochrane á Chile el *Lautaro* y el bergantín *Galvarino*, y él, con las fragatas *O'Higgins* y *Valdivia*, la corbeta *Independencia*, el bergantín *Araucano* y las presas *San Fernando* y la *Mercedes*, hizo rumbo para Guayaquil á fin de reparar estos buques y buscar luego con ellos sobre las costas de Méjico las fragatas *Prueba* y *Venganza*. El 15 avistó el almi-

rante la isla de Puna, y el 18 del mismo Octubre fondeó en el río Guayaquil (1). Por este medio inesperado quedó el Perú independiente sin fuerzas navales, y la causa de España se vió libre de un enemigo tan superior como el inteligente y bravísimo lord Cochrane; pero de poco sirvió tan favorable incidente, porque la Península sufría ya los horrores de la guerra civil, y la debilidad, si no traición, vino pronto en auxilio de nuestros enemigos.

Acantonado el ejército real de Lima en los abundantes pueblos de Tarma á Pampas inclusive, toda la atención de los generales y de los jefes de los cuerpos se contrajo esmeradamente al reparo y reorganización de las tropas y á su mayor y más pronto aumento. La importancia de conservar el valle de Jauja era de todos conocida, tanto considerado como punto militar estratégico por excelencia, á menos de 50 leguas de Lima, como porque en muchas leguas no era fácil mantener las tropas tan bien ni á menos costo, particularmente la caballería; pero si los enemigos, dueños de la plaza del Callao, enseñoreados del mar por falta de marina española, y sabedores del estado de poca fuerza á que se veía reducido el ejército de Canterac, que apenas conservaba más que su nombre y su espíritu, se movían hostilmente como podían y les era fácil, imposible de todo punto parecía el sostenimiento del feraz y salutífero valle de Jauja. Los reclutas para el reemplazo de las bajas del ejército habían de venir de las provincias de retaguardia, situadas algunas á 400 leguas del cuartel general, lo que se estimaba favorable para disminuir la deserción á que los naturales del Perú son tan propensos. Para activar la comunicación y velar más de cerca el cumplimiento de las providencias superiores, como convenía, importaba mucho que el jefe del reino se estableciera más centralmente, y á este efecto resolvió trasladar su residencia á la ciudad del Cuzco, cuya determinación puso luego en planta con aplauso general y co-

(1) Stevenson, *Relación histórica.*

nocida ventaja del buen servicio. Pero antes, sin embargo, adoptó varias medidas orgánicas en el ejército; puso la subinspección general de las tropas veteranas y de milicias del reino, á cargo del celoso coronel D. Alejandro González Villalobos; nombró segundos ayudantes generales de Estado Mayor al primer comandante de infantería, guaduado de coronel, D. José Ramón Rodil, y al teniente coronel de caballería, D. Andrés García Camba; trasladó al Estado Mayor del ejército del Alto Perú, cuyo cuartel general se hallaba en Arequipa, al coronel D. Jerónimo Valdés, y señaló al coronel D. Juan Loriga para reemplazarle en igual cargo en el ejército de Lima que mandaba Canterac.

La división del brigadier Olañeta, que ocupaba la quebrada de Humahuaca al Sur del Perú, se había replegado á Tupiza, y tanto por el embravecimiento que iba tomando la guerra por la costa del mar, como porque carecía de atenciones de importancia por aquella parte, vino después á situarse en Oruro, y á la sazón alcanzaban ya á la provincia de Puno algunos de sus cuerpos.

Entretanto los *libertadores* en Lima se ocupaban en hacer cruda guerra á las fortunas de los españoles avecindados en el país y con familia, persiguiendo á unos, expatriando á otros y haciendo perecer no pocos, sin reparo de los medios que condujesen á este efecto, distinguiéndose sobre todos en tan injusto como odioso proceder el ministro Monteagudo, á cuyo influjo se había atribuído la orden del 27 de Septiembre, por la que San Martín prohibió á los españoles residentes en la capital el que pudiese salir de sus casas después de las oraciones bajo la pena de destierro del país y confiscación de bienes. Igual suerte corrieron con corta diferencia varios criollos de los más acomodados, á quienes bastaba acusar de *realistas* ó de *godos* para causarles su ruina. Procuraron fomentar entre las castas la licencia y el desenfreno, convirtiéndolas en instrumento adecuado á sus apasionados planes; por manera que, cuando cumplía á sus miras, hacían que

la plebe más soez de negros, zambos y mulatos saliera tumultuariamente por las calles gritando *mueran los godos*. Decían algunos que estos desórdenes repugnaban al general San Martín, pero se le censuraba de falta de firmeza para reprimir las tendencias sanguinarias de su favorito Monteagudo, contra quien más adelante tuvo que sublevarse toda la población de Lima para derribarlo del poder, cansada ya de tolerar vejaciones, y librarse de este modo de uno de los más odiosos abortos que suelen producir las revoluciones.

Para que pueda formarse una idea del carácter singular de este revolucionario, que tanto favor ha alcanzado del general San Martín con harto menoscabo de su nombre, vamos á presentar el retrato que hace de él Mr. Stevenson en su *Relación histórica y descriptiva de veinte años de residencia en la América meridional*, y que confirma el capitán Mr. Lafond en sus *Viajes alrededor del mundo*, ambos escritores extranjeros y que han servido la causa de la independencia de aquel país, si bien el segundo censura al primero de tan prevenido, contra el general San Martín como de parcial en favor de lord Cochrane, de quien fué secretario.

D. Bernardo Monteagudo, pues, era uno de estos hombres, productos de las revoluciones, que falto de toda sensibilidad se burlaba de los que poseían tan apreciable cualidad; era natural del Alto Perú, y pertenecía á la clase más ínfima de la sociedad como de origen africano; se dedicó al estudio de las leyes y tenía todo el carácter pérfido y cruel de un zambo, con la imaginación ardiente y ambiciosa de la mayor parte de los mulatos. "El asesinato de los Correras en Mendoza — dice Mr. Stevenson — y el de los oficiales españoles en San Luis son los tristes ejemplos de lo que puede ejecutar un monstruo y aprobar otro." "Monteagudo — añade Mr. Lafond — no tenía la ciega fogosidad ni el furor franco de un Danton; la astucia dominaba sus transportes; se parecía más al tigre que al león. Siguió por largo tiempo al general San Mar-

tín, le acompañó en las campañas de Chile y del Perú, y fué ejecutor de sus sentencias; pero es más que verosímil que semejante instrumento, traspasando los límites que se le prescribían, manchase la mano que lo empleaba. El general San Martín, como todo jefe de partido, en momentos de crisis violenta en que se ve en peligro la suerte de su causa, no ha retrocedido sin duda ante las terribles medidas que, á su parecer, justificaba el objeto final; pero un agente del temple de Monteagudo no ve en estas lamentables necesidades más que una ocasión de represalias y de venganza, un pretexto de homicidios y asesinatos. Por sus órdenes fueron degollados los oficiales españoles prisioneros en San Luis y en las Pampas, y desterrados de Lima y despojados de sus bienes también ricos españoles. Monteagudo empleaba el terror en provecho de sus deseos inmoderados; era vivo, sutil, perseverante y estudioso; pero se servía de estas ventajas para satisfacer su egoísmo y sus implacables pasiones." Tal era el hombre á quien San Martín asoció á su gobierno del Perú en calidad de ministro secretario de Estado.

Por este tiempo la prensa independiente de Lima se ocupaba principalmente en demostrar al mundo que la independencia del Perú estaba consumada, dando por sentado que las tropas del ejército real tenían que replegarse sobre las del Alto Perú, debiendo, por lo tanto, abandonar á su dominación todo el país situado al Norte del río Apurimac, cuando menos. Mas desengañados de que los españoles estaban decididos á sostener el valle de Jauja, y noticioso de que el jefe superior trasladaba su residencia al Cuzco, enviaron un oficial parlamentario con pliegos para el virrey del general San Martín, apellidado ya *Protector del Perú*, del comisionado regio D. Manuel Abreu, que permanecía en Lima, y del general La Mar, que también residía en esta capital después de la entrega del Callao. El 1.° de Noviembre llegaron estos pliegos á Jauja.

En estas comunicaciones, el caudillo enemigo se con-

traía á ponderar las ventajas obtenidas por los independientes en diversos puntos del continente americano, intentando probar con ellas la decisión de los pueblos por emanciparse de la España; acompañaba también varios papeles públicos, en los que se contenían las noticias á que se refería, y concluía manifestando, sin embargo, su disposición á convenir en un acomodamiento pacífico, siempre que se adoptase por base el reconocimiento de la independencia, que era precisamente una de las prohibiciones expresas contenidas en las instrucciones del gobierno de Su Majestad. El comisionado regio, Abreu por conducto de San Martín, aconsejaba al virrey la retirada de las tropas sobre el Cuzco, como único medio de salvarlas de una próxima destrucción, suponiendo al enemigo una importancia que visiblemente disminuía en proporción de los días que dejaba correr sin desalojar á los españoles de las posiciones que ocupaban. Añadía Abreu que si el virrey no resolvía retirar sus tropas al Cuzco, desde donde opinaba podría aún conseguir alguna negociación, consideraba inútil su permanencia en el reino, y pedía su pasaporte para regresar á la Península. Y el general La Mar, por último, dirigía al virrey una exposición en renuncia de los empleos, grados y condecoraciones que había recibido del gobierno español.

El virrey La Serna contestó al general San Martín con la real prohibición para admitir la independencia por base de ninguna negociación, y le acompañó ejemplares de los periódicos españoles en cambio de los que él había tenido la atención de remitirle; al general La Mar le previno que no residiendo en su autoridad facultades para admitirle la renuncia que hacía, dirigiera una para Su Majestad, acompañada de sus despachos y diplomas, en la seguridad de que la daría el correspondiente curso, cosa que no llegó á tener efecto, y La Mar tomó partido con los independientes; al comisionado regio contestó, en fin, el virrey, como era de esperar, de su puro españolismo con la circunspección que merecía sus pocos meditados

consejos y aun su censurada conducta en el país desde el momento de su arribo, incluyéndole el competente pasaporte para que emprendiera cuando gustase su regreso á la Península, en la inteligencia de que daba cuenta de todo á Su Majestad.

El arribo del comisionado regio al Perú fué notoriamente perjudicial á los intereses de España, ya porque los disidentes estimaban en poco estas comisiones pacificadoras, ya también porque para cumplimentar las órdenes de la Corte fué preciso paralizar las operaciones militares cuando más urgente era su mayor actividad. Por otra parte, causaba general extrañeza que el gobierno del rey fiase á un capitán de fragata una comisión de tamaña importancia y trascendencia, no porque un capitán de fragata no pudiera reunir la más vasta capacidad para su buen desempeño, sino porque no suponeía bastante categoría para tratar con enemigos orgullosos, circunstancia que los independientes interpretaban por desprecio hacia ellos. Abreu tenía además la desgracia de no poseer mucho atractivo personal; no gozaba de la mejor salud, y se portaba y vestía con tanta llaneza, que dió ocasión á los bufones á ridículas comparaciones. Tampoco conocía aquella clase de guerra, ni el carácter particular de los que la promovían, ni era fácil, por último, negociar con ventaja, aunque los negociadores españoles abundaran en distinguidas recomendaciones, con quienes tan superiores se creían, y tan en menos estimaban á sus antiguos metropolitanos. Para convencer del concepto que merecía á los enemigos más influyentes al comisionado regio, bastará citar la expresión de García del Río, uno de los plenipotenciarios de San Martín, usada con uno de los jefes que acompañaron al virrey á la entrevista de Punchauca. Discurriendo aquél sobre el estado de la España y las esperanzas de su gobierno, dijo señalando á Abreu: y *¿qué tal si juzgáramos del paño por la muestra?* La experiencia probaba en contra de esas comisiones pacificadoras en América sin fuerza que las valorizara; pero un

vez adoptadas habría sido de desear que se hubiesen encomendado á sujetos de la primera distinción en rango social y en habilidad, y que se hubiesen presentado en América rodeados de todo el boato correspondiente al nombre que la España había tenido allí y á la grandeza que se atribuía aún á sus monarcas.

Situado el ejército de Canterac en el abundante y saludable valle de Jauja, contaba cómodamente con la manutención de hombres y caballos; pero carecía de los artículos más indispensables para atender, como urgía, á la necesaria recomposición del armamento, y aun de medicinas para auxiliar á los enfermos en los hospitales. Esperar estos artículos de las provincias de retaguardia, adonde se habían pedido, era malograr el tiempo precioso que dejaba la sorprendente inacción de los enemigos. En consecuencia salió del valle de Jauja una columna ligera para el cerro de Pasco, al mando del comandante D. Dionisio Marcilla, con el objeto de recoger hierro y medicinas, y de adquirir noticias del estado de Lima por los mineros que tenían diaria comunicación con la capital. Marcilla desempeñó cumplidamente su encargo, y regresó al cuartel general sin el menor contratiempo.

El resultado favorable de esta expedición movió al comandante en jefe Canterac á enviar otra más fuerte al mismo punto y con igual objeto, la cual, á las órdenes del coronel Loriga, emprendió la marcha el 30 de Noviembre. Entró sin oposición en el cerro de Pasco, y cuando se preparaba á regresar fué repentinamente atacada en la noche del 6 al 7 de Diciembre por 50 caballos, más de 300 infantes y crecido número de indios en combinación, al parecer, con el pueblo. Los enemigos lograron al principio alguna ventaja á favor de la noche, de la mala calidad del terreno, lleno de bocas-minas hasta dentro de la población, de la muchedumbre de indios y de su acostumbrada y alborotadora algazara; pero el coronel Loriga se apoderó inmediatamente del atrio de la iglesia y de las casas más próximas, y resolvió con sumo acierto esperar

el día á la defensiva. Apenas amaneció y reconoció Loriga la posición de los enemigos, los atacó tan vigorosamente, que los puso en completa derrota con considerable pérdida, causada la mayor parte por la terrible carga que dieron los húsares de Fernando VII que mandaba el teniente coronel D. Gabriel Pérez.

Mucho era en verdad la importancia de este suceso, porque si los disidentes lograron su meditado proyecto, su triunfo en aquellas circunstancias hubiese con probabilidad producido que una numerosísima indiada acudiese á reunirse á los vencedores para molestar á los españoles, en época precisamente en que era para ellos de incalculable valor un momento de descanso. Al día siguiente regresó la expedición al valle de Jauja con porción de cargas de hierro y algunos cajones de medicinas de que tanta necesidad había.

En el mismo mes de Diciembre quedó el virrey establecido en el Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, y pronto empezó el ejército á recibir toda clase de recursos con mayor regularidad; y tanta y tan asidua atención se prestaba á la reorganización é instrucción de los cuerpos, que pocos meses bastaran para creerse aquellos incansables españoles, no sólo en estado de disputar con fundada esperanza la posesión del rico valle de Jauja, sino de tomar confiadamente la ofensiva, como luego veremos. Grande es, sin duda alguna, el mérito que los generales, jefes y oficiales del ejército español contrajeron en la reorganización de sus abatidas y disminuídas tropas, y el mismo autor de la *Historia de la revolución Hispano-Americana* dice á este propósito: "Las tropas salidas de Lima seguían en el valle de Jauja dedicadas con inimitable celo á su arreglo y disciplina y á la formación de nuevos cuerpos para tomar la ofensiva sobre el enemigo. Es superior á todo elogio el mérito contraído por los dignos jefes españoles en esta nueva posición; el país abundaba en recursos; pero carecía totalmente de fábricas y de los medios de sacar algún partido de las prime-

ras materias. Era preciso, pues, suplir aquella falta con atrevidas invenciones y con una perseverante industria. Otra clase de hombres, que no hubiera tenido tanto tesón y constancia, se habría desanimado con este cúmulo de tropiezos y dificultades; mas nada retrajo á aquellas bizarras tropas de su firme propósito de poner en activad todos los recursos de su ingenio para disputar á palmos el terreno."

El ejército del Alto Perú, disminuído también por los refuerzos que había remitido al de Lima, guarnecía las provincias fieles al Sur del Cuzco, incluso la de Arequipa y su extensa costa. Su general en jefe, el teniente general D. Juan Ramírez, residía en Arequipa sin gozar de perfecta salud; y para dar mayor impulso á las disposiciones militares, fué enviado allí de jefe de Estado Mayor el coronel Valdés, quien marchó en posta desde Huancayo á encargarse de su nuevo destino, y muy en breve tuvo que salir al encuentro de las partidas enemigas avanzadas por la costa hasta Caravelí, con el fin de fomentar la insurrección. Tal era el estado de las cosas públicas al concluir el presente año.

INDICE

	Páginas.
Prólogo	7
Introducción	11
Capítulo primero	27
Capítulo II	56
Capítulo III	84
Capítulo IV	112
Capítulo V	131
Capítulo VI	162
Capítulo VII	195
Capítulo VIII	233
Capítulo IX	265
Capítulo X	293
Capítulo XI	309
Capítulo XII	336
Capítulo XIII	361
Capítulo XIV	393
Capítulo XV	425
Capítulo XVI	458
Capítulo XVII	485
Capítulo XVIII	523
Capítulo XIX	555

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 19 15 13 006 3